

Theodore Dreiser
El titán



El titán narra el resurgir del financiero Frank A. Cowperwood en la ciudad de Chicago, la cual vive a finales del siglo XIX un crecimiento inexorable gracias a los grandes descubrimientos en el campo de la industria y de la tecnología. En ella Cowperwood desea borrar un pasado donde la palabra fracaso no tiene cabida, sino tan sólo la superación y el deseo más vivo si cabe de triunfar en el mundo de los negocios. En pugna con las convenciones de una sociedad cerrada, elitista y conservadora, se traslada allí con su nueva mujer, Aileen, a la espera de encontrar el reconocimiento que inmerecidamente se le ha negado. Pero el Oeste americano no es muy diferente del Este de donde él procede, y aunque es tierra de pioneros, le esperan los mismos obstáculos: la alta sociedad aferrada a sus conquistas, el juego sucio de los políticos que gobiernan la ciudad, la todopoderosa prensa y la hipocresía que rige las relaciones humanas. Pero Cowperwood tiene algo muy claro y no lo va a dejar escapar: que el negocio de los transportes es el futuro, y que ese futuro es sólo para los que arriesgan. *El titán* es la segunda novela que compone la «Trilogía del deseo», junto con *El financiero* y *El estoico*.

Lectulandia

Theodore Dreiser

El titán

Trilogía del deseo - 2

ePub r1.0

Titivillus 02.08.18

Título original: *The Titan*
Theodore Dreiser, 1914
Traducción: María José Martín Pinto

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

INTRODUCCIÓN

El periodista que quería escribir novelas

En 1892 Theodore Dreiser (1871-1945) alcanzó su gran sueño: convertirse en reportero del *Chicago Daily Globe*. Su infancia, repleta de penalidades económicas, se alejaba al tiempo que triunfaba el ánimo de un joven que ya siendo muchacho sólo soñaba con escribir. Los inexistentes recursos económicos de sus padres, Johann Paul y Sarah Schänä Dreiser, un católico alemán emigrado y una protestante menonita, no fueron un obstáculo para que Theodore siguiera empeñado en formarse, ganándose el apoyo de una de sus profesoras de escuela, Mildred Fielding, quien vio en el chico grandes dotes para la escritura. Fue ella quien financió la matrícula de Dreiser en la Universidad de Indiana, pero su ansia de aprender y salir del mundo de miseria en el que había vivido desde su niñez no podía saciarse entre clases teóricas y libros, y tan sólo un año después la abandonó con la idea de que el ejercicio del periodismo sería su maestro.

El primer intento de trabajar como periodista lo haría en el *Chicago Herald*, pero tan sólo pudo ocupar un puesto temporal en el departamento comercial para repartir obsequios a niños necesitados y sus esperanzas de formar parte de su plantilla de reporteros pronto se vieron frustradas. Mas no por ello cejó en su empeño y empezó a frecuentar otros periódicos en busca de empleo. Fue John Maxwell, del *Chicago Daily Globe*, quien le diera su primera oportunidad con motivo de la celebración de la Convención Nacional del Partido Demócrata en 1882. Los artículos de Dreiser gustaron tanto que entró a formar parte del equipo de redactores. Diez años después marcharía a St. Louis, para trabajar en el *St. Louis Globe Democrat*, donde escribió columnas con un toque de ficción, y pronto sus facultades como novelista comenzaron a llamar la atención de sus colegas de profesión. Tras su estancia en St. Louis marchó a trabajar a periódicos de Toledo, Cleveland, Pittsburgh y Nueva York, y fue en el frío y desalmado corazón financiero del país donde Dreiser comenzara ya seriamente a compaginar el periodismo —escribiendo para la publicación mensual *Ev'ry Month*— con la literatura. Animado por su amigo y editor Arthur Henry, a quien había conocido en Toledo, emprendió la tarea de publicar su primera novela, *Sister Carrie (Nuestra hermana Carrie)* (1900), en la que recoge sus experiencias y recuerdos con la gente más necesitada con la que convivió como reportero de calle. El periodismo fue no sólo un punto de partida para curtirse como escritor y tener un sueldo medio digno con el que mantenerse, sino un auténtico pozo de ideas, de personajes, de vivencias, de historias en definitiva, que plasmar en una novela. Como

él mismo diría en una entrevista:

El trabajo en el periódico me dio una idea de las brutalidades de la vida: los tribunales de policía, las cárceles, las casas de mala reputación, los fracasos comerciales y los engaños. Curiosamente, todo me pareció maravilloso, no triste. Era como un magnífico espectáculo. De repente empecé a leer a Spencer, a Darwin, a Huxley y a Tyndall y la vida comenzó a tomar un nuevo aspecto^[1].

Su mundo literario comenzó entonces a abrirse y a enriquecer sus historias, pero su experiencia como periodista siempre estaría presente, como un poso que determinaba qué cosas contar y el modo de contarlas. *Sister Carrie* causó un gran revuelo debido al tratamiento que el autor hizo de la sexualidad de la mujer y de las relaciones extramatrimoniales y los ejemplares fueron retirados por el editor, lo que sumió a Dreiser en una depresión que le llevó a abandonar la literatura durante unos años. No sería hasta 1911 cuando publicase su segunda novela, *Jennie Gerhardt*, que de nuevo fue censurada, si bien su carrera como escritor ya no fue cuestionada y pudo dedicarse a ella por completo. En 1912, vio la luz la primera obra de la «Trilogía del deseo» con *The Financier (El financiero)*, a la que seguiría *The Titan (El titán)* en 1914. La tercera obra y última de esta trilogía se publicaría póstumamente, en 1947, con el título *The Stoic (El estoico)*. En 1915 publicó el semiautobiográfico *The Genius (El genio)*, que también fue censurado, esta vez por la Sociedad para la Supresión del Vicio de Nueva York, entre otros motivos por sus críticas a la burguesía americana.

Durante estos años también cultivó otros géneros como el teatro, el relato corto, la autobiografía y el ensayo filosófico. No obstante, su gran éxito vendría con *An American Tragedy (Una tragedia americana, 1925)*, que fue llevada al teatro y al cine dos veces, la segunda vez con el título de *A Place in the Sun (Un lugar en el sol)* y merecedora de dos premios Oscar: a la mejor dirección y al mejor guion. Theodore Dreiser se convirtió en un autor de éxito y a partir de entonces se dedicó con más empeño que antes a denunciar en sus obras la desigualdad, la discriminación y la pobreza. Ideológicamente afín al socialismo, Dreiser escribió una visión favorable sobre la Unión Soviética, que había visitado en 1927, en *Dreiser Looks at Russia (Dreiser mira a Rusia, 1928)*, y denunció el capitalismo feroz, la censura y la falta de libertad en obras como *Tragic America (América trágica, 1932)* y *America Is Worth Saving (América merece salvarse, 1941)*. En 1930 fue nominado para el Premio Nobel de Literatura, pero este fue concedido al también escritor americano Sinclair Lewis. Sus últimas novelas, *The Bulwark (El baluarte, 1946)* y *The Stoic (El estoico, 1947)*, fueron publicadas póstumamente, pues murió el 28 de diciembre de 1945 en Hollywood (California) a la edad de setenta y cuatro años.

El titán. Corrupción, política y periodismo en un mundo cambiante

A finales del siglo XIX e inicios del XX la sociedad, la economía, la cultura, la

política... sufrían a un ritmo de vértigo transformaciones impulsadas por los grandes descubrimientos tecnológicos y científicos. Pensemos que el hombre de hoy está preparado para casi cualquier cosa, su mente está abierta al progreso y la innovación, pero hace siglo y medio, que alguien pudiera ir de una punta a otra del país en un vehículo, pudiera volar o comunicarse en la distancia era algo casi increíble para el ciudadano medio, y no digamos para aquellos que vivían aislados en el mundo rural. Pero tales cosas y otras muchas —hasta el momento ciencia ficción— estaban pasando en el cambio de centuria anunciando que el mundo sufría una profunda transformación y no había freno. La economía vivía una globalización sin precedentes con la colonización previa de nuevos territorios y las nuevas comunicaciones, la riqueza se repartía entre los que más tenían, pero también a estos asolaban los hasta ahora desconocidos pánicos financieros, que se propagaban como la pólvora cuando se desataban sorprendiendo a los más incautos. Hombres audaces y emprendedores pero también sin escrúpulos comenzaban a manejar los hilos de esta nueva economía, a crear grandes empresas que monopolizaban servicios y recursos y con las que alimentaban una manera de entender la vida endogámica y conservadora. Al tiempo, la política seguía siendo un instrumento de la aristocracia —nada nuevo—, pero ahora esta se servía de los periódicos como medios para influir en las más importantes decisiones que afectaban a ciudades o naciones enteras. La diferencia era, pues, que la corrupción, connatural a muchos hombres, tenía un enemigo o un aliado, según el caso, capaz de difundir los argumentos a favor o en contra a todas las capas de la sociedad, a grandes distancias y en tiempo récord. Ya no había secretos si un periodista andaba cerca. Es en este contexto en el que nació la prensa amarilla, nombre que surgió como resultado de la rivalidad mantenida por el *New York World* y el *New York Journal* para denominar a la prensa sensacionalista. En *El titán* Dreiser comenta sobre aquellos que se dedican a la que, por otra parte, era su profesión:

Nunca ha habido gente más rapaz que los periodistas. Estos granujas (empleados por periódicos de la oposición que se dedicaban a lloriquear y a revolver el fango con el hocico) no sólo entraban en consejo con los políticos, sino que estaban a sueldo de sociedades rivales, gozaban de la confianza del gobernador, estaban al tanto de los secretos de los senadores y de los representantes locales, sino que además, entre ellos, confiaban unos en otros.

Fue en este mundo abrumado por el discurrir trepidante de los acontecimientos en el que surgió la brillante narrativa de Theodore Dreiser, quien habituado por su formación periodística a ser testigo y portavoz de los acontecimientos más variopintos de la vida humana supo plasmar en sus obras de una forma sincera y desinhibida el tiempo que le había tocado vivir y ficcionar de forma sorprendente los personajes que habían dado y estaban dando forma a la América de entonces. Estos hombres, los titanes, se enfrentaban sin embargo a algo nuevo, fuerte y poderoso: los movimientos obreros. La capacidad de los periódicos de movilizar al pueblo con sus noticias, de difundir los rumores reales o inventados, daba alas a una conciencia de

clase pujante y reivindicativa, que amenazaba con poner patas arriba el sistema capitalista naciente así como el modo de vida y los valores de la clase acomodada.

¿Qué era el anarquismo? ¿Y qué el socialismo? ¿Y además, qué derechos tenía el pueblo llano en el desarrollo económico y gubernamental? Se trataba de cuestiones interesantes, y tras la bomba —cuyo efecto fue como el de una piedra lanzada al agua—, las ondas de pensamiento siguieron ensanchándose y ampliándose hasta impregnar lugares tan supuestamente remotos e inexpugnables como las redacciones de los periódicos, los bancos e instituciones financieras en general, y las guaridas y trabajos de los dignatarios políticos.

Efectivamente, el miedo al inmigrante, a lo desconocido, a lo desestabilizador rezuma en los comentarios que en *El titán* se hace desde la perspectiva de políticos, financieros, empresarios y editores de los principales periódicos de la ciudad de Chicago:

Últimamente, debido a la fuerte afluencia de población tanto nativa como extranjera [...] y debido a la difusión de ideas desestabilizadoras por parte de individuos radicales pertenecientes a grupos extranjeros, referentes al anarquismo, al socialismo, al comunismo y otras similares, la conciencia cívica de Chicago se había vuelto muy acentuada.

Los obreros se organizan y los titanes se escandalizan al verse amenazados por gente tan despreciable:

A partir de entonces se vieron en las calles, en los distritos y en las zonas de las afueras, e incluso, ocasionalmente, en el corazón comercial, los clubes de marcha [...] grupos numerosos compuestos de gentes grises, estúpidas y nada distinguidas —empleados, obreros, pequeños comerciantes y los vástagos menos ilustres de la religión o la moral; y todos ellos se pasaban la tarde entera deambulando de un lado para otro tras salir del trabajo, reuniéndose en salones baratos y en las sedes de los clubes de los partidos, y haciendo instrucción...

Frente a estas nuevas ideas es el dinero quien presta el escudo protector a los titanes. Con dinero se soborna y se compran hombres (el germen de las organizaciones mafiosas se retrata en la obra a la perfección), con dinero se crean nuevas empresas y negocios, con dinero se puede postular a entrar en los clubes más selectos y en la alta sociedad, con dinero se paga el ocio, con dinero se hace más dinero. El dinero compra todo; todo menos la felicidad, sobre todo si esta sólo puede satisfacerse ganando el reconocimiento de la rancia aristocracia pero sin cumplir sus estrictas, si bien las más de las veces hipócritas, normas morales. Y Cowperwood, el gran financiero, el aspirante a titán, no tiene intención de hacerlo.

El amor, la mujer, el paso del tiempo... y el efecto Cowperwood

De que Cowperwood, el alter ego ficticio del magnate Charles Yerkes y protagonista de la «Trilogía del deseo», es un hombre inusual, por su carisma y su inteligencia, no hay lugar a dudas. No hay momento en el relato que al lector no se le

recuerde que está ante un personaje de una talla superior a todos sus contemporáneos. Máximo defensor del individualismo, el problema para él es lidiar con la idiosincrasia de la alta sociedad americana: puritana, hipócrita, endogámica, desconfiada... («Yo me satisfago a mí mismo» era su norma particular, pero para poder hacerlo, debía aplacar y controlar los prejuicios de otros hombres»). Porque Cowperwood es un hombre liberal, atento y abierto a los cambios de la época, audaz pero sensato, que no entiende por qué la sociedad de su época pone tantos límites a aquellos que pueden ofrecer progreso y prosperidad. No obstante, no nos engañemos, su fin no es el bien público sino el beneficio personal; Cowperwood ansía la riqueza, pero por encima de esta lo que más desea es el reconocimiento, entrar a pertenecer a la alta sociedad de Filadelfia, Chicago, Nueva York... de aquellas ciudades a las que se va mudando en busca de la gloria definitiva, siempre tan cerca pero siempre inalcanzable.

Sin embargo, la barrera más difícil de superar es para Cowperwood la conquista del amor. Es la búsqueda del amor perfecto la que puede llevarle a la perdición una y otra vez, y no los hombres que dominan la política y la sociedad norteamericana, algo que el protagonista también reconoce: «En este mundo sólo hay una cosa ideal para mí, y esa es la mujer que me gustaría tener». Su marcha de Filadelfia a Chicago, el abandono de su primera esposa, su divorcio y el nuevo matrimonio con la joven Aileen Butler suponen un desafío para la moral de su época, pero Cowperwood siempre quiere más y teme ver mermadas sus posibilidades de conquistar Chicago si la juventud de su nueva esposa se evapora sin que se vea compensado por una inquietud intelectual comparable a la suya, por un refinamiento que supla el paso de los años. Su sensibilidad artística, también rompedora con la visión tradicional de la cultura de la alta sociedad norteamericana, no cautiva a Aileen, caprichosa y frívola, más preocupada por los compromisos con la alta sociedad que nunca llegan. Y mientras Cowperwood sigue ganando en las finanzas, busca a la mujer ideal rompiendo todas las reglas sociales y provocando la ira de los titanes; mas pierde todas las manos, porque no encuentra quien esté a su altura, pues es en última instancia la virtud de la mujer la que procuraba el éxito del esposo: «Era algo que sólo las mujeres podrían arreglar, se decía con frecuencia, y que nunca estaría en su sitio hasta que contara con la mujer adecuada».

Efectivamente, el problema radica en que la sociedad no juzga por igual a las mujeres que a los hombres, y pese a que Cowperwood se muestra abierto y comprensivo, no puede dejar de pensar a menudo como todo hombre de su época: «Se diga lo que se diga, la fidelidad de la mujer, tanto si se debe a un condicionamiento de su naturaleza, como si es algo accidental fruto de la evolución de la sociedad, continúa siendo una idea dominante en al menos una parte de la raza humana». Ante la nueva mujer que surge en los inicios del siglo XX, y que Dreiser sabe retratar magistralmente en sus novelas, Cowperwood siente fascinación, pero también miedo, miedo a que ellas hagan lo que él, como el resto de los hombres, no tiene el menor reparo en hacer: vivir su vida sexual plenamente y en libertad. No lo

censura, pero, ay, no quiere sufrirlo. Es precisamente lo que siente con una mujer como Antoinette, quien «pertenecía al nuevo orden que comenzaba a cuestionar de manera privada la ética y la moral. Tenía derecho a vivir su vida, la llevara donde la llevara. Y a lo que pudiera depararle», o con Stephanie Platow, quien «a Cowperwood le parecía, por expresarlo suavemente, que [...] llevaba una vida demasiado trivial y que gozaba de demasiada libertad, aunque también pensaba que era un reflejo exacto de ella; del color de su alma. Pero él empezó a tener dudas».

Dreiser refleja así la evolución de un personaje cuya historia, desde su infancia, se inicia en un libro anterior, *El financiero*; muestra al lector su maduración y cómo algunas cosas se mantienen inmutables en su carácter (el individualismo, la tenacidad, la inteligencia, su debilidad por las mujeres), pero otras cambian a la fuerza. Cowperwood se está haciendo mayor y la primera constancia de este hecho, de que ya no goza del poder y la fuerza que otorga la juventud, se la da también una mujer, Berenice Fleming. Mas Berenice Fleming se postula como la próxima víctima del «efecto Cowperwood», del que las mujeres no pueden escapar, como Rita Sohlberg, «inoculada con el virus de Cowperwood, que estaba teniendo un efecto mortífero», o la desgraciada Aileen Butler, quien «a pesar de su determinación y de su furia, que unas veces mantenía en secreto y otras mostraba abiertamente, no lograba curarse de la infección de Cowperwood». Pero Berenice es juventud y futuro, es vitalidad, energía y esperanza de algo nuevo; aunque también es duda e incertidumbre... «¡Ay, la vida! ¡Ay, la juventud! ¡Ay, la esperanza! ¡Ay, los años! ¡Ay, el capricho, cuyas alas tejidas de dolor hace batir el miedo!»

CRONOLOGÍA

- 1871** Nace Theodore Herman Albert Dreiser en Terre Haute, Indiana, el duodécimo hijo de un inmigrante germano, John Dreiser.
- 1889** Tras su graduación en un colegio de Warsaw, Indiana, asiste a la Universidad de Indiana durante un año.
- 1892** Comienza a trabajar como reportero del *Chicago Daily Globe* y como enviado especial en Saint Louis para el *St. Louis Globe Democrat*.
- 1893** Trabaja durante un año para el *St. Louis Republic*.
- 1898** Se casa con Sara Osborne.
- 1900** Publica su primera novela *Nuestra hermana Carrie [Sister Carrie]*.
- 1901** En respuesta a un linchamiento del que fue testigo, publica en *Ainslee's Magazine* el relato «Niger Jeff».
- 1906** Trabaja durante un año como redactor jefe de la revista femenina *Broadway Magazine*.
- 1907** Trabaja durante un año como editor de la revista *Butterick Publications*.
- 1909** Se separa de su esposa Sarah debido a su relación con Thelma Cudlipp, hija de un compañero de trabajo.
- 1911** Publica su segunda novela, *Jenny Gerhardt*.
- 1912** Publica la primera novela de su *Trilogía del deseo: El financiero [The Financial]*.
- 1913** Publica su ensayo *A Traveler Forty*. Inicia una relación con la pintora y actriz Kyra Markham.
- 1914** Publica la segunda novela de su *Trilogía del deseo: The Titan [El titán]*.
- 1915** Publica *El genio*.
- 1916** Publica su primera obra teatral, *Plays of the Natural and Supernatural*, y su ensayo *A Hoosier Holiday*.
- 1918** Publica *The Hand of the Potter [La mano del alfarero]*, y otros relatos cortos con el título de *Free and Other Stories*.
- 1919** Publica su ensayo *Twelve Men*. Inicia una relación con su prima Helen Patges Richardson.
- 1920** Publica el ensayo *Hey Rub-a-Dub-Dub: A Book of the Mystery and Wonder and Terror of Life*.
- 1922** Publica el ensayo *A Book About Myself*; reeditado posteriormente en *Newspaper Days*.
- 1923** Publica el ensayo *The Color of a Great City*.
- 1925** Publica la novela considerada como su gran obra maestra: *Una tragedia*

americana.

- 1926** Publica el ensayo *MOODS Cadenced and Declaimed*, con una tirada única y numerada de 550 ejemplares autografiados.
- 1927** Publica una colección de relatos cortos con el título de *Chains: Lesser Novels and Stories*.
- 1928** Publica su ensayo *Dreiser Looks at Russia*, resultado de su viaje a la Unión Soviética.
- 1929** Publica una colección de relatos cortos con el título de *Una galería de mujeres* y el ensayo *My City*. Su poema «The Aspirant» es publicado en *The Poetry Quartos*, una colección de poemas reunidos por Paul Johnston.
- 1930** Dreiser es nominado al Premio Nobel de Literatura.
- 1931** Se estrena en el cine *Una tragedia americana*. Asume la dirección del Comité Nacional para la Defensa de los Presos Políticos (NCDPP). Publica *Tragic America*, una crítica al capitalismo americano, y *Dawn*.
- 1941** Publica *America Is Worth Saving*, en la misma línea de crítica al capitalismo.
- 1944** Se casa con Helen Patges Richardson.
- 1945** Se une al Partido Comunista en el mes de agosto. Muere en Hollywood, Los Ángeles, el 28 de diciembre.
- 1946** Se publica *póstumamente* *The Bulwark*.
- 1947** Se publica postumamente la tercera y última novela de su *Trilogía del deseo*: *The Stoic [El estoico]*.

CAPÍTULO I

La nueva ciudad

Cuando Frank Algernon Cowperwood salió de la Penitenciaría del Estado para el Distrito Este de Filadelfia, se dio cuenta de que la vida que había llevado en aquella ciudad desde su infancia había terminado. Se le había pasado la juventud, y con ella, se habían perdido las grandes perspectivas comerciales de los primeros años de su vida adulta. Debía empezar de nuevo.

Quizá sea innecesario repetir que se produjo un segundo pánico que siguió a una quiebra tremenda —la de Jay Cooke & Co.— y que había vuelto a poner en sus manos una fortuna. Haber recuperado la riqueza lo había suavizado en cierta medida. Parecía que el destino ya se encargaba de mantener su bienestar personal. En cualquier caso, estaba harto de la bolsa como medio de vida y ahora decidió que la dejaría de una vez por todas. Pensaba dedicarse a otra cosa —a los tranvías, a la especulación del suelo o a alguna de las ilimitadas oportunidades que ofrecía el lejano Oeste—. Filadelfia ya no le resultaba un lugar agradable. Aunque era libre y rico, seguía siendo motivo de escándalo para los impostores, y el mundillo social y financiero no estaba dispuesto a aceptarlo. Debía seguir su camino solo, sin ayuda, o si la recibía debía ser en secreto, mientras sus antiguos amigos observaban su carrera desde lejos. Y así, con estos pensamientos, cogió el tren un día, y su encantadora amante, que tenía entonces sólo veintisiete años, fue a la estación a despedirlo. La miró con ternura, porque ella representaba la quintaesencia de cierto tipo de belleza femenina.

—Adiós, querida —le dijo sonriendo, mientras la campana del tren anunciaba la inminente salida—. Tú y yo saldremos de esta muy pronto. No sufras. Volveré dentro de dos o tres semanas, o mandaré a buscarte. Te llevaría conmigo ahora, pero no sé a qué clase de sitio voy. Elegiremos algún lugar y entonces verás cómo soluciono el asunto de la fortuna. No vamos a vivir siempre en el descrédito. Conseguiré el divorcio y nos casaremos, y todo se solucionará de maravilla. Eso se consigue con dinero.

La miró con aquellos ojos grandes, serenos y penetrantes, y ella le apretó las mejillas entre sus manos.

—¡Oh, Frank! —exclamó— ¡Te voy a echar mucho de menos! Eres lo único que tengo.

—Dentro de dos semanas —le dijo él sonriendo, cuando el tren comenzó a moverse—. Te mandaré un telegrama o volveré. Sé buena, querida.

Lo siguió con los ojos llenos de adoración —loca de amor, una niña mimada, la preferida de su familia, amorosa, ilusionada, afectuosa, de ese tipo de mujeres que

suelen gustar a los hombres fuertes—, sacudió su preciosa cabeza de pelo dorado rojizo y le lanzó un beso con la mano. Después se marchó con ese paso ligero, insinuante y vigoroso que hace que los hombres se giren para mirar.

—Ahí va; es la joven Butler —le comentó un empleado del ferrocarril a otro—. ¡Muchacho! No creo que ningún hombre pudiera desear nada mejor, ¿no te parece?

Era el tributo espontáneo que invariablemente rinden la pasión y la envidia a la salud y la belleza. Y ese es el eje sobre el que gira el mundo.

Jamás en su vida antes de este viaje había estado Cowperwood más allá de Pittsburgh. Sus impresionantes aventuras comerciales, a pesar de lo brillantes que habían sido, se habían limitado casi exclusivamente al mundo aburrido y convencional de Filadelfia, con su dulce refinamiento en algunos sectores, sus pretensiones de supremacía social en los Estados Unidos, su serena arrogación de considerarse los líderes tradicionales de la vida comercial, su historia, su riqueza conservadora, su afectada respetabilidad, y todos los gustos y distracciones que estos llevan aparejados. Como ahora recordaba, había llegado casi a dominar aquel bello mundo y a hacer suyos sus sagrados recintos cuando se produjo el crac. Prácticamente ya lo habían admitido. Y ahora era un Ismael^[1], un exconvicto, aunque fuese millonario. ¡Pero, espera! La carrera es de los veloces, no paraba de repetirse. Sí, y la batalla de los fuertes. Ya se vería si el mundo lo pisoteaba o no.

Cuando al fin cayó en la cuenta, Chicago se le echó encima de repente a la segunda mañana. Había pasado dos noches en un llamativo vagón de primera clase de los que existían entonces —un coche que pretendía contrarrestar parte de los inconvenientes de su disposición con un exceso de lujo y de cristal recargado— cuando comenzaron a aparecer los primeros asentamientos solitarios de la metrópolis de la pradera. Los apartaderos paralelos a la capa de balastro sobre la que él viajaba a toda velocidad se fueron haciendo cada vez más numerosos, los postes del telégrafo tenían cada vez más brazos y soportaban tantos cables que parecían velados por humo. A lo lejos, en dirección a la ciudad, se veía aquí y allí la cabaña solitaria de algún trabajador, el hogar de algún alma aventurera que la había plantado a aquella distancia para beneficiarse de la pequeña aunque segura ventaja que el crecimiento de la ciudad le proporcionaría.

El terreno era llano —plano como una mesa— y conservaba los menguados restos de hierba parda del año anterior, que se mecía levemente con la brisa de la mañana. Por debajo asomaba de nuevo el verde; abanderado del despliegue de un nuevo año. Por alguna razón una atmósfera cristalina envolvía el contorno borroso de la ciudad, rodeándola como si se tratara de una mosca atrapada en ámbar y confiriéndole una sutileza artística que lo conmovió. Era ya un entusiasta del arte que ansiaba convertirse en entendido, y que había disfrutado del placer y del entrenamiento que le había supuesto la colección que había logrado reunir en Filadelfia, y por la que también había sufrido el dolor de la pérdida, y apreciaba prácticamente cualquier imagen deliciosa que la naturaleza pudiera ofrecerle.

Las vías, unas al lado de otras, eran cada vez más numerosas. Aquí se reunían por millares vagones de mercancías procedentes de todas las partes del país —amarillos, rojos, azules, verdes, blancos—. (Chicago, recordó, contaba ya con treinta líneas de ferrocarril que terminaban allí, como si se tratara del fin del mundo.) Las pequeñas casas de madera de una o dos plantas, bastante nuevas, estaban con frecuencia sin pintar y ya aparecían manchadas por el humo —en algunos lugares se veían incluso sucias—. En los pasos a nivel, donde esperaban los lentos tranvías, las carretas y las calesas con las ruedas llenas de barro, pudo apreciar lo llanas que eran las calles sin pavimentar y que las aceras subían y bajaban a intervalos rítmicos —aquí un tramo de escaleras, una auténtica plataforma ante una casa, allí un largo trecho cubierto de tablones dejados caer sobre el barro de la pradera—. ¡Menuda ciudad! Al instante, se dejó ver un brazo del inmundo, arrogante y autosuficiente pequeño río Chicago con sus masas de renqueantes remolcadores, el agua negra y grasienta, los altos silos rojos, marrones y verdes, los inmensos depósitos de carbón y los almacenes de madera de color marrón amarillento.

Aquí había vida; se dio cuenta al instante. Aquí se estaba construyendo una ciudad en ebullición. Hasta en el aire percibió algo dinámico que le resultó de lo más atrayente. ¡Y qué diferente a Filadelfia! Aquella también era una ciudad estimulante. En algún momento le había parecido maravillosa, todo un mundo; pero esta de aquí, aunque obviamente era infinitamente peor, era mejor. Era más joven y estaba más llena de esperanza. En el resplandor del sol matutino que se colaba entre dos depósitos de carbón, y como el tren se había parado para permitir que el puente basculara para dejar paso a media docena de grandes barcazas que transportaban grano y madera —media docena de ellas en cada dirección—, vio a un grupo de estibadores irlandeses desocupados en la orilla junto a un almacén de madera cuyo muro bordeaba el agua. Eran hombres saludables que iban en mangas de camisa, rojas o azules, ceñidos alrededor de la cintura con fuertes correas, con una pipa corta en la boca, excelentes y robustos especímenes humanos de piel tostada. Por qué resultaban tan atractivos, se preguntó. Esta ciudad sucia y en bruto parecía componerse de manera natural para dar lugar a estimulantes imágenes artísticas. ¡Casi se la oía cantar! Aquí el mundo era joven. La vida estaba creando algo nuevo. Quizá no debiera continuar hasta el noroeste; más tarde lo decidiría.

Mientras tanto, tenía cartas de presentación para distinguidos chicagüenses que tenía intención de entregar. Quería hablar con algunos banqueros y comisionistas de grano. Le interesaba la bolsa de Chicago, ya que conocía las complejidades de aquel negocio del derecho y del revés, porque allí se habían hecho grandes transacciones de grano.

El tren finalmente pasó junto a la parte trasera de unas míseras viviendas para adentrarse en toda una serie de andenes cubiertos con tejados desvencijados —unos cobertizos que constaban únicamente de un tejado— y entre el estrépito de los vagones de mercancías que transportaban los baúles, de los motores que vomitaban

vapor y de los pasajeros que se movían apresuradamente de un lado para otro, se dirigió hacia Canal Street y le hizo señas a uno de los taxis que allí esperaban —uno de la larga hilera de vehículos, indicativa del espíritu de una metrópolis—. Se había decidido por el hotel Grand Pacific^[2] porque era el más importante —el de mayor relevancia social— y allí pidió que lo llevaran. Por el camino, estudió las calles como si se tratara de una obra de arte, como habría estudiado un cuadro. Vio los pequeños tranvías amarillos, azules, verdes, blancos y marrones que rodaban de acá para allá, y lo emocionaron los cansados y huesudos caballos que tiraban de ellos haciendo sonar las campanillas que les colgaban del cuello. Aquellos tranvías eran de una estructura endeble, puesto que no eran más que tablillas finas pintadas de colores brillantes adornadas con latón dorado y cristal, pero se dio cuenta de las fortunas que presagiaban si la ciudad crecía. Sabía que los tranvías eran su vocación natural. Aún más que la gestión de las acciones, aún más que la banca y más que la organización de los bonos, le entusiasmaba la idea de los tranvías y de la inmensa vida manipulativa que sugerían.

CAPÍTULO II

La nueva ciudad

¡La ciudad de Chicago, con cuyo desarrollo la personalidad de Frank Algernon Cowperwood pronto quedaría indisolublemente unida! ¿A quién se iban a otorgar los laureles de poeta ganador de esta Florencia del Oeste? ¡Esta ciudad que era como el canto de una llama, que representaba a todo Estados Unidos, este poeta vestido con zahones^[1] y ante, este titán tosco y basto, esta ciudad que era como un nuevo Burns^[2]! Asentada junto a su espejeante lago, como un rey vestido de jirones y parches, un palurdo que divaga al narrar una epopeya, un nómada, un vagabundo entre ciudades, con el vigor de César en la mente y la fuerza dramática de Eurípides en el alma. Esta ciudad era como un bardo, que cantaba a las grandes hazañas y a las grandes esperanzas mientras hundía sus pesadas botas en el fango de las circunstancias. ¡Quédate con Atenas, oh, Grecia! ¡Italia, guárdate tu Roma! Esta era la Babilonia, la Troya, la Nínive de un tiempo nuevo. Aquí venían a asomarse el Oeste boquiabierto y el esperanzado Este. Aquí, hombres hambrientos recién llegados de las tiendas y los campos, con la mente impregnada de idilio y romance, construían para sí un imperio mientras invocaban a la gloria metidos en el fango.

Desde Nueva York, Vermont, New Hampshire y Maine había llegado un extraño grupo de hombres, serios, pacientes, decididos, ignorantes hasta de los principios más básicos del refinamiento, hambrientos de algo cuya importancia no pudieran siquiera adivinar cuando lo tuvieran, ansiosos por ser considerados grandes, y decididos a serlo a pesar de no saber siquiera cómo. Aquí llegaban el caballero soñador del Sur al que habían arrebatado su patrimonio; el esperanzado estudiante de Yale, Harvard o Princeton; y el minero liberado procedente de California y de las Rocosas con sus bolsas de oro y plata en las manos. Aquí estaba ya el desconcertado extranjero, confundido por un idioma ajeno —el tudesco, el polaco, el sueco, el alemán, el ruso— en busca de una acogedora colonia y temiéndole al vecino de otra raza.

Aquí estaban el negro, la prostituta, el esquirolo, el jugador y el aventurero romántico por excelencia. Una ciudad que contaba sólo con un puñado de personas nacidas allí; una ciudad atestada de la chusma procedente de mil ciudades. Brillaban las luces de los burdeles; sonaban los banjos, cítaras y las mandolinas de las denominadas tabernas; todos los sueños y la brutalidad del día parecían reunirse para alegrarse (y vaya si se alegraban) con la vida metropolitana de esta maravilla recién encontrada en el Oeste.

El primer chicagüense prominente al que buscó Cowperwood fue al presidente del Lake City National Bank, la organización financiera más importante de la ciudad,

que contaba con depósitos de más de catorce millones de dólares. Se encontraba en Dearborn Street, en Munroe, sólo a una o dos manzanas de su hotel.

—Averigüe quién es ese hombre —ordenó el señor Judah Addison, el presidente del banco, al verlo entrar en la sala de espera privada del presidente.

La oficina del señor Addison tenía ventanales dispuestos de tal modo que, con sólo estirar el cuello, podía ver a todo el que entraba en su sala de visitas antes de que lo vieran a él, y había quedado impresionado por el rostro y la fuerza del señor Cowperwood. Su prolongada familiaridad con el mundo de la banca y con los asuntos importantes en general le habían conferido a este último un exquisito refinamiento, que se añadía al aire relajado y a la fuerza que poseía de manera innata. Parecía extrañamente satisfecho para ser un hombre de treinta y seis años —fino, templado, incisivo, con los ojos tan alertas como los de un terranova o un collie, e igual de inocentes y cautivadores—. Tenía unos ojos maravillosos, suaves, y en ocasiones primaverales, en los que brillaba con intensidad la comprensión humana, pero que al instante podían endurecerse y lanzar rayos. Eran unos ojos engañosos, inescrutables, pero que resultaban seductores para hombres y mujeres por igual de todas las clases y condiciones sociales.

El secretario al que se había dirigido regresó con la carta de presentación de Cowperwood, y este último lo siguió de inmediato.

El señor Addison se puso de pie de manera instintiva —algo que no siempre hacía.

—Encantado de conocerle, señor Cowperwood —dijo cortésmente—. Acabo de verle entrar. Como ve tengo aquí unas ventanas desde las que puedo espiar a todo el país. Siéntese. ¿No le apetecería una manzana? —Abrió un cajón del lado izquierdo y sacó varias manzanas rojas muy brillantes, ofreciéndole una de ellas—. Yo siempre me como una a esta hora de la mañana.

—No, muchas gracias —le contestó Cowperwood con amabilidad, al tiempo que valoraba el temperamento y el calibre mental de su anfitrión—. Nunca como entre horas, pero le agradezco la amabilidad. Estoy de paso en Chicago, y pensé que quizá podría presentarle esta carta ahora en lugar de dejarlo para más adelante. Pensé que quizá pudiera usted hablarme un poco de la ciudad desde el punto de vista de las inversiones.

Mientras Cowperwood hablaba, Addison, un hombre bajo, pesado y rubicundo, con unas patillas de un castaño grisáceo que se extendían hasta el lóbulo de las orejas, y los ojos grises duros, brillantes y risueños —un hombre orgulloso, feliz y seguro de sí mismo— fue masticando su manzana mientras contemplaba a Cowperwood. Como ocurre con tanta frecuencia en la vida, a menudo la gente le caía bien o mal a primera vista, y se enorgullecía de su capacidad para juzgar a los hombres. Casi tontamente, para alguien tan conservador, se dejó seducir por Cowperwood —un hombre tremendamente superior a él—, y no por la carta de Drexel, que hablaba del «indiscutible genio financiero» de aquel y de lo ventajoso que le resultaría a Chicago

que se afincara allí, sino por la asombrosa cualidad líquida de sus ojos. La personalidad de Cowperwood, a pesar de mantener intacta su reserva exterior, sugería una tremenda humanidad que conmovió a su colega banquero. Ambos hombres eran, a su manera, enigmas andantes, aunque el filadelfio era con mucho el más inteligente de los dos. Era evidente que Addison era feligrés de alguna iglesia, un ciudadano modelo; representaba un punto de vista ante el que Cowperwood nunca se habría inclinado. Ambos hombres eran implacables a su manera, ávidos de actividad física; pero Addison era más débil porque aún tenía miedo —tenía mucho miedo— de lo que la vida pudiera depararle. El hombre que tenía ante él no sentía miedo alguno. Addison contribuía a las obras benéficas de manera juiciosa, se plegaba aparentemente a una aburrida rutina social, fingía que amaba a su esposa, de la que estaba cansado, y buscaba sus placeres humanos en secreto.

—Pues, yo se lo diré, señor Cowperwood —le contestó el señor Addison—. Nosotros los de Chicago tenemos tan buena opinión de nosotros mismos que a veces tenemos miedo a decir lo que pensamos por temor a parecer un poco extravagantes. Somos como el hijo menor de la familia que sabe que puede darle una paliza a todos los demás, pero no quiere hacerlo; todavía no. No somos todo lo atractivos que podríamos llegar a ser —¿ha visto alguna vez a un muchacho que aún está creciendo que lo sea?—, pero estamos completamente seguros de que llegaremos a serlo. Cada seis meses se nos quedan pequeños los pantalones, los zapatos, el abrigo y el sombrero, por eso no tenemos un aspecto demasiado elegante, pero tenemos los músculos y los huesos fuertes y duros, señor Cowperwood, como descubrirá cuando eche un vistazo a su alrededor. Y entonces ya no le importará tanto la ropa.

Los ojos redondos y francos del señor Addison se entrecerraron y se endurecieron un momento. Y su voz adquirió una dureza metálica. Cowperwood se dio cuenta de que estaba de verdad enamorado de su ciudad de adopción. Chicago era su adorada amante. Un momento después, unas arrugas surcaron el contorno de sus ojos, su boca se suavizó y sonrió.

—Estaré encantado de contarle todo lo que pueda —continuó—. Hay muchas cosas interesantes que contar.

Cowperwood le respondió con una gran sonrisa que pretendía alentarle. Le preguntó por las condiciones de alguna que otra industria y de algún que otro oficio y profesión. Era ligeramente diferente al ambiente que prevalecía en Filadelfia —era más despreocupado y generoso—. La tendencia a alargarse hablando sobre algo y de subrayar las ventajas del lugar era propia del Oeste. Sin embargo, a él le gustaba ese aspecto de la vida, tanto si decidía tener parte en él como si no. Era favorable para su futuro. Tenía un historial de prisión del que librarse; una esposa y dos hijos que quitarse de encima —al menos en términos legales (no deseaba desentenderse de sus obligaciones financieras hacia ellos)—. Iba a necesitar mucho aquella actitud relajada y entusiasta propia del Oeste para hacerse perdonar la fuerza y la libertad con las que ignoraba y se negaba a aceptar las convenciones sociales de la época. «Yo me

satisfago a mí mismo» era su norma particular, pero para poder hacerlo, debía aplacar y controlar los prejuicios de otros hombres.

—Mi impresión de la ciudad es completamente favorable, señor Addison —dijo, tras algún tiempo, aunque para sus adentros admitía que no era del todo cierto; no estaba seguro de si, en última instancia, podría obligarse a vivir en un mundo como este lleno de socavones y andamios, o no—. Sólo he visto una pequeña parte mientras venía en el tren. Me gusta la vivacidad que tiene. Creo que Chicago tiene futuro.

—Vino por Fort Wayne, supongo —le contestó Addison con altivez—. Ha visto la peor parte. Debe permitir que le enseñe algunas de las mejores zonas. Por cierto, ¿dónde se aloja?

—En el Grand Pacific.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse?

—No más de un día o dos.

—Veamos —y el señor Addison sacó su reloj—. Supongo que no le importaría conocer a unos cuantos de nuestros hombres más importantes; tenemos un comedor en el Union League Club^[3] por donde nos dejamos caer de vez en cuando. Si le apeteciera hacerlo, me gustaría que me acompañara a la una. Seguro que nos encontraremos con algunos de ellos; algunos de nuestros abogados, hombres de negocios y jueces.

—Me parece excelente —dijo simplemente el filadelfio—. Es usted más que generoso. Hay una o dos personas a las que me gustaría ver antes de esa hora. —Se puso en pie y miró su propio reloj—. Encontraré el Union Club. ¿Dónde está la oficina de Arneel & Co.?

Ante la mención del gran envasador de carne de vaca, que era uno de los mayores impositores del banco, Addison se rebulló ligeramente mostrando su aprobación. Tenía la impresión de que este joven, que era al menos ocho años menor que él, llegaría a ser un futuro gran señor de las finanzas.

En el Union Club, durante el almuerzo, tras hablar con el corpulento, conservador y agresivo Arneel y con el astuto director de la bolsa, Cowperwood conoció a un variopinto grupo de hombres que iban de los treinta y cinco a los sesenta y cinco años, reunidos alrededor de la mesa de un comedor privado de nogal negro profusamente tallado, con cuadros que representaban a ciudadanos respetados de Chicago en las paredes y con pretensiones artísticas en los vitrales de las ventanas. Había hombres altos y bajos, delgados y gruesos, morenos y rubios, y con ojos y mandíbulas que variaban de los propios del tigre, del lince, del oso hasta los del zorro, los del tolerante mastín y los del hosco dogo. En este selecto grupo no había ningún pelele.

A Cowperwood le gustaron mucho el señor Arneel y el señor Addison, ya que le parecieron hombres inteligentes y fuertes. Otro que le interesó fue Anson Merrill^[4], un hombre pequeño y cortés, un espíritu exquisito que hacía pensar en mansiones, lacayos y, en general, en el lujo más anticuado, y que le había señalado Addison

como el famoso príncipe de los textiles del mismo nombre, prácticamente el comerciante más importante de Chicago, tanto minorista como mayorista.

Hubo otro más, el señor Rambaud, uno de los pioneros del ferrocarril, al que Addison, sonriente, le hizo un comentario en tono jocoso:

—El señor Cowperwood ha venido desde Filadelfia, señor Rambaud, para intentar averiguar si quiere perder dinero aquí. ¿No puede venderle parte de esas tierras malas que tiene usted en el Noroeste?

Rambaud —un hombre enjuto, pálido y con la barba negra, de gran fuerza y corrección, vestido, como observó Cowperwood, con mucho mejor gusto que algunos de los otros— miró a Cowperwood con perspicacia, pero de una manera caballerosa y reservada, y con una sonrisa enigmática y gentil. Recibió a cambio una mirada que no podría olvidar. Los ojos de Cowperwood le dijeron más de lo que las palabras jamás podrían. En lugar de hacer alguna broma insustancial, el señor Rambaud decidió explicarle algunas cosas sobre el Noroeste. Quizá le interesaran a este filadelfio.

Para un hombre que ha tenido que luchar mucho en la vida en una metrópolis, y que ha comprobado todas las fases de la duplicidad, la decencia, la conmiseración y los embustes humanos propios del grupo de hombres que ejerce el control y que se encuentran invariablemente en todas las ciudades, al menos en las norteamericanas, el temperamento y la importancia de otro grupo en otra ciudad no tiene tanto interés, y sin embargo, sí que lo tiene. Hacía mucho tiempo que Cowperwood había desechado la idea de que la raza humana se pudiera ver de manera diferente desde otro ángulo ni en otras circunstancias, tanto si estas eran climáticas como si eran de otro tipo. Para él la característica más sobresaliente de la humanidad era que tenía un extraño componente químico, que podía ser todo o nada, según permitieran la hora y la condición. En sus momentos de ocio —aquellos libres de cálculos, que no eran muchos— a menudo especulaba sobre qué era la vida en realidad. Si no hubiera sido un gran financiero, y sobre todo, un magnífico organizador, quizá se habría convertido en un filósofo sumamente individualista —una vocación que, si se hubiera parado a pensar en aquel momento, le habría parecido bastante trivial—. A él lo que le interesaban eran los aspectos materiales de la vida, o más bien, los teoremas y los silogismos de tercer y cuarto grado que controlan las cosas materiales y, por tanto, representan la riqueza. Estaba aquí para encargarse de las grandes necesidades generales del medio Oeste —para hacerse, si podía, con ciertas fuentes de riqueza y poder, para elevarse a un estatus de reconocida autoridad—. Durante sus conversaciones matutinas, había sabido del alcance y el carácter de las empresas relacionadas con el matadero, cuáles eran los intereses de los grandes ferrocarriles y los barcos, de la tremenda importancia que estaba cobrando la tierra, de la especulación del grano, del negocio de los hoteles y del negocio de la ferretería. También se había informado sobre las empresas manufactureras en general —una que fabricaba coches, otra, ascensores, otra, agavilladoras, otra, molinos de viento, y otra, motores—. Aparentemente, a todas las industrias nuevas les iba bien en Chicago.

Durante su conversación con el director de la Junta de Comercio, para el que tenía una carta, se enteró de que allí la bolsa gestionaba pocas, o más bien casi ningunas, de las acciones locales. Allí se especulaba fundamentalmente con el trigo, el maíz y el grano de todo tipo. Se comerciaba con las grandes acciones del Este a través de contratos con casas de corretaje que operaban en la Bolsa de Nueva York; y no de otro modo.

Mientras miraba a estos hombres, todos agradablemente educados, que hacían comentarios generales al tiempo que se guardaban para sí sus magníficos planes, Cowperwood se preguntaba qué tal le iría en aquella comunidad. Aún tendría que hacer muchas cosas difíciles. Ninguno de estos hombres, todos los cuales eran amables en el aspecto social y comercial, sabía que él había estado en la penitenciaría hacía poco. ¿Hasta qué punto afectaría eso a su actitud? Ninguno de ellos sabía que, aunque estaba casado y tenía dos hijos, tenía intención de divorciarse de su esposa para casarse con la muchacha que se había apropiado del papel que su esposa había desempeñado en otro tiempo.

—¿Está sopesando seriamente la posibilidad de indagar en el Noroeste? —le preguntó el señor Rambaud con mucho interés cuando el almuerzo casi tocaba a su fin.

—Esos son los planes que tengo en este momento, una vez que termine aquí. He pensado que podría hacer un viaje rápido hasta allí.

—Permítame que le ponga en contacto con un grupo que va a viajar hasta Fargo y Duluth. Hay un coche privado que saldrá el jueves y que llevará mayoritariamente ciudadanos de Chicago, excepto algunos del Este. Me gustaría que se uniera a nosotros. Yo viajaré hasta Minneapolis.

Cowperwood le dio las gracias y aceptó. Después siguió una larga conversación sobre el Noroeste, su madera, trigo, la venta de tierras, el ganado y las posibles plantas manufactureras.

Los principales temas de conversación versaron sobre lo que se esperaba de Fargo, Minneapolis y Duluth en términos de población y financieros. Naturalmente, el señor Rambaud, que tenía bajo su dirección enormes líneas de ferrocarril que penetraban en aquella región, tenía confianza en su futuro. Cowperwood se dio cuenta de todo, casi por instinto, y sus pensamientos giraron principalmente en torno al gas, los tranvías, la especulación del suelo y los bancos, se hallaran donde se hallaran.

Finalmente abandonó el club para atender a sus demás compromisos, pero su personalidad dejó rastro tras él. El señor Addison y el señor Rambaud, entre otros, estaban sinceramente convencidos de que se trataba de uno de los hombres más interesantes que habían conocido desde hacía años. Y él prácticamente no había dicho nada; se había limitado a escuchar.

CAPÍTULO III

Una tarde en Chicago

Tras su primera visita al banco que presidía el señor Addison y una cena informal en casa de este último, Cowperwood había decidido que no quería ser hipócrita, al menos con Addison. Era demasiado influyente y estaba muy bien relacionado. Además, a Cowperwood le caía extremadamente bien. Al ver que el hombre le mostraba una fuerte inclinación, que, de hecho, estaba fascinado por él, lo visitó temprano una mañana un día o dos después de su regreso de Fargo, hasta donde había viajado por sugerencia del señor Rambaud, y antes de viajar de vuelta a Filadelfia, había decidido exponerle con calma sus pasadas desventuras, confiando en que, gracias al interés de Addison, este las contemplara de manera favorable. Le contó toda la historia de cómo lo habían condenado por malversación técnica y del tiempo que había cumplido en la Penitenciaría del Este. Y también le mencionó el divorcio y su intención de casarse de nuevo.

Addison, que era el más débil de los dos, pero a pesar de eso, también un hombre enérgico, admiró la valiente postura de Cowperwood. Era algo aún más admirable que cualquier cosa que él pudiera haber conseguido. Le atraían los aspectos dramáticos de la vida de Cowperwood. Aquí tenía a un hombre que aparentemente se había visto arrastrado hasta lo más bajo, al que le habían metido la cabeza en el fango, y que ahora volvía a resurgir con fortaleza, con esperanza, con insistencia. El banquero conocía a muchos hombres respetados de Chicago cuyos inicios, como muy bien sabía, no soportarían una inspección detallada, pero nadie le daba a eso ninguna importancia. Algunos de ellos formaban parte de la sociedad, otros no, pero todos ellos eran poderosos. ¿Por qué no habría de permitirle a Cowperwood que empezara de nuevo? Lo miró fijamente a los ojos, observó su cuerpo fornido, la cara atractiva, tersa y con bigote, y le ofreció la mano.

—Señor Cowperwood —dijo finalmente, intentando escoger bien las palabras—. No hace falta que le diga que me agrada que me haya hecho esta confesión tan interesante. Me gusta. Me alegro de que lo haya hecho. No es necesario que vuelva a decir nunca nada más. Ya llegué a la conclusión, el día que lo vi entrar en ese vestíbulo, de que era usted un hombre excepcional; ahora ya lo sé. No es necesario que se disculpe conmigo. No he vivido en este mundo durante cincuenta años o más sin aprender algo de la vida. Tanto este banco como mi casa están a su entera disposición siempre que usted piense que puedan servirle de provecho. En el futuro, iremos actuando según marquen las circunstancias. Me gustaría que se viniera a Chicago, simplemente porque me cae usted bien. Si decide instalarse aquí, estoy

seguro de que podré ayudarle y usted a mí también. No le dé más vueltas; no diré nunca nada, pase lo que pase. Aún tiene usted mucho que hacer, y le deseo suerte. Recibirá de mí toda la ayuda que pueda buenamente brindarle. Olvídese de que me lo ha contado, y cuando haya arreglado sus asuntos matrimoniales, traiga a su esposa a conocernos.

Habiendo terminado con estas cosas, Cowperwood cogió el tren de vuelta a Filadelfia.

—Aileen —dijo cuando se reencontraron; ella había ido a esperarlo al tren—, creo que nuestra respuesta está en el Oeste. Fui hasta Fargo^[1] y eché un vistazo por allí, pero no creo que queramos irnos tan lejos. En aquella zona no hay más que indios y una pradera cubierta de hierba. ¿Qué te parecería vivir en una chabola de tablas, Aileen —le preguntó en tono de broma—, sin otra cosa aparte de serpiente de cascabel frita o perro de las praderas para desayunar? ¿Crees que serías capaz de soportarlo?

—Sí —contestó ella alegremente y agarrándose al brazo de él, porque ya se comportaban como un matrimonio—; si tú fueras capaz de soportarlo, también podría yo. Iría a cualquier parte contigo, Frank. Me buscaría un bonito vestido indio cubierto de piel y cuentas, y un adorno de plumas para la cabeza como el que llevan ellas, y...

—¡Sí, señor! ¡Cómo no! Lo primero sería la ropa bonita, estando en una choza de mineros. Eso es.

—No me amarías durante mucho tiempo si no le diera tanta importancia a la ropa bonita —le contestó ella de manera enérgica—. ¡Oh, me alegro tanto de que hayas vuelto!

—El problema es —continuó él— que aquella zona tan al norte no resulta tan prometedora como Chicago. Creo que estamos destinados a vivir en Chicago. Hice una inversión en Fargo, y tendremos que viajar hasta allí de vez en cuando, pero terminaremos afincándonos en Chicago. No quiero volver a irme solo. No me resulta agradable. —Le apretó la mano—. Si no podemos solucionar esto enseguida, simplemente tendré que empezar a presentarte como mi esposa.

—¿No has vuelto a tener noticias del señor Steger? —intervino ella. Estaba pensando en los esfuerzos que Steger había hecho para conseguir que la señora Cowperwood le concediera el divorcio.

—Ni una palabra.

—¡Qué mala suerte! —dijo ella con un suspiro.

—Bueno, no sufras. Las cosas podrían ir peor.

Estaba pensando en los días que había pasado en la penitenciaría, y lo mismo le pasaba a ella. Después de comentar sus impresiones de Chicago, decidieron que en cuanto las circunstancias lo permitieran, se mudarían a aquella ciudad del Oeste.

No tendría sentido extenderse ahora más allá de un leve bosquejo para relatar el periodo de tres años durante el que tuvieron lugar los diversos cambios que llevaron finalmente a la total desaparición de Cowperwood de Filadelfia y a su presentación en Chicago. Durante un tiempo no hubo más que viajes de ida y vuelta; al principio,

especialmente a Chicago; después a Fargo, adonde su secretario, Walter Whelpley, se había trasladado para encargarse, bajo su dirección, de la construcción de edificios comerciales en aquella ciudad, de una línea corta de tranvía y de un recinto para ferias y exposiciones. Esta interesante aventura llevaba el nombre de Compañía de Construcciones y Transportes de Fargo, y Frank A. Cowperwood era su presidente. Su abogado de Filadelfia, el señor Harper Steger, era por el momento el director general de contrataciones.

Durante un corto periodo de tiempo también se le podría haber encontrado alojado en el Tremont^[2] de Chicago, evitando, por el momento, y debido a la compañía de Aileen, entrar en contacto, más allá de una leve inclinación de cabeza a modo de saludo, con los hombres importantes a los que había conocido en su primera visita, mientras se informaba con tranquilidad sobre un posible acuerdo para entrar en el negocio de la bolsa de Chicago —una asociación con algún agente ya establecido que, careciendo de excesiva ambición personal, le brindara información sobre el estado de los asuntos de la bolsa de Chicago, los personajes que en ella había y las empresas de la ciudad—. En una ocasión se llevó a Aileen a Fargo con él, donde, con una actitud altiva y de aburrida despreocupación, supervisó el estado de aquella ciudad en crecimiento.

—¡Oh, Frank! —exclamó cuando vio el sencillo hotel de madera de cuatro plantas, la fea y larga calle comercial, con su variopinta colección de tiendas de madera y ladrillo, y las enormes hileras de casas, cuyas fachadas en la mayoría de los casos daban a calles sin pavimentar. Aileen, con su immaculado acicalamiento de trajes hechos a medida, su fuerza, su vanidad y su tendencia a excederse con los adornos, contrastaba de manera peculiar con la tosca humildad y con la indiferencia hacia el encanto personal que caracterizaba a la mayoría de los hombres y mujeres de esta metrópolis—. ¿No habrás pensado en serio venirte a vivir aquí, verdad, Frank?

Se preguntaba dónde iba a surgir la oportunidad de relacionarse en sociedad; su oportunidad para brillar. ¿Y si su Frank se hacía muy rico? ¿Y si ganaba muchísimo dinero; mucho más del que hubiera llegado a tener nunca en el pasado? ¿De qué le iba a servir a ella aquí? En Filadelfia, antes de que él quebrara, antes de que nunca hubiera llegado a sospechar que tendrían una relación secreta, él ya había comenzado (eso como mínimo) a recibir invitados con un estilo bastante pretencioso. Si ella hubiera sido su esposa entonces, quizá habría podido entrar a formar parte de la sociedad de Filadelfia de una manera elegante. Pero aquí, ¡Dios mío! Levantó su bonita nariz con un gesto de desdén.

—¡Qué lugar tan horrible! —fue el único comentario que hizo ante aquella ciudad, la más emocionante del Oeste, que se desarrollaba a pasos agigantados gracias a su prosperidad.

Sin embargo, en lo referente a Chicago y a su incesante y creciente torbellino de vida, Aileen sí estaba muy interesada. Mientras atendía a sus muchos asuntos financieros, Cowperwood se encargó de que ella no se quedara sola. Le pidió que

comprara en las tiendas de la ciudad y que le hablara de estas; y así lo hizo ella, desplazándose en un carruaje abierto, bellamente ataviada, con un gran sombrero marrón que hacía resaltar su tez blanca y rosada, y su pelo dorado rojizo. Durante su estancia, la llevó algunas tardes en el carruaje a pasear por las calles principales. Cuando Aileen pudo ver por primera vez la espaciosa belleza y la riqueza de Prairie Avenue, de North Shore Drive, de Michigan Avenue y de las nuevas mansiones de Ashland Boulevard, asentadas sobre sus verdes jardines, el espíritu, las aspiraciones, la esperanza y la proyección del futuro Chicago comenzaron a correrle por las venas, al igual que le había ocurrido a Cowperwood. Todas estas casas lujosas eran muy recientes. La gente importante de Chicago eran todos nuevos ricos, al igual que ellos. Se olvidó de que todavía no era la esposa de Cowperwood, porque verdaderamente se sentía como si lo fuera. Las calles, pavimentadas en la mayoría de los casos con losas de color marrón claro, bordeadas de árboles jóvenes, recién plantados, con el césped tan bien cortado que aparecía como un suave tapiz verde de hierba, con las ventanas de las casas adornadas con toldos de colores brillantes y embellecidas con cortinas de intrincado encaje que mecía la brisa de junio, con la calzada de granuloso macadán gris; todas estas cosas apelaban a sus gustos. Durante uno de sus paseos, bordearon el lago en North Shore, y Aileen, al contemplar las terrosas aguas verdeazuladas, las lejanas velas, las gaviotas, y después las casas nuevas y luminosas, pensó que con total seguridad algún día sería la señora de una de aquellas espléndidas mansiones. ¡Con qué altivez se movería y cómo se vestiría! Tendrían una casa espléndida, mucho más elegante sin duda que la que Frank había tenido en Filadelfia, con un gran salón de baile y un comedor en los que podría dar bailes y cenas, y donde Frank y ella recibirían a sus invitados como los pares de estos ricos de Chicago.

—¿Crees que llegaremos algún día a tener una casa tan elegante como estas, Frank? —le preguntó con anhelo.

—Te contaré lo que tengo planeado —le dijo—. Si te gusta esta parte de Michigan Avenue, compraremos un trozo de terreno aquí ahora y lo mantendremos. Y en cuanto cuente con los contactos adecuados aquí y vea lo que voy a hacer, nos construiremos una casa —algo realmente bonito—, no te preocupes. Quiero dejar zanjado el asunto este del divorcio, y después nos pondremos en marcha. Mientras tanto, si tenemos que venir aquí, será mejor que vivamos con discreción. ¿No te parece?

Ahora eran entre las cinco y las seis, ese momento delicioso de cualquier día de verano. Había hecho mucho calor, pero ahora ya empezaba a refrescar, las casas orientadas al oeste daban sombra a la calzada, y un aire vinoso y cargado de polvo llenaba la calle. Hasta donde alcanzaba la vista, todo estaba lleno de carruajes, la única gran diversión social de Chicago, porque, aparte de esta, había muchos que tenían pocas oportunidades de demostrar que poseían medios. Las fuerzas sociales no estaban claras todavía ni en armonía. Los tintineantes arreos de níquel, plata e incluso chapados en oro, eran el lenguaje mediante el que expresaban sus aspiraciones

sociales, si no sus logros. Por aquí pasaban a toda velocidad en dirección a sus casas provenientes de la ciudad —desde las oficinas y las fábricas—, por esta excepcional carretera hacia el sur, la Vía Apia de South Side, todos los fervientes aspirantes a notables fortunas. Los hombres adinerados que habían coincidido sólo de manera casual mientras hacían negocios se saludaban con la cabeza al pasar. Sus elegantes hijas, sus hijos criados en sociedad y sus bellas esposas iban al centro en charretes, victorias^[3], carruajes y vehículos del diseño más moderno, para llevar a casa a los padres cansados después del día de trabajo, o a los hermanos, parientes o amigos. En el aire se respiraba el tono festivo de las perspectivas sociales, de la promesa de juventud y afecto, y del hermoso resplandor de la vida material que se recrea en su deleite. Bellos y ágiles animales de raza, bien solos o en tintineantes parejas, circulaban por la larga y ancha calle bordeada de hierba, con sus elegantes casas deslumbrantes de rica y complaciente materialidad.

—¡Oh! —exclamó Aileen de repente, al ver a aquellos hombres fuertes y vigorosos, a las atractivas matronas, y las jóvenes y los muchachos, saludando e inclinando la cabeza al pasar, sintiéndose afectada por el romanticismo y el prodigio de todo aquello—. Creo que me gustaría vivir en Chicago. Creo que es más agradable que Filadelfia.

Cowperwood, que había caído tan bajo allí, a pesar de su enorme capacidad, apretó sus dos hileras de dientes parejos, y el rizo de su bigote parecía tener en aquel momento un aire especialmente desafiante. La pareja de caballos que llevaba era físicamente perfecta, esbelta y nerviosa, con la cara cuidada con gran mimo y consideración. No podía soportar los caballos malos. Los guiaba como sólo podía hacerlo alguien que amara estos animales, con el cuerpo muy erguido y animando a los animales con su propia energía y temperamento. Aileen iba sentada junto a él, muy orgullosa y manteniendo el cuerpo muy recto de manera deliberada.

—¿No te parece bellísima? —decían al pasar algunas mujeres que se dirigían al norte—. ¡Qué joven tan deslumbrante! —pensaban o decían los hombres.

—¿La has visto? —le preguntó un joven a su hermana.

—No te preocupes, Aileen —le comentó Cowperwood, con esa determinación férrea que no admite derrota—. Formaremos parte de esto. No te apures. Tendrás todo lo que deseas en Chicago, y más aún.

Sentía un hormigueo en los dedos que transmitía a las riendas, a los caballos; una misteriosa corriente que le hacía vibrar y que formaba parte de su propia química, que emitía la palpitación de su espíritu, y que era la que hacía que aquellos caballos alquilados brincaran como niños. Se impacientaban, sacudían la cabeza y resoplaban. Aileen estaba henchida de esperanza, vanidad y anhelo. ¡Ay, ser la señora de Frank Algernon Cowperwood aquí en Chicago, tener una mansión espléndida y que sus tarjetas de invitación fueran prácticamente órdenes que nadie pudiera ignorar!

«¡Ay!», suspiró para sí, mentalmente. «Ojalá todo eso fuera realidad. Ya.»

Y así es como la vida, incluso en el mejor de los momentos, reparte

contrariedades y aflicción. Más allá está siempre lo inalcanzable, el atractivo del infinito con su infinito dolor.

«¡Ay, la vida! ¡Ay, la juventud! ¡Ay, la esperanza! ¡Ay, los años! ¡Ay, el capricho, cuyas alas tejidas de dolor hace batir el miedo!»^[4].

CAPÍTULO IV

Peter Laughlin & Co.

La sociedad que Cowperwood terminó formando con un antiguo agente de la Junta de Comercio, Peter Laughlin, era en extremo de su agrado. Laughlin era un especulador alto y demacrado que había pasado la mayor parte de los días de su vida en Chicago, después de que hubiera llegado allí desde Misuri cuando era niño. Era el típico agente de la Junta de Comercio de la vieja escuela, y guardaba cierto parecido con Andrew Jackson, mientras que en la figura se asemejaba a Henry Clay, Davy Crockett y «Long John» Wentworth^[1].

Desde su juventud, Cowperwood había sentido una intensa curiosidad por los caracteres peculiares, a los que él a su vez solía resultarles interesante; le cogían «cariño». Podía, si se tomaba la molestia, acostumbrarse a la extraña psicología de prácticamente cualquier individuo. En sus primeras peregrinaciones a La Salle Street, hizo averiguaciones en busca de los operadores más inteligentes de la bolsa y luego les fue haciendo pequeños encargos a uno tras otro para familiarizarse con ellos. Así fue como una mañana se topó con el viejo Peter Laughlin, negociante de trigo y maíz, que tenía una oficina en La Salle Street cerca de Madison, y que obtenía unos ingresos modestos especulando con grano y con acciones de ferrocarriles del Este tanto para sí como para otros. Laughlin era un norteamericano inteligente y astuto, probablemente de procedencia escocesa, que tenía todas las tachas tradicionalmente norteamericanas, como la falta de refinamiento, la costumbre de mascar tabaco y la de proferir blasfemias, junto con otros pequeños vicios. Cowperwood sabía, sólo con mirarlo, que debía de tener buena información sobre todos los chicagüenses de importancia, y estaba seguro de ya sólo eso les sería de gran valor. Y además, el hombre era directo, franco, de aspecto sencillo y totalmente carente de pretensiones —cualidades que a Cowperwood le parecían inestimables.

Laughlin había sufrido grandes pérdidas una o dos veces en los últimos tres años en «monopolios» secretos que había intentado tramar, y la impresión que daba en general era que ahora se estaba volviendo cauteloso, o, dicho de otro modo, empezaba a tener miedo. «El hombre perfecto», pensó Cowperwood. De modo que una mañana visitó a Laughlin con la intención de abrir una pequeña cuenta con él.

—Henry —oyó que el hombre le decía a un empleado joven de aspecto preternaturalmente solemne, un ayudante de lo más apropiado para Peter Laughlin, al entrar en su oficina, un lugar de buenas dimensiones, aunque resultara algo polvoriento—, tráeme las acciones de Pittsburg y Lake Erie, ¿quieres? —Al ver que Cowperwood esperaba, añadió—: ¿Qué puedo hacer por usted?

Cowperwood sonrió. «Así es como se expresa, ¿no?», pensó. «¡Bien! Creo que me caerá bien.»

Se presentó y dijo que procedía de Filadelfia, y continuó explicando que estaba interesado en varias empresas de Chicago y dispuesto a invertir en cualquier tipo de acciones siempre que fuesen a subir, y particularmente deseoso de hacerlo en alguna empresa –preferiblemente de servicio público–, que con certeza crecería gracias a la expansión de la ciudad.

El viejo Laughlin, que ahora tenía unos sesenta años, era propietario de un puesto en la junta y cuyo capital se estimaba en torno a los doscientos mil dólares, miró a Cowperwood de manera burlona.

—Bueno, si hubiera venido por aquí hace diez o quince años, quizá habría podido empezar desde el principio en un montón de cosas —comentó—. Había entonces compañías de gas, pero esas las cogieron los de Otway y Apperson, y luego estaban los tranvías. Yo soy el que le dijo a Eddie Parkinson lo bien que podría irle si organizaba la línea de North State Street. Me prometió un puñado de acciones si lo conseguía, pero nunca me las dio. Tampoco esperaba que lo hiciera —añadió con buen criterio y los ojos chispeantes—. Llevo demasiado tiempo en el negocio para eso. Aunque, ahora ya no la tiene. Los de Michaels-Kennelly lo esquilmaron. Sí, si hubiera estado aquí hace diez o quince años, habría podido meterse en eso. Aunque, ya de nada sirve pensar en ello. Esas acciones se están vendiendo por cerca de ciento sesenta.

Cowperwood sonrió.

—Bien, señor Laughlin —dijo—, debe de llevar usted bastante tiempo en la bolsa de aquí. Parece saber mucho de lo que ocurrió en el pasado.

—Sí, desde 1852 —contestó el hombre. Tenía el pelo abundante y de punta, lo que lo hacía guardar cierto parecido con la cresta de un gallo, una barbilla alargada que amenazaba con convertirse en el mentón de un títere, la nariz ligeramente aguileña, los pómulos altos, y las mejillas hundidas y morenas. Los ojos eran tan claros y agudos como los de un lince.

—Para decirle la verdad, señor Laughlin —continuó Cowperwood—, a lo que realmente he venido a Chicago es a encontrar a un hombre con el que formar una sociedad en el negocio del corretaje. Yo mismo me dedico a la banca y al corretaje en el Este. Tengo una empresa en Filadelfia y soy miembro tanto de la Bolsa de Nueva York como de la de Filadelfia. También tengo algunos negocios en Fargo. Cualquier agencia comercial podría informarle sobre mí. Usted es miembro de la Junta de Comercio de aquí, y sin duda, hará usted negocios con las bolsas de Nueva York y Filadelfia. La nueva empresa, si estuviera usted dispuesto a asociarse conmigo, podría encargarse de todo de manera directa. Además, soy bastante bueno como corredor libre, y estoy pensando en instalarme de forma permanente en Chicago. ¿Qué me dice ahora de asociarse conmigo? ¿Cree usted que podríamos llevarnos bien trabajando en la misma oficina?

Cowperwood tenía la costumbre, cuando quería ser agradable, de golpetearse los dedos de las dos manos, juntándolos dedo a dedo, yema a yema. También sonreía al mismo tiempo —o, mejor dicho, sonreía de oreja a oreja—, y en sus ojos brillaba una luz cálida, magnética, y aparentemente afectuosa.

Se daba el caso de que el viejo Peter Laughlin había llegado ya a ese momento de la vida en el que deseaba que se le presentara una oportunidad como esta y que le resultara asequible. Era un hombre solitario al que nunca le había atraído la idea de depositar su peculiar temperamento en las manos de ninguna mujer. De hecho, nunca había entendido a las mujeres ni lo más mínimo, y sus relaciones se habían visto reducidas a aquellas tristes inmoralidades del carácter más barato que sólo el dinero —entregado a regañadientes, además— podía comprar. Vivía en tres habitaciones pequeñas en West Harrison Street, cerca de Throup, donde él mismo a veces se preparaba la comida. Su única compañía era una pequeña spaniel, cándida y afectuosa, una perrita llamada Jennie, con la que dormía. Jennie era una compañera dócil y cariñosa, que lo esperaba pacientemente en la oficina durante el día hasta que estaba listo para volver a casa por la noche. Hablaba con su spaniel casi como lo habría hecho con otro ser humano (quizá incluso con más confianza), interpretando las miradas de la perrita, las sacudidas de la cola y todos sus movimientos en general, como respuestas. Por la mañana cuando se levantaba, lo que con frecuencia ocurría a las cuatro y media, o incluso a las cuatro —dormía poco—, empezaba por ponerse los pantalones (rara vez se bañaba si no era en una barbería del centro) mientras hablaba con Jennie.

—Levántate ya, Jennie —le decía—. Es hora de levantarse. Tenemos que hacer el café y preparar el desayuno. Ya veo que sigues ahí tumbada haciéndote la dormida. ¡Vamos, venga ya! Ya has dormido bastante. Has dormido lo mismo que yo.

Jennie lo observaba con cariño por el rabillo del ojo, golpeteando la cama con la cola, mientras que la oreja que tenía libre subía y bajaba.

Cuando se había terminado de vestir y se había lavado la cara y las manos, con la vieja corbata de lazo hecha con un nudo flojo y cómodo y el pelo peinado hacia arriba, Jennie se levantaba y comenzaba a dar saltos como diciendo: «Para que veas lo poco que tardo».

—Como siempre —comentaba el viejo Laughlin—. Siempre la última. Nunca eres la primera en levantarte, ¿verdad, Jennie? Siempre dejas que sea papá el que lo haga, ¿no?

En los días gélidos, cuando las ruedas de los carros chirriaban y las orejas y los dedos parecían correr el peligro de congelarse, el viejo Laughlin, ataviado con un pesado y polvoriento gabán de antigua añada y un gorro de lana, llevaba a Jennie al centro dentro de un bolso de un verde casi negro, junto con algunas de sus amadas acciones, sobre las que iba meditando. Sólo así podía subir a Jennie a los coches. Otros días bajaban caminando, ya que a él le agradaba el ejercicio. Llegaba a su oficina sobre las siete y media o las ocho, aunque la actividad no solía comenzar

hasta después de las nueve, y solía quedarse allí hasta las cuatro y media o las cinco, leyendo el periódico o haciendo sus cuentas durante las horas en las que no había clientes. Después se llevaba a Jennie a dar un paseo o a visitar a algún conocido de los negocios. Sus habitaciones, los periódicos, el parqué de la bolsa, sus oficinas y las calles eran sus únicos refugios. No le interesaban nada el teatro, los libros, los cuadros ni la música; y en lo tocante a las mujeres, sólo en un único aspecto, a la manera propia de una mente empobrecida. Sus limitaciones eran tan acusadas, que para un amante del carácter como lo era Cowperwood, resultaba fascinante; pero Cowperwood sólo se servía del carácter. Nunca se detenía a contemplar su aspecto artístico.

Como Cowperwood sospechaba, lo que el viejo Laughlin desconocía de las condiciones financieras de Chicago, de los acuerdos, oportunidades e individuos era una cuestión de escaso valor que no merecía la pena. Al ser simplemente un operador que trabajaba por instinto, que no era ni organizador ni ejecutivo, nunca había sido capaz de hacer un uso constructivo de sus conocimientos. Se tomaba las pérdidas y ganancias con razonable ecuanimidad, y, cuando perdía, exclamaba una y otra vez: «¡Caramba! No debería haber hecho eso», mientras chasqueaba los dedos. Cuando había ganado mucho o iba ganando, mascaba tabaco con una sonrisa seráfica, y a veces, en mitad de las operaciones, exclamaba: «Será mejor que entréis, muchachos. Va a seguir lloviendo». No era fácil atraparlo en pequeños negocios especulativos, y sólo perdía o ganaba cuando había algún forcejeo abierto en el mercado, o cuando estaba maquinando algún plan propio.

El asunto de su asociación no se acordó enseguida, aunque tampoco tardó mucho. El viejo Peter Laughlin quería tener tiempo para pensarlo, aunque había desarrollado de manera casi instantánea un sentimiento de simpatía hacia Cowperwood. De alguna manera, se había convertido en el sirviente y en la víctima de este último desde un principio. Se reunían un día tras otro para discutir los detalles y términos; finalmente, fiel a sus instintos, el viejo Peter exigió la mitad de los intereses.

—Pero, no puede pedir tanto, Laughlin —sugirió Cowperwood en tono amistoso. Estaban sentados en la oficina privada de Laughlin entre las cuatro y las cinco de la tarde, y Laughlin estaba mascando tabaco con la sensación de tener ante sí un problema importante e interesante—. Soy miembro de la Bolsa de Nueva York —continuó— y eso vale cuarenta mil dólares. Mi membresía de Filadelfia vale más que la suya de aquí, y ambas figurarán como los principales activos de la empresa, que estará a su nombre. Seré generoso con usted. En lugar de una tercera parte, que sería lo justo, le daré el cuarenta y nueve por ciento, y la empresa se llamará Peter Laughlin & Co. Me cae usted bien, y creo que puede serme de gran ayuda. Sé que ganará más dinero conmigo del que ha ganado usted solo. Podría asociarme con muchos de los tipos adinerados de por aquí, pero no quiero hacerlo. Será mejor que se decida ahora mismo para que podamos ponernos a trabajar.

Al viejo Laughlin le complacía a más no poder que el joven Cowperwood

quisiera asociarse con él. Se había dado cuenta últimamente de que todos los jóvenes y engreídos recién llegados a la bolsa lo consideraban un viejo carcamal. Aquí tenía a un joven fuerte y valiente procedente del Este, veinte años menor que él, evidentemente tan astuto como él mismo —aún más, se temía— que le estaba proponiendo una alianza comercial. Además, Cowperwood, a su manera joven, saludable y agresiva, era como un soplo de aire fresco.

—Lo del nombre no me importa tanto —le contestó Laughlin—. Puede ponerle ese si quiere. Si le doy el cincuenta y uno por ciento, lo pongo a cargo de todo este tinglado. Bueno, de acuerdo; no voy a echarme atrás. Supongo que siempre podré arreglármelas para conseguir lo que me corresponda.

—Trato hecho, entonces —dijo Cowperwood—. Necesitamos oficinas nuevas, Laughlin, ¿no le parece? Esta es un poco oscura.

—Arréglole como más le plazca, señor Cowperwood. A mí me da igual. Me alegraré de ver cómo lo hace.

Al cabo de una semana habían resuelto todos los detalles, y dos semanas más tarde el cartel de Peter Laughlin & Co., comisionistas de grano, apareció sobre la entrada de un elegante conjunto de habitaciones en la planta baja de la esquina de La Salle y Madison, en el corazón del distrito financiero de Chicago.

—Ponte en contacto con el viejo Laughlin, ¿quieres? —le comentó un agente a otro al pasar por delante de la nueva y pretenciosa casa comisionista con sus espléndidas ventanas de cristal cilindrado^[2], y al observar los pesados y ricamente decorados letreros de bronce que habían colocado a ambos lados de la puerta, que se encontraba exactamente en la esquina—. ¿Qué ha pasado? Pensaba que estaba prácticamente acabado. ¿Quién forma parte de la compañía?

—No lo sé. Un tipo del Este, creo.

—Lo cierto es que está ascendiendo. Mira el cristal, ¿lo has visto?

Y así fue como la carrera financiera de Frank Algernon Cowperwood en Chicago se puso definitivamente en marcha.

CAPÍTULO V

Sobre la esposa y la familia

Si alguien por un momento sospechara que esta jugada comercial por parte de Cowperwood fue apresurada o irreflexiva, es que aprecia muy poco la psicología incisiva y perspicaz de este hombre. Sus reflexiones sobre la vida y el control (atemperadas y endurecidas por los trece meses de reflexión en la Penitenciaría del Distrito Este) lo habían conducido a una política inamovible. Podía, debía y terminaría mandando él solo. Nunca ningún hombre volvería a tener nada que reclamarle, a menos que fuera un suplicante. No quería volver a tener ninguna alianza peligrosa como la que había tenido con Stener, el hombre a través del que había perdido tanto en Filadelfia, y con algunos otros. Por razón de su intelecto y valor financiero, él era el primero, y así lo demostraría. Los hombres debían girar alrededor de él, como los planetas alrededor del Sol.

Además, desde su caída en desgracia en Filadelfia, había llegado a pensar que quizá nunca más pudiera esperar llegar a convertirse en alguien socialmente aceptable en el sentido en el que la supuesta mejor sociedad de una ciudad interpreta esa frase; y al meditar sobre ellos en los ratos libres, se había dado cuenta de que, casi con total probabilidad, sus futuros aliados no estarían entre los ricos y socialmente importantes —los elementos exclusivistas y esnobs de la sociedad—, sino entre los principiantes y los hombres financieramente fuertes que ya lo habían logrado o que ascendían de la nada, y que carecían por completo de aspiraciones sociales. Había muchos así. Si gracias a la suerte y al esfuerzo conseguía hacerse lo suficientemente fuerte en las finanzas, quizá pudiera entonces tener la esperanza de imponer sus normas a la sociedad. Era de carácter individualista e incluso anarquista, pero sin el más mínimo rastro de democracia en él, a pesar de que por temperamento, tenía más afinidad con la masa, a la que además, entendía mejor, que con la clase. Quizás esto explique, de alguna manera, su deseo de vincularse con una personalidad tan ingenua y extraña como la de Peter Laughlin. Se había unido a él igual que el cirujano selecciona un escalpelo especial o un instrumento para una operación, y, a pesar de que Laughlin era astuto y viejo, estaba destinado a no ser más que una herramienta en las manos fuertes de Cowperwood, un simple y ajetreado mensajero, satisfecho con recibir órdenes de este hombre con el cerebro más rápido entre los rápidos. Por el momento, Cowperwood se daba por satisfecho con hacer negocios bajo el nombre de la empresa, Peter Laughlin & Co. —de hecho, lo prefería; porque, de este modo, podía pasar desapercibido lo suficiente como para evitar llamar la atención en exceso, mientras gradualmente preparaba la consecución de uno o dos éxitos con los que

esperaba poder asentarse con firmeza en el futuro financiero de Chicago.

Como paso preliminar y esencial para que pudiera establecerse social y financieramente en Chicago con Aileen, Harper Steger, el abogado de Cowperwood, estaba haciendo todo lo que podía durante este tiempo para congraciarse con la señora Cowperwood y ganarse su confianza, ya que ella no tenía más fe en los abogados de la que tenía en su recalcitrante esposo. Ahora era una mujer alta, severa y poco atractiva, aunque aún quedaban en ella rastros del antiguo encanto pasivo que una vez había interesado a Cowperwood. Le habían salido unas notables patas de gallo, así como arrugas en la comisura de la boca y en los costados de la nariz. Y tenía un aire remoto, crítico, deprimido, santurrón e incluso herido.

El gatuno Steger, que tenía el aire grácil y contemplativo de un gato callejero, era la persona más adecuada para tratar con ella. Nunca hubo un alma más hábilmente taimada y oportunista. Su lema bien podría haber sido, habla con suavidad y anda con pasos ligeros.

—Mi querida señora Cowperwood —le decía, sentado en su modesto salón del oeste de Filadelfia una tarde de primavera—, no hace falta que le diga que su marido es un hombre extraordinario, ni que es inútil oponerse a él. Aún admitiendo todas sus faltas, y estamos de acuerdo, si así le parece, que son muchas —la señora Cowperwood se rebulló con irritación—, sigue sin merecer la pena intentar obligarlo a rendir cuentas de manera estricta. Usted sabe —y el señor Steger abrió sus manos delgadas de artista en un gesto de disculpa— la clase de hombre que es el señor Cowperwood, y si realmente se le puede coaccionar o no. No es un hombre corriente, señora Cowperwood. Ningún hombre que hubiera pasado por lo que él ha pasado y que se encontrara donde se encuentra hoy podría ser un hombre normal. Si acepta mi consejo, dejará que siga su camino. Concédale el divorcio. Está dispuesto, e incluso ansioso, por proporcionarle una provisión definitiva para usted y sus hijos. Estoy seguro de que se encargará de su futuro de manera generosa. Pero está empezando a irritarle bastante su falta de voluntad de concederle la separación legal, y a menos que lo haga, mucho me temo que todo este asunto terminará en los tribunales. Si antes de que lleguemos a eso yo pudiera conseguir un acuerdo que a usted le resultara aceptable, me sentiría muy satisfecho. Como usted sabe, me ha apenado mucho el curso que han tomado sus asuntos en los últimos tiempos. Siento muchísimo que las cosas sean como son.

El señor Steger levantó los ojos con una expresión de dolor y de disculpa. Lamentaba profundamente las cambiantes corrientes de este mundo turbulento.

La señora Cowperwood, quizá por decimoquinta o vigésima vez, lo escuchó pacientemente hasta el final. Cowperwood no iba a regresar. Steger era tan amigo suyo como lo sería cualquier otro abogado. Además, su compañía le resultaba agradable. A pesar de su maquiavélica profesión, ella medio lo creía. Él repasó con mucho tacto otra veintena de puntos adicionales. Finalmente, durante la vigésima primera visita, y, aparentemente, con gran aflicción, le dijo que su marido había

decidido romper con ella económicamente, no seguir pagando facturas y no hacer nada más hasta que sus responsabilidades hubieran quedado determinadas en un juicio, y que él, Steger, estaba a punto de retirarse del caso. La señora Cowperwood sintió que debía rendirse, y cifró su ultimátum. Si fijaba doscientos mil dólares para ella y los niños (que era la propuesta que Cowperwood le había hecho) y, más adelante, hacía algo en el plano comercial por su único hijo, Frank, lo dejaría libre. Le desagradaba hacerlo. Sabía que significaba que Aileen Butler había triunfado, que era lo que efectivamente había ocurrido. Pero, después de todo, aquella desdichada criatura había caído en desgracia en Filadelfia. Era poco probable que pudiera levantar la cabeza en sociedad nunca más en ningún otro sitio. Aceptó presentar una petición que Steger redactaría para ella, y gracias a las maquinaciones de aquel zalamero caballero, finalmente fue introducida subrepticamente en la corte local de la manera más secreta imaginable. Un simple artículo en tres de los periódicos de Filadelfia seis semanas más tarde informaba de que se le había concedido el divorcio. Cuando la señora Cowperwood lo leyó, se preguntó cómo era posible que hubiera llamado tan poco la atención. Ella había temido que diera lugar a muchos más comentarios. Poco sospechaba de los merodeos, tanto legales como periodísticos, del intrigante abogado de su esposo. Cuando Cowperwood lo leyó durante una de sus visitas a Chicago, dio un suspiro de alivio. Al fin era verdad. Ahora podría hacer que Aileen se convirtiera en su esposa. Le mandó un enigmático mensaje en un telegrama dándole la enhorabuena. Cuando Aileen lo leyó, se estremeció de pies a cabeza. Ahora, dentro de poco, se convertiría legalmente en la esposa de Frank Algernon Cowperwood, el recientemente naturalizado financiero de Chicago, y luego...

—¡Oh! —dijo en su casa de Filadelfia cuando lo leyó—. ¿No es espléndido? Ahora seré la señora Cowperwood. ¡Ay, Dios mío!

La primera señora de Frank Algernon Cowperwood, al repasar mentalmente la relación ilícita de su esposo, su quiebra, su encarcelamiento, sus operaciones pirotécnicas durante la quiebra de Jay Cooke^[1], y su actual ascenso financiero, se asombraba ante el misterio de la vida. Dios debía de existir. Eso era lo que decía la Biblia. Su marido, a pesar de sus maldades, no podía ser malo del todo, porque había hecho una generosa provisión para ella, y sus hijos lo querían. Desde luego, cuando fue sometido a su enjuiciamiento penal no había hecho cosas peores que otros que quedaron libres. Pero, a pesar de eso, lo habían condenado, y eso era algo que ella lamentaba y que siempre había lamentado. Era un hombre capaz y despiadado. Casi no sabía qué pensar. A la única persona a la que sí culpaba era a la miserable, vanidosa, casquivana e impía Aileen Butler, que lo había seducido y que ahora probablemente se convertiría en su esposa. Dios la castigaría, sin duda. Debía hacerlo. Y así acudía a la iglesia los domingos e intentaba creer que, pasara lo que pasara, todo era para mejor.

CAPÍTULO VI

La nueva reina de la casa

El día que Cowperwood y Aileen se casaron —fue en un pueblo recóndito llamado Dalston, cerca de Pittsburg, al oeste de Pensilvania, donde pararon para resolver este asunto—, él le había dicho:

—Quiero decirte, querida, que tú y yo vamos a empezar de verdad una nueva vida. Ahora todo dependerá de si sabemos jugar bien para llegar al éxito. Si me haces caso, no intentaremos de momento relacionarnos mucho socialmente en Chicago. Por supuesto que tendremos que conocer a unas cuantas personas; eso no podemos evitarlo. El señor y la señora Addison tienen muchas ganas de conocerte y ya lo he pospuesto demasiado. Pero, lo que quiero decir es que no creo que sea aconsejable que forcemos demasiado esta relación. Seguro que la gente empezaría a hacer averiguaciones si lo hiciéramos. Mi plan es esperar un poco y construir mientras tanto una casa verdaderamente elegante, de modo que no tuviéramos que rehacerla más tarde. Nos iremos a Europa en primavera, si todo va bien, y quizá eso nos dé algunas ideas. Voy a poner una buena galería —decidió—. Durante nuestro viaje, podríamos también ver qué encontramos, en cuanto a cuadros y otras cosas.

Aileen estaba tremendamente ilusionada ante las expectativas.

—¡Oh, Frank! —le dijo extasiada—, ¡eres tan maravilloso! Consigues todo lo que quieres, ¿no es verdad?

—No del todo —dijo él con desprecio—, pero no es porque no quiera. La suerte también tiene su pequeño papel en algunas de estas cosas, Aileen.

Ella estaba de pie ante él, como hacía a menudo, con sus manos rollizas y cargadas de anillos posadas sobre sus hombros, mientras lo miraba a los ojos, aquellos pozos lúcidos y fijos. Otro hombre, menos leonino, y con todo aquel torrente de pensamientos, habría tenido quizá que enfrentarse al obstáculo de una mirada huidiza; él afrontaba los interrogantes y las sospechas del mundo aparentando un candor que desarmaba tanto como el de un niño. La verdad es que él creía en sí mismo, y sólo en sí mismo, y de ahí surgía su valor para pensar como más le placía. Aileen se lo preguntaba, pero no conseguía dar con la respuesta.

—¡Oh, tigre grande! —dijo ella—. ¡El enorme y poderoso león! ¡Bu!

Él le pellizcó la mejilla y sonrió. «Pobre Aileen», pensó. Qué poco sabía ella del irresoluble misterio que era él incluso para sí mismo; sobre todo para sí mismo.

Inmediatamente después de su matrimonio, Cowperwood y Aileen viajaron directamente hasta Chicago y cogieron de manera provisional las mejores habitaciones que ofrecía el Tremont. Poco tiempo después, supieron que había una

casa amueblada comparativamente pequeña entre Twenty-Third y Michigan Avenue, que contaba además con caballos y carruajes, y que se podía alquilar durante una temporada o dos. Firmaron el contrato inmediatamente y se hicieron con un mayordomo, criados y, en general, el servicio propio de una casa bien equipada. Una vez aquí, y sólo porque le parecía de cortesía, no porque pensara que fuera esencial o prudente en este momento intentar llevar a cabo una campaña social, invitó a los Addison y a uno o dos más que estaba seguro que vendrían: Alexander Rambaud, presidente de la Chicago & Northwestern^[1], y su esposa, y Taylor Lord, un arquitecto al que había pedido asesoramiento y que le parecía socialmente aceptable^[2]. Lord, al igual que los Addison, formaba parte de la sociedad, aunque era una figura modesta.

Podemos estar seguros de que Cowperwood hizo las cosas como se debían hacer. El lugar que habían alquilado era una encantadora casita de piedra gris con un cuidado tramo de escaleras de granito bordeado por una balaustrada que conducía a la puerta en forma de amplio arco, y en la que, con muy buen juicio, había vidrieras que conferían al interior un ambiente artísticamente tenue. Afortunadamente, estaba amueblada con buen gusto. Cowperwood encargó el asunto de la cena a un servicio de banquetes y a un decorador. Aileen no tendría que hacer nada más que vestirse, esperar y estar lo más guapa posible.

—No hace falta que te diga —le dijo por la mañana antes de marcharse— que quiero que estés muy guapa esta noche, cielo. Quiero que les gustes a los Addison y al señor Rambaud.

Esa indicación era más que suficiente para Aileen, aunque en realidad no era necesaria. Al llegar a Chicago, había buscado y descubierto una doncella francesa. Aunque había traído muchos vestidos de Filadelfia, había encargado más trajes de invierno a la mejor modista, y la más cara, de Chicago, Theresa Donovan. Justo el día anterior había recibido en su casa un traje de seda de un amarillo dorado cubierto de grueso encaje verde, que parecía crear una armonía especial con su pelo dorado rojizo y con sus brazos y su cuello tan blancos. La noche de la cena, su alcoba presentaba todo un derroche de sedas, rasos, encajes, lencería, adornos para el pelo, perfumes y joyas... de todo y cualquier cosa que pudiera contribuir al arte tan femenino de estar preciosa. Cada vez que se encontraba en pleno proceso de embellecimiento, Aileen invariablemente se sentía inquieta y enérgica, casi nerviosa, y su doncella, Fadette, se veía obligada a moverse con rapidez. Recién salida del baño, como una venus de marfil, decidió rápidamente la lencería de seda, las medias y los zapatos, hasta llegar al pelo. Fadette quería sugerirle una idea para el pelo. ¿Le permitiría la señora probar un nuevo recogido que había visto? Sí, se lo permitía. De modo que se sucedió toda una marea de mechones gruesos y brillantes que iban de acá para allá. Pero parecía que no quedaba bien. Después probó con un efecto trenzado, que descartó al instante; y por último, un peinado con bucles dobles, sin trenzas, que le caía sobre la frente y del que tiraban hacia atrás dos cintas de color verde oscuro que se cruzaban haciendo una equis por encima de la frente, sujetas con un broche de diamantes en forma de

sol, le pareció admirablemente adecuado. Aileen se puso de pie vestida con su vaporosa bata de encaje y se examinó en el espejo de cuerpo entero.

—Sí —dijo, girando la cabeza de un lado a otro.

Después vino el vestido de Donovan, con su frufú y sus crujidos. Se lo puso con aire crítico, mientras Fadette se encargaba de la parte de atrás, de los brazos, alrededor de las rodillas, haciendo un retoque esencial tras otro.

—¡Oh, *madame!* —exclamó—. ¡Oh, *charmant!* El pelo queda perfecto con el vestido. Aquí queda muy redondeado, precioso —dijo señalando las caderas, donde el encaje formaba una ceñida sobrefalda—. ¡Oh, es muy muy bonito!

Aileen se sintió muy satisfecha, pero casi no sonrió. Estaba preocupada. No era tanto por su acicalamiento, que debería ser lo mejor posible, sino por esta señora Addison, que era tan rica y formaba parte de la sociedad, y por el señor Rambaud, que era muy poderoso, según le había dicho Frank, y a los que debía caerles bien. Era la necesidad de tener que causar buena impresión lo que ahora la tenía intranquila. Quizá debiera resultarles interesante a estos hombres no sólo física, sino también mentalmente, y poseer además dominio de la urbanidad y la etiqueta, y eso no era fácil. A pesar de todo su dinero y comodidades en Filadelfia, nunca había formado parte de la sociedad en sus mejores aspectos, y nunca había recibido invitados que fuesen realmente importantes. Frank era el hombre más importante que se había cruzado en su camino. Sin duda el señor Rambaud tendría una esposa severa y anticuada. ¿Cómo iba a hablar con ella? ¡Y la señora Addison! Se daría cuenta de todo y lo notaría. Aileen casi se puso a hablar sola en voz alta intentando consolarse, de lo intensos que le resultaban estos pensamientos; pero continuó dándoles los últimos retoques a sus encantos físicos.

Cuando por fin bajó las escaleras para ver qué aspecto tenían el comedor y la sala de visitas, y Fadette comenzó a guardar aquel revoltijo de prendas desechadas, representaba una imagen radiante: una espléndida figura vestida de dorado verdoso, un pelo precioso, los brazos de marfil suaves, sedosos y armoniosos, un pecho y un cuello esplendorosos y unas formas redondeadas. Se sentía bellísima, pero aun así estaba un poco nerviosa; realmente nerviosa. El propio Frank sería crítico. Fue a echar un vistazo al comedor, que, por arte del servicio de banquetes, se había transformado en una especie de joyero brillante lleno de flores, plata, oro, cristal tintado y la blancura nívea de la mantelería. Le recordaba a un ópalo de suaves destellos. Entró en la sala de visitas, donde había un piano de cola rosa y dorado sobre el que, teniendo en cuenta su único talento —sabía tocarlo— había dispuesto las canciones y las piezas instrumentales que mejor interpretaba. Aileen no era una intérprete brillante. Por primera vez en su vida se sentía como una matrona, como si hubiera dejado de ser una muchacha para convertirse en una mujer adulta, con responsabilidades importantes, cuando no se juzgaba realmente preparada para ese papel. De hecho, sus pensamientos siempre se centraban en los aspectos artísticos, sociales y dramáticos de la vida, y que, desafortunadamente, estaban envueltos en una

especie de nebulosidad en su concepción, lo que no permitía que se condensaran y adoptaran ninguna forma concreta o definida. Sólo lograba interesarse de una manera alocada o enfebrecida. Justo en ese momento, Frank abrió la puerta con su llave — eran cerca de las seis— y entró sonriendo, seguro de sí mismo, creando un ambiente de confianza.

—¡Bueno! —comentó, observándola a la suave luz de la sala de visitas, iluminada por candelabros de pared juiciosamente ubicados—. ¿Quién es esta visión que flota por aquí? Casi me da miedo tocarte. ¿Te has empolvado mucho los brazos?

La atrajo para abrazarla y ella levantó la boca sintiéndose aliviada. Era obvio que él debía de pensar que estaba encantadora.

—Supongo que me sentirás empolvada, pero tendrás que soportarlo. Además, vas a vestirme ya.

Le echó los brazos rollizos y suaves alrededor del cuello y él se sintió encantado. Esta era la clase de mujer que uno debía tener: una belleza. En el cuello le resplandecía un collar de turquesas, llevaba los dedos demasiado enjoyados, pero aun así, estaba preciosa. Exhalaba una suave fragancia de jacinto o lavanda. Le gustaba cómo llevaba el pelo, pero, sobre todo, la rica seda amarilla de su vestido, que despedía su fulgor a través del tupido verde del encaje.

—Eres una chiquilla encantadora. Te has superado a ti misma. No he visto este vestido antes. ¿De dónde lo has sacado?

—De aquí, de Chicago.

Le alzó los cálidos dedos para echar un vistazo a la cola del vestido y la hizo girar.

—No necesitas que nadie te dé consejos. Deberías abrir una escuela.

—¿Estoy bien? —le preguntó ella, en tono travieso, pero sintiendo una leve desconfianza en aquel momento, y todo a causa de él.

—Estás perfecta. No podrías estar más guapa. ¡Espléndida!

Ella se animó.

—Ojalá tus amigos piensen lo mismo. Será mejor que te des prisa.

Él subió a la planta de arriba y ella lo siguió, no sin antes echar otro vistazo al comedor. Al menos aquello estaba bien. Estaba claro que Frank era un maestro.

A las siete se oyó el sonido de cascos de caballos y carruajes, y un momento después, Louis, el mayordomo, abría la puerta. Aileen bajó, un poco nerviosa, un poco rígida, intentando pensar en cosas agradables, y preguntándose si realmente conseguiría ser una anfitriona entretenida. Cowperwood la acompañó, pero era una persona muy diferente, en lo tocante a su actitud y su aplomo. Él siempre veía su futuro como algo sólido, y así sería también el de Aileen si era lo que él deseaba. Los arduos y empinados peldaños de la escalera social que ahora tanto la preocupaban no tenían tal importancia para él.

La cena, como suele ocurrir con estas cuestiones tan simples, fue un éxito desde lo que podríamos denominar como el punto de vista de la organización y de la

impresión del conjunto. Cowperwood, debido a sus variados gustos e intereses, podía hablar de ferrocarriles con el señor Rambaud de una manera clara e instructiva; podía hablar con el señor Lord como lo haría un estudiante, por ejemplo, como una infrecuente promesa podría hablar con su maestro; y con una mujer como la señora Addison o la señora Rambaud, podía sugerir o seguir con cualquier conversación apropiada. Desafortunadamente, Aileen no se sentía tan cómoda, ya que su estado de ánimo y condición naturales estaban muy lejos no tanto de una concepción seria de la vida como de una concepción acertada de la misma. Para Aileen había muchas cosas de las que no tenía más que una imagen nebulosa y vaga, que eran para ella como un libro cerrado; no eran más que un lejano y apagado tintineo. No sabía nada de literatura, aparte de ciertos autores que podrían parecer banales a los verdaderamente cultos. En cuanto al arte, no era para ella más que una confusión de nombres que había ido recogiendo de los comentarios de Cowperwood. La única cualidad que la redimía era que ella misma era indudablemente bella; un radiante y vibrante objeto de arte. Un hombre como Rambaud, distante, conservador y práctico, se dio cuenta al instante de cuál era el papel de una mujer como Aileen en la vida de un hombre como Cowperwood. Era una mujer que él mismo habría apreciado mucho en ciertos aspectos.

El interés sexual de todos los hombres fuertes normalmente resiste hasta el final, gobernado a veces por una resignación estoica. Experimentar una atracción así, como ellos bien saben, es algo que puede renovarse una y otra vez, pero ¿con qué fin? Para muchos llega a convertirse en algo fastidioso. Aun así, la presencia de un espectáculo tan brillante como lo era Aileen esta noche removió una antigua ambición del señor Rambaud. La miraba casi con tristeza. En algún momento había sido mucho más joven. Pero, ay, nunca había conseguido atraer el interés de ninguna mujer así. Mientras la estudiaba ahora, lamentaba no haber disfrutado de tan buena fortuna.

En contraste con el brillo y la viveza de color propios de una orquídea que lucía Aileen, la sencilla seda gris de la señora Rambaud, cuyo cuello le llegaba casi hasta las orejas, resultaba perturbadora —casi reprobadora—, pero la cortesía y la generosidad de la señora Rambaud, propias de una dama, hicieron que todo resultara bien. Procedía de la intelectual Nueva Inglaterra —de la escuela filosófica de Emerson, Thoreau, Channing y Phillips^[3]— y era muy tolerante. De hecho, le gustaba mucho Aileen y toda la riqueza oriental que representaba.

—Es una casita adorable —dijo ella sonriendo—. La hemos visto con frecuencia. No vivimos muy lejos de ustedes, por lo que podría decirse que somos vecinos.

En los ojos de Aileen se reflejaba el agradecimiento. Aunque era incapaz de comprender del todo a la señora Rambaud, la entendía, en cierto modo, y le caía bien. Era probable que fuese algo parecido a lo que su propia madre habría sido si esta última hubiera recibido una buena educación. Mientras se encaminaban hacia la sala de visitas, anunciaron a Taylor Lord. Cowperwood le cogió la mano y tiró de él en dirección a los otros.

—Señora Cowperwood —dijo Lord con admiración; un hombre alto, considerado y de rasgos duros—, permítame que sea uno de los muchos que le darán la bienvenida a Chicago. Después de Filadelfia, al principio echará algunas cosas en falta, pero al final a todos llega a gustarnos.

—Oh, seguro que me gustará —sonrió Aileen.

—Viví en Filadelfia hace años, pero durante muy poco tiempo —añadió Lord—. Me marché para venir aquí.

Aquella observación hizo a Aileen vacilar brevemente, pero la pasó por alto sin darle importancia. Debía aprender a esperar este tipo de referencias casuales; seguramente tendría cosas peores que solucionar más adelante.

—A mí me gusta Chicago —contestó ella, rápidamente—. No tiene nada de malo. Tiene más animación de la que Filadelfia ha tenido nunca.

—Me alegra oírlo decir eso. Me gusta mucho. Quizá sea porque aquí encuentro muchas cosas interesantes que hacer.

Estaba admirando el esplendor de sus brazos y su pelo. Qué necesidad tenía ninguna mujer bella de ser intelectual, se decía a sí mismo, presintiendo que quizá Aileen careciera de auténtico refinamiento.

De nuevo el mayordomo hizo un anuncio, y esta vez entraron el señor y la señora Addison. A Addison no le causaba la más mínima inquietud venir hasta aquí —le gustaba la idea; su propia posición y la de su esposa en Chicago estaba a salvo.

—¿Cómo está usted, Cowperwood? —le dijo sonriendo ampliamente y poniéndole una mano en el hombro—. Qué amable de su parte recibimos esta noche. Señora Cowperwood, le he estado diciendo a su esposo desde hace casi un año que debería traerla aquí. ¿Se lo ha dicho? (Addison todavía no le había contado a su esposa la verdadera historia de Cowperwood y Aileen.)

—Desde luego —le contestó Aileen alegremente, notando que Addison se sentía cautivado por su belleza—. Yo también estaba deseando venir. Es culpa suya que no viniera antes.

Addison, mirando a Aileen con prudencia, se dijo que era en verdad una mujer arrebatadoramente bella. Y esa era la causa del pleito mantenido con la primera esposa. No era de extrañar. ¡Qué criatura tan espléndida! La comparó con la señora Addison, para desventaja de su esposa. Nunca había sido tan atractiva ni había tenido el porte erguido de ella, aunque posiblemente tuviera más sentido común. ¡Caramba! Si él pudiera encontrar una mujer como Aileen en aquel momento, la vida adquiriría un nuevo esplendor. Pero él tenía mujeres —con mucho cuidado, con mucho secretismo—. Pero las tenía.

—Es un enorme placer conocerla —le decía a Aileen la señora Addison, una mujer corpulenta y enojada—. Parece que mi marido y el suyo se han convertido en amigos íntimos. Tenemos que vernos más.

Siguió parloteando en tono ampuloso y Aileen sintió que se las estaba arreglando muy bien. El mayordomo trajo una gran bandeja de aperitivos y licores y la dejó con

suavidad sobre una mesa alejada. Se sirvió la cena y continuó la conversación; hablaron del crecimiento de la ciudad, de la iglesia nueva que Lord estaba construyendo a unas diez manzanas de allí, y Rambaud contó algunas historias sobre estafas con las tierras en tono divertido. Resultó bastante alegre. Mientras tanto, Aileen hizo todo lo que pudo por mostrar interés por la señora Rambaud y la señora Addison. Le gustaba esta última un poco más, únicamente porque le resultaba algo más fácil hablar con ella. Aileen sabía que la señora Rambaud era la más inteligente y la más comprensiva, pero la asustaba un poco; al rato, tuvo que recurrir a la ayuda del señor Lord. Vino a su rescate galantemente hablando de todo lo que se le pasaba por la cabeza. Todos los hombres aparte de Cowperwod estaban pensando lo espléndido que era el físico de Aileen, lo blancos que tenía los brazos, lo redondeados que tenía el cuello y los hombros, y lo abundante que era su pelo.

CAPÍTULO VII

El gas de Chicago

El viejo Peter Laughlin, rejuvenecido por las apasionantes ideas de Cowperwood, estaba ganando dinero para la compañía. Traía muchos cotilleos interesantes cuando volvía de la bolsa, y era tan acertado en sus conjeturas acerca de lo que determinados grupos o individuos estaban tramando que Cowperwood consiguió hacer varias deducciones brillantes.

—¡Cielos! Frank, creo que sé exactamente lo que esos tipos están intentando hacer —le comentaba con frecuencia por la mañana, tras pasar la noche en su solitaria cama de Harrison Street meditando durante la mayor parte de la noche—. La pandilla esa de Stock Yards^[1] (y cuando decía «pandilla» solía referirse a la mayoría de los grandes manipuladores, como Arneel, Hand, Schryhart y otros) andan tras el maíz otra vez. Deberíamos ir largos de eso ahora, si no estoy equivocado. ¿Qué te parece, eh?

Cowperwood, entrenado ahora ya en muchos de los matices del Oeste que antes desconocía, por regla general tomaba una decisión al instante.

—Tienes razón. Arriesga doscientas mil arrobas. Creo que New York Central bajará un punto o dos dentro de unos días. Más vale que vayamos un punto cortos.

Laughlin nunca conseguía averiguar del todo cómo Cowperwood siempre parecía saber lo que hacía y estaba constantemente preparado para actuar con tanta rapidez como él mismo en los asuntos locales. Entendía que conociera todos los aspectos relativos a las acciones del Este y a los asuntos que había tratado allí, pero ¿los de Chicago?

—¿Qué te hace pensar eso? —le preguntó a Cowperwood un día con bastante curiosidad.

—Bueno, Peter —le contestó tranquilamente Cowperwood—, Anton Videra (uno de los directores del Wheat and Corn Bank) estuvo aquí ayer mientras tú estabas en la bolsa, y me lo contó. —Y le describió la situación que Videra había esbozado.

Laughlin sabía que Videra era un polaco fuerte y rico que había prosperado en los últimos años. Era extraño que Cowperwood hiciera amistad con estos hombres ricos y se ganara su confianza con tanta rapidez. Videra nunca le habría confiado estas cosas a él.

—¡Ja! —exclamó—. Bueno, si él lo dice, es más que probable que sea así.

De modo que Laughlin compró, y Peter Laughlin & Co. ganó.

Pero este negocio de granos y comisiones, a pesar de estar proporcionándoles unos beneficios aproximados de veinte mil al año para cada socio, no era para

Cowperwood más que una fuente de información.

Él lo que quería era entrar en algo que le supusiera enormes beneficios seguros dentro de un plazo razonable de tiempo y que no lo dejara en una situación desesperada parecida a la que sufrió tras el gran incendio de Chicago —abarcando muchas cosas, como él lo denominaba—. Había interesado en estas aventuras a un pequeño grupo de hombres de Chicago que lo andaban observando —Judah Addison, Alexander Rambaud, Millard Bailey, Anton Videra—, hombres que, a pesar de no ser ni mucho menos las figuras más importantes, tenían capital disponible. Sabía que podía acudir a ellos con cualquier propuesta que fuera verdaderamente segura. Lo que más captaba su atención era la situación del gas en Chicago, porque existía la posibilidad de entrar en ese negocio prácticamente sin llamar la atención, al tratarse de un territorio aún sin ocupar; una vez que se hubiera hecho con las licencias —ya puede el lector imaginar cómo—, podría presentarse como Amílcar Barca en el corazón de España, o como Aníbal a las puertas de Roma, para exigir su rendición o bien reclamar el reparto del botín^[2].

En este momento había tres compañías de gas operando en las tres partes diferentes de la ciudad —las tres secciones, o «zonas», como se denominaban— sur, oeste y norte, y de estas, la Chicago Gas, Light and Coke Company, formada en 1848 para operar en la zona sur, era la más floreciente e importante. La People's Gas, Light and Coke Company, que operaba en la zona oeste, tenía algunos años menos que la South Chicago Company, y se le había permitido aparecer repentinamente gracias a la imprudente confianza en sí mismos del organizador y los directores de la South Side Company, quienes habían imaginado que ni la zona oeste ni la zona norte se iban a desarrollar tan rápido en los años siguientes, y habían contado con que el concejo municipal les permitiría extender sus redes de suministro en cualquier momento hasta otras partes de la ciudad. Una tercera compañía, la North Chicago Gas Illuminating Company, había aparecido casi de manera simultánea a la West Side Company siguiendo el mismo proceso mediante el que se habían creado otras compañías —con la intención declarada, como la de la West Side Company, de limitar sus actividades a las zonas de las que supuestamente procedían sus organizadores^[3].

El primer proyecto de Cowperwood era el de adquirir y aunar las tres antiguas compañías de la ciudad. Con esto en mente, investigó a los accionistas de las tres sociedades —su estatus financiero y social—. Su idea era ofrecerles tres a uno, o incluso cuatro a uno, por cada dólar según el valor de mercado, para después capitalizar las tres compañías y convertirlas en una sola. Después, emitiendo suficientes acciones como para cubrir todas sus obligaciones, cosecharía pingües beneficios, al tiempo que quedaba él a cargo. Abordó a Judah Addison primero, ya que le parecía que era el hombre más dispuesto a sacar a flote un plan de este tipo. No tenía interés en que se convirtiera en su socio, sino más bien en uno de los inversores.

—Bueno, le diré cuál es mi opinión sobre esto —dijo finalmente Addison—. Ha dado con una idea magnífica. Lo que me extraña es que no se le haya ocurrido a

nadie antes. Y será mejor que lo mantenga en secreto, o vendrá cualquier otro corriendo a hacerlo. Por aquí tenemos bastantes emprendedores. Pero me cae usted bien, y estoy de su parte. Pero no sería aconsejable que yo entrara en esto personalmente —no abiertamente, al menos—, pero le prometo que me encargaré de que reciba parte del dinero que quiere. Me gusta su idea de crear una sociedad central de control, o un consorcio, que lo tenga a usted a cargo como administrador, y estoy dispuesto a que lo consiga, porque creo que puede hacerlo. En cualquier caso, eso me deja fuera, a menos que sea uno de los inversores. Pero tendrá que conseguir a dos o tres más para que hagan de garantes conmigo. ¿Tiene a alguien en mente?

—Ah, sí —contestó Cowperwood—. Desde luego. Simplemente vine a verle a usted primero. —Mencionó a Rambaud, Videra, Bailey y a otros.

—Me parecen bien —dijo Addison—, si consigue involucrarlos. Pero ni siquiera entonces estoy seguro de que pueda convencer a esos otros tipos para que vendan. No son inversores en el sentido literal de la palabra. Son gente que considera el negocio del gas su negocio privado. Ellos lo pusieron en marcha. Les gusta. Construyeron los depósitos y la red de suministro. No va a ser fácil.

Cowperwood descubrió, tal como Addison había predicho, que no iba a ser tarea fácil convencer a los diversos accionistas y directores de las antiguas compañías para que accedieran a tomar parte en este plan de reorganización. Estaba seguro de que nunca había conocido a un grupo de hombres tan cerrados ni tan indiferentes. Habían rechazado de plano su oferta de compra de tres o cuatro a uno. Las acciones de cada uno se estaban vendiendo desde los ciento setenta hasta los doscientos diez, y valían más cada año, ya que la ciudad seguía creciendo y su necesidad de gas aumentaba. Al mismo tiempo, mostraron su recelo —todos y cada uno de ellos— hacia cualquier plan de asociación propuesto por un forastero. ¿Quién era? ¿A quién representaba? Podía dejar claro que contaba con un amplio capital, pero no quiénes lo apoyaban. Los antiguos directivos y los directores imaginaban que se trataba de un ardid por parte de los directivos o directores de alguna de las otras compañías para tomar el control y deshacerse de ellos. ¿Por qué deberían vender? ¿Por qué dejarse tentar por la oferta de mayores beneficios provenientes de sus acciones cuando ya les iba muy bien estando las cosas como estaban? Debido al hecho de que llevaba tan poco tiempo en Chicago y a su falta de relación con los asuntos importantes de la ciudad, Cowperwood se vio obligado a recurrir a otro plan: el de organizar nuevas compañías en las zonas de las afueras como cuña de ataque sobre la propia ciudad. A zonas como Lake View y Hyde Park^[4], que contaban con ayuntamientos o concejos municipales propios, se les permitía conceder licencias para las compañías de agua, gas y tranvías debidamente constituidas según las leyes del estado. Cowperwood calculó que si podía crear compañías supuestamente diferentes y separadas para cada uno de los pueblos y aldeas, y una compañía general para la ciudad más adelante, estaría en posición de imponer sus términos a las organizaciones más antiguas. La cuestión consistía simplemente en conseguir las escrituras de constitución y las

licencias antes de que sus rivales se hubieran dado cuenta de la situación.

La única dificultad era que no sabía absolutamente nada del negocio del gas —de su fabricación y distribución— y que nunca había mostrado ningún interés especial en él. Los tranvías, que era su medio favorito para obtener beneficios en un municipio, y sobre los que ya había adquirido un infinito banco de información especializada, no ofrecían ninguna oportunidad factible aquí en Chicago. Reflexionó sobre la situación, hizo algunas lecturas sobre la fabricación del gas y luego, de repente, como era habitual con su suerte, encontró un instrumento a su alcance.

Parecía que en el transcurso de la vida y el desarrollo de la South Side Company había habido en algún momento una organización más pequeña fundada por un hombre llamado Sippens —Henry De Soto Sippens—, que había solicitado y conseguido, mediante algún juego de manos, una licencia para fabricar y vender gas en los distritos del centro, pero al que habían fastidiado con todo tipo de procesos judiciales hasta que finalmente consiguieron expulsarlo o lo convencieron para que desistiera. Ahora se dedicaba al negocio inmobiliario en Lake View, y el viejo Peter Laughlin lo conocía.

—Es un tipo muy listo —le dijo Laughlin a Cowperwood—. Hubo un tiempo en el que llegué a pensar que lo conseguiría, pero lo tenían cogido por los huevos y tuvo que dejarlo. Hubo una explosión en uno de sus depósitos aquí cerca del río, y creo que llegó a pensar que fueron esos tipos los que la provocaron. En cualquier caso, lo dejó. Hace años que no lo veo ni sé nada de él.

Cowperwood mandó al viejo Peter a visitar al señor Sippens para que averiguara a qué se dedicaba ahora y si estaría interesado en volver al negocio del gas. Y entonces, unos días después, entró en la oficina de Peter Laughlin & Co. Henry De Soto Sippens. Era un hombre muy pequeño de unos cincuenta años; llevaba un sombrero muy alto de cuatro picos de fieltro rígido, junto con una chaqueta corta de color marrón (que en verano cambiaba por *sirsaca*^[5]) y zapatos de punta cuadrada; su aspecto haría pensar a cualquiera que se trataba del propietario de una tienda o de una librería, aunque quizá tuviera el aire propio de un médico rural o del auxiliar de algún abogado. Los puños de la camisa sobresalían demasiado de las mangas de la chaqueta, la corbata abultaba demasiado y sobresalía del chaleco, y llevaba el sombrero alto demasiado atrás sobre la frente; aparte de eso, resultaba aceptable, agradable e interesante. Llevaba unas patillas cortas —de un castaño rojizo— que sobresalían desafiantes, y tenía las cejas muy pobladas.

—Señor Sippens —dijo Cowperwood con amabilidad—, usted estuvo durante un tiempo metido en el negocio de la fabricación y la distribución del gas aquí en Chicago, ¿no es así?

—Creo que sé tanto sobre la fabricación de gas como cualquiera —contestó Sippens, en tono casi peleón—. Trabajé en eso durante unos años.

—Mire, señor Sippens, estaba pensando que quizá fuera interesante poner en marcha una pequeña compañía de gas en una de las aldeas de la periferia que tan

rápido están creciendo y ver si podríamos ganar algún dinero con eso. No tengo experiencia con el gas, pero pensé que quizá podría lograr que alguien que sí la tuviera se interesara en el asunto. —Miró a Sippens de manera amistosa mientras lo examinaba—. He oído hablar de usted y me han dicho que es alguien que tiene una experiencia considerable en este campo aquí en Chicago. Si consiguiera montar una compañía de este tipo con un respaldo considerable, ¿cree que estaría dispuesto a hacerse cargo de la gestión?

«Bueno, yo lo sé todo sobre el campo del gas», estuvo a punto de decir el señor Sippens. «No se puede hacer.» Pero cambió de opinión antes de despegar los labios.

—Si me pagaran lo suficiente —dijo con cautela—. ¿Supongo que sabrá con quién va a tener que vérselas?

—Ah, sí —le contestó Cowperwood sonriendo—. ¿Qué es para usted que le «paguen lo suficiente»?

—Pues, si me dieran seis mil al año e intereses en la compañía... digamos, la mitad, o algo así, me lo pensaría —contestó Sippens, decidido, según le parecía a él, a amedrentar a Cowperwood con sus exorbitantes exigencias. Estaba ganando casi seis mil dólares al año con su negocio actual.

—¿Y no le parece que cuatro mil en varias compañías —digamos hasta los quince mil dólares— y un interés de aproximadamente el diez por ciento en cada una de ellas sería mejor?

El señor Sippens meditó sobre esto cuidadosamente. Estaba claro que el hombre que tenía ante sí no era ningún principiante insignificante. Miró a Cowperwood con perspicacia y se dio cuenta al instante, sin necesidad de que le dieran ninguna otra explicación de ningún tipo, de que este último estaba urdiendo una importante confrontación de alguna clase. Diez años atrás, Sippens había previsto las inmensas posibilidades del negocio del gas. Había intentado sacar tajada, pero lo habían demandado, lo habían asaltado, le habían hecho prohibiciones, lo habían bloqueado financieramente, y por último, le habían hecho saltar por los aires. Siempre se había sentido agraviado por el trato recibido, y había sentido con amargura su incapacidad para tomar represalias. Pensaba que sus días de esfuerzos financieros habían llegado a su fin, pero aquí tenía a un hombre que le estaba proponiendo de manera sutil que presentaran pelea, y que lo estaba llamando, como un cazador con un cuerno, para iniciar la batida.

—Bien, señor Cowperwood —contestó con menos desafío y con más camaradería—, si pudiera demostrarme que tiene efectivamente una propuesta legítima en trámite, yo soy un hombre con experiencia en gas. Lo sé todo sobre la red de suministro, los contratos de franquicia y la maquinaria del gas. Yo organicé e instalé la planta de Dayton en Ohio, y la de Rochester en Nueva York. Me habría hecho rico si hubiera llegado aquí un poco antes. —En su voz sonaba el eco del pesar.

—Bien, pues esta es su oportunidad, señor Sippens —le urgió Cowperwood de manera sutil—. Entre usted y yo pondremos sobre el terreno una gran compañía nueva

de gas. Haremos que esos tipos den un paso adelante para que nos vean rápidamente. ¿No le interesa? Habrá mucho dinero. No es eso lo que falta; es un organizador, un luchador, un hombre que conozca el negocio para construir la planta, montar la red de suministro y demás. —Cowperwood se levantó de repente, erguido y decidido; uno de sus trucos cuando de verdad quería impresionar a alguien. Parecía irradiar fuerza, conquista, victoria—. ¿Quiere formar parte de esto?

—¡Sí, señor Cowperwood! —exclamó Sippens, poniéndose en pie de un salto, colocándose el sombrero y echándose muy atrás sobre la cabeza. Parecía un gallo enano de pelea con el buche hinchado.

Cowperwood cogió la mano tendida que le ofrecía.

—Ponga en orden sus asuntos inmobiliarios. Quiero que me consiga una licencia en Lake View dentro de poco y que me construya una planta. Le proporcionaré toda la ayuda que necesite. Lo tendré todo completamente preparado y a su entera satisfacción dentro de una semana más o menos. También nos harán falta un buen abogado o dos.

Sippens sonreía exultante al salir de la oficina. ¡Qué maravilla era esto, y diez años después! Ahora verían esos maleantes. Ahora tenía a un auténtico luchador guardándole las espaldas —un hombre como él—. Y ahora, ¡por Dios que se iba a liar una buena! Pero ¿quién era este hombre? ¡Qué maravilla! Iba a investigarlo. Sabía que desde aquel momento en adelante haría prácticamente cualquier cosa que Cowperwood le pidiera.

CAPÍTULO VIII

Esto sí que es pelear

Cuando Cowperwood, tras fracasar con sus propuestas a las tres compañías de gas de la ciudad, le confesó a Addison su plan de organizar compañías rivales en las afueras, el banquero lo miró fijamente con admiración.

—¡Es usted un tipo listo! —exclamó finalmente— ¡Le irá bien! ¡Apuesto por el ganador! —Después aconsejó a Cowperwood sobre la conveniencia de contar con la ayuda de algunos de los hombres fuertes de los diversos concejos de aldea—. No son trigo limpio —continuó—. Pero hay uno o dos que son peores que los otros y más seguros, los cabecillas. ¿Tiene abogado?

—Todavía no he elegido a ninguno, pero lo haré. Ahora ando buscando al hombre indicado.

—Por supuesto que no hace falta que le diga lo importante que es eso. Hay un hombre, el viejo general Van Sickle, que tiene considerable experiencia en estos asuntos. Y es bastante fiable.

La entrada del general Judson P. Van Sickle arrojó una luz muy sugerente sobre toda la situación desde el primer momento. El viejo soldado, de más de cincuenta años, había sido general de división durante la Guerra Civil, pero realmente se había asegurado una posición cuando comenzó a presentar falsos títulos de propiedad en el sur de Illinois y después puso las correspondientes demandas para confirmar sus fraudulentas reclamaciones ante la disposición favorable de sus socios. Ahora era un próspero intermediario que exigía elevados anticipos, pero seguía sin serlo lo suficiente. Sólo había un tipo de negocios que le iban al general —los de este tipo—; y uno instintivamente lo comparaba con las ovejas señuelo del corral que habían sido adiestradas para adentrarse en los rebaños de otras ovejas que, nerviosas y asustadas, se niegan a dejarse conducir a los rediles del matadero, para guiarlas con tranquilidad al desastre, sabiendo siempre cómo volver atrás sin llamar la atención durante el proceso para así escapar. Era un abogado viejo y decrépito, y sabía Dios qué revoltijo de testamentos modificados, promesas rotas, jurados sobornados, jueces influenciados, concejales y legisladores comprados, acuerdos y contratos con dobles intenciones, y todo un mundo de intrigas legales y falsas pretensiones le daba vueltas en la cabeza. Se suponía que tenía importantes contactos entre los políticos, jueces y los abogados en general, debido a servicios útiles prestados en el pasado. Le gustaba que lo convocaran para cualquier caso, fundamentalmente porque eso significaba mantenerse entretenido, lo que le evitaba el aburrimiento. Cuando se veía obligado a cumplir con un compromiso en invierno, se ponía un viejo abrigo de sarga gris que

seguía usando a pesar de su aspecto andrajoso, después, cogía un sombrero de fieltro, torcido y con la forma perdida a causa del uso, y se lo colocaba de modo que le cayera bajo, sobre los ojos grises y apagados, y echaba a andar sin prisa. En verano su ropa aparecía tan arrugada como si hubiera dormido con ella durante semanas. Fumaba. Por la forma de la cara tenía cierta similitud con el general Grant^[1], con una barba corta gris y un bigote que siempre tenían un aspecto más o menos descuidado, y un montón de pelo gris que le caía sobre la frente. ¡Pobre general! No era ni muy feliz ni muy desdichado —un Tomás con dudas^[2], y sin fe ni esperanza en la humanidad, que no sentía afecto especial por nadie.

—Voy a decirle cómo funcionan las cosas con estos pequeños concejos, señor Cowperwood —le comentó Van Sickle sabiamente, una vez que hubieron cubierto los preliminares durante la primera entrevista—. Es casi peor que con el concejo municipal de la ciudad, que ya es decir. No se puede hacer nada sin dinero en lo tocante a estos tipos. No me gusta ser demasiado duro con los hombres, pero estos tipos... —Y negó con la cabeza.

—Comprendo —comentó Cowperwood—. No son muy condescendientes, y eso siendo extremadamente considerados.

—La mayoría —continuó el general— no mantiene lo acordado cuando uno cree que ya los tiene. Se venden. Son muy capaces de ir corriendo a la North Side Gas Company a contárselo todo antes de que lo tengamos en marcha. Y entonces tendrá que darles más dinero, aparecerán escritos de solicitud rivales, y todo eso. —El viejo general puso cara larga—. Aun así, hay uno o dos de fiar —añadió— si consigue hacer que se interesen: el señor Duniway y el señor Gerecht.

—No me preocupa tanto cómo haya que hacerlo, general —le sugirió Cowperwood afablemente—; de lo que quiero estar seguro es de que se procederá con rapidez y discreción. No me interesan los detalles. ¿Se puede hacer sin demasiada publicidad, y más o menos, cuánto calcula usted que va a costar?

—Bueno, es bastante difícil saberlo hasta que no investigue el asunto —dijo el general pensativo—. Podría costar sólo cuatro mil o terminar costando cuarenta mil dólares, o incluso más. No puedo decírselo. Me gustaría tomarme algo de tiempo para investigarlo. —El viejo caballero se preguntaba cuánto estaba Cowperwood dispuesto a gastarse.

—Bueno, no tenemos que preocuparnos ahora por eso. Estoy dispuesto a ser tan generoso como sea necesario. He mandado llamar al señor Sippens, el presidente de la Lake View Gas and Fuel Company, y estará aquí dentro de poco. Tendrá que trabajar con él tan estrechamente como le sea posible.

El activo Sippens llegó al cabo de un momento, y tanto él como Van Sickle, después de haber recibido instrucciones de que debían ayudarse mutuamente y de que el nombre de Cowperwood debía permanecer al margen de todos los asuntos relacionados con su trabajo, se marcharon juntos. Hacían una extraña pareja —el decrepito y viejo general, flemático, desilusionado y práctico, aunque no era así como

él se veía; y el inteligente y alegre Sippens, decidido a provocar una venganza poética sobre su antigua enemiga, la South Side Gas Company, a través de esta conspiración de la Northside que aparentemente no tenía relación alguna—. A los diez minutos eran uña y carne, y el general le andaba describiendo a Sippens lo miserable y falta de escrúpulos que era la política del concejal Duniway, y el carácter tan amistoso de Jacob Gerecht, así como lo caro que resultaba. Así es la vida.

A la hora de organizar la Hyde Park Company, Cowperwood, que nunca se lo jugaba todo a una carta, decidió hacerse con un segundo abogado y un segundo presidente testaferro, aunque estaba dispuesto a mantener a De Soto Sippens como asesor práctico general para las tres o cuatro compañías. Estaba dándole vueltas a este asunto cuando apareció en escena un hombre mucho más joven que el viejo general, un tal Kent Barrows McKibben, el único hijo del exjuez Marshall Scammon McKibben de la Corte Suprema del Estado. Kent McKibben tenía treinta y tres años, y era alto, atlético y más o menos atractivo. No era en absoluto difuso intelectualmente hablando —es decir, en lo referente a cómo desarrollar su oficio—, y era un tipo acicalado y a veces resultaba distante. Tenía el despacho en una de las mejores manzanas de Dearborn Street, al que llegaba por las mañanas con una actitud reservada y de incertidumbre, a menos que lo reclamara algo importante en el centro más temprano. Coincidió que él había redactado las escrituras de propiedad y los acuerdos para la compañía inmobiliaria que le vendió a Cowperwood las parcelas de Thirty-seventh Street y de Michigan Avenue, y cuando estuvieron listas, él mismo se había desplazado hasta la oficina de este último para preguntarle si había algún detalle adicional que Cowperwood pudiera desear que se tomara en consideración. Cuando lo hicieron pasar, Cowperwood dirigió hacia él sus agudos y analíticos ojos y al instante vio una personalidad que le gustaba. McKibben era lo suficientemente distante y lo suficientemente artístico para su conveniencia. Le gustó su ropa, su increíble impenetrabilidad y su aire de sociedad. McKibben, por su parte, percibió el elocuente ambiente financiero de primer orden al instante. Reparó en el traje marrón claro de Cowperwood, resaltado con hilos rojos, la corbata granate y los pequeños gemelos de camafeo. El escritorio, con tapa de cristal, aparecía limpio y parecía el de alguien que imponía las reglas. La madera de las habitaciones era toda de cerezo, pulida y engrasada, los cuadros eran interesantes grabados sobre acero de estampas de la vida norteamericana, adecuadamente enmarcados. La máquina de escribir —que acababa de aparecer por entonces— estaba en un lugar visible, y el teletipo bursátil —también nuevo— golpeteaba incesantemente marcando los precios actuales de mercado. La secretaria que atendía a Cowperwood era una joven polaca llamada Antoinette Nowak, reservada, aparentemente astuta, morena y muy atractiva.

—¿De qué tipo de negocios se hace cargo, señor McKibben? —preguntó Cowperwood de manera informal, durante la conversación. Y tras escuchar la explicación de McKibben, añadió despreocupadamente—: Quizá podría venir a verme la semana que viene. Es posible que tenga algo que se ajuste a su línea.

Viniendo de otro hombre, a McKibben le habría molestado esta sugerencia tan vaga de una futura ayuda. Pero, ahora, en vez de eso, se sintió tremendamente halagado. El hombre que tenía ante él había captado su interés. Su distante intelecto se relajó. Cuando volvió y Cowperwood le informó de la naturaleza del trabajo que quería que se hiciera, McKibben se tragó el anzuelo como lo haría un pez con una mosca.

—Me gustaría que me permitiera hacerme cargo de eso, señor Cowperwood —dijo con bastante entusiasmo—. Es algo que no he hecho nunca, pero estoy seguro de que puedo llevarlo a cabo. Vivo en Hyde Park y conozco a la mayoría de los concejales y puedo ejercer una influencia considerable por usted.

Cowperwood sonrió amablemente.

Y así fue como se organizó una segunda compañía, mandada por testaferros seleccionados por McKibben. De Soto Sippens, sin que el viejo general Van Sickle lo supiera, fue incluido como asesor práctico. Se redactó la solicitud de una licencia y Kent Barrows McKibben comenzó su trabajo con discreción y cortesía en South Side, ganándose gradualmente la confianza de los diversos concejales.

Aún había un tercer abogado, Burton Stimson, el más joven pero, con total seguridad, no el menos capaz de los tres; un muchacho pálido de pelo oscuro, aires de Romeo, y ojos ardientes, con el que Cowperwood se había tropezado cuando hizo algunos pequeños trabajos para Laughlin, y que fue contratado para trabajar en la West Side como supuesto organizador, mientras que el enérgico De Soto Sippens aparecía como asesor práctico. Pero Stimson no era ningún Romeo que se pasara la vida suspirando, sino que se trataba de un alma entusiasta e incisiva, nacido en una familia muy pobre y ansioso por prosperar en el mundo. Cowperwood detectó en él maleabilidad intelectual, lo que, a pesar de que pudiera significar un desastre para algunos, para él representaba el éxito. Él quería siervos intelectuales. Estaba dispuesto a pagarles muy bien, a tenerlos ocupados, a tratarlos con una cortesía casi principesca, pero debía contar con su absoluta lealtad. Stimson, al tiempo que mantenía su calma y su distancia, podría haber besado la mano del arzobispo. He ahí la sutileza del contacto.

Contémplos entonces a un tiempo en el North Side, South Side y el West Side —oscuras idas y venidas, y paseos arriba y abajo—. En Lake View, el viejo general Van Sickle y De Soto Sippens, en consultas con el astuto concejal Duniway, farmacéutico, y con Jacob Gerecht, jefe del distrito electoral y carnicero al por mayor. Ambos dispuestos, pero exigentes, mantuvieron agradables charlas en un cuarto trasero o en la tienda, a las que prácticamente acudían con tablas de recompensas y beneficios. En Hyde Park, el señor Kent Barrows McKibben, engreído y bien vestido, prácticamente como un Chesterfield^[3] entre los abogados, y con él, un tal J. J. Bergdoll, un empleado distinguido, decrépito y de pelo largo, supuestamente presidente de la Hyde Park Gas and Fuel Company, en consultas con el concejal Alfred B. Davis, fabricante de artículos de sauce y rota^[4], y con el señor Patrick

Gilgan, dueño de una taberna, organizando una futura distribución de acciones, ofreciendo determinados estipendios en efectivo, terrenos, favores y cosas por el estilo. Obsérvense también en la aldea de Douglas y West Park en el West Side, justo en los límites de la ciudad, al angular y divertido Peter Laughlin y a Burton Stimson organizando un acuerdo o acuerdos similares.

El enemigo, las compañías de gas de la ciudad, al estar divididas en tres facciones, no estaban en modo alguno preparadas para lo que se les venía encima. Cuando finalmente se filtró la noticia de que se habían presentado solicitudes de concesiones a las distintas corporaciones de las aldeas, cada una de las compañías sospechó que eran las otras las que habían llevado a cabo una invasión, una traición o un robo. Se enviaron picapleitos, uno por compañía, al concejo de aldea de cada una de las áreas en cuestión, pero ninguna de las compañías tenía aún la menor idea de quién estaba detrás de todo aquello ni de cuál era el plan general de operaciones. Antes de que ninguna de ellas pudiera presentar una protesta razonable, antes de que pudiera decidir que estaba dispuesta a pagar una buena cantidad de dinero para que le dejaran libre la zona adyacente a su territorio concreto, antes de que pudiera organizar una batalla legal, se introdujeron ordenanzas gracias a los concejales que concedían a la compañía solicitante lo que pedía; y tras una única lectura en cada caso y una audiencia pública, como imponía la ley, fueron aprobadas prácticamente de manera unánime. Algunos pequeños periódicos de las afueras, que habían sido prácticamente olvidados en el reparto de recompensas, lanzaron gritos de consternación. Los grandes periódicos de la ciudad le dieron poca importancia al principio, al tratarse de distritos periféricos; se limitaron a hacer el comentario de que las aldeas comenzaban bien, puesto que seguían los pasos del gobierno municipal en su distinguida carrera delictiva.

Cowperwood sonrió cuando vio en los periódicos de la mañana el anuncio de la aprobación de cada una de las ordenanzas que le concedían la franquicia. Escuchó con gran satisfacción en muchas ocasiones a partir de aquel momento los relatos de Laughlin, Sippens, McKibben y Van Sickle de las propuestas que les habían hecho para sobornarlos o para quedarse con sus concesiones. Trabajó planificando con Sippens la creación de las plantas para la producción de gas. Ahora había que emitir obligaciones, poner a la venta acciones, conceder contratos para los suministros, construir depósitos y tanques y colocar las tuberías. También había que intentar relajar a la exacerbada opinión pública, y en todo esto, De Soto Sippens demostró ser un as. Con Van Sickle, McKibben y Stimson como asesores en distintas secciones de la ciudad, él le presentaba a Cowperwood los resúmenes de propuestas a los que este último sólo tenía que asentir con la cabeza o decir que no. Después, De Soto compraba, construía y excavaba. Cowperwood estaba tan satisfecho que estaba decidido a quedarse con De Soto de manera permanente. De Soto se sentía complacido al pensar que se le estaba concediendo la oportunidad de ajustar viejas cuentas pendientes y de hacer grandes cosas; estaba profundamente agradecido.

—Todavía no hemos terminado con esos fulleros —le dijo a Cowperwood con aire triunfal un día—. Pelearán contra nosotros en los tribunales. Y quizá unan fuerzas más adelante. Volaron mi planta de gas, así que puede que vuelen la nuestra.

—Que la vuelen —dijo Cowperwood—. Nosotros también podemos hacerlo, y también podemos querellarnos. Me gustan los pleitos. Los enredaremos de tal forma que terminarán suplicando que les demos tregua. —Los ojos le brillaron alegremente.

CAPÍTULO IX

En pos de la victoria

Mientras tanto, los asuntos de sociedad de Aileen habían ido prosperando a pequeña escala, porque aunque era evidente que no iban a emprenderlos de inmediato —no era lo que se esperaba—, también estaba claro que tampoco iban a ignorarlos totalmente. Algo que ayudaba a proporcionar un armonioso ambiente de trabajo era el evidente afecto que Cowperwood sentía por su esposa. Aunque muchos podrían considerar a Aileen un poco vulgar u ordinaria, en manos de un hombre tan capaz y tan fuerte como Cowperwood, podía resultar provechosa. Eso pensaban la señora Addison, por ejemplo, y la señora Rambaud. McKibben y Lord opinaban lo mismo. Si Cowperwood la amaba, como parecía, él probablemente tuviera éxito a la hora de hacer que todos la «vieran con buenos ojos». Y la amaba de verdad, a su manera. Nunca podría olvidar lo espléndida que había sido con él en aquellos días cuando, a pesar de saber cuáles eran las circunstancias de su casa, su esposa, sus hijos y la probable oposición de su propia familia, había abandonado toda convención y había buscado su amor. ¡Con qué liberalidad le había ofrecido ella el suyo! Nada de mezquinos remilgos ni de titubeos. Él había sido «su Frank» desde el principio, y aún percibía con claridad el anhelo que ella sentía de estar con él y de ser suya, lo que había dado lugar a aquellos maravillosos y casi terribles días. Ella quizá pudiera reñir, preocuparse, molestar, discutir, sospechar y acusarlo de coquetear con otras mujeres; pero que se desviara ligeramente de la norma en este caso no le preocupaba —o al menos eso decía ella—. Nunca había tenido pruebas. Estaba dispuesta a perdonarle cualquier cosa, decía, y era verdad, con tal de que él la amara.

—¡Eres un diablillo! —solía decirle ella juguetonamente—. Te conozco. Sé que te vas fijando por ahí. Es muy guapa la taquígrafa que tienes en la oficina. Supongo que es ella.

—No seas tonta, Aileen —le contestaba él—. No seas ordinaria. Tú sabes que no tendría nunca nada que ver con una taquígrafa. Y una oficina no es el lugar más apropiado para ese tipo de cosas.

—¿Ah, no? No me tomes por tonta. Te conozco. Cualquier sitio es bueno para ti.

Él se reía, y ella también lo hacía. No podía evitarlo. Lo amaba mucho. En sus ataques no había ninguna amargura en especial. Lo amaba, y con mucha frecuencia él la cogía entre sus brazos, la besaba con ternura, y le susurraba:

—¿Eres tú mi precioso bebé grande? ¿Eres tú mi muñeca pelirroja? ¿De verdad me amas tanto? Pues bésame entonces.

Francoamente, la pagana pasión que había entre ambos era intensa. Siempre y

cuando no los alejaran asuntos externos, él nunca podría desear un contacto humano más delicioso. Tampoco es que provocase en él una reacción, podríamos decir, de sombrío desagrado. Ella era físicamente aceptable para él. Siempre podía hablar con Aileen de manera cordial y burlona, y ser incluso tierno, porque ella nunca ofendía su intelectualidad con nociones remilgadas o convencionales. A pesar de que podía ser cariñosa y boba en algunos aspectos, soportaba la reprobación directa y las correcciones. Podía sugerir con torpeza e imprecisión las cosas que quizá les conviniese hacer. En aquel momento, sus pensamientos se centraban fundamentalmente en la sociedad de Chicago, en la casa nueva, que para entonces ya habían encargado, y lo que esta supondría para facilitar su entrada en aquella sociedad y para mantener su estatus. Nunca había tenido una mujer una vida más prometedora, pensaba Aileen. Era casi demasiado bueno para ser verdad. Su Frank era tremendamente atractivo, cariñoso y generoso. Y todo lo pensaba a lo grande. ¿Y qué si a veces se apartaba de ella? Le seguía siendo fiel espiritualmente, y además, ella no conocía ni una sola ocasión en la que le hubiera fallado. Poco sospechaba, a pesar de todo lo que sabía, de la tranquilidad con la que podía mentir y protestar en estos asuntos. Pero, aun así, la seguía amando, y en realidad, no había tenido ningún desliz de importancia.

También para entonces, Cowperwood había invertido unos cien mil dólares en especulaciones relacionadas con su compañía de gas, y estaba exultante ante las perspectivas; las licencias eran válidas durante un periodo de veinte años. Para entonces, él tendría casi sesenta años, y probablemente habría comprado, se habría asociado o habría vendido a las compañías más antiguas obteniendo unos beneficios magníficos. El futuro de Chicago jugaba completamente a su favor. Decidió invertir treinta mil dólares en cuadros, si conseguía encontrar los adecuados, y encargar un retrato de Aileen ahora que aún seguía siendo tan bella. El arte volvía a interesarle muchísimo. Addison tenía cuatro o cinco cuadros buenos —un Rousseau, un Greuze, un Wouverman y un Lawrence^[1]— que habría conseguido Dios sabría dónde. Decían que un hotelero llamado Collard, comerciante de artículos de confección e inmobiliario, poseía una colección impresionante. Addison le había hablado de un tal David Trask, un príncipe de la ferretería, que también coleccionaba. Sabía que había muchas casas en las que se estaba empezando a coleccionar. Y él también debía comenzar a hacerlo.

Una vez que se había asegurado las licencias, Cowperwood había instalado a Sippens en su propia oficina, y, por el momento, le había dado un puesto de dirección. Tenían pequeñas oficinas alquiladas y empleados en las zonas donde se estaban llevando a cabo trabajos de construcción de las plantas. Las diversas compañías antiguas habían puesto en marcha todo tipo de pleitos para intentar prohibírselo, revocar licencias o impedirles el trabajo, pero McKibben, Stimson y el viejo general Van Sickle estaban peleando con vigor y suficiencia troyanos. Resultaba una escena agradable. Todos seguían sin saber demasiado sobre la entrada en escena

de Cowperwood en Chicago. Era una figura de escasa importancia. Su nombre ni siquiera había aparecido relacionado con este trabajo. Otros hombres recibían halagos diariamente, lo que le provocaba cierta envidia. ¿Cuándo podría él comenzar a brillar? Seguro que ya pronto. Y así es como se marcharon en junio, relajados, ricos, alegres, gozando de una salud y un ánimo excelentes, dispuestos a disfrutar al máximo sus primeras vacaciones en el extranjero.

Fue un viaje maravilloso. Addison tuvo la amabilidad de telegrafiar a Nueva York para que la señora Cowperwood recibiera flores al embarcar. McKibben envió libros para el viaje. Cowperwood, al no estar seguro de si alguien enviaría flores, también las encargó personalmente —dos impresionantes cestas, que junto con la de Addison, sumaban tres—, y estas, con sus tarjetas, aguardaban en el vestíbulo de la cubierta principal. Varios de los que se sentaban a la mesa del capitán hicieron denodados esfuerzos por acercarse a los Cowperwood. Fueron invitados a unirse a varias partidas de cartas y a asistir a conciertos informales. Pero la travesía fue un tanto agitada y Aileen se sintió mal, de modo que como le resultaba difícil presentar un aspecto lo suficientemente aceptable, se quedó en el camarote. Se mostraba distante con todos, salvo con unos pocos, y aun con estos se comportaba de manera cautelosa en sus conversaciones. Sentía que se estaba convirtiendo en una persona muy importante.

Antes de marcharse prácticamente había acabado con las reservas del establecimiento de Donovan allí en Chicago. Poseía una abundante colección de lencería, conjuntos de tocador, trajes de paseo, de montar y de noche. Llevaba consigo una bolsa escondida que contenía joyas por valor de treinta mil dólares. Sus zapatos, medias, sombreros y accesorios en general eran innumerables. Por todo esto, Cowperwood estaba bastante orgulloso de ella. Tenía una gran capacidad para la vida. Su primera esposa había sido una mujer más bien pálida y apática, mientras que Aileen era una explosión de vitalidad física. Ella canturreaba, bromeaba, se acicalaba y presumía. Hay almas que se limitan a existir, sin revisión previa ni introspección. Para Aileen, la tierra y su largo pasado no eran más que una idea difusa, que alcanzaba sólo a visualizar de manera vaga, si llegaba a hacerlo en absoluto. Quizá hubiera oído decir que en algún momento habían existido dinosaurios y reptiles voladores, pero si era así, eso no le había causado ninguna impresión importante. Alguien había dicho, o andaba diciendo, que descendíamos de los monos, lo que era bastante absurdo, aunque quizá fuera cierto^[2]. En el mar, aquellas agitadas montañas de agua verde sugerían la inmensidad y evocaban terror, aunque no la inmensidad del corazón del poeta. El barco era seguro: el capitán que se sentaba a la mesa con su uniforme azul cubierto de botones dorados, ansioso por complacerla, eso le decía. La verdad es que tenía fe en el capitán. Y allí con ella estaba siempre Cowperwood, contemplando este gran y emotivo espectáculo de vida con una mirada suspicaz, no inquieta, pero sí cautelosa, y sin decir nada al respecto.

En Londres, las cartas que les había entregado Addison conllevaban varias

invitaciones a la ópera, a cenar, a Goodwood^[3] a pasar un fin de semana y demás. Utilizaron carruajes, berlinas y cabriolés^[4] para pasear. Obtuvieron una invitación para pasar un fin de semana en una casa flotante en el Támesis. Sus anfitriones ingleses, que consideraban todo esto como una empresa financiera mostrando así una buena comprensión de lo que eran los negocios, fueron corteses y atentos, pero nada más. Aileen sentía una enorme curiosidad. Estaba pendiente de los criados, los modales y las formas, e inmediatamente comenzó a pensar que quizá los Estados Unidos no fueran lo suficientemente buenos; carecían de muchas cosas.

—Mira, Aileen, tú y yo vamos a tener que vivir en Chicago durante muchos años —comentó Cowperwood—. No te entusiasmes demasiado. A esta gente no les interesan los norteamericanos, ¿no te das cuenta? Si viviéramos aquí, no nos aceptarían; al menos, todavía no. No somos más que extranjeros que vamos de paso a los que han recibido con cortesía —Cowperwood se daba cuenta de todo.

En cierto modo estaba consintiendo a Aileen, pero no podía hacer nada al respecto. Ella no dejaba de cambiarse de ropa. Los ingleses solían mirarla en Hyde Park, adonde iba a caballo o en coche; en Claridge's, donde se habían instalado; y en Bond Street, donde compraba. Las mujeres inglesas, la mayoría de ellas muy distantes, ultraconservadoras y de gustos sencillos, ponían los ojos en blanco. Cowperwood se daba cuenta de la situación, pero no decía nada. Amaba a Aileen y a él le parecía adecuada, al menos por el momento, y preciosa. En un principio, para él sería suficiente con poder establecer la posición social de Aileen en Chicago. Tras tres semanas de vida muy activa, durante las que Aileen frecuentó las antiguas y honorables glorias de Inglaterra, continuaron viaje hacia París.

Aquí su entusiasmo se acrecentó hasta hacerse casi infantil.

—¿Sabes? —le dijo a Cowperwood con mucha solemnidad a la segunda mañana—, los ingleses no saben vestirse. Pensaba que sí, pero los más elegantes copian a los franceses. Coge por ejemplo a los hombres que vimos anoche en el Café d'Anglais^[5]. No vi a ninguno con el que pudiera compararse ningún inglés.

—Querida, tienes gustos exóticos —le contestó Cowperwood, que la observaba con complacido interés mientras se ajustaba la corbata—. Los franceses elegantes resultan casi demasiado elegantes, acicalados. Creo que algunos de aquellos jóvenes llevaban incluso corsé.

—¿Y qué si los llevaban? —le contestó Aileen—. A mí me gusta. Y puestos a ser elegantes, ¿por qué no muy elegantes?

—Ya sé que esa es tu teoría, querida —dijo él—, pero puede resultar exagerado. Ya sabes que se puede resultar excesivo. Debes transigir, aunque eso suponga que no estés tan elegante como podrías. No debes resultar visiblemente diferente a tus vecinos, ni siquiera porque luzcas mejor.

—Ya sabes —dijo ella, deteniéndose para mirarlo— que creo que algún día terminarás convirtiéndote en alguien muy conservador, como mis hermanos.

Se acercó entonces y le retocó la corbata y le alisó el pelo.

—Bueno, uno de los dos tendrá que serlo, por el bien de la familia —comentó él con una media sonrisa.

—No estoy tan segura tampoco de que ese vayas a ser tú.

—Hace un día precioso. Mira qué bonitas se ven esas estatuas de mármol blanco. ¿Vamos a Cluny, a Versailles o a Fontainebleau? Y esta noche deberíamos ver a Bernhardt en la Française^[6].

Aileen estaba muy alegre. Era espléndido viajar al fin con el que de verdad era su marido.

Fue durante este viaje cuando el gusto de Cowperwood por el arte y la vida, y su determinación por poseerlos, revivieron por completo. En Londres, París y Bruselas conoció a importantes marchantes de arte. Su concepción de los grandes maestros y de las viejas escuelas de arte tomó forma. Uno de los grandes marchantes de Londres, que rápidamente reconoció en él a un posible futuro patrón, lo invitó junto con Aileen a ver ciertas colecciones privadas, y aquí y allá se topó con algún artista, como Lord Leighton, Dante Gabriel Rossetti o Whistler^[7], que le fue presentado de manera informal, y al que le pareció un extranjero interesado. Estos hombres sólo veían a un hombre fuerte, cortés, distante y conservador. Él encarnaba el alma egotista, emotiva y artística. Al instante se dio cuenta de que poco podía haber en común entre aquellos hombres y él en lo que al contacto personal se refería, pero, a pesar de eso, compartían cosas sobre las que podrían tratar. No podía ser un admirador servil de nada, sólo un patrón principesco. De modo que paseó y observó, preguntándose cuánto tardarían en materializarse sus sueños de grandeza.

En Londres compró un retrato de Raeburn; en París, una escena campestre de Millet, un pequeño Jan Steen, una escena de batalla de Meissonier y una romántica escena de un patio de Isabey^[8]. Y así es como comenzó el resurgimiento de su antiguo interés en el arte; el núcleo de aquella futura colección que tanto llegaría a significar para él en años venideros.

A su vuelta, la construcción de la nueva mansión de Chicago procuró una interesante diversión a las vidas de Aileen y Cowperwood. Inspirados por un *chateaux* que habían visto en Francia, adoptó esa forma, o más bien una modificación de la misma, tal como les sugirió Taylor Lord. El señor Lord calculaba que tardaría un año entero, o quizá año y medio, en entregarla en perfecto orden, pero el tiempo no era un asunto de vital importancia en este caso. Mientras tanto, podrían fortalecer sus contactos sociales y prepararse para aquel día tan emocionante en el que por fin formarían parte de la élite de Chicago.

En Chicago por esta época se mezclaban varios elementos sociales: aquellos que, habiendo ascendido de repente desde la más sombría pobreza, no lograban olvidar con tanta facilidad la iglesia del pueblo y las costumbres sociales de la aldea; aquellos que, habiendo heredado la riqueza o emigrado desde el Este, donde su prosperidad era antigua, comprendían mejor las reglas del juego; y aquellos que, recién nacidos a la riqueza y viendo su deriva hacia la elegante vida estadounidense, empezaban a

desear poder brillar en ella; siendo estos últimos los más jóvenes. Estos comenzaban a soñar con los bailes en Kinsley's^[9], con actos benéficos señalados y con diversiones estivales de tipo europeo, pero aún no lo habían conseguido. Los del primer tipo, aunque eran con diferencia los más aburridos y los más estúpidos, seguían siendo los más poderosos porque eran los más ricos y el dinero aún era lo que proporcionaba una posición elevada. Las reuniones sociales que esta gente organizaba eran de tal estupidez que rozaban casi la locura; en realidad no consistían más que en recepciones los días laborables y en las visitas de cretinos ricos elevados a la enésima potencia los domingos por la tarde. El propósito de todo aquel asunto era ver y ser visto. Y se evitaba con decisión cualquier novedad de pensamiento o acción. De hecho, que todos pensaran y actuaran según la costumbre y la quintaesencia de la convención era precisamente lo deseable. La idea de presentar a una «actriz», por ejemplo, como se hacía ocasionalmente en el Este o en Londres; eso nunca; hasta los cantantes o artistas eran mirados con recelo. ¡Era muy fácil pasarse de la raya! Pero si algún príncipe europeo se hubiera dejado caer por Chicago (lo cual nunca ocurrió), o si algún magnate social del Este por casualidad se quedaba lo suficiente como para dejar pasar un tren o dos, el círculo más selecto de la riqueza local estaba dispuesto a esforzarse hasta el extremo. Cowperwood se había dado cuenta de todo esto nada más llegar, pero imaginaba que si se hacía lo suficientemente rico y poderoso, Aileen y él, con la ayuda de su magnífica casa, bien podrían ser la levadura que aligerara toda aquella masa. Desgraciadamente, era demasiado obvio que Aileen se mostraba ansiosa en espera de aquellas oportunidades que podrían llevarles al reconocimiento social en pie de igualdad, si no a la supremacía. Como un salvaje, que no sabe organizar su protección y queda a merced de los terribles caprichos de la naturaleza, a veces prácticamente se echaba a temblar ante la sola idea de un posible fracaso. Casi de manera inmediata, se había reconocido incapaz, por su temperamento, de relacionarse con determinados tipos de mujeres de la sociedad. La esposa de Anson Merrill, el gran príncipe de los artículos de confección, a la que vio un día en una de las tiendas del centro, le pareció demasiado fría y distante. La señora Merrill era una mujer de actitud altiva que había recibido una buena educación, y que se encontraba, según ella misma estimaba, con que en Chicago le resultaba difícil encontrar una compañía adecuada. Se había criado en el Este, en Boston —y estaba familiarizada con el mundo superior de Londres, que había visitado varias veces—. Chicago era para ella, en el mejor de los casos, un sórdido caos comercial. Prefería Nueva York o Washington, pero tenía que vivir aquí. Por eso actuaba con condescendencia prácticamente con todos aquellos con los que se dignaba relacionarse, utilizando una inclinación ascendente de cabeza, una cansada caída de párpados y arqueando las cejas para indicar lo trillado que le resultaba todo aquello.

Fue una tal señora de Henry Huddleston la que le había mencionado a la señora Merrill a Aileen. La señora Huddleston era la esposa de un fabricante de jabón que vivía muy cerca del hogar temporal de los Cowperwood, y ella y su esposo habían

quedado al margen de la sociedad. Había oído que los Cowperwood eran gente rica, que tenían amistad con los Addison y que iban a construir una mansión de doscientos mil dólares. (El valor de las casas siempre se incrementa a medida que lo van contando.) Eso fue suficiente. Había ido a la casa, puesto que vivía sólo tres puertas más allá, a dejar su tarjeta; y Aileen, que estaba deseosa de ganarse el favor aquí y allá, le había respondido. La señora Huddlestone era una mujer pequeña, no muy atractiva, hábil para relacionarse y eminentemente práctica.

—Hablando de la señora Merrill —comentó la señora Huddlestone este día en concreto—, allí está, cerca del mostrador de las telas para vestidos. Siempre lleva esos impertinentes de esa misma manera.

Aileen se giró para examinarla con atención. Era una mujer alta, morena y delgada, perteneciente a la alta sociedad del Oeste, muy distante, desdeñosa y de aire superior.

—¿Usted no la conoce? —le preguntó Aileen con curiosidad, mientras la observaba a placer.

—No —contestó la señora Huddlestone a la defensiva—. Ellos viven en el North Side, y los de las distintas zonas no se mezclan demasiado.

De hecho, las familias principales se vanagloriaban de estar por encima de esta división arbitraria de «zonas» y de poder elegir con quien querían relacionarse de las tres.

—¡Ah! —dijo Aileen con indiferencia. Se sentía secretamente irritada al pensar que la señora Huddlestone estimara necesario indicarle que la señora Merrill era una persona superior.

—¿Y sabe una cosa? Se oscurece un poco las cejas, me parece —sugirió la señora Huddlestone, al tiempo que la observaba con envidia—. Dicen que su marido no es la persona más fiel del mundo. Hay otra mujer, una tal señora Gladdens, que vive muy cerca de ellos y en la que él está muy interesado.

—¡Oh! —dijo Aileen con cautela. Tras su propia experiencia en Filadelfia, había decidido estar en guardia y no enredarse en demasiados cotilleos. Dardos de este mismo tipo podrían muy fácilmente volverse contra ella.

—Pero los de su clase son sin duda los más elegantes —dijo la acompañante de Aileen de manera halagadora.

Después de aquello, Aileen ambicionaba relacionarse con la señora de Anson Merrill, y que ella la aceptara completamente y por voluntad propia. No sabía, aunque podría haberlo sospechado, que aquella ambición nunca se vería cumplida.

Pero había otros que habían acudido al primer hogar de los Cowperwood, o con los que los Cowperwood se las arreglaron para trabar cierta amistad. Estaban los Sunderland Sledds; el señor Sledd era el jefe de circulación de trenes de uno de los ferrocarriles del sudoeste que llegaba a la ciudad, y un caballero de buen gusto, cultura y cierta riqueza, mientras que su esposa era una ambiciosa don nadie. Estaban los Walter Rysam Cotton; el señor Cotton era un comerciante mayorista de café, pero

era especialmente conocido por ser un literato social de la ciudad, y su esposa era una graduada de Vassar^[10]. Estaban los Norrie Simms; Simms era el secretario y tesorero de la Douglas Trust and Savings Company, y uno de los poderes de otro grupo de financieros que nada tenía que ver con el representado por Addison y Rambaud.

Otros incluían a los Stanislau Hoecksema, adinerados peleteros; a los Duane Kingsland, comerciantes mayoristas de harina; a los Webster Israels, empacadores; y a los Bradford Canda, joyeros. Toda esta gente era algo en términos sociales. Todos tenían casas e ingresos de importancia considerable, de modo que merecían ser tenidos en consideración. La diferencia entre Aileen y la mayoría de las mujeres tenía que ver con la diferencia entre el naturalismo y la ilusión. Pero esto requiere cierta explicación.

Para conocer de verdad el estado de la mentalidad femenina en esta época, uno tendría que regresar al periodo de la Edad Media durante el que la Iglesia floreció y el poeta, diligente y sólo a medias instruido en los detalles de la reproducción, rodeó a las mujeres con un halo místico. Desde aquel día, tanto la doncella como la matrona han sido también instruidas para hacerlas creer que están hechas de mejor barro que el hombre, que nacieron para elevarlo y que sus favores son de un valor incalculable. Este rosado ambiente romántico, que nada tiene que ver con la moralidad personal, ha tenido como consecuencia, sin embargo, esa actitud femenina en base a la que consideran que gozan de superioridad moral frente a los hombres, e incluso frente a otras mujeres. El ambiente de Chicago en el que Aileen se encontró inmersa estaba compuesto en parte de esta misma ilusión. Las damas a las que había sido presentada pertenecían a este elevado mundo de ilusión. Se consideraban a sí mismas perfectas, del mismo modo que se veían representadas en el arte religioso y en la ficción. Sus maridos debían ser modelos, dignos de sus elevados ideales, y el resto de las mujeres no debían tener tacha de ningún tipo. Aileen, urgente y elemental, se habría reído de todo esto si hubiera sido capaz de comprenderlo. Al no entenderlo, se sentía cohibida e insegura de sí misma en presencia de determinadas personas.

Un ejemplo en este sentido era la señora de Norrie Simms, que era a su vez un satélite de la señora de Anson Merrill. Ser invitada a casa de los Anson Merrill a tomar el té, a cenar o a almorzar, o que la señora Merrill la llevara al centro en su carruaje, era el paraíso para la señora Simms. Adoraba relatar las ocurrencias ingeniosas de su ídolo, disertar sobre su asombroso nivel cultural, narrar cómo la gente a veces se negaba a creer que fuera la esposa de Anson Merrill, aunque ella misma lo dijera —aquellas viejas historias del mundo social que deben de haber tenido su origen en Egipto y Caldea—. La propia señora Simms era de un tipo incatalogable; no era un auténtico personaje, ni era inteligente ni atractiva ni tenía buen gusto; no era más que una arribista. Las dos hijas de los Simms (dos niñas pequeñas) habían sido adiestradas en todas las normas de urbanidad y etiqueta de la época —mostrar afectación, poner sonrisitas, hacer genuflexiones y cosas por el estilo, para inmenso deleite de sus mayores—. La niñera que estaba a cargo de ellas

vestía de uniforme y la institutriz era una mujer explotada. La señora Simms tenía una actitud prepotente; sólo tenía ojos para los que estaban por encima de ella y sentía un sereno desdén por el mundo vulgar en el que se veía obligada a vivir.

Durante la primera cena en la que recibió a los Cowperwood, la señora Simms intentó indagar en el pasado de Aileen en Filadelfia, preguntándole si conocía a los Arthur Leigh, a los Trevor Drake, a Roberta Willing o a los Martyn Walker. La señora Simms no los conocía personalmente, pero había oído a la señora Merrill hablar de ellos, y eso era para ella pretexto más que suficiente. Aileen, que estuvo rápida en la defensa y dispuesta a mentir con habilidad por su propio bien, le aseguró que los había conocido, como sin duda así había sido, aunque sólo muy de pasada, y antes de que los rumores que la relacionaban con Cowperwood se hubieran extendido. La señora Simms se mostró encantada.

—Tengo que decírselo a Nellie —dijo, refiriéndose con familiaridad a la señora Merrill.

Aileen temió que si esto continuaba, pronto toda la ciudad sabría que había sido la amante antes de convertirse en la esposa, que había sido la causa de la demanda de divorcio y que Cowperwood había estado en prisión. Sólo su belleza y la riqueza de él podrían salvarlos, pero ¿lo harían?

Una noche fueron a cenar a casa de los Duane Kingsland y la señora de Bradford Canda le preguntó, en lo que parecía una manera muy elocuente, si conocía a su amiga la señora de Schuyler Evans de Filadelfia. Esto asustó a Aileen.

—¿No crees que alguno de ellos debe de saber lo nuestro? —le preguntó a Cowperwood de camino a casa.

—Supongo que sí —le contestó él pensativo—. No lo sé. Yo no me preocuparía si fuera tú. Si te preocupas por eso, terminarás transmitiéndoselo. Yo no he hecho de mi estancia en prisión en Filadelfia un secreto, y no tengo intención de hacerlo ahora. Me trataron injustamente y no tenían derecho a meterme allí.

—Lo sé, querido —contestó Aileen—; quizá no cambiara mucho las cosas si lo supieran. No veo por qué debía de hacerlo. No somos los únicos que han tenido problemas matrimoniales, estoy segura.

—Aquí sólo cuenta una cosa: o nos aceptan o no. Si no lo hacen, pues muy bien; no podemos evitarlo. Nos iremos, terminaremos nuestra casa y les daremos la oportunidad de ser amables. Si no quieren, hay otras ciudades. El dinero lo arreglaría todo en Nueva York; estoy seguro. Allí podemos construirnos una casa espléndida y entrar en igualdad de condiciones si tenemos suficiente dinero; y yo tendré suficiente dinero —añadió tras un momento de reflexión—. No temas. Voy a ganar millones aquí, tanto si les gusta como si no, y después de eso; bueno, después de eso, ya veremos. No te preocupes. No he visto muchos males en este mundo que el dinero no pueda curar.

Tenía los dientes apretados como siempre que decía las cosas peligrosamente en serio. Pero le cogió la mano a Aileen y se la apretó con suavidad.

—No te preocupes —le repitió—. Chicago no es la única ciudad, y dentro de diez años, tampoco vamos a ser los más pobres de Estados Unidos. No te desanimes. Todo saldrá bien. Seguro.

Aileen miró hacia Michigan Avenue, iluminada por las farolas, por donde pasaban dejando atrás muchas mansiones silenciosas. La parte superior de todas las farolas era blanca y brillaba en las sombras hasta desaparecer convertida en un pequeño punto. Estaba oscuro, pero fresco y agradable. ¡Ojalá el dinero de Frank pudiera comprar para ellos una posición y amistad en este mundo tan interesante; ojalá pudiera! Ella no era consciente de cuánto dependía esta lucha de su propia personalidad, o de su falta de ella.

CAPÍTULO X

Una prueba

La inauguración de la casa de Michigan Avenue tuvo lugar a finales de noviembre, durante el otoño de 1878, cuando Aileen y Cowperwood ya llevaban dos años en Chicago. En total, entre la gente que habían conocido en las carreras, en cenas y tes diversos, y en recepciones del Union Club y del Calumet^[1] (a los que Coperwood había sido admitido gracias al apoyo de Addison), más aquellos sobre los que McKibben y Lord habían ejercido su influencia, pudieron enviar invitaciones aproximadamente a trescientas personas, de las cuales respondieron doscientas cincuenta. Hasta este momento, debido a la discreción con la que Cowperwood había llevado a cabo sus asuntos, no había habido comentarios sobre su pasado —nadie había mostrado ningún interés especial en él. Tenía dinero, modales afables y una personalidad magnética—. Los hombres de negocios de la ciudad —a los que frecuentaba socialmente— tenían tendencia a considerarlo fascinante y muy inteligente. Aileen, que llamaba la atención por su belleza y elegancia, era aceptada más o menos en lo que valía, aunque la sociedad regia y auténticamente distinguida se negaba a reconocer su existencia.

Es sorprendente la exhibición que los que no encuentran su sitio en la sociedad pueden llevar a cabo ocasionalmente cuando se utilizan el tacto y las distinciones. Había un semanario de acontecimientos de sociedad que se publicaba en Chicago en esta época, una publicación bastante decente en lo suyo, que Cowperwood, gracias a la ayuda de McKibben, había convencido para que trabajara para él. No se puede hacer mucho en ninguna circunstancia si la causa no es sólida, pero cuando, como en este caso, hay una apariencia de respetabilidad, riqueza considerable y una gran fuerza y magnetismo, todo es posible. Kent McKibben conocía a Horton Biggers, el editor, que era una persona más bien triste y desilusionada de unos cuarenta y cinco años, gris y de aspecto deprimido —una especie de esponja o percebe humano que sólo salía de su abstracción y mostraba un aparente interés y alegría por pura necesidad—. En aquellos días, el editor de las noticias de sociedad era aceptado como un miembro más de esa misma sociedad —*de facto*—, y era tratado más como un invitado que como un periodista, aunque incluso entonces se tendía a su eliminación. Al trabajar para Cowperwood, que además le caía bien, McKibben le dijo a Biggers una noche:

—Conoce a los Cowperwood, ¿verdad, Biggers?

—No —respondió este último, que, al igual que los percebes, se dedicaba a los círculos más exclusivos—. ¿Quiénes son?

—Pues, él es banquero en La Salle Street. Son de Filadelfia. La señora Cowperwood es una mujer bellísima; joven y todo lo demás. Están construyendo una casa en Michigan Avenue. Deberías conocerlos. Van a entrar, me parece. Les caen bien a los Addison. Si ahora fueras amable con ellos, creo que lo valorarían más adelante. Él es bastante generoso y un buen tipo.

Biggers aguzó el oído. Esto del periodismo de sociedad le proporcionaba escasas ganancias en el mejor de los casos, y tenía muy pocos medios para ganarse el pan honradamente. Aquellos que quizá llegaran a formar parte de la sociedad y los que medio lo habían conseguido, tenían que suscribirse al semanario mediante un pago generoso cuando querían que se dijeran cosas agradables sobre ellos. No mucho después de esta breve conversación, Cowperwood recibió un impreso de suscripción enviado por la oficina del *Saturday Review*, e inmediatamente envió un cheque de cien dólares directamente al señor Horton Biggers. A partir de entonces, ciertos personajes no especialmente destacados se dieron cuenta de que cuando los Cowperwood cenaban a su mesa, el acontecimiento recibía comentarios de parte del *Saturday Review*, no así de otro modo. Parecía que los Cowperwood gozaban de su favor; pero ¿quiénes eran, en cualquier caso?

El peligro de la publicidad e incluso de un éxito social moderado es que el escándalo adora a los que brillan. Cuando comienzas a sobresalir lo más mínimo en la vida, a separarte de la masa, los expertos quieren saber quién, qué y por qué. El entusiasmo de Aileen, combinado con el genio de Cowperwood, tenía como objetivo convertir su primer acontecimiento como anfitriones durante la inauguración de la casa en un asunto excepcional, lo que, teniendo en cuenta las circunstancias, y pensándolo bien, era algo peligroso. Chicago era aún extremadamente lento en cuanto a su sociedad. Sus movimientos eran, como ya se ha dicho, más o menos estúpidos y flemáticos. Intentar forzar la entrada con algo tremendamente brillante y espectacular suponía asumir un riesgo notable. Los miembros más cautelosos de la sociedad de Chicago, incluso si no asistían, oírían hablar de ellos, y entonces llegarían los comentarios y las decisiones finales.

El acontecimiento comenzó con una recepción a las cuatro, que duró hasta las seis y media, y esta última fue seguida de un baile que comenzó a las nueve, con música proporcionada por una orquesta de cuerdas de Chicago, un programa musical realizado por artistas de considerable importancia, y una cena magnífica desde las once hasta la una en un país de ensueño lleno de luces chinas, servida en pequeñas mesas que llenaban tres de las estancias de la planta baja. Como estímulo añadido para la ocasión, Cowperwood había colgado no sólo los cuadros importantes que había comprado en el extranjero, sino también uno nuevo —un cuadro especialmente magnífico de Gerome, que se encontraba entonces en el apogeo de su exótica popularidad—, un cuadro de desnudas odaliscas del harén, relajadas junto a la colorida azulejería de un baño oriental^[2]. Era un arte más o menos «libertino» para Chicago, que podía conmocionar a los no iniciados, aunque resultara inofensivo para los

ilustrados; pero le daba un toque de color a la galería de arte que esta necesitaba. También había un retrato de Aileen, recién llegado y recién colgado, obra de un artista holandés, Jan van Beers^[3], al que habían conocido en Bruselas el verano anterior. Había pintado a Aileen en nueve sesiones, y había resultado un lienzo bastante luminoso, de colores vivos, en el que aparecía la imagen de una escena de verano tras ella —un estanque bajo de piedra, la esquina roja de un palacio holandés de ladrillo, un parterre de tulipanes y un cielo azul con nubes aborregadas—. Aileen estaba sentada sobre la curva del brazo de un banco de piedra con los pies apoyados en la verde hierba, y sosteniendo distraídamente a un lado un parasol rosa y blanco ribeteado de encaje; su figura redondeada y lozana iba vestida a la última moda de París, con un traje de paseo de seda a rayas de color azul y blanco, con un sombrero de paja de ala ancha adornado con un lazo blanco y azul dando sombra a sus ojos animales y llenos de fuerza. El artista había capturado su espíritu con bastante exactitud: el brío, la arrogancia y la bravuconería fruto del valor que da la inexperiencia o la ausencia de auténtica agudeza. A su manera resultaba refrescante, aunque quizá un poco ostentoso, como lo era todo lo que tuviera que ver con ella, y propenso a despertar la envidia de aquellos no tan bien dotados por la naturaleza, pero sin dejar de ser una obra de carácter. Al cálido fulgor de las tenues lámparas de gas, parecía especialmente brillante, regalada, ociosa y alegre —el animal doméstico del mundo, bien cuidado y engordado en establo—. Muchos se pararon a contemplarlo, y muchos fueron los comentarios, tanto privados como de otro tipo.

Este día comenzó para Aileen con un frenesí de inseguridad y preocupación ante lo que le esperaba. A sugerencia de Cowperwood, había empleado a una secretaria para que llevara su agenda social, una pobre muchacha caballuna, que había enviado todas las cartas, confeccionado una lista de las respuestas, hecho recados y aconsejado sobre algún que otro detalle. Fadette, su doncella francesa, estaba en pleno proceso de preparación para las dos sesiones de tocador que tendrían lugar aquel día, una sobre las dos y otra entre las seis y las ocho. Sus «*mon dieus*» y «*par bleus*» se oían continuamente al tiempo que buscaba alguna prenda o sacaba brillo a algún adorno, hebilla o alfiler. Los esfuerzos de Aileen por estar perfecta eran, como siempre, intensos. Sus cavilaciones sobre qué vestido lucir eran difíciles. El retrato estaba en la pared este de la galería, y la estimulaba a emularlo; se sentía como si toda la sociedad estuviera a punto de juzgarla. Theresa Donovan, la modista, le había aconsejado, pero Aileen se decidió por un vestido de pesado terciopelo marrón diseñado por Worth, de París —una prenda que adquiría tonalidades diferentes, que dejaba ver su cuello y sus brazos a la perfección, y que combinaba maravillosamente con su piel y su pelo—. Se probó unos pendientes de amatista, pero los cambió por unos de topacio; se cubrió las piernas con medias de seda de color marrón y se calzó los pies con unas zapatillas marrones adornadas con botones de esmalte rojo.

El problema con Aileen era que nunca hacía estas cosas con esa tranquilidad que caracteriza a los que son socialmente eficientes. Nunca llegaba a dominar una

situación, sino que más bien permitía que esta la dominara a ella. Sólo la magnífica calma y gentileza de Cowperwood lograban sostenerla en algunos momentos; pero eso siempre funcionaba. Cuando él estaba cerca, ella se sentía como una gran dama, apropiada para cualquier reino. Cuando estaba sola, el valor, a pesar de ser grande, a menudo le fallaba en el momento crítico. Nunca conseguía olvidarse del todo de su peligroso pasado.

A las cuatro, Kent McKibben, petulante, vestido con su levita, revisando con ojo rápido y receptivo todo este despliegue de empeños que sólo aprobaba parcialmente, ocupó su lugar en la sala de visitas y habló con Taylor Lord, que había terminado su última inspección y se disponía a marcharse para regresar más tarde. Si estos dos hubieran sido amigos más cercanos, íntimos, habrían discutido las perspectivas sociales de los Cowperwood; pero, en aquellas circunstancias, se limitaron a hablar de convencionalismos. En ese momento, Aileen bajó un momento a la planta baja, radiante. Kent McKibben pensó que nunca la había visto más bella. Después de todo, comparada con algunas de aquellas estiradas criaturas que se movían en la sociedad, astutas, duras, flacas y calculadoras, que explotaban su posición de seguridad, ella resultaba admirable. Era una lástima que no tuviera más aplomo; debería ser algo más dura; no ser tan afable. A pesar de eso, con el señor Cowperwood a su lado, quizá llegara lejos.

—Señora Cowperwood —dijo—, todo tiene un aspecto absolutamente encantador. Le estaba diciendo al señor Lord que creo que la casa es todo un triunfo.

Viniendo de McKibben, que pertenecía a la sociedad, y con Lord, otro miembro aceptado a su lado, esto le supo a gloria a Aileen, que sonrió feliz.

Entre los primeros en llegar estaban los Webster Israels, la señora de Bradford Canda y la señora de Walter Rysam Cotton, que iban a ayudar a recibir a los invitados. Estas damas no sabían que estaban haciéndose cargo de su futura reputación de mujeres sagaces y de buen criterio; se habían dejado llevar por el despliegue de lujo de Aileen, por la creciente reputación financiera de Cowperwood y por las cualidades artísticas de la nueva casa. La boca de la señora de Webster Israels tenía una forma tan peculiar que a Aileen siempre le recordaba la de un pez, aunque no carecía totalmente de encanto, y hoy tenía un aspecto fresco y atractivo. La señora de Bradford Canda, cuyo vestido de color rosa viejo y gris plateado en parte compensaba un poco su sorprendente angulosidad, pero que por lo demás era encantadora, era todo interés, porque estaba convencida de que este era un asunto muy importante. La señora de Walter Rysam Cotton, más joven que ninguna de las otras dos, poseía el refinamiento que le había dado Vassar y estaba «por encima» de muchas cosas. Por alguna razón, sospechaba que quizá los Cowperwood no lograrían tener éxito, pero estaban dando grandes pasos y muy bien podrían pasar a todos los demás aspirantes, por lo que era preciso ser agradable.

A veces la vida pasa de la individualidad y la soledad a una especie de aura propia de Monticelli^[4], donde la individualidad no es nada y donde el brillo de la totalidad

lo es todo. La casa nueva, con sus encantadoras puertas vidriera en la planta baja, las pesadas franjas de flores de piedra y cuya entrada abovedada estaba decorada con motivos florales, pronto estuvo llena de gente que formaba un flujo colorido y vivo.

Muchos a los que ni Aileen ni Cowperwood conocían en absoluto habían sido invitados por McKibben y Lord, y ahora iban llegando y les eran presentados. Las calles laterales adyacentes y el espacio abierto que había delante de la casa estaban atestados de caballos impacientes y carruajes de elegantes chapados. Todos aquellos con los que los Cowperwood habían tenido una relación menos estrecha vinieron temprano, y, al encontrarse con aquella escena colorida e interesante, se quedaron durante algún tiempo. Kinsley, que se había encargado del servicio del banquete, había previsto un pequeño ejército de diestros sirvientes que ejercían su deber como soldados y que eran cuidadosamente supervisados por el mayordomo de los Cowperwood. El nuevo comedor, cálido con una combinación de tonos pompeyanos, tenía un aspecto radiante con aquella profusión de cristal y con la artística disposición de los manjares. Los trajes de tarde de las mujeres, que iban desde los grises otoñales, morados, marrones y verdes, se fundían con las paredes de tonos marrones de la entrada, con el gris intenso y el dorado del salón general, con el rojo romano del comedor, el blanco y dorado de la sala de música y el neutro sepia de la galería de arte.

Aileen, respaldada por el valor que le infundía la presencia de Cowperwood, que estaba llevando a cabo una recepción privada para los hombres en el comedor, la biblioteca y la galería de arte, se mantenía erguida en su vanidosa belleza, como algo digno de ver —algo casi por lo que llorar, que encarnaba la vanidad de las apariencias, la burla de tener y, aun así, no tener—. Esta multitud que se paseaba de un lado a otro y que sentía más curiosidad que interés, más celos que simpatías y que era más crítica que amable, había venido únicamente a observar.

—¿Sabe una cosa, señora Cowperwood? —le comentó el señor Simms jovialmente—. Hoy su casa me recuerda a una exposición de arte, aunque no sabría decirle por qué.

Aileen, que percibió el agravio, no encontró un comentario inteligente con el que contestarle. Carecía de ese don, pero sintió un resentimiento furioso.

—¿Eso cree? —le contestó con sarcasmo.

La señora Simms, no del todo descontenta con el efecto que había causado, pasó con aire alegre, acompañada por un joven artista que le seguía el rastro apasionadamente.

A raíz de esto y otras cosas por el estilo, Aileen se dio cuenta de lo poco que en realidad pertenecía a la sociedad. El grupo más selecto aún no la tomaba en serio a ella ni a Cowperwood. Casi llegó a odiar a la comparativamente poco atractiva señora Israels, que estaba junto a ella en aquel momento y que había oído el comentario; y aun así, la señora Israels era mucho mejor que nada. La señora Simms se había dignado a saludar de pasada a esta última.

No sirvió de nada que los Addison, los Sledd, los Kingsland, los Hoecksema y otros hicieran su aparición; Aileen no se sintió nada tranquilizada. Sin embargo, después de la cena, los más jóvenes, inducidos por McKibben, salieron a bailar, y Aileen vivió su mejor momento a pesar de las dudas. Se mostró alegre, segura y atractiva. Kent McKibben, un antiguo maestro en los laberintos y misterios de la gran marcha, tuvo el placer de guiarla en aquella procesión etérea y feérica, seguido por Cowperwood, que ofreció su brazo a la señora Simms. Aileen, vestida de raso blanco con un toque plateado aquí y allí, y collar, brazaletes, pendientes y adornos del pelo de diamantes, brillaba de un modo casi exótico. Definitivamente estaba radiante. McKibben, mostrándose casi enamorado, estuvo de lo más atento.

—Es un auténtico placer —le susurró con gran intimidad—. Es usted bellísima. ¡Es como un sueño!

—Creo que le resultaría un sueño muy sólido —le respondió Aileen.

—¡Ojalá me lo resultara! —dijo riendo divertido; y Aileen, al percatarse del significado oculto de aquel comentario, le sacó los dientes con coquetería. La señora Simms, absorbida por Cowperwood, no lograba oír lo que decían, como le habría gustado.

Tras la marcha, Aileen, rodeada por media docena de jóvenes alegres y despreocupados, los acompañó a todos a ver su retrato. Los más conservadores hicieron comentarios sobre la generosidad con el vino, el desnudo de Gerome en un extremo de la galería, el rutilante retrato de Aileen que estaba en el otro extremo y sobre el entusiasmo de algunos de los hombres más jóvenes por gozar de su compañía. La señora Rambaud, de manera amable y agradable, le comentó a su marido que Aileen «mostraba muchas ganas de vivir», según le parecía a ella. La señora Addison, asombrada ante el brillo material de los Cowperwood, con bastante más relumbrón, aunque no más grande ni más sólido de lo que Addison y ella hubieran conseguido nunca, le comentó a su marido que «él debía de estar ganando dinero muy rápido».

—Este hombre es un financiero nato, Ella —le explicó Addison, en tono sentencioso—. Es un manipulador y va a ganar dinero con total seguridad. Lo que no sé es si conseguirán entrar a formar parte de la sociedad. Él podría hacerlo si estuviera solo, eso es seguro. Ella es muy guapa, pero me temo que él necesita otro tipo de mujer. Resulta casi demasiado atractiva.

—Eso es lo que yo creo también. Me gusta, pero me temo que no va a saber jugar bien sus cartas. Aunque es una lástima.

Justo entonces apareció Aileen con un joven sonriente a cada lado y con un brillo en la cara que reflejaba la calidez del gozo engendrado por tanta adulación. El salón de baile, que era la consecuencia de haber unido la sala de música y la sala de estar, era ahora el objetivo. Brillaba ante ella, atestado con una multitud en movimiento; el aire estaba saturado con el olor de las flores y con el sonido de la música y las voces.

—La señora Cowperwood —le dijo Bradford Canda a Horton Biggers, el editor

de sociedad— es una de las mujeres más bellas que he visto en mucho tiempo. Resulta casi demasiado bella.

—¿Cómo cree que le está yendo? —preguntó el cauteloso Biggers.

—Es encantadora, pero le falta frialdad, me temo; e inteligencia. Para esto hace falta ser algo más seria. Quizá sea demasiado vivaz. Estas mujeres maduras no querrán nunca acercarse a ella; las hace parecer demasiado viejas. Le iría mejor si no fuera tan joven ni tan bella.

—Eso es exactamente lo que yo pienso —dijo Biggers. De hecho, no pensaba así en absoluto; no tenía capacidad para llegar a conclusiones tan acertadas. Pero ahora lo creía así porque Bradford Canda lo había dicho.

CAPÍTULO XI

Los frutos del atrevimiento

A la mañana siguiente, en casa de los Norrie Simms, mientras se tomaban el café, y en el resto de la ciudad, se habló de la trascendencia de los esfuerzos sociales de los Cowperwood y se valoró cuidadosamente la cuestión de su posible aceptación o no aceptación.

—El problema con la señora Cowperwood —observó la señora Simms— es que carece de elegancia. Todo el asunto resultó demasiado ostentoso. ¡A quién se le ocurre poner su propio retrato en un extremo de la galería y poner ese Gerome en el otro! ¡Y luego este artículo en la prensa esta mañana! Vamos, cualquiera pensaría que de verdad forman parte de la sociedad. —La señora Simms ya estaba algo enfadada por haber permitido que tanto Taylor Lord como Kent McKibben, ambos amigos de ella, la utilizaran, como ahora consideraba que habían hecho.

—¿Y qué te pareció toda aquella gente? —preguntó Norrie mientras untaba un bollito de mantequilla.

—Bueno, no era nada representativa, por supuesto. Nosotros éramos las personas más importantes que tenían allí, y ahora lamento que fuéramos. Y además, ¿quiénes son los Israels y los Hoecksema? ¡Qué mujer tan espantosa! (Se estaba refiriendo a la señora Hoecksema.) En mi vida he oído comentarios más aburridos.

—Estuve hablando con Hagenin, el periodista, por la tarde —comentó Norrie—. Dice que Cowperwood quebró en Filadelfia antes de venir aquí y que hubo muchos pleitos. ¿Habías oído algo de eso?

—No. Pero ella dice que conoce a los Drake y a los Walker de allí. Tenía pensado preguntarle a Nellie acerca de eso. A menudo me he preguntado por qué iba a marcharse él de Filadelfia si le iba tan bien. La gente no suele hacer eso.

Simms ya sentía envidia del despliegue financiero que Cowperwood estaba haciendo en Chicago. Además, el comportamiento de Cowperwood indicaba una inteligencia y un valor magníficos, y eso siempre provoca resentimiento en todos los demás, salvo en los suplicantes o en los triunfadores de otras esferas de la vida. Simms tenía mucho interés al fin en saber algo más sobre Cowperwood, algo definitivo.

Sin embargo, antes de que hubiera dado tiempo a que esta situación social quedara zanjada en un sentido o en otro, surgió un asunto que, de algún modo, era bastante más vital, aunque quizá a Aileen no se lo pareciera. El ambiente entre las antiguas y las nuevas compañías de gas se estaba empezando a crispar; los accionistas de la antigua empresa se estaban poniendo nerviosos. Estaban ansiosos por averiguar

quién estaba detrás de estas nuevas sociedades de gas que amenazaban con invadir su terreno. Finalmente, a uno de los abogados que la North Chicago Gas Illuminating Company había contratado para combatir las maquinaciones de De Soto Sippens y del viejo general Van Sickle, al descubrir que el concejo de Lake View al final había concedido la franquicia a la nueva compañía y que el tribunal de apelación estaba a punto de confirmarla, se le ocurrió la idea de interponer una demanda por conspiración y cohecho de concejales a gran escala. Habían acumulado bastantes indicios de que Duniway, Jacob Gerecht y otros del North Side se habían dejado influenciar con dinero, y emprender acciones legales retrasaría la aprobación definitiva de las franquicias, lo que le proporcionaría a la antigua compañía tiempo para pensar qué otra cosa podía hacer. Este abogado de la compañía de North Side, un hombre llamado Parsons, había estado siguiendo los movimientos de Sippens y del viejo general Van Sickle, y había llegado a la conclusión finalmente de que no eran más que testaferreros, unos peones, y que el auténtico instigador de todo este alboroto era Cowperwood, y si no era él, entonces serían otros hombres a los que él representaba. Parsons visitó un día la oficina de Cowperwood para verlo; al no lograrlo, investigó su historial y sus contactos. Sus investigaciones y sus intrigantes contraataques alcanzaron un punto crítico al entablar un procedimiento judicial en un tribunal de circuito judicial de los Estados Unidos a finales de noviembre, en el que se acusaba a Frank Algernon Cowperwood, a Henry De Soto Sippens, a Judson P. Van Sickle y a otros de conspiración; de nuevo, de forma casi inmediata, a esto siguieron otros pleitos iniciados por las compañías de las zonas oeste y sur en los que se les imputaban las mismas acusaciones. En todos los casos se mencionaba el nombre de Cowperwood como el poder secreto que estaba detrás de las nuevas compañías y que conspiraba para forzar a las antiguas a comprarle sus derechos comerciales. Se publicó su historia de Filadelfia, pero sólo en parte —un informe bastante suavizado que él mismo le había proporcionado a los periódicos algún tiempo atrás—. Aunque conspiración y cohecho son palabras bastante feas, las acusaciones de los abogados no prueban nada. Pero tener un historial penitenciario por haber sido encarcelado por la razón que sea, junto con una quiebra previa, un divorcio y un escándalo (aunque los periódicos sólo hicieron alusiones veladas a todo esto), fue más que suficiente para despertar el interés del público y para poner a Cowperwood y a su esposa en el candelero.

Al propio Cowperwood le solicitaron una entrevista, pero su respuesta fue que él no era más que un mero agente financiero de las tres compañías nuevas, y no un inversor; y que las acusaciones, en lo que a él se referían, eran inciertas, y no eran más que tonterías legales inventadas para hacer la situación lo más molesta posible, y amenazó con emprender acciones legales por difamación. Aun así, y aunque estos pleitos no llegaron a nada al final (porque él lo había arreglado todo de manera que no pudieran seguirle la pista más que como agente financiero en cada uno de los casos), se habían hecho las acusaciones y ahora se revelaba como un comisionado

sagaz y manipulador, que tenía además un historial ciertamente espectacular.

—Veo —le dijo una mañana Anson Merrill a su esposa mientras desayunaban— que este Cowperwood está comenzando a aparecer en los periódicos. —Tenía el *Times* en la mesa ante él y estaba mirando un titular que, siguiendo el estilo piramidal que tanto se estilaba entonces, decía: «Acusados de conspiración varios ciudadanos de Chicago. Frank Algernon Cowperwood, Judson P. Van Sickle, Henry De Soto Sippens y otros citados en una denuncia presentada ante un tribunal de circuito judicial». Y continuaba especificando otros detalles—. Suponía que no era más que un agente.

—No sé mucho de ellos —contestó su esposa—, aparte de lo que Bella Simms me cuenta. ¿Qué dice?

Él le alcanzó el periódico.

—Siempre me ha parecido que no son más que unos arribistas —continuó la señora Merrill—. Por lo que he oído, ella es imposible. Pero no la he visto nunca.

—Él empieza bien para ser filadelfio —sonrió Merrill—. Lo he visto en el *Columet*. Parece un tipo muy inteligente. Desde luego, se encarga de sus asuntos con un estilo muy enérgico.

De manera similar, el señor Norman Schryhart, un hombre que hasta este momento no le había prestado la más mínima atención a Cowperwood, aunque había advertido su presencia en los salones del *Calumet Club* y del *Union League*, empezó a preguntarse en serio quién era este hombre. Schryhart, un hombre de gran fuerza física y mental, de un metro ochenta de estatura, robusto e imperturbable como un buey, y un tipo de hombre muy diferente a Anson Merrill, se encontró con Addison un día en el *Calumet Club* poco después de que los periódicos empezaran a hablar de este tema. Hundiéndose en un gran diván de piel junto a él, le comentó:

—¿Quién es este Cowperwood que mencionan los periódicos estos días, Addison? Usted conoce a toda esta gente. ¿No me lo presentó en alguna ocasión?

—Desde luego que sí —le contestó Addison con tono alegre, y quien, a pesar de los ataques dirigidos contra Cowperwood, se sentía más complacido que otra cosa. Estaba más que claro por el alboroto que todo aquel forcejeo estaba despertando que Cowperwood debía de estar manejando sus asuntos de manera bastante diestra, y lo mejor de todo era que estaba consiguiendo mantener ocultos los nombres de sus patrocinadores—. Nació en Filadelfia, se trasladó aquí hace varios años y montó un negocio de comisionista de grano. Ahora es banquero. Un tipo bastante listo, debo decir. Tiene mucho dinero.

—¿Es cierto, como afirman los periódicos, que quebró por un millón en Filadelfia en 1871?

—Sí, hasta donde yo sé.

—¿Y que estuvo en la penitenciaría allí?

—Sí, eso creo. Aunque creo que no fue por ninguna causa realmente criminal. Parece que hubo algún tipo de lío político-financiero, por lo que sé.

—¿Y no tiene más de cuarenta años, como dicen los periódicos?

—Por ahí debe de andar, me parece. ¿Por qué?

—Bueno, este ardid suyo me parece algo pretencioso; esto de detener a las antiguas compañías de gas. ¿Cree que conseguirá hacerlo?

—No lo sé. Lo único que sé es lo que he leído en los periódicos —le contestó Addison, cauteloso. De hecho, no tenía ningún interés en hablar de aquel asunto. Cowperwood se estaba afanando en aquel mismo momento a través de un agente por llegar a un acuerdo para unificar todos los intereses involucrados. Y no iba demasiado bien.

—¡Bah! —respondió Schryhart. Se preguntaba por qué hombres como él mismo, Merrill, Arneel u otros no se habían metido en este campo hacía mucho tiempo ni habían comprado todas las acciones de las viejas compañías. Se marchó bastante interesado, y un día o dos más tarde —a la mañana siguiente, quizá— ya había formulado un plan. Como Cowperwood, era un hombre sagaz, duro y frío. Creía en Chicago de manera incuestionable y en todo lo que tuviera que ver con su futuro. La situación del gas, ahora que Cowperwood había visto las posibilidades que ofrecía, le resultaba muy clara. Quizá no fuera del todo imposible aún que una tercera parte se inmiscuyera y, gracias a la manipulación, lograra hacerse con unos beneficios muy codiciados. Quizá pudiera incluso quedarse con las compañías de Cowperwood, ¿quién sabía?

El señor Schryhart no creía en las participaciones ni en las inversiones minoritarias, ya que se trataba de un tipo de persona muy dominante. Si se metía en algo de este tipo, prefería ser él el que mandara. Decidió invitar a Cowperwood a visitar su oficina para hablar del asunto, de modo que hizo que su secretaria le escribiera una nota, en la que, en un tono bastante grandilocuente, invitaba a Cowperwood a visitarle por «un asunto de la mayor importancia».

Casualmente, en aquel preciso momento, Cowperwood se sentía bastante seguro de su lugar en el mundo financiero de Chicago, aunque aún le escocía el encono de las calumnias que le habían llegado de distintas partes recientemente. En aquellas circunstancias, y dado su temperamento, evidenciaba un crudo desprecio por la humanidad, ricos y pobres por igual. Era muy consciente de que Schryhart, a pesar de que se lo habían presentado, nunca se había tomado la molestia de prestarle atención.

«El señor Cowperwood me ruega que le diga», escribió la señorita Antoinette Nowak a su dictado, «que en este momento anda muy escaso de tiempo, pero que estaría encantado de recibir al señor Schryhart en su oficina en cualquier momento».

Esto irritó un poco al dominante y petulante Schryhart, pero, aun así, estaba seguro de que una reunión no iría mal en este caso; y, que, de hecho, sería aconsejable. De modo que un miércoles por la tarde se desplazó hasta la oficina de Cowperwood, donde fue recibido de la manera más hospitalaria.

—¿Cómo está usted, señor Schryhart? —lo saludó Cowperwood cordialmente tendiéndole la mano—. Me alegro de verle de nuevo. Creo que nos conocimos hace

varios años.

—Sí, eso creo yo también —contestó el señor Schryhart, que era de hombros anchos, tenía la cabeza cuadrada, los ojos negros, y un bigote corto y negro que le adornaba el labio superior. Tenía los ojos oscuros, duros y penetrantes—. He visto en los periódicos, si es que se puede uno fiar de ellos —dijo, yendo directo al grano—, que está usted interesado en el gas de la ciudad. ¿Es eso cierto?

—Me temo que, por regla general, no se puede confiar en los periódicos —contestó Cowperwood de manera afable—. ¿Le importaría decirme por qué le interesa saber si eso es cierto o no?

—Bueno, para decirle la verdad —contestó Schryhart, mirando fijamente al financiero—, yo también estoy interesado en la situación del gas en la ciudad. Ofrece un campo de inversión bastante rentable, y últimamente han venido a verme varios miembros de las otras compañías para pedirme que los ayude a asociarse. (Esto no era en absoluto cierto.) Me estaba preguntando qué opciones de ganar cree usted que tiene en las acciones que ha emprendido.

Cowperwood sonrió.

—No tengo interés en hablar de eso —dijo—, a menos que sepa mucho más sobre sus motivos y sus contactos de lo que sé ahora. ¿He de entender que los accionistas de las antiguas compañías han apelado a usted para que intervenga y ayude a ajustar este asunto?

—Exactamente —dijo Schryhart.

—¿Y cree usted que puede lograr que se asocien? ¿En qué condiciones?

—Bueno, yo diría que sería algo tan simple como darles a cada uno de ellos dos o tres acciones de una nueva compañía por cada una que tengan en las antiguas. Después podríamos elegir a un grupo de directivos, tener unas oficinas únicas, detener todos estos pleitos y todos contentos.

Dijo todo esto de manera relajada y condescendiente, como si Cowperwood no lo hubiera pensado ya todo hacía años. No fue poca la sorpresa de este último al ver que le devolvían de esta manera tan condescendiente sus propios planes, y que, además, eso viniera de un hombre muy poderoso de la ciudad —uno que hasta ahora había elegido pasar por alto completamente.

—¿En qué condiciones esperaría usted que entraran estas nuevas compañías? —le preguntó Cowperwood con cautela.

—En las mismas condiciones que las otras, si no están excesivamente capitalizadas. No he pensado en todos los detalles. Dos o tres a una, dependiendo de la inversión. Por supuesto, hay que tener en cuenta los prejuicios de estas compañías antiguas.

Cowperwood meditó. ¿Debería o no debería valorar esta oferta? Se le presentaba la oportunidad de obtener beneficios de manera rápida vendiendo a las compañías antiguas. Lo único era que Schryhart, y no él mismo, quedaría al mando de este acuerdo manipulativo. Mientras que si esperaba —incluso si Schryhart conseguía

unificar las tres compañías antiguas en una sola—, quizá consiguiera obligarlos a ofrecerle mejores términos. No estaba seguro. Al fin, preguntó:

—¿Cuántas acciones de la nueva compañía quedarían en sus manos —o en manos del grupo organizador— después de que tanto las compañías viejas como las nuevas hayan obtenido su parte según estas condiciones?

—Posiblemente el treinta y cinco o el cuarenta por ciento —le contestó Schryhart de manera obsequiosa—. Digno es el obrero de su salario.

—Muy cierto —contestó sonriendo Cowperwood—, pero en vista de que yo soy el hombre que ha estado cortando el palo para coger el caqui^[1], me parece que buena parte de ese porcentaje debería corresponderme a mí, ¿no le parece?

—¿A qué se refiere exactamente?

—Exactamente a lo que he dicho. He organizado personalmente las nuevas compañías que han hecho posible que se proponga esta asociación. El plan que usted propone no es más que lo que yo ya llevo tiempo ofreciendo. Los ejecutivos y los directores de las viejas compañías están enfadados conmigo simplemente porque se supone que he invadido un terreno que les pertenece. Ahora, si por ese motivo están dispuestos a operar a través de usted en lugar de hacerlo conmigo, me parece que me correspondería un porcentaje bastante más alto de esa plusvalía. No tengo ningún interés personal especial en las nuevas compañías. En realidad soy más un agente fiscal que ninguna otra cosa. (Esto no era cierto, pero Cowperwood prefería que su invitado lo pensara.)

Schryhart sonrió.

—Mi estimado señor —le explicó—, olvida usted que seré yo quien proporcione prácticamente todo el capital necesario para hacer esto.

—Olvida usted —le contestó Cowperwood—, que no soy un principiante. Puedo garantizarle que yo podría proporcionar todo el capital y darle a usted una buena prima por sus servicios, si lo prefiere. Las plantas y las franquicias tanto de las viejas como de las nuevas compañías valen algo. Debe recordar que Chicago está creciendo.

—Lo sé —contestó Schryhart de manera evasiva—, pero también sé que tiene por delante una larga y cara batalla. Tal como están las cosas en este momento, no puede usted por sus propios medios conseguir que estas antiguas compañías lleguen a un acuerdo. No trabajarán con usted, según tengo entendido. Hará falta alguien de fuera, como yo mismo —alguien que tenga cierta influencia, o quizá, mejor dicho, que tenga una posición consolidada desde hace tiempo en Chicago, alguien que conozca a esta gente— para poder llevar a cabo esta unión. ¿Cree que tiene a alguien que pudiera hacerlo mejor que yo?

—No es del todo imposible que pueda encontrar a alguien —le contestó Cowperwood con total tranquilidad.

—Pienso que no; desde luego no como están las cosas ahora. Las viejas compañías no están dispuestas a trabajar con usted, pero sí lo están conmigo. ¿No cree que sería mejor que aceptara mis condiciones y me permitiera seguir adelante

para cerrar este asunto?

—En absoluto, si es en esas condiciones —le contestó simplemente Cowperwood—. Hemos invadido demasiado el terreno del enemigo y hemos hecho ya demasiado. Tres o cuatro por una —sean cuales sean los términos que se les den a los accionistas de las viejas compañías— es lo máximo que voy a ofrecerle por las acciones nuevas, y yo debo obtener la mitad de lo que quede. Parte que tendré que dividir con otros. (Esto tampoco era cierto.)

—No —contestó Shryhart en tono evasivo y mostrando su oposición moviendo su cabeza cuadrada—. No puede ser. Los riesgos son demasiado elevados. Es posible que pudiera concederle una cuarta parte; aún no lo sé.

—La mitad o nada —dijo Cowperwood de manera tajante.

Schryhart se levantó.

—¿Esa es su máxima oferta, entonces? —preguntó—.

—La mejor.

—Me temo que entonces —dijo él— no podremos llegar a un acuerdo. Lo siento. Puede que esta pelea le acabe resultando larga y cara.

—Es algo que ya había anticipado —le contestó el financiero.

CAPÍTULO XII

Un nuevo partidario

Cowperwood, que había rechazado a Schryhart de una manera tan cortés pero firme, iba a darse cuenta de que quien a hierro mata, bien puede morir a hierro. Su propio abogado, vigilante, de guardia en la sede del poder legislativo, donde se emitían los certificados de constitución de sociedades de la ciudad y de los concejos de las aldeas, tribunales y demás, no tardó mucho en enterarse de que se estaba gestando un contraataque de importancia. El viejo general Van Sickle fue el primero en informarle de que se estaba cocinando algo relacionado con la compañía del North Side. Vino una tarde a última hora con el holgado abrigo polvoriento colgándole alrededor de los hombros y el pequeño sombrero de fino fieltro echado sobre las pobladas cejas, y en respuesta al saludo de Cowperwood, «Buenas tardes, general. ¿Qué puedo hacer por usted?», se limitó a sentarse pesadamente.

—Creo que va a tener que prepararse para capear un tiempo realmente revuelto, capitán —comentó, dirigiéndose al financiero con un título de cortesía que había tomado por costumbre de utilizar.

—¿Qué problema hay ahora? —preguntó Cowperwood.

—Todavía no se puede decir que haya ningún problema, pero puede que lo haya. Alguien, no sé quién, está unificando las tres compañías en una sola. Se ha solicitado un certificado de constitución de sociedad anónima en Springfield^[1] para la United Gas and Fuel Company de Chicago, y se están celebrando reuniones de algunos de los directores en la Douglas Trust Company. Me he enterado por Duniway, que parece que tiene amigos en alguna parte que están informados.

Cowperwood unió las yemas de los dedos como solía hacer y comenzó a golpearlos suavemente y con ritmo.

—A ver, la Douglas Trust Company. El presidente es el señor Simms. Y no es lo suficientemente astuto como para organizar nada de este tipo. ¿Quiénes son los otorgantes?

El general le facilitó una lista con cuatro nombres, de los que ninguno era ni director ni ejecutivo de las viejas compañías.

—Testaferros todos ellos —dijo Cowperwood de manera sucinta—. Creo que ya sé —dijo tras reflexionar durante unos momentos— quién está detrás de todo esto, general; pero no se preocupe por eso. No pueden perjudicarnos aunque consigan unirse. Terminarán vendiéndonos sus acciones o comprándonos las nuestras.

Pero, aun así, le irritó pensar que Schryhart hubiera logrado convencer a las viejas compañías para que se asociaran por el motivo que fuera; su intención había sido la

de dejar ir a Addison en un futuro cercano, haciéndose pasar por una tercera parte, para proponerle hacer precisamente esto mismo. Estaba seguro de que Schryhart se había dado prisa en actuar tras su entrevista. Se apresuró en llegar a la oficina de Addison en el Lake National.

—¿Se ha enterado de las noticias? —exclamó aquel en cuanto apareció Cowperwood—. Tienen intención de asociarse. Se trata de Schryhart. Me lo temía. Simms, de la Douglas Trust, va a actuar como agente fiscal. Me llegó la información no hará ni diez minutos.

—Igual que a mí —le contestó Cowperwood con calma—. Deberíamos haber actuado un poco antes. Aun así, no se puede decir que sea exactamente culpa nuestra. ¿Conoce los términos del acuerdo?

—Van a agrupar sus acciones sobre una base de tres a una, y a Schryhart le quedará aproximadamente un treinta por ciento de la sociedad matriz, que podrá vender o quedarse según le convenga. Él garantiza el interés. Nosotros se lo hemos facilitado; se lo hemos puesto en bandeja.

—Aun así —le contestó Cowperwood—, seguirá teniendo que negociar con nosotros. Propongo que nos dirijamos al concejo municipal y solicitemos una licencia general. Se puede conseguir, y si lo logramos, los tendremos de rodillas. Estaremos en mejor posición que ellos con estas pequeñas compañías subordinadas. Podemos unirlos para presentar un frente común.

—Para eso hará falta una cantidad considerable de dinero, ¿no?

—No tanto. Quizá nunca tengamos que instalar un gasoducto ni que construir una planta. Ellos nos ofrecerán vender, comprar o asociarnos antes de llegar a eso. Podemos dictar las condiciones. Déjemelo a mí. Por casualidad, ¿no conocerá usted a este señor McKenty, que tiene tanto peso en los asuntos de la ciudad, John J. McKenty?

Cowperwood se refería a un hombre del que se decía que era jugador, del que se rumoreaba que poseía o controlaba toda una serie de locales de prostitución, que era muñidor de alcaldes y concejales, que respaldaba financieramente muchas tabernas y empresas contratistas —resumiendo, el santo patrón de los bajos fondos políticos y sociales de Chicago, y con el que, por supuesto, había que contar en todos los asuntos relacionados con el programa legislativo estatal y local.

—No —dijo Addison—; pero puedo conseguirle una carta. ¿Por qué?

—No se moleste en preguntarme eso ahora. Consígame la presentación más contundente que pueda.

—Tendré una hoy a lo largo del día —le contestó Addison, con eficiencia—. Se la enviaré.

Cowperwood salió mientras Addison especulaba sobre este último movimiento. Nadie como Cowperwood para cavar la trampa en la que el enemigo quizá terminara por caer. A veces se maravillaba del ingenio de aquel hombre. Nunca se oponía a la franqueza y la eficacia del modo de actuar de Cowperwood.

El hombre que Cowperwood tenía en mente en este momento algo preocupante, este McKenty, era el tipo interesante y enérgico que a uno le gustaría conocer en todas partes, una figura típica de Chicago y del Oeste en aquella época. Era una persona agradable, sonriente, afable y cordial, no muy distinto a Cowperwood en cuanto a su magnetismo y perspicacia, pero diferente en su tosquedad animal (que no resultaba visible en la superficie) que Cowperwood difícilmente habría comprendido, y en cierta tendencia innata a dejarse arrastrar hacia la vastedad del lamentable modo de vida de los bajos fondos en los que su alma hallaba solaz. Existe un tipo de temperamento que no es artístico ni espiritual, y que tampoco se deja arrastrar por la emoción ni tiene tendencia alguna a la filosofía, pero que, sin embargo, contiene y envuelve una vida; quizá no cristalina, pero tampoco completamente oscura —un temperamento del color del ágata, turbio y extraño—. Cuando era un niño de tres años, sus padres, emigrantes, trajeron a McKenty desde Irlanda durante un periodo de hambruna. Se había criado en el extremo del South Side en una chabola levantada cerca de un laberinto de raíles de tren, y allí, en el suelo de tierra, había gateado desnudo siendo un niño pequeño. Su padre había conseguido un ascenso a jefe de sección tras años trabajando como peón en el ferrocarril colindante, y a John hijo, uno de los nueve que tenía, lo habían mandado desde muy pronto a hacer muchas cosas —a hacer de recadero de un almacén, de mensajero de una compañía de telégrafos, a barrer una taberna y, por último, a hacer de camarero—. Este último fue su auténtico comienzo, porque fue descubierto por un político astuto que lo animó a presentarse a la legislatura del estado y a estudiar derecho. Ya desde que era un joven imberbe aprendió muchas cosas —a robar, a cometer fraude electoral, a vender votos, del poder de los líderes para nombrar cargos, a sobornar, del nepotismo y de la explotación de los vicios—, todas esas cosas que conforman (o conformaban) el mundo de la política, y la lucha financiera y social de los Estados Unidos. Aquellos de las clases más acomodadas creen firmemente que no hay nada que aprender de las más bajas. Si se hubiera podido echar un vistazo al temperamento capaz y equilibrado de John J. McKenty, se habría descubierto allí una extraña sabiduría y unos recuerdos aún más extraños —todo un mundo de actos brutales, tiernos, de errores, de inmoralidades padecidas, soportadas y otras de las que incluso se alegraba—, la vida robusta y ansiosa del animal que no tiene más que su percepción, su instinto y su apetito para guiarse. Y, aun así, el hombre tenía el aire y el porte de un caballero.

En aquel momento, a los cuarenta y ocho años, McKenty era un personaje extremadamente importante. Su espaciosa casa del West Side, entre Harrison Street y Ashland Avenue, era visitada en distintos momentos por financieros, hombres de negocios, funcionarios, sacerdotes, taberneros; resumiendo, por toda la gama de actores de la activa y dudosa vida política. De McKenty podían obtener el consejo, la información, la certeza o la solución que todos ellos en alguna ocasión estaban ansiosos por conseguir, y por los que de alguna que otra manera más o menos ingeniosa —a menudo simplemente con su gratitud y con el reconocimiento de su

papel de liderazgo— estaban dispuestos a pagar. A los capitanes de la policía y los agentes cuyos puestos ocasionalmente salvaba, cuando deberían haber sido justamente despedidos; a las madres cuyos hijos o hijas descarriados sacaba de prisión y devolvía a sus casas; a los propietarios de los burdeles a los que protegía de la invasión excesivamente rigurosa de la avidez a la que era propensa la policía de la ciudad; a los políticos y los propietarios de las tabernas que corrían el riesgo de ser destruidos por la agitación pública de un tipo u otro, les parecía, en sus momentos de tensión, un hijo de la luz milagroso, una especie de dios del Oeste, omnipotente, misericordioso, perfecto, cuando les sonreía desde aquel rostro sereno, afable y casi artístico. Por otro lado, estaban los ingratos, intransigentes y farisaicos fanáticos religiosos y reformistas, rivales conspiradores, para los que resultaba mortífero enfrentarse a él. Tenía muchos asistentes —mensajeros de lo que era casi un trono imperial— para ejecutar sus mandatos. Vestía de manera sencilla y era de gustos simples, casado (y al parecer) muy felizmente, católico creyente, aunque no practicante, y de aspecto de Buda afable y cordial, poderoso y enigmático.

Cowperwood y McKenty se conocieron una tarde de primavera en el domicilio de este último. Las ventanas de la gran casa estaban abiertas, lo que resultaba agradable, aunque estuvieran cubiertas por mosquiteras, y la suave brisa hacía volar las cortinas levemente. Junto con la sensación del nuevo verdor de la vida que surgía por todas partes, llegaba un leve olor a corrales.

Al presentarle la carta de Addison y la de otra persona más, que había conseguido de un conocido juez político a través de Van Sickle, Cowperwood había sido invitado a hacerle una visita. Al llegar, le ofrecieron una copa, un puro, fue presentado a la señora McKenty —quien, a falta de una vida social organizada de ningún tipo, se mostraba siempre encantada de conocer a estos personajes pertenecientes a una clase más distinguida, aunque fuera sólo por un instante— y finalmente conducido a la biblioteca. La señora McKenty, como habría podido observar si hubiera deseado hacerlo, era rechoncha y tenía cincuenta años, una especie de Aileen caducada, pero aún conservaba rastros de una antigua y tenaz belleza, y ocultaba bastante bien las pruebas de que en el pasado había sido prostituta. Por casualidad, esta tarde en concreto, el ánimo de McKenty era especialmente cordial. No tenía preocupaciones políticas que lo incordiaran en aquel preciso momento. Estaban a primeros de mayo. Fuera, los árboles se llenaban de brotes y los gorriones y los petirrojos gorjeaban sus emociones. En el aire se respiraba una deliciosa calima y los primeros mosquitos exploraban las mosquiteras que protegían las ventanas y las puertas. Cowperwood, a pesar de sus diversos problemas, también se sentía satisfecho. Le gustaba la vida —incluso sus difíciles complicaciones—, y puede que quizá fueran las complicaciones lo que más le gustara. La naturaleza era preciosa, tierna a veces, pero las dificultades, los planes, las tramas y los proyectos que había que desenmarañar y cuyos escollos había que salvar, estas eran las cosas que hacían que la existencia mereciera la pena.

—Bien, señor Cowperwood —comenzó McKenty cuando por fin entraron en la

fresca y agradable biblioteca—, ¿qué puedo hacer por usted?

—Bueno, señor McKenty —dijo Cowperwood eligiendo sus palabras y poniendo en juego los mejores recursos de su temperamento—, no es nada demasiado importante, pero al mismo tiempo sí que lo es. Quiero obtener una licencia del concejo municipal de Chicago y quiero que me ayude a conseguirla, si está usted dispuesto. Sé que podría usted preguntarme por qué no me dirijo directamente a los concejales. Lo haría, pero hay otros elementos en juego —individuos—, que podrían venir directamente a usted. Estoy seguro que no le ofenderá si le digo que siempre he tenido entendido que usted es una especie de oficina central para los problemas políticos de Chicago.

El señor McKenty sonrió.

—Eso es halagador —se limitó a contestar.

—Yo llevo poco tiempo en Chicago —continuó Cowperwood, con suavidad—. Sólo llevo aquí un año o dos. Soy de Filadelfia. He trabajado como agente fiscal e inversor en varias compañías de gas que se han formado en Lake View, Hyde Park y otros lugares fuera de los límites de la ciudad, como es probable que haya visto en los periódicos últimamente. No soy el propietario, en el sentido de que haya sido yo quien ha proporcionado todo o gran parte del capital invertido en ellas. Ni siquiera soy el director, a menos que hablemos en sentido muy general. Quizá se podría decir más bien que soy el promotor y el guardián; pero lo soy para otras personas al tiempo que para mí mismo.

El señor McKenty asintió.

—Verá, señor McKenty, no mucho después de que comenzara a obtener franquicias para operar en Lake View y Hyde Park me encontré con la oposición de los intereses que controlan las tres antiguas compañías de gas de la ciudad. Mostraban una oposición radical a que entráramos en el negocio en cualquier lugar del condado de Cook, como podrá imaginarse, aunque no estuviéramos invadiendo realmente su terreno. Desde entonces me han atacado con pleitos, mandamientos judiciales y acusaciones de cohecho y conspiración.

—Lo sé —intervino el señor McKenty—. Algo he oído.

—Así es —contestó Cowperwood—. Debido a su oposición, les hice una oferta para unir estas tres compañías y las tres compañías nuevas en una sola, hacer una nueva escritura de constitución y proporcionar a la ciudad un servicio de gas uniforme. No estuvieron de acuerdo; fundamentalmente porque yo era un forastero, creo. Desde entonces, otra persona, el señor Schryhart —McKenty asintió—, que nunca ha tenido ninguna relación con el negocio del gas aquí, ha intervenido y se ha ofrecido a realizar esa asociación. Su plan es hacer exactamente lo que yo quería hacer; pero, su propósito ahora, una vez que haya conseguido unir a las tres antiguas compañías, es el de invadir nuestro espacio e impedirnos trabajar, o bien forzarnos a vender cuando obtenga licencias rivales en estas zonas periféricas. Se oyen rumores de que estas zonas podrían pasar a formar parte de Chicago, como usted sabe, lo que

permitiría a estas tres franquicias de la ciudad ser operativas al tiempo que las nuestras. Esto significa que es esencial para nosotros hacer una de varias opciones, como puede usted ver: bien vender ahora en los mejores términos posibles, o continuar la lucha sufriendo unos gastos bastante elevados sin hacer ningún intento por devolver el golpe, o entrar en el concejo municipal y solicitar una franquicia para funcionar en la zona del centro de la ciudad —una licencia general para vender gas en Chicago junto con las antiguas compañías— con la única intención de protegernos, como le gusta decir a uno de mis directivos —añadió Cowperwood en tono jocoso.

McKenty sonrió de nuevo.

—Ya veo —dijo—. Pero ¿no le parece que quizá esa sea una petición excesiva, señor Cowperwood, solicitar una nueva franquicia? ¿Cree que la opinión pública va a considerar que la ciudad necesita una nueva compañía de gas? Es cierto que las antiguas compañías no han sido demasiado generosas. La mía en concreto no es de lo mejor. —Sonrió levemente y se preparó para seguir escuchando.

—Señor McKenty, sé que es usted un hombre práctico —continuó Cowperwood, ignorando su interrupción—, y yo también lo soy. No he venido a verle para contarle una historia confusa sobre mis problemas con la esperanza de que usted tome interés por simple compasión. Soy consciente de que entrar en el concejo municipal de Chicago con una propuesta legítima es una cosa; pero conseguir que sea aprobada por las autoridades de la ciudad es otra. Necesito consejo y ayuda, pero no he venido a rogárselo. Si lograra obtener una licencia general, tal como le he descrito, valdría muchísimo dinero para mí. Me ayudaría a unificar y a obtener beneficios de estas tres compañías nuevas que están perfectamente saneadas y son necesarias. Me ayudaría a evitar que las antiguas compañías me engulleran. De hecho, necesito esa franquicia para proteger mis intereses y para tener una oportunidad de funcionar y defenderme. Ahora, sé que ninguno de nosotros está en política ni en finanzas por amor al arte. Si consiguiera esa franquicia, eso valdría entre una cuarta parte y la mitad de lo que yo personalmente obtuviera gracias a ella, siempre y cuando mi plan de unir estas nuevas compañías con las antiguas tuviera éxito; digamos, entre trescientos y cuatrocientos mil dólares. (Aquí, de nuevo, Cowperwood no estaba siendo franco del todo, pero sí cauteloso.) No es necesario que le diga que puedo disponer de un capital considerable. Esta franquicia lo haría posible. En resumen, quiero saber si usted me prestará su apoyo político en este asunto y se asociará conmigo en los términos que le he propuesto. Le dejaré perfectamente claro de antemano quiénes son mis socios. Pondré sobre la mesa todos los datos y los detalles para que usted vea por sí mismo cómo están las cosas. Si en algún momento, usted considera que he tergiversado algo, tendrá usted total libertad, por supuesto, de retirarse. Como le he dicho antes —concluyó—, no soy un muerto de hambre. No he venido aquí para ocultarle datos ni para esconder nada que pudiera llevarle a engaño sobre el valor que esto tiene para nosotros. Quiero que conozca los hechos. Quiero que me preste su ayuda en unos términos que a usted le resulten justos y equitativos. En realidad, el único problema

que tengo en esta situación es que no soy miembro de la clase alta. Si lo fuera, esta guerra del gas se habría arreglado hace tiempo. Estos caballeros que tan dispuestos están a reorganizarse por mediación del señor Schyhart se oponen a mí en gran medida porque sigo siendo un forastero en Chicago y no pertenezco a los de su clase. Si perteneciera a ella —dijo con un leve ademán de la mano—, no creo que estuviera aquí esta tarde pidiéndole que me ayude, aunque eso no signifique que no me alegre de estar aquí, ni que no me alegre de trabajar con usted en lo que se pueda. Simplemente, las circunstancias han hecho que no me cruzara antes en su camino.

Mientras hablaba, miró fijamente a McKenty, casi con inocencia, y este último, que lo entendía con total claridad, sentía al mismo tiempo que estaba escuchando a un hombre poco común, capaz y muy fuerte. No se andaba por las ramas, ni con remilgos, y, aun así, era sutil —era de los que le gustaban a McKenty—. Al tiempo que le divirtió la referencia velada a los de clase alta que se esforzaban por cerrarle el paso, el comentario le gustó. Entendió el punto de vista, así como su intención. Cowperwood representaba para él un nuevo tipo de financiero que le resultaba agradable. Evidentemente, viajaba en buena compañía, si creía a los hombres que le habían proporcionado aquella carta de presentación tan entusiasta. McKenty, como Cowperwood era bien consciente, no tenía ningún interés personal en las antiguas compañías y, tampoco —aunque esto no lo dijo— sentía ninguna simpatía especial por ellas. No eran para él más que remotas sociedades financieras que pagaban tributo político cuando se les solicitaba, a cambio del cual esperaban recibir favores también políticos. Ahora aparecían por el concejo cada pocas semanas pidiendo una franquicia para una cañería maestra tras otra (privilegios especiales en determinadas calles), solicitando mejores contratos para la iluminación (más lucrativos), pidiendo privilegios en los muelles del río, pidiendo que les redujeran el tipo impositivo y así continuamente. McKenty no les prestaba a estos asuntos demasiada atención personalmente. Tenía un subordinado en el concejo, un asistente poderoso llamado Patrick Dowling, un irlandés rollizo y vigoroso, y un auténtico perro guardián en busca de sobornos para la organización, que trabajaba con el alcalde, el tesorero de la ciudad y el recaudador de impuestos —de hecho, con todos los funcionarios de la administración del momento— y que se encargaba de que estos asuntos menores se distribuyeran equitativamente. El señor McKenty sólo conocía a dos o tres de los directivos de la South Side Gas Company, y sólo de pasada, y no le caían demasiado bien. La verdad era que las antiguas compañías eran dirigidas por hombres que consideraban a los políticos del tipo de McKenty y Dowling como hombres nefastos; y si les pagaban y hacían otras maldades, era porque se veían obligados a hacerlas.

—Bueno —contestó McKenty, acariciando pensativamente la leontina de oro—, tiene usted un plan interesante. Por supuesto que a las antiguas compañías no les gustaría nada que pidiera usted una franquicia rival, pero una vez que usted la tuviera, no podrían poner muchas objeciones, ¿verdad? —Sonrió. McKenty hablaba sin que el acento lo delatara en lo más mínimo—. Desde un punto de vista, quizá se pudiera

considerar un mal negocio, pero no del todo. Seguro que montarían un gran alboroto, aunque no han sido precisamente amables con el público. Pero si usted se ofreciera a asociarse con ellos, no veo ninguna objeción. A la larga, con total seguridad será tan beneficioso para ellos como ahora lo es para usted; esto simplemente le permite hacer mejor negocio.

—Exactamente —dijo Cowperwood.

—¿Y me dice usted que cuenta con los medios para instalar cañerías principales en toda la ciudad y disputarles el negocio si no ceden?

—Cuento con los medios —dijo Cowperwood—, y si no los tengo, puedo conseguirlos.

El señor McKenty miró a Cowperwood con solemnidad. Entre los dos hombres había una especie de simpatía, comprensión y admiración mutua, pero aún estaban muy veladas por el interés particular de cada uno. A McKenty, Cowperwood le resultaba interesante porque era uno de los pocos hombres de negocios que había conocido que no resultaba pesado, farisaico e incluso hipócrita a la hora de tratar con él.

—Bien, señor Cowperwood, le diré lo que voy a hacer —dijo finalmente—. Lo tendré en mente. Déjeme que lo piense hasta el lunes, en cualquier caso. La excusa con la que contamos en este momento es mejor de cara a la introducción de una ordenanza general del gas que la que podríamos aducir un poco más adelante; de eso me doy cuenta. ¿Por qué no redacta los términos de la franquicia que me propone y me deja verlos? Después quizá logremos averiguar lo que piensan los otros caballeros del concejo municipal.

Cowperwood casi sonrió al oír la palabra «caballeros».

—Ya lo he hecho —le dijo—. Aquí lo tiene.

McKenty cogió el documento, agradablemente sorprendido ante esta prueba de eficacia comercial. Le gustaba un tipo fuerte y manipulador como este —mucho más porque él mismo no lo era, y la mayoría de los que conocía eran desapasionados y remilgados.

—Déjemelo —le dijo—. Le veré de nuevo el lunes, si le parece. Venga el lunes.

Cowperwood se puso en pie.

—Pensé que sería mejor que viniera a hablar con usted directamente, señor McKenty —le dijo—, y ahora me alegro de haberlo hecho. Verá, si se toma la molestia de investigar este asunto, que es tal como se lo he expuesto. Hay mucho dinero en esto de una manera u otra, aunque se requerirá algo de tiempo para ponerlo en marcha.

El señor McKenty entendió a lo que se refería.

—Sí —dijo con mucha amabilidad—, estoy seguro.

Se dieron la mano mirándose a los ojos.

—Creo que ha dado usted con una idea magnífica —dijo McKenty para terminar, mostrándose amistoso—. Una idea magnífica, sin duda. Venga a verme el lunes o así y

le diré lo que he pensado. Y venga cada vez que tenga cualquier otra cosa que precise de mí. Estaré siempre encantado de recibirle. Hace una noche estupenda, ¿verdad? —añadió, mirando hacia el exterior cuando se acercaban a la puerta—. ¡Qué bonita luna! —añadió. Había luna creciente—. Buenas noches.

CAPÍTULO XIII

La suerte está echada

La importancia de esta visita no tardó mucho en hacerse evidente. En las altas esferas, en los asuntos realmente importantes, la vida se ve envuelta en inexplicables enredos de personalidades. El señor McKenty, ahora que habían llamado su atención sobre este asunto, mostró interés por conocer la situación del gas desde todos los ángulos —si no resultaría más rentable ocuparse de aquel asunto pero tomando el bando de Schryhart—. Pero, al final, su conclusión fue que el plan de Cowperwood, tal como este se lo había presentado, era el más factible por cuestiones políticas, en gran medida porque los de la facción de Schryhart, al mantener una posición para la que no necesitaban solicitar nada del concejo municipal, fueron tan obtusos como para olvidar hacer propuesta alguna a las fuerzas pirata del ayuntamiento.

Cuando Cowperwood volvió a la casa de McKenty, este último mostró un ánimo receptivo.

—Bueno —dijo tras unos cuantos comentarios cordiales—, me he estado informando sobre lo que está ocurriendo. Su propuesta me parece muy bien. Organice la compañía y prepare su plan de manera provisional. Después, solicite la ordenanza y veremos lo que se puede hacer. —Siguieron después con una conversación privada sobre cómo deberían dividirse las futuras acciones, cómo se deberían imponer en depósito en uno de los bancos preferidos de McKenty hasta que se cumplieran los términos del acuerdo referentes a la eventual asociación con las antiguas compañías o hasta que se constituyera la nueva, y detalles de ese tipo. Era un acuerdo bastante complicado, y no tan satisfactorio para Cowperwood como podría haber sido, pero satisfactorio al menos en el sentido de que le permitía ganar. Requería de los servicios conjuntos del general Van Sickle, de Henry De Soto Sippens, de Kent Barrows McKibben y del concejal Dowling durante algún tiempo. Pero al fin todo estuvo preparado para el asalto al poder.

Cierta noche del lunes posterior al jueves en el que, según las normas del concejo de la ciudad, habría de presentarse una ordenanza de este tipo, el plan, tras haber sido abordado de manera pública sólo durante este escaso espacio de tiempo, fue rápidamente valorado por el concejo y aprobado. Realmente no había habido tiempo para hacer un debate público, que era, por supuesto, exactamente lo que tanto Cowperwood como McKenty pretendían evitar. Al día siguiente a aquel jueves en concreto en el que se abordó el tema de la ordenanza en el concejo, dando por sentado que se aprobaría, Schryhart se había dirigido corriendo a los periódicos por mediación de sus abogados y de los directivos de las antiguas compañías para

denunciar todo el asunto tildándolo de simple robo; pero ¿qué podían hacer? Había poco tiempo para crear agitación. Bien es verdad que los periódicos, obedientes a su mayor influencia financiera, comenzaron a hablar de «trato justo hacia las antiguas compañías» y de la inutilidad de dos nuevas compañías rivales de grandes dimensiones en aquel lugar cuando una sola también serviría. Aun así, el público, que había sido animado y había recibido instrucciones de los agentes de McKenty para opinar lo contrario, no se mostró dispuesto a creerlo. Las antiguas compañías no los habían tratado tan bien como para que se produjera un clamor para apoyarlas.

De pie en la puerta del concejo municipal el lunes por la tarde cuando la ordenanza fue finalmente aprobada, el señor Samuel Blackman, presidente de la South Side Company, un hombre pequeño y delgado con unas patillas que parecían cepillos para limpiar zapatos, declaró con gran énfasis:

—Esto es una canallada. Si el alcalde firma eso debería ser acusado de prevaricación. Ahí dentro esta tarde no ha habido ni un voto que no haya sido comprado; ni uno solo. Es un claro ejemplo del bandidaje que quieren introducir en Chicago; ¡la gente que ha trabajado durante años y años para levantar un negocio ya no está segura aquí!

—Es verdad, todo lo que ha dicho es verdad —se quejó el señor Jordan Jules, presidente de la compañía del North Side, un hombre bajo y grueso que tenía una cabeza que parecía un huevo tumbado, y los ojos azules y duros. Estaba con el señor Hudson Baker, alto y parsimonioso, que era el presidente de la compañía de West Chicago. Todos ellos habían venido a protestar.

—Es ese sinvergüenza venido de Filadelfia. Él es el causante de todos nuestros problemas. Ya va siendo hora de que los hombres de negocios respetables de Chicago se den cuenta de la clase de hombre con el que tienen que vérselas. Debería ser expulsado de aquí. No hay más que echar un vistazo a su historial en Filadelfia. Allí terminaron mandándolo a la penitenciaría y eso mismo deberían hacer aquí.

El señor Baker, que había sido huésped de Schryhart hacía poco y que era también uno de sus secuaces, se sentía asimismo debidamente disgustado.

—Ese hombre es un charlatán —le dijo a Blackman a modo de protesta—. No juega limpio. Está claro que no hay lugar para él en una sociedad respetable.

Aun así, y a pesar de todo esto, la ordenanza fue aprobada. Fue una lección amarga para el señor Norman Schryhart, para el señor Norrie Simms y para todos aquellos que, para su desgracia, se habían involucrado. Un comité formado por las tres compañías antiguas visitó al alcalde; pero este último, un instrumento de McKenty, poniendo su futuro en manos del enemigo, lo firmó igualmente. Cowperwood tenía su franquicia y, por mucho que se quejaran, ahora se hacía necesario, usando las palabras que se utilizarían en el futuro, «dar un paso adelante para ver al capitán». Pero Schryhart sentía personalmente que sus cuentas con Cowperwood no estaban saldadas. Ya se las vería con él más adelante en alguna que otra situación. La próxima vez ya procuraría pagarle con la misma moneda. Pero, por

el momento, como hombre inteligente que era, se mostró dispuesto a llegar a un acuerdo.

A partir de entonces, disimulando su disgusto lo mejor que pudo, se mantuvo alerta a la espera de encontrarse con Cowperwood en alguno de los dos clubes de los que era socio; pero Cowperwood los había evitado durante esta etapa de agitación, de modo que Mahoma tendría que ir a la montaña. Y así fue como una soporífera tarde de junio, el señor Schryhart fue a ver a Cowperwood a su oficina. Llevaba un traje gris acero, nuevo y luminoso, y un sombrero de paja. Del bolsillo, según la moda de la época, sobresalía un pañuelo de seda con los bordes azules muy bien doblado, y llevaba los pies inmaculadamente calzados con unos brillantes y robustos zapatos de cordones.

—Zarpo para Europa dentro de unos días, señor Cowperwood —comentó en tono afable—, y pensé en venir a visitarle para ver si usted y yo podíamos alcanzar algún tipo de acuerdo referente al asunto este del gas. Como es natural, los directivos de las antiguas compañías no quieren tener un rival en su terreno, y estoy seguro de que usted no tendrá interés en continuar con una inútil guerra de tarifas que terminará dejándonos a todos sin beneficios. Recuerdo que usted estuvo dispuesto anteriormente a llegar a un acuerdo conmigo en base a un cincuenta-cincuenta, y me preguntaba si seguía opinando lo mismo.

—Siéntese, siéntese, señor Schryhart —le dijo Cowperwood con tono alegre, indicándole a su visitante una silla con la mano—. Me alegra verlo de nuevo. No, no tengo más interés en tener una guerra de tarifas del que pueda tener usted. De hecho, espero que podamos evitarla; pero, como podrá ver, las cosas han cambiado desde la última vez que nos vimos. Los caballeros que han organizado esta nueva compañía de gas de la ciudad, en la que además han invertido su dinero, están dispuestos —de hecho, más bien deseosos— a continuar y a fundar un negocio legítimo. Tienen plena confianza en que podrán hacerlo, y yo estoy de acuerdo con ellos. Podría llegar a producirse un acuerdo con las antiguas compañías, pero no en los términos en los que hace algún tiempo estuve dispuesto a hacerlo. Desde entonces se ha constituido una nueva sociedad, se han emitido acciones y se ha gastado una cantidad importante de dinero. (Eso último no era cierto.) Esas acciones deberán figurar en cualquier nuevo acuerdo. Creo que es deseable que se produzca una asociación general de todas las compañías, pero tendrá que ser sobre una base de una, dos, tres o cuatro acciones —lo que se decida— a la par para todas las acciones involucradas.

El señor Schryhart se puso muy serio.

—¿No le parece que eso es algo excesivo? —dijo con solemnidad.

—¡En absoluto, en absoluto! —contestó Cowperwood—. Ya sabe que estos nuevos gastos no fueron asumidos de manera voluntaria. (La ironía del comentario no escapó al señor Schryhart, pero no dijo nada.)

—Entiendo todo eso, pero ¿no cree usted, puesto que sus acciones no valen prácticamente nada en este momento, que debería darse por satisfecho si fueran

aceptadas a la par?

—No veo por qué —le contestó Cowperwood—. Nuestras perspectivas de futuro son espléndidas. Para esto tendrá que darse un ajuste justo o nada. Lo que quiero saber es cuántas acciones propias esperaré tener en la caja fuerte para la promoción de esta nueva organización después de que todos los accionistas hayan sido satisfechos.

—Bueno, lo mismo que pensaba antes, entre un treinta y un cuarenta por ciento de la emisión total —contestó Schryhart, aún con esperanzas de que se produjera un ajuste provechoso—. Creo que se podría realizar en base a eso.

—¿Y quién se queda con eso?

—Pues, el organizador —dijo Schryhart de manera vaga—. Usted, quizá, y yo.

—¿Y cómo piensa dividirlo? ¿Mitad y mitad, como antes?

—Me parece que eso sería lo justo.

—No es suficiente —le contestó Cowperwood de forma incisiva—. Desde la última vez que hablé con usted me he visto forzado a asumir obligaciones y a llegar a acuerdos que entonces no tenía previstos. Lo mínimo que podría aceptar ahora serían las tres cuartas partes.

Schryhart se irguió con determinación sintiéndose ofendido. «Esto era un escándalo», pensó, «¡Imposible! ¡Menuda desfachatez!».

—Es imposible, señor Cowperwood —contestó enérgicamente—. Está intentando descargar demasiadas acciones sin valor alguno en la compañía. Las acciones de las antiguas compañías se están vendiendo ahora, como usted bien sabe, por entre uno cincuenta y dos diez. Sus acciones no valen nada. Si hay que darle a usted dos o tres a una por eso, y tres cuartas partes del resto como acciones propias, yo, para empezar, no quiero tener nada que ver con el trato. Usted se quedaría el control de la compañía, cuyas acciones además, estarían «mojadas». Esto es pedir que se le dé algo a cambio de nada. Lo menos que les sugeriría a los accionistas de las antiguas compañías que aceptaran sería cincuenta cincuenta. Y puedo decirle con franqueza, aunque quizá usted no lo crea, que las antiguas compañías no se asociarán con usted mediante ningún acuerdo que le permita hacerse con el control. Están demasiado furiosas. Los ánimos están demasiado encendidos. Esto supondrá una pelea larga y cara, y nunca llegarán a un acuerdo. Y ahora, si tiene algo realmente razonable que ofrecer, me encantaría escucharlo. De otro modo, me temo que estas negociaciones no van a llegar a ninguna parte.

—Acción por acción, y las tres cuartas partes del resto —repitió Cowperwood con seriedad—. Yo no quiero el control. Si ellos quieren reunir el dinero y comprar mis acciones con esas condiciones, estoy dispuesto a vender. Quiero obtener unos beneficios decentes por las inversiones que he realizado, y voy a conseguirlos. No puedo hablar por los demás, pero mientras que realicen sus acuerdos a través de mí, eso es lo que les cabe esperar.

El señor Schryhart se marchó enfadado. Estaba tremendamente airado. Esta

última propuesta de Cowperwood, en los términos en los que la había realizado, era pura piratería. Se proponía retirarse de las antiguas compañías si era necesario, liquidar sus valores y dejar que las antiguas compañías se las entendieran con Cowperwood como mejor pudieran. Mientras él tuviera algo que ver con el gas, Cowperwood nunca se haría con el control de la situación. Mejor sería aceptar su propuesta, reunir el dinero y comprar sus acciones, aunque fuese por una cifra desorbitante. Después, las antiguas compañías del gas podrían continuar con sus negocios a la manera tradicional sin ser molestadas. ¡Menudo pirata! ¡Un advenedizo! ¡Menuda jugada tan astuta, rápida y contundente había hecho! Irritaba sobremanera al señor Schryhart.

El final de todo esto fue un acuerdo por el que Cowperwood aceptó la mitad de las acciones restantes de la nueva emisión general, y dos a una por cada una de las acciones que había emitido para sus nuevas compañías, que a su vez vendió a las antiguas compañías —liquidándolo así todo por completo—. Fue un negocio de lo más rentable, y le permitió compensar generosamente no sólo al señor McKenty y a Addison, sino también a todos aquellos que tenían relación con él. Fue un golpe espléndido, como McKenty y Addison le aseguraron. Después de conseguido esto, comenzó a mirar a su alrededor en busca de otros campos que conquistar.

Pero esta victoria en un sentido trajo aparejados reverses en otro: el futuro social de Cowperwood y Aileen corría ahora un grave peligro. Schryhart, que era una de las fuerzas sociales y que había conocido la derrota a manos de Cowperwood, se oponía ahora a él con encono. Norrie Simms, naturalmente, tomó partido por sus antiguos socios. Pero el peor golpe vino de la señora de Anson Merrill. Poco después de la fiesta de inauguración de la casa, y cuando el conflicto del gas y las acusaciones de conspiración alcanzaban su punto más álgido, había ido a Nueva York, donde se había encontrado por casualidad con una antigua conocida suya, la señora de Martyn Walker, de Filadelfia, perteneciente al círculo al que Cowperwood en otro momento de su vida había ambicionado en vano llegar a pertenecer. La señora Merrill, consciente del interés que había despertado Cowperwood en la señora Simms y en otros, no desperdició la oportunidad de averiguar algo concluyente.

—Por cierto, ¿alguna vez has oído hablar de un tal Frank Algernon Cowperwood o de su esposa en Filadelfia? —preguntó a la señora Walker.

—Bueno, mi querida Nellie —contestó su amiga, sorprendida de que una mujer tan elegante como la señora Merrill ni siquiera los mencionara—, ¿se ha establecido esa gente en Chicago? Su carrera en Filadelfia fue, por decirlo suavemente, espectacular. Estuvo relacionado con un tesorero de allí que robó quinientos mil dólares, y los dos terminaron en la penitenciaría. ¡Y eso no fue lo peor de todo! Intimó con una muchacha, una tal señorita Butler, hermana de Owen Butler, por cierto, que tan influyente es allí ahora, y... —Se limitó a poner los ojos en blanco—. Mientras estuvo en la penitenciaría, murió el padre de ella y la familia se deshizo. Llegué incluso a oír rumores de que quizá el viejo caballero se hubiera suicidado. (Se

refería al padre de Aileen, a Edward Malia Butler.) Cuando salió de la penitenciaría, Cowperwood desapareció, y después llegué a oír a alguien decir que se había marchado al Oeste, se había divorciado de su esposa y se había vuelto a casar. Su primera esposa sigue viviendo en algún lugar de Filadelfia con sus dos hijos.

La señora Merrill se quedó completamente atónita, pero no lo demostró.

—Una historia muy interesante, ¿no? —comentó con frialdad, pensando en lo fácil que sería ajustar la situación de los Cowperwood, y en lo satisfecha que se sentía por no haber mostrado nunca ningún interés en ellos—. ¿La has visto a ella alguna vez? ¿A su nueva esposa?

—Creo que sí, pero no recuerdo dónde. Creo que solía montar y conducir bastante en Filadelfia.

—¿Era pelirroja?

—Ah, sí. Era una rubia muy llamativa.

—Imagino que debe de ser la misma persona. Han salido en los periódicos últimamente en Chicago y quería asegurarme.

La señora Merrill estaba pensando en los acertados comentarios que podría hacer en el futuro.

—Y supongo que ahora estarán intentando entrar a formar parte de la sociedad de Chicago —dijo la señora Walker sonriendo con desprecio y condescendencia, tanto por la sociedad de Chicago como por los Cowperwood.

—Es posible que se pueda intentar algo así en el Este y tener éxito; no lo sé —le contestó la señora Merrill con sarcasmo, molesta por la calumnia—, pero intentarlo y conseguirlo son dos cosas muy diferentes en Chicago.

Aquella respuesta fue suficiente y con ella se terminó la conversación. La siguiente vez que la señora Simms fue lo suficientemente imprudente como para mencionar a los Cowperwood, o, más bien, las peculiares noticias relacionadas con él, su punto de vista quedó definitivamente establecido de cara al futuro.

—Si aceptas mi consejo —le dijo finalmente la señora Merrill—, mientras menos relación tengas con estos amigos tuyos, mejor. Lo sé todo sobre ellos. Deberías haberte dado cuenta desde el principio. Jamás serán aceptados.

La señora Merrill no se molestó en explicar por qué, pero la señora Simms pronto se enteró de toda la verdad a través de su esposo, y se sintió justamente indignada e incluso aterrorizada. ¿Quién tenía la culpa de que hubiera ocurrido algo así?, pensó. ¿Quién los había presentado? Los Addison, por supuesto. Pero los Addison eran socialmente incontestables, aunque no fueran todopoderosos, así que habría que soportarlos. Pero los Cowperwood se caerían de las listas tanto tuyas como de sus amigas, y eso era lo que había que hacer ahora. De repente comenzó a manifestarse un desplome en su importancia social, aunque no ocurrió con prontitud, lo que por el momento resultaba ligeramente engañoso.

La primera evidencia del cambio de la que Aileen fue consciente tuvo lugar cuando las habituales tarjetas y las invitaciones a recepciones y acontecimientos

similares, que últimamente le habían llegado con bastante asiduidad, comenzaron a menguar en número de manera acusada, y cuando los invitados a sus miércoles por la tarde, que ella se había aventurado a instaurar de manera algo prematura, se redujeron a un insignificante puñado. Al principio, no lo comprendía, reacia a creer que tan poco tiempo después de su evidente éxito como anfitriona en su propia casa pudiera producirse un descenso tan acusado de su importancia en la ciudad. Posiblemente de los setenta y cinco o cincuenta que podrían haberla visitado o dejado sus tarjetas, tres semanas después de la fiesta de inauguración, sólo veinte respondieron. Una semana después, se habían reducido a diez, y al cabo de cinco semanas, en total, apenas quedaba un visitante. Ciertamente es que unos cuantos de los menos importantes — aquellos que habían recurrido a ella en busca de influencias, y Taylor Lord y Kent McKibben que lo hacían para protegerse, puesto que se sentían obligados a Cowperwood por sus contactos comerciales— seguían siendo fieles, pero lo cierto es que aquello era peor que nada. Aileen estaba muy desilusionada, disgustada, enfadada y avergonzada. Hay muchos temperamentos que tienen el aguante del rinoceronte y el alma de hierro, que pueden soportar casi cualquier desaire mientras ponen sus esperanzas en la victoria final, que son demasiado insensibles como para sufrir, pero el de ella no era de ninguno de estos tipos. En aquel momento, y a pesar de lo audaz que se había mostrado en un principio, sin dar importancia a lo que la sociedad pudiera opinar ni a los derechos de la anterior señora Cowperwood, se había vuelto susceptible en lo tocante a su futuro y por lo que su pasado pudiera llegar a significar. En realidad, sus actos podían atribuirse a su juvenil pasión y al poderoso magnetismo sexual de Cowperwood. En otras circunstancias más afortunadas, se habría casado sin contratiempos y sin el escándalo subsiguiente. Pero, en las actuales, necesitaba que su futuro social aquí terminara de manera satisfactoria para poder justificarse ante sí misma, y, según pensaba, ante él.

—Puede poner los emparedados en la nevera —le dijo a Louis, el mayordomo, tras uno de sus fracasos como anfitriona, refiriéndose a la desmesurada cantidad de exquisiteces con lazos rosas y azules que, sin haber sido consumidas, honraban a unas magníficas piezas de porcelana de Sèvres^[1] con su presencia—. Mande las flores al hospital. Los criados pueden beberse el ponche de burdeos y la limonada. Mantenga frescos algunos de los pasteles para la cena.

El mayordomo asintió con la cabeza.

—Sí, señora —dijo. Luego, intentando suavizar lo que le parecía una situación complicada, añadió—: Hace muy mal tiempo. Supongo que eso habrá tenido algo que ver.

Aileen sintió un repentino arrebato de furia y estuvo a punto de exclamar «¡Métase en sus asuntos!», pero cambió de opinión. «Sí, supongo que sí», fue lo que respondió, mientras subía a su habitación. Si una insignificante visita iba a ser comentada por los criados, entonces ¡adónde habíamos llegado! Esperó hasta la semana siguiente para ver si realmente se trataba del tiempo o si de verdad se había

producido un cambio en la opinión pública. Fue aún peor que la anterior. Tuvo que despedir a los cantantes que había contratado sin que llegaran a realizar el servicio para el que habían venido. Kent McKibben y Taylor Lord, conscientes de los rumores que corrían, la visitaron, pero con ánimo distante y preocupado. Aileen también se dio cuenta de eso. Un acontecimiento de este tipo al que sólo acudían estos dos, la señora de Webster Israels y la señora de Henry Duddlestone era una triste indicación de que algo iba mal. Tuvo que alegar que se sentía indispuesta para excusarse. A la tercera semana, temiendo que se produjera una derrota aún mayor que las anteriores, Aileen simuló estar enferma. Ya vería después cuántas tarjetas le habían dejado. Sólo había tres. Ese fue el final. Se dio cuenta de que sus recepciones informales eran un notable fracaso.

Al mismo tiempo, Cowperwood tampoco se libraba de lo suyo debido a la desconfianza y la rampante oposición social del momento.

El primer indicio del verdadero estado del asunto le llegó en relación con una cena a la que, debido a una antigua invitación, tuvieron la mala fortuna de asistir en un momento en el que Aileen aún se sentía insegura. En un principio, había sido organizada por los Sunderland Sledds, que no tenían un estatus social demasiado alto, y que en el momento en el que tuvo lugar aún no estaban al corriente de los desagradables cotilleos, o al menos, no de la nueva actitud que la sociedad había adoptado hacia los Cowperwood. En aquel momento, prácticamente todos —los Simms, los Candas, los Cotton y los Kingsland— estaban de acuerdo en que se había cometido un grave error, y que los Cowperwood no eran en modo alguno admisibles.

A esta cena en concreto habían sido invitadas una serie de personas a las que estos últimos conocían. Todos sin excepción, al enterarse o recordar que se esperaba la asistencia de los Cowperwood, enviaron notas de disculpa en el último momento: «Lo sentimos muchísimo». Aparte de los Sledd, había sólo otra pareja más —los Stanislau Hoecksema—, por los que los Cowperwood no sentían ningún interés. Fue una velada aburrida. Aileen alegó dolor de cabeza y se marcharon a casa.

Muy poco tiempo después, en una recepción ofrecida por sus vecinos, los Haatstaedt, a la que habían sido invitados hacía mucho tiempo, resultó evidente que los evitaban, un aspecto bastante nuevo, aunque los anfitriones aún seguían tratándolos con cordialidad. Antes de esto, cuando había desconocidos presentes en un acontecimiento de este tipo, estos se habían alegrado de ser conducidos y presentados a los Cowperwood, que siempre habían llamado la atención gracias a la belleza de Aileen. Este día, y por ninguna razón que resultara obvia ni a Aileen ni a Cowperwood (aunque ambos la sospechaban), las presentaciones fueron rechazadas de manera prácticamente unánime. Había algunos que los conocían, y que hablaron con ellos de manera informal, pero la tendencia general por parte de todos fue la de alejarse completamente de ellos. Cowperwood percibió el problema enseguida.

—Creo que será mejor que nos marchemos temprano —le comentó a Aileen al cabo de un rato—. Esto no es muy interesante.

Regresaron a su casa y Cowperwood, para evitar hablar de lo ocurrido, se fue al centro. No tenía interés en comentar lo que pensaba de todo esto todavía.

Fue antes de una recepción ofrecida por el Union League cuando él personalmente recibió el primer golpe, lo que además ocurrió de manera indirecta. Addison, cuando hablaba con él en el Lake National Bank una mañana, le había dicho de manera bastante confidencial y sin venir al caso:

—Quiero contarle algo, Cowperwood. A estas alturas ya ha averiguado algunas cosas sobre la sociedad de Chicago. También conoce mi postura con respecto a lo que me contó sobre su pasado cuando nos conocimos. Bien, pues en estos momentos se está hablando mucho de usted con relación a todo aquello, y estos dos clubes a los que tanto usted como yo pertenecemos están llenos de hipócritas de dos caras vestidos con chaquetas de doble botonadura que se han alterado con las noticias que han aparecido en los periódicos donde se le acusa de conspiración. Hay cuatro o cinco accionistas de las antiguas compañías que son socios y que están intentando echarlo a usted. Han buscado esa historia de la que me habló, y están pensando en presentar cargos ante los comités de ambos clubes. Bueno, no conseguirán nada en ninguno de los dos casos; han estado hablando conmigo; pero cuando se celebre la siguiente recepción, ya sabrá lo que hacer. Le extenderán la invitación, pero en realidad no quieren que vaya. (Cowperwood lo entendió.) Seguro que todo este asunto terminará por olvidarse, a mi juicio; y desde luego que lo hará, si yo tengo algo que ver en eso, pero, por el momento...

Se quedó mirando a Cowperwood con cordialidad y este último sonrió.

—A decir verdad, me esperaba algo así, Judah —le dijo con tranquilidad—. Me lo esperaba desde el principio. No se preocupe por mí, lo sé todo sobre estos asuntos. Ya he visto por dónde van los tiros, pero yo sé arreglármelas.

Addison extendió la mano para coger la suya.

—Haga lo que haga, no se dé de baja —le advirtió con cautela—. Eso sería como una confesión de debilidad y no es eso lo que esperan de usted. Yo no querría que lo hiciera. Manténgase firme. Todo esto pasará. Creo que están celosos.

—No tenía la más mínima intención de hacerlo —le contestó Cowperwood—. No pueden hacer ninguna acusación legítima contra mí. Yo haré que todo esto se olvide si me dan el tiempo suficiente. —Aun así, le disgustaba haberse visto obligado a mantener una conversación como aquella.

De manera parecida, la denominada «sociedad» era muy capaz de hacer cumplir sus mandatos y conclusiones de otras maneras.

Lo que más ofendió a Cowperwood cuando lo supo mucho tiempo después fue el desaire que sufrió Aileen directamente en la puerta de los Norrie Simms; fue a visitarlos pero le dijeron que la señora Simms no se encontraba en casa, aunque había carruajes de otras personas en la calle. Unos días después, Aileen, para gran sorpresa y pesar de Cowperwood —porque él entonces desconocía la causa—, cayó enferma.

Si no hubiera sido por el eventual triunfo financiero de Cowperwood sobre todos

los que se oponían a él —la aplastante derrota de sus enemigos— en su lucha por el control del negocio del gas, la situación habría sido sin duda difícil. Tal como estaban las cosas, Aileen sufrió muchísimo; sentía que el desprecio había ido dirigido principalmente hacia ella, y que era algo que se mantendría. En la privacidad de su hogar, finalmente se vieron obligados a admitir, el uno ante el otro, que su castillo de naipes, a pesar de su aspecto resplandeciente y estable, se había venido abajo. Las confidencias entre personas que están tan íntimamente unidas son en verdad las más dolorosas. Las almas humanas se buscan constantemente, pero rara vez tienen éxito.

—¿Sabes una cosa? —le dijo él finalmente una vez, cuando volvió de manera inesperada y se encontró con que estaba en la cama enferma, con los ojos húmedos, y que había despedido a su doncella hasta el día siguiente—. Sé a qué se debe todo esto. Y para decirte la verdad, Aileen, me lo esperaba. Hemos ido demasiado deprisa, tanto tú como yo. Lo hemos forzado demasiado. Pero no me gusta ver que te lo tomas de esta manera, querida. Esta batalla no está perdida. Vamos, pensaba que eras más valiente. Deja que te diga algo que no parece recordar. En algún momento, el dinero lo solucionará todo. De momento voy ganando esta batalla, y ganaré otras. Vendrán a mí. Cariño, no deberías perder la esperanza. Eres demasiado joven. Yo nunca lo hago. Al final, triunfarás. Resolveremos este asunto aquí mismo en Chicago, y cuando lo hagamos, le ajustaremos las cuentas a mucha gente al mismo tiempo. Somos ricos, y vamos a ser aún más ricos. Eso lo resolverá todo. Y ahora, alegra esa cara y que se te vea contenta; hay muchas cosas por las que vivir en este mundo aparte de la sociedad. Levántate, vístete y saldremos a dar un paseo y a cenar en el centro. Sigues teniéndome a mí, ¿es que eso no cuenta para nada?

—Oh, sí —dijo Aileen dando un gran suspiro, pero volvió a echarse pesadamente. Le echó los brazos al cuello y se puso a llorar, tanto de alegría por el consuelo que él le ofrecía como por la pérdida que había sufrido—. Era tanto por ti como por mí —suspiró.

—Ya lo sé —le dijo en tono tranquilizador—, pero no te preocupes por eso ahora. Todo saldrá bien al final. Para los dos. Venga, levántate. —Aun así, lamentaba verla vencida y débil. No le agradaba. Decidió que algún día le ajustaría bien las cuentas a aquella sociedad para resarcirse de aquello. Mientras tanto, Aileen iba recobrando el ánimo. Se avergonzaba de su debilidad cuando veía la fuerza con la que él se enfrentaba a todo aquello.

—Oh, Frank —exclamó finalmente—, eres siempre tan maravilloso. Eres un encanto.

—No te preocupes —le dijo con aire desenfadado—. Si no ganamos esta partida aquí en Chicago, ya la ganaremos en algún otro sitio.

Estaba pensando en la manera tan brillante en la que había resuelto sus asuntos con las antiguas compañías de gas y con el señor Schryhart, y en la minuciosidad con la que atendería otros asuntos cuando llegara el momento.

CAPÍTULO XIV

Corrientes ocultas

Fue durante el año que siguió a su rechazo social, y al siguiente, y al otro, cuando Cowperwood percibió con intensidad lo que significaría pasar el resto de sus días en el aislamiento social, o cuando menos, reducido a un círculo o elemento que le recordaba constantemente que no se le identificaba con los mejores, o al menos, no con los más importantes, por muy aburrido que eso pudiera resultar. Cuando, en un principio, había intentado introducir a Aileen en la sociedad, tenía la idea de que por muy sosa que pudiera resultarles en un primer momento, ellos mismos, una vez que los admitieran, podrían convertirla en algo muy interesante e incluso brillante. Desde que los Cowperwood fueran repudiados, sin embargo, se habían visto en la necesidad, si deseaban tener algún tipo de diversión social, de recurrir a algunos elementos de menor importancia con los que lograron establecer cierta relación —actores y actrices que iban de paso, a los que ocasionalmente podían invitar a cenar; artistas y cantantes a los que podían invitar a la casa una vez que les habían sido presentados; y, por supuesto, varios de nula importancia social, como los Haatstaedt, los Hoecksema, los Videra, los Bailey y otros que seguían siendo cordiales con ellos y que estaban dispuestos a visitarlos de manera informal—. A Cowperwood le resultaba interesante de cuando en cuando invitar a la casa a cenar o a pasar la tarde a algún amigo de los negocios, a algún amante de la pintura o a algún artista joven, y en estas ocasiones, Aileen siempre estaba presente. Los Addison los visitaban o los invitaban de vez en cuando. Pero se trataba de algo insulso, mucho más porque de esta manera la derrota que habían sufrido les resultaba aún más evidente.

Esta derrota, como Cowperwood no paraba de repetirse mentalmente, no era culpa suya en absoluto. Personalmente, a él le había estado yendo bastante bien. ¡Si Aileen hubiera sido otro tipo de mujer! A pesar de eso, no estaba dispuesto en modo alguno a abandonarla ni a avergonzarla. Ella se había aferrado a él durante sus tormentosos días en prisión. Lo había animado cuando necesitaba aliento. Se quedaría a su lado y ya vería lo que se podía hacer más adelante; pero le resultaba monótono soportar este ostracismo. Además, a nivel individual, parecía resultar cada vez más interesante tanto a hombres como a mujeres. Había conservado los amigos que había hecho —Addison, Bailey, Videra, McKibben, Rambaud y otros—. Había mujeres de la sociedad, algunas, que lamentaban que hubiera desaparecido, aunque sentían lo mismo por la desaparición de Aileen. Probaron ocasionalmente a invitarlo sin su esposa. Al principio, rechazaba las invitaciones invariablemente; después, fue solo de vez en cuando a alguna cena sin que ella lo supiera.

Fue en este ínterin cuando Cowperwood comenzó a caer en la cuenta por primera vez de la marcada diferencia intelectual y espiritual que había entre él y Aileen; y en que, aunque quizá estuvieran en armonía en muchos aspectos —emocionalmente, físicamente, idílicamente—, había, sin embargo, muchas cosas que él podía hacer solo, pero ella no —alturas a las que él podía elevarse y adonde ella no podía seguirle en modo alguno—. Quizá la sociedad de Chicago representara una cantidad ínfima de personas, pero ahora iba a tener la posibilidad de compararla con las mujeres más exquisitas que el Viejo Mundo tuviera que ofrecer en cuanto a feminidad, porque tras su expulsión social de Chicago y su victoria financiera, una vez más decidió irse al extranjero. En Roma, en las embajadas de Japón y Brasil (donde, gracias a su riqueza, consiguió ser presentado) y en la recién establecida corte italiana^[1], pudo ver desde cierta distancia a importantes figuras sociales de gran encanto —condesas italianas, damas inglesas de alto rango, y mujeres americanas de fuertes tendencias artísticas y sociales—. Por regla general, captaban rápidamente el encanto de sus modales, la inteligencia y la comprensión de su mente, y valoraban en lo que valía la gran individualidad de su alma; pero también se daba cuenta siempre de que Aileen no resultaba del todo aceptable. Era demasiado artificiosa, demasiado llamativa. Su salud rebosante y su belleza eran una especie de afrenta a las almas pálidas y sublimes de muchas que no eran en sí carentes de atractivo.

«¿No te parece que ella es la típica americana?», oyó que comentaba una mujer en una de aquellas concurridas recepciones en la corte a las que muchos eran admitidos libremente, y a la que Aileen se había mostrado decidida a ir. Él estaba a un lado hablando con alguien a quien había conocido —un banquero griego que hablaba inglés y que se alojaba en el Grand Hotel^[2]—, mientras que ella paseaba con la esposa del banquero. La que hablaba era una mujer inglesa: «¡Tan llamativa, tan cohibida y tan cándida!».

Cowperwood se volvió a mirar. Se trataba de Aileen, y la dama que hablaba era sin duda educada, reflexiva y atractiva. Tenía que admitir que gran parte de lo que había dicho era verdad, pero ¿cómo se podía juzgar a una mujer como Aileen? No había nada reprochable en ella —era un pura sangre desbordante de amor por la vida—. A él le resultaba atractiva. Era una lástima que otras personas de tendencias mucho más conservadoras se mostraran tan contrarias a ella. Por qué eran incapaces de ver lo que él veía —aquel entusiasmo suyo casi infantil por el lujo y las apariencias que surgía, quizá, del hecho de que en su juventud no hubiera disfrutado de las oportunidades sociales que necesitaba y que tanto anhelaba—. Sentía lástima de ella. Al mismo tiempo, se sentía inclinado a pensar que quizá otro tipo de mujer le resultara más favorable socialmente. Si tuviera una mujer más seria, una que tuviera una percepción más aguda del arte y cierta inclinación por el toque y la nota sociales adecuados, ¡cuánto mejor le iría! Volvió a casa con un Perugino, magníficos ejemplos de Luini, Previtali y Pinturricchio^[3] (este último un retrato de César Borgia^[4]), que había adquirido en Italia, por no mencionar dos jarrones africanos rojos de gran

tamaño que encontró en El Cairo, un alto pedestal dorado estilo Luis XV^[5] de madera tallada que descubrió en Roma, dos candelabros ornamentados de Venecia para las paredes y un par de hachones de Nápoles para decorar las esquinas de su biblioteca.

Al mismo tiempo, habría que decir que su opinión y sus puntos de vista sobre las mujeres y el sexo habían comenzado a cambiar tremendamente. Cuando conoció a Aileen, al principio, intuía muchas cosas relacionadas con el sexo y con la vida, y sobre todo, estaba convencido de que tenía derecho a hacer lo que más le placiera. Desde que saliera de la cárcel y comenzara de nuevo su ascenso, había sido objeto de muchas miradas; con mucha frecuencia se había visto obligado a creer que resultaba fascinante a las mujeres. Aunque hacía poco que su relación con Aileen se había legalizado, ya llevaba años con él en calidad de amante, y el absorbente entusiasmo inicial —que había sido prácticamente total— se había agotado. La amaba no sólo por su belleza, sino también por su fiel entusiasmo; pero el poder que otras tenían para provocar en él un interés puntual, e incluso pasión, era algo que no tenía intención de comprender o explicar, y sobre lo que tampoco pretendía moralizar. Así eran las cosas y así era él. No quería herir los sentimientos de Aileen confesándole que sus impulsos lascivos se desviaban hacia otras mujeres, pero así era.

No mucho después de regresar de su viaje por Europa, paró una tarde en una exclusiva mercería de State Street para comprar una corbata. Al entrar, una mujer cruzó el pasillo para ir de un mostrador a otro —una mujer del tipo que empezaba ahora a atraerle, aunque manteniendo la distancia, en sus idas y venidas por el mundo—. Era estilosa, elegante y gallarda, tenía una figura delgada, el pelo y los ojos oscuros, la piel olivácea, la boca pequeña y una nariz peculiar —en conjunto, una figura muy llamativa para el Chicago de la época—. Además, en sus ojos se reflejaba una rápida inteligencia y cierto aire de descarada insolencia que despertó el sentido de posesión de Cowperwood, su deseo de dominar. A la mirada provocadora y desafiante que ella le lanzó durante una fracción de segundo, él contestó con otra curiosamente feroz y leonina que la recorrió como un jarro de agua fría. No fue una mirada dura, sin embargo, sino simplemente urgente y llena de significado. Era la rebelde esposa de un próspero abogado que estaba absorto en su negocio y en sí mismo. Ella simuló indiferencia durante un momento tras aquel primer contacto visual, pero se detuvo un poco más allá como si estuviera observando unos encajes cuidadosamente. Cowperwood la siguió con la mirada buscando ver si atraía su atención de nuevo de manera fugaz. Iba de camino hacia algunos compromisos que no tenía intención de desatender, pero sacó un cuaderno, escribió el nombre de un hotel en una hoja de papel, y debajo: «Salón, segunda planta, martes a la 1». Al pasar junto a donde se encontraba ella de pie, se la puso en la mano enguantada que había dejado caer a un lado del cuerpo. Sus dedos se cerraron sobre ella inmediatamente; se había dado cuenta de lo que pretendía. En el día y la hora indicados, allí se encontraba ella, aunque él no le había dado ningún nombre. Aquella relación, aunque le resultó deliciosa, no duró mucho. La dama era interesante, pero resultaba

demasiado fantasiosa.

De manera similar, durante una cena en casa de los Henry Huddleston, uno de los vecinos de la casa de Michigan Avenue, la primera que ocuparon en la ciudad, se encontró con una muchacha de veintitrés años que le interesó muchísimo durante un corto espacio de tiempo. No tenía un nombre precisamente bonito —Ella F. Hubby, como supo más tarde—, pero no resultaba nada desagradable. Sus principales encantos eran su expresión divertida y sus ojos llenos de picardía. Era hija de un comisionista acomodado de South Water Street. No era más que natural que el hecho de que Cowperwood mostrara interés en ella fuera suficiente para despertar el de la muchacha. Era joven, imprudente, impresionable y se dejaba influir fácilmente por el brillo de una reputación, y la señora Huddleston había hablado muy bien de Cowperwood y de su esposa, y de las grandes cosas que estaba haciendo o que iba a hacer. Cuando Ella lo vio y se dio cuenta de que aún tenía un aspecto joven, de que en sus ojos aparecía ese amor por la belleza y de que su poderosa presencia no le resultaba en absoluto severa, se sintió fascinada; y cuando Aileen no miraba, ella buscaba constantemente la mirada de él con una expresión risueña cargada de significado, de amistad y admiración. Para él era lo más natural del mundo decirle, una vez que se habían trasladado al salón, que si pasaba cerca de su oficina algún día, quizá podría ir a verlo. La mirada que le dedicó no dejaba lugar a dudas, y concitó a cambio otra mirada del mismo tipo, cálida y ruborizada. Ella acudió y así comenzó una corta relación. Resultaba interesante, aunque no magnífica. La muchacha no poseía suficiente temperamento como para retenerlo más allá de un periodo de desganada investigación.

Aún hubo otra mujer durante un corto espacio de tiempo, una tal señora Josephine Ledwell, una elegante viuda, que, en un principio, venía a la Junta de Comercio a invertir, pero que empezó a darse cuenta enseguida, al ser presentados, del encanto que tenía coquetear con Cowperwood. Aquella mujer no era de un estilo muy diferente al de Aileen, algo mayor, sin llegar a ser tan atractiva, y con una mentalidad más dura y con cierta perspicacia comercial. Llamó la atención de Cowperwood porque era garbosa, independiente y cuidadosa. Hizo todo lo que pudo por atraerlo e incitarlo a establecer una relación con ella, lo que finalmente ocurrió, y su apartamento del North Side se convirtió en el centro de esa relación. Duró quizá unas seis semanas, y durante todo ese tiempo él se convenció de que no le gustaba tanto. Cualquiera que estableciera una relación con él, tenía que rivalizar con el atractivo de Aileen y con el encanto que en un tiempo tuviera su primera esposa, y eso no resultaba ser un asunto sencillo.

Sin embargo, fue durante este periodo de aburrimiento social, que en cierto modo se parecía, aunque no fuese exactamente igual, a sus primeros años con su primera esposa, cuando Cowperwood finalmente conoció a una mujer que estaba destinada a dejar una huella profunda en su vida. No podría olvidarla pronto. Se llamaba Rita Sohlberg y era la esposa de Harold Sohlberg, un violinista danés, muy joven, que

entonces vivía en Chicago; pero ella no era danesa, y él no era en modo alguno un violinista extraordinario, aunque era incuestionable que poseía temperamento musical.

Quizá hayan visto a los aspirantes, a los que casi lo logran, a los pretendientes de todos los campos —todos ellos gente interesante—, dedicados a aquello que quieren lograr con una especie de loco entusiasmo. Exhiben de alguna manera todos los atributos externos o las características propias de sus tradiciones profesionales, y, a pesar de ello, no son más que un metal que resuena o un platillo que retiñe^[6]. Sólo hacía falta conocer a Harold Sohlberg durante poco tiempo para darse cuenta de que pertenecía a este tipo de artistas. Tenía una mirada furiosa, tormentosa, otoñal; una cabellera abundante de color castaño oscuro peinada hacia arriba desde las sienes, de la que se escapaba un mechón que le bajaba hacia los ojos como a Napoleón; en las mejillas un rubor casi infantil; los labios demasiado gruesos, rojos y sensuales; la nariz, grande y elegante, ancha, pero sólo ligeramente aguileña; y unas cejas y un bigote que parecían fruto de un estallido, igual que su alma errante y estúpida. Lo habían enviado fuera de Dinamarca (Copenhague) porque había sido un inútil hasta los veinticinco años y porque se enamoraba constantemente de mujeres que no estaban dispuestas a tener nada que ver con él. Aquí en Chicago, como profesor y con la pequeña pensión de cuarenta dólares al mes que le enviaba su madre, había conseguido unos cuantos discípulos, y mediante la práctica de una economía de carácter algo errático, que lo mantenía bien vestido o con hambre, según tocara, se las había arreglado para mostrar una apariencia interesante y para sobrevivir. Sólo tenía veintiocho años cuando conoció a Rita Greenough, de Wichita, Kansas, y para cuando ambos conocieron a Cowperwood, Harold tenía treinta y cuatro y ella veintisiete.

Ella había sido alumna de la Escuela de Bellas Artes de Chicago, y había coincidido con Harold en varios acontecimientos estudiantiles cuando él parecía tocar como los ángeles y cuando la vida era todo romance y arte. Llegada la primavera, el reflejo del sol sobre el lago, las velas blancas de los barcos, unos cuantos paseos y charlas en tardes melancólicas, y la cosa estuvo hecha. Tuvo lugar una boda repentina un sábado por la tarde y una escapada a Milwaukee, para volver luego a un estudio que ahora tenían que disponer para dos, y después besos, besos y más besos hasta que su amor quedaba satisfecho o relajado.

Pero la vida no puede existir sólo con esa dieta, de modo que, gradualmente, las dificultades comenzaron a hacerse patentes. Afortunadamente, estas últimas no se sumaban a una dificultad económica acuciante. Rita no era pobre. Su padre dirigía un pequeño pero próspero elevador de grano en Wichita, y, tras su repentino matrimonio, decidió mantenerle la asignación, aunque esta idea del arte y la música en sus manifestaciones más elevadas era para él algo extraño, lejano e incierto. A él, un hombre delgado, meticuloso y afable, interesado en las oportunidades que ofrecía el pequeño comercio, y hecho a la perfección para la escasa vida social de Wichita,

Harold le resultó tan curioso como una bomba, y decidió tratarlo con cautela. Gradualmente, a pesar de que era una persona muy humana al tiempo que sencilla, llegó a sentirse muy orgulloso de él; alardeaba en Wichita de Rita y de su esposo artista, los invitaba a su casa para dejar atónitos a los vecinos durante el verano, y en otoño, su esposa, que parecía casi la esposa de un granjero, fue a verlos y a disfrutar de excursiones, visitas turísticas y tes en el estudio. Era divertido, típicamente americano, ingenuo y casi imposible desde muchos puntos de vista.

Rita Sohlberg era casi del tipo flemático, tierna, vital y con un cuerpo que para los cuarenta ya estaría gordo, pero que, en este momento, resultaba deliciosamente seductor. Tenía el pelo suave y sedoso, castaño claro, del color del polvo ligero, y los ojos húmedos y de color gris azulado, la piel clara y los dientes blancos y regulares, por lo que era halagadoramente consciente de sus encantos. Fingía de manera desenfadada e infantil que no se daba cuenta de los estremecimientos que provocaba en muchos hombres susceptibles, pero sí sabía lo que hacía y cómo lo hacía; le complacía. Era consciente del encanto de sus brazos y su cuello suaves y tersos, de su cuerpo sensual y seductor, de la gracia y la perfección de su ropa, o, al menos, de la individualidad y del gusto que ella se encargaba de que demostraran. Podía coger un sombrero viejo de paja, un lazo, una pluma o una rosa, y con aquel talento innato suyo, convertirlo en un sombrero de señora que de alguna manera era exactamente lo que mejor le sentaba. Escogía combinaciones cándidas de blancos y azules, rosas y blancos, marrones y amarillos suaves, que, de algún modo, daban una idea de su alma, y los remataba con grandes fajines de sedoso marrón (o incluso rojo) que se ataba a la cintura, y sombreros grandes y de ala blanda que eran como una aureola que le enmarcaba la cara. Tenía gracia al bailar, cantaba un poco, tocaba con sentimiento —a veces, de manera brillante— y sabía dibujar. Pero su arte era algo improvisado; no era una artista. Sin embargo, lo más significativo en ella eran sus estados de ánimo y sus pensamientos, que eran inciertos, informales y anárquicos. Rita Sohlberg, desde el punto de vista convencional, era una persona peligrosa, pero desde el suyo propio en estos momentos, no era así en absoluto —era simplemente soñadora y dulce.

Parte de la peculiaridad de su estado provenía de que Sohlberg había empezado a desilusionarla —dolorosamente—. A decir verdad, él sufría del más terrible de todos los males, de la incertidumbre del alma y de la incapacidad para verdaderamente encontrarse a sí mismo. A veces no estaba seguro de si en realidad estaba hecho para ser un gran violinista o un gran compositor, o simplemente un gran profesor, lo que nunca estuvo realmente dispuesto a admitir. «Yo soy un artiiista», le gustaba decir. «¡Cuánto me hace sufrir mi temperamento!» Y también: «¡Estos perros! ¡Estas vacas! ¡Estos cerdos!». Esto último lo decía de otras personas. La calidad de sus ejecuciones era tremendamente errática, aunque a veces alcanzaba tal sutileza, ternura, conocimiento y encanto, que le procuraba atención. Por regla general, sin embargo, reflejaba el caótico estado de su cerebro. Tocaba de una manera tan violenta y

enfebrecida, y con unos gestos tan excesivamente apasionados, que eso le privaba de toda capacidad para controlar su propia técnica.

—¡Oh, Harold! —solía decirle Rita al principio, extasiada. Pero, después, ya no estuvo segura.

La vida y el carácter deben llegar a alguna parte para ser admirables, y la verdad era que Harold no parecía estar llegando a ningún sitio. Daba clases, vociferaba, soñaba y lloraba; pero comía tres veces al día, según notaba Rita, y a veces mostraba un interés excitado por otras mujeres. Ser lo único que importaba en la vida de un hombre era lo menos que Rita podía concebir o reconocer como el precio de su personalidad, de modo que a medida que pasaban los años y Harold comenzó a ser infiel, primero con sus arranques y sus éxtasis, y después de obra, su estado de ánimo se volvió peligroso. Ella las contaba —una alumna de música, después una estudiante de arte, después la esposa de un banquero en cuya casa Harold tocaba durante las reuniones—. A esto seguían unos estados de ánimo extraños y hoscos por parte de Rita, visitas a su casa, serviles arrepentimientos por parte de Harold, lágrimas, reencuentros violentos y apasionados, y después vuelta a empezar con lo mismo. ¿Cómo tomarse esto?

Rita ya no sentía celos de Harold; había perdido la fe en su habilidad como músico. Pero sentía la desilusión de que sus encantos no fueran suficiente para hacerlo inmune a todas las demás. Esa era la única pega. Era una afrenta a su belleza, porque aún era muy bella. Tenía el cuerpo suave y redondeado, no era tan alta como Aileen, y no eran tan grande, pero sí más curvilínea y más rolliza, más suave y seductora. Físicamente no estaba tan bien dotada, ni era tan vigorosa; pero sus ojos, su boca y el carácter errante de su mente contenían un extraño encanto. Intelectualmente, era mucho más despierta que Aileen, y sus conocimientos sobre arte, música, literatura y los acontecimientos del momento eran mucho más precisos; y en el terreno del romance, era mucho más imprecisa y seductora. Sabía mucho sobre flores, piedras preciosas, insectos, pájaros, personajes de ficción, prosa poética y poesía en general.

Cuando los Cowperwood y los Sohlberg se conocieron, estos últimos aún tenían su estudio en el New Arts Building^[7], y todo parecía tan sereno como una mañana de mayo, sólo que a Harold no le iba demasiado bien. Iba a la deriva. La reunión tuvo lugar en un té ofrecido por los Haatstaedt, con los que los Cowperwood seguían manteniendo la amistad, y Harold tocaba. Aileen, que estaba allí sola y viendo que se le presentaba la oportunidad de animar un poco su propia vida, invitó a los Sohlberg, que parecían estar por encima de la media, a su casa para una velada musical. Y ellos acudieron.

En esta ocasión, Cowperwood sólo necesitó una mirada a Sohlberg para definirlo con exactitud. «Un temperamento errático y emocional», pensó. «Y probablemente no es capaz de ubicarse porque carece de regularidad y aplicación.» Pero, a su manera, le gustaba. Sohlberg resultaba interesante por su personalidad artística —del

mismo modo que podría serlo el personaje de un grabado japonés—. Lo saludó con simpatía.

—Y esta es la señora Sohlberg, supongo —comentó con emoción y percibiendo la idea del ritmo, la suficiencia y el gusto ingenuo que la caracterizaban—. Vestía de manera sencilla de azul y blanco —con pequeños lazos azules ensartados en volantes de encaje sobre su piel—. Llevaba los brazos y el cuello deliciosamente desnudos y suaves. Su mirada era rápida, pero aun así, dulce e infantil —tenía los ojos de alguien mimado.

—Pensamos —le dijo a él redondeando la boca de una manera peculiar, lo cual era característico de ella cuando hablaba, poniendo un mohín en aquella boca preciosa— que nunca íbamos a llegar. Ha habido un incendio (lo que pronunció de una manera peculiar) en Twelfth (que también pronunció de manera curiosa) Street y estaba todo lleno de coches de bomberos. ¡Todo lleno de chispas y humo! ¡Y llamas saliendo de las ventanas! Las llamas eran de color rojo oscuro; casi naranja y negro. Son bonitas cuando están así, ¿no le parece?

Cowperwood se sintió encantado.

—Desde luego que sí —le dijo con simpatía, utilizando aquel aire de superioridad y al mismo tiempo de comprensión que podía adoptar fácilmente de cuando en cuando. Sentía como si la señora Sohlberg fuera para él una especie de hija encantadora —era tímida y parecía pedir que la abrazaran—, pero también percibió que era directa e independiente. Se dijo a sí mismo que sus brazos y su rostro eran preciosos. La señora Sohlberg sólo vio ante ella a un hombre frío, elegante y exacto —capaz, y mucho, presumió— de ojos brillantes e incisivos. Completamente distinto a Harold, pensó, que nunca llegaría a mucho —ni siquiera a ser famoso.

—Me alegro muchísimo de que haya traído su violín —le decía Aileen a Harold, que se encontraba en otra esquina—. Estaba deseando que viniera a tocar para nosotros.

—Es muy amable de su parte, desde luego —le contestó Sohlberg alargando las palabras—. Qué casa tan bonita tienen, con estos libros maravillosos, y jade y cristal.

Tenía un estilo afectado y complaciente que resultaba encantador, pensó Aileen. Debería tener a una mujer fuerte y rica que cuidara de él. Era como un niño errático y tempestuoso.

Sohlberg tocó después de que se sirvieran los refrigerios. A Cowperwood le resultó interesante su figura allí de pie —los ojos, el pelo—, pero estaba mucho más interesado en la señora Sohlberg, hacia quien desviaba la mirada constantemente. Observaba sus manos sobre las teclas, los dedos y los hoyuelos de los codos. «Qué boca tan adorable», pensaba, «¡Y qué pelo tan claro y tan ligero!». Pero, más que eso, había una especie de emoción que lo investía todo —como si pudiera percibir parte del color de su mente, lo que lo hacía sentir simpatía e incluso pasión por ella—. Era el tipo de mujer que le gustaba. Era algo parecido a Aileen cuando tenía seis años menos (Aileen tenía ahora treinta y tres años, y la señora Sohlberg, veintisiete), sólo

que Aileen siempre había sido más robusta, más vigorosa y menos imprecisa. La señora Sohlberg (finalmente consiguió llegar a esa conclusión por sí mismo) era como el lujoso interior coloreado de la concha de una ostra de los mares del sur: cálida, colorida y delicada. Pero también tenía firmeza. Nunca, entre los miembros de la sociedad, había visto a nadie como ella. Estaba embelesada y era sensual y bellísima. La estuvo mirando hasta que ella se percató de que la observaba, y entonces, le devolvió la mirada con expresión maliciosa y sonriente, y su boca adquirió una mueca persuasiva. Cowperwood estaba cautivado. «¿Era vulnerable?», era su único pensamiento. «¿Aquella leve sonrisa significaba algo más que mera amabilidad social? Probablemente no, pero ¿podría despertar los sentimientos de un temperamento tan complejo y profundo con los suyos?». Cuando ella terminó de tocar, buscó la ocasión para decirle:

—¿No le gustaría dar un paseo por la galería? ¿Le gusta la pintura? —Y le ofreció su brazo.

—¿Sabe una cosa? —dijo la señora Sohlberg de una manera que le resultó encantadora y muy cautivadora porque era muy hermosa—, hubo un tiempo en el que pensé que me convertiría en una gran artista. ¿No le parece gracioso? Le envié a mi padre uno de mis dibujos con la siguiente leyenda: «A quien todo se lo debo». Tendría que ver el dibujo para saber lo gracioso que resulta.

Se rio suavemente.

Cowperwood respondió con un interés renovado por la vida. Su risa le resultaba tan agradable como la brisa de verano.

—Ve —dijo, dulcemente, al entrar en la sala radiante con la suave luz proveniente de las lámparas de gas canalizado—, este es un Luini que compré el invierno pasado. —Se trataba de *El matrimonio místico de santa Catalina*^[8]. Se detuvo mientras ella contemplaba la expresión extasiada de la lánguida santa—. Y aquí —continuó— está mi mejor hallazgo hasta la fecha. —Se encontraban ante el astuto semblante de César Borgia pintado por Pinturricchio.

—¡Qué cara tan extraña! —comentó la señora Sohlberg con ingenuidad—. No sabía que nadie lo hubiera pintado. Él mismo parece un artista, ¿no le parece? —Nunca había leído la historia más bien enrevesada y satánica de este hombre, y lo único que conocía eran los rumores sobre sus crímenes y maquinaciones^[9].

—Lo era a su manera —sonrió Cowperwood, que conocía someramente su vida y la de su padre, el papa Alejandro VI^[10]; información que le habían facilitado en el momento de la compra. Su interés en César Borgia era muy reciente. Pero la señora Sohlberg no percibió la astuta nota humorística en todo aquello.

—Ah, sí, y aquí está la señora Cowperwood —comentó ella, dirigiéndose hacia la pintura de Van Beers—. Los tonos son un poco subidos, ¿no cree? —dijo ella con cierta altivez inocente que a él le gustó. Le gustaba que las mujeres tuvieran carácter y fueran algo arrogantes—. ¡Qué colores tan vivos! Me gusta la idea del jardín y las nubes.

Dio un paso atrás y Cowperwood, que estaba únicamente interesado en ella, observó la línea de su espalda y el perfil de su cara. ¡Una coordinación perfecta de línea y color!

«Donde cada movimiento gira y canta», podría haber dicho. Pero en vez de eso, dijo:

—Eso fue en Bruselas. Las nubes fueron una idea posterior, y también el jarrón de la pared.

—Me parece que es muy bueno —comentó la señora Sohlberg, y se alejó.

—¿Y qué le parece este Israëls? —preguntó él. Se trataba del cuadro llamado *Comida frugal*^[11].

—Me gusta —dijo ella—, y también su Bastien Le-Page —refiriéndose a *La fragua*^[12]—. Pero creo que sus antiguos maestros son mucho más interesantes. Si se hace con muchos más debería reunirlos a todos en una misma sala. ¿No le parece? Su Gerome no me gusta mucho. —Tenía un coqueto acento que a él le parecía absolutamente seductor.

—¿Por qué no? —preguntó Cowperwood.

—Oh, me resulta algo artificial; ¿no le parece a usted? Me gusta el color, pero los cuerpos de las mujeres son demasiado perfectos, diría yo. Aunque es muy bonito.

Tenía poca fe en la capacidad de las mujeres, aparte de su valor como objetos de arte; y aun así, de vez en cuando, y en este caso concreto, revelaban una agradable perspicacia que agudizaban la suya propia. Aileen, pensó, no sería capaz de hacer un comentario de este tipo. Ahora no le resultaba tan bella como esta mujer; ni tan seductoramente sencilla, ingenua, deliciosa, y al mismo tiempo tan sabia. La señora Sohlberg, pensó con astucia, tenía a un auténtico bobo por esposo. ¿Se interesaría en él, en Frank Cowperwood? ¿Una mujer como ella se rendiría en alguna circunstancia aparte del divorcio o del matrimonio? Eso se preguntaba. Por su parte, ella, la señora Sohlberg estaba pensando que Cowperwood era un hombre enérgico y que se le había acercado mucho. Sintió el interés de él porque a menudo había visto aquellos síntomas en otros hombres y sabía lo que significaban. Sabía la atracción que ejercía su belleza y mientras que procuraba ensalzarla lo más ingeniosamente que podía, también procuraba mantenerse distante, porque sentía que nunca había conocido a nadie aún por quien mereciera la pena ser diferente. Pero Cowperwood necesitaba a alguien más espiritual que Aileen, pensó.

CAPÍTULO XV

Un nuevo afecto

La relación entre Cowperwood y Rita Sohlberg se vio favorecida de manera accidental por Aileen, que se tomó un interés absurdamente sentimental por Harold, aunque aún no se fundamentara en nada que tuviera el más mínimo significado. Le gustaba porque era extremadamente gentil, halagador y emotivo en su relación con las mujeres —con las mujeres bellas—. Pensaba que quizá pudiera mandarle alumnos, y, además, era agradable visitar el estudio de los Sohlberg. Su vida social ya era bastante aburrida, de modo que iba, y Cowperwood, teniendo presente a la señora Sohlberg, también acudía. Sagaz hasta la destrucción, animó a Aileen en su interés por ellos. Le sugirió que los invitara a cenar, a que dieran un recital en el que Sohlberg tocara y por el que le pagarían. Disfrutaron de palcos en teatros, les enviaron entradas para conciertos e invitaciones para pasear en carruaje los domingos u otros días.

La química misma de la vida parece hacerle el juego a una situación de este tipo. Una vez que Cowperwood empezó a pensar en ella, en Rita, con intensidad y casi con violencia, ella comenzó a pensar en él de manera parecida. Por momentos él se volvía más atractivo, y le parecía un hombre diferente y fascinante. Angustiada porque presentía la emoción que provocaba en él, su conciencia le estaba haciendo pasar unos momentos muy difíciles. No es que se hubieran dicho nada todavía, pero él la estaba cercando, la iba asediando gradualmente, sellando aparentemente una tras otra todas las vías de escape. Un jueves por la tarde, cuando ni Aileen ni él pudieron acudir al té que ofrecían los Sohlberg, la señora Sohlberg recibió un magnífico ramo de rosas rojas de la variedad Jacqueminot^[1]. «Para tus rincones y recovecos», decía la tarjeta. Ella supo muy bien quién lo enviaba y lo que valía. Había rosas por valor de cincuenta dólares, lo que le hizo percibir cómo era ese mundo en el que abundaba el dinero y que ella nunca había conocido. Diariamente veía el nombre de su agencia de banca y correduría anunciada en los periódicos. Una vez se topó con él en la tienda de Merrill a mediodía y la invitó a almorzar, pero se sintió obligada a rechazar la invitación. Siempre la miraba de manera directa y con mucha intensidad. ¡Y pensar que fuera su belleza la que hubiera conseguido esto o la que lo estuviera consiguiendo! Su mente, excitada, se escapaba a algún momento futuro en el que quizá este hombre magnético y entusiasmado se encargaría de cuidar de ella de un modo que Harold no habría podido soñar siquiera. Pero ella continuaba practicando, comprando, visitando, leyendo y dándole vueltas a la incompetencia de Harold, mientras que a veces, por alguna extraña razón, se paraba a pensar en el etéreo poder

que Cowperwood ejercía sobre ella. Aquellas manos fuertes —tan elegantes—, y aquellos ojos grandes, duros y a la vez tiernos, e incisivos. El puritanismo de Wichita (que ya a aquellas alturas se había moderado en cierta medida gracias a la vida artística de Chicago) mantenía una lucha encarnizada con la sutileza manipuladora de los siglos personificada en este hombre.

—Es usted muy inaprensible —le dijo una noche en el teatro cuando se sentó tras ella durante el entreacto, mientras Harold y Aileen habían ido a pasear por el vestíbulo y la algarabía de las conversaciones ahogaba el sonido de cualquier cosa que pudieran decir. La señora Sohlberg estaba especialmente encantadora con un vestido de noche de encaje.

—No —contestó ella divertida por la atención que le prestaba, y plenamente consciente de su cercanía física. Se había ido rindiendo a sus sentimientos de manera gradual, estremeciéndose con cada una de sus palabras—. Me parece que soy muy estable —continuó—. Y sin duda soy bastante sólida. —Él dirigió su mirada hacia el brazo de ella, llenito y suave, que descansaba sobre el regazo.

Cowperwood, que sentía la enorme atracción de su físico, pero que además sentía fascinación por su maravilloso temperamento, mucho más complejo que el de Aileen, estaba profundamente emocionado. Esas emociones vitales que las palabras no pueden expresar (o rara vez lo hacen) se las transmitía ella —le llegaban como arrastradas por el céfiro tenues emanaciones de sentimientos, emociones y fantasías de su mente que lo cautivaban—. En su carácter animal era como Aileen, pero mejor, más dulce, más delicada, espiritualmente mucho más rica. O quizá lo que sucedía era que ya se había cansado de Aileen, se preguntaba él a veces. No, no, se decía que eso no podía ser. Rita Sohlberg era de lejos la mujer más grata que había conocido nunca.

—Sí, pero igualmente inaprensible —continuó él inclinándose hacia ella—. Me recuerda a algo que no encuentro palabras para definir; quizá un color, un perfume, un sonido; un destello de algo. Ahora la sigo con el pensamiento continuamente. Me interesan sus conocimientos sobre el arte. Me gusta su manera de tocar; es como usted. Me hace pensar en cosas deliciosas que no tienen nada que ver con el curso normal de mi vida. ¿Me comprende?

—Es muy agradable —dijo ella— pensar que yo le provoco eso. —Inspiró con suavidad y con cierto dramatismo—. Usted me hace pensar en cosas vanas, ¿sabe? (su boca dibujó una o deliciosa). Lo que usted describe es muy bonito. —Ella se sentía acalorada, arrebatada, impregnada por un estallido de su propio temperamento.

—Usted es así —continuó él, insistente—. Usted me hace sentir así continuamente. A veces pienso —añadió, inclinándose sobre la silla de ella— que usted no ha vivido nunca. Hay muchas cosas que podrían completar su perfección. Me gustaría mandarla al extranjero o llevarla yo; da igual, pero debería ir. Para mí es usted maravillosa. ¿Yo le resulto interesante en algún aspecto?

—Sí, pero —hizo una pausa—, debe saber que todo esto me asusta, y usted también. —Su boca se dibujaba de aquella misma forma deliciosa que lo había

atraído en un principio—. No creo que debamos hablar de estas cosas, ¿le parece? Harold es muy celoso, o llegaría a ponerse celoso. ¿Y qué cree que pensaría la señora Cowperwood?

—Lo sé muy bien, pero no es necesario que nos paremos ahora a pensar en eso, ¿verdad? Que yo hable con usted no va a causarle ningún daño. La vida es lo que sucede entre dos personas, Rita, y usted y yo tenemos mucho en común. ¿No se da cuenta? Usted es la mujer infinitamente más interesante que he conocido nunca. Usted me ofrece algo que nunca he conocido. ¿No lo ve? Quiero que me conteste con total sinceridad. Míreme. Usted no es feliz así, ¿verdad? No es completamente feliz.

—No —dijo ella mientras alisaba el abanico con los dedos.

—¿Es usted aunque sea mínimamente feliz?

—En algún momento pensé que lo era. Pero creo que ya no.

—El porqué es muy evidente —comentó él—. Usted es mucho más maravillosa de lo que su situación le permite ser. Usted es una persona individual, no el acólito que le mueve el incensario a otro. El señor Sohlberg es muy interesante, pero usted no puede ser feliz así. Me sorprende que no se haya dado cuenta.

—Oh —exclamó con un deje de cansancio—, quizá sí lo haya hecho.

Él la miró con intensidad y ella se estremeció.

—No creo que debamos hablar de esto aquí —le contestó—. Más vale que...

Posó la mano en la silla, tocando casi el hombro de ella.

—Rita —dijo, usando otra vez el nombre en lugar del apellido—, ¿es usted una mujer maravillosa!

—¡Oh! —exclamó ella.

Cowperwood no había vuelto a ver a la señora Sohlberg durante más de una semana —exactamente durante diez días—, cuando una tarde Aileen fue a buscarlo en un nuevo estilo de charrete, después de haberse parado primero a recoger a los Sohlberg. Harold estaba sentado delante con ella y habían dejado un hueco detrás para Cowperwood junto a Rita. Ella no podía ni sospechar siquiera lo interesado que estaba —su comportamiento era de lo más engañoso—. Aileen imaginaba que ella era la mejor de las dos, la más atractiva, la mejor vestida y, por tanto, la más arrebatadora. No podía adivinar la atracción que el temperamento de esta mujer ejercía sobre Cowperwood, que era tan enérgico, tan dinámico y aparentemente tan poco romántico, pero cuyo carácter, de todas maneras, escondía en lo más profundo (bajo una apariencia fuerte) un elemento de romance y fuego.

—¡Qué agradable! —dijo mientras se apoltronaba junto a Rita—. ¡Qué tarde tan deliciosa! ¡Y qué bonito es ese sombrero de paja con las rosas, y el vestido de lino! ¡Vaya, vaya! —Las rosas eran rojas; el vestido, blanco, atravesado por una delgada cinta verde por aquí y por allí. Ella era muy consciente de cuál era la razón de tanto entusiasmo. Era muy diferente a Harold, saludable y con el aspecto de alguien que pasa tiempo al aire libre, capaz. Hoy Harold había tenido una rabieta a cuenta del destino, la vida y de su falta de éxito.

«Ah, si yo estuviera en tu lugar, no me quejaría tanto», le había dicho con amargura. «Quizá deberías trabajar más y vociferar menos.»

Esto había provocado una escena de la que ella había escapado marchándose a dar un paseo. Casi al momento de volver, había aparecido Aileen, y eso suponía una escapatoria.

Se había puesto muy contenta, de modo que aceptó y se vistió. Y eso mismo hizo Sohlberg. Y aparentemente felices y sonrientes se habían puesto en marcha para dar una vuelta. Ahora, mientras Cowperwood hablaba, ella lanzaba miradas a su alrededor con satisfacción. «Soy hermosa», pensaba. «Y él me ama. Sería maravilloso si nos atreviéramos.» Pero en lugar de eso, dijo en voz alta:

—No soy tan bonita. Es el día... ¿no le parece? No es más que un vestido sencillo. Y tampoco es que esté muy contenta esta tarde.

—¿Qué ocurre? —preguntó él con tono desenfadado, mientras el estruendo del tráfico aplastaba la resonancia de sus voces. Se inclinó hacia ella, deseoso de solucionar cualquier dificultad a la que ella pudiera estar enfrentándose, plenamente dispuesto a atraparla con su amabilidad—. ¿No hay nada que yo pueda hacer? El paseo hasta el pabellón de Jackson Park va a ser largo, y luego, después de cenar, volveremos a la luz de la luna. ¿No le parece que eso será agradable? Y ahora debe sonreír y ser como es: feliz. No tiene ningún motivo que yo conozca para estar de otro modo. Haré por usted cualquier cosa que quiera que haga, siempre que pueda realizarse. Le ofrezco cualquier cosa que desee si está en mi mano dársela. ¿De qué se trata? Ya sabe cuánto pienso en usted. Si deja sus asuntos en mis manos, nunca volverá a tener preocupaciones de ningún tipo.

—Oh, no se trata de nada que usted pueda hacer; no ahora, al menos. ¡Mis asuntos! Ah, sí. ¿Cuáles son? Muy simples, todos ellos.

Ella mantenía un delicioso aire distante, incluso de sí misma. Él estaba encantado.

—Pero usted no es simple para mí, Rita —dijo él con suavidad—, ni tampoco lo son sus asuntos. Me preocupan mucho. Porque usted es muy importante para mí. Ya se lo he dicho. ¿No se da cuenta de que es verdad? Usted es para mí una extraña complejidad; maravillosa. Estoy loco por usted. No he hecho más que pensar y pensar desde la última vez que la vi. Si tiene problemas, compártalos conmigo. Usted es muy importante para mí; es mi único problema. Puedo arreglarle la vida. Únala a la mía. Yo la necesito y usted me necesita a mí.

—Sí —dijo ella—, lo sé. —Después hizo una pausa—. No es nada importante —continuó—, no es más que una discusión.

—¿Por qué motivo?

—Por mi causa, la verdad. —Su boca era deliciosa—. No puedo pasarme la vida moviendo el incensario, como usted dice. —Aquel pensamiento de él había calado en ella—. Pero ahora estoy bien. ¡Qué día tan bonito, prre-cioo-soo!

Cowperwood la miró y movió la cabeza. Era un tesoro; tan inconsecuente. Aileen, entretenida con su conversación y guiando, ni veía ni oía nada. Le prestaba atención a

Sohlberg, y la aglomeración de vehículos que se dirigía al sur por Michigan Avenue la mantenía distraída. Mientras avanzaban rápidamente junto a árboles florecientes, extensiones de césped bien cuidado, parterres recién plantados y ventanas abiertas — todo el seductor mundo de la primavera—, Cowperwood sintió que la vida una vez más comenzaba de nuevo. Su magnetismo, de haber sido visible, lo habría envuelto como un aura brillante. La señora Sohlberg sintió que aquella iba a ser una tarde maravillosa.

La cena fue en el parque —comieron pollo a la Maryland^[2] al aire libre, acompañado de gofres y champán para ayudar—. Aileen, halagada por la alegría que Sohlberg mostraba bajo su influencia, se lo estaba pasando deliciosamente bien, bromeando, brindando, riendo y paseando por el césped. Sohlberg la estaba enamorando de una manera tonta e inconsecuente, como muchos hombres tendían a hacer; pero ella lo rechazaba riendo y con comentarios como «niño tonto» o «calla». Estaba tan segura de sí misma que se sintió después con la libertad de contarle a Cowperwood lo sentimental que estaba y que ella no había podido por menos que reírse de él. Cowperwood, seguro de que ella le era fiel, se lo tomó bien. Sohlberg era un zopenco que le era de gran utilidad y que tenía felizmente a mano.

—No es mal tipo —comentó—. Me cae bastante bien, aunque creo que como violinista no es muy bueno.

Después de cenar pasearon en el carruaje por la orilla del lago y por una pequeña pradera en la que crecían árboles, mientras la luna brillaba en el cielo despejado, cubriendo los campos y la superficie del lago con un resplandor plateado. La señora Sohlberg estaba siendo inoculada con el virus de Cowperwood, cuyo efecto era mortífero. Su carácter, por muy letárgico que pareciera, tendía a la acción, una vez que se había despertado emocionalmente. En esencia, era dinámica y apasionada. Cowperwood comenzaba a estar presente en su mente en calidad de lo que realmente era, una fuerza. Sería maravilloso que un hombre así la amara. Entre ellos, surgiría una vida intensa y apasionada, que la asustaba y la atraía como una centelleante lámpara en la oscuridad. Para controlarse, hablaba de arte, de la gente, de París, Italia, y él le respondía como si estuviera en tensión, pero acariciándole la mano todo el tiempo, y una vez, bajo la sombra de unos árboles, le puso la mano en el pelo, hizo que girara la cabeza y posó los labios en su mejilla suavemente. Ella se sonrojó, tembló y después se puso pálida, arrebatada por esta extraña tormenta, pero logró recomponerse. Era maravilloso; el cielo. Su antigua vida, obviamente, se estaba haciendo añicos.

—Escuche —le dijo él con cautela—. ¿Se encontrará conmigo mañana a las tres al otro lado del puente de Rush Street? La recogeré enseguida; no tendrá que esperar ni un minuto. —Ella se quedó en silencio, meditando, soñando, casi hipnotizada por su extraño mundo de fantasía—. ¿Lo hará? —le preguntó ansioso.

—Espere —le dijo con suavidad—. Déjeme pensar. ¿Puedo? —Y volvió a quedarse en silencio.

»Sí —dijo al cabo, inspirando profundamente. “Sí”, como si hubiera organizado algo en su mente.

—Mi cielo —susurró él, apretándola el brazo mientras miraba su perfil a la luz de la luna.

—Aunque quizá me esté excediendo —contestó ella con suavidad, con palabras algo entrecortadas y un poco pálida.

CAPÍTULO XVI

Un interludio fatídico

Cowperwood estaba encantado. Acudió a la cita con entusiasmo y descubrió que ella era todo lo que había deseado. Era más dulce, más interesante y más difícil de aprehender que ninguna otra persona que hubiera conocido. En el encantador apartamento del North Side que él se había apresurado a reservar, y en el que a veces pasaba mañanas, tardes y noches, según se presentara la oportunidad, la estudió con ojo crítico y descubrió que prácticamente no había en ella defecto alguno. Poseía ese valor ilimitado que proporciona la juventud y cierta despreocupación en la manera de actuar. Resulta delicioso relatar que su naturaleza carecía de melancolía, y en su lugar había una especie de suficiencia, que ni se anticipaba ni se regodeaba en penosos males. Amaba las cosas bellas, pero no era extravagante; y lo que a él le interesaba y le inspiraba respeto era que no se dejara afectar por sus ofertas de generosidad, por muy sutiles que estas fueran. Ella sabía lo que quería, gastaba con cuidado, compraba con gusto, se arreglaba de manera que a él le resultaba atractiva, como ocurría con las flores. En algunos momentos, lo que llegó a sentir por ella era tan fuerte que casi podría decirse que llegó a desear destruirlo; aplacar el deseo y aliviar aquella atracción, pero era inútil. El encanto de ella permanecía. Los arrebatos de él parecían hacer que estuviera más lozana, más bella, más elegante que nunca; o eso le parecía a él cuando se echaba el pelo despeinado hacia atrás con la mano, mientras hablaba delante del espejo con aquella bonita boca, pensando al mismo tiempo en muchas cosas deliciosas y lejanas.

—¿Recuerdas el cuadro que vimos en la galería de arte el otro día, Algernon? —dijo con su acento peculiar, llamándolo por su segundo nombre, que era el que había adoptado para él porque le parecía más adecuado para el estado de ánimo que tenía cuando estaba con ella y porque, además, le gustaba más. Cowperwood había protestado, pero ella se atuvo a él—. ¿Recuerdas lo bonito que era el azul de la capa del anciano? (Se trataba de *La adoración de los Magos*^[1].) ¿No te pareció precioso?

Arrastraba las sílabas de una manera tan encantadora e hizo una mueca tan extraña con la boca, que sintió el impulso de besarla.

—Eres una flor de trébol —le dijo, acercándose y cogiéndola por los brazos—. Una flor del cerezo. Eres un sueño, una figurita de porcelana de Dresde^[2].

—¿Vas a despeinarme, cuando acabo de conseguir arreglarme el pelo?

Era la voz cordial de la inocencia; y también los ojos.

—Sí, eso voy a hacer, picaruela.

—Sí, pero no me ahogues. Casi me haces daño con la boca, ¿sabes? ¿Es que no vas a tratarme bien?

—Sí, cariño. Pero también quiero hacerte daño.

—Bueno, entonces, si tienes que hacerlo.

Pero a pesar de todos sus arrebatos, el encanto seguía estando allí. Era como una mariposa, pensaba, blanca y amarilla, o azul y dorada, que revoloteaba sobre un seto de rosas silvestres.

Fue en estos momentos de intimidad cuando él vino a darse cuenta rápidamente de cuánto sabía ella de movimientos y tendencias sociales, a pesar de que vivía al margen de la sociedad. Entendió enseguida con claridad su punto de vista sobre la sociedad, sus ambiciones artísticas y sus sueños de conseguir algo mejor para sí mismo en todos los sentidos. Parecía ver con nitidez que él aún no se había dado cuenta de que Aileen no era la mujer adecuada para él, y de que quizá ella sí pudiera serlo. Hablaba de su marido, pasado algún tiempo, con cierta tolerancia —de sus manías, sus defectos y sus puntos débiles—. Pensaba que no era que ella fuese poco comprensiva, sino que estaba cansada de una situación que carecía de equilibrio, tanto en el amor como en la capacidad y en inteligencia. Cowperwood le había sugerido que buscara un estudio más grande para ella y para Harold —que acabara con aquella vida de ahorro que tanto los había obstaculizado a ambos— y que lo explicara todo argumentando que su familia era ahora más generosa. Al principio objetó, pero Cowperwood fue discreto y finalmente lo hizo posible. Volvió a sugerir algo más adelante que debería convencer a Harold para que fuera a Europa. Podría ofrecer la misma aparente justificación: medios adicionales procedentes de sus parientes. La señora Sohlberg, animada de este modo, acariciada, convencida y tranquilizada, finalmente aceptó su liberalidad —someterse a él—; y ronroneaba como un gato contento. Aceptaba su generosidad con cautela, y hacía de ella el mejor uso. Durante algo más de un año, ni Sohlberg ni Aileen se dieron cuenta de la intimidad que había nacido entre ellos. Sohlberg, que se dejaba engatusar con facilidad, volvió a Dinamarca a hacer una visita y después se fue a Alemania a estudiar. La señora Sohlberg siguió a Cowperwood a Europa al año siguiente, y Aileen nunca supo que en Aix-les-Bains, en Biarritz, en París e incluso en Londres, había otra figura en la sombra. Cowperwood, entrenado por Rita, alcanzó un punto de vista mucho más sutil, y llegó a conocer mejor música, libros e incluso hechos. Ella lo animaba en su idea de hacerse con una colección representativa de los antiguos maestros, y le rogaba que fuese cauteloso a la hora de hacer una selección de los modernos. Y él se sentía deliciosamente situado.

La dificultad de esta situación, al igual que en todas las de características parecidas donde los individuos se aventuran como bucaneros en el mar del sexo, es la posibilidad de que se produzcan esas tormentas que son fruto de la confianza inmerecida y del sistema ético imperante referente al sentido de la propiedad de las mujeres. Para Cowperwood, sin embargo, que era una ley en sí mismo, y que no

conocía más ley que la que él mismo podía llegar a imponerse debido a su falta de capacidad para pensar, la posibilidad de un enredo amoroso, de la ira, la rabia o el dolor no representaba obstáculo alguno. Mientras que cualquier hombre normal podría haber encontrado semejante situación difícil de manejar, Cowperwood, como hemos visto, ya se había visto involucrado en varias relaciones de este tipo y de manera casi simultánea; y ahora, se había aventurado con una nueva, y en este último caso, con mucho más sentimiento y entusiasmo. Las aventuras anteriores habían sido como mucho apaños provisionales —flirteos más o menos vanos en los que sus sentimientos no se habían visto involucrados—. En el caso de la señora Sohlberg, todo eso había cambiado. Por el momento, al menos, ella lo era todo para él. Pero su particular temperamento, tan inclinado a adorar a las mujeres, a someterse a su belleza por lo que esta tenía de artística, sin que eso implicara que sus emociones se vieran involucradas, y el misterio que para él suponía la personalidad femenina, lo llevó a iniciar una nueva aventura, cuyas consecuencias no fueron tan afortunadas.

Antoinette Nowak había llegado hasta él directamente desde una escuela secundaria del West Side y de una escuela de administración de empresas de Chicago, y había sido contratada como su taquígrafa y secretaria particular. Esta muchacha había florecido hasta convertirse en algo excepcional, como suele ocurrir con los hijos norteamericanos de padres extranjeros. Era casi increíble que ella, con aquel cuerpo bonito y ágil, con su buen gusto en el vestir, su habilidad como taquígrafa y contable, con sus dotes comerciales, pudiera ser la hija de un polaco que luchaba por abrirse camino, que había trabajado primero en las fundiciones del sudoeste de Chicago, y que después había regentado una tienducha en la que vendía tabaco, periódicos y artículos de papelería en el distrito polaco, pero cuya mercancía principal eran las partidas de cartas y cuya principal razón de ser era un cuarto trasero en el que holgazanear y en el que jugar de manera ocasional. Antoinette, cuyo nombre real no tenía nada que ver con ese, sino que se llamaba Minka (había adoptado el nombre de Antoinette a raíz de un artículo de uno de los periódicos dominicales de Chicago) era una muchacha bonita, morena y pensativa, ambiciosa y llena de esperanzas, que diez días después de haber aceptado el puesto, admiraba a Cowperwood y seguía todos sus audaces movimientos con un interés casi exaltado. Ser la esposa de un hombre así, pensaba —o aunque fuera sólo atraer su interés, o incluso su amor— debía de ser maravilloso. Después del mundo deslustrado que había conocido —ahora le parecía deslustrado, comparado con las esferas más altas y menos frecuentes que empezaba a vislumbrar a través de él— y de los hombres mediocres que había conocido en la agencia inmobiliaria en la que había empezado a trabajar, Cowperwood, con su ropa de buena calidad, su actitud distante, su facilidad para ejercer la autoridad, despertaba las ambiciones más ocultas de su ser. Un día vio a Aileen llegar en su carruaje, vestida con cálidas pieles de color castaño, con unas elegantes y brillantes botas, un traje de calle de lana marrón acanalada y un casquete de piel realzado por una larga pluma de color rojo oscuro, que aparecía enhiesta como

un puñal o como una pluma de escribir. Antoinette la odiaba. Pensaba que ella era mejor, o al menos, igual de buena. ¿Por qué la vida se dividía de manera tan injusta? ¿Y qué tipo de hombre era Cowperwood? Una noche después de que ella hubiera escrito una biografía discreta aunque sincera que él le había dictado, y que se había encargado de enviar a los periódicos de Chicago poco después de que abriera su oficina de correduría en la ciudad, se fue a casa y soñó con lo que él le había contado, sólo que alterado, como suele ocurrir en los sueños. Pensaba que Cowperwood estaba de pie a su lado en la elegante oficina de La Salle Street y que le preguntaba:

«Antoinette, ¿qué piensas de mí?», y Antoinette se sintió desconcertada, pero aun así fue valiente. En el sueño descubrió que estaba tremendamente interesada en él.

«Ah, no sé qué pensar. Lo siento mucho», fue su respuesta. Y después él le puso la mano en la suya, y en la mejilla, y entonces se despertó. Comenzó a pensar que era una lástima, una pena que un hombre así hubiera estado alguna vez en la cárcel. Era atractivo. Había estado casado dos veces. Quizá su primera esposa fuera poco atractiva o mezquina. Pensaba en estas cosas y al día siguiente fue a trabajar con aire meditabundo. Cowperwood, absorto en sus propios planes, no pensaba en ella por entonces. Pensaba en los pasos que daría a continuación en su interesante guerra del gas. Y Aileen, al verla un día, se limitó a considerarla inferior a ella. Hacía muy poco que las mujeres se habían incorporado a aquel tipo de trabajos relacionados con los negocios, que además, aún se consideraban propios de la clase baja. Aileen no le dio a Antoinette la menor importancia.

Aproximadamente un año después de que Cowperwood iniciara su relación amorosa con la señora Sohlberg, su relación profesional con Antoinette Nowak adquirió un tono más íntimo. ¿Qué podríamos decir al respecto? ¿Que ya se había cansado de la señora Sohlberg? Ni muchísimo menos. La quería con desesperación. ¿O que despreciaba a Aileen, a la que engañaba de manera flagrante? En absoluto. En ocasiones seguía siendo para él tan atractiva como siempre —quizá incluso más, por la sencilla razón de que consideraba que los derechos que ella se arrogaba estaban siendo violentamente infringidos—. Sentía lástima de ella, pero tenía tendencia a justificarse basándose en que esas otras relaciones —con la excepción quizá de la señora Sohlberg— no eran duraderas. Si le hubiera sido posible casarse con la señora Sohlberg, quizá lo hubiera hecho, y a veces especulaba sobre si alguna vez habría algo que indujera a Aileen a abandonarlo; pero no dejaban de ser especulaciones vanas. En cierto sentido, imaginaba que pasarían toda la vida juntos, en vista de que podía engañarla con tanta facilidad. Pero en lo tocante a una muchacha como Antoinette Nowak, sólo era un adorno en aquella sinfonía entrelazada de simple atracción sexual que dibuja de algún modo esa fórmula geométrica de belleza que domina el mundo. Era morena y atractiva, bella, y en los ojos le brillaba el fuego de la insatisfacción; y Cowperwood, sobre el que al principio no causó ningún efecto, comenzó a interesarse gradualmente por ella, maravillado ante el sorprendente poder de transformación del ambiente estadounidense.

—¿Son sus padres ingleses, Antoinette? —le preguntó una mañana con esa familiaridad cordial que adoptaba con todos sus subordinados y con los que eran inferiores a él intelectualmente; una actitud que no podía tomársele a mal, y que normalmente era aceptada como un cumplido.

Antoinette, con aspecto pulcro y fresco, vestida con una blusa blanca, una falda negra de paseo, una cinta de terciopelo negro rodeándole el cuello, y el pelo largo y negro recogido en una trenza gruesa colocada sobre la frente y asegurada con una peineta blanca de celuloide, lo miró satisfecha y con agradecimiento. Había estado acostumbrada a un tipo de hombre muy diferente —los hombres serios, fogosos, excitables, y a veces borrachos y blasfemos de su infancia, siempre en huelga, manifestándose y rezando en las iglesias católicas; y después, los hombres del mundo comercial, locos por el dinero, y que no entendían de nada más que de unos cuantos datos sobre Chicago y sobre las posibilidades del momento—. En la oficina de Cowperwood, escribiendo sus cartas y oyéndolo hablar de aquella manera suya tan rápida y afable con el viejo Laughlin, con Sippens y con otros, había aprendido más de la vida de lo que nunca hubiera podido ni soñar que existiera. Era como una enorme ventana abierta que le permitía divisar un paisaje ilimitado.

—No, señor —contestó ella, dejando caer su mano blanca y delgada, pero firme y que sostenía un lápiz de mina negra sobre el cuaderno, y sonrió de manera inocente porque aquello le agradó.

—Eso pensaba —dijo él—, pero aun así tú eres muy norteamericana.

—No sé por qué será —dijo ella con bastante solemnidad—. Tengo un hermano que es igual de norteamericano que yo. Ninguno de los dos nos parecemos a nuestros padres.

—¿A qué se dedica su hermano? —preguntó aparentando indiferencia.

—Es pesador en Arneel & Co. y espera llegar a ser encargado algún día —dijo con una sonrisa.

Cowperwood la miró con interés y de manera inquisitiva, y tras devolverle la mirada por un instante, ella bajó los ojos. Lentamente, y a pesar de sí misma, un leve rubor delator tiñó sus mejillas morenas. Siempre le ocurría cuando él la miraba.

—Llévele esta carta al general Van Sickle —comenzó él de manera amable, y a los pocos minutos ella ya se había recuperado. No podía pasar mucho tiempo cerca de Cowperwood sin que se despertara un sentimiento que escapaba a su voluntad. La fascinaba y el fuego la teñía lentamente. A veces se preguntaba si un hombre tan extraordinario podría llegar alguna vez a interesarse en una muchacha como ella.

El final de este interés inicial fue, por supuesto, que Cowperwood terminó por cautivar a Antoinette. Podríamos repasar todos los detalles que llevaron hasta eso durante los días en los que ella escribió a su dictado, recibió instrucciones sobre sus obligaciones en la oficina en un estado de calma aparente, y de manera práctica y puramente profesional; pero sería inútil. De hecho, sin que eso afectara en modo alguno a la exactitud y meticulosidad de su trabajo, los pensamientos de ella siempre

estaban en el hombre que ocupaba la oficina privada —aquel extraño jefe que recibía a sus hombres, y entre medias, o eso parecía, a todo un mundo de personajes, solemnes y comerciales, que venían, le presentaban su tarjeta, hablaban con él a veces en entrevistas interminables, y después se marchaban—. Sin embargo, los que más le interesaban y a los que observaba eran los individuos infrecuentes que mantenían una larga conversación con Cowperwood. Las instrucciones que le daba eran siempre muy escuetas, y él confiaba en la inteligencia de ella para que le proporcionara aquello que él se había limitado simplemente a sugerir.

—¿Comprende, verdad? —Era su frase habitual.

—Sí —solía contestar ella.

Sentía que en aquel lugar era cincuenta veces más importante de lo que lo había sido nunca en su vida.

La oficina era limpia, sólida, brillante, como el propio Cowperwood. El sol de la mañana, que se colaba por la fachada este que era prácticamente entera de cristal, matizado por cortinas enrollables de color verde pálido, llegó a representar para ella una atmósfera casi romántica. La oficina privada de Cowperwood, al igual que la de Filadelfia, era un apartado de madera de cerezo maciza en el que podía aislarse completamente —de modo que no se le pudiera ver ni oír—. Cuando la puerta estaba cerrada, aquel lugar era sacrosanto. Con muy buen juicio, por regla general mantenía la puerta abierta tanto como le era posible, incluso cuando estaba dictando, aunque a veces no lo hacía. Fue durante estas medias horas de dictado —con la puerta abierta, por lo general, ya que no tenía especial interés en mantener la privacidad— cuando él y la señorita Nowak empezaron a intimar. Tras muchos meses, durante los que había estado ocupado con la otra dama ya mencionada, y de la que ella no sabía nada, llegó a entrar con cierta sensación de sofoco, y a veces con el pudor propio de una doncella. Nunca se le habría ocurrido admitir con franqueza que quería que Cowperwood le hiciera el amor. Se habría asustado de sí misma si hubiera llegado a considerar que pudiera entregarse con facilidad, y, aun así, no había ni un solo detalle de la personalidad de él que no hubiera quedado impreso a fuego en su cerebro. El pelo, espeso, con la raya siempre perfectamente hecha, y los ojos, grandes, claros e inescrutables; las manos, perfectamente cuidadas, tan firmes; la ropa, limpia y fresca, de diseño elaborado. ¡Cómo la fascinaba todo esto! Siempre parecía distante, menos justo en el momento en el que tenía que hacer cualquier cosa, cuando, curiosamente, parecía tremendamente cercano y conocido.

Un día, tras muchos intercambios de miradas, tras los que siempre era ella la que apartaba la suya —en mitad de una carta—, él se levantó y cerró la puerta que estaba entreabierta. Ella no le dio demasiada importancia, ya que había ocurrido otras veces, pero ahora, hoy, una mirada estudiada que él le había lanzado, que no había sido ni tierna ni sonriente, le hizo sentir que algo fuera de lo corriente estaba a punto de suceder. En su cuerpo se alternaban el frío y el calor —en el cuello y las manos—. Tenía una figura muy bonita, mucho más de lo que era consciente, con las

extremidades y el torso bien proporcionados. Su cabeza tenía cierto aire de cuño griego y llevaba el pelo trenzado como en las antiguas esculturas de piedra. Cowperwood se fijó en eso. Regresó y, sin sentarse, se inclinó sobre ella y le cogió la mano en un gesto íntimo.

—Antoinette —le dijo, haciendo que se levantara con suavidad.

Ella levantó la mirada y después se puso en pie —porque él la obligaba con lentitud—, sin aliento, con el color perdido, y con gran parte de su característica eficiente practicidad completamente eliminada. Se sentía floja, inerte. Él le tiraba de la mano débilmente y después, al levantar los ojos, se sintió atravesada por la mirada de Cowperwood, dura e insaciable, fija sobre ella. La cabeza le daba vueltas y los ojos delataban la confusión que sentía.

—¡Antoinette!

—Sí —murmuró ella.

—Me amas, ¿no es verdad?

Ella intentó tranquilizarse e inyectar a su actitud parte de aquella fortaleza que poseía —fortaleza que siempre había imaginado que nunca la abandonaría—, pero había desaparecido. En lugar de eso, se le representó la imagen de su barrio, de la lejana Blue Island Avenue, de donde procedía, con sus casitas bajas y pardas, y después, esta oficina elegante y sólida, y este hombre tan fuerte, que parecía proceder de un mundo tan maravilloso. La sangre parecía hormiguarle de una manera extraña, y se sintió loca y deliciosamente entumecida y feliz.

—¡Antoinette!

—Ay, no sé ni lo que pienso —dijo, respirando con dificultad—. Sí, oh, sí. Lo amo.

—Me gusta tu nombre —se limitó a decir él—. Antoinette. —Y después, atrayéndola hacia él, le pasó el brazo por la cintura.

Ella estaba asustada, paralizada, y de repente, no tanto por la vergüenza como por la impresión, se le llenaron los ojos de lágrimas. Se giró, poniendo la mano sobre la mesa, bajó la cabeza y sollozó.

—Pero, Antoinette —dijo él con dulzura, inclinándose sobre ella—, ¿tan poco acostumbrada estás a las cosas de la vida? Creí que habías dicho que me amabas. ¿Quieres que me olvide de todo esto y que sigamos como hasta ahora? Puedo hacerlo, si tú puedes, claro.

Sabía que ella lo amaba, que lo quería.

Lo oyó perfectamente, mientras temblaba.

—¿Eso quieres? —dijo él al cabo de un momento, dándole tiempo para que se recuperara.

—¡Oh, déjeme llorar! —consiguió decir tras recuperarse lo suficiente como para hablar, y dijo algo atolondrada—: No sé por qué estoy llorando. Es sólo que estoy nerviosa, supongo. Por favor, no me haga caso.

—Antoinette —repitió él—. ¡Mírame! ¿Vas a dejar de llorar?

—No, ahora no. No con los ojos así.

—¡Antoinette! ¡Vamos, mírame! —La cogió por la barbilla—. ¿Ves? No soy tan terrible.

—Oh —exclamó ella de nuevo cuando sus miradas volvieron a encontrarse—. Yo... —Y entonces se dejó caer sobre el pecho de él con los brazos cruzados, mientras él le acariciaba la mano y la apretaba contra su cuerpo.

—No soy tan malo, Antoinette. Esto es algo de los dos. Entonces sí que me amas, ¿verdad?

—Sí, sí, oh, ¡sí!

—¿Y no te importa?

—No. Todo esto es tan extraño. —Tenía la cara oculta.

—Entonces, bésame.

Alzó los labios y lo rodeó con los brazos, y él la apretó contra sí.

Intentó juguetonamente que ella le dijera por qué lloraba, mientras al mismo tiempo se preguntaba lo que pensarían Aileen y Rita si lo supieran, pero se negó a hacerlo en un principio, aunque más tarde admitió que lo hacía porque tenía la sensación de que no estaba bien. Curiosamente, ella también pensaba en Aileen, y en cómo, en alguna ocasión, la había visto entrar y salir. Y ahora compartía con ella (la elegante señora Cowperwood, tan vanidosa y estirada) el maravilloso amor de él. Por raro que parezca, ahora lo consideró casi un honor. Había crecido en su propia estima —según su sentido de la vida y del poder—. Ahora, más que nunca antes, sabía algo de la vida porque conocía algo del amor y la pasión. El futuro parecía cargado de promesas, y al rato, volvió a su máquina pensando en ello. ¿Adónde llevaría todo aquello?, se preguntaba exaltada. Nadie, al ver sus ojos, podría haber adivinado que había estado llorando, y el rubor que tenían sus mejillas morenas realzaba su belleza. La existencia de Aileen no empañaba nada de esto. Antoinette pertenecía al nuevo orden que comenzaba a cuestionar de manera privada la ética y la moral. Tenía derecho a vivir su vida, la llevara donde la llevara. Y a lo que pudiera depararle. Aún sentía en sus labios los de Cowperwood. ¿Qué iba a revelar ahora el futuro? ¿Qué?

CAPÍTULO XVII

El preludio del conflicto

El resultado de este entendimiento no era tan importante para Cowperwood como para Antoinette. Movido por el capricho, había desatado un espíritu fiero y apasionado, pero en su caso, uno que lo adoraba con desesperación. Sin importar cuánto él llegara a afligirla, Antoinette, como descubriría más tarde, nunca pecaría contra su bienestar personal. A pesar de lo cual, fue por ella y de manera inconsciente, como se abrieron las compuertas de la sospecha para Aileen, estableciendo así en la conciencia de esta última la certeza de que Cowperwood le era infiel de manera persistente.

Los incidentes que llevaron a esto fueron relativamente triviales: en un principio, nada más que la visión de la señorita Nowak y Cowperwood hablando en privado en su oficina una tarde cuando los otros ya se habían marchado, y el hecho de que ella pareciera sentirse ligeramente alterada ante la llegada de Aileen. Más adelante descubriría —aunque en este caso Aileen no podía estar completamente segura— a Cowperwood y a Antoinette en un carruaje cerrado una tormentosa tarde de noviembre en State Street, cuando se suponía que él estaba fuera de la ciudad. Ella salía en aquel momento de la tienda de Merrill y miró por casualidad el vehículo que pasaba en ese instante cerca del bordillo. Aileen, aunque no estuvo segura del todo, se sintió tremendamente conmocionada. ¿Era posible que no se hubiera marchado de la ciudad? Se desplazó hasta su oficina con el pretexto de llevarle a la perrita del viejo Laughlin, Jennie, un bonito collar que había encontrado; aunque en realidad, iba para averiguar si Antoinette también estaba fuera al mismo tiempo. ¿Era posible, no dejaba de preguntarse, que Cowperwood se hubiera interesado en su propia taquígrafa? El hecho de que en la oficina dieran por sentado que él estaba fuera de la ciudad y de que Antoinette no estaba allí le dio un respiro. Laughlin, con toda inocencia, le informó de que pensaba que la señorita Nowak había ido a una de las bibliotecas a preparar ciertos informes. Eso la dejó en duda.

¿Qué debía pensar Aileen? Su estado de ánimo y sus aspiraciones estaban íntimamente unidos al amor y al éxito de Cowperwood, por lo que no podía por menos que enardecerse, aunque no quisiera, ante el más leve pensamiento de perderlo. Él mismo a veces se preguntaba, mientras recorría los enrevesados senderos del sexo, qué haría ella una vez que descubriera su veleidosa conducta. Habían reñido en alguna ocasión, y aunque no fuera nada realmente serio, sí le permitía hacerse a la idea, cuando andaba jugueteando con la señora Kittridge, con la señora Ledwell y con otras. Como bien se puede imaginar, de cuando en cuando había ausencias, breves y

poco importantes, que él explicaba fácilmente, gestos que denotaban indiferencia pasional que no podían explicarse con tanta facilidad, y cosas parecidas; pero como sus afectos no estaban comprometidos en ninguno de esos casos, se las había arreglado para suavizar la situación de manera bastante satisfactoria.

—¿Por qué dices eso? —solía preguntar cuando ella, a propósito de algún viaje o de algún día que no hubiera pasado con ella, sugería que quizá hubiera otra—. Sabes que no. Si me dedicara a ese tipo de cosas, te enterarías rápido. Y aunque algo de eso ocurriera, no significaría que te fuese infiel en espíritu.

—¿Ah, no? —exclamaba Aileen, con resentimiento y con el ánimo trastornado—. Bueno, puedes quedarte con tu fidelidad espiritual. No pienses que voy a contentarme sólo con pensamientos cariñosos.

Cowperwood se reía al tiempo que lo hacía ella porque sabía que lo que decía era cierto y le inspiraba lástima. Al mismo tiempo, le gustaba su humor mordaz. Sabía que en realidad no sospechaba que le fuese infiel; era obvio que la amaba. Pero también sabía que él resultaba muy atractivo para las mujeres y que había muchas del tipo de las que gustan de flirtear dispuestas a llevarlo por el mal camino y a convertir su vida en una carga. Y también, que él podía ser una víctima más que dispuesta a serlo.

Al ser el deseo sexual y su satisfacción un factor fundamental del matrimonio y de cualquier otra relación de tipo sexual, las mujeres son proclives a estudiar las manifestaciones periódicas que los acompañan casi como otros pueden estudiar los barómetros —un marinero, por ejemplo—. Y en esto, Aileen no era ninguna excepción. Era tan hermosa y su físico había significado tanto para Cowperwood que había seguido las manifestaciones de los sentimientos de él con el mayor interés, aceptando las recurrentes ebulliciones de sus emociones físicas como prueba de que sus encantos aún se mantenían. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo —y eso fue mucho antes de que apareciera la señora Sohlberg o cualquiera de las otras— la llama inicial de la pasión había sufrido una leve disminución, aunque no resultaba aún tan evidente como para ser preocupante. Aileen pensaba sin cesar en ello, pero no investigó. Sin duda, temía hacerlo por la propia precariedad de su situación al no haber conseguido ser aceptada en la sociedad.

Con la aparición de la señora Sohlberg y después de Antoinette Nowak como nuevos factores de aquel popurrí, la situación se complicó. Aunque Cowperwood apreciaba a Aileen como persona y se sentía deseoso de ser amable para compensar sus faltas y porque ella lo amaba, en aquel momento estaba casi totalmente alejado de ella. Se volvía distante a medida que sus amores clandestinos cambiaban o ardían, sin dejar por eso de manejar con mano de hierro sus asuntos financieros, y Aileen se daba cuenta. Y le preocupaba enormemente. Era tan vanidosa que le costaba creer que Cowperwood pudiera mostrarse indiferente durante mucho tiempo, y durante una época su interés sentimental por el futuro y la infelicidad espiritual de Sohlberg le nublaron el entendimiento; pero finalmente comenzó a notar el rumbo que tomaba

aquel asunto. Lo patético de todo esto es lo rápido que se desciende al reino de lo insatisfactorio, de lo banal, y la facilidad con la que la intimidad se convierte en algo fingido. Aileen lo notó enseguida y probó a protestar.

—Ya no me besas como solías antes. —Y un poco más tarde—. No te has fijado en mí desde hace cuatro días. ¿Qué pasa?

—Oh, no lo sé —contestaba Cowperwood con naturalidad—. Supongo que te quiero como siempre. No veo que haya cambiado. —Y la cogía entre sus brazos y la acunaba y la acariciaba; pero Aileen seguía sospechando y estaba nerviosa.

La psicología del animal humano tiene poco que ver con lo que llamamos la razón o la lógica cuando se enfrenta a estos enredos, a las magníficas mareas del corazón. Es sorprendente cómo ante la pasión y los afectos, y ese aspecto cambiante de la vida, todos los planes y teorías por los que nos guiamos se nos vienen abajo. Aquí tenemos a Aileen, que hablaba con tanto valor de la necesidad de «su Frank» de encontrar a una mujer que estuviera a la altura de sus necesidades, sus gustos y sus capacidades cuando ella invadió los dominios de la señora Lillian Cowperwood, pero ahora que existía la posibilidad de que otra mujer, quizá igual de adecuada para él o incluso más que ella, surgiera como una amenaza en el horizonte —aunque ella no tuviera ni idea de quién podría ser— no lograba razonar del mismo modo. Ahora, bien lo sabía Dios, era ella la que sufría la cornada. ¿Y si encontraba a alguien a quien llegara a querer más que a ella? Cielo santo, ¡eso sería terrible! ¿Qué sería de ella?, se preguntaba. Una tarde se puso melancólica —hasta el punto de casi echarse a llorar— y casi sin saber por qué. En otra ocasión pensó en todas las cosas terribles que estaría dispuesta a hacer y en lo difícil que se lo pondría a cualquier mujer que invadiera su coto vedado. Pero no estaba segura. ¿Declararía la guerra si supiera que había otra? Sabía que podría hacerlo llegado el caso; pero también sabía que, si lo hacía, y si Cowperwood estaba arrebatado por la pasión y completamente alejado de ella, no serviría para nada. Sería terrible, pero ¿qué podía hacer para reconquistarlo? Esa era la cuestión. Sin embargo, Cowperwood, una vez advertido por las preguntas de ella que delataban sus sospechas, se volvió mecánicamente atento. Se esforzaba por ocultar las alteraciones de su estado de ánimo —su entusiasmo por la señora Sohlberg y su interés por Antoinette Nowak— y esto ayudó en algo.

Pero al final se produjo un cambio detectable. Aileen lo notó por primera vez casi al año de regresar de Europa. Por esta época ella seguía manteniendo su interés por Sohlberg, que no consistía más que en un flirteo inofensivo. Pensaba que quizá resultara interesante físicamente, pero ¿sería igual de delicioso que Cowperwood? ¡Nunca! Cuando ella sintió que quizá Cowperwood estuviera cambiando, frenó al instante, y cuando Antoinette apareció —cuando ocurrió el incidente del carruaje—, Sohlberg perdió su, en el mejor de los casos, inestable encanto. Comenzó a pensar en lo terrible que sería perder a Cowperwood, en vista de que no había logrado hacerse un lugar en la sociedad. Quizá eso tuviera algo que ver con su desertión. No cabía duda de que sí. Pero aun así se resistía a creer, tras las declaraciones de amor de él en

Filadelfia, tras tantos años de devoción por él en aquellos días aciagos de su degradación y su castigo, que él se volviera contra ella. No, quizá podría apartarse de ella momentáneamente, pero si protestaba lo suficiente, si le hacía una escena, quizá no se sintiera con tanta libertad para hacerle daño —recordaría y se volvería de nuevo cariñoso y amante—. Después de verlo, o de imaginar que lo había visto, en el carruaje, pensó al principio en interrogarlo, pero después decidió que sería mejor esperar y observarlo con más atención. Quizá hubiera empezado a andar por ahí con otras mujeres. Cuantas más, menos peligro; de eso estaba segura. Su corazón y su orgullo estaban heridos, pero no rotos.

CAPÍTULO XVIII

El enfrentamiento

Rita Sohlberg tenía una personalidad tan peculiar, que su propio modo de actuar disipaba cualquier sospecha, o más bien, la desviaba. Aunque era una principiante, poseía una extraña facilidad, así como valentía o quizá, equilibrio espiritual, que le permitía mantenerse entera y serena incluso en las circunstancias más difíciles. Podrían sorprenderla en la postura más comprometedora, pero su actitud habría dado a entender tranquilidad y cierto aire de inocencia, lo que no era nada extraño, puesto que no sentía que aquel asunto supusiera ninguna degradación moral —carecía de emociones molestas sobre lo que pudiera derivarse de una relación de este tipo y de preocupación por su propia alma, el pecado, la opinión de la sociedad y otras similares—. Lo que verdaderamente le interesaba eran la vida y el arte —en realidad, era pagana—. Algunas personas son así de fuertes. Es el atributo más notable de las personalidades capaces de resistir las dificultades —que no son necesariamente las más brillantes ni las que más éxito tienen—. Se podría decir que su alma era inocentemente inconsciente de la agonía que sufrían los otros ante la pérdida. Ella se habría hecho a cualquier pérdida con sorprendente ecuanimidad —con alguna molestia, por supuesto, pero no demasiadas—, porque su vanidad y su sentido de la belleza la habrían obligado a seguir adelante y buscar algo mejor, o al menos, igual de bueno.

Había visitado a Aileen con bastante asiduidad en el pasado, con o sin Harold, y con frecuencia había paseado en el carruaje con los Cowperwood o los había acompañado al teatro y a otros lugares. Había decidido, tras comenzar su relación íntima con Cowperwood, volver a estudiar arte, lo que le suponía un excelente pretexto, ya que por las tardes debía asistir a clases que se saltaba con frecuencia. Además, desde que Harold tenía más dinero, se estaba volviendo más alegre, más imprudente y más entusiasta con las mujeres, y Cowperwood le aconsejó que lo animara a iniciar alguna relación que, en caso de que más adelante fueran descubiertos, sirviera para atarle las manos.

—Deja que inicie alguna aventura —le dijo Cowperwood a Rita—. Pondremos detectives a seguirle la pista para conseguir pruebas. No podrá decir ni una palabra.

—No es necesario que hagamos eso —protestó ella con dulzura y candidez—. Ya se ha metido en suficientes líos. Y me ha dado algunas de las cartas (lo que pronunció alargando las sílabas como solía) que le han escrito.

—Pero harán falta testigos reales si es que alguna vez necesitamos algo de esto. Tú sólo cuéntamelo cuando se vuelva a enamorar y yo me encargaré del resto.

—Sabes que creo —dijo de nuevo alargando las palabras—, que ya está enamorado. Lo vi en la calle el otro día con una de sus alumnas; una muchacha bastante bonita, por cierto.

A Cowperwood le gustó oírlo. En aquellas circunstancias, casi le habría parecido bien —no del todo— que Aileen sucumbiera a Sohlberg para poder así atraparla y asegurar su propia situación. Pero en el análisis final decidió que en realidad aquello no le gustaría —le habría supuesto un sufrimiento temporal que ella lo abandonara—. Sin embargo, en el caso de Sohlberg, empleó detectives, se descubrió la nueva aventura con su frívola alumna y encontró testigos dispuestos a jurarlo, y esto, junto con las cartas que Rita tenía en su poder, sería material más que suficiente para «silenciar» al músico si este alguna vez decidía volverse excesivamente ruidoso. De este modo, tanto Rita como Cowperwood se sintieron bastante cómodos.

Pero Aileen, que no dejaba de pensar en Antoinette Nowak, estaba loca de preocupación, y llena de dudas y curiosidad. No quería dañar a Cowperwood en modo alguno después de la experiencia que había tenido en Filadelfia, pero, aun así, cuando pensaba en la manera en la que la había abandonado, la invadía una gran rabia. Había herido su vanidad, y también su amor. ¿Qué podía hacer para buscar una justificación a sus sospechas o para despejarlas? ¿Vigilarlo ella misma? Tenía demasiada dignidad y era demasiado vanidosa como para merodear por las esquinas, o a las puertas de oficinas u hoteles. ¡Eso nunca! Y discutir con él sin tener más pruebas sería una estupidez. Era demasiado astuto como para delatarse ofreciéndole más pruebas una vez que ella hablara. Se limitaría a negarlo. No paraba de darle vueltas al asunto en un estado de irritación, y tras algún tiempo, recordó, con dolor en el corazón, que su padre había contratado a detectives para que la siguieran diez años atrás, y había llegado a descubrir su relación con Cowperwood y el lugar en el que se citaban. Aunque aquel era un recuerdo amargo para ella —algo que la atormentaba—, ahora no le parecía que utilizar aquellos mismos medios fuera algo tan detestable, dadas las circunstancias. En el primer caso, Cowperwood no había resultado perjudicado, razonaba para sí —al menos, no especialmente perjudicado— tras ser descubierto (lo cual no era cierto), y ahora tampoco lo resultaría. (Lo cual no era cierto tampoco.) Pero hay que perdonar estos errores de juicio a las almas fogosas y apasionadas cuando se sienten profundamente heridas. Pensaba que lo primero sería asegurarse de qué era lo que su amado estaba haciendo exactamente, y después decidiría qué debería hacer. Pero sabía que pisaba terreno peligroso y vacilaba al pensar en las consecuencias que podría traerle. Podría incluso dejarla si se enfrentaba a él con demasiada fiereza. Podría incluso pisotearla, como había pisoteado a su primera esposa, Lillian.

Observó con curiosidad a su señor feudal estos días, preguntándose si sería verdad que ya la había abandonado, igual que hiciera trece años antes con su primera esposa, y si de verdad sería capaz de mantener un idilio con una muchacha tan corriente como Antoinette Nowak —dándole vueltas y más vueltas—, con miedo, pero

con valentía al mismo tiempo. ¿Había algo que pudiera hacer con él? Si aún la amaba, todo terminaría bien, pero... ¡Oh!

La agencia de detectives a la que finalmente recurrió, tras semanas de angustiosa incertidumbre, era uno de esos inquietantes instrumentos que utilizan los hombres y de los que muchos no rehúsan servirse ocasionalmente, cuando se trata del único medio para solucionar algún problema delicado de sentimientos heridos o que ponga en peligro sus intereses. A Aileen, al resultar obvio que era rica, le cobraron una tarifa vergonzosamente alta, pero los servicios acordados fueron realizados satisfactoriamente. Para su sorpresa, disgusto y dolor, tras varias semanas de vigilancia, le informaron de que Cowperwood no sólo tenía una aventura con Antoinette Nowak, de la que ella sospechaba, sino también con la señora Sohlberg. Y que mantenía estas dos aventuras al mismo tiempo. Esto dejó a Aileen momentánea y verdaderamente anonadada y sin aliento.

La importancia que Aileen le daba a Rita en este momento era mayor de la que nunca le diera a otra mujer antes o después de ella. De todos los seres vivientes, las mujeres temen a las mujeres más que a ningún otro, y de entre todas ellas, a las que son bellas e inteligentes. Rita Sohlberg cada vez le había ido gustando más a Aileen, porque durante el último año había prosperado de manera evidente, y desde entonces también su belleza se había visto realzada de manera extraordinaria. Aileen se había encontrado por casualidad con Rita una vez en la avenida, cuando esta iba subida a un charrete ligero muy nuevo y elegante, y se lo comentó a Cowperwood, cuya respuesta fue: «Su padre debe de estar ganando bastante. Sohlberg nunca sería capaz de ganar tanto dinero para ella».

Aileen sentía simpatía por Harold debido a su temperamento, pero sabía que lo que Cowperwood le había dicho era cierto.

Otra vez, en una fiesta en un palco del teatro, se había fijado en lo elaborado y suntuoso que era el exquisito vestido de la señora Sohlberg, con aquellos innumerables pliegues de gasa pálida, el sorprendente encanto de los bordados y los lazos —numerosas escarapelas pequeñas— que indicaban que alguien les había dedicado mucho trabajo.

—¡Qué bonito es! —le había comentado.

—Sí —le había contestado Rita, con aparente despreocupación—; creí que la modista no iba a terminar nunca el trabajo, ¿sabe?

Había costado, en total, doscientos veinte dólares, y Cowperwood había pagado la cuenta gustosamente.

Entonces Aileen volvió a casa pensando que Rita tenía muy buen gusto y que había armonizado muy bien los materiales con su personalidad. Resultaba verdaderamente encantadora.

Pero, ahora, sin embargo, cuando parecía que aquel mismo encanto también había atraído a Cowperwood, desarrolló una oposición animal y airada contra todo aquello. ¡Rita Sohlberg! Qué satisfecha se iba a sentir cuando se enterara, como pronto

ocurriría, de que Cowperwood compartía su afecto por ella con Antoinette Nowak — una simple taquígrafa—. La misma satisfacción que sentiría Antoinette —aquella arribista artera— cuando se enterara, como así ocurriría, de que Cowperwood la amaba tan poco que tenía un apartamento para Rita Sohlberg, mientras que ella tenía que conformarse con un hotel barato o con una casa de citas.

Pero a pesar de este júbilo feroz, sus pensamientos siempre volvían a ella misma, al aprieto en el que se encontraba, que la torturaba y la destruía. ¡Cowperwood el mentiroso! ¡Cowperwood el impostor! ¡Cowperwood el furtivo! En algún momento llegó a sentir horror por aquel hombre que manifestaba sus protestas con tanta frecuencia; después, rabia —una rabia amarga e inflamada—; y después, cayó con pesar en la cuenta de cómo había cambiado su situación. Se diga lo que se diga, quitarle a una mujer como Aileen el amor de un hombre como Cowperwood era dejarla en la estacada, era como sacar a un pez de su elemento o como enfrentarla a un obstáculo infranqueable —era casi como matarla—. Fuera cual fuera la posición que creyera haber adquirido gracias a Cowperwood, estaba ahora en peligro. Y la alegría que le había supuesto ser la esposa de Frank Algernon Cowperwood se había visto empañada. El mismo día que los detectives le dieron el informe, estaba sentada en su habitación con una mirada de cansancio en los ojos, y alrededor de aquella boca preciosa se manifestaron las primeras arrugas que ella conociera, con su pasado y su futuro arremolinándosele dolorosa y difusamente en la cabeza. De repente, se puso en pie, y al ver la foto de Cowperwood sobre la cómoda, contemplándola con aquellos ojos quietos e impactantes, la agarró y la lanzó contra el suelo para pisotear después aquella cara atractiva con su bonito pie, con el corazón lleno de rabia. ¡Perro! ¡Animal! En su mente sólo veía los blancos brazos de Rita abrazándolo, y los labios de él en los de ella. Veía ante sus ojos el espectáculo de los suaves vestidos de Rita, aquellos tentadores trajes. Rita no debería poseerlo; no debería poseer nada que tuviera relación con él, ni tampoco Antoinette Nowak —aquella advenediza desgraciada, aquella empleada—. No podía creer que se hubiera rebajado a estar con una taquígrafa. Y una vez que lo pensó, decidió que no se le debería volver a permitir tener a una mujer como ayudante. Se lo debía; le debía su amor después de todo lo que ella había hecho por él, ¡cobarde!, y también le debía no involucrarse con ninguna otra mujer. Su cerebro era un torbellino de extraños pensamientos. En su estado actual, no actuaba con cordura. Estaba tan nerviosa ante la perspectiva de la pérdida que podría sufrir, que lo único que se le ocurría hacer eran cosas imprudentes, imposibles y destructivas. Se vistió con rapidez, enfebrecida, pidió un carruaje cerrado a la cochera y ordenó que la llevaran al New Arts Building. Estaba por ver si esta gatita sonrosada, esta impertinente sonriente, esta diablesa, le iba a arrebatarse a Cowperwood con sus encantos. Siguió pensando durante el trayecto. No tenía intención de quedarse cruzada de brazos sin hacer nada mientras le robaban, como ella había hecho con la señora Cowperwood. ¡Jamás! No podía tratarla de esa manera. ¡Prefería morirse antes! Primero mataría a Rita Sohlberg y a Antoinette

Nowak, y a Cowperwood y a sí misma. Prefería morir de aquella manera antes que perder a su amor. ¡Oh, sí, mil veces! Afortunadamente, Rita Sohlberg no estaba en el New Arts Building, ni Sohlberg tampoco. Habían ido a una recepción. Tampoco estaba en el apartamento del North Side, donde, bajo el nombre de Jacobs, según le habían informado los detectives, ella y Cowperwood se citaban ocasionalmente. Aileen dudó por un momento, le pareció inútil esperar, y después ordenó al cochero que la llevara a la oficina de su marido. Eran cerca de las cinco, y tanto Antoinette como Cowperwood se habían marchado, pero ella no lo sabía. Sin embargo, antes de llegar a la oficina cambió de opinión —porque era a Rita Sohlberg a quien quería ver primero—, y le ordenó al cochero que volviera al estudio de los Sohlberg, pero aún no habían regresado. Volvió a su casa sin saber hacia dónde dirigir su rabia y preguntándose cómo podría ver primero a Rita Sohlberg y a solas. Después, para su enfervorecido deleite, la presa cayó sola en la trampa. Los Sohlberg, que regresaban a su casa a las seis después de una recepción en algún lugar de Michigan Avenue, vinieron a la casa por deseo de Harold, simplemente para pasar un rato con la señora Cowperwood. Rita estaba exquisita, vestida con una combinación de celeste y lavanda que lucía galones plateados aquí y allá. Los guantes y los zapatos resultaban tremendamente románticos y el sombrero era un sueño de gráciles líneas. Al verla, Aileen, que aún se encontraba en el recibidor y que fue quien abrió la puerta, sintió unos deseos casi incontenibles de cogerla por el cuello y golpearla; pero se contuvo lo suficiente como para decir:

—Pasen. —Y aún tuvo el juicio y el control suficientes como para ocultar su ira y cerrar la puerta. Harold, que estaba junto a su esposa con un aire de satisfacción que resultaba casi ofensivo, vestido con la levita y el sombrero de seda tan de moda en aquella época y que en él no lucían nada, sirvió de momento para que Aileen se refrenara. Hizo una inclinación sonriendo y dijo:

—Oh. —Algo que no sonó ni como una «oh» ni como una «ah», sino más bien como una especie de «ou» con cierto acento danés, que normalmente no le resultaba nada desagradable al oído—. ¿Cómo está usted de nuevo, señooora Cowperwood? Ees un placer enorme volver a verla; «ou».

—Pasen un momento a la sala de visitas —dijo Aileen, casi con rudeza—. Vengo dentro de un momento. Necesito ir a buscar algo. —Pero después, como si se le acabara de ocurrir, dijo con dulzura—: Oh, señora Sohlberg, ¿puede subir a mi habitación un momento? Tengo algo que quiero mostrarle.

Rita reaccionó al instante. Siempre consideraba que era su deber ser agradable con Aileen.

—Sólo podemos quedarnos un momento —contestó con cierta astucia, pero con dulzura, y una vez ya en el recibidor—, pero subiré.

Aileen esperó para que ella subiera primero y después la siguió rápidamente escaleras arriba, con seguridad, entró detrás de Rita y cerró la puerta. Con la valentía y la rabia nacidas de su desesperación puramente animal, se volvió y cerró con llave;

después, se giró con rapidez, con los ojos encendidos con un fuego salvaje, las mejillas pálidas, aunque después le ardían, y moviendo las manos y los dedos de una manera extraña e involuntaria.

—Así que —dijo mirando a Rita y dirigiéndose hacia ella con paso rápido y enfurecido— piensas robarme a mi marido, ¿no? Piensas vivir en un apartamento secreto, ¿no? Piensas venir aquí a sonreírme y a engañarme, ¿no? ¡Bestia! ¡Zorra! ¡Prostituta! Ya te enseñaré yo, bicho de pelo rubio. A mí no me engañas. ¡Te vas a enterar de una vez por todas! ¡Toma, toma y toma!

Uniendo sus actos a las palabras, Aileen había caído sobre ella como un torbellino, como un animal, golpeándola, arañándola, ahogándola, arrancándole el sombrero de la cabeza, rasgándole las puntillas del cuello, golpeándola en la cara y agarrándola del pelo y del cuello con violencia como si intentara estrangularla y echar a perder su belleza tanto como le fuera posible. En aquel momento, la rabia le había hecho perder el control.

Rita Sohlberg se sintió totalmente sorprendida ante aquella arremetida repentina. Todo ocurrió tan rápido y fue tan terrible, que casi no llegó ni a darse cuenta de lo que estaba ocurriendo antes de que la tormenta descargara sobre ella. No hubo tiempo para discutir ni para suplicar ni para ninguna otra cosa. Aterrorizada, avergonzada y anonadada, se desplomó tras aquel ataque relámpago. Cuando Aileen comenzó a golpearla, intentó en vano defenderse, al tiempo que profería unos gritos desgarradores que se pudieron oír por toda la casa. Gritó de una manera aguda y extraña, como si se tratara de un animal salvaje a punto de morir. En aquel mismo instante, su porte elegante y civilizado la abandonó por completo. Había pasado instantáneamente de la dulzura y la delicadeza de la recepción —de los educados murmullos, posturas y palabras que en ella resultaban tan encantadores y seductores— a esa condición innata y animal que aflora con el miedo. Tenía en los ojos el horror del perseguido, los labios exangües y las mejillas pálidas y demacradas. Intentaba retirarse trastabillando y sin rastro alguno de elegancia; se retiraba y contorsionaba gritando, mientras Aileen, airada y vigorosa, la agarraba con fuerza.

Cowperwood entró en el recibidor justo antes de que comenzaran los gritos. Había llegado desde la oficina poco después que los Solhberg, y, al mirar por casualidad en la sala de visitas, había visto a Sohlberg, radiante y sonriente, envuelto en cierto aire de servilismo social y artístico, vestido con su larga levita negra abotonada y con el sombrero de seda aún en las manos.

—Ou, ¿cómo está usted, señorr Cowperwood? —había comenzado a decir, mientras movía su cabeza de rizos con un gesto amable—. Me alegro mucho de verlo de nuevo. —Cuando, pero ¿quién puede imitar un grito de terror? No existen palabras ni símbolos siquiera para el sonido del miedo y la agonía. Los gritos llenaron el recibidor, la biblioteca, la sala de visitas, la lejana cocina y hasta el sótano de una especie de vibrante terror.

Cowperwood, siempre inclinado a la acción más que a la reflexión nerviosa, se

puso alerta al instante, como un cable en tensión. ¡Santo cielo!, ¿qué podía ser aquello? ¡Qué grito tan terrible! Sohlberg, el artista, que respondía como un camaleón a los distintos aspectos emocionales de la vida, comenzó a respirar de manera estertorosa, a ponerse pálido y a perder el control de sí mismo.

—¡Dios mío! —exclamó alzando las manos—. ¡Es Rita! ¡Está arriba en la habitación de su esposa! Debe de haber ocurrido algo. Oh. —En aquel instante estaba fuera de sí, aterrorizado, temblando, casi anulado. Cowperwood, por el contrario, sin dudarle ni un momento, había tirado la chaqueta al suelo y había subido velozmente las escaleras, seguido por Sohlberg. ¿Qué podría ser? ¿Dónde estaba Aileen? Mientras subía, lo invadió la casi total certeza de que algo malo ocurría; era espeluznante, terrorífico. ¡Gritos, gritos y más gritos! «¡Oh, Dios mío! ¡No me mate! ¡Socorro! ¡Socorro!», y más gritos. El último, un lamento aterrorizado y penetrante.

Sohlberg estaba a punto de caer fulminado por un paro cardíaco del miedo que sentía; se le había puesto la cara de color gris ceniciento. Cowperwood aferró con fuerza el pomo de la puerta, y al darse cuenta de que estaba cerrada con llave, lo zarandeó, lo traqueteó y aporreó la puerta.

—¡Aileen! —gritó con fuerza—. ¡Aileen! ¿Qué está pasando ahí dentro? ¡Abre la puerta, Aileen!

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, socorro, socorro! ¡Oh, por piedad! ¡Oooooooooh! —Era Rita la que gemía.

—¡Te vas a enterar, diablesa! —oyó que decía Aileen—. ¡Ya te enseñaré yo, mal bicho! ¡Gatita, prostituta! ¡Toma! ¡Toma! ¡Toma!

—¡Aileen! —gritó él con voz ronca—. ¡Aileen! —Después, al no recibir respuesta mientras continuaban los gritos, se giró y dijo enfadado:

—¡Retírese! —le dijo a Sohlberg que gemía impotente—. Tráigame una silla, una mesa, cualquier cosa. —El mayordomo salió corriendo para obedecer sus órdenes, pero antes de que regresara, Cowperwood ya había encontrado otro instrumento—. ¡Ya lo tengo! —dijo agarrando una silla alta y esbelta de roble elaboradamente labrado que estaba en el descansillo de la escalera. La hizo girar con fuerza por encima de su cabeza y el estruendo sonó con más violencia que los gritos del interior de la habitación.

Otro golpe. La silla crujió y casi se rompió, pero la puerta siguió sin ceder.

Otro golpe. La silla se rompió y la puerta se abrió violentamente. Arrancó el pomo de un golpe y entró de un salto hasta donde se encontraba Aileen, arrodillada en el suelo encima de Rita, a la que mantenía agarrada por el cuello y a la que continuaba golpeando como si quisiera dejarla inconsciente. Cowperwood cayó sobre ella como un animal.

—¡Aileen! —gritó con fiereza, con una voz ronca, fea, gutural—. ¡Idiota! ¡Suéltala! ¿Qué demonios te pasa? ¿Qué pretendes hacer? ¿Has perdido la cabeza? ¡Loca idiota!

Le agarró las manos y se las separó. Casi la arrastró para apartarla, retorciéndola

y echándosela sobre la rodilla, para intentar que aflojara la presión. Ella estaba tan furiosa y tan fuera de sí, que aún continuó gritando, diciendo:

—¡Déjame que le dé! ¡Déjame que le dé! ¡Le voy a enseñar! ¡No intentes detenerme, perro! ¡A ti también te voy a enseñar yo! ¡Animal!

—Levanten a esa mujer —les dijo Cowperwood a Sohlberg y al mayordomo, que habían entrado—. ¡Sáquenla de aquí, rápido! Mi esposa ha perdido el juicio. ¡Que la saquen de aquí, les digo! Esta mujer no sabe lo que hace. Sáquenla de aquí y llamen al médico. Pero ¿qué clase de pelea es esta?

—¡Oh! —gimió Rita, que tenía la ropa rasgada y se encontraba casi desmayada, casi inconsciente debido al terror que la invadía.

—¡La voy a matar! —gritó Aileen—. ¡La voy a asesinar! ¡Y a ti también voy a asesinarte, perro! ¡Oh! —dijo, mientras comenzaba a golpearlo a él—, ¡ya te enseñaré yo a ti a no andar por ahí con otras mujeres! ¡Perro! ¡Animal!

Cowperwood se limitó a agarrarle las manos con fuerza y a zarandearla energicamente.

—Pero ¿qué mosca te ha picado, loca? —le dijo con aspereza mientras sacaban a Rita de la habitación—. ¿Qué es lo que intentas hacer, matarla? ¿Quieres que venga la policía? ¡Deja de gritar y compórtate, o te meteré un pañuelo en la boca! ¡Cállate, te digo! ¡Cállate! ¿Me oyes? ¡Ya basta, idiota! —Le tapó la boca con la mano, apretando fuerte y tirando de ella hacia sí. La zarandeo con brutalidad, enfadado. Era un hombre muy fuerte—. ¿Vas a parar ya? —insistió—, ¿o tendré que ahogarte para que te calles? Lo haré si no me haces caso. ¡Que pares, te digo! ¿Así es como te comportas cuando las cosas no van como tú quieres? —Ella sollozaba y se retorció, gemía, intentaba gritar, fuera de sí.

—¡Estás loca, idiota! —dijo, girándola y sacando con esfuerzo un pañuelo que le puso en la cara y que después le embutió en la boca—. ¡Ya está! —dijo aliviado—, ¿vas a callarte ya? —Seguía sujetándola con mano de hierro, mientras ella se debatía e intentaba girarse, pero él estaba dispuesto a hacer que dejara de respirar si era necesario.

Ahora que la había sometido, siguió conteniéndola con fuerza, inclinado sobre ella, sosteniéndose sobre una rodilla, aguzando el oído y pensando al mismo tiempo. Su pasión era terrible. En cierto sentido, no podía culparla. La provocación era grande, como grande era también su amor, y él conocía su temperamento lo suficientemente bien como para haber anticipado algo de este tipo. Pero, aun así, el escándalo y lo desafortunado de aquel asunto tan vergonzante alteraron su habitual equilibrio. ¿Cómo podía nadie provocar semejante tormenta? ¡Y que Aileen lo hubiera hecho! ¡Y que hubiera maltratado a Rita de semejante manera! Era bastante probable que hubiera resultado herida de cierta consideración, que le hubiera provocado daños de por vida —o que hubiera podido incluso matarla—. ¡Qué horror! ¡La tormenta de rabia que habría provocado en la opinión pública! ¡Un juicio! ¡Toda su carrera se habría esfumado en una tremenda explosión de rabia, dolor y muerte!

¡Dios mío!

Llamó al mayordomo haciendo una seña con la cabeza cuando este último, que había salido con Rita, volvió a entrar apresuradamente en la habitación.

—¿Cómo está ella? —preguntó con desesperación—. ¿Tiene heridas graves?

—No, señor; creo que no. Creo que simplemente se ha desmayado. Estará bien dentro de un rato, señor. ¿Puedo servirle en algo, señor?

En otras circunstancias, Cowperwood se habría sonreído ante una escena como aquella. Pero ahora estaba sobrio, frío.

—Ahora no —contestó, dando un suspiro de alivio y sin dejar de sujetar a Aileen con firmeza—. Salga y cierre la puerta. Llame al médico y espérelo en el recibidor. Avíseme cuando llegue.

Aileen, dándose cuenta de lo que estaban haciendo por Rita, de que sentían compasión de ella, intentó levantarse y volver a gritar; pero no pudo; su amo y señor seguía sujetándola con violencia. Cuando la puerta se cerró, volvió a decirle:

—Aileen, ¿vas a callarte? ¿Vas a dejar que me ponga en pie para que pueda hablar contigo o voy a tener que pasarme aquí toda la noche? ¿Quieres que te abandone para siempre después de esto? Comprendo todo esto, pero ahora soy yo el que está al mando, y así va a seguir siendo. Vas a recobrar la cordura y a comportarte con sensatez, o te dejaré mañana mismo tan seguro como que estoy aquí ahora. —Su voz sonó convincente—. Y ahora, ¿vamos a hablar como dos personas sensatas o vas a seguir poniéndote en ridículo, deshonrándote, deshonrando esta casa y convirtiéndote a ti misma y a mí en el hazmerreír de los sirvientes, del vecindario y de la ciudad? Menudo espectáculo has montado hoy. ¡Dios mío! ¡Un buen espectáculo, de eso no hay duda! ¡Una pelea en esta casa, una riña! Creía que tenías más sentido común —más amor propio—; de verdad que sí. Has puesto seriamente en riesgo mis oportunidades aquí en Chicago. Has herido a una mujer a la que podrías haber matado. Podrían incluso colgarte por esto. ¿Me oyes?

—Pues que me cuelguen —gimió Aileen—. Quiero morirme.

Le quitó la mano de la boca, dejó de apretarle los brazos con tanta fuerza y permitió que se pusiera de pie. Seguía mostrándose impetuosa e incontrolable, dispuesta a reprenderlo, pero una vez que se puso de pie, se enfrentó a los ojos de Cowperwood, fríos y autoritarios, que la miraban fijamente. Tenía una expresión que ella nunca había visto antes —una luz fría, invernal y contundente, que sin duda sólo sus enemigos comerciales habían visto, e incluso ellos, sólo ocasionalmente.

—¡Para ya! —exclamó—. ¡Ni una palabra más! ¡Ni una! ¿Me oyes?

Ella vaciló, tembló y cedió al fin. Toda la furia de su alma tempestuosa se calmó, como le ocurre al mar cuando cesa el viento. Había sentido deseos de gritar de nuevo, de llamarlo «¡perro!», «¡animal!» y cien cosas más igual de inútiles que se le quedaron en la punta de la lengua, pero por alguna razón, ante la presión de su mirada y la dureza de su corazón, las palabras murieron en su boca. Lo miró indecisa durante un momento, y después, se dio la vuelta y se echó en la cama tapándose las mejillas,

la boca y los ojos, y comenzó a balancearse hacia atrás y hacia delante, sintiendo la agonía de su desgracia y comenzó a sollozar:

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Mi corazón! ¡Mi vida! ¡Quiero morir! ¡Quiero morir!

Allí de pie, observándola, de repente Cowperwood percibió con intensidad el dolor del alma de Aileen, de su corazón, y se sintió conmovido.

—Aileen —dijo, tras un momento o dos, acercándose a ella y tocándola con suavidad— ¡Aileen! No llores así. No te he abandonado todavía. Tu vida no está completamente arruinada. No llores. Este es un asunto feo, pero quizá aún tenga remedio. Vamos, cálmate, Aileen.

A modo de respuesta, ella continuó balanceándose y gimiendo de manera violenta, incontrolable.

Como estaba inquieto por lo que estaba ocurriendo fuera, se volvió y salió al descansillo. Debía aparecer y hacer algo de cara a los criados y al médico; debía hacerse cargo de Rita y ofrecer algún tipo de explicación provisional a Sohlberg.

—Venga —dijo a un sirviente que pasó por allí—, cierre esa puerta y vigílela. Si la señora Cowperwood sale, avíseme inmediatamente.

CAPÍTULO XIX

Ni el infierno tiene la furia de una mujer despechada^[1]

Rita no estaba muerta ni mucho menos —sólo tenía graves arañazos y moretones, y se sentía aún ahogada—. Tenía un corte en la cabeza. Aileen le había golpeado la cabeza contra el suelo repetidamente, y esto podría haber llegado a ser grave si Cowperwood no hubiera entrado con la rapidez con la que lo hizo. Por un momento —un momento muy corto, bien es verdad— Sohlberg tuvo la impresión de que Aileen verdaderamente había perdido el juicio, de que se había vuelto loca de repente, y de que todas aquellas vergonzosas acusaciones que le había oído hacer no eran más que emanaciones de una mente trastornada. Aun así, lo que había dicho no dejaba de obsesionarlo. Él tampoco se encontraba bien —en realidad, estaba casi para que lo atendiera el médico—. Tenía los labios azulados y las mejillas pálidas. Habían llevado a Rita a una habitación contigua y la habían echado en la cama; habían traído agua fría, ungüentos y un bote de árnica; y cuando apareció Cowperwood, ella estaba consciente y se encontraba algo mejor. Pero aún se sentía muy débil y le escocían las heridas, tanto físicas como mentales. Cuando llegó el médico, le dijeron que una dama, una invitada, se había caído por las escaleras; y cuando Cowperwood entró, el médico le estaba vendando las heridas.

En cuanto se marchó, Cowperwood le dijo a la doncella:

—Tráigame agua caliente. —Cuando esta desapareció, se inclinó para besar a Rita en los labios magullados, llevándose el dedo a los labios como signo admonitorio.

—Rita —dijo suavemente—, ¿estás plenamente consciente?

Ella asintió débilmente.

—Entonces, escúchame —dijo inclinándose y hablando muy bajo—. Escúchame con atención. Presta mucha atención a lo que voy a decirte. Tienes que comprender todas y cada una de mis palabras, y hacer lo que te diga. No tienes heridas graves. Te vas a poner bien. Todo esto pasará y quedará olvidado. He mandado llamar a otro médico para que vaya a verte a tu estudio. Tu marido ha ido a buscar ropa limpia y volverá dentro de poco rato. Mi carruaje os llevará a casa cuando te hayas repuesto un poco. No debes preocuparte. Todo va a salir bien, pero tendrás que negarlo todo, ¿me oyes? ¡Todo! Hasta donde tú sabes, la señora Cowperwood ha perdido la cabeza. Yo hablaré con tu marido mañana y te enviaré a una enfermera. Mientras tanto, debes cuidar lo que dices y cómo lo dices. Estate completamente tranquila. No te preocupes. Aquí estás totalmente a salvo, y también lo estarás allí. La señora Cowperwood no volverá a molestarte. Yo me encargaré. Lo siento mucho; te amo.

Siempre estoy contigo y no debes dejar que esto cambie en nada las cosas. No volverás a verla.

Pero él sabía que sí las cambiaría.

Tranquilizado en cuanto al estado de Rita, volvió a la habitación de Aileen para volver a razonar con ella —y para calmarla si podía—. Se la encontró levantada y vistiéndose, resuelta y con una nueva idea en mente. Desde que se echara en la cama sollozando y gimiendo, su humor había ido cambiando gradualmente; comenzó a razonar que si no podía dominarlo, si no podía conseguir que se arrepintiera de verdad, entonces sería mejor que se marchara. Era evidente, pensaba, que ya no la amaba, en vista de la enorme ansiedad que había sentido por proteger a Rita, de la brutalidad con la que la había retenido a ella, aunque a pesar de todo, no quería creer que fuera así. Había sido maravilloso con ella en otro tiempo. No había aún renunciado a toda esperanza de conseguir la victoria sobre él y sobre estas otras mujeres —lo amaba demasiado—, pero sólo lo conseguiría con una separación. Quizá eso lo hiciera entrar en razón. Se levantaría, se vestiría y se iría a un hotel del centro de la ciudad. Y él no volvería a verla, a menos que la siguiera. Estaba convencida de que había conseguido poner fin a su relación con Rita Sohlberg, al menos de momento, y en lo tocante a Antoinette Nowak, ya se encargaría de ella más tarde. Le dolían el corazón y la cabeza. En ella se alternaban el dolor y la rabia de tal manera que era incapaz de seguir llorando en aquel momento. Se plantó ante el espejo intentando arreglarse con dedos temblorosos y cerrarse un traje de calle. Al verla así, Cowperwood, que no se lo había esperado en modo alguno, se sintió sorprendido y preocupado.

—Aileen —dijo finalmente, acercándose y quedándose detrás de ella—, ¿no podemos hablar de esto tranquilamente ahora? No querrás hacer nada de lo que puedas arrepentirte más tarde. No quiero que lo hagas. Lo siento. No creerás de verdad que he dejado de quererte, ¿verdad? Porque no es así, ¿sabes? Esto no es tan serio como parece. Pensaba que serías más comprensiva conmigo después de todo lo que hemos pasado juntos. No tienes ninguna prueba real de que haya hecho nada malo en la que basar un arrebató como este.

—¿Ah, no? —exclamó ella dándole la espalda al espejo, ante el que se estaba intentando arreglar el pelo dorado rojizo con tristeza y amargura. Tenía las mejillas arreboladas y los ojos rojos. En aquel momento, le pareció tan atractiva como el día que la vio por primera vez, hacía años, cuando la había visto con su capa roja, una muchacha de dieciséis años, subiendo los escalones de la casa de su padre a la carrera allá en Filadelfia. Entonces era maravillosa. Y eso le hizo suavizar su actitud hacia ella.

—¡Eso es lo que tú crees, mentiroso! —dijo ella—. No tienes ni idea de lo que yo sé. Para algo he tenido detectives siguiéndote la pista durante semanas. ¡Traidor! Ahora quieres arreglarlo y averiguar qué es lo que sé. Pues sé lo suficiente, ya lo sabes. No vas a seguir engañándome con tus Rita Sohlbergs y tus Antoinette Nowaks

y tus apartamentos y tus casas de citas. Sé lo que eres, ¡un animal! ¡Y todo esto tras todas tus declaraciones de amor hacia mí! ¡Agh!

Retomó su tarea con fiereza mientras Cowpewood la observaba, emocionado por su pasión y conmovido por su fuerza. Le gustó ver su parte animal, dramática — digna de él en muchos aspectos.

—Aileen —dijo con suavidad, aún esperando congraciarse con ella gradualmente—, por favor, no te muestres tan resentida conmigo. ¿Es que no eres capaz de entender un poco cómo es la vida, de sentir algo de compasión? Pensé que eras más generosa, más tierna. No soy tan malo.

La miró con atención, con ternura, esperando conmoverla con su amor por ella.

—¡Compasión! ¡Compasión! —Se volvió hacia él furiosa—. ¡Como si tú supieras lo que es eso! Supongo que tampoco la tuve cuando estabas encerrado en la penitenciaría de Filadelfia, ¿verdad? Y para lo que me sirvió, ¿verdad? ¡Compasión! ¡Bah! ¡Y todo para venirme a Chicago a liarte con un montón de prostitutas; taquígrafas baratas y mujeres de músicos! Tú has mostrado mucha conmigo, ¿a que sí? ¡La prueba es esa mujer que está en la habitación de al lado!

Se alisó la ágil cintura y sacudió los hombros preparándose para ponerse un sombrero y colocarse el chal. Tenía intención de marcharse tal como estaba, y de mandar a Fadette a recoger sus pertenencias más tarde.

—Aileen —le rogó él, dispuesto a salirse con la suya—, creo que estás siendo muy imprudente. De verdad lo creo. No hay razón para nada de esto, absolutamente ninguna; ni para estar aquí hablando a voz en grito, escandalizando a todo el vecindario, peleándote y marchándote de la casa. Es abominable. No quiero que lo hagas. Todavía me quieres, ¿a que sí? Sabes que sí. Y sé que lo que dices no lo dices en serio. No puede ser. Tú no crees de verdad que yo he dejado de amarte, ¿a que no, Aileen?

—¡Amor! —le dijo Aileen airada—. ¡Como si tú supieras algo del amor! ¡Tú no has amado nunca a nadie! Ya sé cómo amas tú. Una vez creí que me amabas. ¡Bah! Pero ya veo cómo me amabas, igual que amabas a cincuenta mujeres más, igual que amas a esa descarada de Rita Sohlberg que está en la habitación de al lado, a ¡esa gatita!, ¡a ese bicho asqueroso!, igual que amas a Antoinette Nowak, ¡una simple taquígrafa! ¡Bah! Tú no sabes lo que esa palabra significa. —Pero, a pesar de todo, la voz se le fue apagando hasta convertirse en una especie de sollozo, y los ojos se le llenaron de lágrimas, calientes, furiosas, dolorosas. Cowperwood las vio y se acercó a ella, esperando poder sacar ventaja de aquellas circunstancias. En aquel momento se sentía verdaderamente arrepentido y deseoso de hacer que ella recuperara de nuevo la ternura hacia él.

—Aileen —rogó—, por favor, no te muestres tan severa. No deberías ser tan dura conmigo. No soy tan malo. ¿No vas a ser razonable? —Le tendió la mano con suavidad, pero ella se alejó de un salto.

—¡No me toques, animal! —exclamó, enfadada—. No me pongas una mano

encima. No quiero que te acerques a mí. No pienso vivir contigo. Y no voy a quedarme en la misma casa contigo y con tus amantes. Vete a vivir con tu amada, con tu querida Rita al North Side si quieres. Me da igual. Supongo que ya habrás estado en la otra habitación consolándola, ¡a ese animal! Ojalá la hubiera matado, ¡oh, por Dios! —Se llevó las manos al cuello llena de furia con un gesto violento, intentando ajustar un botón.

Cowperwood estaba totalmente atónito. Nunca había visto un estallido semejante. Nunca habría creído que Aileen fuera capaz de ello. Y no podía por menos que admirarla, aunque, a pesar de ello, se sentía molesto por la brutalidad con la que había atacado a Rita y a él mismo, a causa de su tendencia a la promiscuidad, y este último sentimiento le hizo hacer un último y desafortunado comentario.

—Yo no me mostraría tan dura con las amantes si estuviera en tu lugar, Aileen —se aventuró a decir en tono de súplica—; más bien habría pensado que tu propia experiencia te habría...

Se detuvo porque se dio cuenta al instante de que estaba cometiendo un grave error. Esta referencia a su pasado como su amante fue crucial. De inmediato, ella se irguió y en los ojos se le reflejó un terrible dolor.

—Así que eso es lo que tienes que decirme, ¿verdad? —le dijo—. ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! ¡Sabía que esto llegaría!

Se volvió hacia una cómoda que le llegaba hasta el pecho y que estaba cargada de artículos de plata, joyeros, cepillos y peines, y dejando caer los brazos, echó la cabeza sobre todo aquello y comenzó a llorar. Esto era el colmo. Ahora le echaba en cara su irrefrenable amor de juventud como si se tratara de un agravio.

—¡Oh! —gemía y se estremecía sumida en un desesperado y miserable paroxismo. Cowperwood se acercó a ella corriendo. Estaba afligido, verdaderamente dolido—. No era esa mi intención, Aileen —le explicó—. No lo he dicho en ese sentido; en absoluto. Es que me has provocado; pero no lo he dicho a modo de reproche. Tú fuiste mi amante, pero nunca te amé menos porque lo fueras; más bien al contrario. Sabes que te amaba. Quiero que lo creas; es la verdad. Estos otros asuntos no han sido tan importantes para mí; en realidad, no han...

La miró con gesto de impotencia cuando ella se retiró para evitarlo; se sentía afligido, sorprendido y tremendamente arrepentido. Cuando volvió al centro de la habitación, ella acusó un cambio repentino en sus sentimientos, pero sólo para sentir aún más ira. Esto era demasiado.

—¡De modo que así es como me hablas después de todo lo que he hecho por ti! —exclamó ella—. ¿Y me dices eso a mí, que te esperé y estuve llorando por ti los casi dos años que estuviste en prisión? Esa es mi recompensa, ¿no? ¡Oh!

De repente vio su joyero y se sintió molesta por todos los regalos que él le había hecho en Filadelfia, en París, en Roma y aquí, en Chicago, de modo que abrió la tapa con violencia, sacó a puñados lo que contenía y empezó a lanzarlos hacia él; a tirárselos directamente a la cara. Por el aire volaron las joyas que él le había regalado

como prueba de un amor verdadero: un conjunto de collar y pulsera de jade verde manzana engastados con fino hilo de oro y con cierre de marfil; un collar de perlas, regulares en su tono y tamaño, que lanzaban destellos nacarados a la luz de la tarde; un puñado de anillos y broches, diamantes, rubíes, ópalos y amatistas; una gargantilla de esmeraldas y un adorno de diamantes para el pelo. Se lo lanzó todo presa de la excitación, dejando un reguero en el suelo y golpeándole en el cuello, en la cara y en las manos.

—¡Ahí tienes eso, y eso, y eso! ¡Ahí los tienes! No quiero nada que venga de ti. No quiero tener nada más que ver contigo. No quiero nada que te pertenezca. ¡Gracias a Dios, tengo suficiente dinero propio para mantenerme! Te odio, te detesto; no quiero volver a verte nunca más. ¡Oh...! —Y al intentar encontrar algo más que decirle sin conseguirlo, recorrió el pasillo con rapidez y bajó las escaleras, mientras él se quedó inmóvil por un momento, abrumado. Y después, salió tras ella apresuradamente.

—¡Aileen! —llamó—. ¡Aileen, vuelve aquí! ¡No te vayas, Aileen! —Pero sólo logró que ella se apresurara aún más; abrió y cerró la puerta, y salió corriendo en la oscuridad con los ojos húmedos y el corazón a punto de estallarle. Este era el final de su sueño de juventud, aquel que había comenzado siendo algo tan bello. Ella no era mejor que las otras —no era más que otra de sus amantes—. ¡Le había echado en cara su pasado para defender a las otras! ¡Le había dicho que no era mejor que ellas! Esto era ya el colmo. Gemía y se ahogaba, pero continuó andando, jurándose que no volvería, que jamás volvería a verlo. Pero Cowperwood corrió tras ella, decidido por una vez, a pesar de que carecía de normas, a que este no fuera el final de todo aquello. Ella lo había amado, pensaba. Había ofrecido su pasión y su afecto en el altar de su amor. No era justo, esa era la verdad. Debía obligarla a quedarse. La alcanzó al fin en la oscuridad, bajo los árboles de noviembre.

—Aileen —dijo, cogiéndola y rodeándole la cintura con los brazos—, Aileen, querida mía, esto es una locura. Es una insensatez. Estás fuera de tus cabales. ¡No te vayas! ¡No me dejes! ¡Te amo! ¿No sabes que te quiero? ¿De verdad no te das cuenta? No te vayas así, y no llores. De verdad te quiero y tú lo sabes. Siempre te amaré. Vuelve. Bésame. Me portaré mejor. De verdad que lo haré. Dame otra oportunidad. Espera y verás. Vamos, ¿quieres? Esa es mi chica, mi Aileen. Ven, por favor. Ven.

Ella intentó desasirse, pero él la retuvo, acariciándole los brazos, el cuello, la cara.

—¡Aileen! —dijo en tono de súplica.

Ella dio un tirón, de modo que él finalmente se vio obligado a retenerla entre sus brazos; y después, sollozando, ella se quedó allí quieta, angustiada pero, en cierta manera, feliz una vez más.

—Pero es que no quiero hacerlo —protestó ella—. Ya no me amas. Déjame marchar.

Pero él continuó sosteniéndola, rogándole, y al fin, ella le dijo, con la cabeza reposando en su hombro como solía hacer antes:

—No me obligues a regresar esta noche. No quiero hacerlo. No puedo. Déjame ir al centro. Quizá vuelva más tarde.

—Entonces me iré contigo —dijo él con afecto—. No es lo más adecuado. Debería estar haciendo muchas cosas para impedir este escándalo, pero iré contigo.

Y se marcharon juntos en busca de un tranvía.

CAPÍTULO XX

El hombre y el superhombre^[1]

Es triste decir que no hay unión, excepto aquellas que gozan de una alquimia especial —esas rojas flores del romance que con tanta frecuencia florecen sólo para tener un final trágico—, que pueda soportar las tormentas de los desastres que suelen abatirse sobre todas ellas. Una mujer como Rita Sohlberg, cuyos sentimientos hacia Cowperwood parecían sinceros, no fue tan sensible a sus encantos como para que el golpe que había sufrido su orgullo no supusiera un potente sedante. El peso abrumador de haberse visto descubierta de semejante modo, de las risas homéricas^[2] que seguirían sin duda a este episodio, que no habían previsto en sus planes, los fallos en sus cálculos al no haber tenido en cuenta de antemano todas las posibilidades que podían conducir a semejante desastre, fueron más de lo que pudo soportar. Le escocía casi hasta la desesperación, y le volvía loca pensar en la despreocupación y la tranquilidad con las que se había visto atrapada en las garras de la señora Cowperwood, con las que había permitido que la convirtiera en un espectáculo y un hazmerreír. ¡Qué animal y qué demonio era! No le apenaba pensar en su propia debilidad física en aquellas circunstancias, sino que más bien le parecía un bálsamo, porque demostraba la superioridad de su temperamento; pero, aun así, había sido salvajemente golpeada, había convertido su belleza en un espectáculo de baja estofa, y con eso ya era suficiente. Aquella noche, en el sanatorio de Lake Shore, adonde la habían llevado, tenía un solo pensamiento: alejarse cuando todo aquello pasara y dejar que su mente cansada se despejara. No quería volver a ver a Sohlberg; y tampoco quería volver a ver a Cowperwood. Harold, alertado en sus sospechas y decidido a llegar a la verdad, ya había comenzado a interrogarla sobre las extrañas características del ataque de Aileen —sobre cuál habría podido ser la causa—. Cuando anunciaron la visita de Cowperwood, Sohlberg modificó en algo su actitud, porque fueran cuales fueran sus sospechas, aún no estaba preparado para discutir con un hombre tan singular como aquel.

—Siento muchísimo todo este desafortunado suceso —dijo Cowperwood al entrar con paso resuelto—. Mi esposa jamás había perdido la cordura de esta forma tan extraña con anterioridad. Fue de lo más afortunado que llegara en el momento en el que lo hice. Sin duda les debo a ambos una compensación. Espero sinceramente, señora Sohlberg, que sus heridas no sean de consideración. Si hay algo que yo pueda hacer, cualquier cosa que me puedan sugerir —dijo mirando a Sohlberg solícitamente—, estaré encantado de ofrecérselo. ¿Qué le parecería llevarse a la señora Sohlberg durante algún tiempo para descansar? Estaré encantado de correr con todos los gastos

relacionados con su recuperación.

Sohlberg, apesadumbrado y pensativo, permanecía en silencio conteniendo la rabia; Rita, animada por la presencia de Cowperwood, pero en modo alguno aliviada del todo, se mostró dudosa y angustiada. Temía que se produjera una escena terrible entre ambos y dijo que se encontraba mejor y que se repondría —que no necesitaba marcharse, pero que prefería estar sola.

—Es muy extraño —dijo Sohlberg con expresión sombría al cabo de un rato—. ¡No lo comprendo! No entiendo nada. ¿Por qué iba a hacer ella algo así? ¿Y por qué iba a decir las cosas que dijo? Hemos sido muy amigos hasta ahora y, de repente, ataca a mi esposa y dice todas esas cosas tan extrañas.

—Ya le he asegurado, mi querido señor Sohlberg, que mi esposa no estaba en sus cabales. Ha sufrido arrebatos de este tipo en el pasado, aunque nunca habían llegado a ser tan violentos como el de esta noche. Ya ha recuperado su estado normal, y no recuerda nada. Pero, quizá, si vamos a hablar de esto ahora, sería mejor que saliéramos al pasillo. Su esposa necesita descansar tanto como pueda.

Una vez fuera, Cowperwood continuó con gran aplomo:

—Mi querido señor Sohlberg, ¿qué puedo decir? ¿Qué desea que haga? Mi esposa ha hecho todo tipo de acusaciones infundadas, por no hablar de las heridas que le ha provocado a su esposa de esta manera tan vergonzosa. Me es imposible expresarle cuánto lo siento. Le aseguro que la señora Cowperwood sufre de tremendas alucinaciones. A mi entender, no podemos hacer absolutamente nada, ni decir nada, aparte de olvidarnos de este asunto. ¿No está de acuerdo conmigo?

Harold se debatía mentalmente, atrapado en aquella situación tan difícil. Su propia posición, como él bien sabía, no era excelente. Rita le había reprochado sus infidelidades en innumerables ocasiones. Comenzó a hincharse y a soltar bravatas al instante.

—Sí, eso está muy bien, señor Cowperwood —respondió desafiante—, pero ¿qué pasa conmigo? ¿Dónde entro yo en esto? Aún no sé qué pensar. Es todo muy extraño. ¿Y si lo que dijo su esposa fuera verdad? ¿Y si mi esposa ha estado por ahí con otro? Eso es lo que quiero averiguar. ¡Si de verdad ha sido así! Y si es lo que creo que ha sido, yo..., yo, yo no sé lo que haré. Soy un hombre muy violento.

Cowperwood casi sonrió, a pesar de su preocupación por que todo aquello no saliera a la luz; físicamente, no sentía temor alguno hacia Sohlberg.

—Mire —exclamó de repente, mirando al músico con dureza, decidido a coger el toro por los cuernos—, se encuentra en una situación tan delicada como la mía, si se para a pensarlo. Si este asunto se hace público, no sólo nos concernirá a la señora Cowperwood y a mí, sino también a usted y a su esposa, y si no me equivoco, sus asuntos tampoco están del todo claros. No puede manchar el nombre de su esposa sin que se manche también el suyo; es inevitable. Ninguno de nosotros es perfecto. Yo me veré obligado a demostrar que se trata de enajenación mental, y es algo que puedo hacer con bastante facilidad. Si hay algo en su pasado que no sea precisamente lo que

debiera ser, no podrá mantenerlo en secreto durante mucho tiempo. Si está dispuesto a dejar estar este asunto, me encargaré de compensarlos a ambos generosamente; pero, si por el contrario, decide causarme problemas, o sacar a la luz este tema, no dejaré piedra por remover para protegerme y para maquillar este asunto lo mejor que pueda.

—¿Qué? —exclamó Sohlberg—. ¿Me está amenazando? ¿Está intentando asustarme después de que su esposa lo haya acusado de andar por ahí con mi mujer? ¡Y se atreve a hablar de mi pasado! Me gusta. ¡Ja! ¡Ya veremos qué pasa con esto! ¿Qué es lo que sabe de mí?

—Bueno, señor Sohlberg —replicó Cowperwood, sereno—, sé, por ejemplo, que hace mucho tiempo que su esposa no lo ama, que ha vivido a costa de ella como si se tratara de un pensionista y que ha tenido relaciones con seis o siete mujeres en igual número de años o menos. Hace meses que me convertí en el asesor financiero de su esposa, y durante ese tiempo, con la ayuda de detectives, he tenido conocimiento de Anna Stelmak, de Jessie Laska, de Bertha Reese, de Georgia Du Coin. ¿Hace falta que le diga algo más? De hecho, tengo en mi posesión algunas de sus cartas.

—¡Eso es entonces! —exclamó Sohlberg, mientras Cowperwood lo miraba fijamente—. ¿Ha andado por ahí con mi esposa? Es cierto, entonces. ¡Bonita situación! Y ahora me viene con amenazas y con mentiras para intimidarme. ¡Ja! Ya veremos qué pasa. Ya veremos qué hago. Espere a que lo consulte primero con un abogado. ¡Y ya veremos después!

Cowperwood lo estudió con frialdad y con fiereza. «¡Menudo imbécil!», pensó.

—Mire —dijo, conminando a Sohlberg para mantener la privacidad, a avanzar por el pasillo y a salir a la calle que había delante del sanatorio, donde dos farolas de gas alumbraban trémulamente la oscuridad de aquella noche ventosa—, entiendo que tiene usted intención de causar problemas. No le parece suficiente que le haya asegurado que nada de esto es cierto ni que le haya dado mi palabra. Usted insiste en continuar con esto. Muy bien, entonces. Supongamos, por ejemplo, que la señora Cowperwood no había perdido la cordura y que todo lo que dijo era cierto, que yo me había comportado de manera indebida con su esposa. ¿Y qué? ¿Qué haría al respecto?

Observó a Sohlberg con tranquilidad y con una mirada irónica, mientras que este último se encendía.

—¡Ja! —gritó con aire melodramático—. Pues, yo lo mataría, eso es lo que haría. Y la mataría a ella. Montaré una escena tremenda. Dígame que es cierto y entonces verá.

—Exactamente —le contestó Cowperwood con seriedad—. Eso pensaba. Le creo. Por esa razón, he venido preparado a atenderle exactamente como usted desea. —Se metió la mano en el abrigo y sacó dos revólveres pequeños que había cogido de un cajón de su casa exactamente con aquel fin, y que brillaron en la oscuridad—. ¿Los ve? —continuó—. Voy a ahorrarle las molestias de seguir investigando, señor Sohlberg. Todo lo que la señora Cowperwood ha dicho esta noche, y lo digo

plenamente consciente de lo que eso significa para usted y para mí, es cierto. Su locura no es mayor que la mía. Su esposa ha estado viviendo conmigo en un apartamento del North Side desde hace meses, aunque usted no pueda demostrarlo. No le ama a usted, sino a mí. Y ahora, si quiere matarme, aquí tiene un arma. — Extendió el brazo—. Elija una. Si voy a morir, puede que también usted muera conmigo.

Lo dijo con tanta tranquilidad y con tanta firmeza, que Sohlberg, que era un cobarde innato, y que no sentía más deseos de morir que cualquier animal sano, palideció. La visión del frío acero le resultó excesiva. La mano que se lo tendía era dura y firme. Cogió un arma, pero le temblaban los dedos. La voz metálica y acerada que resonaba en sus oídos estaba minando el poco valor que tenía. En este momento, Cowperwood había adquirido las proporciones de un hombre peligroso, la silueta de un demonio. Se giró mortalmente aterrorizado.

—¡Dios mío! —exclamó, temblando como una hoja—. Quiere matarme, ¿no es así? ¡No quiero tener nada que ver con usted! ¡No pienso hablar con usted! Veré a mi abogado y hablaré primero con mi esposa.

—Ah, no. No va a hacer nada de eso —contestó Cowperwood, cortándole el paso cuando se giró para marcharse y agarrándolo del brazo con firmeza—. No voy a permitirle que haga nada semejante. No pienso matarlo si usted no va a matarme a mí; pero sí voy a obligarlo a que atienda a razones por una vez. Tengo algo más que decirle, y entonces ya habré acabado. No tengo nada en su contra. Y quiero hacerle un favor, aunque no me importe usted demasiado. Para empezar, no hay nada de cierto en las acusaciones que hizo mi esposa; nada. Simplemente le he dicho lo que le he dicho para ver si usted iba en serio. Usted ya no ama a su esposa. Ella no le ama a usted. Usted no le sirve para nada. Y yo, ahora, tengo una propuesta amistosa que hacerle. Si quiere marcharse de Chicago y está dispuesto a quedarse fuera durante tres años o más, me encargaré de que le paguen cinco mil dólares al año todos los primeros de enero —a tocateja—. ¡Cinco mil dólares! ¿Me oye? O se puede quedar en Chicago con la boca cerrada, y entonces le daré tres mil; en pagos mensuales o anuales, según prefiera. Pero, y esto es lo que quiero que recuerde, si no se marcha de la ciudad o no mantiene la boca cerrada, si hace un solo movimiento imprudente en mi contra, lo mataré, y lo mataré sin previo aviso. Y ahora quiero que se marche de aquí y que se comporte. Deje a su esposa en paz. Venga a verme dentro de un día o dos; tendrá el dinero preparado en cuanto disponga. —Se interrumpió, y Sohlberg lo miró fijamente, con los ojos muy abiertos y vidriosos. Esta era la experiencia más sorprendente de toda su vida. Este hombre era un demonio o un príncipe, o incluso ambas cosas. «¡Dios mío!», pensó. «Y además es verdad que lo hará. Me matará.» Y entonces se le vino a la cabeza aquella asombrosa alternativa; cinco mil dólares al año. Bien, ¿por qué no? Y con su silencio accedió a la propuesta.

—Si yo fuera usted, no volvería a subir esta noche —continuó Cowperwood con dureza—. No la moleste. Necesita descansar. Márchese y venga a verme mañana; o, si

quiere volver, lo acompañaré. Quiero contarle a la señora Sohlberg lo que ya le he contado a usted. Pero recuerde lo que le he dicho.

—No, gracias —contestó Sohlberg débilmente—. Me voy. Buenas noches. —Y se marchó apresuradamente.

—Lo siento —dijo Cowperwood para sí, en su defensa—. Es una lástima, pero era la única manera.

CAPÍTULO XXI

Cuestión de túneles

El asunto de Sohlberg se arregló de esta manera tan sencilla, aunque brutal, y Cowperwood dirigió su atención a la señora Sohlberg. Pero no se podía hacer mucho. Le explicó que ya había tranquilizado a Aileen y a Sohlberg, y que este último no causaría más problemas, que iba a darle una pensión y que Aileen guardaría silencio para siempre. Se mostró de lo más solícito con ella, pero Rita se había cansado ya de este enredo. Lo había amado, o eso creía, pero la cólera de Aileen había provocado que ahora le viera bajo una luz diferente, y quería alejarse de él. Su dinero, abundante como era, no significaba para ella tanto como para otras mujeres; simplemente le proporcionaba lujos, sin los que podría existir si era necesario. Quizá el encanto que había tenido para ella consistía fundamentalmente en el aire de seguridad que parecía envolverlo, en aquella romántica burbuja brillante, que este cruel ataque había reventado. Se podía decir que era muy parecido al resto de los hombres, que estaba sujeto a las mismas tormentas y al mismo peligro de naufragio, aunque él era mejor marinero que la mayoría. Ella se fue recuperando gradualmente, se marchó a su casa y después a Europa, pero sería prolijo narrar todos los detalles. Sohlberg, tras mucho meditar y mucha furia, terminó por aceptar la oferta de Cowperwood y regresó a Dinamarca. Aileen, tras algunos días de discusiones durante las que él accedió a prescindir de Antoinette Nowak, regresó a casa.

Cowperwood no estaba en modo alguno satisfecho con un desenlace tan brusco. Aileen no había conseguido realzar sus atractivos a ojos de él, pero, por extraño que parezca, su comportamiento le resultaba comprensible. No tenía deseos de abandonarla aún, aunque durante algún tiempo había tenido la impresión creciente de que Rita habría sido mucho mejor esposa para él. Pero lo que no podía ser, no podía ser. Volvió a centrarse en su negocio con fuerzas renovadas, pero echó la vista atrás en muchas ocasiones en busca de aquellas horas radiantes en las que había estado acompañado de Rita o en las que la había abrazado, y durante las que había visto la vida desde un ángulo nuevo y poético. Ella era encantadora, cándida, pero ¿qué se le iba a hacer?

Durante varios años, Cowperwood se mantuvo ocupado siguiendo las evoluciones de la situación de los tranvías de Chicago con creciente interés^[1]. Sabía que no tenía sentido sentir melancolía por Rita Sohlberg —ella no regresaría—, pero aun así no podía evitarlo; aunque podía trabajar mucho, y eso ya era algo. Sus aptitudes innatas y su gusto por el trabajo relacionado con los tranvías habían quedado demostrados hacía mucho, y ahora empezaba a sentirse inquieto. Se podría haber dicho sin faltar a

la verdad que llevaba en la sangre el tintineo de las campanillas de los tranvías y el sonido de los cascos de los caballos. Observaba con ojos hambrientos las líneas que se iban extendiendo y sus tranvías tintineantes, cuando se movía por la ciudad. Chicago crecía rápido, y aquellos pequeños tranvías tirados por caballos iban llenos hasta los topes tanto de día como de noche en determinadas calles —llenos a reventar durante las horas de más afluencia—. Ojalá pudiera hacerse con el control de una de ellas, o de todas. Y si consiguiera unir las y controlarlas todas. ¡Menuda fortuna! Eso al menos aliviaría quizá algunas de sus cuitas —una tremenda fortuna—, ni más ni menos. Se entretenía continuamente considerando los diversos aspectos de aquel escenario, igual que un poeta se habría ocupado de las rocas y los arroyos. ¡Ser el propietario de estos tranvías! ¡Ser el propietario de estos tranvías! Esa era la canción que resonaba en su cabeza.

Al igual que la situación del gas, la de los tranvías de Chicago estaba dividida en tres partes —tres compañías que representaban y que se correspondían con las tres partes o divisiones de la ciudad—. La Chicago City Railway Company, que ocupaba el South Side y que se extendía hasta Thirty-ninth Street, en la zona sur, había sido fundada en 1859 y ella sola representaba una mina. Ya controlaba unos ciento doce kilómetros de vías y cada año sumaba más en Indiana Avenue, en Wabash Avenue, en State Street y en Archer Avenue. Era propietaria de más de ciento cincuenta vagones de los antiguos, en los que había paja esparcida por el suelo y que carecían de hogar, y de más de mil caballos; empleaba a ciento setenta revisores, ciento sesenta conductores, cien mozos de establo, y a un número considerable de herreros, talabarteros y reparadores. En invierno, sus quitanieves se afanaban en la calle, y en verano, los carros aguadores que las regaban. Cowperwood hizo un cálculo de sus acciones, bonos, material rodante y otras propiedades, y concluyó que superaba los dos millones de dólares. El problema de esta compañía era que sus acciones en circulación estaban controladas fundamentalmente por Norman Schryhart, que ahora era sin duda hostil a Cowperwood y a cualquier cosa que este se propusiera hacer, y por Anson Merrill, que nunca había mostrado signo alguno de amistad. No veía cómo iba a poder hacerse con el control de esta propiedad. Sus acciones se estaban vendiendo por unos ciento cincuenta dólares.

La North Chicago City Railway era una sociedad que se había creado por la misma época que la del South Side, pero lo había hecho otro grupo de hombres. Los que la gestionaban eran viejos, indiferentes e incompetentes, y lo mismo se podía decir de sus equipos. La Chicago West Division Railway había sido en un principio propiedad de la Chicago City o South Side Railway, pero ahora era una compañía independiente. Aún no era tan rentable como las de las otras divisiones de la ciudad, pero todas las secciones de la ciudad continuaban creciendo. El alegre tintineo de las campanillas de los caballos se oía por todas partes.

Observando esta escena desde fuera y contemplando su prometedor futuro, a Cowperwood le impresionaban, mucho más que a ninguno de los que entonces tenían

relación financiera con el futuro de aquellos ferrocarriles, sus enormes posibilidades —su enorme futuro si Chicago continuaba creciendo—, y le preocupaban los diversos factores que podrían llegar a favorecer o a impedir su progreso.

No hacía mucho que había descubierto que uno de los principales obstáculos para el desarrollo de los tranvías en el North y West Side residía en la congestión del tráfico en los puentes que cruzaban el río Chicago. Entre las calles colindantes al río y que conectaban las dos partes de la ciudad, corría un sorprendente flujo —sucio, maloliente, pintoresco y compacto de pesado y delicioso tráfico fluvial abarrotado de barcos en constante movimiento, que obligaba a levantar los puentes momentáneamente, lo que provocaba el atasco del tráfico en las calles a ambos lados del río, hasta el punto de que a veces parecía que la confusión de tiros de caballos y barcos nunca volvería a ordenarse—. Era algo precioso, humano, natural y dickensiano —un tema digno de Daumier, Turner o Whistler^[2]—. El más ocioso de los encargados de los puentes juzgaba por su cuenta cuándo debían esperar los barcos y cuándo los tiros de caballos, y durante cuánto tiempo, mientras que, además de los habituales peatones, también se congregaban los ociosos para ver lo que ocurría, fascinados por el enjambre de mástiles, la aglomeración de carros y los pintorescos remolcadores que tenían en primer plano bajo sus pies. Hacía mucho tiempo que Cowperwood, mientras iba en su ligero cupé molesto por el retraso, o mientras se apresuraba a cruzar el puente antes de que lo levantaran, había observado que el servicio de tranvía de los North y West Sides se veía tremendamente obstaculizado. El del South Side, que no se veía interrumpido al no tener que salvar el río, no tenía ese problema y crecía con rapidez.

Por este motivo, sintió un interés natural al observar un día, en el curso de sus peregrinaciones, que existían dos túneles bajo el río Chicago —el primero, en La Salle Street, que hacía un recorrido de norte a sur, y el segundo, en Washington Street, que corría de este a oeste—, ahora empapados e infestados de ratas, y que nadie usaba nunca —lugares oscuros, húmedos y que rezumaban agua, sólo tenuemente iluminados con lámparas de queroseno—. Se puso a investigar, y descubrió que se habían construido hacía años para acomodar aquella misma marea de tráfico de carretas que ahora atestaba los puentes, y que había ido creciendo rápidamente desde entonces. Obligados a pagar con su tiempo a modo de peaje, a los inversores y al público les había parecido que sería infinitamente preferible imponer un pequeño peaje en efectivo por el privilegio de utilizar un túnel, ofreciendo así a este tráfico la oportunidad de evitar el retraso. Sin embargo, al igual que ha ocurrido con otros muchos planes comerciales aparentemente estupendos sobre el papel o mientras burbujeaban en la mente de alguien, este no funcionó exactamente. Los túneles habrían podido llegar a ser rentables si los hubieran construido adecuadamente, con una calzada ancha y de escasa inclinación, y con aire y luz suficientes; pero, en realidad, no habían sido juiciosamente adaptados a la comodidad del público. El padre de Norman Schryhart había sido uno de los inversores de estos túneles, y

también Anson Merrill. Cuando se demostró que no eran rentables y tras un largo periodo de inútiles manejos —cuyo coste fue de un millón de dólares—, los dos fueron vendidos a la ciudad exactamente por esa misma suma cada uno, según ese juicio poético por el que parece que una ciudad en fase de crecimiento puede permitirse perder semejante cantidad con más holgura que ninguno de sus respetables, ambiciosos y humildes ciudadanos. Se trataba también de un pequeño negocio del que los miembros del concejo se habían beneficiado años antes; pero esa también es otra historia.

Tras descubrir los túneles, Cowperwood los recorrió a pie varias veces —ya que aunque estaban tapiados con tablonos de madera, seguía habiendo un camino peatonal abierto—, y se preguntó por qué motivo no se podían utilizar. Le parecía que si el tráfico de los tranvías era importante y lo suficientemente rentable, y si se podía rebajar la pendiente de aquellos túneles por una suma razonable, se solucionaría uno de los problemas que obstaculizaban el crecimiento de los North y West Sides. Pero ¿cómo? No era el propietario de los túneles, y tampoco lo era de las líneas de tranvía. El coste del alquiler y el reacondicionamiento de los túneles sería enorme. Además, se necesitarían obreros, caballos y más conductores que, aunque fuesen en un número reducido, suponrían un gasto adicional. Si los caballos de los tranvías eran el único medio de tracción, y con aquellas largas y costosas cuestas, no estaba seguro de que esta empresa resultara rentable.

Sin embargo, en otoño de 1880, o algo antes (cuando aún estaba envuelto en las distintas aventuras sexuales que terminaron llevándole a Rita Sohlberg), se dio cuenta de que existía un nuevo sistema de tracción relacionado con los tranvías, y que, junto con la llegada del arco voltaico, el teléfono y otros inventos^[3], parecía destinado a cambiar por completo la vida en las ciudades.

Hacía poco que en San Francisco, donde la presencia de colinas hacía que el movimiento de los atestados tranvías resultara extremadamente difícil, se había introducido un nuevo tipo de tracción —la de cable, que no era más que una línea de cable que corría por encima de unas ruedas hendidas, protegida por un conducto y que hacían funcionar unos inmensos motores convenientemente ubicados en unas plantas adyacentes conocidas como centrales de tracción—. Los coches estaban equipados con una palanca de control de fácil manejo que salía del coche por una ranura y llegaba hasta el conducto para «pinzar» el cable móvil. Este invento resolvía el problema que suponía transportar los tranvías cargados tanto en la subida como en la bajada de empinadas pendientes. Por aquella misma época se enteró de manera indirecta de que la Chicago City Railway, de la que Schryhart y Merrill eran los principales propietarios, estaba a punto de introducir este sistema de tracción en sus líneas —iban a instalar el cable en State Street, para acoplar después los coches de otras líneas que continuaban hasta adentrarse en distritos menos rentables a modo de remolques—. Enseguida se dio cuenta de cuál era la solución para los problemas de los North y West Sides: el cable.

Aparte de la aglomeración del puente y de los túneles que se han mencionado anteriormente, había otra condición especial que le había llamado la atención a Cowperwood hacía tiempo. Se trataba de la menguante energía de la North Chicago City Railway Company —la falta de previsión de sus directores, lo que les impedía encontrar las soluciones adecuadas a sus dificultades—. La compañía se encontraba en una situación financiera insatisfactoria, lo que la dejaba abierta a un golpe de cualquier tipo. Al principio, se había considerado poco rentable porque servía a un territorio muy poco poblado, que además se encontraba a escasa distancia del corazón comercial. Sin embargo, más adelante, a medida que la población de la zona fue aumentando, les fue mejor, pero entonces, aparecieron las largas esperas en los puentes. La dirección, con la idea de que tendrían pocos clientes, había instalado raíles pequeños y ligeros, y había empleado coches frágiles que estaban fríos como el hielo en invierno y que se convertían en un horno en verano. No se había hecho ningún intento de extender la línea, que terminaba en el centro, hasta el centro comercial y de negocios —se detenía justo al otro lado del río con el que hacía frontera en el norte—. (En el South Side, el señor Schryhart lo había hecho mucho mejor para sus clientes. Ya había instalado un circuito para su cable a la altura del almacén de Merrill.) En el West Side, se esparcía paja en el suelo de todos los tranvías en invierno para mantener el calor de los pies de los clientes, y se usaban pocos coches abiertos en verano. Los directores eran reacios a introducirlos debido al gasto que suponían. Y así habían ido añadiendo líneas sólo donde estaban seguros de que obtendrían buenos beneficios desde el principio, instalando el mismo tipo de raíles baratos que se habían venido utilizando desde el principio, y empleando el mismo tipo de coche anticuado que traqueteaba y temblaba al andar, hasta que la furia de los clientes a punto estuvo de rozar la anarquía. Hacía muy poco que la compañía se había sentido tremendamente molesta por los diversos pleitos y denuncias que se habían interpuesto contra ella, pero seguían sin saber qué hacer ni cómo hacer frente a aquel ataque. Aunque había algún que otro hombre con sentido común —como Terrence Mulgannon, el superintendente general; Edwin Kaffrath, un director; William Johnson, el ingeniero de la compañía—, había otros como Onias C. Skinner, el presidente, y Walter Parker, el vicepresidente, que eran unos reaccionarios, probablemente debido a que eran de avanzada edad, y eran conservadores, meditabundos, tacaños, y lo que era peor, se sentían temerosos y carecían del valor necesario para emprender una gran aventura. Es triste decir que la edad casi invariablemente acaba con el incentivo que suponen los nuevos logros y hace de «dejemos las cosas como están» su lema más atractivo.

Con esto en mente, Cowperwood, que ahora tenía en la cabeza un plan espléndido, invitó un día a John J. McKenty a cenar a su casa con el pretexto de una reunión social. Cuando llegó este último, acompañado por su esposa, y Aileen les había sonreído a ambos de manera encantadora y hacía todo lo posible por ser amable con la señora McKenty, Cowperwood comentó:

—McKenty, ¿sabe algo de esos dos túneles que hay bajo el río en Washington y La Salle Streets?

—Sé que la ciudad se hizo cargo de ellos cuando no los necesitaba y que no sirven para nada. Aunque eso ocurrió antes de mi mandato —explicó McKenty con cautela—. Creo que la ciudad pagó un millón por ellos. ¿Por qué?

—Oh, por nada —contestó Cowperwood, evitando el asunto por el momento—. Me preguntaba si su condición impide que se puedan utilizar para algo. Ocasionalmente veo en los periódicos referencias a su inutilidad.

—Están en unas condiciones bastante malas, me temo —contestó McKenty—. Hace años y años que no paso por ninguno de ellos. La idea original era que los atravesaran las carretas para evitar la aglomeración en los puentes. Pero no funcionó. Los hicieron demasiado empinados y el peaje resultaba muy caro, de modo que los conductores preferían esperar en los puentes. Eran muy duros para los caballos, y de eso soy testigo. He llevado carros cargados por ellos más de una vez. En justicia, la ciudad nunca debería haberse hecho cargo de ellos. Fue un acuerdo, y no conozco a todos los que estuvieron en él. Carmody era alcalde entonces, y Aldrich estaba a cargo de las obras públicas.

Se quedó en silencio y Cowperwood dejó estar el asunto de los túneles hasta después de la cena, cuando se habían trasladado a la biblioteca. Allí, le puso a McKenty la mano en el brazo en un gesto amistoso, un detalle de familiaridad que al político le gustó.

—Usted quedó bastante satisfecho con cómo se solucionó el negocio del gas el año pasado, ¿verdad? —le preguntó.

—Sí —contestó McKenty sin reservas—. No podría haberlo estado más. Ya se lo dije en su momento. —Al irlandés le caía bien Cowperwood y le estaba agradecido por la rapidez con la que le había hecho más rico aportándole varios cientos de miles de dólares.

—Mire, McKenty —continuó Cowperwood de manera abrupta, y de forma aparentemente inconexa—, ¿se le ha ocurrido alguna vez pensar que tal como van las cosas la situación de los tranvías necesita un cambio? Yo lo veo venir. Dentro de un año o dos van a introducir un nuevo motor en el South Side. ¿Ha oído hablar de eso?

—He leído algo —contestó McKenty, sorprendido y algo inquisitivo. Cogió un puro y se dispuso a escuchar. Cowperwood, que no fumaba nunca, acercó una silla.

—Bueno, le diré lo que significa —explicó—. Significa que con el tiempo todos los kilómetros de vía de esta ciudad, por no hablar de los kilómetros adicionales que se construirán antes de que este cambio tenga lugar, tendrán que ser acondicionados en base a algo completamente nuevo. Me refiero al sistema de cables. Estas viejas compañías que ahora van renqueando con equipamiento antiguo tendrán que llevar a cabo ese cambio. Tendrán que gastar millones y más millones antes de poner al día su equipamiento. Si le ha prestado atención a este asunto, tiene que haberse dado cuenta de las condiciones en las que se encuentran las líneas de los North y West Sides.

—Bastante malas; eso lo sé —comentó McKenty.

—Exactamente —replicó con énfasis Cowperwood—. Bien, por lo que sé de estos directores viejos a fuerza de estudiarlos, les va a costar mucho trabajo obligarse a hacer esto. Dos o tres millones son dos o tres millones, y no les va a resultar fácil reunir ese dinero, o quizá, no tan fácil como nos resultaría al resto de nosotros, suponiendo que quisiéramos entrar en el negocio de los tranvías.

—Sí, suponiendo —contestó McKenty con jovialidad—. Pero ¿cómo podría conseguir entrar? No tengo noticia de que haya acciones a la venta.

—Da igual —dijo Cowperwood—; si quisiéramos, podríamos, y voy a explicarle cómo. Pero ahora hay una cosa en concreto que me gustaría que hiciera por mí. Quiero saber si hay alguna manera de que podamos hacernos con el control de cualquiera de esos dos viejos túneles de los que le estuve hablando hace un rato. Si pudiera ser, me gustaría hacerme con los dos. ¿Cree que eso sería posible?

—Pues, sí —contestó McKenty con aire dubitativo—, pero ¿qué tienen que ver los túneles con esto? No valen nada. Algunos de los muchachos estuvieron hablando de rellenarlos no hace mucho, de volarlos. La policía piensa que es un escondrijo de delincuentes.

—Da igual; no permita que nadie los toque; no los alquile ni haga nada —le contestó Cowperwood con énfasis—. Le diré con franqueza lo que quiero hacer. Quiero hacerme con el control, y lo antes posible, de todas las líneas de tranvía que pueda en los North y West Sides; licencias nuevas y antiguas. Y después verá qué tienen que ver los túneles.

Hizo una pausa para ver si McKenty había captado a qué se refería, pero este último no lo logró.

—No quiere usted mucho, ¿no? —dijo de buen humor—. Pero no veo de qué manera puede utilizar los túneles. Pero eso no es obstáculo para que me encargue de ellos para usted, si cree que es importante.

—Así va esto —dijo Cowperwood pensativo—: le haré socio preferente de todas las empresas que yo controle si hace lo que le sugiera. Los tranvías, tal como los conocemos ahora, serán chatarra dentro de ocho o nueve años a lo sumo. Ya ha visto lo que está empezando a hacer la compañía del South Side. Cuando les llegue el turno, a las compañías del West y North Sides no les va a resultar tan fácil. No ganan tanto dinero como la del South Side, y, además, tienen que cruzar esos puentes, lo que supone un grave inconveniente para una línea de cable. En primer lugar, habrá que reconstruir los puentes para que aguanten el peso y la tensión adicionales, lo que plantea una pregunta inmediatamente: ¿a expensas de quién? ¿De la ciudad?

—Eso dependerá de quién lo solicite —contestó el señor McKenty afablemente.

—Cierto —asintió Cowperwood—. Después, el tráfico del río se está volviendo imposible al no poderse prestar un servicio de tranvía decente. Ahora las esperas oscilan entre los ocho y los quince minutos, mientras pasan los remolcadores y los barcos. Hoy en día, Chicago tiene una población de quinientas mil personas, pero,

¿cuántas tendrá en 1890? ¿Y en 1900? ¿Cómo será cuando tenga ochocientos mil o un millón de habitantes?

—Tiene mucha razón —interpoló McKenty—. La situación será bastante mala.

—Exactamente. Pero, lo que es peor, las líneas de cable tirarán de remolques o de coches pertenecientes a servicios secundarios. No habrá coches individuales esperando en los puentes levadizos —habrá trenes, trenes atestados de gente—. No parece aconsejable que se detenga a los tranvías durante entre ocho y quince minutos mientras los barcos rebasan el puente. El público no soportará eso durante mucho tiempo, ¿no le parece?

—Probablemente no sin que se arme un lío —contestó McKenty.

—Y entonces, ¿qué significa esto? —preguntó Cowperwood—. ¿Va a disminuir el tráfico? ¿Se va a secar el río?

McKenty se le quedó mirando fijamente, y de repente se le iluminó la cara.

—Ah, ya veo —dijo, perspicaz—. Está pensando en los túneles. ¿Están en condiciones de usarse?

—Es más barato reacondicionarlos que construir unos nuevos.

—Tiene razón —contestó McKenty—, y si están en condiciones de ser reparados, serían exactamente lo que usted quiere. —Lo dijo con énfasis, casi con tono triunfante—. Pertenecen a la ciudad, y costaron casi un millón de dólares cada uno.

—Lo sé —dijo Cowperwood—. ¿Y ahora ve adónde quiero ir a parar?

—¡Vaya si lo veo! —sonrió McKenty—. Menuda idea ha tenido, Cowperwood. Me quito el sombrero ante usted. Dígame lo que quiere.

—Bien, entonces, en primer lugar —contestó Cowperwood en tono afable—, estamos de acuerdo en que la ciudad no se deshará de ninguno de esos dos túneles bajo ninguna circunstancia hasta que veamos lo que se puede hacer con este otro asunto.

—Y no lo hará.

—En segundo lugar, estamos de acuerdo en que a partir de ahora no les facilitará a las compañías del North y West Sides la obtención de ordenanzas para extender sus líneas, ni ninguna otra cosa, en la medida de lo posible. Yo querré después solicitar licencias para establecer líneas secundarias y otras en las afueras.

—Presente sus solicitudes —contestó McKenty—, y haré lo que me diga. Ya he trabajado antes con usted y sé que cumple su palabra.

—Gracias —contestó Cowperwood afectuosamente—. Sé cuánto vale eso. Mientras tanto, yo seguiré adelante y averiguaré qué se puede hacer con el otro asunto. No sé a cuántos hombres tendré que poner al corriente de esto ni qué tipo de organización hará falta. Pero puede estar seguro de que me ocuparé de sus intereses debidamente, y de que será informado de todo lo que se haga, que además deberá contar con su consentimiento.

—Me parece todo muy bien —contestó McKenty, pensando en el nuevo campo de actividad que se abría ante ellos. Una asociación entre Cowperwood y él en un

asunto como este debía resultar muy beneficiosa para ambos. Y estaba seguro de que no dejaría de lado sus intereses, como ya sabía de sus asociaciones anteriores.

—¿Vamos a ver si encontramos a las damas? —preguntó Cowperwood con su desenfado habitual, cogiendo al político por el brazo.

—Desde luego —asintió McKenty con tono alegre—. Tiene una casa muy bonita; preciosa. Y su esposa es, si me permite la familiaridad, una de las mujeres más bellas que he visto nunca.

—A mí siempre me ha parecido bastante atractiva —contestó Cowperwood con sinceridad.

CAPÍTULO XXII

Al fin los tranvías

Entre los directores de la compañía North Chicago City había un hombre, Edwin L. Kaffrath, que era joven y tenía visión de futuro. Su padre, un antiguo e importante accionista de esta compañía, había muerto hacía poco dejándole a su único hijo todas sus acciones y prácticamente la dirección de la misma. El joven Kaffrath no era en modo alguno un hombre con conocimientos prácticos sobre el ferrocarril, aunque él imaginaba que podría hacerlo muy bien si se le daba la oportunidad. Era el propietario de casi ochocientas de un total de cinco mil acciones, pero el resto estaba tan dividido que él sólo podía ejercer una influencia mínima. Aun así, desde el día en el que entró en la compañía —lo que ocurrió meses antes de que Cowperwood comenzara a pensar seriamente en la situación—, había apostado fuerte por realizar mejoras: extensiones, más licencias, mejores coches, mejores caballos, estufas en los coches en invierno, y cosas por el estilo, y todas sus sugerencias habían sido recibidas por sus codirectores como manifestaciones de la impetuosidad desenfrenada de la juventud, por lo que se opusieron a ellas de forma casi unánime.

—¿Qué tienen de malo los coches? —preguntó Albert Thorsen, uno de los directores de más edad, en una de las reuniones en la que Kaffrath estaba presente, manifestando su protesta habitual—. Yo no veo que tengan ningún problema. Yo viajo en ellos.

Thorsen era un individuo grueso y decrepito de sesenta y seis años, cubierto de hebras de tabaco, que resultaba un poco aburrido, pero cordial. Estaba en el negocio de la pintura, y siempre vestía un traje ligero de color gris acero muy arrugado en los fondillos y en los brazos.

—A lo mejor eso es lo que les pasa, Albert —dijo con tono cantarín Solon Kaempfaert, uno de sus amigotes de la junta de administración.

La ocurrencia provocó una carcajada.

—Ah, no lo sé. Os veo a los demás reunidos aquí en la junta con bastante frecuencia.

—Pues, yo le diré lo que les pasa —contestó Kaffrath—. Están sucios, son endebles y las ventanas traquetean hasta el punto de que uno no oye ni lo que está pensando. Las vías no valen y la paja sucia que echamos en invierno basta para que a cualquiera se le revuelva el estómago. No mantenemos las vías en buenas condiciones. No me extraña que la gente se queje; yo también me quejaría.

—A mí no me parece que las cosas estén tan mal —añadió Onias C. Skinner, el presidente, cuya cara, con aquellas patillas tan cortas, resultaba tan afable como la de

un dios chino. Tenía sesenta y ocho años—. No son los mejores coches del mundo, pero son buenos. Les hace bastante falta una mano de pintura y un buen barnizado, a algunos de ellos, pero aparte de eso, todavía pueden servir durante bastantes años. Me alegraría que pudiéramos adquirir nuevo material rodante, pero el capítulo de gastos sería considerable. Lo que se come los beneficios son las prolongaciones que nos vemos obligados a seguir construyendo y los trayectos largos a cinco centavos. —Los llamados trayectos largos eran a lo sumo de entre tres y cinco kilómetros, pero al señor Skinner le parecían excesivamente largos.

—Bueno, miren a la South Side —insistió Kaffrath—. No sé en qué están pensando ustedes. En Filadelfia han introducido el sistema por cable. Hay otro en San Francisco. Alguien ha inventado un coche que, según tengo entendido, va a funcionar con electricidad, y aquí estamos nosotros con nuestros coches, más bien graneros los llamaría yo, llenos de paja por el suelo. Cielo santo, me parece que ya va siendo hora de que nos espabilemos.

—Oh, no sé —comentó el señor Skinner—. A mí me parece que hemos manejado bastante bien el North Side. Hemos hecho un buen negocio.

Los directores Solon Kaempfaert, Albert Thorsen, Isaac White, Anthony Ewer, Arnold C. Benjamin y Otto Matjes, todos caballeros muy solemnes, se limitaron a permanecer sentados en silencio y con la mirada fija.

Pero no resultaba tan fácil reprimir al enérgico Kaffrath, que repitió sus quejas en otras ocasiones. El hecho de que también aparecieran bastantes protestas en los periódicos de vez en cuando con respecto al servicio del North Side en cierto modo le complacía. Quizá fuera este el proverbial fuego bajo la tortuga que terminara por obligarla a avanzar.

Por esta época, debido al acuerdo de Cowperwood con McKenty, se habían acabado todas las posibilidades de que la compañía del North Side pudiera hacerse con licencias adicionales para las calles que aún estaban libres, y de que pudieran llegar a utilizar el túnel de La Salle Street. Kaffrath lo desconocía. Tampoco lo sabían los directores ni los gerentes de la compañía, pero así era. Además, McKenty, a través de los concejales que tenía a su entera disposición en el North Side, estaba empezando a extender rumores y quejas con el objetivo de desacreditar a la actual dirección. Se montó un buen alboroto por una petición que alguien había presentado en el pleno municipal y que pretendía obligar a la compañía del North Side a tirar los coches viejos y a instalar vías mejores y más pesadas. Curiosamente, esto no se aplicaba tanto al West y South Sides, que estaban en las mismas condiciones. La gente corriente de la ciudad, que ignoraba los tejemanejes que se traían los políticos con algún fin que otro, se alegró mucho de que se produjera esta llamada «sublevación pública». Poco podían sospechar que ellos eran los peones de este juego ni que la sinceridad escaseaba en el planteamiento principal.

Un día y de una manera aparentemente accidental, Addison, que había estado pensando en distintos hombres de la compañía del North Side que pudieran serle

útiles a Cowperwood y que finalmente había elegido al joven Kaffrath como el agente ideal, se presentó a este último en el Union League.

—Ustedes, los de los tranvías del North y West Sides, se enfrentan a una enorme partida de gastos —aprovechó para comentar.

—¿Y eso? —preguntó Kaffrath con curiosidad, interesado en oír cualquier cosa que tuviera que ver con el desarrollo del negocio.

—Bueno, a menos que esté muy equivocado, ustedes, todos ustedes, se van a ver obligados a sobrellevar el gasto de la renovación total de sus líneas dentro de muy poco, o al menos eso he oído, para introducir ese nuevo motor o el sistema por cable que van a instalar en el South Side. —Addison quería dar la impresión de que el concejo municipal o la presión del público iban a obligar a la compañía North Chicago a embarcarse en esta importante y cara serie de mejoras.

Kaffrath aguzó el oído. ¿Qué era lo que iba a hacer el concejo municipal? Quería enterarse de todo. Hablaron de todo lo relacionado con la situación —de la naturaleza de los conductos de los cables, del coste de las centrales de tracción, de la necesidad de nuevos raíles y de puentes más fuertes o de otros medios para pasar por encima o por debajo del río. Addison se esmeró en señalar que la Chicago City o la South Side Railway estaban en una posición bastante más afortunada que ninguna de las otras dos, debido a que estaban libres del problema que suponía cruzar el puente. Y después volvió a compadecerse de la compañía del North Side por la situación tan difícil que atravesaba.

—Creo que su compañía va a tener que hacer muchas cosas —reiteró.

Kaffrath quedó muy impresionado y, en consecuencia, deprimido, porque el valor de sus ochocientas acciones se depreciaría ante la necesidad de realizar unos gastos tremendos en túneles y otras mejoras. Aun así, encontró algún consuelo en el pensamiento de que esas mejoras, que Addison le había descrito, harían que las líneas fuesen más rentables a la larga. Pero en el intervalo, el proceso sería arduo. Los viejos directores debían actuar con rapidez ahora, pensaba él. Si la compañía del South Side se estaba renovando, ellos tendrían que seguir el ejemplo. Pero ¿iban a hacerlo? ¿Cómo iba a conseguir que se dieran cuenta de eso, de que aunque fuera necesario hipotecar las líneas durante años, a la larga les saldría rentable? Estaba harto de aquellos métodos antiguos, conservadores y cautelosos.

Tras un intervalo de varias semanas, Addison, que aún actuaba para Cowperwood, tuvo una segunda reunión privada con Kaffrath. Le dijo, tras conseguir la promesa de que guardaría el secreto de momento, que desde su conversación anterior había visto otras mejoras. Desde entonces habían ido a verlo varios hombres que tenían una larga relación con los tranvías en otras localidades. Habían estado visitando varias ciudades en busca de un buen mercado para su capital y finalmente habían elegido Chicago. Habían echado un vistazo a las distintas líneas y habían decidido que la North Chicago City Railway era un buen sector. Y después procedió a explicarle con extremo cuidado la idea que Cowperwood había esbozado para él.

Kaffrath, dudoso en un primer momento, al final quedó convencido. Hacía demasiado tiempo que se sentía irritado por la actitud dilatoria y polvorienta del viejo régimen. No sabía quiénes eran estos nuevos hombres, pero este proyecto estaba en línea con sus propias ideas. Requeriría, como Addison le señaló, de unos gastos de varios millones de dólares, y él no veía cómo iban a reunir ese dinero sin ayuda externa, a menos que se hipotecaran las líneas por fuertes sumas. Si estos hombres nuevos estaban dispuestos a pagar un precio alto por el cincuenta y uno por ciento de las acciones durante noventa y nueve años, y además les garantizaban un tipo de interés satisfactorio sobre el resto de las acciones, aparte de poner en marcha una política innovadora, ¿por qué no dejarlos? Sería lo mismo que hipotecar la propiedad hasta las cejas, y además, los directores no valían para nada en cualquier caso. Kaffrath no comprendía cómo estos nuevos inversores iban a amasar fortunas construyendo filiales y compañías de equipamiento, en las que Cowperwood estaría interesado, ni cómo con la emisión de acciones diluidas tanto en las líneas antiguas como en las nuevas este último prácticamente no necesitaría soltar ni un dólar una vez que tuviera garantizado el capital inicial necesario («el capital de las conversaciones», como a él le gustaba llamarlo). Cowperwood y Addison ya habían acordado que, si esto salía bien, crearían la Chicago Trust Company respaldada por unos cuantos millones para manejar todos sus negocios. Kaffrath lo único que veía era que obtendría una mejor rentabilidad por sus acciones, y posiblemente una oportunidad de entrar a formar parte de la «estrategia básica», según rezaba la expresión que se había puesto de moda, de la nueva compañía.

—Eso es lo que les he estado diciendo a estos tipos durante los últimos tres años —le dijo finalmente a Addison, halagado por la atención que le prestaba este último y asombrado por su gran influencia—, pero nunca se han mostrado dispuestos a escucharme. La manera en la que se ha gestionado la red del North Side es un crimen. Cualquier crío sería capaz de hacerlo mejor de lo que lo hemos hecho nosotros. Han ahorrado en los raíles y en el material rodante, y han perdido población. Lo que nos hace falta aquí arriba es gente, y sólo conozco una manera de conseguirla, y esa es la de ofrecerles un servicio de tranvías decente. Puedo decirle con franqueza que nunca lo hemos hecho.

No mucho después de esto, Cowperwood tuvo una breve conversación con Kaffrath, en la que le prometió no sólo seiscientos dólares por acción y por todas las acciones que poseía o por aquellas de las que quisiera desprenderse en arriendo, sino también una bonificación en forma de nuevas acciones de la compañía para que ejerciera su influencia. Kaffrath volvió al North Side jubiloso por sí mismo y por la compañía. Tras meditarlo debidamente durante algún tiempo, decidió que una aproximación indirecta serviría mejor a los fines de Cowperwood; utilizar a alguna parte aparentemente desinteresada que propusiera el asunto en forma de sutiles sugerencias. Por lo tanto, provocó que William Johnson, el ingeniero jefe, abordara a Albert Thorsen, uno de los directores más vulnerables, para decirle que se había

enterado en una conversación privada de que a Isaac White, Arnold C. Benjamin y Otto Matjes, otros tres directores y algunos de los propietarios más importantes, les habían ofrecido un precio excelente por sus acciones y que iban a vender, dejando a los otros al margen.

Thorsen se sintió tremendamente apenado.

—¿Cuándo se ha enterado de eso? —preguntó.

Johnson se lo contó, pero por el momento mantuvo en secreto su fuente de información. Thorsen fue rápidamente a su amigo Solon Kaempfaert, que, a su vez, acudió a Kaffrath en busca de información.

—He oído algo al respecto —fue el único comentario de Kaffrath—, pero no lo sé a ciencia cierta.

Y con eso, Thorsen y Kaempfaert imaginaron que Kaffrath formaba parte de la conspiración para vender y dejarlos sin unas ganancias especialmente valiosas. Les resultó muy triste.

Mientras tanto, Cowperwood, siguiendo el consejo de Kaffrath, abordó a Isaac White, Arnold C. Benjamin y Otto Matjes directamente, y se dirigió a ellos como si fuesen los tres únicos con los que deseara hacer negocios. Poco después, Thorsen y Kaempfaert recibieron una visita con el mismo fin, y atenazados por un secreto temor, acordaron vender, o más bien arrendar en los términos tremendamente ventajosos que Cowperwood les ofrecía, siempre y cuando consiguiera que los otros también hicieran lo mismo. Esto le supuso a este último un fuerte respaldo en cuanto a la opinión de la junta. Finalmente, Isaac White afirmó en una de las reuniones que se habían dirigido a él con una propuesta interesante, que procedió entonces a esbozar. Estaba en duda, dijo, pero quizá a la junta le gustaría valorarla. Thorsen y Kaempfaert estuvieron seguros al instante de que todo lo que Johnson les había dado a entender era cierto, y se decidió hacer venir a Cowperwood para que explicara a la junta en pleno cuál era su plan, y eso fue lo que hizo en el transcurso de una larga conversación en la que se mostró sonriente y afable. Quedó claro que las vías debían ser acondicionadas en un futuro cercano y que el plan que él proponía los liberaba de cualquier esfuerzo, preocupación o problema. Es más, les garantizaba instantáneamente un interés mayor del que habían esperado obtener en los veinte o treinta años siguientes, por lo que se acordó dar una oportunidad a Cowperwood y a su plan. En vista de que si no lograba pagarles el interés propuesto puntualmente la propiedad volvía a pertenecerles de nuevo, o eso pensaban ellos, y que él asumía todas las obligaciones —impuestos, facturas de agua, antiguos derechos y unas cuantas pensiones—, el plan parecía algo idílico.

—Bueno, muchachos, a mí me parece que este ha sido un buen día de trabajo —comentó Anthony Ewer, poniéndole al señor Albert Thorsen una mano en el hombro de manera amistosa—. Creo que podemos desearle al señor Cowperwood buena suerte en su empresa de manera unánime. —Las setecientas quince acciones del señor Ewer, que valían setenta y un mil quinientos dólares, habían elevado su valor hasta los

cuatrocientos veintinueve mil dólares, por lo que, naturalmente, se sentía exultante.

—Tiene razón —contestó Thorsen, que se iba a desprender de cuatrocientas ochenta acciones de un total de setecientas noventa, y cuyo valor había visto dispararse de doscientos a seiscientos dólares—. Es un hombre interesante. Espero que tenga éxito.

Cowperwood, que se despertó a la mañana siguiente en la habitación de Aileen —la noche anterior había llegado tarde porque había estado con McKenty, Addison, Videra y otros—, se dio la vuelta y, acariciándole el cuello a aquella, que aún dormía, le dijo:

—Bueno, cariño, ayer tarde cerré el trato de la North Chicago Street Railway, y seré el presidente de la nueva compañía del North Side en cuanto logre organizar mi junta de administración. De aquí a un año o dos, vamos a ser gente importante en esta ciudad después de todo.

Esperaba que esto, entre otras cosas, terminara por suavizar la actitud de Aileen hacia él. Hacía mucho que ella se mostraba triste, distante y hastiada —así había estado desde el terrible ataque a Rita.

—¿Sí? —contestó ella con una sonrisa medio forzada mientras se restregaba los ojos para despertarse. Llevaba un espumoso camisón rosa y blanco—. Qué bien, ¿no?

Cowperwood se apoyó en un codo y la miró mientras acariciaba sus brazos desnudos y torneados, que a él siempre le habían gustado mucho. La luminosidad de su pelo tampoco había perdido nunca su encanto por completo.

—Eso significa que puedo hacer lo mismo con la Chicago West Division Company dentro de un año o así —continuó él—. Pero se va a hablar mucho de esto, me temo, y eso no me interesa ahora mismo. Saldrá bien. Seguro que Schryhart, Merrill y algunos más se darán cuenta muy pronto. Se les han escapado dos de las mayores cosas que Chicago ha tenido nunca: el gas y los tranvías.

—Oh, sí, Frank, me alegro por ti —dijo Aileen con cierta tristeza, porque, a pesar del dolor por su traición, aún se alegraba de sus progresos—. A ti siempre te irá bien.

—Ojalá no te sintieras tan mal, Aileen —dijo él a modo de queja afectuosa—. ¿No vas a intentar ser feliz conmigo? Esto es por ti tanto como por mí. Podrás resarcirte de viejas ofensas más que yo.

Y le dedicó una sonrisa encantadora.

—Sí —contestó ella con cierto reproche, pero con ternura y tristeza—, como si el dinero me sirviera de mucho. Lo que yo quería era tu amor.

—Y lo tienes —insistió él—. Te lo he dicho mil veces. Nunca dejé de quererte. Sabes que no.

—Sí, lo sé —contestó ella, mientras él la apretaba fuerte entre sus brazos—. Sé cómo es tu amor. —Pero eso no le impidió responder con afecto, porque tras todas sus quejas encendidas, lo que había era un corazón roto y el deseo de que su amor volviera a estar intacto y de recuperar aquel afecto prístino que una vez había creído que duraría para siempre.

CAPÍTULO XXIII

El poder de la prensa

A pesar de los esfuerzos de Cowperwood y de sus amigos por mantener este traspaso en secreto, los periódicos de la mañana aparecieron poco después plagados de rumores sobre un cambio en la North Chicago. Frank Algernon Cowperwood, al que hasta el momento no se había mencionado con relación a los tranvías de Chicago, era señalado como el probable sucesor de Onias C. Skinner y de Edwin L. Kaffrath, uno de los antiguos directores, como el futuro vicepresidente. Se referían a los hombres que se encontraban detrás del acuerdo como «con total probabilidad, capitalistas del Este». Cowperwood, que sentado en la habitación de Aileen repasaba los diversos periódicos matutinos, supo que antes de que se acabara el día lo buscarían para que diera su opinión y para que ofreciera más datos. Tenía intención de pedir a los periodistas que esperaran unos días hasta que pudiera hablar con los editores de los periódicos —y ganarse su confianza—, y después anunciar su política general; sería algo que agradaría a la ciudad, y a los residentes del North Side en particular. Al mismo tiempo, no quería prometer nada que no pudiera realizar con cierta facilidad y que le resultara rentable. Quería conseguir fama y una buena reputación, pero deseaba el dinero aún más, y tenía intención de conseguir ambas cosas.

Para alguien que llevaba tanto tiempo dedicándose a los ámbitos menos importantes de las finanzas, como Cowperwood consideraba que había estado haciendo hasta ahora, este repentino paso adelante en los sectores más destacados de las altas finanzas y del control era algo realmente inspirador. Se había pasado tanto tiempo yendo y viniendo por sectores de importancia menor, preparando el camino durante horas y horas de meditación, de conversaciones y de planificación, que ahora, cuando había conseguido de verdad sus fines, casi no podía creer aún que fuera verdad. Chicago era una ciudad espléndida y crecía muy rápido. Ofrecía maravillosas oportunidades. Estos hombres, que habían cometido la estupidez de deshacerse de sus acciones con un arriendo indefinido, no habían valorado debidamente lo que estaban haciendo. ¡Una vez que lo tuviera bajo control, el negocio de los tranvías de Chicago podría ofrecer unos beneficios espléndidos! Podría crear sociedades y sobrecapitalizarlas. Muchas líneas secundarias que McKenty se aseguraría de que consiguiera por una miseria valdrían millones en el futuro, y serían suyas en su totalidad, y por las que no les debería intereses a los directores de la antigua compañía del North Chicago. Gradualmente, año tras año, a medida que creciera la ciudad, las líneas que estuvieran aún controladas por esta vieja compañía, pero que

eran prácticamente suyas, se convertirían en un simple artículo, en el núcleo central, de un sistema mucho mayor de líneas nuevas que él construiría a su alrededor. Y después, el West Side e incluso partes del South Side, pero, ¿por qué no soñar? ¡Podría muy bien convertirse en el amo de todo el tráfico de los tranvías de Chicago! ¡Podría muy bien convertirse en la figura financiera más espléndida de la ciudad, y en uno de los pocos grandes magnates financieros de la nación!

En cualquier empresa pública de cualquier tipo, como él sabía, en la que se desean los votos del público o los privilegios que poseen, siempre hay que tener en cuenta a la prensa. Como Cowperwood ya había puesto su mirada hambrienta en los dos túneles —uno, que debía asegurarse en vista de la posible adquisición de la Chicago West Division Company, y el otro, para entregárselo a la North Chicago Street Railway, que él acababa de crear—, era necesario que se hiciera amigo de los diversos editores. ¿Cómo abordar el asunto?

Últimamente, debido a la fuerte afluencia de población tanto nativa como extranjera (miles y miles de hombres de todo tipo y condición que buscaban el trabajo que el crecimiento de la ciudad parecía prometer), y debido a la difusión de ideas desestabilizadoras por parte de individuos radicales pertenecientes a grupos extranjeros, referentes al anarquismo, al socialismo, al comunismo y otras similares, la conciencia cívica de Chicago se había acentuado^[1]. Ese mismo mes de mayo, durante el que Cowperwood se había afanado en cerrar los asuntos a su favor, se había producido una tremenda conmoción a nivel nacional cuando algún fanático excitado lanzó una bomba que había explotado mutilando y matando a varios policías y que hirió a varios más, en un amplio espacio público del West Side, conocido como el Haymarket, durante una de las diversas reuniones de trabajadores considerada anarquista debido a los principios de algunos de los oradores^[2]. Esto había planteado, de manera definitiva y repentina como un rayo, el problema de la confrontación de la masa obrera con la clase privilegiada y le había dado una difusión que no habría sido posible anteriormente, teniendo en cuenta el carácter alegre, optimista y casi intrascendente de la mentalidad norteamericana. Cambió por completo el panorama comercial, casi como si se hubiera producido una erupción. Desde aquel momento, los hombres consideraron los temas cívicos y nacionales con mayor precisión. ¿Qué era el anarquismo? ¿Y qué el socialismo? ¿Y además, qué derechos tenía el pueblo llano en el desarrollo económico y gubernamental? Se trataba de cuestiones interesantes, y tras la bomba —cuyo efecto fue como el de una piedra lanzada al agua—, las ondas de pensamiento siguieron ensanchándose y ampliándose hasta impregnar lugares tan supuestamente remotos e inexpugnables como las redacciones de los periódicos, los bancos e instituciones financieras en general, y las guaridas y los trabajos de los dignatarios políticos.

Sin embargo, esto no afectó a Cowperwood. No creía ni en el poder de las masas ni en sus derechos, aunque se compadecía de las condiciones individuales y creía que los hombres como él habían sido enviados al mundo para perfeccionar su

funcionamiento y las condiciones de vida. Durante estos primeros días, con frecuencia observaba a los numerosos hombres con sus caballos reunidos dentro y en los alrededores de las diversas cocheras y se preguntaba cómo se sentirían. Muchos de ellos parecían desganados. Eran como animales, pacientes, carentes de talento y de esperanza. Pensaba en sus sórdidas casas, en las largas jornadas de trabajo, en la escasa paga, y llegó a la conclusión de que si había algo que se pudiera hacer por ellos era pagarles un sueldo decente, lo cual tenía intención de hacer; pero nada más. No se podía esperar que entendieran los sueños ni las visiones de futuro de Cowperwood, ni que participaran de la magnificencia ni de la preponderancia social que él tanto deseaba. Al final decidió que sería mejor que fuera él personalmente a visitar a los editores de los diversos periódicos para hablar de la situación. Addison mostró reticencias cuando le consultó sus planes. Tenía poca fe en los periódicos.

Había visto cómo politiqueaban, cómo actuaban guiados por la hostilidad y el resentimiento personal, e incluso, cómo traicionaban, en algunos casos, a cambio de recompensas patéticamente insignificantes^[3].

—Te diré cuál es la situación, Frank —comentó Addison en una ocasión—. Tendrás que hacerlo todo con pies de plomo, prácticamente. Ya sabes que todos los que tienen relación con el gas te siguen teniendo inquina, a pesar del hecho de que seas uno de los mayores accionistas. Schryhart no te tiene la más mínima simpatía, y es prácticamente el dueño del *Chronicle*. Ricketts dirá prácticamente lo que quieran que diga. Hyssop, del *Mail* y del *Transcript*, es un hombre independiente, pero es presbiteriano, y un moralista frío y farisaico. El periódico de Braxton, el *Globe*, prácticamente pertenece a Merrill, aunque Braxton es un buen tipo. Y ya sabemos cómo es el viejo general MacDonald, del *Inquirer*, de modo que todo dependerá de cómo se sienta cuando se levante por la mañana. Si le gusta tu aspecto, podría llegar a apoyarte eternamente, o hasta que vulneres alguna de sus creencias de algún modo. Es como una vieja morsa. Me cae bien. Ni Schryhart ni Merrill ni ningún otro puede sacarle nada, a menos que él quiera dárselo. Pero puede que no le queden muchos años, y no me fio de su hijo. Haguenin, del *Press*, es buen tipo y te tiene simpatía, según tengo entendido. Si no intervienen otros factores, creo que te apoyaría en cualquier cosa que le pareciera justa y razonable. Bien, ahí lo tienes. Atráetelos a todos a tu causa si puedes. No pidas el túnel de La Salle Street en un primer momento; deja que parezca algo que se te ha ocurrido después; como una gran necesidad pública. Aquí lo más importante es evitar tener a las demás compañías metiendo cizaña contra ti. Y puedes estar seguro de que Schryhart va a pensar mucho en todo este asunto a partir de ahora. En cuanto a Merrill, bueno, si le haces ver de qué forma puede sacar algo en su propio provecho, supongo que te apoyará^[4].

Una de las cosas más espléndidas y fascinantes, a la vez que siniestras, de la vida, es que resulte imposible rastrear el origen de todos los vientos que influyen y de los que se aprovecha una barca concreta —todos los aires de cambio que hinchán o abandonan nuestras velas henchidas o vacías—. Nosotros planificamos sin descanso,

pero ¿quién, sólo con pensarlo, puede añadir importancia a su estatus? ¿Quién puede vencer o ni siquiera ayudar a la providencia que conforma nuestros fines, por mucho que los esbochemos? Cowperwood estaba emprendiendo una gran carrera pública, y los diversos editores y las personalidades de la ciudad lo seguían con interés. Augustus M. Haguenin, un agente independiente en su medio, la prensa, pero que aun así carecía de libertad porque la necesidad de que su periódico fuera rentable le ponía freno, estaba muy interesado. A pesar de carecer del abrumador magnetismo de un hombre como MacDonald, era, sin embargo, un hombre honesto, bienintencionado, considerado y cuidadoso. Haguenin, tras el resultado de las transacciones del gas de Cowperwood, había sentido un interés tremendo por la carrera de este último. Le parecía que Cowperwood probablemente estuviera destinado a convertirse en una figura significativa. La fuerza bruta y rutilante, combinada con el cruel maquiavelismo de la naturaleza —si fuera sólo maquiavélica—, parece ejercer una profunda atracción sobre los que hunden sus raíces en la convención. El cauteloso ciudadano de medios limitados, que observa lo que le rodea a través de los ojos de su mundo deslustrado de hechos aparentes, es a menudo el primero en perdonar o tolerar las oscuras chapuzas de la teoría mediante las que ascienden los fuertes. Haguenin, al observar a Cowperwood, lo concebía como un hombre que probablemente había pecado mucho, pero contra el que también habían pecado en igual medida, un hombre que sería fiel a sus amigos, y en quien se podría confiar en los momentos de gran tensión. Daba la casualidad de que los Haguenin eran vecinos de los Cowperwood, y desde los días durante los que estos últimos habían intentado infructuosamente entrar en la sociedad de Chicago, esta familia los había seguido considerando tan aceptables como lo hacían aquellos que habían seguido brindándoles su amistad.

Así que cuando Cowperwood llegó un día a la oficina del *Press* en mitad de una tormenta de nieve y viento —era justo antes de las vacaciones de Navidad—, Haguenin se alegró de verlo.

—Esto sí que es tiempo de invierno, ¿eh? —comentó en tono alegre—. ¿Cómo va el negocio del North Chicago Street Railway? —Hacía meses que él, junto con los demás editores, estaba al tanto de que se iba a reformar todo el North Side con raíles nuevos para el sistema de cable, centrales de tracción y coches elegantes; y ya se hablaba de que había nuevos proyectos para mejorar el transporte de viajeros hasta la zona centro de la ciudad.

—Señor Haguenin —dijo un Cowperwood sonriente, vestido con un grueso abrigo de pieles con cuello de castor y guantes de conducir hechos de piel de perro—, hemos llegado a un punto del problema de los tranvías del North Side en el que vamos a requerir la ayuda de los periódicos, o al menos su apoyo cordial. En este momento, nuestra principal dificultad reside en que todas nuestras líneas terminan en Lake Street, una vez ya en el centro, a este lado de los puentes, lo que supone una larga caminata para todos los pasajeros que quieran llegar a las calles que se encuentran hacia el sur, y, como usted probablemente sabrá, ha habido multitud de

quejas. Además de eso, el tráfico del río se está convirtiendo en un fastidio intolerable, y que hace años que sufrimos. Todos lo hemos sufrido. No se ha hecho ningún esfuerzo por regularlo, y como es tan intenso, dudo de que haya manera alguna de sistematizarlo en el futuro. Lo mejor, a la larga, sería hacer un túnel bajo el río, pero esa es una propuesta tan cara que, tal como están las cosas ahora, no estamos en posición de emprenderla. El tráfico del North Side no la justifica. No justifica tampoco la reconstrucción de los tres puentes que usamos ahora en State, Dearborn y Clark; pero, si introducimos el sistema por cable, que es lo que pretendemos hacer, habrá que reacondicionar estos puentes. En vista de que esta es una empresa en la que el público tiene casi tanto interés como nosotros, me parece que lo justo sería que la ciudad ayudara con el pago de los trabajos de reconstrucción. Todos los terrenos adyacentes a estas líneas y las propiedades a las que sirven verán cómo aumenta su valor enormemente. También crecerá considerablemente la capacidad de la ciudad para imponer impuestos. He hablado con varios financieros de Chicago y están de acuerdo conmigo; pero, como suele ocurrir en estos casos, sé que algunos políticos están en mi contra. Desde que me hice cargo de la compañía del North Chicago, la actitud de uno o dos periódicos no ha sido muy cordial. (En el *Chronicle*, controlado por Schryhart, ya había habido varias referencias a la probabilidad de que ahora, desde que Cowperwood y sus amigos se hicieran cargo, pudieran repetirse las tácticas de las subidas astronómicas de las antiguas Lake View, Hyde Park y otras organizaciones del gas. El *Globe* de Braxton, propiedad de Merrill, al ser semineutral, se había limitado a sugerir que esperaba que no se repitieran aquellos métodos.) Quizá sepa —continuó Cowperwood— que tenemos en mente un amplio programa de mejoras, siempre y cuando logremos conseguir apoyo y ayudas públicas suficientes.

Llegado este punto, se metió la mano en uno de los bolsillos y sacó unos mapas y proyectos astutamente trazados, que habían sido preparados especialmente para aquella ocasión. Mostraban las líneas principales por cable en las calles North Clark, La Salle y Wells. Aquellas líneas convergían, al llegar al centro, en las calles Illinois y La Salle en el North Side —y aunque Cowperwood no hizo ninguna referencia a ello en aquel momento, en el mapa aparecía marcado en rojo que aquellas líneas pasarían por encima o por debajo del río en La Salle Street, donde no había ningún puente, para emerger después, trazando una curva, por La Salle hacia Munroe, Dearborn y Randolph, y desde allí entrarían de nuevo en el túnel^[5]—. Cowperwood le dio tiempo a Haguenin para que este último se diera cuenta de la importancia de aquel interesante diseño del tráfico antes de continuar.

—En el mapa, señor Haguenin, he indicado un plan que, si logramos obtener el consentimiento de la ciudad, haría innecesaria cualquier disputa sobre el excesivo gasto que supondría reconstruir los puentes, y que utilizaría una propiedad que ahora mismo carece de valor para la ciudad, pero que puede convertirse en algo de gran utilidad para el público. Me estoy refiriendo, como puede ver —señaló con el dedo el mapa que el señor Haguenin sostenía entre sus manos—, al viejo túnel de La Salle

Street, que ahora mismo está tapiado con tablones y que no le sirve a nadie absolutamente para nada. Aparentemente, al construirlo se basaron en unos cálculos erróneos sobre el grado de pendiente que podían soportar los carros cargados, y cuando se dieron cuenta de que no iba a ser rentable, se lo vendieron a la ciudad y lo cerraron. Si ha pasado por él alguna vez, sabrá en qué condiciones está. Mis ingenieros me dicen que se filtra agua por las paredes y que hay grave riesgo de derrumbe, a menos que se repare urgentemente. También me dicen que harán falta unos cuatrocientos mil dólares para acondicionarlo adecuadamente para su uso. Mi planteamiento es que si la North Chicago Street Railway está dispuesta a gastar esta cantidad para resolver el problema de los atascos en el puente, y a darles a los residentes del North Side un servicio sensato e ininterrumpido de transporte hasta el centro de negocios, la ciudad debería estar dispuesta a donarnos este túnel temporalmente, o al menos, a arrendárnoslo a largo plazo con una renta meramente nominal.

Cowperwood hizo una pausa para ver qué tenía que decir Haguenin.

Este último miraba el mapa con seriedad, preguntándose si era justo que Cowperwood presentara esta petición, si la ciudad debería concedérsela sin pedir una compensación, si el problema del tráfico en el puente era tan grave como él le había señalado, preguntándose, sin duda, si todo aquel movimiento no era más que una inteligente artimaña para conseguir algo a cambio de nada.

—¿Y qué es esto? —preguntó poniendo el dedo sobre el circuito mencionado anteriormente.

—Esa —contestó Cowperwood—, es la única forma que hemos encontrado de dar servicio a la zona comercial y de negocios del centro y al North Side, y de resolver el problema del puente. Si conseguimos el túnel, como espero que ocurra, todos los coches de las líneas del North Side saldrán aquí —y señaló La Salle y Randolph—, y girarán en redondo, siempre y cuando el ayuntamiento nos conceda el derecho de paso, claro está. Aunque creo que no puede haber ninguna objeción razonable a eso. No hay ninguna razón por la que los ciudadanos del North Side no deban tener un acceso lo más cómodo posible al corazón financiero, equiparable al de los ciudadanos del West y South Sides.

—Ninguna en absoluto —se vio obligado a admitir el señor Haguenin—. Sin embargo, ¿está usted convencido de que el ayuntamiento y la ciudad deberían autorizar la donación del espacio para construir un circuito de vías de este tipo sin ningún tipo de compensación?

—No veo ninguna razón por la que no debieran hacerlo —contestó Cowperwood, en un tono levemente dolido—. Nunca se han discutido compensaciones en el pasado cuando se han realizado mejoras para la ciudad. La compañía del South Side ha sido autorizada a realizar un circuito en State y Wabash. La Chicago City Passenger Railway tiene otro en Adams y Washington Streets.

—Muy cierto —dijo el señor Haguenin distraídamente—. Eso es cierto. Pero lo de

este túnel ahora, ¿cree usted que eso debería encajar en la misma categoría de altruismo público?

Al mismo tiempo no podía evitar pensar, mientras miraba el circuito indicado en el mapa, que la nueva línea por cable, seguida de su hilera de remolques, le daría al centro de Chicago un aire verdaderamente metropolitano y supondría una salida magnífica para el North Side. Las calles en cuestión eran excelentes para el comercio, atestadas incluso en aquellas fechas, de edificios de cinco, seis, siete e incluso ocho plantas de altura, rebosantes de vida, y de ríos de gente y de entusiasmo —jóvenes, frescas, optimistas—. Debido a que la zona en la que la vida comercial de la ciudad tendía a concentrarse era una parte muy estrecha, esta propiedad y estas calles eran inmensamente valiosas —se contaban entre las más valiosas de toda la ciudad—. También observó que si el circuito llegaba hasta allí, sus coches, en el viaje de regreso por Dearborn Street, pasarían justamente por su puerta —la oficina del *Press*—, lo que supondría también un aumento del valor de aquel edificio del que él era propietario.

—Desde luego que sí, señor Haguenin —dijo Cowperwood con firmeza, en respuesta a su pregunta—. Personalmente creo que Chicago debería alegrarse de poder contribuir para conseguir poner en orden el servicio de tranvías, especialmente cuando hay una empresa que da un paso al frente y presenta un proyecto tan generoso y conservador como este, que supone el aumento en millones de dólares del valor de las propiedades del North Side, y que supone millones para el corazón comercial al tener este circuito diseñado justamente como le he mostrado.

Puso el dedo decididamente sobre el mapa que había traído, y Haguenin estuvo de acuerdo con él en que el plan era sin duda una propuesta de negocios muy fiable.

—Personalmente, yo debería ser el último en quejarme —añadió—, porque la línea pasa por mi puerta. Al mismo tiempo, el túnel, según tengo entendido, costó entre ochocientos mil y un millón de dólares. Es un problema delicado. Me gustaría saber lo que opinan los otros editores al respecto, y cuál sería la postura del ayuntamiento.

Cowperwood asintió.

—Por supuesto, por supuesto —dijo—. Con mucho gusto. No habría venido aquí si no estuviera convencido de que tengo una propuesta perfectamente legítima, y que la prensa de la ciudad debería unirse para apoyar. Cuando una compañía como la nuestra se enfrenta a unos gastos enormes, que han de ser financiados con capital externo, es natural que deseemos minimizar la oposición inútil e infundada por anticipado. Espero que podamos contar con su apoyo.

—Eso espero —sonrió el señor Haguenin, y se despidieron como dos buenos amigos.

Los otros editores, guardianes de los privilegios de la ciudad, no se mostraron tan cordiales como Haguenin a la hora de manifestar su aprobación hacia la propuesta de Cowperwood. La utilización de un túnel y de varias de las calles céntricas más

importantes podía ser esencial para el desarrollo de los planes de Cowperwood para el North Side, pero que se tratara de una cesión gratuita era un asunto totalmente diferente. De hecho, Schryhart, Merrill y otros ya habían hablado con los diversos editores y directores con la intención de averiguar cuál era su opinión sobre esta nueva aventura, y si Cowperwood recibiría su apoyo de buen grado o no. Schryhart, aún dolido por las heridas que había recibido durante la guerra del gas, contemplaba con recelo y envidia esta nueva actividad de Cowperwood. Para él, mucho más que para los otros, significaba que habría un nuevo y peligroso rival en el campo de los tranvías, aunque todos los ciudadanos importantes de Chicago estuvieran interesados.

—Imagino que ahora —dijo una tarde al honorable Walter Melville Hyssop, editor y director del *Transcript* y el *Evening Mail*, al que se encontró en el Union League— este tipo, Cowperwood, intentará llevar a cabo algún golpe inquietante relacionado con los asuntos de los tranvías. Es de esa clase de hombres. Desde el punto de vista editorial, creo que habrá que vigilar sus contactos políticos. —Ya corrían rumores en la calle de que McKenty podría tener algo que ver con la nueva compañía.

Hyssop, un hombre de estatura mediana, recargado y conservador, no estaba tan seguro.

—Sin duda, averiguaremos muy pronto las propuestas que el señor Cowperwood se trae entre manos —comentó—. Es un tipo muy enérgico y capaz, según tengo entendido.

Hyssop y Schryhart, al igual que Merrill, eran amigos habituales de los círculos sociales desde hacía muchos años.

Después de su visita al señor Haguenin, el buen criterio innato de Cowperwood, selectivo y de autoprotección, lo condujo a continuación a la oficina del *Inquirer*, el periódico del viejo general MacDonald, donde averiguó que el viejo general se había embarcado hacía sólo unos días hacia Italia a causa de su reumatismo y del inclemente tiempo de Chicago. Su hijo, un tipo joven de treinta y dos años, agresivo y mercantilista, y un director editorial de nombre Du Bois, lo representaban. En el hijo, Truman Leslie MacDonald, un joven temperamental, tranquilo y perspicaz, Cowperwood encontró a alguien que, al igual que él, veía la vida sólo desde el punto de vista de un egoísta y marcado provecho personal. ¿Qué iba a obtener él, Truman Leslie MacDonald, de cada situación concreta, o cómo iba a convertir el *Inquirer* en una propiedad de mayor valor del que había tenido bajo la dirección de su padre antes que él? No tenía intención de dejarse abrumar por la reputación algo florida del viejo general, y al mismo tiempo, estaba dispuesto a convertirse en alguien impresionantemente rico. Era un integrante activo de un grupo de jóvenes muy elegantes que había ido creciendo en el North Side, y montaba a caballo, conducía, había sido clave en la creación de un nuevo y exclusivo club de campo, y detestaba a las masas por considerarlas inapropiadas para el ambiente selecto al que él aspiraba. El señor Clifford Du Bois, el director editorial, era un tipo frío y sin principios de

cuarenta años, que se hacía pasar por un caballero y que utilizaba el *Inquirer* de maneras sutiles para lograr sus propios fines, y bajo las propias narices del viejo general. Era un tipo huesudo, con el pelo rubio y los ojos azules, una nariz formidable de buen olfato y la barbilla fuerte. Clifford Du Bois siempre ponía buen cuidado en que su mano izquierda no supiera lo que hacía la derecha.

Esta pareja de tipos inteligentes fue la que recibió a Cowperwood en ausencia del viejo general, primero en la oficina del señor Du Bois y después en la del señor MacDonald. Este último ya había oído hablar mucho sobre las actividades de Cowperwood. Hombres que habían tenido relación con la vieja guerra del gas — Jordan Jules, por ejemplo, presidente de la antigua North Chicago Gas Company, y Hudson Baker, presidente de la vieja West Chicago Gas Company— lo habían denunciado hacía tiempo tildándolo de pirata y acusándolo de haberles arrebatado unas muy cómodas sinecuras. Y ahora estaba invadiendo el campo de los tranvías del norte de Chicago, y presentando unos sorprendentes planes para la reorganización del corazón comercial de la zona centro. ¿Por qué la ciudad no debería obtener algo a cambio? O, mejor aún, ¿por qué no aquellos que ayudaran a crear opinión pública, tan determinante para el éxito de los planes de Cowperwood? Truman Leslie MacDonald, como ya se ha dicho, no veía la vida desde el mismo punto de vista que su padre, en absoluto. Tenía en mente llevar a cabo un fuerte regateo con Cowperwood durante la ausencia del viejo caballero, de la que el general nunca tendría por qué saber nada.

—Comprendo su punto de vista, señor Cowperwood —comentó con altanería—, pero ¿qué tiene que ver la ciudad con esto? Veo con claridad la importancia que tiene esto para la gente del North Side, e incluso para los comerciantes y los propietarios de inmuebles de la zona centro, pero eso simplemente significa que para usted es diez veces más importante. No hay duda de que ayudará a la ciudad, pero la ciudad está creciendo, en cualquier caso, y eso le ayudará a usted. Hace mucho que vengo diciendo que estas licencias públicas valen mucho más de lo que valían antes. Nadie parece haberse dado cuenta todavía, lo que no significa que no sea verdad. Ese túnel vale más ahora que cuando se construyó, y aunque la ciudad no pueda usarlo, alguien podrá.

Su intención era dar a entender que podría hacerlo alguna línea de tranvía rival, y Cowperwood se resintió para sus adentros.

—Todo eso está muy bien —dijo, manteniendo la compostura—, pero ¿por qué tratar a unos como moros y a otros como cristianos? El South Side tiene un circuito por el que nunca pagó ni un dólar. Y lo mismo ocurre con la Chicago City Passenger Railway. La compañía del North Side tiene proyectadas mejoras de mucha mayor envergadura de las que ninguna otra compañía haya acometido jamás con anterioridad. No creo que sea justo ni siquiera plantear la cuestión de la compensación ni del impuesto sobre la licencia en este momento, y relativos únicamente a esta compañía.

—Bueno, quizá sea cierto en lo concerniente a las otras compañías. La compañía del South Side tenía esas calles hace ya mucho tiempo; ellos se limitaron a conectarlas. Pero lo de este túnel ahora es un asunto diferente, ¿no le parece? La ciudad lo compró y lo pagó, ¿no?

—Cierto; para ayudar a determinados hombres que se dieron cuenta de que ya no podrían sacarle ni un dólar más —dijo Cowperwood en tono mordaz—. Pero a la ciudad no le sirve para nada. Si no se repara, pronto se habrá derrumbado. Además, sólo con que estén de acuerdo los propietarios de la línea que traza este bucle, sumarán un número considerable. Me parece a mí que en lugar de obstaculizar una gran obra de este tipo, el público debería hacer todo lo que estuviera en su mano por favorecerla. Supone darle un nuevo sabor metropolitano a la zona centro. Ya va siendo hora de que Chicago se vaya quitando los pañales.

MacDonald hijo sacudió la cabeza. Entendía con claridad la importancia de los argumentos que le presentaba, pero sentía celos de Cowperwood y de su éxito. La licencia para el circuito y la cesión del túnel significaban millones para alguien. ¿Por qué no debería sacar él algo también? Llamó al señor Du Bois y repasó la propuesta con él. No le supuso a este último ningún esfuerzo ver por dónde iban los tiros.

—Es una propuesta excelente —dijo—, aunque creo que la ciudad debería obtener algo. En este momento, el público está en contra de que se hagan cesiones a las empresas.

Cowperwood entendió lo que tenía en mente el joven MacDonald.

—Bien, y según usted, ¿cuál sería una tasa de compensación justa para la ciudad? —preguntó con cautela, preguntándose si este joven agresivo iría tan lejos como para comprometerse de algún modo.

—Bueno, en lo referente a eso —contestó MacDonald, haciendo un gesto despectivo con la mano—, no sabría decirle. Debería mantener una relación razonable con el valor actual del servicio público. Tendría que pensarlo. No me gustaría ver que la ciudad exigiera algo que no fuera razonable. Aunque, lo que está claro es que se trata de un privilegio que debe tener algún valor.

A Cowperwood lo invadió la furia por dentro. Su punto más débil, si es que tenía alguno, era que toleraba muy mal la oposición del tipo que fuera. Aquel joven descarado de cara delgada y ojos duros era un arribista. Le habría gustado decirle que él y su periódico podían irse al diablo, y se marchó esperando poder ejercer su influencia sobre el *Inquirer* de alguna otra manera cuando regresara el viejo general.

A la mañana siguiente, cuando estaba sentado en su oficina de North Clark Street, le sobresaltó el sonido aún nuevo del timbre del teléfono —que era uno de los primeros que se habían instalado— que estaba colgado de la pared detrás de él. Tras parlamentar con su secretaria, fue informado de que un caballero relacionado con el *Inquirer* deseaba hablar con él.

—Le llamo del *Inquirer* —dijo una voz que Cowperwood, con la oreja pegada al auricular, reconoció como la del joven Truman MacDonald, el hijo del general—.

Usted preguntó —continuó la voz— cuál sería una compensación adecuada por el uso del túnel. ¿Me oye?

—Sí —contestó Cowperwood.

—Bueno, no me gustaría influir sobre sus cálculos en un sentido ni en otro, pero, si me pidieran opinión, yo diría que acciones de la North Chicago Street Railway por valor de unos cincuenta mil dólares serían una compensación satisfactoria.

La voz era joven, clara e inflexible.

—¿Y a quién sugeriría que se lo pagara? —preguntó Cowperwood con suavidad y en tono bastante afable.

—Eso, sugeriría, debería quedar a su magnífico criterio.

La voz cesó y colgaron el teléfono.

—Vaya, ¡caramba! —dijo Cowperwood mirando al suelo en actitud reflexiva, y entonces se le iluminó la cara con una sonrisa—. No voy a dejarme atracar de este modo. No merece la pena. No en este momento, al menos. —Y apretó los dientes.

Estaba subestimando al señor Truman Leslie MacDonald fundamentalmente porque no le gustaba. Pensaba que su padre podría regresar y echarlo de su puesto. Fue uno de los mayores errores que jamás pudo cometer en su vida.

CAPÍTULO XXIV

La aparición de Stephanie Platow^[1]

Durante este periodo de lo que podríamos llamar progreso financiero y comercial, las relaciones entre Aileen y Cowperwood se habían allanado hasta cierto punto. Ahora, todos los veranos, en parte para distraer a Aileen y en parte para satisfacer sus propios deseos de ver mundo y coleccionar obras de arte, por las que cada vez sentía más interés, Cowperwood adoptó como costumbre hacer un viaje corto al extranjero acompañado de su esposa, o a tierras lejanas del continente americano, y en estos dos años visitó Rusia, Escandinavia, Argentina, Chile y México. Su plan era marcharse en mayo o junio, cuando más gente salía, y regresar en septiembre o a primeros de octubre. Su intención era calmar a Aileen lo más posible, de ocuparle la mente creándole la agradable ilusión de un posible triunfo social en otro lugar —en Nueva York o Londres, si no en Chicago—, y de hacer que sintiera que a pesar de su abandono físico, seguía siéndole fiel en espíritu.

A estas alturas, Cowperwood se había vuelto tan astuto que tenía la habilidad de simular afecto y de comportarse con una galantería que no sentía, o que, al menos, no se veía refrendada por una pasión auténtica. Era la atención personificada: le compraba flores, joyas, detalles y adornos; se encargaba de comprobar que sus necesidades y su comodidad fueran atendidas hasta el último detalle; pero, a pesar de eso, y al mismo tiempo, estaba pendiente de lo que la vida pudiera ofrecerle en forma de entretenimientos ilícitos. Aileen lo sabía, aunque no pudiera demostrar que fuera verdad, y al mismo tiempo, aunque no quisiera, no podía evitar sentir admiración y afecto por aquel hombre.

Quizá alguna vez haya imaginado cómo se sentiría un general que sufriera una gran derrota, o un empleado que, tras años de servicio leal, se encuentra con que es despedido. ¿Qué puede decirle la vida a los que aman cuando su amor ya no vale nada, cuando descubren que todo lo que han ofrecido en el altar del afecto ha supuesto un sacrificio vano? ¿Filosofía? Mejor dádsela a las muñecas para que jueguen con ella. ¿Religión? Buscad primero a aquellos que tienen una inclinación metafísica. Aileen había dejado de ser aquella muchacha ágil, fuerte y dinámica de 1865, cuando Cowperwood la conoció. Seguía siendo bella, es cierto, una criatura hecha y derecha con aspecto de matrona, que no tenía más de treinta y cinco años, aunque quizá aparentara treinta, pero que, por desgracia, sentía que seguía siendo una muchacha y tan atractiva como siempre. Para cualquier mujer, por muy afortunada que sea su situación, resulta penoso darse cuenta de que la edad se le viene encima, y de que el amor, ese cantarín fuego fatuo, se desvanece dejándola en total oscuridad.

Aileen, al poco tiempo del mayor de sus triunfos, había visto morir el amor. No le servía de nada repetirse, como a veces hacía, que quizá volviera, que podría revivir. Su temperamento realista le decía que eso no ocurriría nunca. Aunque había derrotado a Rita Sohlberg de manera aplastante, era plenamente consciente de que la fidelidad primera de Cowperwood había desaparecido. Ya no era feliz. El amor había muerto. Aquella dulce ilusión que coloreaba de rosa nacarado el corazón y lo que lo rodeaba, aquel risueño querubín con la boquita de Cupido y los ojos empañados que ejercía su encanto, aquel tierno zarcillo de la vid de la vida que susurra promesas de eterna primavera, y que atrae a legiones de pies cansados y doloridos, ya no existía.

De nada sirven las lágrimas, los disgustos y el sufrimiento; de nada sirve mirarse al espejo para examinar con atención las facciones aún bellas y redondeadas, aún frescas e incitantes. Un día, al descubrir marcas de cansancio bajo sus ojos, arrancó el bello fruncido del cuello del vestido que se estaba poniendo y se lanzó sobre la cama llorando como si se le fuese a romper el corazón. ¿Para qué arreglarse? ¿Para qué tantos adornos? Su Frank no la amaba. ¿Qué podían significar para ella ahora una preciosa residencia en Michigan Avenue, los refinamientos de un tocador francés o ropa que abarcaba toda la gama del arte de la modista y los sombreros que eran como orquídeas que florecían en filas apretadas? ¡De nada, de nada! Igual que el cuervo posado sobre el dintel de la puerta, sólo había recuerdos tristes, grave con su ropa de luto y gritando «nunca más»^[2]. Aileen sabía que aquella dulce ilusión que había atado a Cowperwood a ella durante algún tiempo había desaparecido y jamás regresaría. Él estaba aquí. Se oían sus pasos en la habitación por la mañana y por las tardes; por la noche, durante largos y prosaicos periodos, lo oía respirar a su lado, con una mano posada sobre su cuerpo. Había otras noches en las que no estaba allí — cuando estaba «fuera de la ciudad»—, y ella se resignaba a aceptar sus excusas en su sentido más literal. ¿Para qué discutir?, se preguntaba. ¿Qué podía hacer? Ella esperaba, esperaba, pero, ¿qué esperaba?

Y Cowperwood, al notar aquellos cambios extraños e irreversibles que el tiempo nos hace sufrir a todos, esas arrugas que delatan la edad, la estriada recesión del esplendor y el resplandor que son la juventud, quizá suspirara a veces, pero giraba el rostro hacia ese amanecer que se produce eternamente donde hay juventud. No era para él esa lealtad poética que sustituye la perfección del amor joven por su recuerdo, o que acepta la feliz idea de la compañía en lugar del brillo de la pasión y del deseo que una vez hubo —los cristalinos recuerdos que, al igual que congeladas gotas de rocío, se mantienen convertidos en perlas de la memoria para nuestro solaz o tortura, porque aquellos gozos se han terminado—. Por el contrario, tras la desaparición de Rita Sohlberg, con todo lo que ella suponía a modo de una delicada despreocupación que Aileen nunca había conocido, su naturaleza se dolía porque tenía la necesidad de tener algo así. A decir verdad, siempre había de tener juventud, la ilusión de la belleza y la vanidad en una mujer, la novedad de una personalidad nueva e inexperta, de forma muy parecida a lo que le ocurría con los cuadros, la porcelana antigua, la

música, la mansión, los misales iluminados, el poder y el aplauso instintivo del mundo en general.

Como ya se ha dicho, esta actitud promiscua por parte de Cowperwood era el fruto natural de un temperamento crónicamente promiscuo, intelectualmente indeciso y filosóficamente anárquico. Desde un punto de vista, se podría haber dicho que lo que buscaba era la realización de un ideal, pero para nuestra propia sorpresa, nuestros ideales a veces cambian y nos dejan debatiéndonos en la oscuridad. Y además, ¿qué es un ideal? Un espectro, bruma, un perfume llevado por el viento, un sueño de hermosas aguas. Los anhelos de una muchacha como Antoinette Nowak eran algo demasiado forzado para él. Y también demasiado ardiente, demasiado dependiente, y se había ido liberando gradualmente, aunque no sin dificultad, de aquel lío amoroso. Desde entonces, había tenido relaciones íntimas con otras mujeres durante breves periodos de tiempo, pero que no le habían resultado muy satisfactorias —Dorothy Ormsby, Jessie Belle Hinsdale, Toma Lewis, Hilda Jewell; pero aquí no serán más que nombres—. Una era actriz, otra era estenógrafa, otra era la hija de uno de sus clientes y otra trabajaba para una iglesia solicitando fondos para obras de caridad, y que se dirigió a él en busca de ayuda para un hogar de huérfanos. A veces era un lío espantoso, pero así es como suelen ser todas las desviaciones que desafían el orden acostumbrado de las cosas. En el atrevido lenguaje de Napoleón, no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos^[3].

La aparición de Stephanie Platow, judía rusa por una parte de su familia, y norteamericana del Sudoeste por la otra, supuso un acontecimiento en la vida de Cowperwood. Era alta, elegante, brillante, joven, con el mismo optimismo de Rita Sohlberg, y aun así, dotada de un fatalismo que, una vez que llegó a conocerla mejor, lo emocionaba y conmovía. La conoció a bordo de un barco de camino a Goteborg. Su padre, Isadore Platow, era un acomodado peletero de Chicago, y era un tipo grande, rollizo y grasiento —una especie de fórmula masculina gelatinosa y de andares lentos, con el habitual acerado instinto comercial de los judíos, pero de filosofía errante, que le llevaba a creer primero una cosa y después otra, siempre y cuando ninguna de ellas interfiriera con sus negocios—. Admiraba a Henry George y también los programas altruistas de Robert Owen^[4], pero al mismo tiempo era, hasta cierto punto, un esnob, a pesar de lo cual se había casado con Susetta Orborn, una muchacha de Texas que había trabajado para él como contable. La señora Platow era ágil, amistosa e inteligente, y estaba siempre alerta en busca de oportunidades sociales —en otras palabras, era una arribista—. Era lo suficientemente astuta como para darse cuenta de que era esencial tener cierto conocimiento de los libros, del arte y de los temas de actualidad, de modo que se «interesaba» por esos asuntos.

Es curioso cómo los temperamentos de los padres se funden y reviven en los hijos. Al ir creciendo, Stephanie había repetido en los cambios de su cuerpo algunas de las características de su padre y de su madre —una interesante variabilidad del alma—. Era alta, morena, cetrina y ágil, cambiaba de idea de una manera extraña y

tenía en los ojos castaños de un tono muy oscuro un brillo fulguroso y retraído. Tenía los labios como los de Cupido, carnosos y sensuales, una expresión lánguida y soñadora, el cuello grácil, y la cara llena, morena y, a pesar de ello, de facciones agradables. Tanto de su padre como de su madre había heredado la afición por el arte, la literatura, la filosofía y la música. A los dieciocho ya soñaba con pintar, cantar, escribir poesía, escribir libros y actuar —cualquier cosa y todas las cosas posibles—. Confiaba con serenidad en sus propias opiniones sobre lo que realmente valía la pena, y era propensa a poner gran énfasis en cualquier capricho tonto o pasajero, por considerarlo exquisito —el último grito—. Y por último, era manifiestamente voluptuosa y soñaba con tener apasionadas relaciones primero con uno y después con algún que otro tipo de artista, poeta o músico —con la gama completa del mundo artístico y sentimental.

Cowperwood la vio por primera vez a bordo del *Centurion* una mañana de junio cuando el barco se encontraba en el muelle en Nueva York. Él y Aileen iban de camino a Noruega, y ella, su padre y su madre se dirigían a Dinamarca y Suiza. Estaba echada sobre la barandilla de estribor mirando una bandada de gaviotas de amplias alas que asediaban la portilla del fogón del cocinero. Reflexionaba pensativamente —consciente (plenamente) de que estaba reflexionando pensativamente—. Él le prestó muy poca atención, pero sí reparó en que era alta, armoniosa, y en que el vestido plisado de color gris oscuro y el enorme velo de seda gris que le envolvía los hombros y la cintura y que llevaba recogido sobre un brazo, a modo de chal hindú, resultaba muy favorecedor. Era de piel muy cetrina y las ojeras que lucía parecían indicar que quizá sufriera de dispepsia^[5]. El pelo negro cubierto por un elegante sombrero tampoco escapó a su ojo crítico. Más tarde, tanto ella como su padre aparecieron en la mesa del capitán, a la que los Cowperwood también habían sido invitados.

Ni Cowperwood ni Aileen sabían cómo interpretar a esta muchacha, aunque ambos mostraron interés por ella. Poco podían sospechar del carácter camaleónico de su alma. Era una artista, y tan informe e inestable como el agua, poseída en aquel momento por una melancolía pasajera. A Cowperwood le gustó el perfil semijudío de su rostro, la plenitud del cuello y los ojos oscuros y soñadores. Pero era excesivamente joven y nebulosa, pensó, y la dejó escapar. En este viaje, que duró diez días, la vio bastante y apreció sus distintos estados de ánimo, caminando con un joven judío en el que parecía estar enormemente interesada, jugando al tejo, leyendo con solemnidad en algún rincón alejado del viento y de las salpicaduras de las olas, normalmente con aire de ingenuidad, sobrenaturalmente inocente, distante y soñadora. En otras ocasiones, parecía poseída por una animación desenfrenada, con los ojos encendidos, expresión vigorosa y un intenso brillo en el alma. Una vez la vio doblada sobre un pequeño bloque de madera, cortando un exlibris con un punzón fino para grabar acero.

Debido a la juventud y a la aparente insignificancia de Stephanie, y a su falta de

lo que podría denominarse el irresistible encanto de la jovialidad, Aileen había establecido una relación razonablemente amistosa con la muchacha. Mucho más perspicaz, a pesar de su edad, que Aileen, Stephanie se formó muy buena impresión de la primera, de su altura intelectual y de cómo interpretarla. Se hicieron amigas, le hizo un exlibris y un boceto. Le confesó a Aileen que estaba convencida de que estaba destinada a la escena, si sus padres se lo permitían; y Aileen la invitó a ver los cuadros de su esposo cuando regresaran. Poco podía saber el papel tan importante que Stephanie llegaría a jugar en la vida de Cowperwood.

Los Cowperwood, que se bajaron del barco en Goteborg, no volvieron a ver a los Platow hasta finales de octubre. Entonces, Aileen, que se sentía sola, los visitó para ver a Stephanie, y después de eso, Stephanie vino ocasionalmente al South Side para ver a los Cowperwood. Le gustaba vagar sin rumbo por su casa y tener ensoñaciones en los rincones del elegante interior con un libro por toda compañía. Le gustaban los cuadros de Cowperwood, sus jades, misales y su cristal resplandeciente. Hablando con Aileen se dio cuenta de que esta última no sentía aprecio por estas cosas, y que sus expresiones de interés y placer eran fingidas, basadas en su valor como posesiones. Para Stephanie, los libros iluminados y las piezas de cristal tenían un fuerte atractivo sensual, que sólo los que de verdad tienen sensibilidad artística pueden comprender. Desataban en ella sombríos estados de ánimo y ensoñaciones de boato, y en respuesta, se demoraba junto a ellos y experimentaba extrañas sensaciones que ellos le provocaban, como si se tratara de intensa música de orquesta.

Y cuando eso le ocurría, con frecuencia pensaba en Cowperwood. ¿De verdad le gustaban estas cosas o simplemente las compraba por comprarlas? Había oído hablar con frecuencia de los pseudoartistas —aquella gente que convertía el arte en una exhibición—. Recordó a Cowperwood mientras recorría la cubierta del *Centurion*. Recordó sus ojos azules grisáceos, grandes y que lo abarcaban todo, en los que parecía arder la inteligencia. Para ella era bastante obvio que era un hombre mucho más fuerte y significativo que su padre, pero no podría haber dicho por qué. Siempre parecía ir elegantemente vestido y bien conjuntado, y había un aire amistoso en torno a todo lo que decía o hacía, aunque hacía y decía poco. Sentía que en sus ojos había cierto aire de burla y que su alma albergaba cierto tipo de humor que ella no llegaba a comprender del todo.

Cuando Stephanie ya llevaba seis meses de vuelta en Chicago, tiempo durante el cual había visto a Cowperwood muy poco, porque estaba ocupado con la renovación de los tranvías, ella se vio atrapada por un nuevo interés que la alejó de él y de Aileen durante algún tiempo. En el West Side, en el seno de un grupo de amigas de su madre, se había organizado un grupo de arte dramático para aficionados con el objetivo, nada menos, que de elevar la escena. Ese problema tan viejo como el mundo nunca falla a la hora de atraer el interés de los nuevos e inexpertos. Todo comenzó en la casa de unos nuevos ricos del West Side, los Timberlake. Ellos, en su enorme casa de Ashland Avenue, tenían un escenario, y Georgia Timberlake, una muchacha de

veinte años de ideas románticas y con el pelo muy rubio, creía que sabía actuar. La señora Timberlake, una madre gorda e indulgente, estaba más o menos de acuerdo con ella. Aquella idea se trasladó al ámbito de los estudios, que entonces se encontraban en el New Arts Building, tras unas cuantas representaciones farragosas de *La máscara de Comus*, de Milton, de *La fábula de Píramo y Tisbe* y de una versión mejorada de Arlequín y Colombina, escrita por uno de los miembros^[6]. Un artista llamado Lane Cross, retratista, que era bastante menos artista que director teatral, sin llegar a ser bueno en ninguna de las dos cosas, pero que se ganaba la vida engatusando a la sociedad haciéndoles creer que sabía pintar, fue inducido a hacerse cargo de estas representaciones teatrales.

Gradualmente, los «Garrick Players»^[7], como eligieron llamarse, fueron desarrollando no poca habilidad y destreza a la hora de representar obras de teatro clásico y semiclásico. Representaron *Romeo y Julieta* con poco atrezo de ningún tipo, *Las mujeres sabias* de Molière, *Los rivales* de Sheridan y la *Electra* de Sófocles^[8]. Desarrollaron considerables habilidades de distintos tipos y en el grupo se encontraban dos actrices que posteriormente alcanzarían una gran reputación en la escena norteamericana; una de ellas era Stephanie Platow. Entre los miembros más activos había unas diez muchachas y señoras, y casi igual número de hombres —cuya variedad de caracteres sería demasiado extenso relatar aquí—. Había un crítico dramático llamado Gardner Knowles^[9], un joven engreído y atractivo, que tenía relación con el *Chicago Press*. Golpeando sus perfectamente planchados pantalones con su brillante bastoncito, solía presentarse en las salas de los actores los martes, jueves y sábados para asistir a los tes que estos habían instaurado, y debatir sobre los méritos de aquella aventura. Y de este modo, los Garrick Players se fueron introduciendo gradualmente en los periódicos. Lane Cross, el artista cínico y de alma enferma que estaba a cargo, era en realidad un calavera, un hábil seductor de mujeres, que, sin embargo, pasaba desapercibido gracias a la experiencia y a sus modales convencionales. Le interesaban las muchachas como Georgia Timberlake, Irma Ottley, una doncella alegre y agresiva que intentaba representar papeles cómicos, y Stephanie Platow. Estas, junto con otra muchacha, Ethel Tuckerman, muy sentimental y romántica, que sabía bailar y cantar de un modo encantador, formaron un grupo de amigas que llegaron a estar muy unidas. Con el tiempo, surgieron relaciones íntimas, pero sólo en este ámbito, y que en lugar de terminar en matrimonio, se tradujeron simplemente en libertad sexual. Así fue como Ethel Tuckerman se convirtió en la amante de Lane Cross; también surgió una relación ilícita entre Irma Ottley y un joven ocioso de nombre Bliss Bridge; y Gardner Knowles, ardiente admirador de Stephanie Platow, literalmente se le echó encima una tarde en su propia casa, cuando aparentemente había ido a entrevistarla, y la persuadió incluso en contra de ella misma. Sólo le tenía cierto afecto, dentro de lo razonable, y no estaba enamorada de él; pero, al ser generosa, confusa, apasionada, sentimental, inexperta y vanidosamente curiosa, sin el menor sentido de la honestidad que gobierna la sociedad en estos

asuntos, permitió que este acto algo brutal tuviera lugar. No era cobarde —era demasiado confusa y, aun así, demasiado vigorosa para serlo—. Sus padres nunca llegaron a enterarse. Y una vez iniciada, otro mundo —el de la satisfacción sexual— comenzó a abrirse ante ella.

¿Eran malos estos jóvenes? Que contesten los filósofos de la sociedad. Una cosa está clara: no crearon hogares ni criaron hijos. Por el contrario, llevaron una existencia alegre y despreocupada durante casi dos años; y después llegaron las desavenencias. Se desataron discusiones por los papeles, por los distintos grados de capacidad y por el liderazgo. Ethel Tuckerman riñó con Lane Cross porque lo descubrió haciéndole el amor a Irma Ottley. Irma y Bliss Bridge se dejaron mutuamente, y este último traspasó sus afectos a Georgia Timberlake. Stephanie Platow, con diferencia la más independiente de todos ellos, desarrolló una extraña forma de privar de importancia a sus actos, y cuando se acercaba a los veinte inició una aventura con Gardner Knowles. Pasado algún tiempo, Lane Cross, con sus fervientes intentos por realizar una interpretación artística y por su superioridad en cuestión de edad —tenía cuarenta, y el joven Knowles sólo veinticuatro—, le resultó a Stephanie más interesante, algo a lo que él se apresuró a responder. A esto siguió una relación insustancial y apasionada con este hombre, que parecía importante, pero que no lo era en absoluto. Y después fue cuando Stephanie empezó a intuir de manera muy sutil que le cabía esperar mayores bendiciones, y que en algún lugar quizá hubiera un hombre mucho más extraordinario que ninguno de aquellos dos; pero esto no era más que un sueño. Pensaba en Cowperwood a veces, pero tenía la impresión de que él estaba demasiado ocupado con cosas serias e importantes, muy alejadas de aquel mundo romántico del teatro de aficionados en el que ella se movía.

CAPÍTULO XXV

Aires de Oriente

Cowperwood se hizo por primera vez una idea real de cómo era Stephanie en los Garrick Players, donde acudió una vez con Aileen para asistir a una representación de *Electra*. Stephanie le gustó especialmente haciendo este papel y le pareció bellísima. Una tarde, no mucho tiempo después, se fijó en ella mientras observaba los jades, en concreto una hilera de brazaletes y pendientes, en su propia casa. Le gustó la silueta armoniosa de su cuerpo, que era como una «s» en movimiento. De forma repentina se dio cuenta de que era una muchacha extraordinaria, destinada quizá —en exceso— a tener un futuro importante. Y al mismo tiempo, Stephanie estaba pensando en él.

—¿Te parecen interesantes? —le preguntó deteniéndose junto a ella.

—Creo que son maravillosos. ¡Esos de color verde oscuro, y ese blanco, pálido y grueso! Imagino lo bonitos que se verían en un escenario chino. Ojalá encontráramos una obra china o japonesa que pudiéramos producir alguna vez.

—Sí, esos pendientes quedarían muy bonitos con tu pelo negro —dijo Cowperwood.

Nunca antes se había dignado a hacer ningún comentario sobre sus rasgos. Ella volvió sus ojos oscuros, casi negros, hacia él —unos ojos aterciopelados en los que brillaba una luz negra—, y él se dio cuenta en ese momento de lo bonitos que eran, y de lo bonitas que eran sus manos —morenas, casi como las de los malayos.

Él no dijo nada más, pero al día siguiente, Stephanie recibió en su casa una caja sin etiquetar que contenía unos pendientes de jade, una pulsera y un broche grabados con caracteres chinos. Stephanie no cabía en sí de gozo. Los sostuvo entre sus manos y los besó, se puso los pendientes y se colocó la pulsera y el anillo. A pesar de la experiencia que había adquirido con sus amigos y familiares, sus compañeros del teatro y sus amantes, seguía siendo indocta en las cosas de la vida. Su corazón era fundamentalmente poético e inocente. Nunca nadie le había dado mucho de nada —ni siquiera sus padres—. A estas alturas de su vida, el único dinero que había recibido de sus padres eran unos tristes seis dólares a la semana, aparte de su ropa. Mientras observaba aquellas preciosidades en la intimidad de su habitación, se preguntó si quizá estaba empezando a gustarle a Cowperwood. Un hombre de negocios tan fuerte y duro, ¿podría llegar a sentir interés por ella? Había oído decir a su padre que se estaba haciendo muy rico. ¿Era una gran actriz, como decían algunos, y hombres fuertes y capaces como Cowperwood terminarían encariñándose con ella? Había oído hablar de Rachel, de Nell Gwynne y de la divina Sarah^[1] y de sus amores. Cogió aquellos preciados regalos y los guardó bajo llave en una caja de hierro negra que

contenía sus secretos y sus abalorios más sagrados.

El simple hecho de que aceptara en silencio estas cosas fue para Cowperwood indicio suficiente de que la predisposición de ella era cordial. Esperó pacientemente hasta que un día recibió una carta en su oficina —no en su casa— dirigida a «Frank Algernon Cowperwood, personal». Estaba escrita con una caligrafía pequeña y cuidada, casi en letras de molde.

No sé cómo agradecerle su maravilloso regalo. No quería dar a entender que me gustaría que me los regalara y sé que fue usted quien me los envió. Los guardaré con gran placer y será una auténtica delicia lucirlos. Fue muy amable de su parte tener este gesto.

Stephanie Platow

Cowperwood estudió la caligrafía, el papel y la forma de expresarse. Viniendo de una muchacha de poco más de veinte años, demostraba inteligencia y resultaba formal y discreto. Podría haber enviado la carta a su residencia. Le concedió una semana de plazo, y después se la encontró en su propia casa un domingo por la tarde. Aileen había ido de visita, y Stephanie quería hacer ver que esperaba a que regresara.

—Qué bella imagen verla en esa ventana —dijo él—. Encaja perfectamente con el entorno.

—¿De verdad? —Sus ojos negros brillaron de una manera conmovedora. Los paneles que había tras ella eran de roble oscuro y brillaban iluminados por los rayos del sol vespertino del invierno.

Stephanie Platow se había vestido para la ocasión y llevaba el corto pelo negro, espeso y brillante, sujeto con un lazo de color rojo sangre que resultaba infantil y que se lo mantenía bajo cubriéndole las sienes y las orejas. Su cuerpo ágil, armonioso y de una esculpida redondez, iba vestido con un canesú de color verde manzana, que dejaba sus tersos brazos al descubierto desde el codo hacia abajo, y una falda negra con escudetes rojos que adornaban el ruedo. En una muñeca lucía la pulsera de jade que él le había regalado. Las medias eran de seda de color verde manzana y, a pesar del fresco de aquel día, en los pies llevaba unas zapatillas seductoramente bajas adornadas con hebillas doradas.

Cowperwood regresó a la entrada para colgar el abrigo y volvió sonriendo.

—¿No está la señora Cowperwood?

—El mayordomo dice que ha salido a hacer una visita, pero pensé que quizá podría esperarla un rato, de todos modos. Quizá vuelva.

Ella giró su cara morena y sonriente hacia él con ojos lánguidos e inescrutables, y él finalmente reconoció a la artista con total claridad.

—Veo que le gusta mi pulsera, ¿verdad?

—Es preciosa —contestó ella, mirándola y examinándola con expresión soñadora—. No me la pongo siempre; la llevo en el manguito. Acabo de ponérmela para llevarla sólo durante un rato. Me gustan tanto estas joyas que siempre las llevo conmigo. Me gusta tocarlas.

Abrió el pequeño bolso de gamuza que tenía al lado —junto con su pañuelo y un cuaderno de bocetos que siempre llevaba— y sacó los pendientes y el broche.

Cowperwood sintió un intenso placer producido por la aprobación y el entusiasmo que le provocaba esta manifestación de auténtico interés. A él también le gustaba mucho el jade, pero más que eso, lo que le gustaba era el sentimiento que podía provocar en otras personas. Podría decirse, más o menos, que la juventud y la esperanza en las mujeres —particularmente la juventud cuando iba acompañada de belleza y ambición en una muchacha— lo emocionaban. Se identificaba vivamente con sus deseos de hacer algo importante o de convertirse en alguien en este mundo, fuera lo que fuera, y observaba la vanidad inteligente y egoísta de muchos con ojo amable, tolerante y casi paternal. Esos pobres organismos que crecían en el árbol de la vida —se quemarían y desaparecerían muy pronto—. No conocía la balada de las rosas de antaño, pero si así hubiera sido, le habría gustado. No tenía interés en encontrarlos, en cualquier caso; pero si su temperamento o sus intereses los llevaban hacia él, no sería él quien los hiciera sufrir en esta vida. Lo cierto es que aquel hombre era especialmente generoso con las mujeres.

—¡Qué amable por su parte! —comentó él sonriendo—. Me agrada. —Y al ver que tenía a su lado un cuaderno y un lápiz, le preguntó—: ¿Qué está haciendo?

—Sólo unos bocetos.

—¿Me deja verlos?

—No son muy buenos —contestó ella, quitándoles importancia—. No dibujo muy bien.

—¡Una muchacha con talento! —fue la respuesta de él, al coger el cuaderno—. Pinta, dibuja, talla, toca, canta y actúa.

—Sí, pero todo lo hago mal —suspiró ella, girando la cabeza con languidez y mirando hacia otro lado. En el cuaderno de bocetos llevaba sus mejores dibujos; había bocetos de desnudos femeninos, de bailarinas, de torsos, de figuras en movimiento, de cabezas tristes, pesadas, de muchachas dormidas, con el cuello levantado y los párpados cerrados, y estudios de sus hermanos, su hermana y sus padres.

—¡Deliciosos! —exclamó Cowperwood, despertando con entusiasmo ante este nuevo tesoro. Cielo santo, ¿dónde había tenido los ojos durante todo este tiempo? Había tenido una joya delante de sus narices —inocente, pura—; una auténtica joya. Estos dibujos daban idea del fuego de su percepción, latente y sombrío, que a él lo entusiasmaba.

—A mí me parecen preciosos, Stephanie —dijo simplemente, mientras comenzaba a invadirlo una extraña sensación de auténtico afecto. Lo que más amaba aquel hombre era el arte. Para él era algo hipnótico—. ¿Ha estudiado pintura alguna vez? —preguntó.

—No.

—¿Ni tampoco ha estudiado nunca interpretación?

—No.

Ella negó lentamente con la cabeza con un atractivo aire de tristeza. Su pelo negro, tras el que se ocultaban sus orejas, lo conmovía de una manera extraña.

—Sé que es arte de verdad lo que despliega en el escenario, y es usted una artista nata, aunque no me haya dado cuenta hasta ahora. Pero, ¿qué es lo que me ha pasado?

—Oh, no —suspiró ella—. Yo tengo la sensación de que simplemente juego con estas cosas. A veces me entran ganas de llorar cuando pienso en cómo me comporto.

—¿A los veinte años?

—Eso ya es edad suficiente —dijo ella sonriendo con malicia.

—Stephanie —preguntó él con cautela—, ¿cuántos años tiene exactamente?

—Cumpliré veintiuno en abril —contestó.

—¿Sus padres han sido muy estrictos?

Ella negó con la cabeza distraídamente.

—No; ¿qué le hace preguntármelo? No me han prestado mucha atención. Siempre les han gustado más Lucille, Gilbert y Ormond. —Su voz tenía un deje lastimero y de abandono. Era la voz que utilizaba para representar sus mejores escenas en el teatro.

—¿No se dan cuenta de que tiene mucho talento?

—Creo que quizá mi madre sí piense que tengo ciertas habilidades. Mi padre, no, de eso estoy segura. ¿Por qué?

Y alzó aquellos ojos lánguidos y lastimeros.

—Stephanie, si le sirve de algo, yo pienso que es usted maravillosa. Ya lo pensé la otra noche cuando la vi mirando aquellos jades. Me di cuenta de repente. Es usted una artista, y he estado tan ocupado que prácticamente no me había dado cuenta. Dígame una cosa.

—Sí.

Ella inspiró con suavidad, llenó el pecho y se le subieron los senos, al tiempo que lo miraba desde debajo de su pelo negro, mientras mantenía las manos cruzadas de manera relajada sobre la falda. Y después bajó la mirada recatadamente.

—¡Míreme, Stephanie! ¡Levante la mirada! Quiero preguntarle algo. Hace más de un año que me conoce. ¿Le caigo bien?

—Creo que es usted maravilloso —murmuró.

—¿Y eso es todo?

—¿No le parece mucho eso? —sonrió, lanzándole una sombría mirada de ópalo negro.

—Hoy se ha puesto mi pulsera. ¿Le alegró recibirla?

—Oh, sí —suspiró, inspirando con dificultad, fingiendo una especie de ahogo.

—¡Pero qué bella es! —dijo él, poniéndose en pie y bajando la mirada hacia ella.

Ella negó con la cabeza.

—No.

—¡Sí!

—No.

—Vamos, Stephanie. Levántese y míreme. Es tan alta, tan delgada y tan grácil. Parece sacada de Asia.

Ella suspiró y se giró de manera sinuosa, al tiempo que él la rodeaba con el brazo.

—Creo que no deberíamos hacer esto, ¿no le parece? —preguntó ella con candidez al cabo de un momento, alejándose de él.

—¡Stephanie!

—Creo que será mejor que me marche ya, por favor.

CAPÍTULO XXVI

Amor y guerra

Durante la fase inicial de sus incursiones en los tranvías de Chicago, Cowperwood, que mantenía un ardiente interés por Stephanie Platow, estableció la aventura sexual más importante de las que había sido presa hasta el momento. Tras unas cuantas entrevistas secretas con ella, se apresuró a adoptar su estratagema favorita en tales asuntos y estableció un apartamento de soltero en una zona céntrica para que hiciera las veces de accesible lugar de encuentro. Tuvo varias conversaciones con Stephanie, que no fueron todo lo reveladoras que podrían haber sido, porque, a pesar de que era maravillosa —una especie de regalo del cielo en aquel aburrido ambiente del Oeste—, también era enigmática y esquiva; mucho. Supo rápidamente, tras hablar con ella en varias ocasiones en las que se reunieron para comer, de sus ambiciones dramáticas, y del apoyo espiritual y artístico que parecía necesitar por parte de alguien que tuviera fe en ella y que lograra inspirarla gracias a su confianza. También se enteró de todo lo referente a los Garrick Players, a las intimidades de su hogar y amigos, y de las crecientes disputas en el seno del grupo de teatro. Le preguntó, mientras estaban sentados en uno de los discretos lugares de encuentro que más le gustaban y que él había encontrado, durante uno de esos momentos en los que estaban dominados por la sangre y no por la razón, si ella... alguna vez...

—Una vez —admitió ella con naturalidad.

Aquello le provocó una gran impresión a Cowperwood. Había supuesto que era refrescantemente inocente. Pero ella le explicó que todo había sido algo accidental, y que no había habido intencionalidad por su parte; ninguna. Lo describió todo con gran seriedad, de manera conmovedora y con voz lastimera, y rebuscó en sus recuerdos con aire pensativo, de un modo que lo dejó asombrado y que lo hizo sentirse conmovido hasta cierto punto. ¡Qué lástima! Gardner Knowles era quien lo había hecho, admitió ella. Pero él tampoco tenía la culpa. Simplemente ocurrió. Ella había intentado protestar, pero... ¿Y ella no se había enfadado? Sí, pero tampoco le gustaba hacer nada que pudiera molestar a Gardner Knowles. Era un muchacho muy simpático, y su madre y su hermana eran encantadoras, y cosas por el estilo.

Cowperwood estaba atónito. Había alcanzado ese punto en la vida en el que la ausencia de la inocencia original había dejado de ser algo significativo; pero en el caso de Stephanie, que era tan absolutamente encantadora, era una verdadera lástima. Pensó en lo estúpidos que debían de ser los Platow para consentir que Stephanie se moviera en aquel ambiente de artistas sin someterla a una estricta vigilancia. Aunque,

tendía a pensar, por lo que había observado, que quizá Stephanie fuera difícil de vigilar. Aparentemente, era profundamente irresponsable —tan artista, tan nebulosa y tan poco preocupada por protegerse—. ¡Y mantener la amistad con este granuja! A pesar de lo cual, ella insistió en que después de eso jamás hubo lo más mínimo entre ellos. Cowperwood casi no podía dar crédito. Debía de estar mintiendo, pero, aun así, le gustaba mucho. La manera romántica de quitarle importancia a lo que narraba lo dejó pasmado, y al mismo tiempo le divirtió e incluso llegó a fascinarle.

—Pero, Stephanie —dijo, con curiosidad—, esto debe de haber tenido consecuencias de algún tipo. ¿Qué pasó? ¿Qué hiciste?

—Nada —dijo negando con la cabeza.

A él no le quedó más remedio que sonreír.

—Pero ¡no hablemos más de esto! —le rogó ella—. No quiero. Me duele. No hubo nada más.

Ella suspiró y Cowperwood se quedó pensativo. El mal ya estaba hecho, y lo mejor que él podía hacer, si de verdad sentía algo por ella —y así era—, era pasarlo por alto. La observó de una manera extraña, mientras seguía pensando. ¡Seguía siendo una criatura encantadora! ¡Qué inocente, qué melancólica! Tenía dotes artísticas —muchas—. ¿Estaba dispuesto a renunciar a ella?

Como él bien podría haber sabido, era peligroso coquetear con alguien de este tipo, particularmente una vez descubierta la importancia de la promiscuidad, a no ser que se viera dominada por una pasión encendida. Stephanie había recibido tal cantidad de halagos y de afecto durante los dos últimos años que no se dejaría absorber tan fácilmente. Aun así, y de momento, se sentía fascinada por la importancia de Cowperwood. Era maravilloso que un hombre tan elegante y poderoso quisiera cuidar de ella. Lo imaginaba como un gran artista en su campo, más que como un hombre de negocios, y él tardó muy poco en darse cuenta de ello y en apreciarlo. Para regocijo de él, era aún más bella físicamente de lo que había anticipado —una muchacha ardiente y apasionada que lo recibía con un fuego, que, aunque melancólico, podía rivalizar con el suyo—. También era diferente a todas las personas que había conocido en la lánguida aceptación de todo lo que él decidía ofrecerle. Era tan considerada como Rita Sohlberg —o incluso más—, pero extraordinariamente silenciosa a veces.

—Stephanie —exclamaba—, háblame. ¿En qué estás pensando? Sueñas como una indígena africana.

Y ella se limitaba a quedarse sentada, sonriendo sombríamente, o lo dibujaba o lo modelaba. Dibujaba continuamente con el lápiz, hasta que su sangre enfebrecida la excitaba, y entonces se quedaba mirándolo, sentada, o se ponía melancólica y bajaba la mirada. Y entonces, él estiraba hacia ella sus manos ansiosas, y ella decía en un suspiro:

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí!

Aquellos días con Stephanie fueron deliciosos.

En cuanto al asunto de la petición de cincuenta mil dólares en valores por parte del joven MacDonald, así como a la actitud de los otros editores —Hyssop, Braxton, Ricketts y demás—, que habían resultado ser sutilmente críticos, Cowperwood se reunió con Addison y con McKenty.

—Un joven prometedor, ese —comentó McKenty, de manera sucinta cuando se enteró—. Le irá mejor que al padre, al menos en algunos aspectos. Probablemente llegue a ganar más dinero.

McKenty sólo había visto al viejo general McDonald una vez en su vida, y le había caído bien.

—Me gustaría saber cuál sería la opinión del general si lo supiera —comentó Addison, que admiraba enormemente al viejo editor—. Me temo que no dormiría bien.

—Sólo hay una cosa —observó Cowperwood pensativamente—. Este joven sin duda llegará a hacerse con el control del *Inquirer* en algún momento. Y me parece que no es de los que olvidan una ofensa con facilidad. —Sonrió con sarcasmo. Y eso mismo hicieron McKenty y Addison.

—Sea como sea —dijo este último—, aún no es el editor. —Y McKenty, que nunca desvelaba lo que de verdad pensaba a nadie salvo a Cowperwood, esperó hasta que se quedó solo con él para comentarle:

—¿Qué pueden hacer? Tu petición es razonable. ¿Por qué no iba a darte el túnel la ciudad? Ahora mismo no le sirve a nadie para nada. Estoy empezando a pensar que son los del Chicago City Railway y esos ricachones de State Street o la gente del gas los que están hablando en contra tuya. Ya los he oído antes. Dales lo que quieren, y entonces se trata de una causa moralmente aceptable. Pero si se lo das a otros, entonces hay algo que está mal. Yo les presto poca atención. Tenemos el concejo, pues que aprueben las ordenanzas. No se puede demostrar que no lo hagan por voluntad propia. El alcalde es un hombre sensato. Las firmará. Y que el joven MacDonald hable si quiere. Si dice demasiado, puedes hablar con el padre. En cuanto a Hyssop, es como una vieja en cualquier caso. Todavía no he visto que haya apoyado nunca una mejora pública que fuese realmente positiva para Chicago a menos que Schryhart, Merrill, Arneel o algún otro de esa camarilla estuviera a favor. Hace mucho que los conozco. Mi consejo es que sigas adelante y que no los tengas en cuenta. ¡Que se vayan al diablo! Todo irá bien una vez que tengas tanto poder como ellos. No obtendrán nada en el futuro si no lo pagan. Bien poco han hecho nunca por favorecer cualquier cosa que yo deseara.

Pero Cowperwood se mantuvo sereno y pensativo. ¿Debería pagarle al joven MacDonald?, se preguntaba. Addison no conocía a nadie que pudiera ejercer su influencia sobre él. Finalmente, tras pensarlo mucho, decidió seguir con sus planes. Por lo tanto, a los periodistas que andaban por el ayuntamiento y el salón del concejo, y que estaban en contacto con el concejal Thomas Dowling, el cabecilla de los hombres de McKenty en los asientos del concejo, y a aquellos que lo visitaban ocasionalmente —con bastante regularidad, de hecho— en las oficinas de la North

Chicago Street Railway Company, las nuevas y cómodas oficinas de Cowperwood en el North Side, se les dio a entender que dentro de muy poco se introducirían dos ordenanzas en el concejo: una que les concedía el uso gratuito del túnel de La Salle Street durante un periodo ilimitado (convirtiéndolo prácticamente en un regalo), y otra que les concedía derecho de paso en las calles La Salle, Munroe, Dearborn y Randolph para el circuito que habían propuesto. Cowperwood concedió una entrevista muy florida, en la que explicó con considerable entusiasmo todo lo que la North Chicago Company estaba haciendo y todo lo que tenía intención de hacer, y dejó claro que supondría una mejora espléndida para el North Side y para el centro de negocios.

Rápidamente, Schryhart, Merrill y algunos individuos relacionados con la Chicago West Division Company empezaron a quejarse a Ricketts, Braxton y al joven MacDonald en las redacciones de los periódicos y en los clubes. La envidia que sentían del avance meteórico de este hombre era uno de los factores, y tan importante como cualquier otro. Nada les importaba en lo más mínimo, como Cowperwood había señalado con sarcasmo, que todas las sociedades importantes de Chicago hubieran hecho sus solicitudes y hubieran recibido concesiones sin dinero de por medio y sin que se les pusiera precio. De algún modo, las evoluciones de su carrera relacionadas con el gas de Chicago, sus esfuerzos atrevidos aunque inútiles por entrar en la sociedad de Chicago, y su historial en Filadelfia, que él mismo había reconocido, habían hecho que las sensibles cohortes de lo ultraconservador se sintieran excesivamente atemorizadas. En el *Chronicle* de Schryhart apareció un artículo titulado «El robo del túnel de la ciudad». Era una afirmación truculenta que irritó sobremanera a Cowperwood. El *Press* (el periódico del señor Haguénin), por otra parte, era muy favorable a la idea del circuito, mientras que parecía tener ciertas dudas sobre si se les debería conceder el túnel sin compensación. El editor Hysop se sintió obligado a insistir en que la compensación por el túnel debería ser algo más que meramente nominal, y que se deberían insertar «aditamentos» en la ordenanza del circuito imponiéndole a la North Chicago la responsabilidad de mantener las vías públicas en perfecto estado y bien iluminadas. El *Inquirer*, sujeto a la autoridad de MacDonald hijo y del señor Du Bois, mantenía una fragorosa oposición. Nada de túneles gratuitos, clamaba; nada de ordenanzas gratuitas que les concedieran privilegios en el corazón de la ciudad. No decía nada del señor Cowperwood a nivel personal. El *Globe*, el periódico del señor Braxton, estaba convencido de que no deberían concederse derechos gratuitos sobre el túnel y de que podría encontrarse una ruta mucho mejor para el circuito —mayor y que ofreciera mejor servicio al público, y que quizá pudiera incluir State Street o Wabash Avenue, o incluso ambas, donde se encontraba el negocio del señor Merrill—. Y así consecutivamente, y cualquiera podía darse perfecta cuenta de dónde quedaban los intereses del público en la mayoría de estos puntos de vista concretos.

Cowperwood, independiente, autosuficiente y completamente indiferente a la

oposición de cualquier tipo, estaba algo enojado por la forma en que sus propuestas habían sido recibidas, pero aún seguía pensando que la mejor salida a sus problemas era seguir el consejo de McKenty y adquirir poder. Una vez que hubiera instalado los conductos de los cables, que los coches estuvieran en funcionamiento, que el túnel hubiera sido reconstruido y estuviera radiantemente iluminado, y que hubiera acabado con los atascos en el puente, el público se daría cuenta del enorme cambio que se había producido y lo apoyaría. Al fin estuvo todo listo y se aprobó la ordenanza. McKenty, que estaba algo dudoso en cuanto al resultado, hizo que le llevaran una mecedora al propio salón del concejo para usarla durante las horas en las que iban a debatirse las ordenanzas. Y en ella permaneció sentado, supuestamente como un espectador curioso, aunque en realidad estuviera actuando como el amo que dictaba el curso de la liquidación en trámite. Ni Cowperwood ni ninguna otra persona tuvo noticia de la actuación de McKenty hasta que ya era demasiado tarde para interferir en ella. Cuando Addison y Videra leyeron en las noticias de los periódicos el relato de los hechos lleno de desprecio y burla, arquearon las cejas y después frunció el ceño.

—A mí me parece una actuación muy burda —comentó Addison—. Creía que McKenty tenía más tacto. Debe de ser por sus antecedentes irlandeses.

Alexander Rambaud, admirador y seguidor de Cowperwood, se preguntaba si los periódicos estarían mintiendo, y si Cowperwood de verdad tendría un pacto político serio con McKenty que le permitiría ignorar por completo a la opinión pública. Rambaud consideraba la propuesta de Cowperwood tan razonable y sensata que no lograba entender la razón de que hubiera una oposición seria, ni por qué Cowperwood y McKenty podrían necesitar recurrir a tales métodos.

Sin embargo, se le concedieron las calles para el circuito. El túnel fue arrendado durante novecientos noventa y nueve años por una suma nominal de cinco mil dólares al año. Se dio a entender que los antiguos puentes de las calles State, Dearborn y Clark deberían ser reparados o eliminados; pero había una cláusula en otra parte que anulaba esto. Al instante se produjeron violentos estallidos en el *Chronicle*, el *Inquirer* y el *Globe*, pero cuando Cowperwood los leyó, se limitó a sonreír. «Que refunfuñen», se dijo. «Les presenté una propuesta razonable. ¿Qué razón tienen para protestar? Estoy haciendo más que la Chicago City Railway. No son más que celos. Si la petición hubiera venido de Schryhart o de Merrill, no se habría producido ninguna queja.»

McKenty fue a las oficinas de la Chicago Trust Company a felicitar a Cowperwood.

—Los chicos hicieron exactamente lo que pensaba que harían —dijo—. Pero tenía que estar allí porque oí a alguien decir que aproximadamente diez de ellos tenían intención de dejarnos plantados en el último momento.

—¡Buen trabajo, buen trabajo! —le contestó Cowperwood en tono jovial—. Ya cesará todo este jaleo. Habría ocurrido lo mismo en cualquier otro momento. Ya se

relajará el ambiente. Les vamos a dar un servicio tan eficiente que se olvidarán de todo esto y se alegrarán de habernos dado el túnel.

De todas formas, la mañana siguiente a la de la aprobación de las ordenanzas se produjeron muchos comentarios despectivos en ámbitos influyentes. El señor Norman Schryhart, que, a través de su editor, se había posicionado de manera fulminante en contra de Cowperwood, se quedó mirando fijamente al señor Ricketts con solemnidad cuando se encontraron.

—Bueno —dijo el magnate, quien creía adivinar que estaba bajo la amenaza de un ataque a sus dominios de la Chicago City Street Railway—, ya veo que nuestro amigo el señor Cowperwood se las ha arreglado para conseguir lo que quería en el concejo. Estoy moralmente convencido de que se vale de dinero para conseguir lo que pretende con la misma liberalidad que los bomberos se valen del agua. Es escurridizo como una anguila. Me gustaría poder demostrar que hay una comunidad de intereses entre él y los políticos del ayuntamiento, o entre él y el señor McKenty. Creo que se ha propuesto dominar esta ciudad en el terreno político y financiero, y eso requerirá de una vigilancia constante. Si conseguimos inducir a la opinión pública a ponerse en su contra, con el tiempo conseguiremos echarlo. Chicago podría convertirse en un lugar demasiado incómodo para él. Conozco al señor McKenty personalmente, pero no es el tipo de hombre con el que me gusta hacer negocios.

El método que el señor Schryhart utilizaba para negociar en el ayuntamiento pasaba por emplear a ciertos abogados de buena reputación, aunque algo lentos, que estaban en la nómina de la compañía del South Side. Nunca habían conseguido llegar hasta el señor McKenty. Ricketts expresó a su vez su aprobación más sincera.

—Tiene usted toda la razón —dijo con solemne petulancia, abrochándose un botón del chaleco que se había salido y alisándose los puños de la camisa—. Es el príncipe de los políticos. Tendremos que estar atentos si queremos pillarlo alguna vez. —El señor Ricketts se habría vendido gustosamente al señor Cowperwood si no le debiera tanto al señor Schryhart. No sentía ningún afecto especial por Cowperwood, pero reconocía en él a un hombre prometedor.

El joven MacDonald, que hablaba con Clifford Du Bois en la redacción del *Inquirer*, y reflexionaba sobre lo poco para lo que le había valido su mensaje telefónico privado, se encontraba en un estado de ánimo irónico e irritable.

—Bueno —dijo—, parece que nuestro amigo Cowperwood no ha seguido nuestro consejo. Puede que haya tenido éxito, pero el *Inquirer* no ha terminado con él todavía, ni mucho menos. Ya querrá otras cosas de la ciudad en el futuro.

Clifford Du Bois escrutó a su joven y resentido superior con curiosidad. No sabía nada del mensaje telefónico a Cowperwood, pero sí sabía cómo habría manejado él al astuto financiero si hubiera estado en el lugar de MacDonald.

—Sí, Cowperwood es un tipo sagaz —fue su comentario—. Pritchard, nuestro encargado de política, dice que en el ayuntamiento están todos untados, incluidos el alcalde y McKenty, y que Cowperwood conseguirá todo lo que quiera en el momento

que desee. Tiene a Tom Dowling comiendo de su mano, y ya sabe lo que eso significa. ¿Ha visto alguna vez a ese viejo buitre volar en círculo sin que hubiera nada muerto en el bosque?

—Es un tipo hábil —comentó MacDonald—. Pero en cuanto a Cowperwood, no va a poder seguir saliéndose con la suya durante mucho tiempo. Va demasiado rápido y quiere demasiado.

El señor Du Bois se sonrió para sus adentros. Le divertía ver cómo Cowperwood había dejado de lado a MacDonald y a sus objeciones, prescindiendo por el momento de los servicios del *Inquirer*. Du Bois estaba convencido de que si el viejo general hubiera estado allí, habría apoyado al financiero.

A los ocho meses de hacerse con el túnel de La Salle Street y de echar mano de cuatro de las principales calles del centro de la ciudad para su circuito, Cowperwood dirigió su atención hacia la terminación de la segunda parte de su programa: la de hacerse con el túnel de Washington Street y con la Chicago West Division Company, que continuaba funcionando a la antigua con coches tirados por caballos. Volvía a repetirse la misma historia que con la compañía del North Side. Los accionistas de un tipo determinado —la media— son extremadamente temerosos, sensibles y se ponen muy nerviosos. Son como ese peculiar bivalvo, la almeja, que se esconde en su concha y cesa toda actividad al menor síntoma de presión adversa. El departamento fiscal de la ciudad empezó por iniciar procedimientos contra la compañía de la West Division, obligándolos a que soltaran el importe de varios impuestos impagados del tranvía y que hasta entonces habían quedado convenientemente olvidados. El departamento encargado de las calles no paraba de echárseles encima por desatender la reparación de las vías públicas. El departamento de aguas, por algún truco de magia, se encargó de descubrir que habían estado robando agua. Y por otro lado, estaban los sonrientes representantes de Cowperwood, Kaifraith, Addison, Videra y otros, que se dirigían a un director o accionista detrás de otro con magníficas historias sobre la maravillosa nueva era que comenzaría para la Chicago West Division Company sólo con que esta cediera el cincuenta y uno por ciento de sus valores —el cincuenta y uno por ciento de mil doscientas cincuenta acciones por un valor a la par de doscientos dólares— por la fascinante suma de seiscientos dólares por acción, y el treinta por ciento de intereses sobre todas las acciones no asumidas.

¿Quién podría resistirse? Apalea y mata al perro de hambre por un lado, y por otro, engatúsalo, acarícialo y enséñale un trozo de carne, y ya verás cómo hace lo que quieras en nada de tiempo. Y Cowperwood lo sabía. Sus emisarios eran incansables tanto para lo bueno como para lo malo. Al final —lo que no tardó mucho en llegar—, los directores y los principales accionistas de la Chicago West Division Company sucumbieron. Y después, ¡hala!, la repentina cesión en arrendamiento por parte de la Chicago West Division Company de todas sus propiedades a la North Chicago Street Railway Company, a su vez arrendataria de la Chicago City Passenger Railway, una línea que Cowperwood había creado para hacerse con el túnel de Washington Street.

¿Cómo lo había conseguido? Esa pregunta estaba en la punta de todas las lenguas del ambiente financiero. ¿Quiénes eran los hombres o las sociedades que proporcionaban las enormes sumas necesarias para pagar seiscientos dólares por acción por seiscientas cincuenta acciones de las mil doscientas cincuenta pertenecientes a la vieja compañía de la West Division, más el treinta por ciento anual sobre el resto? ¿De dónde salía el dinero para instalar el cableado de todas estas líneas? Si se hubieran parado a pensarlo, se habrían dado cuenta de que la respuesta era muy simple. Cowperwood estaba simplemente capitalizando el futuro.

Antes de que los periódicos o el público pudieran realizar una protesta adecuada, había multitud de hombres trabajando día y noche en el corazón financiero de la ciudad, convirtiendo aquella zona en un manicomio con la intermitencia de sus llameantes sopletes y del estrépito de sus martillos. Estaban tendiendo el primer tramo de cables para el circuito y reparando el túnel de La Salle Street. Lo mismo ocurrió en los North y West Sides, donde se estaban instalando conductos de cemento, construyendo nuevos coches de arrastre y remolques, levantando cocheras y erigiendo inmensas y brillantes centrales de tracción. La ciudad, acostumbrada desde hacía tanto tiempo a los retrasos en el puente y a los coches tirados por caballos con el suelo lleno de paja y sin estufa, que viajaban sobre raíles que zarandeaban a los pasajeros, sentía una enorme curiosidad por comprobar la excelencia del nuevo servicio. El túnel de La Salle Street pronto apareció radiante enlucido de blanco y con luces eléctricas. Las largas calles y avenidas del North Side lucieron conductos revestidos de cemento y gruesos raíles. Se terminaron las centrales de tracción y el sistema se puso en funcionamiento, mientras aún se estaban ultimando los contratos para los cambios en el West Side.

Schryhart y sus socios estaban atónitos ante esta velocidad de acción y la alucinante y mareante sucesión de operaciones financieras. Los conservadores intereses del transporte de viajeros de Chicago tenían la fuerte impresión de que este joven gigante venido del Este tenía en mente comerse la ciudad. La Chicago Trust Company que él, Addison, McKenty y otros habían creado para manipular las principales fases de la emisión de bonos de la ciudad, y de la que se rumoreaba que estaba bajo su control, se encontraba en una situación floreciente. Al parecer, estaba en condiciones de firmar cheques por cantidades millonarias, y a pesar de eso, no estaba en deuda con ninguno de los antiguos y conservadores multimillonarios de Chicago. Con ninguno. Y lo peor de todo era que este Cowperwood —un arribista, un presidiario, un forastero al que se habían esforzado por aniquilar financieramente y condenar al ostracismo social—, se había convertido ahora en una figura no sólo atractiva, sino también rutilante, a ojos del público de Chicago. Sus opiniones y puntos de vista sobre prácticamente cualquier tema eran citados profusamente; los periódicos, incluso los más antagonistas, no se atrevían a desatenderlo. Sus propietarios eran ahora plenamente conscientes del hecho de que había aparecido un nuevo financiero enemigo digno de su acero.

CAPÍTULO XXVII

El financiero hechizado

Era interesante observar cómo la mente de este hombre, a pesar de lo capaz que era, y de estar inmerso en esta vasta empresa de los tranvías que comenzaba a afectar a varios millares de hombres, podía encontrar un inmenso alivio y satisfacción en la presencia y en los actos de Stephanie Platow. Quizá no sea exagerado decir que puede que en ella encontrara la reencarnación del espíritu y la personalidad de Rita Sohlberg. Sin embargo, Rita nunca se había planteado ser desleal; nunca se le habría ocurrido ser infiel a Cowperwood mientras él la amara, al igual que durante mucho tiempo no le había sido posible ser infiel a Sohlberg, ni siquiera tras sus múltiples aventuras. Stephanie, por contra, tenía el extraño convencimiento de que el amor no se identificaba necesariamente con la lealtad física, y de que podía amar a Cowperwood y, aun así, engañarlo —hecho que tenía su fundamento en que ella aún carecía de auténtico entusiasmo por él—. Lo amaba y no lo amaba. Su actitud no respondía necesariamente a su intensa animalidad propia de las lagartijas, aunque tuviera algo que ver con ella, sino más bien con una imprecisa y amable generosidad, que le hacía sentir que era difícil romper con Gardner Knowles y con Lane Cross después de lo afectuosos que habían sido con ella. Gardner Knowles había cantado sus alabanzas aquí, allá y en todas partes, e intentaba ahora extender su fama a las compañías teatrales profesionales que venían a la ciudad, con el objetivo de que eventualmente la contrataran y la convirtieran en una figura importante. Lane Cross sentía un intenso aunque inadecuado amor por ella, lo que hacía muy difícil romper con él, aunque estaba segura de que terminaría haciéndolo. Y aún había otro hombre más —un joven autor de teatro y poeta llamado Forbes Gurney^[1]—, un joven alto, rubio y apasionado, que acababa de aparecer en escena y que la cortejaba, o más bien, que era cortejado por ella de vez en cuando, porque ella era dueña de su tiempo. A su manera artística y errante, se había negado a ir al colegio como su hermana, y se dedicaba a holgazanear, o más bien, como ella lo describía, a desarrollar sus posibilidades artísticas.

Cowperwood, como era natural, oía mucho hablar de su vida sobre las tablas. Al principio, se tomó toda esta palabrería con reservas, como la cháchara de una naturaleza ardiente interesada en la idea romántica y frívola del mundo del teatro. Sin embargo, su curiosidad por la libertad de acción de ella y por la facilidad con la que se movía de un sitio a otro —el estudio de Lane Cross; las habitaciones de Bliss Bridge, donde daba la impresión de que siempre había alguno de sus amigos de los Garrick Players; la casa del señor Gardner Knowles cerca del North Side, donde con

frecuencia daba alguna fiesta después del teatro— fue en aumento. A Cowperwood le parecía, por expresarlo suavemente, que Stephanie llevaba una vida demasiado trivial y que gozaba de demasiada libertad, aunque también pensaba que era un reflejo exacto de ella —del color de su alma—. Pero él empezó a tener dudas.

—¿Dónde estuviste ayer, Stephanie? —solía preguntarle cuando se reunían para comer, o por las tardes, cuando ella lo visitaba en sus nuevas oficinas del North Side, como solía hacer a veces para ir a dar un paseo con él o dar una vuelta en coche.

—Oh, ayer por la mañana estuve en el estudio de Lane Cross probándome sus chales y velos indios. Tiene muchas cosas de ese tipo, con unos azules y unos naranjas preciosos. Tendrías que verme luciéndolas. Ojalá pudieras.

—¿Sola?

—Durante un rato. Creía que Ethel Tuckerman y Bliss Bridge estarían allí, pero no llegaron hasta más tarde. Lane Cross es un auténtico cielo. A veces se pone un poco tonto, pero me cae bien. Sus retratos son muy extraños.

Ella se embarcó en una descripción de su arte pretencioso y aun así insignificante.

Cowperwood estaba atónito, no ante el arte de Lane Cross ni ante sus chales, sino ante este mundo en el que se movía Stephanie. No lograba entenderla del todo. Nunca había logrado que le explicara de manera satisfactoria aquella única relación con Gardner Knowles, y que ella afirmaba que había terminado de manera tan abrupta. Había dudado desde entonces, como era propio de él; pero esta muchacha era tan dulce, tan infantil, tan irreconciliable con ella misma, como un soplo de aire, o como una pálida flor, que casi no sabía qué pensar. Las personas de inclinaciones artísticas no son propensas a reñir con un tentador manojo de flores. A él le resultaba celestial cuando entraba, como hacía a veces cuando él estaba solo, mirándolo con ojos inexpresivos y entregándose en una especie de éxtasis estival. Siempre tenía algún comentario artístico que hacer sobre las tormentas, los vientos, el polvo, las nubes, las formas que adoptaba el humo, la silueta de los edificios, el lago o la escena. Se acurrucaba entre sus brazos y recitaba largos pasajes de *Romeo y Julieta*, de «Paolo y Francesca», de *El anillo y el libro*, o de *La víspera de Santa Inés*, de Keats^[2]. Detestaba discutir con ella, porque era como una rosa silvestre o como una obra de arte de la propia naturaleza. Su cuaderno de bocetos estaba siempre lleno de cosas nuevas. Su manguito, o el ligero chal de seda que se ponía en verano, a veces ocultaban alguna figurita que había modelado y que le enseñaba con la expresión de duda de una niña pequeña, y que si él quería, si le gustaba, podía quedarse. Cowperwood reflexionaba mucho y seriamente, pero no sabía qué pensar.

El ambiente de duda y sospecha constante en el que se vio obligado a permanecer fue gradualmente angustiándolo y encolerizándolo. Mientras estaba con él, le demostraba afecto, pero cuando se alejaba de él, era intensamente alegre y feliz. A diferencia de la posición que había ocupado en tantas aventuras anteriores, se encontró, tras los primeros tiempos, preguntándole si lo amaba, en lugar de verse sometido a esa misma pregunta por parte de ella.

Creía que con sus medios, su posición y sus posibilidades de futuro, tenía el poder de asegurarse prácticamente a cualquier mujer una vez que consiguiera atraerla gracias a su personalidad. Pero Stephanie era demasiado joven y demasiado poética como para que le afectaran la riqueza y la fama, y aún no había sucumbido lo suficiente al encanto de él. Lo amaba a su extraña manera; pero también sentía interés por el último rival de Cowperwood, Forbes Gurney. Este joven alto y melancólico, de ojos castaños y pelo claro, era muy pobre. Provenía del sur de Minnesota y aún no se había decidido sobre su futuro porque se debatía entre su inclinación por el periodismo, la poesía y las obras dramáticas. Actualmente trabajaba de cobrador de plazos para una empresa de muebles, lo que lo liberaba, por regla general, a las tres de la tarde. Intentaba, con anhelo, conectar con el mundo periodístico de Chicago, y fue un descubrimiento de Gardner Knowles.

Stephanie lo había visto por las salas de los Garrick Players. Había observado su cara alargada con aquella aureola de pelo suave y rizado, su boca grande y bien formada, los ojos profundos y su buena nariz, y se había sentido tocada por aquel aire de melancolía, o, digamos más bien, de apetito por la vida. Gardner Knowles trajo una vez un poema suyo, que le había prestado, y se lo leyó al grupo en el que estaban reunidos Stephanie, Ethel Tuckerman, Lane Cross e Irma Ottley.

—Escuchad esto —había exclamado repentinamente Knowles, sacándoselo del bolsillo.

Trataba sobre un jardín de la luna con la fragancia de pálidas flores, un estanque místico, alegres personajes de la Antigüedad, y una trémula melodía pagana.

«Con la sobrecogedora flauta y el rítmico rasgueo
de las sordas cuerdas y el tamborileo.»

Stephanie Platow había permanecido en silencio, inmersa en aquel tono que era tan similar al suyo propio. Pidió que la dejara verlo y lo leyó en silencio.

—A mí me parece precioso —dijo ella.

Después de aquello, rondaba siempre cerca de Forbes Gurney. ¿Por qué? No habría sabido explicarlo. No se trataba de coquetería. Simplemente se acercaba, hablaba con él de la interpretación, de las obras que ella había representado y de sus ambiciones. Lo dibujaba, igual que había hecho con Cowperwood y con otros, y un día Cowperwood encontró tres estudios de Forbes Gurney idílicamente realizados en el cuaderno de Stephanie, que denotaban un cierto sentimiento romántico.

—¿Quién es este? —preguntó.

—Oh, es un joven poeta que viene a los Players; Forbes Gurney. Es encantador, y tan pálido y soñador.

Cowperwood contempló los bocetos con curiosidad, y se le nublaron los ojos.

—Otro de los admiradores de Stephanie —dijo en tono burlón—. Me he incorporado a una larga fila. Gardner Knowles, Lane Cross, Bliss Bridge, Forbes

Gurney.

Stephanie se limitó a hacer un mohín de mal humor.

—¡Qué cosas dices! ¡Bliss Bridge y Gardner Knowles! Admito que me gustan, pero eso es todo. Es que son un encanto y un cielo. A ti también te caería bien Lane Cross; es una cotorra loca. Y Forbes Gurney sólo aparece por allí de vez en cuando como uno más del grupo. Prácticamente no lo conozco.

—Exactamente —dijo Cowperwood con tristeza—; pero aun así, lo dibujas.

Por alguna razón, Cowperwood no se lo creyó. En el fondo, no creía a Stephanie en lo más mínimo, no confiaba en ella. Pero, a pesar de ello, la amaba muchísimo —quizá incluso más, precisamente por eso.

—Sé sincera, Stephanie —le dijo un día, con urgencia, pero con mucha diplomacia—. No me importa en absoluto tu pasado. Tú y yo tenemos la suficiente confianza como para entendernos a la perfección. Pero no me dijiste toda la verdad sobre tú y Knowles, ¿no es así? Dime la verdad ahora. No me molestará. Puedo muy bien entender que llegara a pasar. Y en realidad, no me va a hacer cambiar en lo más mínimo.

Por una vez cogió a Stephanie con la guardia baja, sin que estuviera a la defensiva. A veces le preocupaba el hecho de haber tenido varias relaciones, y se mostraba ansiosa por ser franca con Cowperwood o con cualquiera que realmente le gustara. Comparados con Cowperwood y con sus aventuras, Cross y Knowles eran algo trivial, pero, aun así, a ella le gustaba Knowles. Comparado con Cowperwood, Forbes Gurney era un joven pordiosero, pero aun así, Gurney tenía algo de lo que Cowperwood carecía —un encanto triste y poético—. Despertaba su compasión. Era un muchacho solitario, mientras que Cowperwood era fuerte, inteligente y carismático.

Quizá con la intención de aclarar su posición moral de una vez por todas, dijo al fin:

—Bueno, tampoco te conté exactamente la verdad sobre esto. Me daba un poco de vergüenza.

Cuando terminó su confesión, que sólo tuvo que ver con Knowles, y además fue incompleta, Cowperwood ardía de coraje y resentimiento. ¿Por qué se entretenía con una prostituta mentirosa? Era más que evidente que a los veintiuno hacía el amor con total libertad y sin darle importancia. Pero, a pesar de eso, aquella muchacha tenía algo tan extraordinariamente grande, tan magnético, y era tan preciosa a su manera, que no se le pasaba por la cabeza renunciar a ella. Le recordaba a sí mismo.

—Bueno, Stephanie —dijo, pisoteando el impulso de insultarla, de hacerle reproches y de rechazarla—, eres extraña. ¿Por qué no me lo contaste antes? Te lo he preguntado una y otra vez. ¿Y de verdad dices que me quieres?

—¿Cómo puedes preguntarme eso? —preguntó ella, en tono de reproche y sintiendo que había sido una estupidez confesar. Quizás ahora lo perdiera, y no quería que eso ocurriera. Y como en los ojos de él brilló la dureza de los celos, se echó a

llorar—. ¡Ojalá nunca te lo hubiera dicho! Y además no hay nada más que contar. Yo no quería hacerlo.

Cowperwood estaba desconcertado. Conocía muy bien la naturaleza humana y la naturaleza de las mujeres; su sentido común le decía que esta muchacha tan bonita no era de fiar, y aun así, se sentía atraído por ella. Quizá no estuviera mintiendo y aquellas lágrimas fueran reales.

—¿Me aseguras de verdad que eso fue todo, que no hubo nadie más antes y que no ha habido nadie más después?

Stephanie se secó los ojos. Estaban en las habitaciones privadas de él en Randolph Street, las habitaciones de soltero que tenía preparadas para utilizarlas como lugar para cambiarse para sus diversos asuntos.

—Yo creo que no me quieres en absoluto —comentó ella con tristeza y reproche—. No creo que me entiendas. Pienso que no me crees. Cuando te digo cómo son las cosas, tú no lo entiendes. Yo no miento. No puedo. Si tienes tantas dudas ahora, quizá sería mejor que no volvieras a verme. Quiero ser franca contigo, pero si no me permites...

Se sumió en un silencio largo, triste, muy doloroso, y Cowperwood la examinó con una especie de anhelo. ¡Qué atracción tan irracional ejercía sobre él! No la creía, y a pesar de ello, no podía dejarla ir.

—No sé qué pensar —dijo él malhumoradamente—. Lo que sí es verdad es que no quiero reñir contigo, Stephanie, por decirme la verdad. Eres una muchacha excepcional. Puedo hacer muchas cosas por ti si tú me dejas. Deberías darte cuenta de eso.

—Pero no te estoy engañando —repitió ella, cansada—. Deberías ser capaz de verlo.

—Te creo —continuó él intentando engañarse a sí mismo a su pesar—. Pero es que llevas una vida demasiado libre, muy poco convencional.

—Ah —pensó Stephanie—, quizá hable demasiado.

—Te aprecio mucho. Me atraes mucho. Te quiero de verdad. No me engañes. No andes por ahí con todos esos simplones. De verdad no son dignos de ti. Cualquiera de estos días podré divorciarme, y entonces me gustaría mucho casarme contigo.

—Pero yo no ando con ellos en el sentido que tú piensas. No son para mí más que un entretenimiento. Me caen bien, claro. Lane Cross es un encanto a su modo, y lo mismo ocurre con Gardner Knowles. Todos ellos han sido muy amables conmigo.

A Cowperwood se lo llevaron los demonios cuando oyó decir que Lane Cross era un «encanto». Lo invadió la cólera, pero aun así guardó silencio.

—¿Me darás tu palabra de que nunca habrá nada entre tú y ninguno de estos hombres mientras estés conmigo? —casi le rogó, lo que representaba un papel completamente nuevo para él—. No quiero compartirme con nadie más. No lo haré. No me importa lo que hayas hecho en el pasado, pero no quiero que me seas infiel en el futuro.

—¡Menuda pregunta! Por supuesto que no. Pero si no me crees... ¡Oh, Dios mío!

...

Stephanie suspiró dolorosamente y el rostro de Cowperwood se nubló, cargado de sospechas y celos, que se encargó de ocultar muy bien.

—Bueno, voy a decirte algo, Stephanie. Te creo. Voy a creer en tu palabra. Pero si me engañas, y yo llegara a enterarme, te dejaría ese mismo día. No voy a compartirme con nadie más. Lo que no logro comprender es que si me amas, ¿cómo puedes interesarte tanto en todo lo demás? No es la devoción por el arte lo que te impulsa, ¿verdad?

—¿Vas a seguir discutiendo conmigo? —preguntó Stephanie con aire ingenuo—. ¿No vas a creerme cuando te digo que te quiero? A lo mejor... —Pero aquí, su capacidad histriónica acudió en su ayuda y comenzó a sollozar de manera convulsiva. Cowperwood la cogió entre sus brazos.

—No pasa nada —intentó tranquilizarla—. Te creo. Y sí creo que me quieres. Es sólo que preferiría que no te gustara tanto mariposear, Stephanie.

Y de este modo, esta herida quedó cerrada por el momento.

CAPÍTULO XXVIII

El desenmascaramiento de Stephanie

La idea de modificar en algo sus relaciones para evitar ser desleal a Cowperwood nunca había estado más lejos de la mente de Stephanie. Nadie podía reñir con Stephanie Platow. Ella era un compuesto químico inestable, artista de la cabeza a los pies y a la que su familia no entendía ni vigilaba debidamente. Su interés por Cowperwood era enorme, por su fuerza y su capacidad. Pero igual de enorme era el que sentía por Forbes Gurney —por el aura poética que lo envolvía—. Lo observó con curiosidad en las diversas ocasiones en las que se encontraron y, como resultó ser vergonzoso y retraído, se propuso seducirlo. Notaba que se encontraba solo, deprimido, y que era pobre, y su capacidad para la compasión, algo tan femenino, la impulsó a ser tierna.

Consiguió su propósito con facilidad. Una noche que salieron todos en la balandra de Bliss Bridge —un barquito pequeño y rápido—, Stephanie y Forbes Gurney se sentaron por delante del mástil para mirar la estela plateada de la luna que se veía justo delante de ellos. El resto se encontraba en la cabina, todos alborotados haciendo el tonto —riendo y cantando—. A todos les resultaba muy evidente que Stephanie mostraba un creciente interés por Forbes Gurney; y como él era encantador y ella era muy terca, no hicieron nada por entrometerse, aparte de hacerles objeto de alguna broma de manera ocasional. Gurney, inexperto en el amor y el romance, casi no sabía ni cómo aprovechar aquel golpe de suerte, ni por dónde empezar. Le habló a Stephanie de su vida en casa, en los campos de trigo del noroeste, y le contó que su familia se había marchado de Ohio cuando él tenía tres años, y lo difíciles que le habían resultado los trabajos que se había visto obligado a hacer. Había dejado el arado muchos días para escribir un poema de pie bajo un árbol —así, sin más—, o para mirar a los pájaros, o para soñar con poder ir a la universidad o a Chicago. Ella lo miró con ojos soñadores, su piel morena adoptó un tono cobrizo a la luz de la luna, y su pelo negro despedía destellos de un luminoso gris azulado. Forbes Gurney, sensible a la belleza en todas sus formas, finalmente se aventuró a tocarle la mano —a ella, que era de Knowles, Cross y Cowperwood— y ella se estremeció de pies a cabeza. Este muchacho era un cielo. Su pelo castaño y rizado le daba cierto aire de inocencia griega. Ella no se movió, sino que se quedó quieta, esperando que él hiciera algo más.

—Ojalá pudiera decirte lo que siento —dijo finalmente con la voz ronca y un nudo en la garganta.

Ella cubrió la mano de él con la suya.

—¡Eres un amor! —le dijo.

Entonces él se dio cuenta de que podía hacerlo y le invadió el éxtasis. Le acarició la mano y después le pasó el brazo por la cintura; luego se atrevió a besar su mejilla morena, que ella apartó con aire soñador. Hundió la cabeza en el hombro de él con gran habilidad y él le murmuró dulces requiebros —¡era divina, una artista, maravillosa!—. Tal como ella entendía las cosas, aquello sólo podía terminar de una manera. Lo convenció para que la visitara en su casa, para estudiar sus libros y sus obras de teatro en su salita del ático, y para que la escuchara cantar. Una vez que estuvo completamente entre sus brazos, el resto fue fácil: sólo tuvo que dejarse llevar. Él supo que ya no era inocente, y entonces... Mientras tanto, Cowperwood mezclaba sus cavilaciones sobre enormes centrales de tracción, inmensos motores alternativos, el problema de la escala salarial de sus ahora dos mil empleados (algunos de los cuales amenazaban con ir a la huelga), el problema de asegurar, unir y equipar el túnel de La Salle Street con el circuito del centro de la ciudad, que se encontraba en las calles La Salle, Munroe, Dearborn y Randolph, con el interrogante y sus propias imaginaciones de lo que Stephanie podría estar haciendo. Sólo podía citarse con ella de cuando en cuando. No se le había escapado que, desde que él empezara a utilizar la información que ella le daba sobre dónde estaba día a día y sobre la libertad con la que se relacionaba con sus amigos, cada vez oía hablar menos de Gardner Knowles, de Lane Cross y de Forbes Gurney, y mucho más de Georgia Timberlake y de Ethel Tuckerman. ¿Por qué esta repentina reticencia? En una ocasión sí le dijo refiriéndose a Forbes Gurney que «¡lo estaba pasando muy mal, y que su ropa no era todo lo buena que debería, pobre muchacho!». La propia Stephanie, gracias a los regalos recibidos de Cowperwood, estaba resplandeciente por aquellos días. Ella aceptaba sólo lo suficiente para completar su armario según su gusto.

—¿Por qué no le dices que venga a verme? —le preguntó Cowperwood—. Quizá podría encontrarle algo que hacer. —Habría estado completamente dispuesto a colocarlo en algún puesto en el que pudiera controlar su tiempo. Sin embargo, el señor Gurney nunca fue a verlo en busca de trabajo, y Stephanie dejó de hablar de su pobreza. Tras un regalo de doscientos dólares que Cowperwood le había hecho a Stephanie en junio, siguió un encuentro casual con ella y Gurney en Washington Street. El señor Gurney, pálido y agradable, iba sin duda muy bien vestido. Llevaba un alfiler que Cowperwood sabía que había pertenecido a Stephanie. Ella no expresó el más mínimo desconcierto. Y finalmente, Stephanie dejó caer que Lane Cross, que se había ido a New Hampshire a pasar el verano, había dejado su estudio al cuidado de ella. Cowperwood decidió que haría vigilar el estudio.

Cowperwood tenía en nómina por esta época a un joven periodista, un ambicioso petimetre de veintiséis años llamado Francis Kennedy. Había escrito un artículo muy lúcido para el *Sunday Inquirer* en el que describía a Cowperwood y explicaba sus planes, y en el que hacía hincapié en que se trataba de un hombre extraordinario, lo que agradó a Cowperwood. Cuando Kennedy lo visitó un día, para anunciarle sin

demora que estaba ansioso por abandonar su trabajo de periodista y para preguntarle si podría encontrarle algo en el mundo de los tranvías, Cowperwood vio en él un instrumento que podría resultarle útil.

—Lo pondré a prueba como secretario durante un tiempo —le dijo con amabilidad—. Hay unas cuantas cosas especiales que quiero que haga. Si las hace bien, puede que le encuentre alguna otra cosa más adelante.

Kennedy llevaba poco tiempo trabajando para él, cuando le dijo un día:

—Francis, ¿ha oído hablar alguna vez de un joven de nombre Forbes Gurney en el mundo editorial?

Se encontraban en la oficina privada de Cowperwood.

—No, señor —le contestó Francis enérgicamente.

—Sí ha oído hablar de una organización llamada los Garrick Players, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Bien, Francis, ¿cree que podría hacerse cargo de un pequeño trabajo de investigación para mí, y manejarlo con inteligencia y en secreto?

—Creo que sí —dijo Francis, que esta mañana era la viva imagen de la perfección vestido con un traje marrón, corbata granate y gemelos de calcedonia. Tenía los zapatos inmaculadamente brillantes, y la cara joven y saludable aparecía resplandeciente.

—Le diré lo que quiero que haga. Hay una joven actriz, una actriz aficionada, de nombre Stephanie Platow, que frecuenta el estudio de un artista llamado Cross en el New Arts Building. Puede que lo ocupe en su ausencia. No lo sé. Quiero que averigüe qué tipo de relación tiene esta mujer con el señor Gurney. Por motivos de negocios, tengo razones por las que quiero saberlo.

El joven Kennedy le prestaba toda su atención.

—¿Podría decirme dónde puedo averiguar algo sobre este señor Gurney para empezar? —le preguntó.

—Creo que es amigo de un crítico de aquí llamado Gardner Knowles. Quizá podría preguntarle a él. No hace falta que le diga que no debe mencionarme nunca.

—Oh, sí, lo he entendido perfectamente, señor Cowperwood. —El joven Kennedy se marchó pensativo. ¿Cómo iba a hacer esto? Con auténtica habilidad periodística, primero buscó a otros periodistas por los que se enteró de las características de los Garrick Players y de las mujeres que pertenecían al grupo, tomando datos de unos y otros. Simuló estar escribiendo una obra de teatro de un solo acto y que esperaba que pudieran producírsela.

Después visitó el estudio de Lane Cross haciéndose pasar por un periodista que quería entrevistarle. El señor Cross estaba fuera de la ciudad, según le dijo el ascensorista y el estudio estaba cerrado.

El señor Kennedy se quedó dándole vueltas a esta información un momento.

—¿Hay alguien que esté utilizando su estudio durante los meses de verano? —le preguntó.

—Creo que hay una joven que viene por aquí... sí.

—¿No sabrá usted quién es por casualidad?

—Sí, lo sé. Se llama Platow. ¿Por qué quiere saberlo?

—Mire —dijo Kennedy, examinando al celador de aspecto algo desaliñado con expresión cordial y persuasiva—, ¿quiere ganarse algo de dinero, unos cinco o diez dólares, y sin que le suponga ningún problema?

El ascensorista, cuyo sueldo era de exactamente ocho dólares a la semana, aguzó el oído.

—Quiero saber quién viene aquí con esta señorita Platow, cuándo vienen... Quiero saberlo todo. Le daré quince dólares si averiguo lo que quiero saber, y empezaré por darle cinco ahora mismo.

El factótum no tenía más que sesenta y cinco centavos en el bolsillo en aquel momento. Miró a Kennedy con cierta incertidumbre y con gran avidez.

—Bueno, ¿qué puedo hacer? —repitió—. No estoy aquí a partir de las seis. El conserje es el que se encarga del ascensor de seis a doce.

—¿No hay ninguna habitación disponible cerca de esta? —le preguntó Kennedy con interés.

El factótum se paró a pensar.

—Sí que la hay. Hay una al otro lado del pasillo.

—¿A qué hora suele venir normalmente?

—No sé lo que pasa por la noche. Durante el día, a veces viene por la mañana, y otras por la tarde.

—¿Viene alguien con ella?

—A veces viene un hombre, y otras una muchacha o dos. Para decirle la verdad, no le he prestado demasiada atención.

Kennedy se marchó silbando.

A partir de este día, el señor Kennedy se convirtió en el vigilante de este ambiente tan poco convencional. Entraba y salía, observando con especial atención las idas y venidas del señor Gurney. Descubrió lo que ya sospechaba de manera instintiva, que el señor Gurney y Stephanie pasaban mucho tiempo aquí a horas algo peculiares —después de que un grupo de amigos hubieran estado de fiesta, por ejemplo, y todos se hubieran marchado ya, incluido el señor Gurney, aunque después este último regresaba rápidamente, a veces con Stephanie, si es que ella se había marchado con los demás, o solo, si ella se había quedado allí—. Las visitas tenían una duración variable, y Kennedy, para ser exacto y preciso, llevaba los días, las fechas y la duración anotados en un sobre cerrado que le entregaba a Cowperwood por la mañana. Cowperwood estaba furioso, pero era tan grande su interés por Stephanie, que no estaba dispuesto a actuar. Quería ver hasta dónde sería ella capaz de llegar en su duplicidad.

La novedad de lo que estaba ocurriendo y los efectos que tenían sobre él eran asombrosos. Aunque tenía la mente tremendamente ocupada durante el día, sus

pensamientos seguían volviendo a ella una y otra vez. ¿Dónde estaba? ¿Qué estaba haciendo? Aquella capacidad para mentir sin alterarse le recordaba a sí mismo. Para él, pensar que ella pudiera preferir estar con otro que no fuera él, especialmente en este momento en el que brillaba como uno de los personajes determinantes en la construcción de la ciudad, era demasiado. Se olía que pudiera ser por su edad, su expulsión definitiva de la juventud. Y eso lo hería y le resultaba doloroso.

Una mañana, tras una noche particularmente exasperante en la que no pudo dejar de pensar en ella, le dijo al joven Kennedy:

—Tengo una sugerencia que hacerle. Me gustaría que consiguiera del ascensorista ese con el que trabaja allí una copia de la llave del estudio, para comprobar si tiene algún pestillo en la parte de adentro. Avíseme cuando lo sepa. Y tráigame la llave. La próxima vez que esté allí con el señor Gurney por la tarde, salga y telefonéeme.

El clímax se produjo una noche varias semanas después de que comenzara esta desalentadora investigación. En el cielo brillaba una enorme luna amarilla y corría una suave y cálida brisa de verano. Stephanie había visitado a Cowperwood en su oficina sobre las cuatro para decirle que en vez de quedarse en el centro con él, como habían planeado de manera informal, se iba a su casa en el West Side para asistir a algún tipo de fiesta al aire libre en casa de Georgia Timberlake. Cowperwood la miró con una expresión malsana. Era todo alegría, simpatía y bromas inocentes, pero no dejaba de pensar que era una mentirosa desvergonzada, que hacía muy bien su papel y que debía de pensar que él era un estúpido. Podía llegar a entender lo que hacía por su juventud, su pasión, su atractivo y su promiscuidad innata, pero no podía perdonarle que no lo amara de una manera total, como tantas otras habían hecho. Llevaba un veraniego vestido en blanco y negro, y un atractivo sombrero canotier marrón^[1], que con el profuso adorno de amapolas rojas que llevaba sobre la oreja izquierda y el original fruncido de seda blanca y negra que lucía sobre la copa, la hacía parecer extrañamente joven y alegre, como un estudio de sus orígenes hebreos y norteamericanos.

—Lo vas a pasar bien, ¿no? —le preguntó de buen humor, a modo de estrategia, observándola con aquella mirada suya tan inescrutable y enigmática. ¡Vas a brillar entre esos amigos tan encantadores que tienes! Supongo que allí estarán todos los reservas —Bliss Bridge, el señor Knowles, el señor Cross— desviviéndose por ti, ¿no?

Pero no mencionó al señor Gurney.

Stephanie asintió con expresión alegre. Parecía una niña inocente con ganas de salir a divertirse.

Cowperwood sonrió, pensando que uno de estos días —quizá muy pronto— se vengaría, y su venganza sería extraordinaria. Seguro. La cogería en una mentira, en una situación comprometida en algún lugar —en este estudio, quizá— y entonces la rechazaría con desdén. En otra época, y si hubieran vivido en Turquía, la habría mandado estrangular, que la metieran después en un saco cerrado y que la tiraran al Bósforo. Pero ahora, lo único que podía hacer era dejarla. Y no paraba de sonreír,

acariciándole la mano.

—Que lo pases bien —le dijo al marcharse. Más tarde, estando en su casa, cuando ya era casi medianoche, el señor Kennedy lo llamó por teléfono.

—¿Señor Cowperwood?

—Sí.

—¿Conoce el estudio del New Arts Building?

—Sí.

—Está ocupado ahora.

Cowperwood llamó a un sirviente para que le trajera el cupé. Le había encargado a un cerrajero del centro una tija redonda con un enganche hueco en el extremo —un cilindro hueco que encajaría sobre el extremo de una llave como la del estudio, de modo que podría girarla con facilidad desde el exterior—. Se palpó el bolsillo para comprobar que la llevaba, se montó en el cupé de un salto y se marchó apresuradamente. Cuando llegó al New Arts Building, se encontró con Kennedy en la entrada y le dijo que se marchara.

—Gracias —le dijo con brusquedad—. Yo me encargo de esto.

Subió apresuradamente las escaleras, evitando así el ascensor, y se dirigió a la habitación vacía que había al otro lado, y desde allí observó la puerta del estudio. Era tal como Kennedy le había informado. Stephanie estaba allí, y con Gurney. Había traído al poeta pálido para que le proporcionara una noche de deleite. Debido al silencio que reinaba en el edificio a esta hora, oía sus voces apagadas alternándose para hablar, e incluso oyó a Stephanie cantar el estribillo de una canción. Estaba enfadado, y al mismo tiempo, agradecido de que ella, con su habitual simpatía, se hubiera tomado la molestia de visitarlo para asegurarse que iba a ir a una fiesta veraniega en los jardines y a un baile. Sonrió de manera siniestra y sarcástica al pensar en la sorpresa de ella. Extrajo con cuidado la tija y la insertó en el extremo de la llave que estaba puesta por dentro, haciéndola girar. Cedió sin dificultad y sin hacer ruido. Después puso la mano en el pomo y lo giró, y notó que la puerta se había movido ligeramente. Y luego, sin que pudieran notarlo porque se oía el gorjeo de una risa que a él le resultaba completamente familiar, la abrió y se coló dentro.

Se levantaron de un salto al oír su tos áspera y constante; Gurney fue a ocultarse detrás de una cortina y Stephanie intentó cubrirse con la sábana que había sobre el sofá. No podía hablar, y casi no podía creer que fuera cierto lo que veían sus ojos. Gurney, masculino y desafiante, pero en modo alguno dueño de sí mismo, preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Para qué ha venido aquí? ¿Qué quiere?

Cowperwood se limitó a decir, con una sonrisa:

—No mucho. Quizá la señorita Platow pueda decírselo. —E hizo un gesto con la cabeza señalándola.

Stephanie, bajo la mirada fría y escrutadora de Cowperwood, se encogió nerviosamente ignorando por completo a Gurney. Este último se dio cuenta al instante de que se trataba de una relación previa —un amante indignado y furioso—, y

no estaba preparado para actuar ni bien ni de la manera más acertada.

—Señor Gurney —dijo Cowperwood con complacencia, después de mirar fijamente a Stephanie con expresión siniestra y de fulminarla con su desprecio—, esto no tiene nada que ver con usted, y no tengo intención de hacer nada que pueda molestarle a usted ni a la señorita Platow después de esto. No carezco de razones para estar aquí. Esta jovencita me ha estado engañando de forma continuada. Me ha mentido con frecuencia, aparentando una inocencia en la que yo no creía. Me había dicho que esta noche iba a estar en una fiesta en el West Side. Hace meses que es mi amante. Le he regalado dinero, joyas y todo lo que ha deseado. Esos pendientes de jade, por cierto, son uno de mis regalos. —Asintió con expresión alegre señalando a Stephanie—. He venido simplemente a demostrarle a ella que no puede seguir mintiéndome. Hasta este momento, cada vez que la he acusado de cosas como esta, ha llorado y ha mentido. No sé hasta qué punto la conoce usted, ni si la ama. Simplemente deseo hacerle saber, a ella, no a usted... —se giró para mirar a Stephanie fijamente— que sus días de mentiras conmigo se han terminado.

Durante este particular sermón, Stephanie, que, nerviosa, atemorizada, rígida y, aun así, bellísima, permaneció acurrucada en una esquina del sugerente diván oriental, había estado mirando a Cowperwood de una manera que atestiguaba sin lugar a dudas que, aunque pudiera comportarse de manera frívola con otros, lo amaba —intensamente—. Su figura seria y fuerte, enfrentándose a ella de manera tan despiadada, era algo que enardecía su imaginación, algo de lo que ella estaba sobrada. Se las había arreglado para ocultar su cuerpo sólo en parte, pero sus brazos y sus hombros morenos, su pecho, sus esbeltas rodillas y sus pies quedaban parcialmente al descubierto. Su pelo negro y su rostro cándido tenían ahora un aspecto apesadumbrado, afligido y triste. Estaba verdaderamente asustada, porque Cowperwood, en el fondo, siempre la había intimidado —era un hombre extraño, terrible y fascinante—. Ahora permanecía sentada mirándolo, aún con la intención de resultarle atractiva gracias a la sombra triste de su rostro y de su alma, mientras que Cowperwood, mostrando su desdén por ella y, casi abiertamente, su desprecio por su amante y por su probable oposición, se limitó a quedarse allí de pie sonriendo ante ambos. De repente ella se dio cuenta en un instante de lo que estaba perdiendo —a un hombre serio y maravilloso—. A su lado, Gurney, el poeta pálido, resultaba bastante poca cosa —un leve susurro romántico—. Habría querido decir algo, suplicarle; pero estaba muy claro que Cowperwood no lo aceptaría, y además, también estaba Gurney. Se le hizo un nudo en la garganta y se le llenaron los ojos de lágrimas, a pesar de todo, y un estado de emoción mística sucedió a la hostilidad que había sentido en un principio. Cowperwood conocía muy bien aquella expresión, y aquello fue lo único que le proporcionó una sensación de triunfo.

—Stephanie —dijo—, sólo me queda decirte unas palabras. Por supuesto no volveremos a vernos. Eres buena actriz. Sigue con tu profesión. Puede que llegues a brillar en ella si no la mezclas demasiado con tus amantes. En cuanto a amar de esa

manera libre tuya, quizá no sea incompatible con lo que eres, pero no es socialmente aconsejable para ti. Buenas noches.

Se dio la vuelta y salió caminando rápido.

—Oh, Frank —dijo Stephanie en un tono extraño y desesperado, que pretendía atraerlo, en las narices de su atónito amante. Gurney la observaba con la boca abierta.

Cowperwood no le prestó la más mínima atención. Salió caminando por el oscuro pasillo y bajó las escaleras. Por una vez en su vida, lo atormentaba el atractivo de una mujer bella, enigmática, inmoral y promiscua —aunque fuese una flor envenenada.

—¡Maldita seas! —exclamó—. ¡Maldita fierecilla! ¡Menuda...! ¡Menuda...! — Utilizó unos términos tan duros, tan abominables y tan tristes porque, por una vez, sabía lo que era amar y perder —desear a alguien ardientemente como le ocurría a él, y saber que no podría tenerla, ni ahora ni nunca más—. Estaba decidido a que su camino y el de Stephanie Platow nunca más volvieran a cruzarse.

CAPÍTULO XXIX

Una disputa familiar

Por casualidad, poco antes de que se rompiera esta relación, Aileen había recibido de manera bastante inocente cierta información inquietante de parte de la propia madre de Stephanie Platow. Un día, la señora Platow, que había venido a visitar a la señora Cowperwood, le comentó que Stephanie iba mejorando poco a poco sus habilidades artísticas, que los Garrick Players habían experimentado bastantes problemas, y que Stephanie iba a aparecer en breve haciendo un nuevo papel —algo chino.

—El juego de jade que usted le regaló es precioso —dijo con afabilidad—. Hace pocos días que lo vi por primera vez. Nunca me lo había dicho antes. Lo tiene en tan alta estima que consideré que yo también debía darle las gracias.

Aileen abrió mucho los ojos.

—¡Jade! —dijo con curiosidad—. Vaya, lo he olvidado. —Al recordar en ese instante la propensión de Cowperwood, comenzó a sospechar y se angustió, y su rostro reflejó perplejidad.

—Sí —contestó la señora Platow, algo inquieta por las muestras de sorpresa de Aileen—. Los pendientes y el collar, ya sabe. Me dijo que se los había regalado usted.

—Claro que sí —contestó Aileen, reaccionando por los pelos—. Ahora lo recuerdo. Pero en realidad fue Frank quien se los regaló. Espero que le gusten.

Sonrió de manera encantadora.

—A ella le parecen preciosos, y además le sientan muy bien —continuó la señora Platow, muy amablemente, y habiéndolo entendido ya todo, según creía ella. La verdad era que Stephanie, en un descuido, se había dejado abierta la caja de maquillaje en su casa, y su madre, que revolvía su habitación en busca de algo, los había descubierto y le había preguntado por ellos en tono alegre, porque conocía el valor del jade. Desconcertada por un momento, Stephanie había perdido su tranquilidad mental, aunque no la compostura, y dijo, intentando quitarle importancia, que una noche en la casa de los Cowperwood, estando Aileen presente, la habían obligado cordialmente a aceptar aquellas baratijas.

Desgraciadamente para Aileen, el asunto no iba a quedarse así sin más, porque una tarde que asistió a una recepción que daba Rhees Grier, un joven escultor que tenía aspiraciones sociales, y que le había presentado Taylor Lord, le hicieron saber lo que significa ser una esposa abandonada a ojos de la opinión pública. En esta ocasión, al entrar oyó sin pretenderlo a dos mujeres que hablaban en una esquina tras un biombo colocado para ocultar los chales. «Oh, aquí viene la señora Cowperwood»,

dijo una. «Es la esposa del magnate de los tranvías. El invierno y la primavera pasados andaba por ahí con una muchacha llamada Platow; la de los Garrick Players, ya sabes.»

La otra asintió, al tiempo que observaba con envidia el espléndido vestido de terciopelo verde de Aileen.

«Me pregunto si ella le será fiel a él», preguntó a su vez, mientras Aileen se esforzaba por seguir escuchando. «Por su aspecto parece bastante atrevida.»

Aileen pudo observar a aquellas mujeres más tarde cuando no la miraban, y en su rostro se mezclaron el resentimiento y la hostilidad; pero no le sirvió de nada. Aquellas cotillas miserables la habían herido donde más daño podía hacerle. Estaba herida, enfadada y sorprendida. ¡Cómo podía Cowperwood con sus aventuras exponerla a semejantes chismorreos!

Un día, no mucho después de su conversación con la señora Platow, Aileen, que casualmente estaba de pie en la puerta de su tocador, desde donde veía el pasillo de la planta de abajo, oyó sin pretenderlo a dos de las sirvientas que hablaban sobre la relación de los Cowperwood en particular y sobre la vida de Chicago en general. Una de ellas era una muchacha alta y angulosa de unos veintisiete o veintiocho años, una doncella, y la otra era una mujer baja y robusta de cuarenta años que ocupaba el puesto de ayudante del ama de llaves. Hacían como que limpiaban el polvo, aunque el motivo por el que se habían reunido era para cotillear en susurros. La muchacha alta hacía poco que había estado empleada en casa de la familia de Aymar Cochrane, el antiguo presidente de la Chicago West Division Railway, y que ahora era el director de la nueva West Chicago Street Railway Company.

—Me quedé muy sorprendida —Aileen oyó que decía la muchacha— cuando supe que iba a venir aquí. No me lo podía creer cuando me lo dijeron. Ya ves, la señorita Florence salía corriendo a encontrarse con él dos y hasta tres veces a la semana. Lo que no me explico es cómo su madre nunca sospechó.

—¡Oh! —contestó la otra—. Es el mismísimo demonio con las mujeres. (Aileen no logró ver cómo la mujer hacía un gesto levantando la mano para acompañar sus palabras.) Había una niña pequeña que venía por aquí. El padre vive un poco más arriba en esta calle. Haguenin se llama. Y es el dueño de un periódico, el *Press*, y tiene una casa muy elegante un poco más allá en esta calle. Pues últimamente no la he visto mucho, pero más de una vez lo he visto a él besarla en esta misma habitación. Seguro que su esposa lo sabe todo. Puedes estar segura. ¡Una vez tuvo una pelea tremenda con una mujer, eso me han dicho, con una mujer con la que andaba él liado y que encima traía aquí a la casa! Me han dicho que le dio una paliza terrible; gritando y golpeándola sin parar. Un demonio son estos hombres con las mujeres.

Un leve crujido venido de alguna parte hizo que las dos cotillas se separaran, pero Aileen había llegado a oír lo suficiente como para comprenderlo todo. ¿Y ahora qué iba a hacer? ¿Cómo iba a conseguir información sobre estas nuevas mujeres de las que nunca había tenido la más mínima noticia? Sus sospechas recayeron

instantáneamente sobre Florence Cochrane, porque sabía que esta sirvienta había trabajado para la familia Cochrane. ¡Y además, Cecily Haguenin, la hija del editor con el que estaban en unos términos de lo más amistosos! ¿Es que sus líos amorosos no tenían límites; sus infidelidades?

Regresó a su habitación, apurada y dolida, y se quedó reflexionando, preguntándose si debería dejarlo, preguntándose si debería enfrentarlo abiertamente, preguntándose si debería volver a contratar detectives. ¿De qué iba a servir? Ya había contratado detectives una vez. ¿Y eso había servido para evitar el incidente de Stephanie Platow? En absoluto. ¿Iba a evitar eso nuevas infidelidades en el futuro? Lo más probable era que no. Obviamente, su vida con Cowperwood estaba llegando a su fin, un final total y desastroso. Las cosas no podían seguir de esta manera. Probablemente ella hubiera hecho mal arrebatándosele a la primera señora Cowperwood, aunque no lo creía así, porque la señora Lillian Cowperwood no era ni mínimamente apropiada para él, pero ¡que le pagaran con la misma moneda! Si hubiera sido supersticiosa o religiosa, y si hubiera leído la Biblia con atención, cosa que no había hecho, quizá podría haberse aplicado esa fatalista afirmación del Nuevo Testamento: «Con la medida con que medís, seréis medidos»^[1].

La verdad era que la constante propensión de Cowperwood al mariposeo entre las del bello sexo no podía a la larga dejar de provocar resultados de carácter insatisfactorio. Coincidiendo con la desaparición de Stephanie Platow, se embarcó en una sucesión de episodios: la encantadora hija de un hombre tan respetable como el editor Haguenin, el partidario más sincero y comprensivo que tenía en los periódicos; y la hija de Aymar Cochrane, víctimas, entre otras, de lo que muchos habrían denominado como sus artimañas. Aunque de hecho, en la mayoría de los casos, él no era el único culpable, puesto que la provocación no era sólo por su parte, sino que también él era objeto de ella.

El modo en el que se ganó el favor de Cecily Haguenin fue de lo más simple. Como era un viejo amigo de la familia y visitaba la casa de su padre con frecuencia, esta hija del deseo en concreto le resultó una víctima fácil. Era una criatura rubia y rebosante de energía, que tenía entonces veinte años, llena y rolliza, con grandes ojos de color violeta y con una mente considerablemente despierta —una especie de muñeca con la que a Cowperwood le resultaba agradable divertirse—. Cuando ella no era más que una colegiala, habían tenido una relación alegre y juguetona, que continuó durante los años que ella pasó en la universidad cada vez que venía a casa de vacaciones. En estos días, cuando Cowperwood se sentaba ocasionalmente en la biblioteca de los Haguenin para hablar con el periodista-editor sobre determinados movimientos que quería plantear de la manera más adecuada ante el público, vio a Cecily con bastante más frecuencia. Una noche, cuando el padre salió para consultar la acción previa del concejo en algo relacionado con determinadas licencias, una sucesión de miradas de entendimiento y simpatía entre ambos culminó con un gesto juguetón de Cecily, quien le pasó a Cowperwood por delante de la cara la novela que

tenía en la mano; a lo que Cowperwood respondió sujetándole los brazos acariciadoramente.

—No podrás detenerme tan fácilmente —le dijo ella en tono de chanza.

—Oh, sí, claro que puedo —contestó él.

A esto sucedió un leve forcejeo con el que, gracias a la premeditada complicidad de Cecily, logró terminar por cogerla entre sus brazos y con la cabeza echada sobre su hombro.

—Bien —dijo ella, lanzándole una mirada entre nerviosa y provocativa—, ¿y ahora qué? Tendrás que soltarme.

—Pero no demasiado pronto.

—Oh, sí que lo harás. Mi padre volverá en cualquier momento.

—Pues, no lo haré hasta entonces. Te estás convirtiendo en una muchacha de lo más encantador.

Ella no se resistió, sino que se quedó allí mirándolo con expresión entre nerviosa y soñadora, con lo que él le acarició la mejilla y después la besó. El sonido de los pasos de su padre, que regresaba, puso fin a esto; pero a partir de este momento, más o menos, llegaron con facilidad a un entendimiento perfecto.

En cuanto a Florence Cochrane, la hija de Aymar Cochrane, el presidente de la Chicago West Division Company —el segundo lío que tuvo en aquella época—, el acercamiento tuvo lugar de manera ligeramente diferente, pero el resultado fue el mismo. Por aquel entonces, ella era algo intelectual y estaba leyendo a Marlowe y a Jonson^[2]; y ella veía a Cowperwood, que estaba muy ocupado con el asunto de la West Chicago Street Railway, y que se reunía con su padre, como a un gran personaje de tipo isabelino. Estaba en una fase de tímida rebeldía contra la existencia perfectamente ordenada que le estaban imponiendo. Cowperwood percibió su estado de ánimo, jugueteó animadamente con ella, la miró a los ojos y se encontró con la respuesta que deseaba. Ni el viejo Aymar Cochrane ni su impecablemente respetable esposa se dieron nunca cuenta de nada.

Por lo tanto, cuando Aileen reflexionó sobre los últimos acontecimientos, se sintió, hasta cierto punto, aliviada y contenta. Mientras más, mejor; pensó que si Cowperwood iba a continuar así, no le sería posible a la larga establecer un interés definitivo por nadie. De modo, que teniéndolo todo en cuenta, y si las circunstancias no cambiaban, lo mismo le daría continuar casado con ella que no.

Pero ¡vaya comentario sobre sus propios encantos!, era algo que pensaba con frecuencia. ¡Menudo final para aquella unión ideal que parecía destinada a durar hasta el último día de sus vidas! ¡Pero que ella, Aileen Butler, que en su juventud se había considerado a la altura de cualquier muchacha por su encanto, su fuerza y su belleza, terminara arrinconada tan pronto —sólo tenía cuarenta años— por la siguiente generación! ¡Por semejantes tontas facilonas como ellas! ¡Stephanie Platow y Cecily Haguenin! ¡Y Florence Cochrane, y con toda probabilidad alguna que otra paliducha principiante! Y ella —fuerte, esplendorosa, con el rostro y el cuerpo tersos, sin una

sola arruga en la frente, el cuello, la barbilla o los ojos, con su brillante pelo rubio rojizo, con su andar elástico, que no pesaba ni setenta kilos para su altura que era de lo más normal, con todas las ventajas que le ofrecía su mueble de tocador, con sus joyas, su ropa, su buen gusto y su habilidad para seleccionar las telas—, arrinconada por todas estas advenedizas. Era casi increíble. Era muy injusto. La vida era cruel y Cowperwood era un hombre de temperamento inestable. ¡Dios mío! ¡Y que esto fuera verdad! ¿Por qué no podía amarla? Observaba sus bellos rasgos en el espejo de cuando en cuando y se enfurecía una y otra vez. ¿Por qué su cuerpo no era suficiente para él? ¿Por qué le parecía más bella cualquier otra? ¿Por qué no podía mantenerse fiel a sus reiteradas protestas, cuando afirmaba que la amaba? Había otros hombres que eran fieles a otras tantas mujeres. Su padre le había sido fiel a su madre. Al pensar en su padre y en lo que él opinaba de la conducta de ella, se estremeció de dolor, pero eso no la hizo cambiar de opinión sobre sus derechos en aquel momento. ¡Con aquel pelo! ¡Sus ojos! ¡Sus brazos tersos y resplandecientes! ¿Qué razón tenía Cowperwood para no amarla? ¿Por qué, por qué no?

Una noche, poco tiempo después, estaba sentada en su tocador leyendo, esperando que él regresara a casa, cuando sonó el timbre del teléfono y él le informó de que se veía obligado a quedarse en la oficina hasta tarde. Después le dijo que quizá tuviera que marcharse a Pittsburg durante treinta y seis horas más o menos; pero que estaría de vuelta al tercer día, contando desde entonces. A Aileen la invadió la desazón y se le notó en la voz. Habían previsto ir a cenar con los Hoecksema y después al teatro. Cowperwood le sugirió que se fuera sola, pero Aileen se negó de manera áspera y colgó el teléfono sin ni siquiera despedirse. Y luego, a las diez, volvió a telefonar para decirle que había cambiado de opinión y que si tenía interés en ir a algún sitio —una cena tardía o algo por el estilo—, debería vestirse; en caso contrario, regresaría a casa para no volver a salir.

Aileen concluyó al instante que habrían fracasado sus planes de diversión. Después de haberle estropeado la noche, volvería a casa para intentar sacarle el mayor partido posible a su regreso y eso la enfureció. Toda esta incertidumbre con respecto a sus afectos estaba empezando a afectarle a los nervios. Se había estado preparando una tormenta y ya había llegado el momento. Poco más tarde, entró rebosante de energía, la rodeó con sus brazos cuando se acercó y la besó en la boca. Le acarició los brazos con fingimiento, pero aun así de manera cariñosa, y le dio palmaditas en los hombros. Al ver que ella tenía el ceño fruncido, le preguntó:

—¿Qué le pasa a mi niña querida?

—Pues, nada distinto a lo habitual —le contestó irritada Aileen—. No hablemos de eso. ¿Has cenado?

—Sí. Pedimos que nos trajeran la cena a la oficina. —Se estaba refiriendo a McKenty, a Addison y a sí mismo, y era cierto. Como por una vez estaba diciendo la verdad, sintió que debía justificarse un poco—. Lo de esta noche era irremediable. Siento que este asunto me esté tomando tanto tiempo, pero terminaré con esto pronto.

Las cosas se irán relajando.

Aileen escapó de su abrazo y regresó a su tocador. De un vistazo se dio cuenta de que tenía el pelo algo descolocado y se lo arregló con las manos. Se miró la barbilla y después volvió a su libro —más bien enfurruñada, pensó él.

—A ver, Aileen, ¿qué pasa? —preguntó—. ¿No te alegras de tenerme aquí? Sé que últimamente lo has pasado mal, pero, ¿no estás dispuesta a olvidar el pasado y a confiar un poco en el futuro?

—¡El futuro! ¡El futuro! No me hables del futuro. Me tiene reservadas pocas cosas —le contestó.

Cowperwood se dio cuenta de que se aproximaba una tormenta emocional y confió en su poder de persuasión y en el amor que ella le tenía para calmarla y tranquilizarla.

—Me gustaría que dejaras de comportarte así, cariño —continuó él—. Sabes que siempre te he querido y sabes que siempre lo haré. Admito que hay muchas cosas que me impiden estar en casa tanto como me gustaría en estos momentos; pero eso no altera el hecho de que mis sentimientos siguen siendo los mismos. Y me parece que tú deberías darte cuenta de eso.

—¡Sentimientos! ¡Sentimientos! —se mofó Aileen de repente—. Sí, ya sé cuántos sentimientos tienes. Tienes los suficientes como para regalarles a otras mujeres juegos de jade y joyas, y como para andar por ahí con todas las jovencitas tontas que te vas encontrando. No hace falta que vuelvas a casa a las diez cuando no tienes ningún otro sitio adónde ir para hablarme de lo que sientes por mí. Ya sé lo que sientes. ¡Bah!

Se dejó caer hacia atrás con irritación sobre el respaldo de la silla y abrió el libro. Cowperwood la miró con seriedad porque este golpe referente a Stephanie había sido una revelación. Este asunto de las mujeres podía llegar a ser verdaderamente exasperante a veces.

—¿A qué te refieres? —preguntó con cautela y con aparente candor—. Yo no le he regalado jade ni joyas a nadie, y tampoco he andado por ahí con ninguna jovencita, como tú las llamas. No sé de qué me hablas, Aileen.

—Oh, Frank —dijo Aileen con aire cansado y gesto de incredulidad—, ¡qué manera de mentir! ¿Cómo puedes quedarte ahí y mentirme así? Estoy muy cansada de todo esto. ¿Cómo iban a tener tantas cosas de qué hablar los criados si no fueran verdad? Yo no invité a la señora Platow a venir a preguntarme por qué le habías regalado a su hija un juego de jade. Sé por qué mientes; quieres que me calle y que me quede tranquila. Tienes miedo de que vaya con el cuento al señor Haguenin, o al señor Cochrane, o al señor Platow, o a todos ellos. Bien, pues por ese lado puedes quedarte tranquilo porque no lo haré. Estoy cansada de ti y de tus mentiras. ¡Stephanie Platow, ese palillo! ¡Cecily Haguenin, que parece un trozo de chicle! ¡Y Florence Cochrane, que parece un pescado muerto! (Aileen a veces era ingeniosa con los calificativos.) Si no fuera por cómo me porté con mi familia en Filadelfia, por

todo lo que daría que hablar y por el daño que le provocaría a tus negocios, haría algo al respecto mañana mismo. Te abandonaría; eso es lo que haría. ¡Cómo pude creer alguna vez que realmente me amabas, o que podrías amar a alguna mujer para siempre! ¡Menuda tontería! Pero me da igual. ¡Sigue! Sólo te diré una cosa. No creas que voy a seguir soportando todo esto como lo he venido haciendo hasta ahora, porque no voy a hacerlo. No vas a engañarme siempre. No pienso soportarlo. Todavía no soy tan vieja. Hay muchos hombres que estarán encantados de prestarme su atención si tú no estás dispuesto a hacerlo. Ya te dije una vez que no podría serte fiel si tú no lo eras, y no lo seré. Ya verás. Saldré con otros hombres. ¡Lo haré! ¡Lo haré! Te lo juro.

—Aileen —le preguntó con suavidad, en tono de súplica, consciente de la futilidad de decir más mentiras en aquellas circunstancias—, ¿podrías perdonarme esta vez? Ten un poco de paciencia conmigo. A veces ni yo mismo me entiendo. No soy como otros hombres. Tú y yo llevamos ya mucho tiempo juntos. ¿Por qué no esperar un poco? ¡Dame una oportunidad para ver si cambio! Quizá eso ocurra.

—¡Oh, sí, esperar! Cambiar. Quizá cambies. ¿Es que no he esperado? ¿Es que no me he pasado las noches de un lado para otro en la habitación cuando tú no estabas aquí? Que tenga paciencia contigo, ¡sí, sí! ¿Y quién está aquí para tener paciencia conmigo mientras se me rompe el corazón? ¡Oh, Dios! —añadió de repente con apasionamiento—. ¡Soy muy desgraciada! ¡Muy desgraciada! ¡Me duele el corazón! ¡Me duele!

Se agarró el pecho y salió de la habitación caminando con aquel paso vigoroso que una vez tanto le había gustado, y aún le gustaba. ¡Pero, ay! Ahora lo conmovió, pero sólo como uno de los aspectos de un mundo inestable y cruel. Salió de la habitación apresuradamente tras ella, y (al igual que durante el incidente de Rita Sohlberg) le pasó el brazo por la cintura, pero ella se liberó irritada.

—¡No, no! —exclamó—. Déjame en paz. Estoy cansada de esto.

—No estás siendo justa conmigo, Aileen —dijo haciendo ostentación de sus sentimientos y con total sinceridad—. Estás dejando que algo que pasó entre nosotros te ciegue por completo. Te doy mi palabra de que no te he sido infiel con Stephanie Platow ni con ninguna otra mujer. Quizá haya coqueteado un poco con ellas, pero eso no tiene importancia. ¿Por qué no puedes ser sensata? No soy tan malo como me pintas. Estoy trabajando en asuntos que te afectan a ti tanto como a mí, y a nuestro futuro. Sé sensata; sé generosa.

La discusión fue larga —con las acusaciones y los contraataques habituales—, pero finalmente, gracias al cansancio de su corazón, a las caricias de él y a lo irresoluble que era todo aquello, le permitió convencerla por el momento de que aún conservaba migajas de afecto por ella. A ella le dolían el alma y el corazón. Mientras intentaba calmarla, él mismo vio claramente que para hacerla creer que de verdad la amaba tendría que hacer un esfuerzo mucho mayor por entretenerla y consolarla, y que eso, tal como se sentía en aquel momento, y teniendo en cuenta su tendencia a la

promiscuidad, era prácticamente imposible. Podría arreglar una tregua provisionalmente, pero en vista de lo que ella esperaba de él —con su pasión y su egoísta individualidad—, iba a ser imposible. Él tendría que seguir adelante y ella tendría que abandonarlo si era necesario; pero él no podía pararse ni volver atrás. Era demasiado apasionado, demasiado vital, demasiado individualista y complejo como para pertenecer a una sola y única persona.

CAPÍTULO XXX

Obstáculos

Los impedimentos que pueden surgir para frustrar una carrera grande y prometedora son extraños y variados. En algunos casos, el nadador fuerte tiene que nadar a contracorriente para salvar todos los obstáculos de la vida. En el caso de otro tipo de personalidades, a veces la suerte o la fuerza se alían felizmente con ellos; o ellos, de manera inconsciente, se alían con ellas, y descubren que la propia marea los hace avanzar. ¿La voluntad divina? No necesariamente. Es algo que no se puede comprender. ¿Los ángeles de la guarda? Hay muchos que así lo creen, hasta llevarlos a la destrucción total (véase Macbeth^[1]). ¿Una tendencia inconsciente hacia lo que es correcto, hacia la virtud y el deber? Son enseñanzas de factura mortal. Nada está demostrado; todo está permitido.

No mucho después de que Cowperwood se hiciera con el control del West Side, por ejemplo, se produjo una contienda entre su sociedad y un ciudadano llamado Redmond Purdy —inversor, negociante inmobiliario y prestamista— que provocó gran conmoción en Chicago. Los túneles de las calles La Salle y Washington estaban ahora funcionando a pleno rendimiento, pero debido a la extensión de las zonas norte y sur del West Side, que requerían el cableado de Van Buren Street y de Blue Island Avenue, había necesidad de un tercer túnel al sur de Washington Street, preferiblemente en Van Buren Street, porque de ese modo se llegaría de manera más directa al corazón financiero. Cowperwood estaba dispuesto a construir el túnel y ansioso por hacerlo, aunque no sabía muy bien cómo iba a conseguir que la ciudad le concediera un derecho de paso bajo Van Buren Street, donde ahora colgaba un puente que soportaba un intenso tráfico. Había todo tipo de complicaciones. En primer lugar, había que conseguir el consentimiento del Departamento de Guerra en Washington para construir un túnel bajo el río. En segundo lugar, la excavación, si se realizaba directamente bajo el puente, podía resultar un auténtico engorro y podría requerir del cierre o de la eliminación del puente. Debido a la actitud crítica, por no decir hostil, de los periódicos, que desde que se le concedieran los túneles de La Salle y de Washington inspeccionaban con lupa cada uno de sus movimientos, Cowperwood decidió no solicitar privilegios a la ciudad en este caso, sino comprar los derechos de propiedad del terreno suficiente justo al norte del puente, donde podría realizarse la excavación del puente sin interferencias.

El terreno más apropiado para este propósito, una parcela de casi dos mil metros cuadrados que se encontraba algo separada de la ribera del río y que estaba ocupada por un edificio de apartamentos de siete plantas, era propiedad del anteriormente

mencionado Redmond Purdy, un tipo larguirucho, delgado, angular y sucio, que llevaba cuellos y puños de celuloide y que hablaba con entonación nasal.

Cowperwood hizo sus habituales propuestas a través de terceras partes supuestamente desinteresadas en un intento por asegurarse el terreno a un precio justo. Pero a Purdy, que era tacaño, avaro e incisivo como una trampa para ratones, le habían llegado rumores del proyecto para construir el puente y estaba dispuesto a obtener pingües beneficios. «No, no, no», decía una y otra vez cuando los representantes del señor Sylvester Toomey, el ubicuo administrador de fincas de Cowperwood, lo abordaban. «No quiero vender. Márchense.»

El señor Sylvester Toomey agotó por fin todos sus recursos y se quejó a Cowperwood, quien al instante echó mano de aquellos nobles faros que iluminaban las aguas oscuras y tormentosas, el general Van Sickle y el honorable Kent Barrows McKibben. El general estaba empezando a perder facultades y Cowperwood se planteaba jubilarlo, pero McKibben estaba en su mejor momento —petulante, atractivo, mortífero y relajado—. Tras hablarlo con el señor Toomey, regresaron a la oficina de Cowperwood con un plan prometedor. Habían convencido al honorable Nahum Dickensheets, uno de los jueces del Tribunal Estatal de Apelaciones y un hombre cuya relación con la estrella de Cowperwood ya venía de mucho tiempo atrás a través de métodos que no es necesario describir aquí, para que aportara sus extensos conocimientos técnicos durante esta emergencia. A sugerencia suya, se comenzaron al instante los trabajos de excavación para el túnel —primero al este, en el extremo de Franklin Street; y tras ocho meses de excavaciones, al oeste, en el extremo de Canal Street—. De hecho, se llegó a cavar un túnel a unos nueve metros de la parte trasera del edificio del señor Purdy —entre este y el río— mientras aquel caballero observaba esta desafiante jugada con mirada burlona. Estaba convencido de que cuando tuvieran necesidad de hacerse con su propiedad, las North y West Chicago Street Railways se verían obligadas a pagarle un ojo de la cara.

«Bueno, que me cuelguen», se decía con frecuencia porque no veía cómo iban a poder librarse de sus exigencias de dinero, aunque, aun así, se sentía extrañamente inquieto a veces. Finalmente, cuando para Cowperwood ya fue absolutamente necesario hacerse con aquella codiciada franja de terreno sin mayor dilación, mandó llamar a su ocupante, que fue a visitarlo con la agradable sensación de que tendría una conversación que le sería ventajosa; aquello debería valerle una pequeña fortuna.

—Señor Purdy —le dijo Cowperwood con gran desenvoltura—, tiene usted un trozo de terreno al otro lado del río y que yo necesito. ¿Por qué no me lo vende? ¿Podríamos arreglar esto ahora en términos amistosos?

Sonrió mientras Purdy lanzaba miradas astutas y lobunas a su alrededor, preguntándose cuánto podría esperar conseguir. El edificio, con todo su equipamiento interior, el terreno y todo lo demás, valía aproximadamente doscientos mil dólares.

—¿Por qué debería vender? El edificio es un buen edificio y a mí me resulta tan útil como podría resultárselo a usted. Estoy ganando dinero con él.

—Cierto —contestó Cowperwood—, pero yo estoy dispuesto a pagarle un precio justo por él. Se trata de un servicio público. Este túnel será algo positivo para el West Side y para los terrenos que pueda usted tener por aquella zona. Con lo que voy a pagarle, puede usted comprar más terrenos en aquel barrio, o en cualquier otro, y obtener buenos beneficios. Necesitamos hacer este túnel justo donde está, o no me molestaría en discutir con usted.

—De eso se trata —contestó Purdy con énfasis—. Usted se ha puesto a excavar el túnel sin consultarme, y ahora espera que yo me aparte de su camino. Bueno, pues no veo por qué tengo yo que irme de allí para complacerle.

—Pero voy a pagarle un precio justo.

—¿Cuánto va a pagarme?

—¿Cuánto quiere?

El señor Purdy se rascó la oreja de zorro que tenía.

—Un millón de dólares.

—¡Un millón de dólares! —exclamó Cowperwood—. ¿No le parece que eso es algo excesivo, señor Purdy?

—No —contestó Purdy con seriedad—. No es más de lo que vale.

Cowperwood suspiró.

—Lo siento —contestó meditabundo—, pero eso es demasiado. ¿No aceptaría trescientos mil dólares en efectivo ahora para dar el asunto por cerrado?

—Un millón —contestó Purdy, mirando el techo con seriedad.

—Muy bien, señor Purdy —contestó Cowperwood—. Lo siento mucho. Está claro que no podremos hacer negocios como yo había esperado. Estoy dispuesto a pagarle una suma razonable, pero lo que usted me pide es excesivo; ¡es absurdo! ¿Cree que quizá podría volver a pensarlo? Aún podemos mover el túnel.

—Un millón de dólares —dijo Purdy.

—No puede ser, señor Purdy. No vale ese dinero. ¿Por qué no intenta ser justo? Digamos trescientos veinticinco mil dólares en efectivo y le entregaría el cheque esta noche.

—No estaría dispuesto a aceptar una oferta suya de trescientos veinticinco mil dólares ni esta noche ni en ningún otro momento. Conozco mis derechos.

—Muy bien, entonces —contestó Cowperwood—, no puedo decirle más. Si no está dispuesto a vender, pues no está dispuesto a vender. Quizá cambie de opinión más adelante.

El señor Purdy se marchó y Cowperwood llamó a sus abogados e ingenieros. Un sábado por la tarde, una o dos semanas después, cuando el edificio ya había quedado desocupado, llegó un equipo de trescientos hombres con carros, picos, palas y cartuchos de dinamita. Cuando el sol se puso al día siguiente (que, al ser domingo, era un día festivo durante el que no había tribunales abiertos ni disponibles para emitir mandamientos judiciales), esta bonita estructura, propiedad del señor Redmond Purdy, había sido completamente arrasada y en su lugar apareció una gran

excavación. El caballero de los puños y los cuellos de celuloide se sintió, como es natural, tremendamente preocupado cuando le informaron aquel mismo domingo a las nueve de la mañana de que su edificio había desaparecido casi por completo. Aún quedaba en pie parte del muro cuando llegó, acalorado y nervioso, y llamó a la policía.

Pero, por extraño que parezca, esto le sirvió de poco, porque mostraron a los agentes un mandamiento judicial emitido por el tribunal de alta instancia que presidía el honorable Nahum Dickensheets, y que impedía interferir a todos sin excepción. (Más adelante, cuando otro tribunal exigió ver tan extraordinario documento, se descubrió que este había desaparecido; el argumento era que dicho documento nunca había existido o que nunca se había presentado.)

Los trabajos de demolición y excavación continuaron, y después comenzaron las entradas y salidas apresuradas de los abogados a los despachos de un juez afín detrás de otro. A la gente se le encendían las mejillas de furia, los ojos les echaban chispas y se quedaban sin aliento cuando se empezó a correr la voz de la enormidad de aquel delito. La ley es la ley. El procedimiento es el procedimiento, y no se puede emitir ni presentar ningún mandato judicial en día de fiesta cuando los tribunales no están abiertos. Sin embargo, a las tres de la tarde encontraron a un magistrado que consintió en emitir un mandato mediante el que se suspendía la comisión de un delito tan terrible. Pero para entonces, el edificio había desaparecido y la excavación había concluido. La West Chicago Street Railway Company ya sólo tenía que hacerse con un mandamiento que anulara el primer mandamiento, mediante el que rogaran que no se interfiriera con sus derechos, privilegios, libertades, etc., creando de este modo una disputa que terminaría poniendo el asunto en manos del Tribunal Estatal de Apelación, donde podría quedarse tranquilamente. Durante varios años, hubo numerosos mandatos, autos de casación, dudas, mociones de reconsideración, amenazas de llevar el asunto de los tribunales del estado a los tribunales federales amparándose en el derecho constitucional y cosas por el estilo. El asunto se resolvió finalmente fuera de los tribunales, porque para entonces, el señor Purdy se había vuelto bastante más sensato. Sin embargo, mientras tanto, los periódicos habían ido dando todo tipo de detalles del asunto, a los que siguieron un aluvión de críticas contra Cowperwood.

Pero aún más preocupante que el incidente con Redmond Purdy, fue la rivalidad de una nueva compañía de tranvías de Chicago. Surgió primero como una idea fruto de James Furnivale Woolsen, un joven decidido procedente del Oeste, de California, y se fue desarrollando gradualmente gracias al consentimiento y a las peticiones de dos tercios de los residentes de varias calles ubicadas en el extremo sudoeste de la ciudad, donde pretendían instalar la nueva línea. A este mismo James Furnivale Woolsen, al ser una persona ambiciosa, no iba a ser fácil reprimirlo. Aparte del consentimiento y de las peticiones, que Cowperwood no podía retirarle con facilidad, contaba con una nueva forma de tracción que se estaba ensayando ya en varias

ciudades más pequeñas —una forma de propulsión eléctrica realizada mediante un cable aéreo y un trole móvil^[2], de la que se decía que era muy económica y que ofrecía mejor servicio que los cables y que era incluso más barato que los caballos.

Cowperwood ya se había informado de todo lo referente a este nuevo sistema eléctrico hacía algún tiempo, y lo había estado estudiando durante varios años con el mayor interés, puesto que prometía revolucionar todo el negocio de los tranvías. Sin embargo, como hacía muy poco que había terminado de instalar su excelente sistema por cable, no le parecía que fuera aconsejable tirarlo a la basura. El trole era aún demasiado novedoso, y desde luego no era aconsejable que nadie lo introdujera en Chicago hasta que él mismo estuviera en condiciones de hacerlo —primero en sus líneas secundarias de las afueras, pensó, y quizá después de manera general.

Pero antes de que pudiera tomar las medidas oportunas contra Woolsen, aquel joven y encantador advenedizo, que poseía una potente imaginación y un pico de oro, este se había aliado con inversores tan interesados como Truman Leslie MacDonald, que vio aquí una oportunidad caída del cielo para castigar a Cowperwood, y Jordan Jules, que había sido presidente de la North Chicago Gas Company y que había perdido dinero por culpa de Cowperwood durante la guerra del gas. Dos de los mejores instrumentos que nadie hubiera podido imaginar para agujinear a un hombre al que consideraban su enemigo —Truman Leslie, con sus ojos oscuros, irascibles, desconfiados y celosos, y su cuerpo delgado y vital; y Jordan Jules, bajo, corpulento y rubio, al que los manojos de pelo fino y aceitoso de aspecto nauseabundo le caían por encima del cuello del abrigo; además, la frente y la coronilla, completamente calva, le relucían, y sus ojos azules tenían una mirada escrutadora y vengativa—. Ellos, a su vez, introdujeron a Samuel Blackman, que había sido presidente de la South Side Gas Company; a Sunderland Sledd, que se había hecho un nombre gracias a la gestión de los ferrocarriles locales y a la inversión en acciones; y a Norrie Simms, presidente de la Douglas Trust Company, que, sin embargo, era poco más que un agente fiscal. La impresión general era que las tácticas defensivas de Cowperwood, que consistían en conseguir que el concejo se negara a actuar, serían fácilmente salvables.

—Creo que eso es algo que podremos arreglar pronto —exclamó el joven MacDonald una mañana en una de las reuniones—. Creo que con un poco de publicidad lograremos ponerlos al descubierto.

Apeló a su padre, el editor del *Inquirer*, pero este último se negó a actuar por el momento, al ver que su hijo mostraba interés. MacDonald, furioso ante la actitud pasiva del concejo, se presentó en aquella institución exigiendo al concejal Dowling, que seguía siendo el presidente, explicaciones de por qué el asunto de las ordenanzas generales de Chicago seguía sin ser tratado. El señor Dowling, un hombre grande, sensiblero y plácido, con los ojos azules, una constitución de hierro y una sonrisa carnosa, se dignó a informarle de que, aunque él era el presidente del comité de las calles y callejones, no sabía nada al respecto. «Últimamente no he prestado mucha

atención a ningún asunto», le contestó.

El señor MacDonald fue a ver a los restantes miembros de este mismo comité y todos se mostraron evasivos. Tendrían que investigar el asunto. Y alguien arguyó que había un defecto en las peticiones.

Estaba claro que aquello olía a corrupción. Y sin duda, Cowperwood sería el responsable. MacDonald se reunió con Blackman y con Jordan Jules, y decidieron que tendrían que hostigar al concejo para que cumpliera con su deber. Se trataba de una iniciativa legítima. Le estaban negando a la ciudad el disfrute de un nuevo y mejor sistema de tracción. Schryhart, al que le habían ofrecido una participación y que tenía muchas posibilidades de llegar a dominar aquella nueva empresa, estuvo de acuerdo en que había que dar curso a las ordenanzas. Como consecuencia de todo esto, se volvió a producir una gran algarabía en los periódicos.

A través del *Chronicle* de Schryhart, de los periódicos de Hyssop y de Merrill, y del *Inquirer*, se hizo hincapié en que aquella situación era intolerable. Si el partido dominante, bajo la presión de un personaje tan siniestro como Cowperwood, iba a paralizar cualquier legislación sobre tracción que le fuera ajena, sólo quedaría una solución: apelar a los votantes de la ciudad para que desalojaran a aquellos granujas. Ningún partido lograría sobrevivir a un historial de fraudes y engaños financieros. McKenty, Dowling, Cowperwood y otros fueron descritos como irrazonables obstruccionistas y su influencia, como degradante. Pero Cowperwood se limitó a sonreír. No eran más que los aullidos del enemigo. Más adelante, cuando el joven MacDonald amenazó con emprender acciones legales para obligar al concejo a cumplir con su deber, Cowperwood y sus asociados ya no se mostraron tan alegres. Un recurso de amparo, aunque resultara inútil, ofrecería a los periódicos una gran oportunidad de hacer ruido, con el agravante de que faltaba poco para que hubiera elecciones municipales. Sin embargo, McKenty y Cowperwood no estaban en modo alguno indefensos. Tenían oficinas, empleos, fondos, un sistema de partido bien organizado, y contaban con las tabernas, los tugurios y aquellas cámaras oscuras en los que a altas horas se cuecen los fraudes electorales fuera de todo control.

¿Tomaba parte Cowperwood personalmente en todo esto? En absoluto. ¿Y McKenty? No. Ellos, vestidos de buen *tweed* y elegantes camisas, se reunían a menudo en las oficinas de la Chicago Trust Company, en la oficina del presidente de la North Chicago Street Railway System y en la biblioteca del señor Cowperwood, donde nunca tenían lugar oscuras escenas. De todas formas, cuando llegó el momento, la combinación editorial Schryhart-Simms-MacDonald no ganó y el partido del señor McKenty obtuvo los votos. Es verdad que unos cuantos de los concejales más flagrantemente corruptos sí resultaron derrotados; pero, ¿qué más da un concejal aquí o allá? A los que acababan de ser elegidos podrían sobornarlos o convencerlos fácilmente, a pesar de sus promesas y sus compromisos electorales. De modo que los elementos contrarios a Cowperwood volvían a estar en el mismo sitio que antes, pero el sentimiento contrario a él era mucho más fuerte, y en la opinión

pública en general se había generado la impresión de que algo no estaba del todo claro en el método de control de los tranvías que Cowperwood ejercía.

CAPÍTULO XXXI

Desafortunadas revelaciones

Coincidente con este alboroto público y con todo lo que se oyó al respecto fue el descubrimiento por parte del editor Haguenin de la relación de Cowperwood con Cecily. No tuvo lugar a través de Aileen, que ya no sentía deseos de oponerse a Cowperwood en este asunto, sino a través del redactor de sociedad de Haguenin quien, al oír rumores que habían surgido de sabe Dios dónde en los ambientes de la alta sociedad, le había expuesto el asunto directamente a Haguenin, un hombre que, a pesar de dedicarse al periodismo, carecía de la suficiente mundanidad como para creérselo. Cowperwood era un tipo hábil y materialista. Había oído decir muchas cosas sobre él —sobre su pasado—, pero le parecía que gozaba de tal posición en Chicago en aquel momento como para excluir insignificantes enredos amorosos como aquel. Aun así, al estar el nombre de su hija en entredicho, abordó el asunto con Cecily, que terminó confesando ante la presión. Ella hizo el típico alegato de que era mayor de edad y de que quería vivir su propia vida —una idea que en gran medida había tomado de la actitud de Cowperwood—. Haguenin no hizo nada al respecto en un principio y pensó en enviar a Cecily a Nebraska a casa de una tía; pero, como ella se mostrara intratable, y temiendo que Cowperwood, quien, por cierto, le había endosado efectos negociables por valor de cien mil dólares, la aconsejara de otro modo o tomara algún tipo de represalia, decidió discutir el asunto primero. Esto supondría un cese de relaciones y un inoportuno reajuste financiero, pero no había más remedio. Estaba a punto de visitar a Cowperwood cuando este último, que aún desconocía los últimos acontecimientos referentes a Cecily, y que quería discutir con Haguenin alguna modificación de sus planes relativos al concejo, lo llamó por teléfono para invitarlo a almorzar. Haguenin estaba muy sorprendido, pero, en cierto modo, se sintió aliviado.

—Estoy ocupado —le dijo con tono apagado—, pero ¿no podría pasar por mi oficina a lo largo del día? Hay algo de lo que me gustaría hablar con usted.

Cowperwood, imaginando que se trataría de algún asunto referente al periódico o a algún acontecimiento imprevisto de la política local que quizá le resultara de interés, fijó la cita para poco después de las cuatro. Condujo hasta la oficina del editor, que se encontraba en el edificio del *Press*, y allí lo recibió un hombre grave y casi abatido.

—Señor Cowperwood —comenzó Haguenin cuando entró el financiero, elegante y arreglado, y con su habitual aire de cordial suficiencia escrito en la cara—, hace ya unos catorce años que lo conozco, y durante este tiempo sólo le he demostrado

cortesía y buena voluntad. Es cierto que hace muy poco que usted me ha hecho varios favores financieros, pero eran debidos más que nada, pensaba yo, a la sincera amistad que usted me profesaba. De manera totalmente accidental, me he enterado de la relación que existe entre usted y mi hija. He hablado recientemente con ella y ha admitido todo lo que yo necesitaba saber. Me parece que el sentido más elemental de la decencia le debería haber dictado que dejara a mi hija fuera de la lista de las mujeres a las que usted ha deshonrado. Como no ha sido así, lo único que deseo decirle es —y aquí el rostro del señor Haguenin palideció y mostró una expresión tensa— que la relación entre usted y yo ha llegado a su fin. Tomaré otras disposiciones lo antes posible con respecto a los cien mil dólares que me ha endosado, y espero que me devuelva las acciones correspondientes a estos efectos y que usted tiene como garantía. Otro tipo de hombre, señor Cowperwood, quizá intentara perjudicarlo de otro modo. Supongo que usted no tiene hijos, y si los tiene, carece de instinto paternal; de otro modo, no habría podido herirme de esta manera. Creo que vivirá usted lo suficiente como para darse cuenta de que esta forma de actuar no le beneficiará en Chicago ni en ninguna otra parte.

Haguenin le dio la espalda despacio para dirigirse hacia su mesa. Cowperwood, que lo había escuchado pacientemente y con mucha atención, pero como quien oye llover, se limitó a decir:

—Parece que no tenemos puntos en común en cuanto a nuestra manera de pensar, señor Haguenin, de forma que pudiéramos llegar a un entendimiento en este asunto. Usted no entiende mi punto de vista y a mí me resultaría del todo imposible adoptar el suyo. Sin embargo, y siguiendo sus deseos, le devolveré las acciones a la recepción del endoso. No puedo decirle más.

Se dio la vuelta y salió sin mostrar preocupación, aunque iba pensando que era una lástima perder el apoyo de un hombre tan respetable como aquel, pero también que podría arreglárselas sin él. Era una estupidez que los padres insistieran en que sus hijas fueran como ellas no deseaban ser.

Haguenin se quedó de pie junto a su mesa una vez que Cowperwood se hubo marchado, preguntándose de dónde iba a sacar cien mil dólares en poco tiempo, y también qué era lo que debería hacer para conseguir que su hija se diera cuenta del error que estaba cometiendo comportándose así. Se había llevado un golpe que no se esperaba, pensó, en la casa de un amigo. Se le ocurrió que quizá Walter Melville Hyssop, que estaba teniendo un éxito tremendo con sus dos periódicos, acudiera a su rescate y que él podría devolverle el dinero más adelante cuando el *Press* gozara de mayor prosperidad. Se fue a su casa absorto en su dilema sobre la vida y la casualidad, mientras que Cowperwood fue a la Chicago Trust Company a reunirse con Videra y más tarde a su casa a pensar cómo iba a compensar aquella pérdida. Cómo se encontrara Cecily Haguenin o lo que pudiera sucederle no era para él tan importante como otras muchas cosas que tenía en la cabeza en aquel momento.

Eran muchísimo más importantes sus reflexiones con respecto a la relación que se

había aventurado a establecer hacía poco con la señora de Hosmer Hand, un importante inversor y financiero. Hand era una persona sólida, flemática y muy reflexiva que había perdido a su primera esposa, a la que había sido sumamente fiel, unos años antes. Después de eso, había sido un especulador solitario durante unos años, que se había dedicado a atender sus numerosos negocios; pero al final, y debido a su enorme riqueza, su aspecto presentable y su posición social, la señora Jessie Drew Barrett había conseguido atraparlo gracias a sus constantes atenciones sociales para que se casara con su hija Caroline, una joven saltarina y deslumbrante que además era inteligente, aguda, calculadora y tremendamente alegre. Como tenía ambiciones sociales y no muchos sentimientos, los millones de Hand y la certeza de lo ventajosa que sería su situación en el caso de que él muriera, le habían permitido pasar por alto fácilmente su figura pesada y poco juvenil, para verlo a la luz de una enamorada. Se produjeron críticas, por supuesto. A Hand se le consideró una víctima, y a Caroline y a su madre las tildaron de lagartas intrigantes, pero como el rico financiero había caído de cabeza en la trampa, a los amigos y futuros satélites no les quedó más remedio que ser corteses, y eso es lo que eran. La señora Hand empezó a dar fiestas en su casa, a ofrecer tes, veladas musicales y recepciones de forma derrochadora.

Cowperwood no había coincidido nunca con ella ni con su marido hasta bien iniciada su aventura de los tranvías. Como necesitaba doscientos cincuenta mil dólares rápidamente y la Chicago Trust Company, el Lake City Bank y otras instituciones ya tenían gran cantidad de sus valores, en un momento de inspiración, decidió dirigirse a Hand. Cowperwood siempre era un buen prestatario. Tenía grandes cantidades de efectos en movimiento. Así era como se presentaba con frecuencia a los hombres poderosos, obteniendo préstamos a corto o largo plazo a tipos de interés altos o bajos, según fuera el caso, y a veces se encontraba con alguien con el que pudiera terminar trabajando o a quien pudiera utilizar. En el caso de Hand, aunque este último aparentemente pertenecía al campo enemigo —el grupo de Schryhart-Union-Gas-Douglas-Trust-Company—, Cowperwood no dudó en recurrir a él. Deseaba vencer o adelantarse a cualquier impresión desfavorable. Aunque Hand, un hombre solemne de natural astuto pero honesto, había oído muchos rumores desfavorables, tenía tendencia a ser justo y a pensar bien. Quizá Cowperwood fuera simplemente víctima de la envidia de sus rivales.

Cuando este último lo visitó por primera vez en su oficina del Rookery Building^[1], fue de lo más cordial.

—Pase, señor Cowperwood —le dijo—. He oído hablar mucho de usted a unos y otros, y sobre todo en los periódicos. ¿Qué puedo hacer por usted?

Cowperwood le mostró acciones del West Chicago Street Railway por valor de quinientos mil dólares.

—Quiero saber si podría tener doscientos cincuenta mil dólares usando estas como garantía mañana por la mañana.

Hand, un hombre plácido, miró las acciones tranquilamente.

—¿Qué problema tiene con su banco? —Se refería a la Chicago Trust Company—. ¿No se puede hacer cargo de esto?

—Ahora mismo los tengo cargados con otro montón de cosas mías —sonrió Cowperwood intentando congraciarse.

—Bueno, si creyera todo lo que dicen los periódicos, concluiría que va usted a arruinar los tranvías, o a Chicago o a usted mismo; pero yo no me guío por lo que dicen los periódicos. ¿Durante cuánto tiempo lo quiere?

—Seis meses, quizá. Un año, si lo prefiere.

Hand le dio la vuelta a los valores y miró los sellos dorados.

—Por valor de quinientos mil dólares y al seis por ciento. Acciones preferentes de la West Chicago —comentó—. ¿Está usted ganando un seis por ciento?

—Ahora mismo estamos ganando un ocho. Llegará el día en el que estas acciones se venderán a doscientos dólares y dejarán un doce por ciento.

—¿Y ha cuadruplicado usted la emisión de la vieja compañía? Bueno, Chicago está creciendo. Déjemelas aquí hasta mañana o tráigalas de nuevo. Mande a alguien o llámeme por teléfono y ya le diré.

Hablaron un rato más sobre tranvías y asuntos de la compañía. Hand quería saber algo referente a unos terrenos de la West Chicago —una zona adyacente a Ravenswood—, y Cowperwood le aconsejó lo mejor que pudo.

Al día siguiente lo telefoneó y las acciones, según le informó Hand, eran válidas. Le enviaría un cheque. Y así fue como comenzó una tímida amistad que duró hasta que se consumó la relación entre Cowperwood y la señora Hand y fue luego descubierta.

En Caroline Barrett, como ella ocasionalmente prefería firmar, Cowperwood encontró a una mujer tan inquieta y voluble como él mismo, aunque no tan inteligente. Con grandes ambiciones sociales, era cualquier cosa menos convencional y no amaba a Hand. Una vez casada, había previsto compensarse en parte llevando una vida lo más animada posible. La aventura con Cowperwood había comenzado en una cena en la magnífica residencia que Hand tenía en North Shore Drive con vistas al lago. Cowperwood había acudido allí para hablar de ciertos asuntos de Chicago con su esposo. A la señora Hand le produjo excitación pensar en la reputación subida de tono de Cowperwood. Era una mujer de escasa estatura, con los dientes resplandecientemente blancos, los labios rojos, que ella no dudaba en maquillarse de cuando en cuando, el pelo castaño y unos ojos marrones y pequeños en los que había un brillo desafiante, alegre y penetrante; hacía grandes esfuerzos por resultar interesante, inteligente y ocurrente, y lo conseguía.

—Su reputación le precede, Frank Cowperwood —exclamó ella, extendiéndole una manita pequeña, blanca y enjoyada. Llevaba el extremo de las uñas donde se unen a la carne teñido con alheña, y las palmas de un tono ligeramente rojizo. Los ojos le centelleaban y le resplandecían los dientes—. Casi no se puede leer de otra

cosa en los periódicos de Chicago.

Cowperwood le respondió con su sonrisa más encantadora e irresistible.

—Estoy encantado de conocerla, señora Hand. Yo también he leído cosas sobre usted, y espero que no crea todo lo que dicen de mí los periódicos.

—Aunque lo hiciera, eso no lo menoscabaría en mi estima. Todos los que hacen algo dan que hablar en estos tiempos.

Cowperwood, deseoso de contar con los servicios de Hand, estaba en su plenitud. Mantuvo la conversación dentro de la línea más convencional, pero mientras tanto, no dejó de intercambiar sonrisas secretas con la señora Hand que pasaron desapercibidas a los demás, dándose cuenta al instante de que se había casado con Hand por su dinero, y de que estaba dispuesta a pasárselo bien de todos modos, a pesar de estar sometida a cierta vigilancia provocada por los celos. Los que se saben vigilados y sienten deseos de escapar poseen una especie de ansia que les proporciona un brillo especial cuando se encuentran ante la oportunidad de liberarse. Y la señora Hand lo tenía. Cowperwood, un maestro consumado en asuntos femeninos, estudió sus manos, su pelo, sus ojos y su sonrisa. Tras contemplarla un rato decidió que, dadas las circunstancias, la señora Hand le serviría, y que él podría llegar a sentir interés por ella si ella se interesaba lo suficiente por él. Sus sonrisas y la expresión de sus ojos y el color acentuado de sus mejillas le indicaron, pasado un rato, que así era.

Cuando se lo encontró en la calle no mucho después de su primer encuentro le dijo que iba a visitar a unos amigos a Oconomowoc en Wisconsin.

—Supongo que nunca va usted tan al norte en verano, ¿verdad? —le preguntó con cierta afectación y sonrió.

—Nunca lo he hecho —contestó—; pero nunca se sabe lo que podría llegar a hacer si me tentaran. Supongo que usted monta y hace piragüismo, ¿verdad?

—Oh, sí. Y también juego al tenis y al golf.

—Pero, ¿dónde podría quedarse un simple ocioso como yo?

—Oh, hay varios hoteles buenos. Nunca hay problemas con eso. Supongo que usted también monta, ¿no?

—Más o menos —contestó Cowperwood, que era un jinete experto.

Seamos testigos entonces del encuentro casual a caballo un domingo por la mañana temprano en las coloridas colinas de Wisconsin de Frank Algernon Cowperwood y Caroline Hand. Una desenfadada carrera a medio galope uno al lado del otro; una frívola conversación sobre otras personas, el paisaje y las comodidades; las habituales sugerencias directas de él y sus galanteos, y luego, posteriormente, el día del juicio final, si pudiéramos llamarlo así, fue más adelante.

Caroline Hand quizá fuera excesivamente imprudente. Admiraba enormemente a Cowperwood aunque sin llegar realmente a amarlo. A él, ella le resultaba interesante, fundamentalmente porque era joven, desenfadada e independiente —un nuevo tipo de mujer—. Al cabo de un tiempo se encontraron en Chicago en lugar de en Wisconsin, después en Detroit (donde ella tenía amigos), luego en Rockford, donde se había

mudado una de sus hermanas. A él le resultaba fácil, al disponer de tiempo y de medios. Finalmente, Duane Kingsland, mayorista de harinas, religioso, moral y convencional, que conocía a Cowperwood y su reputación, se encontró con él y con la señora Hand por primera vez cerca de Oconomowoc un día de verano, y más adelante, en Randolph Street, cerca del piso de soltero de Cowperwood. Siendo el tipo de hombre que era, y como conocía bien al viejo Hand, pensó que era su deber preguntarle a este último si su esposa tenía una relación íntima con Cowperwood. En el hogar de los Hand se produjo una explosión. Cuando el señor Hand confrontó a su esposa, la señora Hand por supuesto negó que hubiera ocurrido nada inapropiado entre ella y Cowperwood. Su esposo, entrado en años, no lo creyó, debido a cierta reveladora excitación y al resentimiento que percibió en su actitud. Primero pensó en confrontar a Cowperwood, pero al tratarse de una persona práctica y sólida, finalmente decidió romper todas sus relaciones comerciales y enfrentarse a él de otra manera. La señora Hand fue sometida a una estrecha vigilancia y una sirvienta a la que habían sobornado descubrió una antigua nota que ella le había escrito a Cowperwood. El intento de persuadirla para que se marchara a Europa —como el viejo Butler había intentado hacer con Aileen años atrás— levantó una tormenta de protestas, pero ella se marchó. Hand pasó de mantener una actitud neutral, si no amistosa, a convertirse en el más peligroso y contundente de todos los enemigos que Cowperwood tenía en Chicago. Era un hombre poderoso y su cólera no tenía límite. Ahora consideraba a Cowperwood un hombre siniestro y peligroso —uno del que a Chicago le vendría bien librarse.

CAPÍTULO XXXII

Una cena con invitados

Desde que Cowperwood dejara más o menos sola a Aileen, no hubo dos individuos que le fueran más fieles en sus atenciones que Taylor Lord y Kent McKibben. Ambos le tenían aprecio y tanto su físico como su temperamento les resultaban atractivos, pero al tener obligaciones hacia el magnate por los muchos favores que le debían, se mostraban extremadamente circunspectos en su actitud hacia ella, particularmente durante aquellos primeros años en los que sabían que Cowperwood la amaba intensamente. Pero más adelante, ya no fueron tan cuidadosos.

Fue durante este último periodo cuando Aileen comenzó gradualmente, gracias a estos dos hombres, a participar de la forma de vida de un mundillo que no era del todo aburrido. En todas las grandes ciudades hay una especie de mundillo social en el que se reúnen los artistas y los más atrevidos e inquietos de entre aquellos que no cumplen con las convenciones sociales para intercambiar cosas que no podrían considerarse parte de la cortesía y normas de la sociedad. Se trata del antiquísimo mundo bohemio, al que recurren los «descarriados» por capricho de dedicarse a la escena, a los salones y a las escuelas de todo tipo de actividades artísticas que les puedan resultar interesantes o peculiares. Había una serie de estudios en Chicago, como los de Lane Cross y Rhees Grier, donde se podían encontrar estos pequeños círculos. Rhees Grier, por ejemplo, que no era más que un artista de salón, con todos los aires, convenciones y la adaptabilidad social de la tribu, tenía bastantes seguidores. Hasta allí y a otros sitios, por turnos, condujeron Taylor Lord y Kent McKibben a Aileen, previa petición y obtención del permiso pertinente para ser atentos con ella cuando Cowperwood estuviera fuera.

Entre los amigos de estos dos en aquellos momentos se encontraba un tal Polk Lynde, un interesante personaje de la alta sociedad, cuyo padre era propietario de una inmensa fábrica de segadoras, y que pasaba el tiempo ocioso, yendo a las carreras, en la mesa de juego o haciendo vida social —cualquier cosa, en resumen, que se le pasara por la cabeza hacer—. Era alto, moreno, atlético, erguido y musculoso, y tenía un bigotito oscuro, los ojos oscuros, casi negros, el pelo negro y ondulado, y un porte distinguido y casi militar —que siempre vestía con aquello que mejor le sentaba—. Era un hábil donjuán, que se enorgullecía de no hacer alarde de sus conquistas. Aunque con una sola mirada, dirigida por alguien que entendiera algo, era suficiente para que todo estuviera dicho. Aileen lo vio por primera vez durante una visita al estudio de Rhees Grier. Aunque en esta ocasión se lo presentaron de una manera muy

casual, ella fue plenamente consciente de que acababa de encontrarse con un hombre fascinante, y de que él la miraba con expresión amable y ávida. En aquel momento, lo rehuyó porque le pareció que su forma de mirarla fijamente era quizá demasiado descarada, lo que no evitó que su aspecto le resultara de lo más atractivo. Pertenecía a ese mundo elegante que ella admiraba tanto, y del que, al parecer, ahora ya había quedado excluida sin remedio. Su aire elegante y esmerado le presentaba al fin al tipo de hombre, aparte de Cowperwood, al que ella le gustaría tener como admirador, dentro de unos límites. Si decidiera ser «mala», como ella lo habría expresado para sí, sería «mala» con un hombre como este. Él sería encantador y persuasivo, pero al mismo tiempo, sería fuerte, directo y deliciosamente brutal, como su Frank. También tenía algo que Cowperwood no podía tener, y era un cierto aire de sociedad, el pavoneo que procedía de la ociosidad, de una vida de haraganería, de su sentimiento de superioridad social y de seguridad —esa despreocupación que poco tiene en cuenta los deseos o los caprichos de otras personas.

Cuando lo volvió a ver, lo que ocurrió varias semanas después en una fiesta que dieron los Courtney Tabor, amigos de Lord, exclamó:

—¡Ah, sí! ¡Vaya! Usted es la señora Cowperwood que conocí hace varias semanas en el estudio de Rhees Grier. No la he olvidado. He creído verla por todo Chicago. Taylor Lord nos presentó. ¡Es usted una belleza!

Él se inclinó hacia ella, acercándose para admirarla con aire juguetón y con la intención de halagarla.

Aileen se dio cuenta de que para ser tan temprano aún, y teniendo en cuenta la cantidad de gente que había, se mostraba curiosamente entusiasta. La verdad era que debido a las varias rondas que se había tomado en otro sitio se podría decir que ya había bebido demasiado. Tenía la mirada ardiente, la tez cobriza, y una actitud fanfarrona, temeraria y juerguista. Esto la hizo mostrarse cauta, pero eso no impedía que le gustara su rostro moreno y terso, su bonita boca y sus rizos apretados y jovianos^[1]. Su cumplido no había sido del todo impropio, pero aun así, ella intentó evitarlo con coquetería. —Ven aquí, Polk, hay una vieja amiga tuya —Sadie Boutwell — que quiere verte otra vez —le dijo alguien, cogiéndolo del brazo.

—Ah, no —exclamó afablemente, y al mismo tiempo con cierto resentimiento; ese resentimiento inconexo que puede llegar a sentir un hombre que ha bebido quizá demasiado cuando lo interrumpen—. No me he paseado por todo Chicago pensando en una mujer que he visto en alguna parte, como para que alguien me aleje de ella la primera vez que me la encuentro. Primero voy a hablar con ella.

Aileen se rio.

—Es encantador por su parte, pero ya volveremos a encontrarnos, quizá. Además, hay alguien aquí... —Lord intentaba con mucho tacto dirigir la atención de ella hacia otra mujer. Rhees Grier y McKibben, que también estaban presentes, acudieron en su ayuda. En mitad del barullo que se creó, consiguieron rescatar a Aileen por el momento, y Lynde se marchó discretamente. Pero se habían vuelto a encontrar, y no

sería la última vez. Tras este segundo encuentro, Lynde lo pensó con bastante detenimiento, y decidió que debía dar un paso decisivo para que su relación con Aileen se volviera más íntima. Aunque no era tan joven como otras, encajaba con precisión con sus actuales intereses. Era físicamente exuberante —voluptuosa y sensible—. No pertenecía exactamente a su mundo, pero eso ¿qué más daba? Era la esposa de un financiero eminente que había llegado a formar parte de la sociedad, y ella misma tenía un historial sorprendente. Estaba seguro. Podría ganársela si se lo proponía, y le resultaría fácil, conociéndola como la conocía, y sabiendo las cosas que sabía sobre ella.

De modo que no mucho tiempo después, Lynde se aventuró a invitarla, junto con Lord, McKibben, el señor y la señora de Rhees Grier y a una joven amiga de la señora Grier, bastante atractiva, llamada señorita Chrystobel Lanman, al teatro y a una cena. El programa incluía asistir a una comedia muy de moda en Hooley's^[2], después cenar en el Richelieu^[3] y, por último, una visita a una exclusiva sala de juego que entonces florecía en el South Side —lugar de reunión de actores, jugadores de la alta sociedad y gente por el estilo—, donde se podía jugar a la ruleta, al treinta y cuarenta, al bacarrá y al honesto juego del póker, por no mencionar otros y diversos juegos de azar, en un ambiente excesivamente rebuscado.

La reunión era alegre, especialmente tras haberse trasladado al Richelieu, donde les sirvieron platos especiales de pollo y langosta y un cubo de champán. Más tarde, en el Alcott Club, como se llamaba el salón de juego, a Aileen, según Lynde, le iban a enseñar a jugar al bacarrá, al póker y a cualquier otro juego que ella deseara.

—Usted siga mi consejo, señora Cowperwood —le dijo él con jovialidad durante la cena. Al ser el anfitrión, la había sentado entre él mismo y McKibben—, y yo le enseñaré a recuperar su dinero. Y eso es más de lo que pueden hacer otros —añadió, animoso, recordándole a McKibben con la mirada que recientemente, cuando ambos salieron con amigos, este último los había aconsejado reiteradamente y al final no había salido bien.

—¿Ha estado jugando, Kent? —preguntó Aileen volviéndose hacia su viejo mentor y amigo con cierta malicia.

—No, sinceramente puedo decir que no lo he hecho —contestó McKibben, con una afable sonrisa—. Quizá llegara a creer que estaba jugando, pero debo admitir que no sé hacerlo. Pero aquí, Polk, gana continuamente, ¿a que sí, Polk? Simplemente, sígalo.

El rostro de Lynde se iluminó con una sonrisa irónica ante este comentario, porque en ciertos ambientes se sabía que había llegado a perder hasta diez e incluso quince mil dólares en una noche. También se sabía que había ganado veinticinco mil dólares una vez al bacarrá en una partida que duró toda la noche y todo el día siguiente, y que después los perdió.

Lynde llevaba toda la noche lanzando miradas penetrantes y llenas de intención a los ojos de Aileen. Ella no podía evitarlo, y tampoco sentía que le apeteciera hacerlo.

Era encantador. En el teatro, le había estado hablando la mitad del tiempo, sin que aparentemente se estuviera dirigiendo a ella, y sin ni siquiera mirarla. Aileen sabía muy bien lo que él estaba pensando. A veces, igual que le ocurriera en la época en la que conoció a Cowperwood, sentía una involuntaria excitación que le corría por la sangre y se le iluminaban los ojos. Era posible que pudiera llegar a amar a un hombre como este, aunque le resultaría difícil. A Cowperwood le estaría bien empleado por no ocuparse de ella. Pero, incluso ahora, la sombra de Cowperwood la perseguía, aunque también sentía el deseo de tener amor y una vida sexual plena.

Las salas de juego estaban atestadas de gente que mostraba gran interés y que era bastante elegante —actores, actrices, miembros de los clubes, una o dos mujeres emancipadas de la alta sociedad de la ciudad y unos cuantos jugadores jóvenes de aspecto más o menos distinguido—. Tanto Lord como McKibben empezaron por sugerirles a sus protegidos números de columnas para sus primeros juegos, mientras que Lynde se inclinaba acariciadoramente sobre los hombros empolvados de Aileen.

—Déjeme que ponga esto en el cuatro de la primera columna por usted —le sugirió, lanzando una moneda de oro de veinte dólares.

—Pero, que sea de mi propio dinero —se quejó Aileen—. Quiero jugar con mi dinero. Si no lo hago así, no sentiré que sea mío.

—Muy bien, pero ahora mismo no puede. No puede jugar con billetes. —Ella estaba sacando un fajo de billetes nuevos de su bolso—. Tendré que cambiárselos luego por monedas de oro. Podrá pagarme entonces. Va a parar las apuestas ya, de todos modos. ¿Ve? Acaba de hacerlo. Espere un momento. Puede que gane. —Y se interrumpió para mirar fijamente cómo la bolita giraba y giraba por encima de las casillas.

—Veamos. ¿Cuánto conseguiré si gano con el cuatro de la primera columna? —Ella intentaba recordar sus experiencias en el extranjero.

—Diez a uno —le contestó Lynde—, pero no lo ha conseguido. Probemos suerte una vez más. Sale de vez en cuando; una cada diez o doce veces. Yo lo he hecho con frecuencia al empezar a jugar. ¿Cuánto hace que no sale el cuatro? —le preguntó a un vecino de mesa al que reconoció.

—Creo que siete, Polk. Seis o siete. ¿Cómo te va?

—Así, así. —Se volvió de nuevo hacia Aileen—. Debería salir pronto. Tengo como regla doblar la apuesta cada vez, así se recupera todo lo perdido en un momento u otro. —Y puso dos monedas de veinte.

—¡Dios mío! —exclamó ella—. ¡Eso serán doscientos dólares! Se me había olvidado.

Y entonces llamaron para que cesaran las apuestas, y Aileen dirigió su atención a la bola, que daba vueltas sin parar de manera vertiginosa hasta que se detuvo.

—Ha perdido otra vez —dijo Lynde—. Bueno, pues ahora que sean ochenta —dijo lanzando cuatro de veinte—. Y sólo por probar suerte pondremos algo también en el treinta y seis, en el trece y en el nueve. —Con actitud desenvuelta puso cien dólares

en monedas de oro sobre cada número.

A Aileen le gustaba su actitud. Se parecía a la de Frank. Lynde tenía el ánimo imperturbable del jugador temerario. Su padre, que sabía cuál era su temperamento, le había fijado una suma considerable que le pagaban anualmente. Ella reconoció en él el mismo espíritu aventurero de Cowperwood, aunque en su caso se manifestaba de manera diferente. Lynde quizá estuviera destinado a tener un final sorprendente y peligroso, pero, ¿eso qué más daba? Era un caballero. Gozaba de una posición segura en la vida. Eso era algo que Aileen siempre había pensado en secreto y con tristeza. Ella nunca la había tenido, y quizá ya nunca la tuviera.

—Oh, ya estoy empezando a jugar mal —dijo como si tal cosa, volviendo a su antiguo hábito de la niñez de hacer palmas con las manos—. ¿Cuánto ganaré si gano? —El gesto llamó la atención incluso mientras caía la bola.

—¡Vaya, lo has conseguido! —exclamó Lynde, que estaba observando al crupier—. Ochocientos, doscientos, doscientos —contaba para sí—, pero perdemos trece. Muy bien; con esto vamos ganando mil, descontando lo que apostamos. Muy bien para empezar, ¿no le parece? Y ahora, si me acepta el consejo, no juegue al cuatro de la primera columna durante un rato. Quizá pueda doblar en el trece —antes perdió a ese — y jugar siguiendo la fórmula de Bates^[4]. Le enseñaré en qué consiste.

Para entonces, y como todos sabían que Lynde era un jugador temerario, unos cuantos espectadores se habían reunido tras él, y Aileen, fascinada, desconocedora de los misterios de la suerte, se conformó con observarlo a él. Durante un momento del juego, Lynde se inclinó hacia ella, y al verla sonreír, le susurró:

—¡Qué pelo y que ojos tan adorables tiene! Tiene el brillo de una gran rosa. Su resplandor es maravilloso.

—¡Oh, señor Lynde, qué cosas dice usted! ¿Siempre le afecta el juego de esta manera?

—No, es usted. ¡Y parece que siempre lo hace! —Y la miró fijamente a los ojos. Jugando aún, aparentemente, para beneficio de Aileen, dobló ahora la apuesta siguiendo su sistema, y depositó mil dólares en monedas de oro. Aileen lo instó a que jugara para sí mismo mientras ella lo observaba.

—Yo apostaré un poco a algún número que otro, y usted podrá jugar siguiendo el sistema que prefiera. ¿Qué le parece?

—No, en absoluto —contestó con emoción—. Usted es mi suerte. Yo juego con usted y usted me guarda el oro. Le haré un bonito regalo si gano. Las pérdidas corren de mi cuenta.

—Como prefiera. La verdad es que no conozco el juego lo suficiente como para apostar. Pero, aun así, ¿me hará ese bonito regalo si gana?

—Sí. Tanto si gano como si pierdo —murmuró—. Y ahora ponga el dinero sobre los números que yo le diga. Veinte al siete. Ochenta al trece. Ochenta al treinta. Veinte al nueve. Cincuenta al veinticuatro. —Seguía su propio sistema, y el brazo blanco y rollizo de Aileen, obediente, se estiraba hacia un lado y otro, mientras los

espectadores se detenían a mirar al percartarse de que estos dos estaban apostando más fuerte que ninguna otra persona. Lynde lo hacía así para impresionar. Perdió mil cincuenta dólares de un golpe.

—¡Oh, todo ese buen dinero! —exclamó Aileen con tono fingidamente lastimero cuando el crupier lo recogió con el rastrillo.

—No se preocupe. Lo recuperaremos —exclamó Lynde, lanzándole dos billetes de mil dólares al cajero—. Cámbiemelos en oro.

El hombre le dio dos puñados y él los depositó entre los blancos brazos de Aileen.

Las monedas eran de cinco dólares, y Aileen rápidamente las apiló en pequeños montoncitos dorados y las colocó en su sitio. Los otros jugadores volvieron a detenerse a mirar a aquella extraña pareja. Aileen, con su cabeza de un color dorado rojizo, las mejillas rosadas, los ojos acuosos y su cuerpo envuelto en sedas y ricos encajes; y Lynde, erguido, con la pechera de la camisa de un blanco inmaculado, la cara morena, casi cobriza, y los ojos y el pelo negros —ciertamente, eran una pareja sorprendentemente avenida.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —preguntó Grier acercándose—. ¿Quién está jugando así? ¿Usted, señora Cowperwood?

—No estamos jugando sin control. Simplemente estamos siguiendo una fórmula —contestó Lynde con despreocupación—. La señora Cowperwood y yo. Lo estamos haciendo los dos juntos.

Aileen sonrió. Al fin estaba en su elemento. Estaba comenzando a brillar. Estaba atrayendo la atención.

—Cien al doce. Cien al dieciocho. Cien al veintiséis.

—Cielo santo, ¿qué se propone, Lynde? —exclamó Lord, dejando a la señora Rhees y acercándose. Ella lo siguió. También los desconocidos comenzaban a reunirse. La afluencia de público del salón estaba en su momento más álgido, ya que eran las dos de la mañana, y las salas estaban llenas.

—¡Qué interesante! —comentó la señorita Lanman, que estaba en el otro extremo de la mesa, deteniendo su juego para mirarlos. McKibben, que estaba junto a ella, también se detuvo—. Están jugando de manera temeraria. ¡Mire todo ese dinero! ¡Dios mío! ¿No da la impresión de ser muy atrevida? ¿Y él? —Los brillantes brazos de Aileen se movían con destreza y con ostentación.

—¡Mire los billetes que está cambiando! —Lynde estaba sacando un grueso fajo de billetes nuevos y amarillos para cambiarlos por oro—. Forman una pareja asombrosa, ¿no le parece?

El tablero estaba prácticamente cubierto por completo con el oro de Lynde, organizado en pequeñas y ordenadas pilas. Había seguido un sistema llamado Mazarino^[5], que debería proporcionarle cinco a uno, y que podría incluso llegar a hacer saltar la banca. Alrededor de la mesa se había reunido todo un gentío con los rostros encendidos bajo la luz artificial. Aquí y allá se oía en susurros «¡Están jugando sin límite!», «¡Están jugando sin límite!». Lynde se mantenía deliciosamente

sereno y recto. Mantenía el cuerpo ágil muy erguido, tenía una expresión pensativa en los ojos y los dientes cerrados sobre un cigarrillo sin encender. Aileen estaba excitada como una niña, encantada de ser una vez más el centro de los comentarios. Lord la miró con simpatía. Le gustaba. Estaba bien que se divirtiera. Le venía bien de vez en cuando; pero Lynde era un idiota por ponerse en evidencia de aquella manera y por arriesgar tanto dinero.

—¡Mesa cerrada! —dijo el crupier, y al instante, la bolita comenzó a girar. Todos los ojos la siguieron. Una vuelta y otra —y Aileen la observaba con tanta atención como los demás. Tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes.

—Si perdemos esto —dijo Lynde—, doblaremos la apuesta una vez más, y si con eso no ganamos, lo dejamos. —Ya había perdido cerca de tres mil dólares.

—¡Claro, desde luego! Pero yo creo que deberíamos dejarlo ahora. Si no ganamos, aquí se van dos mil. ¿No le parece que eso ya es suficiente? No le he traído demasiada suerte, ¿no le parece?

—Usted es la suerte —susurró él—. Toda la suerte que quiero. Una más. Quédese junto a mí un intento más, ¿lo hará? Si ganamos, lo dejo.

La bolita sonó mientras ella asentía, y el crupier repartió ganancias a unos cuantos montoncitos esparcidos aquí y allí, y después recogió solemnemente el resto con el rastrillo para introducirlo en el orificio, mientras se oían a un lado y otro murmullos de descontento y conmiseración.

—¿Cuánto tenían en el tablero? —preguntó la señorita Lanman a McKibben, sorprendida—. Tenía que ser mucho, ¿verdad?

—Pues, unos dos mil dólares, quizá. Aunque eso no es demasiado aquí. La gente llega a jugarse ocho o diez mil. Todo depende. —McKibben pretendía quitarle importancia.

—Ah, sí, pero seguro que no con mucha frecuencia.

—¡Por el amor de Dios, Polk! —exclamó Rhees Grier, acercándose y tirándole de la manga—. Si quieres ir regalando el dinero, dámelo a mí. Puedo recogerlo igual de bien que ese crupier, y después busco un carro para llevármelo a casa, donde servirá para algo bueno. Lo que haces es verdaderamente terrible.

Lynde se tomó sus pérdidas con ecuanimidad.

—Ahora doblamos —observó— para recuperar todo lo perdido, o nos vamos abajo a tomarnos una tostada de queso con champán. ¿Qué tipo de regalo le complacería más? Aunque, no se preocupe. Sé cuál es el recuerdo ideal para esta ocasión.

Sonrió y compró más oro. Aileen lo apiló ostentosamente, aunque también lo lamentaba un poco. No aprobaba del todo aquello —su manera de jugar tan desenfrenada—, y al mismo tiempo sí que lo hacía; no podía evitar sentir cierta simpatía por su espíritu de jugador desafortunado. A los pocos momentos, ya estaba el dinero sobre el tablero —la misma combinación, las mismas pilas, pero esta vez dobladas—; cuatro mil dólares en total. El crupier hizo la llamada, la bola rodó y cayó. Excepto los trescientos dólares que recuperaron, la banca se lo quedó todo.

—Y bien, ahora vayamos a tomarnos esa tostada de queso —exclamó Lynde, volviéndose tranquilamente para mirar a Lord, que estaba de pie tras él sonriendo—. No tendrás una cerilla, ¿verdad? Hemos tenido una racha de mala suerte, eso está claro.

Para sus adentros, Lynde se sentía ligeramente malhumorado porque, si hubiera ganado, había tenido la intención de invertir parte de las ganancias en un collar o en alguna otra baratija para Aileen. Ahora tendría que pagarlo. Pero, por otro lado, hallaba cierta satisfacción en el hecho de haber dado una impresión de serenidad e indiferencia, a pesar de haber tenido unas pérdidas enormes. Le ofreció el brazo a Aileen.

—Bueno, señora mía —comentó—, no hemos ganado; pero espero que al menos nos lo hayamos pasado bien, ¿no? Si hubiera salido esa combinación, nos habría proporcionado una bonita suma. Esperemos tener mejor suerte la próxima vez, ¿eh? —Y sonrió afablemente.

—Sí, pero se suponía que yo le iba a traer suerte, y no ha sido así —contestó Aileen.

—Usted es toda la suerte que yo deseo, si está dispuesta a serlo. Venga mañana a almorzar conmigo al Richelieu, ¿lo hará?

—Veamos —contestó Aileen, que se mostraba dudosa al apreciar su fervor decidido y casi férreo—. No puedo —dijo finalmente—; tengo otro compromiso.

—¿Qué tal el martes, entonces?

Aileen, dándose cuenta repentinamente de que le estaba dando demasiada importancia a un asunto que debía manejarse con mayor delicadeza, le contestó de buena gana:

—Muy bien, el martes. Pero llámeme antes, porque puede que tenga que cambiar de opinión o de hora. —Y le sonrió con cordialidad.

Después de esto, Lynde ya no tuvo ocasión de hablar con Aileen en privado, pero al despedirse, se aventuró a apretarle el brazo de manera insinuante. Esto le provocó a ella un peculiar estremecimiento nervioso, pero curiosamente, concluyó que ella misma se lo había buscado con sus ansias de vivir y de venganza, y que debía tomar una decisión. ¿Quería de verdad continuar con esto o no? Esta era la cuestión más importante, y sentía que debía decidir. Sin embargo, como ocurre en la mayoría de los casos, las circunstancias iban a ayudarla a tomar una decisión, y es incuestionable que ya era parcialmente consciente de ello mientras Taylor Lord la acompañaba galantemente hasta su puerta.

CAPÍTULO XXXIII

El señor Lynde al rescate

El aparente interés de un hombre como Polk Lynde en las presentes circunstancias de Aileen era casi como una broma fortuita o gratuita del destino, que tanto tiene que ver con esa química inconsciente de las cosas de la que no sabemos nada. Por un lado, estaba Aileen dándole vueltas a su destino, meditando sobre las cosas que había hecho mal, por decirlo de algún modo; y por otro lado, estaba Polk Lynde, un interesante y persuasivo Lotario^[1], que quizá encajara con el actual estado de ánimo y con los gustos de Aileen mejor que cualquier otro hombre aparte de Cowperwood.

En muchos aspectos, Lynde era un hombre encantador. Era comparativamente joven —aunque no más que la propia Aileen—, instruido, aunque sin llegar a ser culto, tras su paso por una de las mejores universidades de Estados Unidos, con un excelente gusto para la ropa, los amigos y las cosas de las que elegía rodearse, pero en el fondo, no era más que un calavera. Le encantaba el juego y había apostado desde que era joven. Era un gran bebedor, en el mal sentido de la palabra, aunque sin llegar a ser autodestructivo porque tenía una constitución de hierro y podía consumir licores sufriendo mínimamente las consecuencias. Tenía lo que Gibbon^[2] acostumbraba a denominar «el más amable de nuestros vicios», pasión por las mujeres, y le importaban tan poco los métodos serenos, pacientes y casi penitentes mediante los que su padre había levantado su inmenso negocio de segadoras, del que él era supuestamente el heredero, como los misterios o los derechos sagrados de los caldeos. Se daba cuenta de que el negocio en sí era algo espléndido. Ocasionalmente le gustaba pensar en sus extensos terrenos, en los edificios de sencillo ladrillo rojo, en las altas pilas y en los sonoros silbatos, pero en modo alguno le gustaba tener nada que ver con la habitual rutina de su funcionamiento.

Las principales dificultades con Aileen en estas circunstancias eran su inmensa vanidad y su inseguridad. Jamás hubo una mujer más presumida ni a la que le preocupara más el sexo que a Aileen. Se preguntaba por qué tenía ella que pasarse la vida allí sentada en soledad un día tras otro, lamentándose por Cowperwood y consumiéndose, mientras él revoloteaba por ahí recogiendo los dulces frutos de la vida en otra parte. ¿Por qué no podía ella ofrecer sus encantos a otros hombres que fueran capaces de apreciarlos para su consuelo y deleite? ¿Esa forma de actuar no respondería a los principios más esenciales de la justicia? Pero, incluso ahora, casi no podía ni pensar en serle desleal, cuando Cowperwood había sido tanpreciado para ella hasta entonces, y tan maravilloso. Era encantador cuando era agradable —y

espléndido—. Cuando Lynde intentó obligarla a mantener la cita para almorzar, en un primer momento Aileen se negó. Y ahí se podrían haber quedado las cosas si las circunstancias hubieran sido ligeramente diferentes. Pero coincidió que por esta época Aileen se estaba viendo acosada prácticamente a diario por nuevas pruebas y recordatorios de las infidelidades de Cowperwood.

Por ejemplo, al ir un día a visitar a los Haguenin —porque ella estaba dispuesta a mantener la ilusión de una amistad siempre y cuando ellos no hubieran averiguado la verdad— le informaron de que la señora Haguenin «no estaba en casa». Poco después, el *Press*, que siempre había sido favorable a Cowperwood, y que Aileen leía con regularidad precisamente por sus comentarios amistosos, de repente cambió de rumbo y comenzó a atacarlo. En un principio, daba a entender con seriedad que quizá su política y sus intenciones no fueran acordes con los intereses de la ciudad. Un poco más tarde, Haguenin publicó editoriales que se referían a Cowperwood como «el saboteador», «el aventurero de Filadelfia», «el promotor sin escrúpulos» y cosas por el estilo. Aileen adivinó enseguida cuál era el problema, pero estaba demasiado preocupada por su propia situación como para hacer ningún comentario. No podía solucionar las amenazas ni los peligros del mundo envidioso de Cowperwood, como tampoco era capaz de ver la salida a sus propias y penosas dificultades.

Un día, mientras ojeaba las columnas de las fieles crónicas de los acontecimientos sociales de Chicago que publicaba el *Chicago Saturday Review*, se topó con un artículo que supuso para ella el golpe de gracia. Decía: «Desde hace algún tiempo, en las esferas más altas de la sociedad se ha especulado mucho sobre los amoríos y las relaciones de cierto individuo de gran riqueza y de falsa prominencia social, que en cierto momento hizo grandes esfuerzos por formar parte de la sociedad de Chicago. No es necesario nombrarlo, porque todos los que están al tanto de los últimos acontecimientos de Chicago sabrán ya a quién nos referimos. Los rumores más recientes que afectan a este personaje de vil reputación tienen que ver con dos mujeres: una, la hija, y la otra, la esposa de hombres de gran renombre y posición de nuestra comunidad. Con estos últimos casos, es más que probable que haya dispuesto en su contra influencias de la mayor importancia tanto social como financiera, puesto que el esposo en uno de los casos, y el padre en el otro, son hombres de peso y autoridad. Más de una vez se ha dado a entender que Chicago no debería tolerar, y que a la larga no lo haría, sus métodos de bandidaje tanto financiero como social; pero hasta ahora, no se ha tomado ninguna medida definitiva para echarlo. Pero la sorpresa suprema de todo esto es que la esposa, a la que trajo del Este, y quien —según se rumorea— sacrificó su propia reputación y el corazón y el hogar de otra mujer de manera escandalosa para poder obtener el privilegio de vivir con él, siga haciéndolo».

Aileen entendió perfectamente a lo que se referían. «El padre» de la primera era probablemente Haguenin o Cochrane, aunque era más que probable que fuera Haguenin. «El marido de la otra», pero, ¿quién era el marido de la otra? No estaba al

tanto de ningún escándalo relacionado con la esposa de nadie. No podía tratarse de Rita Sohlberg y de su marido —de eso hacía ya demasiado tiempo—. Debía de tratarse de algún nuevo lío del que ella no tenía la más leve idea, y así siguió ella reflexionando allí sentada. Y ahora, se dijo, si volvía a recibir una invitación de Lynde, la aceptaría.

Sólo pasaron unos días antes de que Aileen y Lynde se encontraran en el salón dorado del Richelieu. Por extraño que resulte de relatar, para alguien decidido a ser indiferente, había pasado mucho tiempo esmerándose para que su aspecto resultara atractivo. Como estaban en febrero, hacía frío y el suelo estaba cubierto de resplandeciente nieve, ella había elegido un vestido de velarte de color verde oscuro, bastante nuevo, con botones de lapislázuli que dibujaban una «y» sobre su pecho; un turbante de foca con una pluma esmeralda, que complementaba con una chaqueta de piel de foca con inmensos botones de plata forjada, y zapatos de color bronce. Para perfeccionar su atuendo, se había puesto unos pendientes de lapislázuli tallados en forma de florecilla, y llevaba también una sencilla aunque gruesa pulsera de oro. Lynde se le acercó con una expresión de aprobación en su rostro moreno.

—¿Me está permitido decirle lo bella que está? —dijo sentándose en una silla frente a ella—. Demuestra usted tener un gusto exquisito para elegir los colores adecuados. Y esos pendientes van muy bien con su pelo.

Aunque la desesperación de él infundía cierto temor en Aileen, la atrapó con la elegancia de su fuerza —aquel aire de férrea fuerza oculta bajo la máscara de las convenciones de salón—. Sus manos largas, morenas y artísticas, duras y musculosas, hacían intuir una fuerza dormida que podría servir de muchas maneras. Y que armonizaban con sus dientes y su barbilla.

—¿Así que ha venido? —continuó, observándola fijamente, mientras ella le mantenía audazmente la mirada un momento, sólo para esquivarla después bajándola.

Él siguió estudiándola detenidamente, mirándole la barbilla, la boca y la graciosa nariz. En sus mejillas coloreadas y en sus brazos y hombros fuertes, que dejaban adivinar su traje de buen corte, él reconoció el vigor humano que más ansiaba en una mujer. A modo de entretenimiento, pidió un anticuado combinado de whisky y la animó a que lo acompañara. Como ella se mostraba inflexible, sacó una cajita del bolsillo.

Cuando jugamos la otra noche, acordamos en que habría un recuerdo, ¿verdad? —dijo él—. ¿Una especie de *souvenir*? ¿Puede adivinarlo?

Aileen miró la caja totalmente desconcertada al reconocer el contenido.

—Oh, no debería haberlo hecho —protestó—. Acordamos que eso sería si ganaba, pero perdió, y con eso se acababa el acuerdo. Yo debería haber compartido las pérdidas. Y todavía no se lo he perdonado, ¿sabe?

—¡Eso me convertiría en un hombre muy poco galante! —dijo él sonriente, jugueteando con la caja esmaltada, alargada y delgada—. Y a usted no le gustaría que yo me convirtiera en un hombre poco galante, ¿verdad? Sea buena, sea buena

perdedora, como suele decirse. Si lo adivina, es suyo.

Aileen frunció los labios ante esta ardiente súplica.

—Bueno, no me importa jugar a las adivinanzas —comentó con aire de superioridad—, aunque no pienso aceptarlo. Podría ser un alfiler, podría ser un juego de pendientes, podría ser una pulsera...

Él no hizo ningún comentario, sino que la abrió para descubrir un collar de oro labrado en forma de vid de la más curiosa factura, con un grupo de hojas artísticamente talladas y colocadas en forma de peto, en cuyo centro se encontraba un ópalo negro que brillaba con un tentador lustre. Lynde sabía muy bien que Aileen estaba muy acostumbrada a tener muchas joyas, y que sólo una ricamente decorada y de gran valor encajaría con su idea de lo que consideraba atractivo para ella. Observó su rostro con atención mientras ella estudiaba los detalles del collar con detenimiento.

—¡Es exquisito! —comentó ella—. ¡Qué ópalo tan bello! ¡Y qué diseño tan poco corriente! —Pasó el dedo por las distintas hojas—. No debería ser tan insensato. No podría aceptarlo. Ya tengo demasiadas cosas, y además... —Estaba pensando en lo que diría si Cowperwood por casualidad le preguntaba de dónde lo había sacado. Era muy intuitivo.

—¿Y además? —preguntó él.

—Nada —contestó ella—, es sólo que no debo aceptarlo, de verdad.

—¿No va a aceptarlo siquiera como recuerdo, aunque..., aunque, nuestro acuerdo, ya sabe?

—¿Aunque qué? —le preguntó.

—Aunque no surja nada más. Un recuerdo, entonces..., de verdad, ya sabe.

Le atrapó los dedos entre los suyos firmes y vigorosos. Un año, o incluso seis meses antes, Aileen habría liberado su mano sonriendo. Ahora dudó. ¿Por qué debería ser tan remilgada con otros hombres cuando Cowperwood se portaba tan mal con ella?

—Dígame una cosa —le preguntó Lynde al notar las dudas de ella y sosteniéndole aún los dedos con suavidad, pero con firmeza—, ¿siente algo por mí?

—Usted me gusta, sí. No puedo decir que sea nada más que eso. —Aunque, al decirlo, se sonrojó a su pesar.

Él se limitó a mirarla con sus ojos duros y ardientes. La materialidad que acompaña al romance en el caso de muchos temperamentos se despertó en ella y momentáneamente alejó a Cowperwood de su pensamiento. Era para ella una experiencia sorprendente y revolucionaria. Casi se abrasó como respuesta, y Lynde sonrió con dulzura, intentando alentarla.

—¿Por qué no quieres ser mi amiga, cielo mío? Sé que no eres feliz; lo noto. Y yo tampoco lo soy. Tengo inclinación a meterme en todo tipo de líos. Necesito a alguien que me ame. ¿Por qué no quieres hacerlo? Eres mi mujer ideal. Lo siento. ¿Tanto lo amas —dijo refiriéndose a Cowperwood— que no puedes amar a nadie más?

—¡Ah, él! —replicó Aileen con irritación, y casi con deslealtad—. Ya no me ama.

A él le daría igual. No es por él.

—Bien, entonces, ¿qué es? ¿Por qué no quieres? ¿No soy lo suficientemente interesante? ¿No te gusta? ¿No te parece que hagamos buena pareja? —La mano de él buscó la de ella con ternura, y Aileen aceptó la caricia.

—Oh, no es eso —contestó ella emocionada, repasando mentalmente su larga trayectoria con Cowperwood, el amor que él antes sentía por ella y sus encendidas protestas. Había puesto tantas expectativas en su vida con él, y ahora estaba aquí sentada en un restaurante coqueteando con alguien prácticamente desconocido y dando pie a su conmiseración. Eso le dolió en el alma y selló sus labios momentáneamente. Y, sin que pudiera remediarlo, los ojos se le llenaron de lágrimas ardientes.

Lynde las vio. Lo lamentaba mucho por ella, aunque su belleza le hacía desear sacar provecho de su dolor.

—¿Qué motivos tienes para llorar, querida? —le preguntó con suavidad, mirando sus mejillas encendidas y sus ojos brillantes—. Posees belleza, eres joven y eres encantadora. Él no es el único hombre del mundo. ¿Por qué deberías serle fiel cuando él no lo es contigo? El asunto de Hand se comenta por toda la ciudad. Cuando te encuentras con alguien que de verdad te ama, ¿por qué no deberías aprovecharlo? Si él no te quiere, hay otros.

Ante la mención de la aventura con la señora Hand, Aileen se enderezó.

—¿El asunto de Hand? —preguntó con curiosidad—. ¿A qué te refieres?

—¿No lo sabes? —contestó él, algo sorprendido—. Creía que lo sabías, o sin duda no lo habría mencionado.

—Bueno, me figuro de qué puede tratarse —contestó Aileen, con prudencia, y con un toque de humor sardónico—. Ha habido muchos del mismo tipo. Supongo que será el caso al que se refería el *Chicago Review*: la esposa del importante financiero. ¿Ha estado coqueteando con la señora Hand?

—Algo así —contestó Lynde—. Siento haberlo dicho, de verdad. No era mi intención venirme con el cuento.

—Vais todos en el mismo barco, ¿eh? —se burló Aileen con expresión alegre.

—No, no es eso exactamente. Por favor, no seas cruel. No soy tan malo. Se trata simplemente de uno de mis principios. Todos tenemos nuestras pequeñas manías.

—Sí, lo sé —contestó Aileen, pero pensaba en la señora Hand. De modo que esta había sido la última—. Bueno, admiro su gusto en este caso —dijo maliciosamente—. Aunque ha habido muchas. Ella es simplemente una más.

Lynde sonrió. Él también admiraba el gusto de Cowperwood. Y después dejó el tema.

—Pero, olvidémonos de eso —dijo él—. Por favor, no te preocupes más por él. No puedes cambiar las cosas. Tranquilízate. —Le apretó los dedos—. ¿Lo harás? —le preguntó, levantando las cejas al mismo tiempo.

—¿Si haré qué? —contestó Aileen pensativa.

—Bueno, ya sabes. Por un lado, el collar. Y yo también. —Intentaba persuadirla con una mirada suplicante y sonriente.

Aileen sonrió.

—Eres un chico malo —dijo a modo de evasiva. Esta revelación sobre la señora Hand la había hecho adoptar una actitud particularmente ofensiva—. Deja que me lo piense. No me pidas que acepte el collar hoy. No podría. Ni tampoco podría ponérmelo. Veámonos otro día. —Hizo un gesto impreciso con la mano, y él le acarició la muñeca.

—Me preguntaba si te gustaría ir al estudio que tiene un amigo mío aquí, en la torre —le dijo con aire despreocupado—. Tiene una preciosa colección de paisajes. Y sé que te interesa la pintura. Tu marido tiene algunos de los mejores cuadros.

Aileen entendió al instante cuáles eran sus intenciones —su instinto se lo dictó—. El supuesto estudio debía de ser su piso privado de soltero.

—Esta tarde no —contestó ella, bastante nerviosa y angustiada—. Hoy no. En otra ocasión. Y ahora debo irme. Pero volveremos a vernos.

—¿Y esto? —preguntó él cogiendo el collar.

—Guárdalo hasta que vuelva —contestó ella—. Puede que entonces lo acepte.

Se relajó un poco, feliz de poder escaparse sin problemas, pero su ánimo era cualquier cosa menos hostil, aunque se sentía hecha jirones, como las nubes deshechas por el viento. Era tiempo lo que quería —un poco de tiempo—; nada más que eso.

CAPÍTULO XXXIV

Entra en escena Hosmer Hand

Sobra decir que la cólera solemne de Hand, por no hablar de la ira desdeñosa de Haguénin, junto con la furia de Redmond Purdy, que fue el que les contó a todos esta triste historia, y del joven MacDonald y de sus socios de la Chicago General Company, dio lugar a un ambiente cargado de posibilidades de que se produjeran resultados dramáticos. El elemento más importante de todos ellos en este momento era Hosmer Hand, quien, al ser extremadamente rico y director de toda una serie de instituciones mercantiles y financieras de la ciudad, estaba en posición de provocarle serios daños a Cowperwood en el terreno financiero. Hand había amado muchísimo a su joven esposa. Al tratarse de un hombre que había tenido pocas experiencias con las mujeres, le sorprendía y enfurecía que un hombre como Cowperwood pudiera atreverse a adentrarse en sus dominios de esta manera tan temeraria y a tomarse su dignidad tan a la ligera. Y ahora ardía en él el lento y ardiente fuego de la venganza.

Aquellos que sepan algo sobre el mundo financiero y sus grandes aventuras sabrán lo preciada que es la reputación de integridad, solidaridad y conservadurismo sobre la que se basan muchas de las empresas más exitosas del mundo. Si los hombres no son completamente honestos en sí, al menos desean y tienen fe en que otros lo sean. No hay ningún otro grupo de hombres que sepan más los unos de los otros, que reúnan con más esmero todos los rumores que puedan afectar al bienestar financiero y social de un individuo para bien o para mal, que mantengan la boca mejor cerrada en lo que a sus propios asuntos se refiere, ni que tengan los ojos más abiertos en lo que respecta a los de los vecinos. Hasta ahora el crédito de Cowperwood había sido bueno porque se sabía que tenía algo importante en el campo de los tranvías de Chicago, que pagaba sus intereses a tiempo, que había organizado el grupo de hombres que ahora, bajo sus órdenes, controlaba la Chicago Trust Company, y los North y West Chicago Street Railways, y que el Lake City Bank, del que Addison seguía siendo presidente, consideraba seguras sus garantías. A pesar de eso, incluso antes de este momento, había habido un elemento de protesta encarnado en Schryhart, Simms y en otros de considerable importancia dentro de la Douglas Trust, que no había desaprovechado ninguna oportunidad para decir a diestro y siniestro que Cowperwood era un intruso, y que su carrera estaba marcada por el engaño y las artimañas tanto a nivel político como social, sin descartar la falta de honradez en las finanzas. De hecho, Schryhart, que había sido uno de los directores de la Lake City National junto con Hand, Arneel y otros, había dimitido y retirado todos sus fondos algún tiempo antes porque había descubierto, según declaró, que

Addison estaba favoreciendo a Cowperwood y a la Chicago Trust Company con préstamos, cuando no existía necesidad alguna de hacerlo —cuando no era ventajoso para el banco hacerlo—. Tanto Arneel como Hand, que en ese momento no tenían nada personal de ningún tipo contra Cowperwood, habían considerado que aquella protesta era sesgada. Addison había mantenido que los préstamos no eran ni excesivamente grandes ni desproporcionados con respecto a los créditos que el banco solía conceder. Y las garantías eran excelentes.

—No quiero discutir con Schryhart —había protestado Addison en su momento—; pero me temo que esta acusación es injusta. Está intentando resarcirse de sus resentimientos personales a través del Lake National. Y no es ni la forma ni el lugar adecuado para hacerlo.

Tanto Hand como Arneel, ambos hombres formales, estuvieron de acuerdo con él —y admiraron a Addison—, y ahí quedó el caso. Schryhart, sin embargo, con frecuencia les contaba en confianza que Cowperwood estaba creando la Chicago Trust Company a expensas del Lake City National, con la intención de que la primera llegara a ser lo suficientemente fuerte como para poder arreglárselas sin ayuda alguna, momento en el que Addison dimitiría y la Lake City se las arreglaría sola. Hand nunca había tomado ninguna medida al respecto, pero lo había pensado.

No fue hasta que los incidentes relativos a Cowperwood y a la señora Hand vieron la luz cuando tanto los asuntos financieros como los otros comenzaron a ensombrecerse. Hand, profundamente herido en su orgullo, sólo pensaba en una dura represalia. Cuando se encontró con Schryhart en una reunión de directores un día no mucho después de toparse con sus dificultades, le comentó:

—Pensaba, hace unos años, Norman, cuando me hablaba de este Cowperwood, que simplemente estaba celoso; que era cosa de un rival en los negocios que se encontraba insatisfecho. Hace poco me he enterado de unas cuantas cosas que me han hecho cambiar de opinión. Ahora tengo muy claro que este hombre es malo de pies a cabeza; desde la coronilla hasta la planta de los pies. Y que es una lástima que la ciudad tenga que soportarlo.

—Ahora está empezando a descubrirlo, ¿no, Hosmer? —contestó Schryhart—. No voy a decir que ya lo advertí. Quizá esté de acuerdo conmigo en que la gente responsable de Chicago debería hacer algo al respecto.

Hand, un hombre muy grueso y taciturno, se limitó a mirarlo.

—Yo estaré más que dispuesto a hacerlo —dijo—, en cuanto vea qué es lo que hay que hacer.

Un poco más adelante, Schryhart, cuando se encontró con Duane Kingsland, se enteró de la verdadera naturaleza de los sentimientos de Hand contra Cowperwood, y no tardó en trasladar esta información a Merrill, a Simms y a otros. Merrill, a quien de alguna manera le caía bien Cowperwood —admiraba desde la distancia su valor y su atrevimiento—, aunque se hubiera negado a extender el recorrido del circuito que pasaba por el túnel de La Salle Street alrededor de State Street y de su negocio, ahora

se sintió debidamente escandalizado.

—Pero, Anson —dijo Schryhart—, ese hombre no tiene nada bueno. Tiene el corazón de una hiena y su amistad es como la del escorpión. Habrá oído cómo ha tratado a Hand, ¿no?

—No —contestó Merrill—, no lo he oído.

—Bueno, pues según tengo entendido, es así. —Y Schryhart se inclinó y le comunicó al oído izquierdo del señor Merrill de manera confidencial la información que tenía.

Este último enarcó las cejas.

—¿Ah, sí? —dijo.

—Y así fue como la conoció —añadió Schryhart con desprecio—. Acudió a Hand en un primer momento para pedirle prestados doscientos cincuenta mil dólares sobre la West Chicago Street Railway. ¿Enfadado? Esa palabra no lo describe adecuadamente.

—No me diga —comentó Merrill secamente, aunque en realidad estaba interesado y fascinado, porque la señora Hand siempre le había parecido muy atractiva—. No me extraña.

Recordó que su propia esposa había insistido recientemente en que invitara a Cowperwood una vez.

De manera parecida, cuando Hand se encontró con Arneel no mucho tiempo después, le dijo en confianza que Cowperwood estaba intentado negarse a reconocer un acuerdo solemne. Arneel estaba sorprendido y apenado. Ya tenía bastante con saber que había herido gravemente a Hand. Entre los dos decidieron ahora indicar a Addison, como presidente del Lake City Bank, que todas las relaciones con Cowperwood y con la Chicago Trust Company debían cesar. Como resultado, no mucho después, Addison, con habilidad y cortesía, se avino a dar aviso a Cowperwood de que tendría que hacerse cargo de todos sus préstamos y después dimitió —para convertirse, siete meses después, en el presidente de la Chicago Trust Company—. Esta deserción creó gran revuelo en su momento, dejando atónitos a los mismos hombres que habían sospechado que algo así podría llegar a ocurrir. Los periódicos trataron el tema ampliamente.

—Bien, que se vaya —le dijo Arneel a Hand con acritud el día que Addison notificó a la junta de directores del Lake City que tenía previsto dimitir—. Si quiere romper sus relaciones con un banco como este para irse a trabajar con un hombre así, es asunto suyo. Quizá viva para lamentarlo.

Daba la casualidad de que para entonces Chicago estaba pendiente de otras elecciones, y Hand, junto con Schryhart y Arneel —que unieron sus fuerzas por su amistad con Hand— decidieron intentar enfrentarse a Cowperwood por este medio.

Hosmer Hand, sintiendo que cargaba con el peso de una gran tarea, no tardó en actuar. Cuando algo lo incitaba, era siempre un luchador decidido y capaz. Como necesitaba un lugarteniente competente ante el inminente conflicto político,

finalmente se acordó de un hombre que hacía poco que se había convertido en una figura visible en la política de Chicago —un tal Patrick Gilgan, el mismo Patrick Gilgan de los tiempos de la antigua guerra del gas que Cowperwood había librado en Hyde Park—. Gracias a su cordialidad y habilidad para mezclarse con la gente, al hecho de que mantenía la boca cerrada y a que no comprendía en lo más mínimo, y por lo tanto no tenía conocimiento de los asuntos de gran relevancia pública (en la medida en la que afectaban a los denominados derechos de las masas), era el tipo indicado para gozar de éxito político. Su taberna era la mejor de Wentworth Avenue^[1]. Prácticamente relucía con la recientemente introducida lámpara incandescente, y la luz se reflejaba en un mundo perfecto de espejos biselados y facetados. Su distrito estaba lleno de casitas bajas, castigadas por la lluvia y que se apretujaban unas contra otras en calles a medio hacer; pero Patrick Gilgan ahora era senador del estado, lo habían nombrado candidato a las siguientes elecciones al Congreso y era el probable sucesor del honorable John J. McKenty como dictador de la ciudad, para lo que sólo era necesario que el Partido Republicano llegara al poder. (Hyde Park siempre había sido republicano antes de ser anexionado a la ciudad, y desde entonces, aunque el área metropolitana de la ciudad solía ser demócrata, quizá Gilgan pudiera ahora darle la vuelta.) Al enterarse Hand por la discusión política que precedió a las elecciones de que Gilgan era de lejos el político más poderoso del South Side, lo mandó llamar. Personalmente, Hand sentía bastante menos simpatías hacia los esfuerzos corteses y moralizantes de hombres como Hagenin, Hyssop y otros, que se conformaban con sermonear sobre moralidad y con hacer lo posible por ganar mediante los esfuerzos de buenas personas desconocidas, de las que sentía por la fría lógica política de un hombre como el propio Cowperwood. Si Cowperwood podía actuar a través de McKenty para conseguir sus fines, él, Hand, podía encontrar a otra persona a la que podría llegar a convertir en alguien tan poderoso como McKenty.

—Señor Gilgan —dijo Hand cuando entró el irlandés, de estatura media, fornido, con los ojos grises inteligentes y risueños, y de manos velludas—, usted no me conoce...

—He oído hablar de usted lo suficiente —sonrió el irlandés, que hablaba con un leve acento—. No le hacen falta preliminares para hablar conmigo.

—Muy bien —contestó Hand, extendiéndole la mano—. Yo también he oído hablar de usted. Charlemos, entonces. De lo que me gustaría hablar con usted es de la situación política aquí en Chicago. Yo no soy político, pero me interesa lo que está ocurriendo. Quiero saber cuál cree usted que será el resultado de la actual situación de la ciudad.

Gilgan, que no tenía ninguna razón para desvelar sus convicciones políticas personales ante alguien cuya motivación desconocía, se limitó a responder:

—Pues, creo que los republicanos cuentan con unas perspectivas bastante buenas. Según he visto, tienen a todos los periódicos, menos uno o dos, de su parte. No sé

mucho aparte de lo que leo en los periódicos o de lo que escucho decir a la gente.

El señor Hand sabía que Gilgan estaba amagando, y le gustó descubrir que su hombre era astuto y calculador.

—No le he pedido que venga hasta aquí simplemente para hablar de política en general, como podrá imaginarse, señor Gilgan. Quiero plantearle un problema muy concreto. ¿Conoce usted por casualidad al señor McKenty o al señor Cowperwood?

—Nunca he coincidido con ninguno de los dos para poder hablar con ellos —contestó Gilgan—. Conozco de vista al señor McKenty y he visto al señor Cowperwood una vez. —Y ya no dijo más.

—Bien —dijo el señor Hand—, supongamos que un grupo de hombres influyentes de aquí de Chicago se reunieran y garantizaran los fondos suficientes para una campaña que abarcara toda la ciudad; ahora, si usted contara además con el apoyo total de los periódicos y de la organización del Partido Republicano, ¿sería capaz de organizar la oposición de modo que el Partido Demócrata saliera derrotado en otoño? No me estoy refiriendo simplemente al alcalde y a los altos funcionarios locales, sino también al concejo; a los concejales. Quiero arreglar las cosas de modo que la gente de McKenty-Cowperwood no logren encontrar un solo concejal ni un solo funcionario a los que comprar, una vez que sean elegidos. Quiero que el Partido Demócrata salga tan completamente derrotado que a nadie pueda quedarle duda alguna sobre que eso ha ocurrido. Contará usted con mucho dinero si puede demostrarme, o más bien, al grupo de hombres en el que estoy pensando, que esto es algo que se puede hacer.

El señor Gilgan cerró los ojos de manera solemne. Se frotó las rodillas, metió los pulgares en la sisa del chaleco, sacó un puro, lo encendió y miró al techo poéticamente. Estaba pensando muy muy seriamente. El señor Cowperwood y el señor McKenty, como sabía, eran hombres muy poderosos. Siempre se las había arreglado para derrotar a la oposición de McKenty en su distrito, y en varios más adyacentes al suyo, y en el distrito senatorial Dieciocho, al que representaba. Pero que apelaran a él para que lo derrotara en Chicago era un asunto diferente. Aunque la idea de contar con gran cantidad de dinero que se distribuiría a través de él, y la posibilidad de arrebatarse el liderazgo de la ciudad a McKenty, ayudado por las denominadas fuerzas morales, era algo muy estimulante. El señor Gilgan era un buen político. Le encantaba intrigar, y también los complots y alcanzar acuerdos —tanto por el simple placer de hacerlo como por todo lo demás—. Ahora adoptó una expresión solemne, que, sin embargo, ocultaba un corazón muy alegre.

—Me he enterado —continuó Hand— de que usted ha creado una organización fuerte en su distrito.

—Me las he arreglado para mantenerlo —explicó Gilgan con cierta ironía—. Pero ganar en todo Chicago —continuó tras un momento—, esa, señor, es una petición importante. Hay treinta y un distritos en Chicago para estas elecciones, y todos menos ocho son nominalmente demócratas. Conozco a la mayoría de los hombres que están

en ellos ahora, y algunos de ellos son muy astutos también. Permítame que le diga que este Dowling que está en el concejo no tiene un pelo de tonto. Luego están Duvanicki y Ungerich, Tiernan y Kerrigan; buenos hombres todos ellos. —Mencionó a cuatro de los concejales más poderosos y corruptos de la ciudad—. Como sabe, señor Hand, tal como están las cosas ahora, los demócratas tienen los despachos y muchos trabajitos que ir dando a unos y otros. Y eso les proporciona muchos trabajadores que los apoyan, para empezar. Además cuentan con el privilegio de ser los que recaudan el dinero procedente de los que están en el gobierno para ayudar a que ellos mismos sean elegidos. Ese es otro gran privilegio. —Sonrió—. Y después este Cowperwood emplea a diez mil hombres hoy por hoy, y todos los jefes de distrito que le son favorables pueden mandarle a cualquier hombre desempleado y él se encarga de buscarle un trabajo. Y eso, es de mu-u-ucha ayuda cuando alguien está intentando hacerse con seguidores para su partido. Y después está el dinero con el que un hombre como Cowperwood puede contribuir en época de elecciones. Usted puede decir lo que quiera, señor Hand, pero son los billetes de dos, cinco y diez dólares que se entregan en el último momento en las barras de las tabernas y en los centros electorales los que consiguen el objetivo. Deme el dinero suficiente —y ante este noble pensamiento, el señor Gilgan se enderezó e hizo chocar sus puños con suavidad, al tiempo que se recolocaba el puro para no quemarse la mano—, y podré hacerme con todos los distritos de Chicago, sin excepción. Si tengo el dinero suficiente —repitió, enfatizando estas dos últimas palabras. Volvió a meterse el puro en la boca, cerró los ojos en un gesto de desafío, y se recostó en la silla.

—Muy bien —se limitó a decir Hand—; ¿pero cuánto dinero?

—Ah, esa es otra cuestión —contestó Gilgan, enderezándose una vez más—. Algunos distritos requieren más que otros. Restando los ocho que normalmente son republicanos, dándolos como seguros, habría que hacerse con dieciocho más para tener la mayoría en el concejo. No creo que resultara seguro invertir menos de diez o quince mil dólares en cada distrito para poder continuar. Yo diría que con trescientos mil dólares iríamos más seguros, y eso en modo alguno sería más de la cuenta.

El señor Gilgan volvió a colocarse el puro y le dio una chupada larga mientras se recostaba y volvía a levantar los ojos una vez más.

—¿Y cómo se distribuiría ese dinero exactamente? —preguntó el señor Hand.

—Bueno, nunca conviene investigar esos asuntos demasiado a fondo —comentó el señor Gilgan con naturalidad—. En política, no se puede escatimar. Hay capitanes de distrito, líderes, capitanes de manzana, trabajadores. Todos necesitan tener dinero del que disponer —para crear el sentimiento— y no se pueden hacer demasiadas preguntas sobre cómo lo hacen exactamente. Se gasta en las tabernas, en comprar carbón para las madres y en conseguirle a Johnnie un traje nuevo aquí o allí. Y después hay desfiles iluminados por antorchas, y salones de reuniones y trabajos de los que ocuparse. Hay muchas cosas en las que emplearlo, sin duda. Puede que haya que traer a algunos hombres a vivir a estos distritos, y alojarlos en casas de huéspedes

una semana o diez días. —Movi6 la mano con un gesto despreciativo.

El se1or Hand, que nunca se haba involucrado en las minucias de la pol6tica, abri6 los ojos ligeramente. Esta idea de la colonizaci6n le parecfa un poco excesiva, pens6.

—¿Qui6n distribuye este dinero? —pregunt6 finalmente.

—Nominalmente, el Comit6 Republicano del Condado, si est6 a cargo; en realidad, el hombre u hombres que dirijan la pelea. En el caso del Partido Dem6crata, es John J. McKenty, que no se le olvide. Y en mi distrito, soy yo, y nadie m6s.

El se1or Hand, lento, s6lido, y en ocasiones casi obtuso, medit6 bajando las cejas. Siempre se le haba asociado con el grupo m6s adinerado que no estaba acostumbrado al grosero ejercicio de la pol6tica que se hacfa en la trastienda de las tabernas, aunque todos tenfan la leve sospecha de que a veces se introducfan votos fraudulentos en las urnas y de que en los distritos electorales se colonizaban las casas de hu6spedes. Todo el mundo sabfa (al menos todos los que sabfan algo de la vida) que el capital necesario en pol6tica provenfa de los que pretendfan obtener cargos, de los que ostentaban cargos y de los beneficiarios de todo tipo y condici6n de la actual administraci6n local. El propio se1or Hand haba contribuido al Partido Republicano en pago de favores que haba recibido o que estaba a punto de recibir. Como hombre que se haba visto obligado a manejar asuntos muy importantes y a gran escala, no iba a discutir por esto. Trescientos mil d6lares era una suma importante, y no tenfa intenci6n de hacerse cargo 6l solo, pero imaginaba que a recomendaci6n suya, y gracias a su consejo, se podrfa conseguir. ¿Era Gilgan el hombre que podrfa enfrentarse a Cowperwood? Le ech6 un vistazo y decidi6 que s6 —en aquellas circunstancias—. De modo que llegaron a un acuerdo de inmediato. Gilgan, como miembro del Comit6 Central Republicano —posiblemente, el presidente— visitarfa todos los distritos, se pondrfa en contacto con todas las fuerzas republicanas disponibles, elegirfa candidatos fuertes y adecuados que estuvieran en contra de Cowperwood, e intentarf a conseguir que fueran elegidos, mientras que 6l, Hand, se encargaba de organizar el asunto del dinero y de reunir lo suficiente. El dinero se le entregarfa a Gilgan personalmente, y 6l contarfa con el apoyo un6nime, aunque secreto, de los elementos republicanos m6s importantes de la ciudad. Su tarea era la de ganar pr6cticamente a cualquier coste. Y como recompensa, tendrfa el apoyo republicano para su elecci6n al Congreso, y en caso de que eso fallara, contarfa con el liderazgo del Partido Republicano en la ciudad y en el condado.

—En cualquier caso —dijo Hand, despu6s de que Gilgan se despidiera—, en el futuro las cosas ya no le van a resultar tan f6ciles al se1or Cowperwood como lo han venido siendo hasta ahora. Y en cuanto a la renovaci6n de sus licencias, si sigo vivo, ya veremos si las consigue o no.

El grueso financiero lleg6 incluso a lanzar un gru6ido mientras hablaba en voz alta consigo mismo. Sentfa un rencor infinito hacia el hombre que, seg6n crefa 6l, haba provocado que su joven y elegante esposa dejara de amarlo.

CAPÍTULO XXXV

Un acuerdo político

En los distritos electorales Uno y Dos de Chicago por esta época —estos distritos incluían el corazón comercial, South Clark Street, el puerto, el dique y las zonas adyacentes— había dos hombres, Michael (alias Mike *el Sonrisas*) Tiernan y Patrick (alias Pat *Esmeralda*) Kerrigan, quienes por lo pintoresco de su carácter y por la sordidez de su ambiente, no tenían igual en la ciudad, y no se sabe si lo tendrían en todo el país. Mike *el Sonrisas* Tiernan, orgulloso propietario de cuatro de las tabernas más sucias de esta zona, era un hombretón afable —podía medir un metro ochenta y cinco de estatura, tenía los hombros proporcionalmente anchos, la cabeza bovina y según el ángulo, parecía tener forma de bala, las manos grandes, fuertes y peludas, y los pies enormes—. Había hecho muchas cosas, desde cavar zanjas hasta ocupar un asiento en el concejo de la ciudad por este su amado distrito electoral, al que él traicionaba con asiduidad por un propósito u otro; pero su principal alegría en este momento consistía en sentarse tras la maciza barandilla de caoba en el escritorio de palisandro que tenía en la parte trasera de la posada más grande de las que poseía en Clark Street; la Silver Moon. Aquí hacía recuento de las ganancias de sus diversas propiedades —tabernas, salones de juego y prostíbulos—, que él gestionaba gracias a la connivencia o a la política de ojos cerrados de la actual administración, y se dedicaba a escuchar los ruegos y peticiones de sus secuaces y de sus inquilinos^[1].

El carácter del señor Kerrigan, el único rival del señor Tiernan en esta zona difícil y algo sórdida, era ligeramente diferente. Era un hombre pequeño, bastante pulcro, de cara delgada, chupada y ligeramente demacrada, aunque su cuerpo no tenía aspecto enfermizo. Lucía un bigote grande y estridente, y una mata de pelo negro como el carbón que se peinaba con una impecable raya a un lado. Sus ojos, de un marrón casi negro, tenían una mirada astuta y cordial, y en conjunto daban lugar a una figura que resultaba bastante grata y florida, con quien no resultaba en absoluto desagradable encontrarse. Tenía las orejas grandes y le sobresalían de la cabeza, de modo que parecía un murciélago, y en sus ojos brillaba una luz inteligente y evasiva. En el tema de las finanzas era más listo que Tiernan, y era más rico que él sin tener más de treinta y cinco años, mientras que el señor Tiernan tenía cuarenta y cinco. Al igual que el señor Tiernan en el Distrito Uno, el señor Kerrigan era un potentado en el Dos, y controlaba un voto flotante de lo más útil y peligroso. Sus tabernas representaban el mayor elemento flotante que podía encontrarse en la ciudad —obreros portuarios y ferroviarios, estibadores, vagabundos, ladrones, matones, proxenetas, libertinos, detectives y otras gentes de este estilo—. Era extremadamente vanidoso, y se

consideraba a sí mismo atractivo, un «as» con las mujeres. A pesar de estar casado y de tener dos hijos, y de que su esposa fuese joven y serena, mantenía a una querida que cambiaba de un año para otro, y a otras chicas que intercalaba entre unas y otras. Sus ropas eran dignas de atención, aunque se enorgullecía de evitar las joyas, con excepción de la enorme esmeralda valorada en catorce mil dólares que ocasionalmente lucía en la corbata, y que le había valido el sobrenombre de «Pat Esmeralda» por la fascinación que despertaba. Al principio, este apelativo le había supuesto un intenso regocijo, al igual que le ocurrió con una medalla de oro y diamantes que le había concedido una fábrica de cerveza de Chicago por vender más barriles de cerveza que ninguna otra taberna de la ciudad. Más recientemente, había empezado a molestarle, desde que los periódicos comenzaran a prestarles atención en tono humorístico tanto a él como al señor Tiernan, debido a su prosperidad y a su independencia.

La relación de estos dos hombres con la situación política del momento era peculiar, y, como se vería después, constituyeron el punto débil de la campaña de Cowperwood-McKenty. Para empezar, Tiernan y Kerrigan, que eran vecinos y amigos, trabajaban juntos tanto en política como en los negocios, y ocasionalmente aunaban sus asuntos y se hacían favores mutuamente. Como los negocios a los que se dedicaban eran mezquinos y vulgares, necesitaban consejo y consuelo. Infinitamente inferiores a un hombre como McKenty en inteligencia y en su comprensión de la dimensión política del mundo, se sentían, sin embargo, celosos de él y de su elevada posición. Observaban con mirada inquisitiva y algo celosa cómo, tras su asociación con Cowperwood, crecía y se las arreglaba para imponer su voluntad de muchas maneras —sacándole dinero al departamento de policía y obteniendo importantes contribuciones anuales para la campaña de los fabricantes que gozaban de los favores de los departamentos de gas y agua de la ciudad—. McKenty —un manipulador nato en este aspecto— sabía de dónde había que sacar los fondos para la política en los momentos de emergencia, y no dudaba a la hora de exigirlos. A Tiernan y Kerrigan siempre los había tratado con justicia, dentro de lo que cabe en política; pero hasta ahora, nunca se les había incluido en su círculo más íntimo de conspiradores. Cuando venía al centro a hacer alguno de sus recados, pasaba a visitarlos y a darles la mano, se interesaba por sus negocios, y les preguntaba si necesitaban algún favor que él pudiera hacerles; pero nunca se rebajó a pedirles a ellos ninguno ni a ofrecerles personalmente recompensa alguna. Eso era cosa de Dowling y de otros de los que se valía.

Naturalmente, como hombres fuertes, inquietos y de temperamento animal, que no encontraban una salida adecuada a su creciente capacidad, tanto Tiernan como Kerrigan sentían curiosidad por ver de qué manera conseguirían aumentar sus honores y emolumentos. Sus distritos electorales, más que ningún otro de la ciudad, aumentaban en lo que podría llamarse su capacidad para amontonar votos; el voto honrado y legítimo no era demasiado extenso, pero las oportunidades que se les

presentaban para colonizar la zona, repetir votos y conseguirlos fraudulentos era inmensa. En una dudosa campaña para la alcaldía, sólo en los distritos Uno y Dos, junto con una parte del vecino Tres, registraron suficientes votos ilegítimos (una vez cerradas las urnas, si era necesario) como para cambiar por completo el cariz de la ciudad, en lo tocante a los cargos que serían nombrados. El Comité Demócrata del Condado enviaba a Tiernan y a Kerrigan enormes cantidades de dinero cuando se acercaban las elecciones, de las que ellos disponían como consideraran más adecuado. Ellos se limitaban a enviar un cálculo aproximado de cuánto dinero iban a necesitar, y siempre recibían algo más de lo que habían pedido. Nunca llevaron contabilidad alguna, ni jamás se les pidió que la hicieran *a posteriori*. Tiernan llegaba a recibir hasta quince o dieciocho mil dólares, y Kerrigan a veces hasta veinte o veinticinco mil dólares, ya que su distrito era fundamental en aquellas circunstancias.

Hacía poco tiempo que McKenty había empezado a reconocer que estos dos hombres deberían gozar pronto de mayor consideración, puesto que se estaban convirtiendo en personas más o menos influyentes. Pero, ¿cómo? Las personalidades de ambos, por no hablar de la reputación de sus distritos y de los métodos que empleaban, no eran precisamente como para inspirar confianza a la opinión pública. Mientras tanto, debido al tremendo crecimiento de la ciudad, al florecimiento de sus negocios particulares y a la cantidad de votos fraudulentos, repetición de votos y cosas por el estilo que se les pedían, ellos se iban sintiendo cada vez más impacientes. ¿Por qué no se les proponía como candidatos para cargos de mayor importancia?, se preguntaban ellos ahora con frecuencia. A Tiernan le habría encantado que lo nominaran para *sheriff* o para tesorero de la ciudad. Consideraba que estaba sumamente preparado para ello. Kerrigan había instado a Dowling en privado durante la última convención de la ciudad para que lo nominara para el puesto de comisario de carreteras y alcantarillas, cargo que estaba deseoso de obtener debido a los beneficios comerciales adicionales que se decía que proporcionaba; pero este año precisamente, debido a la necesidad de presentar candidatos sin tacha para derrotar a la fuerte oposición republicana, dicha nominación no era posible. Habría provocado las críticas de todos los elementos respetables de la ciudad. Como resultado, Tiernan y Kerrigan, a la luz de los servicios prestados, tanto en el pasado como los que tendrían que prestar en el futuro, se sintieron sumamente contrariados. No tenían la suficiente capacidad mental como para comprender el peligro que suponían para el partido, fuera de determinados campos de acción.

Tras su reunión con Hand, Gilgan, que iba por la ciudad con la promesa de dinero fácil en la boca, logró fomentar un entusiasmo considerable para la causa republicana. En los distritos electorales y en las secciones donde prevalecía «lo mejorcito» parecía probable, debido a las enseñanzas moralizantes de los periódicos, que el voto respetable se organizara esta vez de manera compacta contra Cowperwood. En los distritos electorales más pobres no iba a ser tan fácil. Era posible, cierto, mediante el desembolso del dinero suficiente, encontrar a ciertos tipos

a los que se pudiera inducir a traicionar a sus propios compañeros, pero el resultado seguía siendo incierto. Como le habían llegado rumores de un lado y de otro de que tanto Kerrigan como Tiernan estaban bastante disgustados, y reconociendo, a pesar de ser republicano, que eran más parecidos a sí mismo que a McKenty o a Dowling, Gilgan decidió visitar a esta lozana pareja para ver lo que se podría hacer para alejarlos de su actual centro de poder.

Tras la debida reflexión, buscó primero a Pat *Esmeralda* Kerrigan, al que conocía personalmente, pero con el que no había tenido una relación estrecha en política ni mucho menos, en su Emporium Bar de Dearborn Street. Esta taberna en particular, un elemento característico de la política de Chicago en esta época, era un local grande que contenía, entre otras maravillosas instalaciones propias de las tabernas, una barra circular de madera de cerezo que tenía más de tres metros y medio de diámetro, y en la que, como en una pequeña montaña brillante, aparecían los habituales vasos y copas de cristal sencillo o coloreado, las botellas, etiquetas y espejos. El suelo era una composición de pequeñas piezas de mármol de tonos rojos y verdes; el techo estaba pintarrajeado con rosados desnudos de imágenes entradas en carnes que flotaban entre nubes diáfanas; en las paredes se alternaban paneles de color cereza y marrón montados sobre palisandro. Normalmente se podría encontrar allí al señor Kerrigan de pie charlando con varios amigos, cuando otras obligaciones más urgentes no lo reclamaban, y contemplando las maravillas de la clientela de su bar, que era numerosa. El día de la visita del señor Gilgan, estaba resplandeciente con un traje marrón oscuro que lucía una fina raya roja, zapatos de cordobán, una corbata de color vino adornada con aquella esmeralda de gran renombre y un sombrero de paja de grandes proporciones con un innovador trenzado. Alrededor de la cintura, y en lugar de chaleco, llevaba una de las excentricidades de la época, un fajín de seda. Hacía un interesante contraste con el señor Gilgan, que llegaba sudoroso, sonrosado y acalorado, vestido con un traje de elegante *tweed* ligero, de cremosa y vistosa textura, un sombrero de paja y zapatos amarillos.

—¿Cómo está usted, Kerrigan? —le preguntó cordialmente, puesto que no había enemistad política entre ellos—. ¿Cómo van el Distrito Uno y los negocios? Veo que no ha perdido la esmeralda, ¿eh?

—No. No hay peligro de que eso ocurra. Ah, el negocio va bien. Y el Uno también. ¿Y qué tal está el señor Gilgan? —dijo Kerrigan extendiendo la mano con cordialidad.

—Tengo que decirle algo. ¿Puede dedicarme un poco de tiempo?

A modo de respuesta, el señor Kerrigan lo condujo hasta la trastienda. Ya había oído rumores de que habría una fuerte oposición republicana en las próximas elecciones.

El señor Gilgan se sentó.

—He venido a verlo a cuenta de lo que ocurrirá el próximo otoño, por supuesto —comenzó, sonriente—. Se supone que usted y yo estamos en extremos opuestos, y

por lo general, así es, pero ahora me pregunto si esta vez es necesario que sea así también o no.

El señor Kerrigan, que era perspicaz, a pesar de su apariencia de hombre simplón, le clavó una mirada amable.

—¿Qué está planeando? —preguntó—. Yo siempre estoy abierto a las buenas ideas.

—Bueno, es simple —comenzó Gilgan, andándose con cautela—. Usted tiene un distrito grande e importante metido en el bolsillo, y lo mismo ocurre con Tiernan, como todos sabemos; y todos sabemos también que si no fuera por lo que usted y él son capaces de hacer, no siempre resultaría elegido un alcalde demócrata. Y a mí me parece, por lo que he averiguado, que ni usted ni Tiernan le han sacado todo el provecho que podrían.

El señor Kerrigan fue en extremo cauteloso como para no hacer ningún comentario al respecto, aunque el señor Gilgan hizo una pausa.

—Y yo tengo un plan, como le he dicho, que usted puede aceptar o rechazar, como prefiera, sin que eso provoque resentimientos haga lo que haga. Creo que los republicanos van a ganar este otoño —con McKenty o sin McKenty—, y tanto si los distritos Uno, Dos y Tres están con nosotros o no, como prefieran. Las andanzas del gran hombre —refiriéndose a McKenty— con el otro tipo de North Clark Street —el señor Gilgan elegía a veces mostrarse enigmático— están prácticamente en boca de todos en estos momentos. Ya habrá visto cuál es la actitud de los periódicos. Y casualmente yo sé dónde hay una buena cantidad de dinero que va a entrar en juego, proporcionada por altas instancias financieras a quienes este hombre de los tranvías no les viene bien. Se trata de un grupo compacto de personajes de La Salle y Dearborn Street, por lo que he visto. Por qué, no lo sé. Pero así es. Quizá usted sepa más que yo. En cualquier caso, así es como está el asunto ahora. A eso hay que añadir el hecho de que ya contamos con ocho distritos que son republicanos de por sí, y diez más donde siempre existe la oportunidad de ganar, y supongo que ya estará usted viendo adónde quiero llegar. Si descontamos estos diez últimos, y nos quedamos sólo con los ocho que tenemos seguros, eso deja veintitrés distritos que nosotros los republicanos siempre les hemos cedido a los demócratas; pero si conseguimos hacernos con trece de ellos más los ocho de los que le he hablado, tendremos la mayoría en el concejo, y... —chasqueando los dedos— ustedes se quedan fuera; usted, McKenty, Cowperwood y todos los demás. Se acabaron las franquicias, los contratos para pavimentar las calles y los negocios con el gas. Nada, durante dos años, al menos, o quizá más. Si ganamos, nosotros nos quedaremos con los empleos y con los negocios suculentos. —Hizo una pausa y observó a Kerrigan con aire alegre, aunque desafiante.

»Me acabo de pasear por toda la ciudad —continuó—; he ido a todos los distritos y a todas las circunscripciones, así que sé de lo que estoy hablando. Dispongo de hombres y de dinero para presentar batalla en todos los frentes esta vez. Vamos a

ganar en otoño; yo y los tipos importantes de La Salle Street, y todos los republicanos, los demócratas o los prohibicionistas, o cualquiera que se una a nosotros. ¿Entiende por dónde voy? Vamos a presentar la batalla política más importante que Chicago haya visto nunca. No voy a darle nombres todavía, pero cuando llegue el momento, ya se enterará. Y ahora, lo que quiero pedirle es lo siguiente, y no voy a andarme con remilgos ni a irme por las ramas. ¿Vendrán usted y Tiernan conmigo y con Edstrom para hacernos con la ciudad y dirigirla durante los dos próximos años? Si están dispuestos, podremos ganar sobradamente. Entraremos todos por igual en todo —policía, gas, agua, carreteras, tranvías, todo—, o lo dividiremos de antemano y lo dejaremos todo reflejado negro sobre blanco. Sé que usted y Tiernan trabajan juntos, o no le hablaría de esto. Edstrom tiene a los suecos donde los necesita, y obtendrá veinte mil votos en otoño gracias a ellos. También está Ungerich con sus alemanes; uno de nosotros podría llegar a un acuerdo con él más adelante, y darle prácticamente el cargo que quiera. Si ganamos esta vez, podremos quedarnos con la ciudad durante seis u ocho años, en cualquier caso; eso es lo más probable, y después... bueno, tampoco hace falta pensar en el futuro con demasiada antelación. En cualquier caso tendríamos la mayoría del concejo y con eso también arrastraremos al alcalde.

—Si... —dijo el señor Kerrigan con sequedad.

—Si —contestó el señor Gilgan en tono sentencioso—. Tiene usted toda la razón. Hay un gran «si» en esto, lo admito. Pero si estos dos distritos —el suyo y el de Tiernan— pudieran por un casual unirse a los republicanos, vendrían a ser como cuatro o cinco de los otros.

—Muy cierto —contestó el señor Kerrigan—, si pudieran unirse a los republicanos. Pero no pueden. Y en cualquier caso, ¿qué es lo que quiere que yo haga? ¿Que pierda mi asiento en el concejo y que me echen del Partido Demócrata? ¿Qué está tramando? No me estará tomando por un completo idiota, ¿verdad?

—Pobre del hombre que tome a Pat *Esmeralda* por eso —contestó Gilgan a modo de azucarado cumplido—. Jamás haría tal cosa. Pero nadie le está pidiendo que pierda su asiento en el concejo ni que lo echen del Partido Demócrata. ¿Qué le impide a usted salir elegido y descartar al resto de la lista de candidatos? —Estuvo a punto de decir «apuñalar».

El señor Kerrigan sonrió. A pesar de haberse sentido insatisfecho con la situación de Chicago, nunca había pensado que la conversación del señor Gilgan llevaría a esto. Era una idea interesante. Ya había «apuñalado» a gente antes —aquí o allá a algún que otro candidato concreto al que era deseable quitar de en medio—. Si el Partido Demócrata corría algún riesgo de no resultar elegido en otoño, y si Gilgan era honesto en cuanto a su intención de dividir y controlar, quizá no fuera algo tan descabellado. Ni Cowperwood ni McKenty ni Dowling lo habían favorecido nunca particularmente. Si perdían por su causa, y él pudiera aun así mantenerse en el poder, tendrían que negociar con él, y no tendrían la opción de echarlo. ¿Por qué no podía él

traicionar al resto de la lista de candidatos? Merecía la pena pensarlo, como mínimo.

—Todo eso está muy bien —comentó con sequedad, después de que sus pensamientos siguieran su curso—; pero, ¿cómo sé yo que usted no va a cambiar de opinión y a faltar a su promesa después? (El señor Gilgan se removió irritado ante aquella insinuación.) Dave Morrissey acudió a mí hace cuatro años para que le echara una mano, y bien poco pago que recibí a cambio después.

Kerrigan se estaba refiriendo a un hombre al que había ayudado a convertirse en secretario del condado, y que se había vuelto contra él cuando le pidió que le devolviera el favor y que lo apoyara para conseguir que lo nominaran para el puesto de comisionado de carreteras. Morrissey se había convertido en un político importante.

—Eso es fácil decirlo —le contestó Gilgan irritado—, pero eso no va conmigo. Pregúntele a cualquiera de mi distrito. Pregúnteles a los hombres que me conocen. Yo pondré mi parte del trato en negro sobre blanco si usted pone la suya. Y si no cumplo mi palabra, póngame en evidencia después. Le llevaré ante la gente que me está apoyando. Le mostraré el dinero. Esta vez tengo todo lo que hace falta. ¿Y, en cualquier caso, qué tiene usted que perder? No pueden echarlo porque no salga la lista de candidatos. No pueden demostrarlo. Traeremos policías para que parezca que la votación ha sido legal. Y yo pondré todo el dinero que haga falta para que ganemos este distrito, y más.

El señor Kerrigan de repente se dio cuenta de que tenía una oportunidad imponente. Podría «pulirse», como él lo habría expresado, entre veinte y veinticinco mil dólares de los demócratas para hacer el trabajo sucio aquí. Gilgan le proporcionaría otro tanto o más —teniendo en cuenta que la situación era tan crítica—. Harían falta quizá quince o dieciocho mil dólares para conseguir el número de votos necesario en cualquier caso. En el último momento, antes de introducir los votos fraudulentos, él sabría cómo iba la ciudad. Si fuera favorable a los republicanos, sería fácil completar la victoria y quejarse después de que sus lugartenientes habían sido sobornados. Si la victoria pareciera segura para los demócratas, podría abandonar a Gilgan y embolsarse sus fondos. En cualquier caso, tendría entre veinticinco y treinta mil dólares más, y además seguiría siendo concejal.

—Todo eso está muy bien —contestó el señor Kerrigan, simulando una apatía que no sentía—, pero, diciéndolo suavemente, es un asunto muy peliagudo. No estoy seguro de querer tener nada que ver en él, ni siquiera en el caso de que pudiéramos ganar. Es cierto que los del ayuntamiento nunca me han hecho mucho el juego; pero este es un distrito demócrata, y yo soy demócrata. Si alguna vez se supiera que yo había hecho perder al partido, ese sería mi final.

—Yo soy un hombre de palabra —declaró el señor Gilgan enfáticamente y se puso en pie—. Jamás en mi vida he traicionado a ningún hombre ni he faltado a mi palabra en una apuesta. Repase mi historial en el Dieciocho. ¿Ha oído alguna vez decir a alguien que yo hubiera hecho algo así?

—No, nunca —le respondió Kerrigan con suavidad—. Pero lo que pretende hacer es muy grande, señor Gilgan. No me gustaría darle mi opinión sin pensarlo antes. Se supone que este distrito electoral es demócrata. No puede pasarse de repente a las filas republicanas sin que se arme un buen jaleo. Será mejor que visite primero al señor Tiernan para ver qué tiene él que decir al respecto. Después, quizá quiera volver a hablar de esto en profundidad. Pero, no ahora. Ahora no.

El señor Gilgan se marchó con paso airoso y alegre. No estaba en absoluto desanimado.

CAPÍTULO XXXVI

Se aproximan las elecciones

Posteriormente, el señor Kerrigan hizo una visita informal al señor Tiernan. El señor Tiernan le devolvió la visita. Un poco más adelante, los señores Tiernan, Kerrigan y Gilgan se reunieron en el salón de un pequeño hotel de Milwaukee^[1] (para que no los vieran juntos). Finalmente, los señores Tiernan, Edstrom, Kerrigan y Gilgan se reunieron para organizar un programa de repartos demasiado complejo como para explicarlo aquí. Sobra decir que incluía el reparto de los oficiales mayores y un prorrateo de los sobornos de la policía, de las ganancias en los garitos de juego y los beneficios de los burdeles, de los rendimientos del gas, de los tranvías y de otras organizaciones, y se cerró con otras tantas promesas solemnes. Si lograban hacerlo efectivo, este cuadrunvirato duraría años. Los jueces, los magistrados de menor importancia, altos y bajos funcionarios, la oficina del *sheriff*, el departamento de aguas, la recaudación de impuestos: todos quedarían bajo su jurisdicción. Se trataba de un magnífico y atractivo sueño político, y como tal, digno de cualquier cortesía y consideración, pero no se trataba más que de los aspectos finales de ese sueño político, y como tales, a veces impresionaban hasta a los propios participantes.

La campaña iba ahora a toda máquina. El verano y el otoño (septiembre y octubre) se movieron al son de las bandas de los clubes de marcha tanto demócratas como republicanos, al son de las vigorosas voces de los políticos que peroraban en los parques, en las esquinas de las calles, en tipis de madera, en salas, tiendas de campaña y en los salones de las casas —en cualquier sitio en el que lograran reunir a un magro puñado de oyentes a los que, por cualquier medio, consiguieran obligar a quedarse quietos un rato—. Los periódicos graznaban y rugían, como suele ocurrir con esos abogados y guardianes del «derecho» y la «justicia» que en realidad están movidos por el afán de obtener beneficios. Cowperwood y McKenty eran denunciados desde prácticamente todas las esquinas de Chicago. Llevaban de un lado para otro carros y carteles con ruedas en los que podía leerse: «Acabad con la asociación de las compañías de tranvías y el concejo», «¿Queréis que os roben más calles?», «¿Queréis que Cowperwood se convierta en el dueño de Chicago?». El propio Cowperwood, cuando conducía hasta el centro por la mañana, o cuando regresaba a casa por la tarde, veía estas cosas. Veía los enormes carteles, escuchaba los discursos en los que le denunciaban, y se sonreía. Para entonces ya estaba al tanto de dónde había surgido esta sublevación de semejantes proporciones. Era Hand el que estaba detrás; lo sabía porque McKenty y Addison lo habían descubierto rápidamente. Y con Hand estaban también Schryhart, Arneel, Merrill, la Douglas

Trust Company, diversos editores, el joven Truman Leslie MacDonald, los antiguos directores del gas, la Chicago General Company; todos. Incluso sospechaba que quizá hubieran sobornado a ciertos concejales para que lo abandonaran, aunque todos ellos le profesaban lealtad. McKenty, Addison, Videra y él mismo estaban planeando su defensa al detalle, y con tanto esmero y efectividad como les era posible. Cowperwood era plenamente consciente del hecho de que si perdía en estas elecciones —las primeras en las que había una oposición fuerte—, eso podría dar lugar a una grave cadena de acontecimientos; pero no tenía intención de preocuparse excesivamente. Utilizando su dinero siempre podría pelear en los tribunales por los nombramientos del concejo, y contra el alcalde y el fiscal de la ciudad. «Hay más de un camino que conduce a Roma», era uno de sus dichos favoritos, y que además expresaba exactamente cuál era su lógica y daba idea de su valor. Pero, aun así, no quería perder.

Una de las características divertidas de la campaña era que los oradores de McKenty habían recibido instrucciones de que debían gritar tanto como los republicanos pidiendo que se hicieran reformas, sólo que en vez de asediar a Cowperwood y a McKenty, ellos debían hacer hincapié en que la Chicago City Railway de Shryhart era muchísimo más rapaz, y que todo aquello no era más que una argucia para concederle una licencia global que abarcara todas las calles que aún no estaban cubiertas por las líneas de Cowperwood o las de Schryhart-Hand-Arneel. Se trataba de un buen argumento. Los demócratas podían insistir con orgullo en su interpretación, uniformemente liberal, de algunas leyes dominicales que resultaban especialmente molestas, por las cuales bajo las administraciones republicanas y reformistas a veces le había resultado difícil al honrado trabajador conseguir su vaso o su cubo de cerveza en domingo. Por otro lado, a los oradores republicanos les era posible demostrar que «los garitos y las tabernas más infames» funcionaban en todas partes para beneficio de McKenty, y que bajo la respetabilísima administración del candidato republicano a la alcaldía, esta asociación entre el gobierno local y el vicio y el delito quedaría anulada.

—Si yo soy elegido —declaró el honorable Chaffee Thayer Sluss, el candidato republicano—, ni Frank Cowperwood ni John McKenty se atreverán a asomar las narices por el ayuntamiento, a menos que lo hagan con las manos limpias y con fines honrados.

—¡Hurra! —gritó la multitud.

—Conozco a ese imbécil —comentó Addison, cuando leyó la transcripción—. Estaba empleado en la Douglas Trust Company. Se ha hecho con algo de dinero últimamente en el negocio del papel. No es más que una herramienta en manos de los intereses de Arneel y Schryhart. Tiene menos agallas que un gusano de los que se usan como cebo.

Cuando McKenty lo leyó, dijo simplemente:

—Hay otras maneras de ir al ayuntamiento, aparte de ir tú mismo en persona. —

Contaba con conseguir al menos una mayoría de los concejales.

Sin embargo, en mitad de este alboroto, las idas y venidas de Gilgan, Edstrom, Kerrigan y Tiernan no llamaron la atención. Jamás se vio a dos más corteses y al mismo tiempo furtivos que estos dos últimos. Al tiempo que confraternizaban en secreto tanto con Gilgan como con Edstrom, planificando su programa político con sumo cuidado, también se reunían con Dowling, Duvanicki, e incluso con el propio McKenty. En vista de que el resultado, por alguna razón —no llegaba a entender por qué— parecía bastante incierto, McKenty les pidió a ambos en una ocasión que fueran a verlo. Al recibir la carta, el señor Tiernan se acercó caminando a casa del señor Kerrigan para ver si él también había recibido el mensaje.

—¡Sí, sí! ¡Lo he recibido! —contestó el señor Kerrigan con gran regocijo—. Aquí lo llevo, en el bolsillo del abrigo. «Querido señor Kerrigan» —leyó—, «¿Podría hacerme el favor de venir a visitarme mañana por la tarde a las siete para cenar conmigo? Es probable que el señor Ungerich, el señor Duvanicki y varios más acudan también algo más tarde. Le he pedido al señor Tiernan que venga a la misma hora. Atentamente, John J. McKenty.» Así es como él hace las cosas —añadió el señor Kerrigan—; así, sin más.—Besó la carta burlonamente y volvió a metérsela en el bolsillo.

—Sí, yo también he recibido una, igualita. Con la misma manera de expresarse, o casi —comentó el señor Tiernan con suavidad—. Está empezando a despertarse, ¿no? ¡Vamos! Ahora el Uno y el Dos, tan pequeños, están empezando a parecerle bien grandes, ¿eh?

—¡Bah! —le dijo el señor Kerrigan al señor Tiernan, con un marcado énfasis irónico—. Esa asociación no va a durar para siempre. Me parece que se lo estaban teniendo muy creído. Pero el camino es muy largo, ¿eh? Ya casi ha llegado el momento, ¿no?

—Tienes razón —contestó el señor Tiernan con sentimiento—. El camino es muy largo. Estos son los dos distritos más grandes de la ciudad, y todo el mundo lo sabe. Si nos volvemos contra ellos en el último momento, ¿dónde se quedan, eh?

Se puso un dedo gordo junto a su nariz grande y rojiza, y miró al señor Kerrigan con los ojos entrecerrados.

—Tienes toda la razón, ¡maldita sea! —contestó el pequeño político con jovialidad.

Acudieron a la cena por separado, para que no pareciera que habían hablado antes, y se saludaron al llegar como si no se hubieran visto desde hacía días.

—¿Qué tal va el negocio, Mike?

—Bien, Pat. ¿Y a ti, qué tal te van las cosas?

—Así así.

—¿Va todo bien en tu distrito de cara a noviembre?

El señor Tiernan arrugó su gordo entrecejo.

—No sabría decirlo todavía. —Todo esto iba dirigido al señor McKenty, que no

sospechaba que hubiera deslealtad en las filas del partido.

No sacaron mucho en claro de esta reunión, en la que simplemente estuvieron sentados hablando sobre generalidades, mayorías, de lo que era probable que Zeigler hiciera con el Doce, de si Pinski lo conseguiría en el Seis y Schlumbohm en el Veinte, y así sucesivamente. Los nuevos oponentes republicanos de los viejos distritos que los demócratas daban por seguros estaban haciendo que el resultado fuera dudoso.

—¿Y qué tal en el Uno, Kerrigan? —preguntó Ungerich, un germano-americano delgado y reflexivo con aspecto de tipo astuto. Ungerich era uno de los que hasta ahora había logrado ganarse poco a poco el favor de McKenty, más que Kerrigan o que Tiernan.

—El Uno va bien —contestó Kerrigan con aire de superioridad—. Claro que eso nunca se sabe. Puede que este tipo, este Scully, consiga algo, pero no creo que sea demasiado. Si contamos con la misma protección policial...

Ungerich se sintió satisfecho. Estaba teniendo dificultades en su propio distrito, donde un rival llamado Glover parecía ir repartiendo dinero a manos llenas. Iba a necesitar bastante más dinero del habitual para ganar. Y lo mismo ocurría con Duvanicki.

McKenty finalmente se despidió de sus lugartenientes —mostrando más afecto con Kerrigan y Tiernan del que nunca había mostrado antes—. No se fiaba del todo de estos dos, y no terminaban de gustarles ni ellos ni sus métodos, que eran los más burdos de todos, aunque le resultaban útiles.

—Me alegra saber —dijo al despedirse— que las cosas parecen irte bien, Pat, y a ti también, Mike —haciéndoles un gesto de asentimiento con la cabeza a cada uno—. Vamos a necesitar todo lo que cada uno pueda aportar. Confío en que vosotros dos obtendréis un buen resultado —el mejor de todos—. El resto de nosotros no lo olvidaremos cuando se repartan los frutos después.

—Puede estar tranquilo de que haré siempre todo lo que pueda —dijo el señor Kerrigan afectuosamente—. Este es un año difícil, pero nunca hemos fallado hasta ahora.

—¡Y yo, jefe! Eso también va por mí —apuntó el señor Tiernan, de manera algo escandalosa—. Creo que me irá igual de bien que siempre.

—¡Bien por ti, Mike! —lo tranquilizó McKenty, poniéndole la mano en el hombro con suavidad—. Y tú también, Kerrigan. Los vuestros son los distritos clave, y nosotros lo sabemos. Siempre me he lamentado de que los líderes no logran ponerse de acuerdo para ofreceros algo mejor que ser concejales; pero la próxima vez no habrá la más mínima duda, si sigo teniendo influencia. —Entró y cerró la puerta. Fuera, un frío viento de octubre azotaba las hojas muertas y los hierbajos de las aceras. Ni Tiernan ni Kerrigan hablaron, aunque habían salido juntos, hasta que se hubieron alejado más de sesenta metros por la avenida en dirección a Van Buren.

—Menuda charla, ¿eh? —comentó el señor Tiernan, observando al señor Kerrigan aprovechando la luz de una farola de gas junto a la que pasaban.

—Sí. Eso es lo que siempre te dan cuando están en un aprieto. Palabras bonitas y amables, ¿eh?

—Y después de llevar diez años trabajando más que ninguno, ¿eh? Ya va siendo hora, ¿no? Es un misterio por qué no pensó en eso el pasado junio cuando la convención estaba reunida en sesión, ¿no te parece?

—¡Bah! Mikey —dijo el señor Kerrigan con una sonrisa forzada—. Eres un niño malo. Quieres el postre demasiado pronto. Tienes que esperar otros dos o cuatro, o seis años, como Paddy Kerrigan y los otros.

—Sí. Pero... no —gruñó el señor Tiernan— voy a esperar al sexto.

—Ni yo tampoco —contestó el señor Kerrigan—. Digamos que nosotros conocemos un truco para hacer papilla el asunto ese del año que viene. ¿O qué?

—Tienes toda la razón —dijo el señor Tiernan.

Y con eso se fueron tranquilamente a casa.

CAPÍTULO XXXVII

La venganza de Aileen

El interesante Polk Lynde se levantó una mañana y decidió que había llegado el momento de que su aventura con Aileen, por muy agradable que le resultara, debía culminar de la única manera que a él le parecía satisfactoria: aquel mismo día, si era posible, o al siguiente. Había pasado un periodo considerable de tiempo desde aquella comida, y aunque había intentado buscarla de diversas maneras, Aileen, debido al convencimiento de que debía pensarlo y no poner en riesgo su futuro, lo había esquivado. Ella era plenamente consciente de que se encontraba ante un punto de inflexión ahora que la ocasión llamaba a su puerta con aquella fuerza, y se mostraba tremendamente reticente y distraída. A pesar de sí misma, Cowperwood seguía teniendo gran influencia sobre ella —la convicción de que él era un personaje importante—, y eso la hacía sentirse extrañamente angustiada, confusa y meditabunda. Otro tipo de mujer que hubiera pasado por tantos problemas como ella habría terminado pronto con el asunto, particularmente desde que se enterara además de los detalles sobre su relación con la señora Hand. Pero no era el caso de Aileen. No lograba olvidar del todo las promesas de los primeros tiempos, ni las que habían intercambiado después, ni lograba dominar tampoco las ilusiones tantas veces rotas de que Cowperwood aún llegara a comportarse.

Por otro lado, no era fácil dejar a un lado a Polk Lynde, que era un merodeador, un aventurero de la alta sociedad y un pirata de los sentimientos, ni tampoco lo era contradecirlo ni hacerlo esperar. Se parecía a Cowperwood en que era un hombre de gran fuerza, y sus métodos, en lo que concernía a las mujeres, eran incluso más atrevidos. Tras frivolarizar durante mucho tiempo con el bello sexo, había aprendido que ellas eran reticentes, inseguras y tontamente volubles en sus estados de ánimo, incluso con aquellas cosas que más deseaban. Si alguien deseaba conseguir la victoria, con frecuencia tenía que hacerse con ella con mano de hierro.

De esta actitud suya había surgido su fama más o menos oscura. Aileen se dio cuenta el día que almorzó con él. Sus ojos oscuros y solemnes eran traidoramente dulces. Sintió que ella misma estaba preparando el camino para terminar encontrándose en una situación en la que estaría indefensa ante esa actitud repentina de él —y aun así había acudido.

Pero Lynde, mientras pensaba que Aileen se demoraba, había decidido este día que él debía tomar una decisión definitiva, y que debía ser favorable. La llamó por teléfono a las diez de la mañana y la irritó con sus comentarios sobre la indecisión y el humor cambiante de ella. Quería saber si no estaría dispuesta a ir a ver los cuadros

al estudio de su amigo; si lograría decidirse a asistir a un baile popular en un granero que habían organizado algunos solteros amigos suyos. Cuando ella alegó que se encontraba indispuesta, él la animó a que se tranquilizara.

—Les estás poniendo las cosas muy difíciles a tus admiradores —dijo él con dulzura.

Aileen pensaba que había pospuesto el forcejeo de manera diplomática durante algún tiempo más sin llegar a darlo por zanjado, cuando a las dos de la tarde sonó el timbre de la puerta de su casa y le anunciaron el nombre de Lynde.

—Ha dicho que estaba seguro de que usted estaba en casa —dijo el lacayo al que le había metido un dólar en la mano—, y quiere saber si podría usted verlo unos minutos. Dice que no la entretendrá más que un momento.

Aileen, a la que había cogido desprevenida con su descaro, y no del todo segura de si pudiera tratarse de algo de cierta importancia sobre lo que él deseara hablarle, riñéndose a sí misma por su indecisión, francamente fascinada por Lynde como rival por sus afectos, y recordando su voz burlona y mimosa de aquella mañana, decidió bajar. Se sentía sola, y vestida con una bata de casa de color lavanda con el cuello de armiño y puños en las mangas, estaba leyendo un libro.

—Hágale pasar a la sala de música —le dijo al lacayo. Cuando entró, respiraba con cierta dificultad, porque Lynde tenía ese efecto sobre ella. Sabía que había demostrado tener miedo al no ir a su encuentro antes, y la cobardía previa y claramente manifiesta no ayuda al poder de resistencia de nadie.

—¡Oh! —exclamó, intentando adoptar un aire de valentía que no sentía—. No esperaba verle tan pronto después del mensaje telefónico. Usted nunca ha estado en nuestra casa antes, ¿verdad? ¿Quiere colgar el abrigo y el sombrero y pasar a la galería? Aquí hay más luz, y quizá le interesen algunos de los cuadros.

Lynde, que estaba buscando cualquier pretexto mediante el que poder prolongar su visita y así vencer el estado de nervios de ella, aceptó, intentando hacer ver, sin embargo, que simplemente estaba de paso y que sólo podía quedarse un momento.

—Pensé en venir a verla otra vez aunque sólo fuera un momento. No pude resistir la tentación de entrar. Es una habitación impresionante, ¿verdad? Espaciosa, y, ¡ahí está! ¿Quién pintó ese? Ah, ya lo veo, Van Beers. Y además es una obra preciosa, encantadora.

La miró con interés y después volvió a mirar el cuadro donde, diez años más joven, optimista, esperanzada, con su parasol a rayas azules y blancas en la mano, aparecía ella sentada en un banco de piedra, y al fondo, el cielo y las nubes en un paisaje holandés. Encantado con la imagen de ella en ambos casos, fue amablemente elogioso. Hoy en día ella era algo más robusta, más rubicunda —su fibra se había endurecido, como le ocurre a tantos con el paso de los años; pero aún estaba en plena flor; quizá de un verano tardío, pero aun así, en plena flor.

—Oh, sí, y este Rembrandt. ¡Estoy sorprendido! No sabía que la colección de su marido fuese tan representativa. Veo a Israëls, a Gerome, ¡y a Meissonier! ¡Gad! Es

una colección muy representativa, ¿verdad?^[1].

—Algunas de las obras son excelentes —comentó ella, con ciertos aires, imitando a Cowperwood y a algunos otros—, pero otras terminarán siendo eliminadas con el tiempo; ese Paul Potter y este Goya^[2], por ejemplo, llegarán al mercado.

Había oído a Cowperwood decirlo una y otra vez.

Al darse cuenta de que les era posible mantener una conversación de esta manera relajada e impersonal, Aileen adoptó un aire natural e interesado, feliz y entretenida por la discreta y encantadora presencia de él. Evidentemente, él no tenía intención de hacer más que una breve visita de cortesía. Sin embargo, Lynde la estaba estudiando, preguntándose qué efecto estaría teniendo su aire desenfadado y distante. Cuando terminó de inspeccionar la galería de pasada, comentó:

—Siempre he sentido curiosidad por esta casa. Sé que la hizo Lord, por supuesto, y siempre he oído decir que estaba bien hecha. Eso de ahí es el comedor, supongo.

Aileen, que siempre se había sentido desmesuradamente orgullosa de la casa a pesar del hecho de que les había servido muy poco a nivel social, se mostró encantada de enseñarle el resto de las habitaciones. Lynde, que, por supuesto, estaba acostumbrado a casas de todos los grados de esplendor material —la de su propia familia era una de las mejores— fingió un interés que no sentía. Por el camino iba haciendo comentarios sobre el buen gusto en la decoración y en la talla de la madera, en lo encantadora que resultaba aquella disposición que permitía tener unas breves y bellas vistas, y cosas por el estilo.

—Espere un momento —le dijo Aileen, cuando se aproximaron a la puerta de su propia alcoba—. He olvidado si la mía está en orden. Quiero que la vea.

Abrió la puerta y entró.

—Sí, puede pasar —le dijo. Y él la siguió.

—Oh, sí. Sin duda. Encantadora. Qué gráciles resultan esas figuritas danzantes de encaje, ¿verdad? Una combinación de colores deliciosa. Está en total armonía con usted. Es como usted.

Él se interrumpió, y se quedó mirando la gran alfombra de cálidos tonos azules y cremas y la cama de bronce dorado.

—Bien hecho —dijo, y entonces, de repente, cambió de actitud y dejó de hablar de decoración (Aileen estaba a su derecha, y él se encontraba entre ella y la puerta), y añadió—: Dígame por qué no piensa venir al baile del granero esta noche. Sería delicioso. Se lo pasará bien.

Aileen percibió su repentino cambio de actitud y se dio cuenta de que al enseñarle las habitaciones, se había puesto en una posición que muy fácilmente podía resultar inquietante. Los ojos oscuros y atractivos de él lo decían todo.

—Oh, no estoy de humor para eso. Hace tiempo que hay una serie de cosas que no me apetecen. Yo...

Comenzó a rodearlo sin inquietarse dirigiéndose hacia la puerta, pero él la retuvo con la mano.

—No se vaya todavía —le dijo—. Déjeme hablarle. Siempre me evita como si la pusiera nerviosa. ¿Es que no le gusta lo más mínimo?

—Oh, sí, me gusta; pero, ¿no podríamos hablar igual en la sala de música que aquí? ¿No puedo decirle allí abajo por qué lo evito igual que lo podría hacer aquí? —le dijo con una sonrisa encantadora, y en la que ahora no había miedo.

Lynde dejó ver sus dos hileras de dientes blancos y brillantes, y los ojos se le llenaron de alegre malicia.

—Claro, claro —contestó—, pero se la ve tan hermosa aquí en su habitación. No me gustaría salir de aquí.

—Aun así —contestó Aileen, aún con aire alegre, pero también ligeramente molesta—. Creo que deberíamos irnos. Le resultará igual de entretenida en la planta de abajo.

Ella se movió, pero la fuerza de él, tan parecida a la de Cowperwood, era demasiado para ella. Era un hombre fuerte.

—Bueno, en realidad —dijo ella—, no debería actuar de este modo. Podría entrar alguien. ¿Qué motivo le he dado para hacerle creer que podía comportarse así conmigo?

—¿Qué motivo? —preguntó él, inclinándose para acariciar los brazos rollizos de ella con sus manos morenas—. Pues, no ha sido ningún motivo concluyente, quizá. Usted en sí misma ya es motivo suficiente. Ya le dije que me parecía encantadora la noche que estuvimos en el Alcott. ¿Es que no me comprendió? Yo creía que sí.

—Sí, entendí que le gustaba, pero nada más, quizá. Cualquiera podría hacer un comentario así. Pero, nunca se me ocurrió que llegaría a tomarse semejantes libertades conmigo. Escuche. Creo que viene alguien. —Aileen, haciendo repentinamente un intento por liberarse con todas sus fuerzas, que no le sirvió de nada, añadió—: Suélteme, por favor, señor Lynde. Debo decirle que no es muy galante por su parte retener a una mujer en contra de su voluntad. Si le hubiera dado algún motivo... Va a conseguir que me enfade.

—¡Vamos! ¡Qué cosas dice! Cualquiera diría que soy un completo extraño. ¿No recuerda lo que me dijo durante el almuerzo? No ha mantenido su promesa. Prácticamente me dio a entender que vendría. ¿Por qué no lo ha hecho? ¿Es que me tiene miedo, que no le gusta, o ambas cosas? Creo que es usted deliciosa, espléndida, y quiero saberlo.

Él cambió de posición, le rodeó la cintura con un brazo, la atrajo hacia él y la miró a los ojos. Con el otro brazo, le sostuvo a ella el brazo que tenía libre. De repente, le cubrió la boca con la suya y luego la besó en las mejillas.

—¿Me quieres, no es verdad? ¿Por qué me dijiste que quizá vinieras, si después no lo hiciste?

La sostenía con fuerza, mientras Aileen forcejeaba. Se trataba de una sensación nueva —la de que hubiera otro hombre, y de que fuera Polk Lynde el primer hombre aparte de Cowperwood por el que se había sentido atraída—. Pero ahora, aquí, en su

propia habitación, donde además cabía la posibilidad de que Cowperwood regresara o de que entraran los sirvientes.

—¡Oh, pero piense en lo que está haciendo —protestó ella, todavía no del todo preocupada por el resultado de aquel forcejeo con él, y con la sensación de que él simplemente pretendía que ella fuera cariñosa sin tener intención de llegar más allá en aquel momento—, aquí en mi propia habitación! ¡No es usted en absoluto el tipo de hombre que yo pensé que era, si no me suelta al instante, señor Lynde, señor Lynde! (Él se había inclinado y la estaba besando.) ¡No debería hacer esto! ¡De verdad! Yo... yo dije que quizá fuera, pero de ahí a acudir hay un trecho. ¡Y que venga usted a mi casa a aprovecharse de mí de esta manera! Creo que es usted horrible. Si alguna vez llegué a sentir interés por usted, ahora ese interés ha muerto, se lo aseguro. A menos que me suelte al instante, le doy mi palabra de que no volveré a verle nunca más. ¡Nunca más! ¡Lo digo en serio! ¡Oh, por favor, suélteme! ¡Voy a gritar, le digo! ¡Jamás volveré a verle después de esto! —Fue un forcejeo intenso pero inútil.

Más o menos una semana más tarde, cuando Cowperwood volvió a casa por la noche, se encontró a Aileen tarareando alegremente, aunque, a pesar de eso, parecía estar sumida en profundos pensamientos. Acababa de arreglarse para la noche, y se la veía joven y lozana —casi con el aspecto ávido y anhelante de otros tiempos.

—Bueno —le preguntó en tono alegre—, ¿qué tal han ido las cosas hoy? —Aileen, pensaba que, en cierto modo, si había actuado mal, tenía razones que la justificaban, y que quizá en algún momento, precisamente por eso, lograra recuperar a Cowperwood, lo que le hizo sentir más ternura por él.

—Oh, muy bien —contestó—. Paré un rato para visitar a los Hoecksema esta tarde. Se van a México en noviembre. Ella tiene un faetón^[3] nuevo absolutamente encantador, aunque sigue sin aparecer atractiva cuando lo conduce. Etta se está preparando para entrar en Bryn Mawr^[4], y está muy preocupada por tener que dejar a su perro y a su gato. Y después fui a una de las recepciones de Lane Cross, y a Merrill's —se refería a la tienda—, y después a casa. Vi a Taylord Lord y a Polk Lynde juntos en Wabash Avenue.

—¿A Polk Lynde? —dijo Cowperwood—. ¿Y es interesante?

—Sí que lo es —contestó Aileen—. Nunca he conocido a un hombre con unos modales tan perfectos. Es fascinante. Es como un niño, y aun así, Dios sabe que tiene bastante experiencia de la vida.

—Eso he oído —comentó Cowperwood—. ¿No es él el que estuvo involucrado en el caso de Carmen Torriba hace unos años? —Cowperwood se refería a una bailarina española que viajaba por Estados Unidos, y de la que Lynde aparentemente se había enamorado desesperadamente.

—Ah, sí —contestó Aileen con malicia—; pero eso a ti te debería dar igual. En cualquier caso, es encantador. Me gusta.

—Yo no he dicho que me importara, ¿verdad? ¿No tendrás ninguna objeción a que comente un simple incidente?

—Sí, ya he oído hablar sobre ese incidente —contestó Aileen en tono de chanza—. Te conozco.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó él, escrutando la cara de Aileen.

—Pues, que te conozco —contestó ella con dulzura, y aun así a la defensiva—. Te crees que voy a quedarme aquí y que voy a estar contenta mientras tú andas correteando por ahí con otras mujeres. ¿Que juegue a ser la mujercita dulce y cariñosa? Bueno, pues no voy a hacerlo. Sé por qué dices eso sobre Lynde. Posiblemente sea para evitar que sienta interés en él. Aun así me interesará si yo quiero. Te dije que lo haría, y lo haré. Y tú puedes hacer lo que mejor te parezca al respecto. No me quieres, así que ¿por qué debería molestarme a mí si otros hombres llegaran a sentir interés o no?

La verdad era que Cowperwood no estaba pensando en una probable relación entre Lynde y Aileen, ni en que existiera la posibilidad de que tuviera algo que ver con ningún otro hombre, pero empezaba a sentir de manera muy remota que quizá hubiera alguien. Eso era lo que Aileen había sentido en él, y lo que había provocado aquel comentario aparentemente gratuito. En aquellas circunstancias, Cowperwood procuró actuar con la mayor suavidad posible, puesto que había captado la implicación con claridad.

—Aileen —le dijo con voz arrulladora—, ¡qué cosas dices! ¿Por qué dices eso? Sabes que te quiero. No puedo impedirte hacer lo que quieras, y estoy seguro de que sabes que tampoco quiero hacerlo. Lo único que quiero es verte contenta. Sabes que me importa.

—Sí, ya sé lo que te importa —contestó Aileen, cambiando de actitud—. No empieces con eso otra vez, por favor. Estoy harta de oírlo. Sé que andas por ahí con otras. Sé lo de la señora Hand. Hasta los periódicos lo dejan bien claro. Has pasado en casa sólo una tarde en los últimos ocho días, y sólo lo suficiente como para que te vea un momento. No me hables. No intentes hacerme arrumacos. Siempre lo he sabido. No creas que no sé quién es tu última pasión. Pero no empieces a gimotear, y no riñas conmigo si empiezo a sentir interés por otros hombres, porque tengo intención de hacerlo. Y será únicamente culpa tuya si lo hago, y lo sabes. No empieces con tus quejas. No te servirá de nada. No voy a quedarme aquí sentada mientras tú me pones en ridículo. Te lo he dicho una y otra vez. Tú no lo crees, pero no voy a quedarme aquí. Ya te dije que encontraría a alguien un día de estos, y así lo haré. De hecho, ya ha ocurrido.

Ante este comentario, Cowperwood la observó con serenidad, analizándola, pero con una actitud no exenta de comprensión. Sin embargo, ella salió apresuradamente de la habitación con aire desafiante antes de que pudiera decir nada más, y bajó a la sala de música, desde donde un momento después, subiendo por el pasillo de la planta de abajo, le llegaron los acordes de la *Rapsodia húngara, N.º 2*^[5], tocada, por una vez, con sentimiento y emoción. Aileen estaba vertiendo en ella parte de su desesperada aflicción y de su sufrimiento. En aquel momento, Cowperwood detestó

la idea de que alguien tan engreído como Lynde —un seductor de la alta sociedad tan atractivo y elegante— pudiera ser de interés para Aileen; pero si había de ser, así sería. En justicia, carecía de razones para quejarse. Al mismo tiempo, lo invadió una oleada de pena por tiempos pasados. La recordó en Filadelfia, vestida con la capa roja de colegiala —en la casa de su padre—, montando a caballo o en el carruaje. ¡Qué muchacha tan espléndida y tan cariñosa había sido! Una dulce tontita enamorada. ¿De verdad habría decidido dejar de preocuparse por él? ¿Sería posible que encontrara a alguien que sintiera interés por ella, y en quien ella pudiera llegar a interesarse de verdad? Ese pensamiento le resultaba extraño.

La observó más tarde cuando entró en el comedor, vestida de seda verde de un tono similar a la pátina del cobre y con el pelo rizado en un recogido alto —y a su pesar, no pudo evitar admirarla—. Su espíritu parecía seguir siendo joven, y a pesar de eso, parecía malhumorada —cariñosa (con alguien), ávida y desafiante—. Pensó por un momento que la pasión y el amor eran algo terrible —en cómo nos convierten en tontos a todos—. «Todos estamos atrapados por un gran impulso creador», dijo para sí. Habló de otras cosas durante un rato —de las cercanas elecciones, del cartel que había visto en un carro y que portaba la pregunta: «¿Se convertirá Cowperwood en el dueño de la ciudad?».

—Me parece que eso es hacer política barata —comentó. Y después le contó que se había parado en lo que llamaban un tipi republicano en las calles State y Sixteenth —una gran choza de madera de mala construcción sin pintar en la que había asientos, y allí oyó cómo el orador lo denunciaba con saña—. Tuve la tentación de hacerle unas cuantas preguntas al burro ese —añadió—, pero decidí no hacerlo.

Aileen tuvo que sonreír. A pesar de todas sus faltas, era un hombre maravilloso. ¡Cómo había conseguido echar a toda la ciudad a pelear! «Mas qué puede importarme que bello fuere, si conmigo justo ser no quisiere»^[6].

—¿Y has conocido a alguien más que te guste, aparte de Lynde? —preguntó finalmente con cierta malicia, buscando obtener más información sin meter demasiada cizaña.

Aileen, que lo había estado observando con la certeza de que el tema volvería a salir, contestó:

—No. Pero tampoco me hace falta. Con uno tengo suficiente.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó él con suavidad.

—Simplemente lo que he dicho. Que con uno tengo suficiente.

—¿Quieres decir que estás enamorada de Lynde?

—Quiero decir, ¡oh! —se interrumpió para mirarlo con actitud desafiante—. ¿Y a ti qué más te da lo que yo quiera decir? Sí, lo estoy. ¿Y a ti qué te importa? ¿Por qué estás ahí sentado interrogándome? A ti te da igual lo que yo haga. Tú no me quieres. ¿Qué derecho tienes a intentar averiguar nada ni a observarme? Hasta ahora, lo que me ha detenido no ha sido que tuviera consideración por ti. ¿Y si estoy enamorada? ¿A ti qué más te daría?

—Oh, sí que me importa. Sabes que me importa. ¿Por qué dices eso?

—Sí, te importa —estalló ella—. Ya sé cómo te importo. Sólo te diré una cosa —la furia que sentía ante la indiferencia de él no le permitía parar—, estoy enamorada de Lynde. Y lo que es más, soy su amante. Y seguiré siéndolo. Pero ¿a ti qué te importa? ¡Bah!

Los ojos le echaban chispas, enrojeció violentamente y respiraba con dificultad.

Ante esta confesión hecha al calor del rencor y de la furia que tanto tiempo de indiferencia había provocado, Cowperwood se enderezó en la silla por un momento, se le endurecieron los ojos con aquella mirada implacable con la que a veces se enfrentaba al enemigo. Al instante pensó que había muchas cosas que podía hacer para convertir su vida en una pesadilla, y para vengarse de Lynde, pero decidió que no lo haría. No era la debilidad lo que lo movía, sino el sentimiento de que su poder era superior. ¿Por qué debía sentir celos? ¿Es que no se había portado muy mal? Un momento después, su actitud cambió y sintió lástima de Aileen, de él mismo, de la vida... con sus enredos de deseo y necesidad. No podía culpar a Aileen. Lynde era sin duda atractivo. No sentía el más mínimo deseo de pelearse con él ni de separarse de ella —simplemente dejaría de mantener relaciones íntimas con ella para permitirle así que aclarara sus sentimientos—. Quizá fuera ella la que quisiera abandonarlo a él por propia voluntad. Quizá, si él encontraba alguna vez a la mujer adecuada, esto fuera base suficiente para abandonarla. La mujer adecuada, ¿pero dónde estaba? Aún no la había encontrado.

—Aileen —dijo con dulzura—, me gustaría que no te sintieras mal por esto. ¿Por qué deberías hacerlo? ¿Cuándo ha ocurrido esto? ¿Me dirás eso?

—No, no te lo diré —contestó ella con resentimiento—. No es asunto tuyo, y no voy a decírtelo. ¿Y tú por qué preguntas? Si te da igual.

—Sí que me importa, te digo —volvió a repetir él, irritado, casi con rudeza—. ¿Cuándo ha ocurrido? Puedes decirme eso, al menos. —En aquel momento, los ojos de él tenían una mirada fría y dura, que, sin embargo, se disolvió en aquella pregunta amable.

—Oh, no hace mucho. Una semana más o menos —contestó Aileen, como si estuviera obligada a hacerlo.

—¿Cuánto hace que lo conoces? —preguntó él con curiosidad.

—Pues, hará unos cuatro o cinco meses. Lo conocí el invierno pasado.

—¿Y has hecho esto de forma deliberada, porque estabas enamorada de él o porque querías herirme a mí?

No podía creer, a raíz de antiguos encuentros entre ambos, que hubiera dejado de amarlo.

Aileen se removió irritada.

—Eso me gusta —saltó—. Lo hice porque quise hacerlo, y no por amor hacia ti, eso te lo aseguro. Me asombra tu desfachatez para suponer que puedes interrogarme después de haberme tenido abandonada. —Alejó el plato e hizo ademán de ponerse

de pie.

—Espera un minuto, Aileen —dijo simplemente, dejando el tenedor y el cuchillo y paseando la mirada por la elegante mesa, en la que había porcelana de Sèvres, plata, fruta y delicados platos, y en la que ambos se sentaban, uno frente al otro, bajo luces envueltas en pantallas de seda—. Preferiría que no me hablaras de ese modo. Sabes que no soy ningún estúpido insignificante. Sabes que, hagas lo que hagas, no voy a pelearme contigo. Sé lo que te pasa. Sé por qué estás actuando de este modo y sé cómo te sentirás más adelante si sigues con esto. No es por nada que yo vaya a hacer... —Se interrumpió porque sintió una oleada de emoción.

—¿Ah, no? —dijo ella irritada, intentando vencer a la emoción que empezaba a embargarla. La calma de él le devolvía recuerdos del pasado—. Pues, guárdate tu comprensión. No la necesito. Me marchó. Y me gustaría que dejaras de hablarme.

Empujó el plato con tanta fuerza que volcó una copa de champán, y una mancha amarillenta se extendió por la mantelería blanca. Se puso de pie y se dirigió apresuradamente hacia la puerta. La rabia, el dolor, la vergüenza y el arrepentimiento casi la ahogaban.

—¡Aileen! ¡Aileen! —gritó él, saliendo tras ella e ignorando al mayordomo, que al oír que se movían las sillas, había entrado en el comedor. Las desgracias de esta familia eran para él algo habitual desde hacía tiempo—. Es amor lo que buscas, no venganza. Lo sé. Quieres que alguien te ame. Lo siento. No seas demasiado dura conmigo. Yo no lo seré contigo. —La agarró del brazo y la detuvo antes de llegar a la siguiente habitación. Para entonces, el ardor de la emoción era tan intenso que Aileen ya no podía hablar con sensatez ni comprender lo que él estaba haciendo.

—¡Suéltame! —exclamó enfadada y con los ojos llenos de lágrimas—. ¡Suéltame! Te he dicho que ya no te amo. ¡Que te odio! —Se soltó violentamente y se quedó erguida frente a él—. ¡No quiero que me hables! Eres el causante de todos mis problemas. Tú eres la causa de todo lo que hago, de cuándo lo hago, y ¡no te atrevas a negarlo! ¡Ya verás! ¡Ya verás! ¡Ya verás de lo que soy capaz!

Se sacudía, pero él la sostuvo con firmeza hasta que, presa de la fuerza de él, como siempre, se vino abajo y comenzó a llorar.

—Y lloro —dijo, incluso entre lágrimas—, pero da lo mismo. ¡Es demasiado tarde! ¡Demasiado tarde!

CAPÍTULO XXXVIII

La hora de la derrota

Al estoico Cowperwood, que percibía el estruendo y la excitación que acompañaba a la campaña de otoño, le dolió mucho más enterarse del abandono de Aileen que saber que había logrado disponer a todo el estamento social de Chicago en su contra. No lograba olvidar la maravilla de aquellos primeros días, cuando Aileen era joven, y el amor y la esperanza eran la esencia de su ser. Ese pensamiento atravesaba todos sus esfuerzos y reflexiones como un tenue rumor perfectamente orquestado desde la distancia. En general, y a pesar de su actividad, era un hombre introspectivo, que apreciaba el arte y el teatro, y al que afectaba el *pathos* de los ideales rotos. No abrigaba resentimiento alguno hacia Aileen —lo único que sentía era dolor por las inevitables consecuencias de su propio ingobernable temperamento y del deseo de libertad que habitaba en él—. ¡Cambiar! ¡Cambiar! ¡La inevitable desaparición de las cosas! ¿Quién se desprende de algo perfecto, aunque sólo sea un amor irracional, sin sentir una pizca de autocompasión?

Pero pronto llegaron el seis de noviembre y las elecciones, ruidosas e irracionales, que tuvieron como resultado una rotunda derrota. De los treinta y dos concejales nominados, sólo diez fueron elegidos, proporcionándole a la oposición una mayoría de dos tercios en el concejo, entre los que, por supuesto, se encontraban los señores Tiernan y Kerrigan, sanos y salvos, aposentados en sus asientos. Con ellos llegaron un alcalde republicano y todos los socios republicanos de la candidatura, quienes supuestamente ahora iban a poner en práctica todas las teorías de la respetabilidad y la virtud. Cowperwood sabía lo que eso suponía y se preparó de inmediato para presentar propuestas al enemigo. Por McKenty y otros más fue enterándose gradualmente de toda la historia de la traición de Tiernan y Kerrigan, pero no les guardó rencor por ello. Así era la vida. Debían cuidarlos con más mimo en el futuro o bien cogerlos en alguna trampa y destruirlos por completo. Según ellos mismos habían contado, se las habían arreglado para entrar sólo por los pelos.

—¡Mirad mi caso! Gané sólo por trescientos votos —declaró el señor Kerrigan astutamente en diversas ocasiones—. ¡Por Dios, casi pierdo mi propio distrito!

El señor Tiernan se mostró igualmente enfático.

—La policía no me sirvió de nada —declaró con firmeza—. Dejaron que los otros hombres apalearan a los míos. Sólo conseguí seis mil votos, cuando debería haber tenido nueve.

Pero nadie los creyó.

Mientras McKenty pensaba cómo podría deshacer esta victoria temporal, y

Cowperwood decidía que, en su caso, la mejor política sería la conciliación, Schryhart, Hand y Arneel, uniendo esfuerzos con el joven MacDonald, se preguntaban cómo podrían asegurarse de que esta victoria del partido debilitara a Cowperwood y le impidiera retornar al poder de forma permanente. La que siguió fue una lucha larga y compleja, que conllevó (antes de que Cowperwood lograra acercarse a los nuevos concejales) la propuesta de reintroducción y aprobación de la licencia de General Electric^[1] que tanta oposición había sufrido, por la que se le concedían derechos y privilegios en distritos alejados del centro a varias compañías menores, y por último, y lo que era aún peor —algo que antes no se le había ocurrido a Cowperwood que fuera ni mínimamente probable—, el proyecto de aprobar una ordenanza que concediera a cierta compañía del South Side el privilegio de levantar y gestionar una vía elevada. Este supuso el peor golpe que Cowperwood había recibido hasta el momento, porque introducía un factor nuevo que venía a complicar la situación de los tranvías de Chicago, que, hasta ahora, a pesar de todos los problemas, había sido comparativamente simple.

No obstante, hemos de aclarar que unos dieciocho o veinte años antes ya se había concebido y levantado toda una serie de vías elevadas en Nueva York, construidas con la idea de aliviar la congestión del tráfico en la parte más baja de aquella isla larga y estrecha, y habían demostrado ser un tremendo éxito. Cowperwood había mostrado interés en ellas, junto con cualquier otra cosa relativa al tráfico urbano, desde el principio. En sus diversos viajes a Nueva York, las había inspeccionado cuidadosamente. Lo sabía todo sobre su incorporación, los cordones de respaldo, los gastos que conllevaban, los beneficios que daban y así sucesivamente. Personalmente, y en lo relativo a Nueva York, consideraba que eran una solución ideal para el tráfico de aquella atestada isla. Aquí en Chicago, donde la población era aún comparativamente pequeña —rondaba el millón en este momento, y se encontraba muy dispersa en un área enorme—, le parecía que no serían rentables, al menos hasta bastantes años después. El aumento del tráfico debía canalizarse a través de las líneas de superficie, y si él las construía, estaría simplemente duplicando sus gastos y reduciendo los beneficios a la mitad. De vez en cuando había contemplado la posibilidad de que fueran otros los que las construyeran —siempre que pudieran conseguir la licencia, lo que no había parecido probable antes de las últimas elecciones—, y en relación a esto, una vez le había comentado a Addison:

—Dejemos que se gasten el dinero, y para cuando la población sea suficiente para mantener las líneas, habrán caído en manos de los liquidadores. Con eso, la presa caerá en mi trampa y podré comprarlas por nada y menos. —Addison se había mostrado de acuerdo con sus conclusiones, pero desde que aquella conversación tuviera lugar, las circunstancias habían convertido la construcción de aquellas vías elevadas en algo bastante menos problemático.

En primer lugar, el interés del público por las vías elevadas no dejaba de aumentar. Eran una novedad, un elemento de la vida de Nueva York; y en este

momento, el ciudadano medio de Chicago sentía una intensa rivalidad con el centro de aquella ciudad cosmopolita. El sentimiento del público en este sentido, aunque quizá infantil e impropio, era sin embargo de suficiente envergadura como para que una vía elevada en Chicago fuese una iniciativa popular en aquel momento. En segundo lugar, dio la casualidad de que debido a esta oleada creciente de entusiasmo municipal, a este renacimiento del Oeste, Chicago había sido por fin elegida, en fechas próximas a la reciente campaña, como la ciudad favorita para una enorme feria internacional —la más grande que jamás se hubiera celebrado en los Estados Unidos^[2]—. Hombres como Hand, Schryhart y Arneel, por no mencionar a los diversos editores y directores de periódicos, habían mostrado un apoyo entusiasta a este proyecto, y en este caso, Cowperwood había estado de su parte. Pero la elección de la ciudad no había hecho más que hacerse efectiva cuando los enemigos de Cowperwood convirtieron en su primer objetivo utilizar aquella situación en su contra.

Para empezar, la ubicación de la feria, con la ayuda del nuevo concejo anti-Cowperwood, sería en el South Side, justo donde terminaba la línea de Schryhart, obligando de este modo a toda la ciudad a pagar tributo a aquella sociedad. Simultáneamente, a la facción de Schryhart se le ocurrió de repente que sería un excelente golpe comercial que la idea de las vías elevadas de Nueva York se introdujera ahora en la ciudad —no tanto con la intención de ganar dinero de manera inmediata, sino con la de hacer comprender al odiado magnate que tenía un rival formidable que podría llegar a invadir el territorio que ahora él monopolizaba, restringiéndoselo de este modo, y, por tanto, demostrándole que sería aconsejable que liquidara sus acciones y se marchara—. Las reuniones que el señor Schryhart mantuvo con el señor Hand, y las que el señor Hand mantuvo con el señor Arneel concernientes a este asunto, fueron tranquilas e interesantes. El plan, según fue trazado en un principio, era construir una vía elevada en el South Side —al sur de los terrenos propuestos para la ubicación de la feria—, y una vez que esa gozara de aceptación —y después de haberse asegurado las licencias que les permitirían cubrir todas las áreas, West, South y North—, construir las otras cuando más les conviniera, diciendo así adiós a Cowperwood con una dulce y sonriente despedida.

Cowperwood, que aguardaba a que se convocara al nuevo concejo de la ciudad, no tenía intención de quedarse sentado tranquilamente mientras el enemigo le asestaba un golpe por pillarlo desprevenido. Reunió a sus agentes habituales y a los abogados de sus sociedades, quienes al poco le informaron del proyecto de la nueva vía elevada, lo que para él supuso una gran conmoción. Obviamente, Hand y Schryhart iban ahora muy en serio. Al instante dictó una carta para el señor Gilgan en la que le pedía que fuera a visitarlo a su oficina. Al mismo tiempo, se apresuró a ordenar a sus asesores que descubrieran qué instrumentos podrían utilizar para influir sobre el nuevo alcalde, el honorable Chaffee Thayer Sluss, para obligarlo a vetar las ordenanzas en caso de que llegaran ante él —para hacer que cambiara completamente

de opinión.

El honorable Chaffee Thayer Sluss, cuya actitud en este caso demostraría ser crucial, era un tipo alto y bien formado, algo grandilocuente, que se tomaba muy en serio a sí mismo y sus oportunidades sociales y comerciales, así como sus actos, y todo ello a la luz de una moralidad superior. Quizá fuera del tipo de personas que al haber crecido en un ambiente de relativo confort con ciertas pretensiones sociales, carecen de esas grises circunvoluciones del cerebro humano que le permiten a un individuo ver los aspectos fortuitos e inciertos de la vida, y piensan que ellos — debido a la ausencia de necesidad y la consiguiente falta de experiencia humana— y todo lo que hacen están gobernados por un espíritu venerable y protegido por la providencia. El honorable Chaffee Thayer Sluss había llegado a la conclusión de que, debido al espléndido linaje del que tanto se enorgullecía, era esencialmente un hombre honrado. Su padre había amasado una pequeña fortuna con un negocio mayorista de arneses. Su esposa, con la que se había casado a los veintiocho años — una mujer bonita pero insignificante— era hija de un fabricante de encurtidos, cuyos productos gozaban de cierta demanda y cuyos hijos habían sido considerados un «buen partido» en el barrio del que procedía el honorable Chaffee Sluss. Se había celebrado un banquete de boda al estilo más conservador y habían hecho su viaje de novios al Jardín de los Dioses y al Gran Cañón^[3]. Después, el impecable Chaffee, que gozaba de la bendición de ambas familias por su determinación a ascender en la vida, había regresado a su negocio de corredor de efectos comerciales, y había empezado con gran esmero a amasar por su cuenta el suficiente dinero como para llevar una vida cómoda y desahogada.

El honorable Chaffee, todo hay que admitirlo, no tenía defectos reseñables, a menos que consideremos como tales su engreimiento y el excesivo cuidado con que manejaba sus posibilidades de futuro y sus oportunidades. Pero tenía una debilidad que le resultaba extremadamente perturbadora, en vista de la severidad de su joven esposa y de las ideas algo puritanas y de la propensión religiosa de su padre y de su suegro. Le atraía la belleza femenina en general, aunque le resultaban especialmente atractivas las mujeres rollizas y rubias con el pelo del color del maíz. De vez en cuando, a pesar de que tenía la esposa ideal y dos hijos preciosos, se le iban los ojos, con una mirada meditabunda y llena de curiosidad, tras aquellas seductoras formas que se cruzan en el camino de todo hombre y que parecen llamarlos pícaramente con sus implicaciones, aunque esa llamada no se haya producido de manera abierta.

Sin embargo, no fue hasta varios años después de que el señor Sluss se casara, y cuando ya bien se podría haber considerado que había sentado la cabeza con rectitud, cuando se permitió hasta cierto punto ejercer de alegre Lotario de una manera efectiva. Una experiencia o dos con las muchachas menos robustas y viciosas de la calle, una tímida aventura con una muchacha de su oficina que no era principiante en las prácticas que ella alentaba, lanzaron su carrera. Al principio se prestó a la gran insensatez de simular que estaba verdaderamente enamorado, algo que puso en duda

a más de una joven inteligente. El entretenimiento y las posibilidades de promoción que él ofrecía eran aceptados como recompensa suficiente. Una muchacha, sin embargo, a la que llegó a seducir, hubo de ser compensada con cinco mil dólares, y eso, además, tras sufrir suficiente terror y angustia (sentía planear en el horizonte la horrible amenaza de su esposa, de su familia política y de la suya propia) como para que se hubiera curado para siempre de su predilección por las taquígrafas y por todas las empleadas en general. Después de eso y durante mucho tiempo, se limitó estrictamente a las personas que podía llegar a conocer a través de los agentes, corredores y fabricantes con los que hacía negocios, y quienes ocasionalmente lo invitaban a alguna que otra fiesta o bacanal.

Con el paso del tiempo se volvió más astuto, aunque, ¡ay!, también más ansioso. A través de sus relaciones con comerciantes y con algunos políticos de importancia a los que conoció por casualidad, y debido a que el distrito en el que vivía era fundamental, empezó a hablar en público ocasionalmente y a entrever difusamente la importancia de esa lógica que ve la vida como un bosque pagano, y la religión y las convenciones como las formas que el hombre adopta o abandona según su gusto, estado de ánimo y capricho a lo largo del transcurso de los siglos. Pero no sería Chaffee Thayer Sluss quien llegara a comprender el verdadero significado de todo aquello. Su cerebro no tenía la suficiente capacidad. Los hombres llevaban una doble vida, cierto; pero se diga lo que se diga, y en vista de su propia conducta descarriada, eso estaba muy mal. El domingo, cuando iba a la iglesia con su esposa, sentía que la religión era algo esencial y purificador. Cuando se encontraba en su negocio, a menudo se enfrentaba a pequeños fallos de su lógica concernientes a beneficios indebidos, declaraciones falsas y cosas por el estilo; pero se diga lo que se diga, no obstante y a pesar de todo ello, Dios era Dios, la moralidad era extraordinaria y la iglesia era importante. Estaba mal dejarse vencer por los impulsos, a pesar de lo fascinante que a él le resultara hacerlo. Uno debía ser mejor que su vecino, o fingir que lo era.

¿Qué se puede hacer con semejante batiburrillo, con un imbécil moralista como este? A pesar de todas sus aventuras y de las consiguientes dudas, fruto del miedo a ser descubierto, prosperó en su negocio y llegó a gozar de cierta importancia en su propia comunidad. Como se había vuelto más relajado, también se había convertido en una persona más cordial y tolerante, que era a su vez aceptado de una manera más general. Era un buen republicano, que iba tras la estela de Norrie Simms y del joven Truman Leslie MacDonald. Su suegro era rico y gozaba de una moderada influencia. Como se había prestado a dar ciertos discursos durante la campaña y a trabajar para el partido, demostró ser un auténtico adepto. Debido a todo lo cual —su capacidad, su flexibilidad y su saborcillo a total respetabilidad—, había sido nombrado candidato a la alcaldía en la lista republicana, que más adelante resultaría elegida.

Cowperwood sabía bien, por los comentarios que se habían hecho durante la reciente campaña, de la actitud despectiva del alcalde Sluss. Ya lo había hablado

durante una conversación con el honorable Joel Avery (exsenador del estado), al que tenía en su nómina por aquel entonces. Avery había estado involucrado en todo tipo de trabajos en el ayuntamiento, y conocía todos los entresijos de los tribunales —abogados, jueces, políticos— igual de bien que los estatutos enmendados. Era un hombre muy pequeño —no medía más de metro y medio—, tenía la frente ancha, el pelo y las cejas de color azafrán, ojos marrones y gatunos, y el labio inferior tan pulposo que a veces llegaba a cubrirle el superior cuando se ponía a pensar. Tras muchos años, el señor Avery había aprendido a sonreír, pero lo hacía de una manera extraña y exótica. Por lo general, miraba fijamente, plegaba el labio inferior sobre el superior y expresaba sus prácticamente inalterables conclusiones con expresiones lentas y addisonianas^[4]. En el actual momento de crisis, fue el señor Avery el que tuvo una sugerencia que hacer.

—Una cosa que creo que se podría hacer —le dijo a Cowperwood un día durante una reunión privada— sería echarle un vistazo a... los... digámoslo así, asuntos amorosos del honorable Chaffee Thayer Sluss. —Los ojos gatunos del señor Avery brillaron con sarcasmo—. A no ser que esté muy equivocado, y a juzgar simplemente por la presencia de ese hombre, es el tipo de persona que probablemente haya tenido, y si no ha sido así, se le podría inducir fácilmente, alguna aventura comprometedor con alguna mujer, que requeriría gran sacrificio por su parte conseguir arreglar. Todos somos humanos y vulnerables... —Y el labio inferior del señor Avery cubrió el superior, y después volvió a bajar—, y no nos corresponde a ninguno de nosotros mostrarnos excesivamente éticos y santurrones. El señor Sluss es un hombre bienintencionado, aunque un poco sentimental, según mi opinión.

Cuando el señor Avery dejó de hablar, Cowperwood se limitó a observarlo, divertido no menos por su aspecto que por su sugerencia.

—No es mala idea —dijo—, aunque no me guste mezclar los asuntos amorosos con la política.

—Sí —dijo el señor Avery con verdadero sentimiento—, puede que ahí haya algo. No lo sé, pero nunca se sabe.

El resultado fue que al ahora distinguido personaje legal, el señor Burton Stimson, se le asignó la tarea de elaborar un informe sobre los hábitos, gustos e inclinaciones del señor Sluss, y él, a su vez, se lo asignó a su ayudante, el señor Marchbanks. Se trataba de una situación sorprendente en algunos aspectos, y aquellos que conozcan algo los entresijos de la política, de las finanzas y del control de las instituciones —algo en lo que eran expertos en aquella próspera época— nunca llegarán a extrañarse de los pozos de complejidad, de los sumideros de sufrimiento y de los cenagales de desastre que representaban.

Por otro flanco, el honorable Patrick Gilgan no tardó en responder al mensaje de Cowperwood. Fuera cuales fueran sus inclinaciones y sus relaciones políticas, no estaba dispuesto a desatender a un hombre tan poderoso.

—¿Qué puedo hacer hoy por usted, señor Cowperwood? —le preguntó cuando

llegó con un aspecto cuidado y relajado, impecable tras su victoria.

—Escuche, señor Gilgan —dijo Cowperwood sin más, observando fijamente al presidente del comité del Partido Republicano del condado con los dedos entrecruzados y haciendo girar sus pulgares—, ¿va a permitir que el concejo autorice la licencia de General Electric y la de la «L»^[5] de vías del South Side sin darme siquiera la oportunidad de decir ni una palabra ni de hacer nada al respecto?

Cowperwood estaba al tanto de que el señor Gilgan era sólo uno de los integrantes del nuevo cuadrunvirato que se disponía a gobernar la ciudad, pero intentó que pareciera que él pensaba que Gilgan era quien tenía la última palabra —que era todo poder y autoridad—, al estilo de McKenty.

—Mi buen amigo —contestó Gilgan con cierta astucia—, me halaga usted. No tengo al concejo en el bolsillo. Es cierto que he sido el presidente del comité del condado, y que he ayudado a elegir a algunos de estos hombres, pero no soy su dueño. ¿Por qué no deberían aprobar la licencia de General Electric? Se trata de una licencia legal, hasta donde tengo conocimiento. Todos los periódicos se han mostrado favorables. Y en cuanto a la licencia para la «L» de vías, no tengo nada que ver con ella. Y no es algo de lo que tenga muchos conocimientos. El joven MacDonald y el señor Schryhart se están encargando del asunto.

De hecho, lo que el señor Gilgan le estaba diciendo era absolutamente cierto. Un secuaz del joven MacDonald, que estaba empezando a aprender a jugar en política —un concejal llamado Klemm—, había sido nombrado lugarteniente—, y era MacDonald —y no Gilgan, Tiernan, Kerrigan ni Edstrom— quien debía reunir a los concejales reticentes para indicarles cuál era su deber. El cuadrunvirato de Gilgan todavía no había puesto su maquinaria a funcionar debidamente, aunque hacían todo lo que podían para conseguirlo.

—Ayudé a elegir a cada uno de estos hombres, es cierto; pero eso no significa que yo los gobierne —terminó Gilgan—. Al menos, no aún.

Cowperwood sonrió ante aquel «no aún».

—De todas formas, señor Gilgan —continuó sin alterarse—, usted es teóricamente el cabecilla de todo este movimiento en mi contra en este momento, y es usted a quien tengo que recurrir. Y tiene usted la actual situación del partido prácticamente bajo su control y puede hacer prácticamente lo que quiera si se lo propone. Si así lo decide, podría convencer a los miembros del concejo para que tardaran bastante más de lo que podrían en otras circunstancias en aprobar estas licencias, de eso estoy seguro. No sé si usted sabrá, señor Gilgan, aunque supongo que sí, que toda esta contienda en mi contra es una campaña de golpes que tiene como objetivo echarme de Chicago. Pero usted es un hombre con sentido común y con una considerable experiencia en los negocios, y me gustaría preguntarle si de verdad cree que es justo. Llegué aquí hace dieciséis o diecisiete años y me metí en el negocio del gas. Se trataba de un campo abierto, el que yo decidí desarrollar —pueblos de las afueras tanto del North, South y West Sides—. Pero desde que empecé, las viejas compañías

se pusieron en mi contra, a pesar de que yo no estaba invadiendo su territorio en absoluto en aquel momento.

—Lo recuerdo muy bien —contestó Gilgan—. Yo fui uno de los hombres que le ayudó a conseguir la licencia de Hyde Park. Jamás la habría conseguido si no hubiera sido por mí. Ese McKibben —añadió Gilgan con una sonrisa— es un tipo agradable. Caminaba siempre como si llevara zapatos de goma. Sigue con usted, supongo.

—Sí, por aquí anda —contestó Cowperwood con cierta arrogancia—. Pero, volviendo a este otro asunto, la mayoría de los hombres que están detrás de la licencia de la General Electric y de la «L» estaban en el negocio del gas —Blackman, Jules, Baker, Schryhart y otros más— y están enfadados porque me metí en su campo, y aún más porque al final se vieron obligados a comprarme mi parte. Están enfadados porque reorganicé estas anticuadas compañías de tranvías y las levanté. Merrill está enfadado porque no construí el circuito de modo que abarcara su negocio, y los otros porque construí ese mismo circuito. Todos están enfadados porque conseguí entrar en el negocio y hacer cosas que ellos deberían haber hecho mucho tiempo antes. Vine aquí, y en pocas palabras, esa es la historia. He tenido que contar con el concejo para poder hacer algo, y como conseguí ganarme su amistad y conservarla, ahora ellos se han metido en política para poner a ese sector en mi contra. Sé muy bien, señor Gilgan —dijo Cowperwood para terminar—, quién le ha estado apoyando en este enfrentamiento. Desde un primer momento sé de dónde ha salido el dinero. Usted ha ganado, y ha ganado sobradamente, y a mí, personalmente, no me molesta su victoria en lo más mínimo; pero lo que quiero saber es si va a ayudarles a continuar con esta guerra contra mí o no. ¿Me va a dar la oportunidad de defenderme? Habrá nuevas elecciones dentro de dos años. La política no es un camino de rosas que se mantiene porque sí sólo porque se haya ganado una vez. Estos tipos con los que colabora son una panda de ricachones aristócratas que no sienten simpatía alguna por usted ni por nadie como usted. Ahora están dispuestos a mostrarse amistosos con usted —pero sólo lo serán el tiempo suficiente para sacarle lo que quieren y para machacarme—. Pero después de eso, ¿cuánto tiempo cree usted que les seguirá siendo útil? ¿Cuánto tiempo?

—No mucho, quizá —contestó Gilgan sin más, serio y pensativo—, pero así es la vida, y tenemos que aceptarla como viene.

—Muy cierto —contestó Cowperwood sin dejarse desanimar—, pero Chicago es Chicago, y yo seguiré estando aquí, al igual que ellos. Oponerse a mí de este modo —construyendo vías elevadas para reducir mis beneficios y concediendo licencias a compañías rivales— no va a echarme de aquí ni tampoco va a provocarme daños irreparables. Voy a quedarme aquí, y la situación política actual no va a seguir siendo la misma eternamente. Usted es un hombre ambicioso, está claro. Y no ha entrado en política por amor al arte, eso lo sé. Dígame exactamente qué es lo que quiere y si no puedo conseguírselo yo con la misma rapidez, si no más, que estos otros tipos. ¿Qué puedo hacer para que se dé cuenta de que mi flanco es tan bueno como el de ellos, si

no mejor? Estoy haciendo negocios legítimos en Chicago. He estado construyendo un excelente servicio de tranvías. No quiero que me estén fastidiando cada quince minutos porque una compañía rival quiera meterse en mi terreno. ¿Qué puedo hacer para arreglar esto? ¿No hay algún modo de que usted y yo podamos unirnos sin tener que pelear a cada paso? ¿Podría quizá usted sugerir alguna línea de acción que ambos pudiéramos seguir para facilitar las cosas?

Cowperwood dejó de hablar y Gilgan se quedó pensando un buen rato. Era cierto, como decía Cowperwood, que él no estaba en política por amor al arte. La situación, en las condiciones actuales, no era en sí favorable al brillante programa que él había diseñado en un principio para sí mismo. Tiernan, Kerrigan y Edstrom seguían de momento siendo afines; pero ya comenzaban a hacer exigencias extravagantes; y los reformistas —aquellos a los que los periódicos habían llevado a creer que Cowperwood era un sinvergüenza y que todo lo que hacía era infame— exigían que todos los actos del concejo se adhirieran a un programa de estricta moralidad, y que no se concedieran trabajos, contratos ni negocios de ningún tipo sin el total conocimiento de los periódicos y del público. Gilgan había comenzado a sentir, incluso ya tras la primera reunión celebrada después de las elecciones, que estaba entre la espada y la pared, pero andaba tanteando el terreno, y no tenía intención de andarse con muchas prisas.

—La propuesta que me hace es algo tajante —le dijo con suavidad al cabo de un rato—; me pide que abandone a mis amigos en el mismo instante en el que acabo de obtener esta victoria para ellos. Y no es así como estoy acostumbrado a hacer política. Puede que haya mucho de cierto en lo que dice. Pero, aun así, uno no puede ir por ahí dando saltos como un gato en un saco. En algún momento habrá que ser fiel a alguien. —El señor Gilgan hizo una pausa, completamente sorprendido por su propia posición.

—Bueno —contestó Cowperwood, mostrándose comprensivo—, piénselo. Es un asunto difícil esto de la política. Y yo estoy metido en esto sólo porque tengo que hacerlo. Si ve alguna forma de ayudarme, o si yo puedo ayudarle a usted, hágame lo saber. Mientras tanto, no se tome a mal lo que acabo de decirle. En este momento estoy contra las cuerdas. Aunque, por supuesto, voy a luchar. Pero eso no significa que no podamos ser amigos. Quizá aún nos convirtamos en buenos amigos.

—Está bien saberlo —dijo Gilgan—, y es cierto que me gustaría que fuéramos buenos amigos. Pero aunque pudiera encargarme yo de los concejales, cosa que aún no podría hacer yo solo, también está el alcalde. No lo conozco en absoluto, aparte de habernos saludado alguna que otra vez; pero está francamente en su contra, según tengo entendido. Lo más probable es que ahora ande de un lado para otro y hablando en los periódicos. Un hombre así puede hacer mucho.

—Quizá yo pueda arreglar eso —dijo Cowperwood—. Quizá se pueda llegar al señor Sluss. Quizá no esté tan en mi contra como él piensa. Nunca se sabe.

CAPÍTULO XXXIX

La nueva administración

Oliver Marshbanks, el joven zorro al que Stimson había asignado la tarea de atrapar al señor Sluss en algún acto no autorizado legalmente, había conseguido montar una historia, tras ir correteando de un lado a otro, que podría llegar a resultarle tremendamente desagradable al honorable Chaffee, en caso de que quisiera convertirse de buen grado en instrumento de los enemigos de Cowpewood. El elemento principal de este asunto era una tal Claudia Carlstadt —una aventurera con aptitudes de detective, y una especie de sonriente prostituta y mercenaria, que al mismo tiempo era una persona experimentada y muy presentable—. Ni que decir tiene que Cowperwood no conocía los detalles de esta actuación, aunque su consentimiento en un principio había puesto en marcha toda la maquinaria para llevar a cabo semejante intromisión.

Claudia Carlstadt —el instrumento de la perdición del honorable Chaffee— era rubia, esbelta, de aspecto aún bastante juvenil, ya que sólo tenía veintiséis años, y tan despiadada e inconscientemente cruel como sólo pueden serlo los avariciosos y los irreflexivos —irreflexiva en el más amplio sentido filosófico de la palabra—. Para captar su razón de ser, uno tendría que haber visto el mundo sin alma de South Halstead Street^[1], de donde procedía —uno de esos barrios de casas viejas, agrietadas y destartadas, donde mujeres desaliñadas van penosamente de un lado a otro con cervezas en la mano, y los postigos giran sobre bisagras rotas—. En su juventud, Claudia se había visto obligada a acudir a las tabernas por encargo a comprar bebida provista de un cubo de hojalata, a vender periódicos en la esquina de las calles Halstead y Harrison y a comprar cocaína en el colmado más cercano. Sus vestiditos y su ropa interior habían sido siempre de las telas más humildes y andrajosas; sus medias hechas jirones, sucias y rotas, a menudo dejaban ver la carne blanca de sus delgadas piernecillas, y los zapatos, desgastados y con agujeros, dejaban entrar el agua y también la nieve en invierno. Sus compañeros eran otros desdichados chiquillos de la calle de su propio barrio, de quienes aprendió a soltar juramentos, y gracias a quienes conoció y participó de viles prácticas, aunque, como a menudo ocurre en el caso de los niños, no se puede decir que fuera una depravada. A los once años, cuando murió su madre, se escapó del miserable orfanato al que la habían encomendado, e inventándose una historia lastimosa, fue acogida por una familia irlandesa del West Side, cuyas hijas trabajaban como dependientas en una gran tienda minorista. Gracias a su influencia, Claudia se convirtió en cajera, y a partir de ahí siguió una carrera tan extraña y accidentada como la que había vivido

con anterioridad. Baste decir que la inteligencia innata de Claudia era considerable. A la edad de veinte años se las había arreglado —gracias a su relación con el hijo de un fabricante de zapatos y con un joyero rico— para acumular algo de dinero y un extenso vestuario. Fue entonces cuando un joven y atractivo congresista del Oeste, recién elegido, la invitó a Washington para que aceptara un puesto en una oficina del gobierno. Para ello era necesario tener conocimientos de taquigrafía y mecanografía, que ella pronto adquirió. Más adelante, un senador del Oeste la introdujo en esa especie de servicio secreto que no tiene nada que ver con el gobierno legítimo, pero que resulta rentable. Estaba acostumbrada a arrancar secretos mediante la adulación y las zalamerías cuando los habituales sobornos no servían de nada. Un asunto para el que seguía la pista a las conexiones financieras secretas de un congresista de Illinois la trajo de vuelta a Chicago, donde el joven Stimson se topó con ella. Por él se enteró de la conspiración política y financiera contra Cowperwood, y se sintió extrañamente fascinada. Ya sabía algunas cosas sobre Sluss, que les había oído contar a sus amigos los congresistas. Stimson le hizo saber que si lograba comprometer al alcalde, eso le valdría dos o tres mil dólares más los gastos. De modo que así fue como Claudia Carlstadt fue suavemente conducida hacia la resplandeciente vida del señor Sluss.

El asunto no era difícil de conseguir. A través del honorable Joel Avery, Marchbanks obtuvo una carta de un amigo político del señor Sluss en la que intercedía por una joven viuda —que pasaba apuros económicos en aquellos momentos, competente taquígrafa, y cosas por el estilo— que deseaba un puesto en la nueva administración. Provista de esa carta, Claudia se presentó en la oficina del alcalde armada para el combate, por así decirlo, con un atractivo vestido de seda negra de una granilla extrañamente gruesa, con el cuello y los dedos adornados con sencillas perlas y con el pelo rubio recogido sobre las sienes en unos rizos exquisitos. El señor Sluss estaba muy ocupado, pero le dio una cita. La siguiente vez que apareció había añadido una rosa amarilla y roja de terciopelo al vestido. Era una mujer joven con un cuerpo bonito y grandes pechos, que había aprendido el arte de caminar, de sentarse, de estar de pie y de inclinarse siguiendo las teorías más afamadas de las prostitutas de Washington. El señor Sluss sintió interés al instante, pero se mostró circunspecto y cuidadoso. Ahora era alcalde de una gran ciudad, blanco de todas las miradas. Le parecía recordar que ya había visto a la señora Brandon con anterioridad, como se hacía llamar ella, y ella le recordó dónde había sido. Había sido dos años atrás en el asador del Richelieu. Y él inmediatamente recordó los detalles de aquella interesante ocasión.

—Ah, sí, y después, según tengo entendido, usted se casó y su esposo falleció. Una desgracia.

El señor Sluss tenía una actitud pomposa y extravagante, adecuada, o eso creía, para un hombre de una posición tan elevada.

La señora Brandon asintió con resignación. Llevaba las cejas y las pestañas cuidadosamente maquilladas para dulcificar sus rasgos faciales, y se había hecho un

hoyuelo en una mejilla con la ayuda de un palito de naranjo. Era la viva imagen de una feminidad delicada presa de un dolor que la hacía más atractiva, y a pesar de ello, al parecer, era una profesional competente.

—Creo que cuando la conocí estaba usted relacionada con la administración pública en Washington.

—Sí, tenía un pequeño puesto en el Ministerio de Hacienda, pero con la nueva administración me quedé sin trabajo.

Alzó los ojos y se inclinó hacia delante, colocando de este modo su torso en una postura cautivadora. Por su aspecto, daba la impresión de ser alguien que había hecho muchas otras cosas aparte de trabajar en el Ministerio de Hacienda. Según pudo observar, al señor Sluss no se le escapaba ni el más mínimo detalle. Se fijó en sus botines de charol, abotonados y con el empeine de paño; en sus guantes, de lustrosa piel de chivo negra con respuntes blancos en la parte posterior y cerrados con botones oscuros; en la gargantilla de coral que llevaba en esta ocasión, y en la rosa amarilla y roja de terciopelo. Sin duda se trataba de una viuda muy atractiva y prometedora, a pesar de su reciente pérdida.

—Veamos —meditó el señor Sluss—. ¿Dónde vive? Déjeme tomar nota de su dirección. La carta del señor Barry es muy elogiosa. ¿Y si me concede unos días para pensar qué es lo que puedo hacer? Estamos a martes. Vuelva el viernes. Veré si se me ocurre algo.

Caminó con ella hasta la salida y reparó en que andaba con paso ligero y elástico. Al despedirse, ella le dedicó una mirada tierna, y en ese instante, él decidió que si podía, le buscaría algo. Era la candidata más fascinante que se le había presentado hasta el momento.

El fin de Chaffee Thayer Sluss no tardó mucho en llegar después de esto. La señora Brandon regresó, como él le había indicado, y esta vez había alegrado su atuendo con unas enaguas rojas de seda, cuyos insinuantes volantes asomaban por debajo del velarte negro de la falda.

—Mira, ¿has visto eso? —le dijo uno de los conserjes, vestigio del anterior gobierno, a otro de la misma época—. La nueva administración viene con estilo, ¿eh? No vamos tan lentos, ¿no te parece?

Se ajustó la chaqueta e intentó arreglarse el cuello con torpeza, buscando aparentar cierto aire de elegancia, al tiempo que miraba a su compañero con ojillos alegres. Eran dos tipos sesentones y trasnochados.

El otro le clavó el dedo en el estómago.

—Para el carro, Bill. No vayas tan rápido. Todavía no hemos empezado de verdad. Espera que pasen seis meses más, y luego ándate con ojo.

El señor Sluss se mostró encantado de volver a ver a la señora Brandon. Había hablado con John Bastienelli, el nuevo comisionado de impuestos, cuyas oficinas se encontraban un poco más adelante en el mismo pasillo, y este último, en vista de que quizá necesitara pedirle algún favor al alcalde más adelante, se había prestado

locuazmente a encargarse de la dama.

—Me alegra mucho poder entregarle esta carta para el señor Bastienelli —dijo el señor Sluss, al tiempo que llamaba solicitando una taquígrafa—, y no sólo por mi viejo amigo el señor Barry, sino también por usted. ¿Conoce usted bien al señor Barry? —le preguntó con curiosidad.

—Muy poco —admitió la señora Brandon, consciente de que al señor Sluss le agradaría saber que no tenía una relación estrecha con las personas que la recomendaban—. El señor Amerman me indicó que fuera a verlo. (Dando el nombre de una persona totalmente ficticia.)

El señor Sluss se sintió aliviado. Al entregarle la nota, ella lo observó una vez más con sus bonitos ojos llenos de agradecimiento y seducción, que casi provocaron en él un mareo y que le produjeron tal alteración química en la sangre que a punto estuvo de disipar sus buenos propósitos con relación a aquella desconocida y su necesidad de mostrarse circunspecto.

—¿Y dice usted que vive en el North Side? —le preguntó con una sonrisa tenue, casi tonta.

—Sí, he alquilado un precioso apartamento pequeño con vistas a Lincoln Park^[2]. No sabía si podría mantenerlo, pero ahora que tengo este empleo... Ha sido usted muy amable conmigo, señor Sluss —dijo para terminar, con el mismo aire de necesito-que-me-cuiden—. Espero que no se olvide de mí por completo. Si en algún momento, puedo serle de ayuda a usted personalmente...

El señor Sluss casi perdió el control al pensar que esta encantadora fémica, que en aquel momento se encontraba tan cerca de él, pudiera alejarse y desaparecer por completo. Haciendo un gran esfuerzo, se atrevió a decir:

—Tendré que ir a echar un vistazo a su apartamento en algún momento para ver qué tal le van las cosas. Yo también vivo por allí.

—¡Oh, sí! —exclamó ella con entusiasmo—. Sería muy amable por su parte. Estoy prácticamente sola en el mundo. ¿Juega usted a las cartas? Y hago un ponche maravilloso. Sí, me gustaría que viera lo acogedor que es el apartamento en el que me he instalado.

Y con esto, el señor Sluss capituló, dejándose llevar por completo por su principal debilidad.

—Lo haré —le dijo—. Puede usted estar segura. Y antes de lo que se piensa, quizá. Tiene que contarme cómo le va.

Le cogió la mano y ella se la sostuvo afectuosamente.

—Espero que cumpla su promesa —murmuró ella con voz ronca y mimosa. Unos días después, se la encontró en su pasillo a la hora del almuerzo, donde ella estaba apostada esperándolo, literalmente, para poder repetir la invitación. Y entonces apareció él.

Los antiguos empleados que trabajaban en el ayuntamiento y que tenían relación con la oficina del alcalde recibieron entonces instrucciones de tomar nota, a modo de

testigos, de las horas de llegada y salida de la señora Brandon y del señor Sluss. Una nota que le escribió a la señora Brandon fue guardada con todo cuidado como un tesoro, y se reunieron pruebas suficientes de su presencia en hoteles y restaurantes como para dar forma a un caso pernicioso. Hicieron falta unos cuatro meses para reunirlo todo, y entonces la señora Brandon recibió de repente una oferta para regresar a Washington y decidió marcharse.

Las cartas que siguieron a su partida fueron parte de los datos que finalmente se reunieron en la oficina del señor Stimson para ser usados en contra del señor Sluss en caso de que se obstinara en continuar con su oposición hacia Cowperwood.

Mientras tanto, la asociación que el señor Gilgan había organizado con el señor Tiernan, el señor Kerrigan y el señor Edstrom empezaba a tropezarse con lo que podríamos llamar piedras en el camino. Se descubrió que, debido al temperamento de algunos de los nuevos concejales y a la actitud santurrón de sus padrinos políticos, no se podía aprobar licencia alguna a menos que contara con la aprobación moral de hombres como Hand, Sluss y los otros reformistas; y sobre todo, que no se podía pagar dinero alguno a nadie por nada.

—¿Y qué me dices de esos malditos fanfarrones tramposos, eh? —le preguntó el señor Kerrigan al señor Tiernan, poco después de celebrar una reunión con Gilgan en la que a Tiernan le había sido imposible estar presente—. Han redactado una licencia para un plan de vías elevadas que cubre toda la ciudad, y de ahí nadie se lleva nada. Dime, ¿qué se han creído estos que somos? ¿Eh?

El señor Tiernan, tras su propia reunión con Edstrom, se había afanado en investigar el terreno, como él lo expresaba; y sus indagaciones lo habían llevado a creer que cierto concejal llamado Klemm, un germano-americano inteligente y muy respetable del North Side, iba a convertirse en el líder de los republicanos en el concejo, y que él y otros diez o doce más estaban decididos, basándose sólo en sus principios morales, a que sólo se aprobaran medidas honradas. Era algo asombroso.

Ante esta información, el señor Kerrigan, que había calculado unos cuantos miles de dólares a cambio de su voto en varias ocasiones, se quedó mirándolo con incredulidad.

—¡Que me parta un rayo! —exclamó—. ¡Menuda jeta! ¿Cómo?

—He estado hablando con Klemm, este tipo del Veinte —dijo el señor Tiernan con ironía—. ¡Este sí que es bueno! Lo conocí en el Tremont hablando con Hvraneck. Te saluda ofreciéndote una mano blanda y flácida. ¿Y qué te crees que tuvo el valor de decirme? «¿Este no es Tiernan del Dos?», va y dice.

—«El mismo», le digo yo.

—«No parece tan fiero como yo me imaginaba», me dice. ¡Ja, ja! Y me entraron ganas de decirle, «si no te largas, te voy a dar un tirón de orejas». Ya me gustaría encontrarme con un estirado de esos en un callejón oscuro. (El señor Tiernan casi dejó escapar un gemido de angustia.) Y después empieza a decir que no entiende cómo puede haber ninguna objeción razonable a que entren compañías nuevas en el

sector de los tranvías. «Está lo suficientemente claro», va y dice, «que la opinión pública está en contra de los monopolios de cualquier clase». (El señor Tiernan imitaba la voz y la manera de hablar del señor Klemm.) ¡Diablos! —concluyó sentenciosamente—. Espera a que intente irle con el cuento ese a Gumble, a Pinski y a Schlumbohm. ¡Ja, ja, ja!

Al pensar en estos campechanos concejales, acostumbrados a todo tipo de emolumentos en forma de sobornos y comisiones, el señor Kerrigan se recostó y soltó una sonora carcajada.

—Te voy a decir lo que pasa, Mike —dijo maliciosamente, subiéndose la pernera de unos pantalones muy bonitos, estrechos y casi ingleses—; nos las tenemos que ver con una panda de roñosos, que es lo que son esta gente de Gilgan, y haría falta darles una lección. Y él lo sabe tan bien como los demás. Donde yo estoy, no se anda nadie con el timo cristiano ese. Yo creo que este Cowperwood tiene razón cuando dice que esos tipos son una panda de resentidos celosos. Si Cowperwood está dispuesto a poner encima de la mesa un buen montón de dinero para sacarlos de la partida, pues ellos tendrán que hacer lo mismo si quieren quedarse. Esto no es un acontecimiento social para obras de caridad. Deberíamos ser capaces de convencer a suficientes hombres de los nuevos para obligar a Schryhart y a MacDonald a soltar una buena pasta por lo que quieren. Por lo que Gilgan nos ha estado diciendo, pensé que estaba tratando con gente forrada. Pagaron para ganar las elecciones. Pues ahora que paguen para sacar adelante esa licencia tan estupenda si la quieren, ¿no?

—Tienes toda la razón, carajo —dijo Tiernan—. Estoy contigo; así es, exactamente.

No mucho después de que tuviera lugar esta conversación, el señor Truman Leslie MacDonald, a través del concejal Klemm, procedió a hacer un recuento y descubrió para su asombro, que no era tan fuerte como creía. La lealtad política es algo muy voluble. Una serie de concejales dieron muestras de haber sido sobornados y se apresuró en ir a ver a los señores Hand, Schryhart y Arneel con esta desconcertante información. Se habían estado felicitando de que su reciente victoria, aunque no sirviera para nada más, al menos les proporcionaría una licencia global para la «L» de vías, y que eso sería suficiente para derrotar a Cowperwood.

Al recibir el mensaje de MacDonald, Hand mandó llamar a Gilgan en seguida. Cuando preguntó cuándo sería razonable que se produjera la votación para la licencia de General Electric —que había sido presentada por el señor Klemm—, Gilgan sintió mucho comunicarle que, al parecer, en un sentido u otro se había venido desarrollando una gran oposición a la medida.

—¿Qué significa esto? —dijo Hand con cierta violencia—. ¿No había quedado claro el acuerdo con respecto a esto? Recibió todo el dinero que pidió, ¿no es cierto? Dijo que podría proporcionarme veintiséis concejales que votarían lo que acordáramos. ¿No irá a incumplir su parte del trato, verdad?

—¡Trato! ¡Trato! —replicó Gilgan, irritado por el ímpetu del ataque—. Me

comprometí a conseguir que salieran elegidos veintiséis concejales republicanos, y lo cumplí. Pero no me pertenecen en cuerpo y alma. Yo no los nombré a todos personalmente. Llegué a acuerdos con los hombres de los diferentes distritos que más posibilidades tenían, y a los que quería la gente. Pero no soy responsable de las corruptelas que se hagan a mis espaldas, ¿no? Ni tampoco de que los hombres sean honestos cuando no lo son, ¿verdad?

El rostro del señor Gilgan era un ofendido signo de interrogación.

—Pero usted escogió a estos hombres —insistió el señor Hand con actitud agresiva—. Todos y cada uno de ellos contaban con su aprobación personal. Usted fue quien hizo los tratos con ellos. ¿No me vendrá a decir que se desdicen de su solemne acuerdo de luchar contra Cowperwood con uñas y dientes? No puede haber por su parte malentendido alguno sobre para qué fueron elegidos. Los periódicos han repetido constantemente que nada que pueda beneficiar a Cowperwood debería resultar aprobado.

—Todo eso es cierto —contestó el señor Gilgan—, pero no me puede hacer responsable de la honestidad de cada uno de ellos. Claro que yo elegí a estos hombres. ¡Claro que sí! Pero los elegí con la ayuda del resto de los republicanos y de algunos demócratas. Tuve que cerrar los acuerdos de la manera más favorable posible; elegir a los hombres que tuvieran opciones de ganar. Hasta donde he podido averiguar, la mayoría de ellos están conformes con no hacer nada por Cowperwood. Lo que está causando problemas es la aprobación de estas licencias para favorecer a otras personas.

El señor Hand arrugó su ancha frente y sus ojos azules observaron al señor Gilgan con recelo.

—¿Y quiénes son estos hombres? —preguntó—. Quiero una lista con los nombres.

El señor Gilgan, a salvo gracias a su astucia, le facilitó el nombre de las víctimas, de los que aparecerían como los que supuestamente se mostraban reacios. Cada palo debía aguantar su propia vela. El señor Hand anotó los nombres, dispuesto a presionarlos. Decidió vigilar también al señor Gilgan. Si había algún obstáculo para cumplir con lo previsto, habría que informar a los periódicos inmediatamente para que ellos se encargaran de armar suficiente ruido. Los concejales que demostraran faltar a la gran encomienda que se les había impuesto deberían quedar expuestos y ser llevados hasta los distritos que los habían elegido para desenmascararlos ante aquellos que los habían respaldado. Y los periódicos deberían poner sus nombres en la picota, al tiempo que redoblaban las habituales insinuaciones sobre la perversidad y las artimañas de Cowperwood.

Pero, mientras tanto, los señores Stimson, Avery, McKibben, Van Sickle y algunos más estaban actuando por separado y en beneficio de Cowperwood sobre varios concejales independientes —aquellos que no estaban ligados de manera crónica y por su afinidad a la idea de la reforma—, intentando hacerles entender que si les fuera posible abstenerse de apoyar las medidas anti-Cowperwood durante los dos

años siguientes, recibirían una bonificación en forma de salario anual por importe de dos mil dólares o algún obsequio de otro tipo —quizá el endoso de algún pagaré que les estuviera causando problemas o la cancelación de alguna hipoteca—, junto con la garantía de que la opinión pública jamás lo sabría. En ningún caso esa oferta se hizo de manera directa. Amigos, vecinos o cortesanos extraños entregaban esos misteriosos mensajes. Mediante este método, once concejales —aparte de los diez demócratas con los que podían contar gracias a McKenty y a su influencia— ya habían sido sobornados. Aunque Schryhart, Hand y Arneel no lo sabían, sus planes —casi al mismo tiempo que ellos los trazaban— estaban siendo socavados, y por mucho que lo intentaran, la codiciada licencia general se les escapaba continuamente. Por el momento, tuvieron que contentarse con la licencia para una sola línea en «L» en el South Side en la zona de Schryhart, y con una licencia para General Electric que cubría sólo una línea de menor importancia, con la que a Cowperwood le resultaría fácil hacerse algo más adelante, si continuaba en el poder.

CAPÍTULO XL

Un viaje a Louisville

La dificultad más importante a la que habría de enfrentarse Cowperwood de ahora en adelante no era tanto política como financiera. Para construir y financiar sus empresas de tranvías de Chicago había utilizado el Lake City National como su principal fuente de recursos mientras Addison fue presidente. Con posterioridad, cuando Addison se vio obligado a abandonar el Lake City para hacerse cargo de la Chicago Trust Company, Cowperwood había logrado que designaran a esta última reserva central y que una serie de bancos rurales guardaran sus depósitos especiales en sus cámaras. Sin embargo, desde que arreciara la guerra contra él y contra sus intereses gracias a los esfuerzos de Hand y Arneel —hombres muy influyentes en el control de los otros bancos de reserva central de Chicago, y que mantenían un contacto estrecho con los barones del dinero de Nueva York—, había indicios de que algunos de los bancos rurales que tenían sus depósitos en la Chicago Trust Company se estaban viendo obligados a retirarlos debido a presiones externas provenientes de fuerzas hostiles, y de que seguiría habiéndolas. Cowperwood tardó algún tiempo en darse completa cuenta de hasta qué punto aquella oposición financiera quizá fuera dirigida expresamente hacia él. Al principio, fue necesario desplazarse urgentemente a Nueva York, Filadelfia, Cincinnati, Baltimore, Boston, e incluso a Londres a veces, ante la posibilidad de que alguien tuviera dinero contante y sonante disponible. Fue durante una de estas peregrinaciones cuando se encontró con una curiosa personalidad que le condujo a diversas complicaciones en su vida, sentimentales y de otros tipos, que hasta entonces él ni siquiera había contemplado.

En diversas partes del país, Cowperwood había conocido a muchos hombres adinerados —algunos graves, otros alegres— con los que hacía negocios, y entre estos, en Louisville, Kentucky, se encontró con un tal coronel Nathaniel Gillis, un jinete muy rico y libertino, del que ocasionalmente obtenía préstamos. El coronel era un personaje interesante dentro de la alta sociedad de Kentucky; y, como Cowperwood le caía muy bien, era para él un placer guiarlo y acompañarlo durante los breves periodos que pasaban juntos. En una ocasión, en Louisville, le dijo:

—Esta noche, Frank, y con su permiso, voy a presentarle a una de las mujeres más interesantes que conozco. No es buena, pero es entretenida. Ha tenido una historia complicada. Es la exesposa de dos de mis mejores amigos, ambos fallecidos, y la examante de otro de ellos. Me gusta porque conocí a su padre y a su madre, y porque era una niña muy lista, y sigue siendo una mujer bonita, aunque ya esté envejeciendo. Regenta una especie de burdel aquí en Louisville para algunos de sus

viejos amigos. No tiene nada especial que hacer esta noche, ¿verdad? ¿Qué le parece si vamos por allí?

Cowperwood, que siempre se mostraba agradablemente juguetón cuando se encontraba entre hombres fuertes —como una especie de collie saltarín— y a quien le gustaba complacer a aquellos que pudieran serle útiles, aceptó.

—Suena interesante. Iré, por supuesto. Cuénteme más cosas sobre ella. ¿Es atractiva?

—Bastante. Pero lo que es aún mejor, tiene relación con mujeres que sí lo son. — El coronel, que tenía una pequeña perilla y juguetones ojos oscuros, le hizo un guiño solemne a Cowperwood.

Cowperwood se puso en pie.

—Lléveme allí —le dijo.

Era una noche lluviosa. Hacía falta un día más para terminar el asunto por el que había venido a ver al coronel y tenían poco o nada que hacer. Por el camino, el coronel le fue contando más cosas de la vida de Nannie Hedden, como él solía llamarla con confianza, y le explicó que, aunque ese era su nombre de soltera, se había convertido primero en la señora de John Alexander Fleming, después, tras el divorcio, en la señora de Ira George Carter, y ahora, ¡ay!, era conocida entre el exclusivo círculo de los calaveras, al que él mismo pertenecía, simplemente como Hattie Starr, la encargada de una casa de mala reputación más o menos secreta. A Cowperwood no le interesó mucho nada de esto hasta que la vio, y después únicamente por los dos hijos de los que le habló el coronel; la primera, una hija habida de su primer matrimonio, Berenice Fleming, que estaba en Nueva York en un internado, y el otro, un hijo, Rolfe Carter, que estaba en una escuela militar masculina en algún lugar del Oeste.

—Su hija —le dijo el coronel— es clavada a la madre, a menos que me equivoque. Sólo la vi dos o tres veces hace unos años cuando fui al Este a la casa de veraneo de su madre; pero me llamó la atención por el encanto que tenía, a pesar de ser una niña de sólo diez años. Es una dama por naturaleza, como la mejor. Lo que no sé es cómo la va a mantener su madre por buen camino, viviendo como vive. Y cómo puede tenerla en ese colegio es un misterio. Es probable que estalle un escándalo por aquí en cualquier momento. Estoy seguro de que la hija no sabe nada del negocio de la madre. Nunca le permite venir.

«Berenice Fleming», pensó Cowperwood para sí. «Qué nombre tan agradable, y menudo obstáculo tan peculiar para encontrarse en la vida.»

—¿Qué edad tiene la hija ahora? —preguntó.

—Debe de tener unos quince años; no más de eso.

Cuando llegaron a la casa, que estaba situada en una calle algo sombría y sin árboles, Cowperwood se sorprendió al encontrarse con un interior espacioso y amueblado con gusto. Al instante apareció la señora Carter, como se la conocía en sociedad, o Hattie Starr, como se la conocía en aquel otro mundo bastante menos

satisfactorio. Cowperwood se dio cuenta en seguida de que se hallaba en presencia de una mujer que, a pesar de su actual ocupación, no carecía de signos evidentes de refinamiento. Era extremadamente inteligente, si no especialmente intelectual, elegante, vivaz, y cualquier cosa menos una mujer corriente. Tenía un cierto vaivén ondulante al caminar y mostraba una actitud aparentemente alegre y franca indiferencia hacia su actual posición en la vida, y obviamente estaba acostumbrada a verse rodeada de buenos modales, todo lo cual le gustó a Cowperwood. Llevaba el pelo con un recogido flojo de aire francés, al estilo imperio^[1], y en las mejillas se le veían pequeñas venillas rojas. Tenía demasiado color, aunque no le quedaba mal del todo, y los ojos amables de un azul grisáceo, que combinaban bien con el pelo castaño claro. Llevaba un vestido rosa floreado de andar por casa que le sentaba bien a su figura, que ya empezaba a rellenarse, y también lucía perlas.

«Ha enviudado dos veces y es madre de dos hijos», pensó Cowperwood. Con la informal presentación del coronel, dio comienzo una conversación desenfadada. La señora Carter insistió con elegancia en que hacía tiempo que conocía a Cowperwood. Sus intensas operaciones relacionadas con los tranvías le eran más o menos conocidas.

—Puesto que el señor Cowperwood está aquí, sería agradable si invitáramos a Grace Deming a visitarnos —sugirió ella.

Esta última era una de las favoritas del coronel.

—Yo estaría encantado de charlar con la señora Carter —se ofreció galantemente Cowperwood—, aunque sin saber muy bien por qué. Tenía curiosidad por saber más cosas de su historia. En posteriores ocasiones, y durante sus largas conversaciones con el coronel, terminarían por contársela entera.

Nannie Hedden, o la señora de John Alexander Fleming, o la señora de Ira George Carter, o Hattie Starr, era descendiente de un largo linaje de Heddens y Colters de Virginia y Kentucky, emparentados de manera más o menos directa con la mitad de la aristocracia de cuatro o cinco estados vecinos. Ahora, aunque seguía siendo una mujer de brillantes talentos, era la encargada de una selecta casa de citas en esta pequeña ciudad de quizá doscientos mil habitantes. ¿Cómo había ocurrido? ¿Cómo era posible que aquello hubiera pasado? En su día había sido una reina de la belleza. Había nacido en una familia adinerada y se había casado con hombres ricos. Su primer esposo, John Alexander Fleming, que había heredado riqueza, buen gusto, privilegios y vicios de un largo linaje de Flemings plantadores de tabaco y propietarios de esclavos, era un hombre encantador al estilo de la alta sociedad de Kentucky y Virginia. Había sido instruido en leyes con la intención de entrar en el servicio diplomático, pero, como era un hombre ocioso por naturaleza, nunca había llegado a hacerlo. En lugar de eso, había ocupado su tiempo criando caballos, participando en carreras de caballos, flirteando, bailando, cazando y haciendo otras cosas por el estilo. Cuando se celebró aquella boda, la alta sociedad de Kentucky y Virginia consideró que se trataba de una pareja espléndida. Había dinero por las dos

partes. Y después, hubo mucha más actividad social propia de ese mundo de ociosos que había dado lugar a aquel matrimonio. No había una prohibición expresa que afectara a los flirteos, ni siquiera cuando se convertían en algo serio, aunque, en cierta medida, se hiciera necesario el engaño. Como consecuencia natural, durante una encantadora excursión otoñal a las montañas de Carolina del Norte, apareció un desenfadado y joven galán llamado Tucker Tanner, y la bella Nannie Fleming — como se llamaba entonces— le ofreció sus afectos de manera temporal. Amigos bienintencionados no tardaron en informar a Fleming de aquello que él no veía, y Fleming, a pesar de ser un libertino, le dijo al joven señor Tanner al encontrárselo una tarde en una carretera de la montaña: «Abandonará usted el grupo esta noche, o me encargaré personalmente de que mañana no vea usted amanecer».

Tucker Tanner, dándose cuenta de que por poco sentido que tuviera y por muy injusta que fuera la exagerada caballerosidad sureña, al final todo se resolvería con balas, se marchó. La señora Fleming, molesta pero nada arrepentida, consideró que había sido gravemente maltratada. Se produjo un gran escándalo; y después llegaron las peleas, el alcohol por ambas partes, y por último, el divorcio. El señor Tucker Tanner no apareció para reivindicar su amor frustrado, pero el anteriormente mencionado Ira George Carter, un inútil sin un centavo de la misma generación y posición social, se postuló y fue aceptado. Del primer matrimonio había nacido una hija, y del segundo, nació un hijo. Ira George Carter, antes de que los niños tuvieran edad suficiente para hacer ver a la señora Carter la importancia de sus propias necesidades o de su amor por ellos, había despilfarrado, en una ridícula aventura tras otra, la mayor parte de la propiedad que ella había heredado de su padre, el comandante Wickham Hedden. Al final, tras las borracheras y los derroches del marido, y por último su muerte, llegaron prácticamente a la pobreza. La señora Carter no era una mujer con sentido práctico, y aún era una mujer apasionada y dada al derroche. Sin embargo, la absurda y gratuita destrucción de Ira George Carter, el inminente patetismo del futuro de sus hijos y el creciente sentido del afecto y la responsabilidad finalmente lograron serenarla. El atractivo que para ella tenían el amor y la vida no había desaparecido por completo, pero sus posibilidades de sorber de esas fuentes de cristal se habían reducido hasta ser bastante escasas. Tenía treinta y ocho años, y aún era mujer bella, por lo que no se contentaba con comer las migajas que se ofrecen a los indignos. Le daba asco sólo de pensar en el estado de desamparo al que se reducen los parias de la sociedad y del que con tanta alegría comentan los inexpertos. Abandonada por los de su propia clase, rechazada por los respetables y con la práctica totalidad de su fortuna dilapidada, decidió que no terminaría convirtiéndose en una costurerilla de los barrios bajos ni en una pensionada gracias a la generosidad de antiguos amigos. Una tras otra, fruto de la inconsciencia, vinieron primero relaciones no consagradas con amigos y pasiones fugaces, después su existencia transcurrió en una curiosa mezcla entre el mundo de la moda más exquisita y el mediocre mundo de la prostitución, hasta que, finalmente, en Louisville, se

convirtió, no abiertamente, aunque sí de hecho, en la madama de una casa de mala reputación. Ciertos hombres que sabían cómo se hacían estas cosas, y que tenían más en cuenta su propia conveniencia que el bienestar de ella, fueron los que le sugirieron que quizá esa fuera una posibilidad aconsejable. Tres o cuatro amigos como el coronel Gillis deseaban tener habitaciones —un lugar práctico en el que holgazanear, apostar y al que traer a sus mujeres—. Ahora se llamaba Hattie Starr, y como tal había llegado a ser vagamente conocida de la policía —pero sólo de manera imprecisa—, una mujer cuya casa en ocasiones resultaba sospechosamente alegre.

Cowperwood, con su apetito por las maravillas de la vida, y su gusto por aquellos dramas que dan lugar bien al éxito o al fracaso, no podía evitar sentir interés por esta mujer arruinada que navegaba distraídamente por los mares del azar. El coronel Gillis dijo en una ocasión que con el respaldo de un hombre fuerte, Nannie Fleming podría volver a entrar en la alta sociedad. Tenía un agradable atractivo —ella y sus dos hijos, de los que nunca hablaba—. Tras unas cuantas visitas a su casa, Cowperwood pasaba horas hablando con la señora Carter cada vez que se encontraba en Louisville. En una ocasión, al entrar en su alcoba, cogió la foto de su hija que tenía en el tocador y la guardó en un cajón. Cowperwood nunca había visto antes aquella foto. Era de una muchacha de unos quince o dieciséis años, aunque sólo logró echar un vistazo pasajero. Pero, con el instinto que invariablemente tenía para lo esencial y lo vital, se formó una impresión muy acertada. Era de una niña delicadamente demacrada con una sonrisa maravillosamente agradable, una bonita cabeza erguida sobre un cuello grácil y un cierto aire de aburrida superioridad. Junto con esto había cierto toque de cansancio en sus párpados, cuya caída resultaba altiva. Cowperwood se sintió fascinado, y por la hija, mostraba en la madre un interés que en realidad no sentía.

Un poco más adelante, Cowperwood decidió definitivamente entrar en acción cuando descubrió en el escaparate de un fotógrafo de Louisville una segunda foto de Berenice —una reproducción bastante grande que la señora Carter había encargado de una fotografía enviada por su hija algún tiempo atrás—. Berenice estaba de pie con una actitud indiferente posando ante la esquina de una chimenea colonial, sosteniendo despreocupadamente un sombrero de paseo de paja en una mano, con una cadera más levantada que la otra, y una leve e inaprensible sonrisa dibujándosele tenuemente en la boca. No era siquiera una sonrisa, sino sólo un espectro de ella, y los ojos eran grandes, calculadores y engañosamente simples. Le gustó la imagen por su simplicidad. No sabía que la señora Carter nunca había autorizado que la exhibieran. «Un personaje», fue el comentario que Cowperwood se hizo a sí mismo, y entró en el estudio del fotógrafo para ver qué se podía hacer para que la retiraran y destruyeran las placas. Descubrió que todo podría arreglarse con cincuenta dólares —placas, copias, todo—. Como mediante esta estratagema se agenció una copia para sí mismo, se apresuró a enmarcarla y colgarla en sus habitaciones de Chicago, donde a veces se detenía ante ella cuando por la tarde se apresuraba a cambiarse de ropa. Con cada una de las sucesivas ocasiones en las que se paró a observarla, fue creciendo su

admiración y su curiosidad. Aquí quizá se encontrara la auténtica mujer de la alta sociedad, la dama de alta cuna, la personificación de aquel ideal que la señora Merrill y otras muchas grandes damas le habían sugerido.

No mucho después de esto, y de nuevo casualmente en Louisville, descubrió a la señora Carter en una conflictiva situación social. Sus asuntos habían sufrido un severo revés. Un tal comandante Hagenback, un ciudadano de considerable importancia, había muerto en su casa en unas circunstancias algo peculiares. Era un hombre de gran riqueza, casado y que supuestamente vivía con su esposa en Lexington. De hecho, pasaba muy poco tiempo allí, y en el momento de su muerte, debida a una crisis cardíaca, llevaba una placentera existencia con una tal señorita Trent, actriz, a la que él había presentado a la señora Carter como su amiga. La policía, a través de un forense demasiado hablador, llegó a enterarse de todo lo que ocurría, y a punto estuvieron de aparecer en los periódicos fotos de la señorita Trent, de la señora Carter, del comandante Hagenback y de su esposa, así como detalles y curiosidades relativos a la casa de la señora Carter, cuando intervinieron el coronel Gillis y otros personajes con influencia en la alta sociedad y en el ámbito político; el asunto se silenció, pero la señora Carter seguía angustiada. Esto había resultado peor de lo que esperaba.

El miedo mantenía a sus antiguos amigos alejados por el momento y ella había perdido parte de su valentía. Cuando Cowperwood la vio, se dio cuenta de que se había abandonado al acto tan humano del llanto y de que tenía los ojos rojos.

—Bueno, bueno —comentó al verla— (ella estaba excesivamente triste y apagada), ¿no irá a decirme que está preocupada por algo, verdad?

—Oh, señor Cowperwood —le explicó con voz lastimera—, he tenido unos problemas terribles desde la última vez que nos vimos. Se habrá enterado de la muerte del comandante Hagenback, ¿verdad? —Y Cowperwood, al que el coronel Gillis le había contado algo de la historia, asintió—. Pues, la policía acaba de notificarme que tendré que mudarme, y el casero también me ha dado aviso. Si no fuera por mis dos hijos... —dijo mientras se enjugaba los ojos de manera patética.

Cowperwood se quedó pensando con interés.

—¿No tiene ningún sitio al que ir? —le preguntó.

—Tengo una casa de veraneo en Pensilvania —confesó ella—, pero no puedo irme allí en febrero. Además, lo que me preocupa es cómo voy a ganarme la vida. Dependo enteramente de esto.

Hizo un gesto con la mano con el que pretendía incluir las diversas habitaciones.

—¿No es usted la propietaria de esa casa de Pensilvania? —preguntó él.

—Sí, pero no vale demasiado, y no podría venderla. Llevo algún tiempo intentándolo, porque Berenice ya se está cansando de ella.

—¿Y no tiene dinero guardado?

—He necesitado todo lo que tenía para mantener este lugar funcionando y para tener a mis hijos en el colegio. He intentado darles a Berenice y a Rolfe la

oportunidad de hacer algo por sí mismos.

Ante la repetición del nombre de Berenice, Cowperwood tuvo en cuenta su propio interés y sus sentimientos en aquel asunto. Ayudarla un poco a él no le supondría mucho, y además, probablemente terminara ofreciéndole la oportunidad de encontrarse con la hija.

—¿Por qué no deja todo esto? —le preguntó al fin—. En cualquier caso, no es el mejor negocio en el que puede usted andar metida, si estima a sus hijos. No podrán sobrevivir a algo como esto. Y usted quiere volver a introducir a su hija en la alta sociedad, ¿no es verdad?

—Oh, sí —casi suplicó la señora Carter.

—Exacto —dijo Cowperwood, que cuando pensaba, casi invariablemente adoptaba una actitud cortante, fría, seca y comercial, aunque en esta ocasión, estaba valorando más el aspecto humano.

—Bien, y entonces, ¿por qué no se va a vivir de momento a su casa de Pensilvania, o bien a Nueva York? No puede quedarse aquí. Consigne o venda estas cosas —dijo señalando las habitaciones con la mano.

—Lo haría encantada —le contestó la señora Carter— si supiera lo que debo hacer.

—Siga mi consejo y váyase a Nueva York por el momento. Se librará de los gastos que afronta aquí, y yo la ayudaré con lo demás; de momento, al menos. Podrá empezar de nuevo. Es una pena lo de sus hijos. Me haré cargo del niño en cuanto tenga la edad suficiente. En cuanto a Berenice —dijo pronunciando su nombre con dulzura—, si existe la posibilidad de que continúe en el colegio hasta que tenga diecinueve o veinte años, es probable que consiga contactos con la alta sociedad, con lo que ella quedaría también a salvo. Lo que tiene que hacer es evitar encontrarse con ninguno de sus amigos de aquí en el futuro si puede. Y quizá sea aconsejable que se la lleve al extranjero durante algún tiempo cuando salga del colegio.

—Sí, si pudiera —suspiró la señora Carter de forma poco convincente.

—Bueno, de momento haga lo que le he aconsejado y luego ya veremos —dijo Cowperwood—. Sería una lástima que la vida de sus dos hijos terminara arruinada por un accidente como este.

La señora Carter, dándose cuenta de que personificada en Cowperwood, si decidía ser generoso, se encontraba la salida de la degradante mazmorra de la pobreza más absoluta, decidió dar rienda suelta a la expresión de su gratitud, pero, al percibir que él se mostraba sutilmente distante, decidió reprimirse. La actitud de él, aunque cálidamente generosa en ocasiones, también se volvía distante con facilidad, menos cuando él deseaba mostrarse de otro modo. En este momento, él estaba pensando en el alma de Berenice Fleming y en el valor que podría llegar a tener para él.

CAPÍTULO XLI

La hija de la señora Fleming

Berenice Fleming, cuando Cowperwood conoció a su madre, estaba interna en el colegio femenino de las señoritas Brewster, que se encontraba entonces en Riverside Drive^[1] en Nueva York, y que era uno de los establecimientos más exclusivos de su tipo en todo Estados Unidos. El prestigio social y la influencia de los Hedden, los Fleming y los Carter fueron suficientes para conseguir que fuese admitida, aunque la posición social de su madre estuviera ya en plena decadencia. Era una muchacha alta y delicadamente demacrada, tal como él la había imaginado, con el pelo de un color bronce rojizo cuyo tono recordaba ligeramente al de Aileen, aunque era diferente a todas las mujeres que Cowperwood había conocido en su vida. Ya a la edad de diecisiete años destacaba con una inexplicable superioridad que le granjeaba la atención enfebrecida y exótica de personalidades menores cuya animalidad emocional hallaba desahogo moviendo el incensario ante su santuario.

Definitivamente, era una doncella extraña. Ya a esta edad, cuando supuestamente no era aún más que una jovencita, tenía plena conciencia de sí misma, de su sexo, de su importancia y de su posible trascendencia social. Armada con una piel clara, unas cuantas pecas, un color algo subido a veces, unos extraños y profundos ojos gatunos de color azul noche, una nariz larga, una boca agradable, dientes perfectos y una barbilla preciosa, siempre se movía con una gracia felina despreocupada, sinuosa y con aires de superioridad, que era el *summum* de la armonía y de la rítmica fluidez de sus líneas. Uno de sus trucos favoritos, cuando se encontraba en el comedor y las profesoras no la estaban observando, consistía en sostener seis platos y una jarra de agua elegantemente equilibrados sobre la cabeza al estilo de las asiáticas y africanas, moviendo las caderas y manteniendo los hombros, el cuello y la cabeza inmóviles. Las otras muchachas le rogaban una semana tras otra que repitiera el «truco», como ellas lo llamaban. Otro consistía en echar los brazos hacia atrás para imitar en un gesto repentino a la Victoria alada, de la que tenían una copia que adornaba la entrada a la biblioteca.

—Ella debía de ser como tú —solía decirle una de sus admiradoras, pequeña y de mejillas sonrosadas—, ¿sabes? Debía de tener una cabeza como la tuya. Estás preciosa cuando la imitas.

A modo de respuesta, los profundos ojos azules, casi negros, de Berenice se volvían a mirarla con solemne consideración sin dejarse afectar por la adulación. Siempre sorprendía por aquello que no llegaba a decir.

El colegio, a pesar de todas las nobles damas que lo presidían —solemnes como

lechuzas y convencionalistas carentes de experiencia, que insistían en las últimas nimiedades referentes al orden y al procedimiento—, no era para Berenice más que una broma. Reconocía el valor de su importancia social, pero ya desde los quince o dieciséis años estaba por encima de él. Estaba por encima de sus superiores y por encima de las doncellas —que se suponía que eran perfectas según las normas sociales— que se reunían a su alrededor para escucharla hablar, para oírla cantar, declamar o imitar. Era profunda, marcada y urgentemente consciente del valor de su personalidad en sí misma, no por su relación con una posición social heredada, sino por su valor innato, y de la cualidad artística y la belleza de su cuerpo. Uno de sus principales deleites era caminar sola en su habitación —a veces durante la noche con la lámpara apagada y con la luna iluminando débilmente su aposento—, posar y observar su cuerpo, y ejecutar alguna ingenua y grácil danza de aires griegos, singularmente libre de cualquier conciencia de sexo —¿pero era así en realidad? Porque era consciente de su cuerpo, hasta el último centímetro— bajo las ropas de un color blanco marfileño que vestía con frecuencia. En una ocasión, escribió en un diario secreto que tenía —otro impulso artístico o quizá una afectación, como se prefiera—: «Mi piel es absolutamente perfecta. Siento en ella el cosquilleo de la vida. Me encanta, así como sentir la fortaleza de mis músculos bajo la piel. Me encantan mis manos, y mi pelo y mis ojos. Tengo las manos largas, delgadas y delicadas; tengo los ojos de un profundo azul oscuro; el pelo es castaño, de un color rojo oxidado, espeso y precioso. Mis piernas, largas, firmes y llenas de energía, podrían bailar toda la noche. ¡Oh, amo la vida! ¡Amo la vida!».

No se podría haber descrito a Berenice Fleming como una muchacha sensual — aunque lo era— porque era serena. Sus ojos mentían. Le mentían a todo el mundo. Te miraban de parte a parte con un tranquilo *savoir faire*, y con un desafío burlón, que decía con una leve curvatura de los labios, una mera sugerencia: «No puedes leer en mis ojos, no puedes leer en mis ojos». Echaba la cabeza a un lado, sonreía, mentía — indirectamente— dando a entender que no había nada. Y no había nada, todavía. Pero también es verdad que algo sí había —sus más íntimas convicciones, que ella se esforzaba mucho en ocultar—. ¡Qué poco llegaría a saber el mundo nunca! ¡Nunca! ¡Qué poco sabría de verdad!

La primera vez que Cowperwood vio a esta Circe^[2], hija de aquella madre tan poco afortunada, fue con ocasión de un viaje a Nueva York, dos primaveras después de que le presentaran a la señora Carter en Louisville. Berenice iba a formar parte de los ejercicios de clausura del Brewster School, y la señora Carter, acompañada del señor Cowperwood, decidió ir al Este. Cowperwood, que se alojó en el Netherland, y la señora Carter en el mucho más humilde Grenoble^[3], viajaron juntos para visitar a este dechado cuya foto colgaba en sus habitaciones desde hacía meses. Cuando entraron en el recibidor algo sombrío del Brewster School, Berenice se deslizó hacia ellos al cabo de un momento; la muchacha era una figura silenciosa, alta y esbelta, y deliciosamente sinuosa. Cowperwood percibió al primer vistazo que cumplía con

todo lo que la fotografía prometía, y se sintió encantado. Pensó que tenía una sonrisa extraña, inteligente y astuta, y que, sin embargo, resultaba amable y juvenil. Sin dedicarle a Cowperwood más que una mirada pasajera, ella se adelantó extendiendo los brazos y las manos en un inimitable despliegue histriónico, y exclamó con una inflexión ensayada y aun así natural:

—¡Madre, querida! ¡Has venido de verdad! Llevo toda la mañana pensando en ti, ¿sabes? No estaba segura de si vendrías hoy, como cambias tanto. Creo que incluso soñé contigo anoche.

La falda, que aún llevaba justo por debajo del empeine, tenía la sonoridad del roce de la seda, que tan de moda estaba entonces. Y también utilizaba un tenue perfume de algún tipo.

Cowperwood se dio cuenta de que la señora Carter, a pesar de cierto nerviosismo debido al aire de superioridad e independencia de la muchacha, y a su presencia, se sentía muy orgullosa de ella. También se dio cuenta al instante de que Berenice lo estaba examinando por el rabillo del ojo —le bastó una única mirada para mirarlo de arriba abajo parapetada tras sus largas pestañas y para hacerse una idea bastante exacta de todo lo referente a Cowperwood: edad, fuerza, elegancia, riqueza y sofisticación—. Sin albergar ninguna duda lo clasificó como un hombre de gran poder en algún campo, posiblemente en las finanzas, alguno de los numerosos hombres capaces a los que su madre parecía conocer. Siempre se hacía preguntas sobre su madre. Sus grandes ojos grises, que la examinaron con precisión a la velocidad del rayo, le parecieron agradables y capaces. Supo al instante, a pesar de su juventud, que le gustaban las mujeres, y que probablemente la encontraría encantadora; pero prestarle más atención era algo que quedaba fuera de su código de comportamiento. Prefería mostrarse interesada únicamente en su querida madre.

—Berenice —dijo su madre con aire de despreocupación—, déjame que te presente al señor Cowperwood.

Berenice se volvió, y durante una fracción de segundo, le dirigió una mirada franca y al mismo tiempo condescendiente, desde aquellos pozos que Cowperwood percibió como azul índigo.

—Su madre me ha hablado de usted alguna que otra vez —dijo amablemente.

Ella le retiró su mano fresca y delgada, tan inerte y blanda como la cera, y se volvió de nuevo hacia su madre sin hacer ningún comentario, pero sin sentir el más mínimo sonrojo. No parecía concederle a Cowperwood importancia alguna.

—Querida —continuó la señora Carter tras un breve intercambio de lugares comunes—, ¿qué te parecería que pasara el invierno en Nueva York?

—Sería de lo más agradable poder vivir en casa. Estoy cansada de este estúpido colegio.

—¡Pero, Berenice! Creía que te gustaba.

—Lo odio, pero sólo porque es aburrido. Las muchachas son muy tontas.

La señora Carter levantó las cejas como queriendo decirle a su acompañante,

«¿Qué le parece esto?», pero Cowperwood se mantuvo al margen con actitud solemne. No era él quien debía adelantar una sugerencia en aquel momento. Se daba cuenta de que, por alguna razón —probablemente por su vida desordenada— la señora Carter estaba jugando a las buenas maneras con su hija; siempre mantenía un aire romántico y grandilocuente. Para Berenice era algo natural —la expresión de una predisposición a la vanidad, la afectación y al aire de superioridad.

—El jardín es encantador —comentó él, levantando la cortina para mirar hacia el jardín lleno de flores.

—Sí, las flores son bonitas —comentó Berenice.

—Espera. Cogeré algunas para ti. Va contra las reglas, pero lo único que pueden hacer es echarme, que es exactamente lo que quiero.

—¡Berenice! ¡Vuelve aquí! —la llamó la señora Carter.

Pero la hija desapareció volando entre gráciles líneas y volantes.

—¿Qué le parece? —preguntó la señora Carter, volviéndose hacia su amigo.

—Juventud, individualidad, energía; mil cosas. No le encuentro nada malo.

—Ojalá pudiera asegurarme de que nada estropee sus oportunidades.

Berenice ya venía de vuelta, y era una modelo perfecta para cualquier artista, en un despliegue de líneas casi estudiadas. Traía los brazos cargados de guisantes de olor y de rosas, que había cogido sin miramiento.

—¡Qué muchacha tan testaruda eres! —le riñó su madre con indulgencia—. Ahora tendré que ir a explicárselo a tus supervisoras. ¿Qué voy a hacer con ella, señor Cowperwood?

—Cárguela de cadenas y llévela hasta Citera^[4] —le dijo Cowperwood, que había visitado aquella romántica isla en una ocasión, y por lo tanto, conocía su significado.

Berenice se detuvo.

—¡Qué discurso tan bonito! —exclamó ella—. Dan ganas de regalarle una flor especial. Y voy a hacerlo, además. —Y le regaló una rosa.

Para ser una muchacha que se había acercado hasta ellos con actitud tímida y tranquila, observó Cowperwood, su actitud sin duda había cambiado. Se trataba del privilegio de la actriz nata; el de cambiar. Y ahora, mientras observaba a Berenice Fleming, pensaba que eso era ella —una actriz nata, flexible, sutil, inteligente, indiferente, superior, que aceptaba el mundo tal como lo encontraba y del que esperaba que la obedeciera; que se sentara como un perrito al que se le enseña a pedir—. ¡Qué personaje tan encantador! ¡Qué lástima que no la dejaran florecer sin ser molestada en su jardín de fantasía! Una lástima, sin duda.

CAPÍTULO XLII

F. A. Cowperwood, tutor^[1]

Pasó algún tiempo desde este primer encuentro antes de que Cowperwood viera de nuevo a Berenice, y sólo durante unos días, en la región montañosa de Pocono^[2] donde la señora Carter tenía su casa de veraneo. Se trataba de un lugar idílico en la ladera de la montaña a unos cinco kilómetros de Stroudsburg, y se encontraba en mitad de una peculiar yuxtaposición de colinas que, vistas desde la comodidad de los rincones de la veranda delantera, parecían, como le gustaba explicar a la señora Carter, un desfile de camellos y elefantes en la distancia. Las colinas —algunas de ellas de más de quinientos metros de altitud— se elevaban majestuosas y verdes. Más abajo, y visible durante un par de kilómetros, se encontraba la polvorienta y blanca carretera que descendía hasta Stroudsburg. Gracias a sus ganancias en Louisville, la señora Carter había logrado emplear a un jardinero durante los distintos veranos que había pasado allí, que mantenía el inclinado jardín delantero lleno de flores propias de la estación. Había un elegante charrete de dos ruedas con un buen caballo y arnés, y tanto Rolfe como Berenice disponían de las últimas novedades —bicicletas de ruedas bajas, que acababan de sustituir a las antiguas, del modelo de ruedas altas—. Para Berenice había también un atril repleto de música clásica y de colecciones de canciones, un piano, una estantería con sus libros favoritos, material de pintura, diversos implementos para ejercitarse y varios tipos de túnicas de baile griegas que ella misma había diseñado, que se complementaban además con sandalias y cintas para el pelo. Era una persona perezosa, pensativa y erótica que soñaba con una cercana y al mismo tiempo lejana supremacía social, mientras que otras veces se mantenía ocupada aprovechando todas las oportunidades sociales que le surgían. Habría sido difícil encontrar a una muchacha más calculadora y testaruda que Berenice Fleming. Mediante cierto mecanismo de ajuste mental, había previsto con claridad lo necesario que era seleccionar a las personas adecuadas en términos sociales, al tiempo que ocultaba sus verdaderos sentimientos y motivaciones; pero, a pesar de eso, no era en modo alguno una esnob de mente calculadora. Había ciertos aspectos de su vida y de la de su madre que le molestaban —las peleas de su infancia, desde los siete hasta los once años, entre su madre y su padrastro, el señor Carter; las borracheras de este último, que a veces rozaban el *delirium tremens*, y las mudanzas de un sitio a otro—: todo tipo de acontecimientos sórdidos y deprimentes. Berenice había sido una niña muy impresionable y algunas cosas se habían quedado grabadas a fuego en su memoria; una de ellas, por ejemplo, cuando una vez vio a su padrastro volcar una mesa de una patada en presencia de la institutriz y agarrar la lámpara que

había derribado con demoníaca habilidad para lanzarla por la ventana. Ella misma había llegado a sufrir sus sacudidas durante una de sus rabietas, cuando, como respuesta a los gritos de terror de los que la rodeaban, él gritó: «¡Dejad que se caiga! No le va a pasar nada porque a ese pequeño diablo se le rompan unos cuantos huesos». Este era el recuerdo más vívido que guardaba de su padrastro y que la ayudaba a suavizar su opinión sobre su madre, al tiempo que la hacía sentir compasión por ella cuando se sentía inclinada a criticarla. De su propio padre lo único que sabía era que se había divorciado de su madre —aunque no sabría decir por qué—. Le gustaba su madre en muchos sentidos, aunque no llegaba a sentir auténtico amor por ella —la señora Carter era demasiado necia a veces, y otras era demasiado reservada—. Esta casa de Pocono, o Forest Edge, como la señora Carter la había llamado, se llevaba de una manera peculiar. Sólo estaba abierta de junio a octubre, porque la señora Carter solía regresar a Louisville por esas fechas, mientras que Berenice y Rolfe volvían a sus respectivos colegios. Rolfe era un jovencito alegre y de modales agradables, bien educado, simpático y cortés, aunque no era especialmente brillante. La primera vez que lo vio, Cowperwood pensó que, en circunstancias normales, sería un buen empleado de confianza, por ejemplo en un banco. Berenice, sin embargo, hija del primer marido, era una criatura de mente exótica y de corazón opalescente. Tras el primer contacto con ella en la sala de visitas del Brewster School, Cowperwood era plenamente consciente de la importancia de su incipiente carácter. Para entonces estaba ya tan familiarizado con todo tipo y clase de mujeres, que cuando se hallaba con alguna que fuera excepcional —de forma muy parecida a lo que le ocurre a un entendido cuando está ante un caballo excepcional—, esta se aferraba a su mente con especial intensidad. Como un jinete ambicioso que pensara haber detectado en una potrilla de algún establo de caballos de carreras las señales y los lineamentos de la futura ganadora de un derbi, así había visto Cowperwood a Berenice Fleming en el ambiente tranquilo del Brewster School, imaginándosela como la figura central de una fiesta al aire libre en Newport o de un salón londinense. ¿Por qué? Porque tenía el aire, la gracia, el linaje, la sangre —por eso; y por ese motivo era por lo que le gustaba tanto, casi como ninguna otra mujer antes que ella.

Fue en el césped de Forest Edge donde Cowperwood vio ahora a Berenice. Esta última había ordenado al jardinero que levantara un poste alto al que había atado una pelota con una cuerda, y ella y Rolfe se afanaban jugando al espirobol^[3]. Tras enviar un telegrama a la señora Carter, Cowperwood había llegado a la estación de Pocono, donde ella había ido a recogerlo para llevarlo rápidamente hasta la casa. Le gustaron las verdes colinas, la amarilla carretera empinada y serpenteante y la casita de un gris plateado con el tejado de tablillas marrones cuando los vio desde lejos. Eran las tres de la tarde, y hacía un día luminoso aunque el sol comenzaba a descender.

—Mire, ahí están —comentó la señora Carter alegre y sonriente, cuando rebasaron un saliente al borde de la carretera a poca distancia de la casa. Berenice,

moviéndose a paso ligero hacia un lado, golpeaba la pelota con la raqueta.

—Jugando con ganas, como siempre. ¡Vaya dos retozones!

Los observó con maternal interés y con satisfacción, lo que en opinión de Cowperwood no decía mucho en su favor. Pensaba que sería una lástima que no se cumplieran las esperanzas que tenía puestas en sus hijos, lo que probablemente ocurriría. La vida era dura. Qué extraña era esta clase de mujeres, pensaba —que podía ser al tiempo una madre afectuosa y comprensiva, mientras se dedicaba a complacer los vicios de los hombres—. Para empezar, era extraño que tuviera hijos. Berenice llevaba una falda blanca, zapatillas blancas de deporte y una camisa o una blusa de seda crema pálido que le quedaba muy holgada. Debido al ejercicio, tenía las mejillas encendidas —de un rosa intenso— y el pelo rojizo alborotado. Aunque giraron para entrar por el acceso oeste de la casa, que se encontraba a uno de los lados y abierto en el seto, el juego no cesó y Berenice, que estaba muy entretenida, no les dedicó ni una mirada.

Para ella, Cowperwood no era más que un amigo de su madre. Mientras, él observó con un sentimiento especialmente vivo que las líneas de sus movimientos — las posturas breves y momentáneas que adoptaba ella— tenían un sorprendente encanto natural. Querría habérselo dicho a la señora Carter, pero se contuvo.

—Es un juego enérgico —comentó con una mirada satisfecha—. Usted juega, ¿verdad?

—Antes sí. Ya no juego mucho. A veces intento jugar algún set con Rolfe o con Bevy, pero tanto uno como otro terminan ganándome por mucha diferencia.

—¿Bevy? ¿Quién es Bevy?

—Oh, así es como llamamos a Berenice. Rolfe la llamaba así cuando era pequeño.

—¡Bevy! Me gusta.

—A mí también me ha gustado siempre. Le va bien, aunque no sabría decir por qué.

Berenice hizo su aparición antes de la cena, fresca tras un baño y con un ligero vestido veraniego, cuyas líneas le parecieron a Cowperwood aún más gráciles, a pesar de estar cargado de volantes, por la sospechosa ausencia de corsé. La cara y las manos —la cara delgada, alargada y dulcemente hundida, y las manos finas y fibrosas— le llamaron mucho la atención a Cowperwood, que las encontró tremendamente atractivas. Le recordaba levemente a Stephanie, aunque la barbilla de esta muchacha era más firme y su redondez era más delicada, a pesar de resultar también más agresiva. Sus ojos también reflejaban más astucia y eran menos evasivos, aunque sutiles.

—Volvemos a vernos —dijo él, con aire ligeramente distante, cuando ella salió al porche y se dejó caer lánguidamente en una de las sillas de mimbre—. La última vez que nos vimos, estaba usted trabajando mucho en Nueva York.

—Saltándome las normas. No, se me olvida que aquella fue la tarea más fácil.

Oh, Rolfe —llamó a su hermano por encima de su hombro, con indiferencia—, tu navaja está en el césped.

Cowperwood, al que había interrumpido por completo, esperó durante un breve espacio de tiempo.

—¿Quién ganó ese partido tan interesante?

—Yo, por supuesto. Siempre gano al espirobol.

—¿Ah, sí? —dijo Cowperwood.

—Me refiero a cuando juego con mi hermano, por supuesto. Juega muy mal. — Se volvió hacia el oeste (la casa miraba al sur) y estudió la carretera que subía desde Stroudsburg—. Creo que ese es Harry Kemp —dijo como hablando para sí—. Si es él, me traerá el correo, si es que hay algo para mí.

Volvió a ponerse de pie y desapareció dentro de la casa, para volver a salir un momento después y caminar despacio hasta la verja que se hallaba a más de treinta metros de distancia. A Cowperwood le pareció que flotaba, saludable y grácil. Un joven elegantemente vestido con una chaqueta de sarga azul y pantalones y zapatos blancos, llegó hasta allí en un charrete de ruedas altas.

—Hay dos cartas para usted —dijo con voz aguda y casi de falsete—. Pensé que tendría por lo menos ocho o nueve. Qué agradable que haga calor, ¿no le parece? — Era de modales agradables, aunque quizá algo afeminados, y Cowperwood lo catalogó al instante como un idiota. Berenice cogió el correo con una sonrisa encantadora y pasó a su lado leyéndolo sin echarle a él ni una última mirada. Al instante la oyó hablar dentro de la casa.

—Mamá, los Haggerty me han invitado a pasar con ellos la última semana de agosto. Estoy pensando en olvidarme de Tuxedo y aceptar su invitación. Me cae bien Bess Haggerty.

—Bueno, eso tendrás que decidirlo tú, querida. ¿Van a estar en Tarrytown o en Loon Lake?

—En Loon Lake, por supuesto —se oyó decir a Berenice.

Llevaba una vida muy activa en el mundillo social, pensó Cowperwood. Había empezado bien. Los Haggerty eran ricos, propietarios de minas de carbón en Pensilvania. Harris Haggerty, a cuya familia probablemente se refería ella, tenía al menos seis u ocho millones de dólares. El mundillo social en el que se movían era muy exclusivo.

Después de cenar, se desplazaron hasta The Saddler, en Saddler's Run, donde iban a ofrecer un baile y un paseo a la luz de la luna. Por el camino y ante la actitud distante de Berenice, Cowperwood sintió por primera vez en su vida que se estaba haciendo viejo. A pesar del vigor de su mente y de su cuerpo, no dejaba de recordarse constantemente que tenía más de cincuenta y dos años, mientras que ella sólo tenía diecisiete. ¿Por qué seguía siendo presa del atractivo de la juventud? Ella llevaba un vestido en el que se mezclaban el encaje y la seda, y que dejaba al descubierto dos hombros jóvenes y tersos, y un cuello grácil, regio y de líneas inimitables. Por el

contorno de sus brazos delgados podía deducir lo fuerte que era.

«Quizás sea demasiado tarde», se dijo a sí mismo, a modo de comentario. «Me estoy haciendo viejo.»

La frescura de las colinas en la palidez de la noche le pareció triste.

Saddler's, cuando al fin llegaron pasadas las diez, estaba atestado porque allí se habían reunido la juventud y la belleza de los alrededores. La señora Carter, que lucía muy atractiva con un vestido de baile de color plata y rosa viejo, esperaba que Cowperwood bailara con ella. Y lo hizo, pero durante todo ese tiempo no le quitó los ojos de encima a Berenice, a la que atrapaba un joven de porte elegante detrás de otro durante la velada para llevarla rítmicamente a los sones del vals o del chotis^[4]. También estaba de moda un baile nuevo de paso ligero y alegre —se daba una patada en el aire primero con un pie y después con el otro, después se giraba para correr hacia atrás y lanzar otra patada, y después, se hacía un giro completo a paso rápido espalda con espalda con el compañero de baile^[5]—. Berenice, con su agilidad y sus movimientos rítmicos, le parecía el alma de la gracia y la vitalidad —ajena a todos y a todo, menos a la propia esencia del baile como medio para sentir la dulce emoción de algún distante y ensoñado espíritu de la alegría—. Él estaba maravillado. Profundamente impresionado.

—Berenice —le dijo la señora Carter cuando se acercó durante un descanso hasta donde ella y Cowperwood estaban sentados a la luz de la luna hablando de la vida de la alta sociedad de Nueva York y Kentucky—, ¿no le has guardado un baile al señor Cowperwood?

Cowperwood, con un momentáneo sentimiento de rencor, afirmó que ya no le apetecía bailar, y se dijo para sí que la señora Carter era una estúpida.

—Creo que —dijo la hija con aire lánguido— los tengo todos pedidos. Aunque quizá podría romper algún compromiso.

—Pero no lo haga por mí, por favor —le rogó Cowperwood—. No me apetece bailar más. Gracias.

Casi llegó a odiarla por aquel comentario tan falto de entusiasmo. Pero aun así, no lo hizo.

—Pero, Bevy, ¡qué cosas dices! Creo que estás actuando muy mal esta noche.

—Por favor, por favor —rogó Cowperwood con cierta aspereza—. Ya basta. No me apetece bailar más.

Bevy le dirigió una mirada extraña —una única mirada pensativa.

—Pero tengo un baile —le rogó ahora ella con dulzura—. Sólo estaba de broma. ¿No piensa bailar conmigo?

—Por supuesto. No puedo negarme —le contestó Cowperwood con frialdad.

—Es el siguiente —le dijo ella.

Bailaron, pero él no suavizó su actitud hacia ella en un primer momento porque estaba realmente enfadado. Debido a todo lo que había ocurrido antes, se sentía rígido y torpe. Ella había conseguido echar abajo el *savoir faire* innato de él; esta

muchachita. Pero en la segunda mitad, el espíritu del alma bailarina de ella lo contagió y se sintió más relajado, con más ritmo. Ella se acercó mucho a él y lo arrastró consigo consiguiendo que se acompasara el ritmo de ambos.

—Baila de maravilla —dijo él.

—Me encanta —le contestó ella, que ya había alcanzado una estatura que a él le resultaba de lo más agradable.

Pero pronto se terminó.

—Me gustaría que me llevara hasta donde están los helados —le dijo a Cowperwood.

Y él la condujo hasta allí, en parte divertido, y en parte molesto por la actitud que ella le mostraba.

—Se lo está pasando bien tomándome el pelo, ¿verdad? —le preguntó él.

—Sólo estoy cansada —le contestó ella—. Me aburro. De verdad. Me gustaría que estuviéramos ya en casa.

—Podemos irnos en cuanto lo diga. De eso no hay duda.

Cuando llegaron a los helados y ella cogió uno de la mano de él, lo miró fijamente con sus ojos serenos e insensibles de color azul —unos ojos que tenían el aspecto plano de los azulejos holandeses sin esmaltar.

—Espero que me perdone —dijo ella—. He sido muy grosera. No he podido evitarlo. Estoy de mal humor.

—No me ha parecido que fuera maleducada —le comentó él, mintiendo con solemnidad y sintiendo que su actitud hacia ella cambiaba por completo.

—Sí, sí que lo he sido, y espero que me perdone. Sinceramente se lo digo.

—De todo corazón le perdono lo poco que haya que perdonarle.

Esperó para acompañarla de vuelta y la dejó con un joven que la esperaba. La observó mientras se alejaba bailando y después acompañó a su madre al charrete. Berenice no los acompañó de vuelta a casa; otra persona la traería. Cowperwood se preguntó cuándo volvería y dónde estaría su habitación, y si de verdad lo sentía. Cuando se durmió, Berenice Fleming y sus ojos de color azul pizarra eran lo único que le ocupaba la mente.

CAPÍTULO XLIII

El planeta Marte

La hostilidad de los bancos hacia Cowperwood, que en un principio había supuesto la necesidad de desplazarse hasta Kentucky y a otros lugares, finalmente alcanzó su punto más álgido tras un intento de conseguir fondos para la construcción de sus vías elevadas. Había llegado el momento de utilizarlas para mejorar el tráfico. El público las demandaba. Cowperwood vio que estaban construyendo una vía elevada en la línea del South Side Alley y que se proponían construir otra en la West Side Metropolitan, en gran medida, como bien sabía, para generar aceptación por la idea, de modo que se dificultara su oposición a la concesión de una licencia general. Era plenamente consciente de que si él decidía no construirlas, lo harían otros. Poco importaba que la electricidad se hubiera convertido finalmente en un factor que suponía una importante mejora en el sistema de tracción, ni que tuviera que reacondicionar todas sus líneas en un breve plazo de tiempo para adaptarlas a las nuevas circunstancias, ni que estuviera gastando miles y miles de dólares para contener los aspectos más amenazadores en el terreno político. Además, ahora debía aventurarse en este nuevo campo para conseguir licencias utilizando las fórmulas más sutiles y también las más rudas de la corrupción política. Pero el aspecto más complicado de todo esto no era político, sino financiero. Había que considerar seriamente el asunto de las vías elevadas de Chicago, debido a la escasez de población en áreas muy extensas. Sólo el coste del hierro, del derecho de paso, del material rodante y de las centrales de tracción era inmenso. Como se oponía de manera crónica a invertir sus fondos privados cuando podía simplemente descargar en el público lotes de acciones al tiempo que retenía el control y la dirección, Cowperwood no sabía muy bien en aquel momento de dónde iba a conseguir crédito para los millones que tendría que invertir en estructuras de acero, en pagos a los ingenieros, en mano de obra y en equipamiento antes de obtener un solo dólar de los futuros pasajeros. Debido al advenimiento de la feria mundial, a la «L» del South Side —para la que al final había concedido una licencia con el objetivo de tener algo de tranquilidad— le estaba yendo razonablemente bien, aunque la inversión no ofrecía el rendimiento que conseguían las vías de Nueva York. Las líneas nuevas que él estaba preparando atravesarían zonas aún menos pobladas de la ciudad, y con toda probabilidad, ofrecerían un rendimiento aún menor. Necesitaba conseguir dinero —entre doce y quince millones de dólares— y todo ello a cuenta de las acciones y los bonos de una compañía que sólo existía sobre el papel y que quizá no ofreciera dividendos hasta muchos años después. Addison, consciente de que la Chicago Trust

Company ya estaba excesivamente cargada, recurrió a varios bancos locales de menor importancia, aunque prósperos, para que ellos se hicieran cargo de los nuevos valores (cada uno de una parte, por supuesto), y le provocó gran sorpresa y disgusto descubrir que todos y cada uno de ellos rechazaban la oferta.

—Le voy a decir lo que ocurre, Judah —le dijo en confianza el presidente de un banco con gran secretismo—. Le debemos a Timothy Arneel al menos trescientos mil dólares, por los que sólo tenemos que pagar un tres por ciento. Y se trata de un préstamo a la vista. Además, el Lake National es nuestra principal fuente de recursos cuando se trata de operaciones rápidas y él está al tanto de eso. Tengo entendido, por lo que me han dicho un par de amigos, que está enemistado con Cowperwood y nosotros no podemos permitirnos ofenderlo. Me gustaría, pero tengo que dejarlo pasar; de momento, no.

—Pero, Simmons —le contestó Addison—, estos tipos están tirando piedras a su propio tejado. Estas emisiones de bonos y acciones son una inversión buenísima, y nadie lo sabe mejor que usted mismo. Todo el clamor de los periódicos contra Cowperwood en realidad no significa nada. Es completamente solvente. Chicago está creciendo y sus líneas se revalorizan año tras año.

—Ya lo sé —contestó Simmons—. Pero, ¿qué me dice de los rumores de que habrá un sistema elevado rival? ¿Eso no terminará causándoles problemas a sus líneas, al menos de momento, si se llega a construir?

—Conociendo a Cowperwood —le contestó Addison—, no va a haber ninguna vía elevada rival. Es cierto que cuentan con el concejo para conseguir la licencia para una línea en el South Side; pero eso queda fuera de nuestro territorio, en cualquier caso, y la otra de la Chicago General Company es apenas significativa. Tardarán años y años en conseguir que les deje un solo dólar de beneficio, y cuando llegue el momento, probablemente él consiga quedarse con ella si eso es lo que quiere. Habrá nuevas elecciones dentro de dos años, y puede que entonces la administración local quizá no le sea tan desfavorable. Y además, tampoco han logrado perjudicarlo tanto con el actual concejo como ellos preveían.

—Sí, pero él perdió las elecciones.

—Cierto. Pero eso no significa necesariamente que vaya a perder las siguientes ni que vaya a perderlas todas.

—De todas maneras —contestó Simmons con gran secretismo—, tengo entendido que han unido esfuerzos para echarlo. Schryhart, Hand, Merrill y Arneel son los más poderosos. He oído que Hand dice que nunca conseguirá que le renueven las licencias, y si eso ocurre, será con unas condiciones que no las harán rentables. Cualquiera de estos días se va a producir aquí una quiebra tremenda si eso es cierto. —El señor Simmons habló con el aire solemne del que sabe lo que dice.

—No lo crea ni por un instante —le contestó Addison con desdén—. Hand no es Chicago, ni tampoco lo son Schryhart ni Arneel. Cowperwood es un hombre inteligente y no les va a resultar tan fácil neutralizarlo. ¿Le ha contado alguien cuál es

la causa real que está detrás de todo este altercado?

—Sí, me lo han dicho —contestó Simmons.

—¿Y se lo ha creído?

—Ah, no lo sé. Sí, supongo que sí. Pero, aun así, no estoy seguro de que eso tenga nada que ver. La envidia por lo que tienen otros es suficiente para que cualquier hombre se ponga en pie de guerra. Y este Hand es muy poderoso.

No mucho después de esto, Cowperwood entró caminando tranquilamente en la oficina del presidente de la Chicago Trust Company y le preguntó:

—Y bien, Judah, ¿cómo van los bonos de la «L» de la Northwestern?

—Tal como esperaba, Frank —le contestó Addison con suavidad—. Tendremos que salir de Chicago en busca de ese dinero. Hand, Arneel y el resto de la panda han decidido organizarse en nuestra contra. Eso está claro. Algo los ha hecho lanzarse a perseguirnos con saña. Supongo que mi renuncia quizá tenga algo que ver. Sea como sea, todos y cada uno de los bancos en los que tienen mano han rechazado aceptarlos. Para asegurarme de que estaba en lo cierto, llegué incluso a llamar al pequeño Third National de Lake View, y al Drovers and Traders de Forty-seventh Street. Es el banco de Charlie Wallin. Cuando yo estaba en el Lake National, andaba siempre esperando en la puerta trasera pidiéndome cualquier cosa que fuera segura. Y ahora dice que tiene orden de sus directores de no aceptar nada que nosotros podamos ofrecerle. Y en todas partes es la misma historia: no se atreven. Le pregunté a Wallin si sabía por qué los directores le tenían inquina a la Chicago Trust o a ti, y en un primer momento me dijo que no. Después me dijo que se pasaría por aquí para almorzar conmigo un día de estos. ¡Qué estupidez la de seguir la táctica del avestruz! ¡Como si negarse a darnos dinero en préstamo fuese a impedir que lo consiguiéramos en otro sitio! Por mí, pueden coger sus banquitos de juguete y ponerse a jugar al blocao^[1], porque yo puedo irme a Nueva York y conseguir veinte millones de dólares en treinta y seis horas si hace falta.

Addison estaba un poco acalorado. Para él se trataba de una experiencia nueva. Cowperwood se limitó a jugar con el extremo del bigote al tiempo que sonreía con aire burlón.

—Bueno, da igual —dijo—. ¿Vas tú a Nueva York o voy yo?

Tras hablarlo durante un rato, se decidió que iría Addison. Cuando llegó a Nueva York, se encontró, para su sorpresa, con que la oposición contra Cowperwood había comenzado a echar raíces también en el Este por alguna misteriosa razón.

—Le voy a decir lo que hay —le comentó Joseph Haeckelheimer, a quien Addison había recurrido; un tipo bajo, engreído y afeminado que era el director de los banqueros internacionales Haeckelheimer, Gotloeb & Co.—. Han llegado a nuestros oídos algunas cosas bastante extrañas sobre el señor Cowperwood desde Chicago. Algunos dicen que es fiable, y otros que no lo es. Tiene algunas buenas licencias que abarcan gran parte de la ciudad, pero se trata de licencias válidas sólo durante veinte años, y todas expirarán para 1903 como muy tarde. Según tengo entendido, ha

agitado a todos los poderes locales, y algunos son muy poderosos, y se da por hecho que va a tener grandes dificultades para conseguir la renovación de sus licencias. Yo no vivo en Chicago, por supuesto. No sé mucho de este asunto, pero nuestro banco corresponsal en el Oeste me dice que esto es así. El señor Cowperwood es un hombre muy capaz, según tengo entendido, pero si todos estos hombres influyentes se ponen en su contra, pueden hacerle mucho daño. Es muy fácil encender al público.

—Le hace usted una gran injusticia a un hombre muy capaz, señor Haeckelheimer —replicó Addison—. Prácticamente cualquiera que se dedica a hacer grandes cosas y tiene éxito, causa gran conmoción. Parece que los hombres que usted ha mencionado en concreto, piensan que son algo así como los dueños de Chicago. Creen que les pertenece. De hecho, fue la ciudad la que los hizo a ellos; no fueron ellos los que hicieron la ciudad.

El señor Haeckelheimer enarcó las cejas y dejó caer sus dos manitas blancas y regordetas sobre los botones inferiores de su protuberante chaleco.

—El favor del público es un factor esencial para todas estas empresas —dijo con un suspiro—. Como usted bien sabe, parte de los recursos con los que cuenta cualquier hombre provienen de su capacidad para no crearse enemigos. Puede que el señor Cowperwood sea lo suficientemente fuerte como para sobreponerse a todo eso. No lo sé. No lo conozco. Simplemente le estoy diciendo lo que he oído.

Esta actitud tan distante por parte del señor Haeckelheimer era indicativa de una nueva tendencia. Aquel hombre era enormemente rico y la firma Haeckelheimer, Gotlob & Co. tenía una participación mayoritaria en algunas de las principales líneas férreas y algunos de los bancos de los Estados Unidos. Su favor no se podía tener en baja estima.

Estaba claro que los rumores que corrían por Nueva York en contra de Cowperwood —al menos los que corrían por el sector bancario— podrían dar lugar a que rehusaran aceptar cualquier emisión subsiguiente que Cowperwood hiciera, a menos que fueran contrarrestados en un breve espacio de tiempo por acontecimientos favorables acaecidos en Chicago. Podrían llegar incluso a cerrarles las puertas de los bancos menos importantes y a poner nerviosos a los inversores.

El relato que Addison hizo de lo que había ocurrido molestó no poco a Cowperwood. Se enfadó. Vio en todo aquello los tejemanejes de Schryhart, Hand y de los otros que hacían todo lo que podían por desacreditarlo.

—Que digan lo que quieran —dijo malhumorado—. Yo tengo los tranvías y no serán ellos los que me echen de aquí. Puedo vender acciones y bonos directamente al público si es necesario. Hay un montón de particulares a los que les encantaría invertir en estas propiedades.

Y en este preciso momento aparecen, como guiados por la mano del destino, el planeta Marte y la universidad. Esta última había pasado de ser durante años una humilde escuela universitaria baptista poco valorada a convertirse de repente, gracias a la generosidad de un multimillonario de Standard Oil, en una gran universidad que

estaba dando lugar a gran revuelo a todo lo largo y lo ancho del mundo educativo^[2].

Ya era un espectáculo digno de atención y una de las atracciones de la ciudad. Le llegaban millones a mansalva y prácticamente todos los meses se levantaban nuevos y bellos edificios. Habían traído del Este a un hombre brillante y dinámico para que la dirigiera. Aún hacían falta muchas cosas: residencias para los estudiantes, laboratorios de un tipo u otro, una biblioteca, y por último, aunque no por ello menos importante, un telescopio gigante que barrería los cielos con un ojo de una capacidad receptiva sin igual hasta el momento, y que les arrancaría secretos indescifrables hasta entonces para el ojo y la mente humana.

Cowperwood siempre había sentido interés por el firmamento y por los métodos matemáticos y físicos que se utilizaban para interpretarlo. Coincidió que en aquel momento, el planeta guerrero, con su aspecto siniestro, estaba muy cercano a la tierra y su ardiente color rojo se veía colgado en el cielo hacia el oeste, y el público, de mente superficial, se dejaba impresionar fácilmente por las reflexiones y especulaciones referentes a los famosos canales de aquel notorio planeta. La simple idea de que pudiera existir un telescopio más grande que ninguno de los que se disponía entonces y que pudiera arrojar más luz sobre este esquivo misterio resultaba emocionante no sólo en Chicago, sino en el mundo entero. Una tarde a última hora, Cowperwood, que estaba inspeccionando unos terrenos que se encontraban frente a su nueva central de tracción de West Madison Street, vio el planeta que lucía bajo y luminoso en el cielo oscurecido, con un brillo anaranjado y cálido en un mar de plata. Se detuvo a observarlo. ¿Sería cierto que había canales allí, y gente? La vida era sin duda una cosa extraña.

No mucho después, Alexander Rambaud lo llamó un día por teléfono y le dijo:

—Voy a decirle algo, Cowperwood. Acabo de hacerle una jugarreta ahora mismo. El doctor Hooper^[3], de la universidad, ha estado aquí hace unos minutos para pedirme que sea uno de los diez que van a garantizar el coste de las lentes del telescopio que, según su opinión, necesita para dirigir ese colegio insignificante que tiene. Le he dicho que probablemente usted también estaría interesado. Su idea es encontrar a alguien que le garantice cuarenta mil dólares, o bien a ocho o diez personas que le garanticen cuatro o cinco mil dólares cada una. He pensado en usted porque le he oído hablar de astronomía de cuando en cuando.

—Pues que venga —contestó Cowperwood, que no quería nunca quedarse a la zaga de otros en generosidad, especialmente cuando existía la posibilidad de que sus esfuerzos fueran apreciados por parte de sectores de peso.

Poco después, apareció el doctor en persona —bajo, rotundo, rubicundo y luciendo unas gruesas gafas de montura dorada que cubrían unos ojos redondos, inquietos e incisivos—. Sólo con mirarlo resultaba evidente que era un hombre digno, de gran capacidad creativa, optimista y lleno de expectativas poco reales. Los dos hombres se estudiaron mutuamente —uno, con su habitual análisis de amplio alcance que veía incluso a las universidades como algo fútil dentro de las infinitas vueltas de

la vida; y el otro, con su fe en lograr que las grandes fuerzas, como puedan ser los magnates financieros, hagan inclinar la balanza hacia el bien y sirvan a un fin idealista.

—Lo que tengo que contarle, señor Cowperwood, no tiene mucha historia —le dijo el doctor—. Nuestros trabajos de astronomía cuentan ahora mismo con un serio inconveniente, que consiste fundamentalmente en que no disponemos de lentes ni de ningún telescopio digno de ese nombre. Me gustaría ver que la universidad lleva a cabo trabajos originales en este campo y que, además, lo hace a lo grande. La única manera de conseguirlo, a mi juicio, es hacer las cosas mejor que ningún otro. ¿Está de acuerdo conmigo? —Y sonrió mostrando una hilera de dientes blancos y brillantes.

Cowperwood le correspondió con una sonrisa de cortesía.

—¿Una lente de cuarenta mil dólares sería la mejor lente de todas? —le preguntó.

—Si es la que fabrica Appleman Brothers de Dorchester, sí —le contestó el decano de la universidad—. Se lo explicaré, señor Cowperwood. Estos hombres son fabricantes de lentes, y una buena lente, en primer lugar, depende de encontrar el cristal apropiado. Los cristales grandes y perfectos no son muy comunes, como usted probablemente sepa. Hace poco se ha encontrado un cristal de estas características y lo tiene el señor Appleman. Se tardan entre cuatro y cinco años en esmerilarlo y pulirlo. La mayor parte del pulido, algo que quizá usted no sepa, se hace a mano —frotándolo con el pulgar y el índice—. Es necesario contar con el tiempo, el criterio y la maestría de un óptico experto. Y hoy en día, desgraciadamente, eso no resulta barato. Pero, digno es el obrero de su salario, supongo —e hizo un gesto con la mano blanca y suave—, y cuarenta mil dólares son suficientes. Sería un gran honor que la universidad pudiera contar con la lente más grande, más útil y más perfecta del mundo. Y me imagino que les valdría un gran reconocimiento a los hombres que lo hicieran posible.

A Cowperwood le gustó el aire profesoral y artístico del hombre. Era evidente que se encontraba ante un personaje de gran habilidad e inteligencia, que además impregnaba de emoción y de entusiasmo científico. Para él era algo espléndido encontrarse con alguien que perseguía sus objetivos con entusiasmo, tanto si eran propios como si lo hacía para otros.

—¿Y lo conseguiría con cuarenta mil? —le preguntó.

—Sí, señor. Con cuarenta mil dólares nos aseguraríamos la lente, al menos.

—¿Y qué me dice de los terrenos, los edificios y de la estructura para sostener el telescopio? ¿Ya lo tiene todo preparado?

—Aún no, pero, como se tarda al menos cuatro años en esmerilar la lente, habrá tiempo de sobra para hacernos cargo de todo lo demás cuando esta esté prácticamente lista. Hemos elegido el sitio —el lago Geneva— y desde luego no diríamos que no ni a los terrenos ni al resto de equipamiento si supiéramos dónde conseguirlos.

Y de nuevo mostró sus dientes brillantes y sus ojos avispados taladraron el cristal de las gafas.

Cowperwood vio en esto una gran oportunidad. Preguntó cuál sería el coste total del proyecto, y el doctor Hooper le contestó que suponía que con trescientos mil dólares conseguirían finalizarlo todo espléndidamente —la lente, el telescopio, el terreno, la maquinaria y el edificio—; con eso tendrían para levantar un monumento.

—¿Y cuánto dinero ha garantizado que pagará para sufragar la lente?

—Dieciséis mil hasta ahora.

—¿Que tiene que pagar cuándo?

—A plazos —diez mil al año durante cuatro años. Sólo lo suficiente para que los fabricantes de la lente se pongan a trabajar ya.

Cowperwood reflexionó unos instantes. Diez mil dólares al año durante cuatro años no supondrían para él más que un salario, y después de ese plazo, estaba seguro de que podría proporcionarle el resto del dinero sin dificultad alguna porque para entonces sería mucho más rico y sus planes estarían mucho más avanzados. Con la reputación que esto le proporcionaría (la capacidad para donar trescientos mil dólares sin más para un telescopio que llevaría su nombre, el telescopio Cowperwood), sin duda lograría recabar dinero en Londres, Nueva York y en cualquier otro sitio para su empresa de Chicago. Bastaría un solo día para que el mundo entero supiera quién era. Lo dejó ahí, sin que sus ojos enigmáticos revelaran nada acerca de las magníficas visiones que estaba teniendo. ¡Al fin, al fin!

—¿Qué le parecería, señor Hooper —comenzó con dulzura—, si en lugar de contar con que diez hombres le donaran cuatro mil dólares al año cada uno, como tiene usted intención de lograr, que un solo hombre le diera esos cuarenta mil en plazos anuales de diez mil cada uno? ¿Podría hacerse así?

—Mi querido señor Cowperwood —exclamó el doctor, exultante y con los ojos brillantes—, ¿debo entender que usted personalmente desea donar el dinero para comprar la lente?

—Es posible, sí. Pero para hacer algo así necesitaría contar con un compromiso, señor Hooper.

—¿Y de qué se trataría?

—De contar con el privilegio de ser yo quien les proporcionara el terreno y el edificio; el telescopio completo, de hecho. Imagino que nada de esto se divulgará hasta que cuente con una resolución favorable —añadió con cautela y diplomacia.

El nuevo decano de la universidad se puso en pie y lo miró con una expresión aprobadora y agradecida. Era un hombre ocupado y sobrecargado de trabajo. Su tarea era enorme, y cualquier peso que lograra quitarse de encima era para él un gran alivio.

—Mi respuesta a eso, señor Cowperwood, si yo ostentara la autoridad, sería la de cerrar el acuerdo con usted ahora mismo en nombre de la universidad y la de darle las gracias. Por una cuestión de formalidad, debo presentar el asunto a los regentes de la universidad, pero no tengo ninguna duda sobre cuál será el resultado. No espero más que se dé la aprobación junto con el agradecimiento de la universidad. Permítame

darle las gracias de nuevo.

Se dieron la mano cordialmente y aquel serio representante de la universidad salió afanosamente. Cowperwood se dejó caer en su silla tranquilamente. Juntó las palmas de las manos y presionó las yemas de los dedos unas contra otras, y se permitió soñar durante unos instantes. Después llamó a una taquígrafa y comenzó a dictarle. No quería pensar siquiera en lo universalmente ventajoso que todo esto podría demostrar ser.

El resultado fue que, al cabo de unas cuantas semanas, el ofrecimiento fue formalmente aceptado por los regentes de la universidad y que se redactó un informe, que contaba con el consentimiento formal de Cowperwood, que iba a ser distribuido para su publicación^[4]. Esta fortuita combinación de circunstancias, que ya hemos descrito, le confirió al asunto un valor periodístico único. Se habían donado reflectores y refractores gigantes que se estaban utilizando en otras partes del mundo, pero ninguno tan grande ni tan importante como este. Aquella donación fue suficiente para hacer que Cowperwood apareciera bajo la forma de un benefactor público y de un patrón de la ciencia. Y no sólo en Chicago, sino también en Londres, París y Nueva York; en realidad, en cualquier lugar del mundo donde se reunían intelectuales, esta significativa donación realizada por un norteamericano fabulosamente rico se convirtió en objeto de encendido debate. Los banqueros, entre otros, tomaron buena nota de quién era el donante, y cuando los emisarios de Cowperwood fueron a visitarlos más adelante dando a entender que estaban a punto de someterse a votación las licencias de cincuenta años que iban a concedérsele para sus vías elevadas, y que estas deberían sufragarse con préstamos hipotecarios o en forma de bonos, fueron cortésmente recibidos. Un hombre en posición de regalar telescopios de trescientos mil dólares en su momento más bajo debía de gozar de una posición financiera muy satisfactoria. Debía de tener una enorme fortuna guardada. Tras algunos preliminares, durante los que Cowperwood hizo una fugaz visita a Threadneedle Street en Londres, y a Wall Street en Nueva York, se llegó a un acuerdo con una entidad bancaria anglo-americana mediante el que se quedarían con la mayoría de los bonos correspondientes a las vías que tenía proyectadas para venderlos en Europa y en otros lugares, y de esta manera, Cowperwood consiguió medios más que suficientes para comenzar. Al instante, las acciones de sus líneas de superficie subieron como la espuma, y los que habían estado conspirando para provocar la caída de Cowperwood rechinaron los dientes con impotencia. Hasta los de Haeckelheimer & Co. mostraron interés.

Anson Merrill, que había donado hacía pocas semanas un terreno para que fuera utilizado con fines deportivos, puso mala cara ante este repentino eclipse de su gloria. Hosmer Hand, que había donado un laboratorio de química, y Schryhart, que había contribuido con una residencia estudiantil, se sintieron deprimidos al pensar que una donación menos costosa que la de ellos pudiera llegar a dar lugar a comentarios más elogiosos por tratarse de una idea diferente. No era más que otro ejemplo de la

radiante fortuna que parecía perseguir a aquel hombre, cuya estrella había desafiado todos sus planes.

CAPÍTULO XLIV

Licencia conseguida

Una vez obtenido el dinero necesario para la construcción de las vías elevadas mediante esta jugada tan espectacular, la consecución de las licencias seguía sin ser un asunto fácil. Entre otros problemas, se hacía necesario someter a Chaffee Thayer Sluss, quien, en el momento en el que se sugirió que estaba a punto de aprobarse una nueva licencia de la que Cowperwood sería beneficiario, y ajeno por completo a las pruebas que se acumulaban contra él, había comenzado a perorar en su contra en diversas reuniones políticas secretas.

—No se lo permita, señor Sluss —le dijo el señor Hand, quien había invitado a almorzar al alcalde, que era su asalariado, de manera cortés, aunque firme, con la intención de mantener una entrevista con él—. No permita que se aprueben si puede evitarlo. (Como presidente del concejo local, el señor Sluss tenía un poder considerable que le permitía manejar la maquinaria del procedimiento.) Cree tal conmoción que no se atrevan a aprobarlo sin su autorización. Su futuro político depende de esto, y su reputación entre los habitantes de Chicago. Los periódicos y los respetables ambientes financieros y sociales le apoyarán sin fisuras en esto. De lo contrario, lo abandonarán en bloque. ¡Hasta ahí podíamos llegar, que los hombres que han sido elegidos y que han jurado prestar unos servicios les den la espalda a los que los apoyan y los traicionen de esta manera!

El señor Hand se mostraba airado.

El señor Sluss, con aspecto imaculado vestido de velarte negro y camisa blanca, estaba muy seguro de que cumpliría al pie de la letra con todo lo que le propusiera el señor Hand. Él debía censurar la licencia y su progreso legislativo debía encontrarse con una encendida oposición en el concejo.

—¡No les daré cuartel! —dijo con énfasis—. Sé cuál es su plan y ellos saben que lo sé.

Miró al señor Hand con la expresión de un defensor de la rectitud moral que observaba a un igual, y el rico promotor se marchó con el convencimiento de que las riendas del gobierno estaban en buenas manos. Inmediatamente después, el señor Sluss concedió una entrevista en la que advertía a todos los regidores y concejales de que ninguna licencia como la que se traían entre manos se firmaría jamás mientras él fuese el alcalde.

A las diez y media de la misma mañana en la que apareció la entrevista —la hora a la que el señor Sluss solía llegar a su despacho— sonó su teléfono privado, y un ayudante le preguntó si deseaba hablar con el señor Frank A. Cowperwood. El señor

Sluss, que anticipaba recoger los primeros laureles de su victoria, satisfecho con la difusión en la primera página de los periódicos matutinos de sus declaraciones e íntimamente hinchado de orgullo cívico, dijo con tono solemne:

—Sí. Pásemelo.

—Señor Sluss —comenzó Cowperwood, al otro extremo—, soy Frank A. Cowperwood.

—Sí. ¿Qué puedo hacer por usted, señor Cowperwood?

—He leído en los periódicos de la mañana que afirma usted que no piensa tener nada que ver con ninguna ordenanza que pretenda concederme una licencia para construir una vía elevada en el North o el West Side.

—Así es —contestó el señor Sluss con altivez—. No lo haré.

—¿No le parece algo prematuro mostrarse en contra de algo que de momento sólo es un rumor, señor Sluss? (Cowperwood se sonrió, pensando que era como un gato jugueteando con un ratoncillo incauto.) Me gustaría mucho poder hablar de todo este asunto personalmente con usted antes de que adopte una postura irrevocable. Es posible que después de conocer mi versión, no se muestre usted tan contrario a mí. De cuando en cuando he enviado a hablar con usted a algunos de mis amigos, pero parece que no tiene usted interés en recibirlos.

—Es cierto —le contestó con altivez el señor Sluss—, pero debe recordar que soy un hombre muy ocupado, señor Cowperwood, y, además, no veo cómo puedo servir a ninguno de sus propósitos. Usted persigue unas condiciones a las que me opongo por mi moral y mi temperamento. Yo persigo otras, y no veo que tengamos nada en común que nos permita llegar a un consenso. De hecho, no creo que pueda serle de ninguna ayuda.

—Un momento, por favor, señor alcalde —le contestó Cowperwood, hablándole aún en tono dulce y temeroso de que Sluss decidiera colgarle el teléfono, a juzgar por el tono altivo con el que le hablaba—. Puede que existan puntos en común que usted desconoce. ¿No le gustaría venir a almorzar a mi residencia o recibirme en la suya? O quizá podría permitirme visitarle en su despacho para hablar de este asunto. Creo que le parecerá sensato y cortés hacerlo.

—Me es imposible almorzar hoy con usted —le contestó Sluss—, y tampoco puedo recibirlo. Hay una serie de cosas que requieren urgentemente de mi atención. Debo decirle también que no puedo celebrar ninguna reunión secreta con usted ni con ninguno de sus emisarios. Si viene, deberá consentir que se encuentren presentes también otras personas.

—Muy bien, señor Sluss —le contestó Cowperwood en tono jovial—. No acudiré a su despacho. Pero a menos que acuda usted al mío antes de las cinco de esta tarde, mañana a las doce se enfrentará usted a un pleito por incumplimiento de la palabra de casamiento y se harán públicas las cartas que le escribió a la señora Brandon. Deseo recordarle que se aproximan unas elecciones, y que Chicago favorece a los candidatos que observan una conducta moral en su vida privada, así como en la

pública. Buenos días.

El señor Cowperwood colgó el teléfono con un golpe seco y el señor Sluss con buen motivo palideció y se puso ostensiblemente rígido. ¡La señora Brandon! ¡La encantadora, adorable y discreta señora Brandon, que con tan poca generosidad lo había abandonado! ¿Por qué iba ella a pensar en demandarlo por incumplimiento de la palabra de casamiento, y cómo es que la carta que le escribió había llegado a manos de Cowperwood? ¡Cielo santo! ¡Aquellas cartas sensibleras! ¡Su esposa! ¡Sus hijos! ¡Su iglesia y aquel pastor tan solemne! ¡Chicago! ¡Y aquel ambiente tan convencional, moral y religioso! Ahora que lo pensaba, la señora Brandon no había llegado a escribirle ni una sola nota de ninguna clase. Ni siquiera conocía su historia.

Al pensar en la señora Sluss —en sus ojos azules, duros y fríos—, el señor Sluss se puso de pie, alto, preocupado, pasándose la mano por el pelo. Caminó hasta la ventana, chasqueando el pulgar contra el dedo corazón y mirando al suelo con ensimismamiento. Pensó en la centralita de teléfonos que estaba en la puerta misma de su despacho y se preguntó si su secretaria, una atractiva muchacha presbiteriana, habría estado escuchando, como era habitual. ¡Ay, qué mundo tan triste! Si en el North Side llegaban a enterarse de esto... —Hand, los periódicos, el joven MacDonald —, ¿lo protegerían? No, no lo harían. ¿Volverían a proponerlo como candidato a la alcaldía? ¡Jamás! ¿Podrían convencer al público de que lo votaran con todas las iglesias sermoneando sobre la inmoralidad de la vida privada, los hipócritas y los sepulcros blanqueados? ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Con lo respetado y lo admirado que era! Eso era lo peor. Este demonio de Cowperwood había caído sobre él, que tan a salvo se creía. Ni siquiera se había mostrado cortés con él. ¿Y si este último decidía vengarse por su descortesía?

El señor Sluss regresó a su silla, pero no pudo sentarse. Fue a buscar el abrigo, lo descolgó, volvió a colgarlo, lo descolgó, anunció por teléfono que no podría recibir a nadie durante varias horas, y salió por una puerta privada. Caminó con aire cansado por North Clark Street, observando el trajín del tráfico, mirando el río sucio y abarrotado, mirando el cielo, el humo y los edificios grises, y preguntándose qué debía hacer. El mundo era muy duro a veces; muy cruel. Su esposa, su familia y su carrera política. En conciencia, no podía firmar ninguna licencia para el señor Cowperwood —eso sería inmoral, deshonesto y un escándalo para la ciudad—. El señor Cowperwood era un notorio traidor del bienestar público. Pero, al mismo tiempo, tampoco podía negarse, porque aquí estaba la señora Brandon, aquella criatura encantadora y carente de escrúpulos, haciéndole el juego a Cowperwood. Si pudiera sólo reunirse con ella, rogarle, suplicarle..., pero, ¿dónde estaba? Hacía meses y meses que no la veía. ¿Podría acudir a Hand y confesárselo todo? Pero Hand también era un hombre duro, un moralista frío. ¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! No paraba de pensar y de darle vueltas, y de suspirar y sopesar, pero de nada le sirvió.

Merece compasión el pobre hombre que se ve atrapado en las redes de las leyes morales. En otro país, quizá, en otra época, en otro momento, una situación como esta

habría tenido solución; alguna solución que no diera como resultado la aniquilación total del señor Sluss y que tampoco fuera completamente favorable a un hombre como Cowperwood. Pero él sabía que en los Estados Unidos, en Chicago, las verdades éticas se alinearían en su contra. Lo que pensaría Lake View, lo que pensaría su pastor y lo que Hand y todos los moralistas como él pensarían... ¡ah! estas eran las terribles consecuencias de haberse desviado de la virtud.

A las cuatro en punto, después de que el señor Sluss hubiera vagado sin rumbo durante horas en mitad del frío y la nieve, ensañándose consigo mismo por haber sido un imbécil y un bellaco, y todo mientras Cowperwood se encontraba sentado a su mesa firmando papeles, contemplando el fuego y preguntándose si el alcalde consideraría aconsejable hacer acto de presencia, se abrió la puerta de su despacho y una de sus elegantes taquígrafas entró para anunciar la visita del señor Chaffee Thayer Sluss. Y el alcalde Sluss entró, triste, apesadumbrado, sumiso, encogido; un caballero muy diferente al que le había hablado con aquel tono tan desdeñoso por teléfono sólo cinco horas y media antes. Aquel tiempo gris, el frío extremo y tanto pensar en cosas aparentemente irreconciliables habían acabado por hundirle el ánimo. Estaba algo pálido y se mostraba intranquilo. La angustia mental parece reducir y congelar a las personas, y el alcalde Sluss no parecía tan alto como siempre, y también parecía haber perdido peso y corpulencia. Cowperwood lo había visto más de una vez encima de un estrado en actos políticos, pero nunca se habían presentado. Cuando el alcalde, preocupado, hizo su aparición, él se levantó cortésmente y le indicó una silla.

—Siéntese, señor Sluss —le dijo en tono afable—. Hace un día muy desapacible, ¿no le parece? Supongo que ha venido con respecto al asunto del que hablamos esta mañana.

Esta cordialidad no era del todo fingida. Uno de los instintos básicos de la personalidad de Cowperwood —a pesar de sus argucias y de su astucia— consistía en no hacer leña del árbol caído. En la hora de la victoria, siempre era cortés, amable, afable, e incluso compasivo; y así se mostraba hoy, y además lo hacía de manera sincera.

El alcalde Sluss se quitó el gran sombrero de copa cónica que llevaba y le dijo en tono grandilocuente, como era habitual en él, incluso en los momentos más terribles:

—Bueno, como verá, aquí estoy, señor Cowperwood. ¿Qué es lo que desea que haga, exactamente?

—Nada que no sea razonable, señor Sluss —le contestó el señor Cowperwood—. Su actitud conmigo esta mañana fue un poco brusca, y como siempre he querido tener una conversación razonable y confidencial con usted, opté por esta forma de conseguirla. Me gustaría que apartara de su mente por completo la idea de que pretendo aprovecharme de usted en modo alguno. En este momento, no tengo la menor intención de hacer pública su correspondencia con la señora Brandon. (Al tiempo que lo decía, sacó del cajón un fajo de cartas que el alcalde Sluss reconoció al

instante como aquellas misivas entusiastas que en el pasado le enviara a la dulce Claudia. El señor Sluss soltó un gruñido a la vista de aquellas pruebas incriminatorias.) No pretendo —continuó Cowperwood— arruinar su carrera, ni obligarle a hacer nada que usted en conciencia considere que no pueda asumir. Permítame que le diga que estas cartas han llegado a mis manos de manera fortuita. No las he buscado. Pero, puesto que las tengo, pensé que podría utilizarlas para poder tener esta conversación y para llegar a algún acuerdo con usted.

Cowperwood no sonrió, sino que se limitó a mirar a Sluss con aire pensativo. Y después, como para dar testimonio de que lo que acababa de decirle era cierto, les dio unos golpecitos en la parte de arriba y en la de abajo, para demostrar que eran reales.

—Sí —dijo apesadumbrado el señor Sluss—, ya entiendo.

Observó el fajo —un pequeño montoncito compacto— mientras Cowperwood desviaba la mirada discretamente. Se contempló los zapatos, el suelo. Se frotó las manos y después las rodillas.

—Vamos, señor Sluss —le dijo en tono amistoso Cowperwood—, anímese. No está usted en una situación tan desesperada como piensa. Ahora mismo le doy mi palabra de que no se hará nada que usted mismo, tras pensarlo detenidamente, considere injusto. Es usted el alcalde de Chicago. Yo soy un ciudadano. Lo único que espero de usted es que juegue limpio. Lo único que le pido es que me dé su palabra de honor de que de ahora en adelante no tomará partido en esta lucha, provocada únicamente por el rencor que sienten hacia mí. Si en conciencia no puede ayudarme en lo que yo considero una solicitud legítima de licencias adicionales, al menos, no haga esfuerzos por atacarme públicamente. Meteré estas cartas en mi caja fuerte y allí se quedarán hasta que concluya la siguiente campaña, cuando volveré a sacarlas para destruirlas. Personalmente, no tengo nada contra usted; absolutamente nada. No le estoy pidiendo que firme ninguna licencia que el concejo pudiera aprobar para concederme las vías elevadas. Lo que deseo que haga en este momento es que se abstenga de atizar a la opinión pública en mi contra, especialmente si el concejo viese adecuado aprobar esa licencia a pesar de su veto. ¿Le parece satisfactorio?

—Pero, ¿y mis amigos? ¿Y el público? ¿Y el Partido Republicano? ¿No se da cuenta de que se espera que yo haga algún tipo de campaña contra usted? —le preguntó nervioso Sluss.

—No —le contestó sucintamente Cowperwood—, y, en cualquier caso, hay maneras y maneras de hacer una campaña pública. Hágalo, si es su deseo, pero no le ponga demasiado entusiasmo. Y, además, reciba a alguno de mis abogados cuando vayan a visitarle de cuando en cuando. El juez Dickensheets es un hombre capaz y justo. Y lo mismo puedo decirle del general Van Sickle. ¿Por qué no puede reunirse con ellos ocasionalmente? No de manera pública, por supuesto, pero sí de algún modo más discreto. Ambos le resultarán muy útiles.

Cowperwood le sonrió de modo alentador, con amabilidad, y Chaffee Thayer Sluss, evaporadas sus esperanzas políticas, se quedó allí sentado meditando sobre su

triste e irresoluble dilema durante unos instantes.

—Muy bien —dijo al fin frotándose las manos febrilmente—. Es lo que me cabía esperar. Debería habérmelo imaginado. No queda más remedio que... —Y conteniendo a duras penas las lágrimas que le quemaban bajo los párpados, el honorable señor Sluss cogió el sombrero y salió de la habitación. No es necesario añadir que sus prédicas contra Cowperwood quedaron silenciadas para siempre.

CAPÍTULO XLV

Horizontes inciertos

Todo esto tuvo como consecuencia que a Cowperwood se le despertaran unos sentimientos de superioridad que hasta entonces no había tenido con tanta intensidad. Hasta aquel momento había llegado a pensar que sus enemigos quizá pudieran derrotarlo, pero parecía que al fin tenía vía libre. Ahora tenía una suma cercana a los veinte millones de dólares. Su colección de arte se había convertido en la más importante del Oeste —quizá incluso de la nación entera, sin contar las colecciones públicas—. Comenzó a imaginarse como una figura de importancia nacional, e incluso internacional. Pero, aun así, empezaba a sentir que, independientemente de lo aplastante que pudiera resultar su victoria financiera, era probable que ni Aileen ni él llegaran a ser aceptados en la alta sociedad de Chicago. Su conducta había sido demasiado desenfrenada y había ofendido a demasiadas personas. Estaba tan decidido como siempre a controlar con puño de hierro la situación de los tranvías de Chicago, pero por segunda vez en su vida, le preocupaba, debido a las complejidades de su propio temperamento, el hecho de no ser feliz en su matrimonio y de que aquella situación no tuviera fácil solución. Aileen, a pesar de todas las carencias que se le pudieran achacar, no era en modo alguno ni tan dócil ni tan sumisa como su primera esposa. Y, además, sentía que le debía un trato mejor. De ninguna manera podía decirse que sintiera desprecio por ella, al menos todavía, aunque ya no tenía sobre él el efecto calmante, estimulante ni sugerente del pasado. Se sentía demasiado afligida por su culpa y su actitud hacia él era demasiado censuradora. Se compadecía de ella y lamentaba que sus sentimientos hubieran cambiado, pero ¿qué podía hacer? No podía controlar su propio temperamento, al igual que Aileen no podía controlar el suyo.

Lo peor de esta situación era que se estaba complicando para Cowperwood debido a las ideas que empezaba a concebir con respecto a Berenice Fleming. Desde la época en la que conociera a su madre, la conmovedora pasión que sentía por la muchacha no había hecho más que acrecentarse; y eso sin que cruzaran ni una sola palabra ni una sola mirada. Hay algo estático que es la belleza, y esta puede llegar cubierta por la vestimenta de un filósofo andrajoso o por las sedas y el raso de la coquetería más excesiva. Era la sugestión de esta belleza que está por encima del sexo, de la edad y de la riqueza, la que brillaba en el pelo agitado por el viento de Berenice Fleming y en sus ojos azules como la noche. Su visita a la familia Carter en Pocono había supuesto para él una desilusión, debida a su aparente incapacidad para despertar el interés de Berenice, y desde entonces y durante sus informales encuentros, ella se había mantenido cortésmente indiferente. A pesar de ello,

Cowperwood se mantuvo fiel a su persistencia en la consecución de cualquier objetivo que se marcara.

La señora Carter, cuyas relaciones con Cowperwood no siempre habían sido platónicas en el pasado, atribuía sin embargo gran parte del interés que él sentía por ella a sus hijos y a sus oportunidades en la vida. Ni Berenice ni Rolfe estaban al tanto de la naturaleza de las disposiciones que su madre había acordado con Cowperwood referentes a ellos. Fiel a su promesa de protección y ayuda, se había cuidado de que se instalara en un apartamento en Nueva York cercano al colegio de su hija, en el que él imaginaba que podría pasar muchas horas felices si Berenice estuviera cerca. ¡Estar cerca de Berenice! ¡Cómo deseaba despertar su interés y gozar de su favor! Cowperwood prácticamente se habría negado a admitir ante sí mismo el papel tan importante que todo esto jugaba en una idea que se le había ido metiendo en la cabeza últimamente: la de levantar una casa espléndida en Nueva York.

Gradualmente, la idea de construirse una casa en Nueva York se había ido afianzando. Su mansión de Chicago no era más que un costoso sepulcro en el que Aileen permanecía sentada lamentándose de las desgracias que le habían acontecido. Es más, aparte de la derrota social que representaba, estaba empezando a parecerle simplemente un armazón, muy poco representativo del esplendor y de la capacidad de sus pensamientos. Esta segunda vivienda, si alguna vez llegaba a tenerla, debería ser esplendorosa, un monumento a sí mismo. Durante sus viajes contemplativos al extranjero, había visto muchos palacios así, diseñados con un cuidado exquisito, que habían alojado el gusto y la cultura de generaciones enteras de hombres. Su colección de arte, de la que estaba tremendamente orgulloso, había ido creciendo hasta convertirse en la base, si no aún en la parte fundamental, de un espléndido monumento conmemorativo. Ya había reunido cuadros pertenecientes a todas las escuelas importantes, por no hablar de sus colecciones de jade, de misales iluminados, porcelanas, alfombras, cortinajes, marcos de espejo y el germen de su colección de inusuales piezas escultóricas originales. La belleza de todas estas piezas poco frecuentes y la labor paciente de aquellas almas inspiradas de diversas épocas y lugares llegaban a veces a emocionarlo, provocándole una sensación de asombro. De entre todos los hombres, respetaba, e incluso podría decirse que veneraba, a los verdaderos artistas. La existencia era un misterio, pero estas almas que se entregaban a la callada tarea de la belleza habían atrapado algo de lo que él no era más que vagamente consciente. La vida los había tocado con una visión, sus almas y sus corazones estaban en armonía con los dulces acordes de los que poco sabía el hombre común. A veces, cuando se encontraba cansado tras un día agotador, entraba —ya tarde— en su silenciosa galería y encendía las luces para que toda la sala se revelara, se sentaba ante alguno de aquellos tesoros y reflexionaba sobre la naturaleza, el estado de ánimo, la época y el hombre que lo había producido. A veces era alguna de las melancólicas cabezas de Rembrandt —el triste *Retrato de un rabino*^[1]— o la dulce introspección de un arroyo de Rousseau. Una solemne esposa holandesa, retratada

con la marcada fidelidad y las resonantes superficies esmaltadas de un Hals o con la fría elegancia de un Ingres^[2], despertaban su mayor entusiasmo. Y allí permanecía sentado maravillándose ante la visión y la destreza del soñador original, exclamando a veces: «¡Una maravilla! ¡Una maravilla!».

Al mismo tiempo, y en lo que concernía a Aileen, las cosas parecían indicar que se avecinaban nuevos cambios. Ella se encontraba en ese particular estado por el que muchas mujeres han pasado —intentaba sustituir el ideal por una copia de inferior calidad, y se daba cuenta de que el esfuerzo era inútil, o casi—. En cuanto a su aventura con Lynde, aparte de la pasajera diversión y del alivio que le había proporcionado, comenzaba a sentir que había cometido un tremendo error. Lynde era encantador, a su manera. Podía divertirla con experiencias muy distintas a las que Cowperwood pudiera relatarle. Una vez que su relación se hizo íntima, le había confesado con aire distendido y jovial las relaciones de todo tipo que había tenido tanto en Europa como en Estados Unidos. Era completamente pagano —un fauno— y al mismo tiempo, pertenecía al ambiente más elegante. Su abierto desprecio por todos menos por una o dos personas de Chicago a las que Aileen había admirado en secreto y con las que le habría gustado entablar relación, y la naturalidad con la que hacía referencia a figuras de gran importancia del Este, de París y de Londres, le hicieron crecer en su estima de una manera extraordinaria; le hacía sentir, aunque sea triste decirlo, que en modo alguno se había rebajado al sucumbir con tanta facilidad a sus indiscutibles encantos.

A pesar de todo esto, y como él era lo que era —un tipo agradable, cortés, afectuoso, que sin embargo no era más que un donjuán y un soldado de fortuna, sin el más mínimo deseo de cambiar la vida de ella sentando unas nuevas bases—, ahora se lamentaba de la futilidad de este romance que no la había llevado a ninguna parte y que, con total probabilidad, había conseguido que Cowperwood se alejara para siempre. Él seguía mostrándose aparentemente cordial y amistoso, pero su relación, por ambas partes, estaba teñida de cierta sensación de fracaso e incertidumbre, que, en el caso de Aileen, equivalía a una sutil forma de tortura espiritual. Hasta aquel momento, ella había sido la agraviada, cuya lealtad nunca se había visto cuestionada, y contra cuyo afecto y fe inquebrantables Cowperwood había pecado gravemente. Pero todo eso había cambiado ahora. Estaba muy claro lo que Cowperwood había hecho mal, pero la manera en la que ella, por resentimiento, lo había abandonado a él, pesaba en el otro lado de la balanza. Se diga lo que se diga, la fidelidad de la mujer, tanto si se debe a un condicionamiento de su naturaleza, como si es algo accidental fruto de la evolución de la sociedad, continúa siendo una idea dominante en al menos una parte de la raza humana; y hay que decir que las propias mujeres son las que más abiertamente y con más vehemencia la suscriben. Cowperwood era plenamente consciente de que Aileen lo había abandonado, no porque lo amara menos a él y más a Lynde, sino porque estaba herida —profundamente—. Aileen era consciente de que él lo sabía. Por una parte, esto la enfurecía y la volvía desafiante; y por otra, le

apenaba pensar que había pecado contra la fe que él había depositado en ella para nada. Y ahora él tenía una excusa excelente para hacer lo que mejor le pareciera. Había tirado a la basura la mejor arma que tenía contra él: sus heridas. Su orgullo no le permitía hablarle de esto, pero al mismo tiempo, le costaba soportar la actitud tolerante y relajada con la que él se tomaba todo aquello. Sus sonrisas, su perdón y hasta sus agradables bromas a veces, le resultaban a ella una ofensa terrible.

Para completar este dilema, ella había empezado a discutir con Lynde por su inquebrantable estima hacia Cowperwood. Con la suficiencia de un hombre de mundo, Lynde pretendía que ella sucumbiera por completo ante él y que olvidara a su maravilloso marido. Cuando estaba con él, aparentaba sentirse encantada e interesada, y se entregaba plenamente, pero era más por el resentimiento que le producía el abandono de Cowperwood que porque sintiera auténtica pasión por Lynde. A pesar de su pretendida rabia, de sus comentarios desdeñosos y de sus críticas cada vez que se mencionaba el nombre de Cowperwood, lo amaba desesperadamente y se identificaba con él espiritualmente, y Lynde no tardó mucho en sospecharlo. Es triste para cualquier seductor hacer semejante descubrimiento, y este afectó enormemente a su orgullo.

—¿Aún le quieres, no? —le preguntó con una sonrisa irónica en una ocasión. Estaban cenando en un reservado en Kinsley's, y Aileen, a la que se le habían subido los colores y que estaba muy favorecida con un vestido de seda de un color verde metálico, se veía especialmente hermosa. Lynde le había estado proponiendo que lo organizara todo para que pudiera marcharse con él a Europa durante tres meses, pero ella no quería ni oír hablar de semejante proyecto. No se atrevía. Algo así podría hacer sentir a Cowperwood que se alejaba de él para siempre y le proporcionaría una excusa perfecta para abandonarla.

—No es eso —había dicho ella en respuesta a la pregunta de Lynde—. No me apetece ir, simplemente. No estoy preparada. No son más que ideas tuyas. Estás harto de Chicago porque se acerca la primavera. Vete tú y aquí te estaré esperando cuando vuelvas, o quizá decida reunirme contigo más adelante. —Y le sonrió.

A Lynde se le ensombreció el gesto.

—¡Demonios! —dijo—. Yo sé lo que te pasa. Sigues atada a él hasta cuando te trata como a un perro. Quieres hacer ver que no lo amas, cuando en realidad estás loca por él. Me he dado cuenta desde el principio. En realidad, no te importo lo más mínimo. No puedes. Estás demasiado loca por él.

—¡Oh, cállate! —le contestó Aileen, tremendamente irritada en aquel momento por su ataque—. Lo que dices es una estupidez y no hay nada de cierto en ello. Lo admiro. ¿Crees que eso se puede evitar? (En aquel momento, por supuesto, toda la ciudad hablaba de Cowperwood.) Es un hombre maravilloso. Nunca me ha tratado con violencia. Es un hombre de pies a cabeza —eso tengo que reconocerlo.

Para entonces la relación de Aileen con Lynde había alcanzado tal familiaridad que ella se permitía criticarlo mentalmente, e incluso le insinuaba sus críticas por ser

un gandul y un hombre de vida ociosa que jamás se había preocupado por ganar el dinero que con tanta libertad gastaba. Carecía de la capacidad de analizar psicológicamente la situación social, pero la incondicional persistencia de Cowperwood por progresar gracias a sus empresas y negocios, junto con el desprecio que mostraba en aquel momento la sociedad norteamericana por los ociosos, en su opinión decía poco a favor de Lynde.

Con este arranque, la expresión de Lynde se nubló aún más.

—Vete al diablo —fue su respuesta—. No te entiendo en absoluto. A veces hablas como si me quisieras. Otras, como si te sintieras completamente embelesada por él. Me quieres o no me quieres. ¿Qué es lo que sientes? Si estás tan loca por él que no puedes marcharte de tu casa durante un mes, está claro que no puedes quererme mucho.

Pero Aileen, gracias a su larga experiencia con Cowperwood, era una contrincante difícil para Lynde, y al mismo tiempo, temía dejarlo ir por miedo a quedarse sin nadie que la quisiera. Le gustaba. Era un recurso muy socorrido para aliviarla de su sufrimiento, al menos de manera momentánea. Pero saber que Cowperwood consideraba esta aventura como una mancha terrible en su prístina unión la enfriaba.

—¡Demonios! —repitió irritado Lynde— ¡Pues quédate si es lo que quieres! No voy a seguir intentando convencerte, de eso puedes estar segura.

Aún siguieron discutiendo a causa de este asunto, y aunque al final hicieron las paces, ambos se dieron cuenta de que empezaban a dirigirse hacia un final poco satisfactorio.

No mucho después de esto, Cowperwood, que se encontraba de un humor excelente por la marcha de sus asuntos, entró en la habitación de Aileen, como seguía haciendo ocasionalmente, para terminar de vestirse y para pasar el rato.

—Bueno —le dijo en tono alegre mientras se encontraba delante del espejo arreglándose el cuello y la corbata—, ¿qué tal os va a Lynde y a ti? ¿Estáis bien?

—¡Oh, vete al diablo! —le contestó Aileen, exaltándose e intentando lidiar con sus sentimientos encontrados, que le causaban un dolor constante—. Si no hubiera sido por ti, no vendría al caso que me hicieras esas preguntas con tu tono de listillo sabelotodo. Me va bien, gracias, independientemente de lo que a ti te parezca. Ese hombre vale tanto como tú, o incluso más. Me gusta. Por lo menos él me quiere, y eso ya es más de lo que tú haces. ¿Qué te importa a ti lo que yo haga? No te importa, así que para qué hablar de esto. Quiero que me dejes en paz.

—¡Aileen, Aileen, cómo te pones! No te excites. No lo he dicho con mala intención. Lo siento tanto por ti como por mí. Ya te lo he dicho; no soy celoso. Crees que estoy siendo crítico, pero no es cierto. Sé cómo te sientes. No te preocupes.

—Oh, sí, sí —le contestó ella—. Bueno, pues puedes guardarte tus sentimientos. ¡Vete al diablo! ¡Vete al diablo, te digo! —Y los ojos le echaban chispas.

Ahora él se encontraba de pie completamente vestido en el centro de la alfombra

justo delante de ella, y Aileen lo miró: espléndido, valeroso, atractivo. Su antiguo Frank. Y una vez más lamentó su supuesta infidelidad y sintió en el corazón la furia que le provocaba la indiferencia de él. «Perro», estuvo a punto de decir, «no tienes corazón», pero cambió de opinión. Sintió un nudo en la garganta y los ojos se le llenaron de lágrimas. Quería correr hacia él y decirle: «Oh, Frank, ¿no te das cuenta de lo que pasa? ¿De por qué ha pasado todo esto? ¿No podrías volver a amarme, no?». Pero se contuvo. Pensaba que era probable que él lo entendiera —que, de hecho, seguramente lo entendería—, pero en cualquier caso, jamás volvería a serle fiel. Y ella de buena gana habría descartado a Lynde y a todos los demás hombres con que él hubiera pronunciado una sola palabra, con que él simplemente hubiera deseado de verdad que ella lo hiciera.

No mucho después de esta discusión en la habitación de Aileen, Cowperwood le anunció a esta una mañana su intención de irse a vivir a Nueva York, haciéndole hincapié en que quizá allí podría albergar de una manera más adecuada su colección de arte, que no cesaba de crecer, y que eso le proporcionaría a ella una segunda oportunidad de entrar en la alta sociedad.

—Así podrás librarte de mí dejándome aquí —fue el comentario de Aileen, que no sabía nada de Berenice Fleming.

—En absoluto —le contestó Cowperwood con dulzura—. Verás, no existe la posibilidad de que entremos en la alta sociedad de Chicago. Aquí encuentro demasiada oposición financiera. Si tuviéramos una gran casa en Nueva York, tal como la que yo construiría, eso ya sería una presentación en sí. Después de todo, los chicagüenses no son más que unos pretenciosos insignificantes dentro de la auténtica alta sociedad. Son los del Este los que marcan el paso, y especialmente los neoyorquinos. Si te apetece, puedo vender esta casa y podríamos irnos a vivir allí, al menos parte del tiempo. Allí podría pasar contigo tanto tiempo como aquí, o puede que incluso más.

Como era una mujer vanidosa, a pesar de sí misma empezó a pensar en todas las magníficas oportunidades que sugerían las palabras de Cowperwood. Esta casa se había convertido en una pesadilla para ella —un lugar que representaba su abandono y que estaba lleno de malos recuerdos—. Aquí había golpeado a Rita Sohlberg; aquí había visto llegar a la alta sociedad durante un breve espacio de tiempo, para verla después desaparecer; aquí había esperado todo este tiempo que Cowperwood volviera a sentir amor por ella, y ahora ya sabía que ese amor nunca volvería a tener el glamur de antaño. Lo observó con curiosidad mientras hablaba, y casi con tristeza, sumida en su gran duda. Pero al mismo tiempo no podía evitar pensar que en Nueva York, donde al dinero se le daba tanta importancia, respaldada por la enorme riqueza de Cowperwood, que además no paraba de aumentar, y por su prestigio, quizá pudiera por fin ser alguien de la alta sociedad. «Quien nada arriesga nada gana» era el lema que siempre había llevado por bandera, aunque aquello con lo que contaba para alcanzar la vida que tanto ansiaba era ahora, más que nunca, pura ficción —nada más

que cartón piedra—. ¡Pobre Aileen, tan vanidosa y tan esperanzada! Pero ¿cómo iba a saberlo ella?

—Muy bien —dijo al fin—. Haz lo que mejor te parezca. Lo mismo me da vivir allí que aquí, supongo; y sola.

Cowperwood sabía cuál era la naturaleza de los anhelos de Aileen. Sabía lo que estaba pensando y lo fútiles que eran sus sueños. La vida le había enseñado que una mujer con los defectos y los obstáculos que ella tenía para acceder a aquel mundo distinguido y frío sólo podía contar con la suerte y unas circunstancias favorables para conseguirlo. Pero, a pesar de su valentía, y por mucho que quisiera, no podía decírselo. No podía olvidar que en una ocasión, mientras se encontraba tras los lúgubres barrotes de la Penitenciaría del Distrito Este de Pensilvania, había llorado en el hombro de ella. No podía comportarse como un ingrato y herirla con sus pensamientos más íntimos, igual que no podía engañarse a sí mismo. Una mansión en Nueva York, junto con el sueño de destacar socialmente que allí podría abrigar, aliviaría su maltrecha vanidad y calmaría su corazón desilusionado; y al mismo tiempo, él estaría más cerca de Berenice Fleming. Se diga lo que se diga sobre estos esquivos meandros del pensamiento humano, se dan con frecuencia, y además son característicos de casi todos los hombres y mujeres, y Cowperwood no era ninguna excepción. Era consciente de todo aquello, y contaba con ello —contaba con que Aileen era humana.

CAPÍTULO XLVI

Los abismos y las alturas

Las complicaciones que habían seguido a las distintas aventuras sentimentales de Cowperwood le habían hecho a veces preguntarse si en realidad la paz y la satisfacción no existirían únicamente en la monogamia, después de todo. Aunque la señora Hand se había marchado a Europa en el momento más crítico de su aventura amorosa, había vuelto a buscarlo a su regreso. Cecily Haguenin hallaba muchas ocasiones para escribirle cartas en las que le confesaba su afecto eterno. Florence Cochrane persistía en verlo o en sus intentos de hacerlo, incluso después de que el interés que despertara en él comenzara a declinar. Y por otro lado, Aileen, por culpa de la complicación y del declive de sus propios asuntos, había comenzado a beber hacía poco. Debido al fracaso de su relación con Lynde —puesto que a pesar de su entrega, en el fondo nunca había sentido un interés real por él— y a la actitud caballerosa con la que Cowperwood se tomaba su deslealtad, había llegado a ese estado de abatimiento mental en el que el animal humano se vuelve contra sí mismo para analizarse de manera implacable, lo que al final supone, para los más sensibles o los menos resistentes, la destrucción o incluso la muerte. Pobre de aquel que ponga su fe en una ilusión —la única realidad— y pobre del que no lo haga, porque en el primer caso, se encuentra con la desilusión y el dolor consiguiente, y en el otro, se encuentra con el arrepentimiento.

Tras la partida de Lynde hacia Europa, adonde ella se había negado a seguirlo, Aileen se hizo amiga de un personaje secundario llamado Watson Skeet, un escultor. A diferencia de la mayoría de los artistas, era el único heredero del presidente de una inmensa compañía de fabricación de mobiliario, en la que se negaba a mostrar el más mínimo interés. Había estudiado en el extranjero, pero había regresado a Chicago con la idea de difundir el arte en el Oeste. Era un hombre grande, rubio y de carnes blandas, que tenía una especie de naturalidad y simplicidad primitiva que a Aileen le gustaba. Se habían conocido en casa de los Rhees Grier. Sintióse abandonada tras la marcha de Lynde, y como temía más a la soledad que a ninguna otra cosa, Aileen forjó una amistad íntima con Skeet, a pesar de que no le satisfacía intelectualmente. Ese nivel de exigencia interno —ese ideal obsesivo que exige que todo se mida en función de sí mismo— seguía siendo una característica dominante. ¿Quién no ha experimentado la sensación de frío que produce el recuerdo de algo mejor? ¡Y cómo invade el espíritu de nuestros nuevos sueños! Y allí se queda, como el espectro en el banquete, observando con ojos fantasmagóricos y con su triste filosofía, el festín improvisado. El fantasma de lo que podría haber sido su vida con Cowperwood

caminaba junto a ella dondequiera que iba. Aunque en otros tiempos se había permitido un cigarrillo de vez en cuando, ahora fumaba casi constantemente. Aunque antes simplemente probaba los vinos, los cócteles y el brandi con soda, ahora se aficionó a esto último, o mejor dicho, a un combinado de whisky con soda conocido como el «jaibol», con tal vehemencia que poco tenía que ver con el sabor de la bebida en sí. También es cierto que la bebida tiene mucho más que ver con un estado de ánimo que con el apetito. En diversas ocasiones mientras discutía con Lynde o en las que se encontraba con el ánimo deprimido, había descubierto que cuando consumía estas bebidas, la invadía una cálida y curiosa indiferencia, y ya no se sentía tan triste. Podía incluso llegar a llorar, pero lo hacía de una manera dulce, que le servía de alivio. Cuando soñaba, sus penas adoptaban la forma de extrañas y curiosas figuras que se movían a su alrededor, pero no fundidas con ella en un todo indistinguible, sino como males que podía observar desde la distancia. A veces, unas y otra (porque ella también se veía a sí misma como si se tratara de un espejismo o de su imagen en un espejo) parecían seres de otro estado, desazonadas, pero no de una manera dolorosa. La botella, con su efecto sedante como el del antiguo nepente^[1], la había atrapado. Tras unas cuantas ocasiones en las que accidentalmente descubrió que le proporcionaba un lenitivo consuelo, el jaibol se convirtió a sus ojos en un recurso. ¿Por qué no beber si la aliviaba, como de hecho ocurría, tanto del dolor físico como del mental? Aparentemente tampoco era algo que fuese a dejarle secuelas. El whisky que se tomaba estaba tan diluido que era poco más que agua. Ahora, cuando estaba sola en casa, tenía por costumbre acercarse hasta la antecocina, donde se guardaban los licores, y prepararse algo de beber, o bien pedía que le subieran a la habitación una bandeja con un sifón y una botella. Cowperwood, que se dio cuenta de que tenía la bandeja allí con mucha frecuencia y de que bebía mucho a la mesa, le hizo un comentario al respecto.

—No estarás bebiendo demasiado, ¿verdad, Aileen? —le preguntó una noche, mientras la observaba apurar un vaso de whisky con agua al tiempo que contemplaba el dibujo del bordado que adornaba la mesa.

—Por supuesto que no —le contestó ella irritada, con la cara algo encendida y hablando con cierta dificultad—. ¿Por qué lo preguntas? —Ella misma ya se había estado preguntando si, a la larga, no llegaría a pasarle factura a su rostro. Eso era lo único que le seguía preocupando —su belleza.

—Bueno, es que he visto que siempre tienes una botella en tu habitación, y me preguntaba si no se te habría escapado que quizá bebas con demasiada frecuencia.

Él intentaba hablarle con mucho tacto porque sabía lo sensible que estaba.

—Bueno —le contestó ella malhumorada—, ¿y qué pasa si es así? No cambiaría nada si eso fuese cierto. Lo mismo da que beba que haga otras cosas que también hace la gente.

Le producía cierta satisfacción provocarlo de esta manera. Al preguntarle, demostraba que aún se interesaba por ella, y eso para ella tenía mucho valor. Por lo

menos, no le era completamente indiferente.

—Me gustaría que no dijeras esas cosas, Aileen —le contestó—. No tengo objeción alguna a que bebas de cuando en cuando, aunque supongo que a estas alturas a ti te da igual si pongo o dejo de poner objeciones. Pero, para empezar, eres demasiado guapa, demasiado atractiva. No lo necesitas, y de ahí al abismo hay un trecho muy corto. No estás en una situación tan desesperada. ¡Cielo santo! ¡Cuántas mujeres más se han visto en la misma situación que tú! No voy a dejarte a menos que tú quieras dejarme a mí. Te lo he dicho cientos de veces. Siento que las personas cambiamos; a todos nos pasa. Supongo que he cambiado, pero ese no es motivo para que te desquicies así. Me gustaría que dejaras de desesperarte de este modo. Puede que a la larga las cosas salgan mejor de lo que crees.

Hablaba sólo para consolarla.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! —Aileen comenzó de repente a balancearse y a llorar tontamente, como si estuviera borracha y se le estuviera rompiendo el corazón, y Cowperwood se levantó. En cierto modo, estaba horrorizado.

—¡No te acerques a mí! —exclamó repentinamente Aileen, mostrándose al instante sorprendentemente sobria—. Sé por qué vienes. Sé cuánto te importamos mi aspecto y yo. No te preocupes por si bebo o dejo de beber. Beberé si me apetece y haré lo que mejor me plazca. Si me ayuda a sobrellevar mis problemas, es asunto mío, no tuyo. —Y, desafiante, se preparó otro vaso y se lo bebió.

Cowperwood negó con la cabeza y la observó fijamente con una mirada cargada de dolor.

—Es una lástima, Aileen —dijo—. No sé qué hacer contigo. No deberías seguir así. El whisky no te va a llevar a ninguna parte. Sólo servirá para arruinar tu belleza, lo que al final para colmo te hará sentirte aún más hundida.

—¡Al diablo con mi belleza! —saltó—. ¡Para lo que me ha servido! —Y como se sentía combativa y triste, se puso en pie y abandonó la mesa. Cowperwood la siguió al cabo, y vio cómo se empolvaba los ojos y la nariz. Tenía un vaso de whisky con agua medio vacío sobre el tocador, y extrañamente eso le hizo sentirse a un tiempo responsable e impotente.

Junto con la inquietud que le producía el estado de Aileen, se mezclaban en su pensamiento la esperanza y la desilusión que le provocaba su relación con Berenice. Era una muchacha muy especial que iba madurando y que empezaba a definirse como persona. Para satisfacción de él, en las últimas ocasiones en las que la había visto, se había relajado lo suficiente como para hablar con él de manera distendida e incluso con confianza, porque no era en absoluto frívola, sino que era un ser cuyo pensamiento y razonamiento tenía una profunda inclinación intelectual, o quizá mejor dicho, tenía una elevada tendencia a lo artístico. Era muy alegre y vivía en un mundo elevado y solitario; a veces parecía estar encerrada en sus serenos pensamientos, y otras, prestaba un vivo interés al mundo social del que formaba parte, y al que ella honraba tanto o más de lo que ese mundo la honraba a ella.

En Pocono, un domingo por la mañana de finales de junio, cuando él había ido al Este para descansar durante unos días, y todo estaba en calma y despejado en el terreno elevado que ocupaba la casa de la familia Carter, Berenice salió a la veranda donde Cowperwood estaba sentado leyendo un informe fiscal de sus empresas y pensando en sus asuntos. Para entonces su relación ya era más distendida que al principio, y Berenice se comportaba con naturalidad y soltura cuando estaba él presente. Le caía bien; más o menos. Con una sonrisa indescriptible que le arrugaba la nariz y los ojos, y que le jugueteaba en la comisura de los labios, le dijo:

—Ahora voy a coger un pájaro.

—¿Un qué? —le preguntó Cowperwood, levantando la vista y haciendo como que no la había oído. No se le escapaba ni un solo movimiento de ella, que llevaba un ligero vestido informal lleno de volantes, de lo más apropiado para el mundo en el que se movía.

—Un pájaro —le contestó con una grácil sacudida de la cabeza—. Estamos en junio, y los gorriones están enseñando a volar a sus gurriatos.

Cowperwood, que hasta entonces había estado concentrado en sus asuntos financieros, se vio transportado como por la mano de un hada a otro reino donde los pájaros, los polluelos, la hierba y las ligeras alas del cielo eran más importantes que los ladrillos y la piedra, y que las acciones y los bonos. Se puso en pie y cruzó el césped tras los ligeros pasos de ella para acercarse a un grupo de alisos donde ella había visto a un gorrión que animaba a volar a su polluelo. Había estado observando esta escena desde su habitación en la planta de arriba. Y de repente, Cowperwood se dio cuenta con inusitada vehemencia de la escasa importancia que tenían sus asuntos en el eterno discurrir de la vida, cuando a su alrededor hervía esta espléndida voluntad de existir que ella sí percibía. Vio cómo alargaba las manos hacia el suelo y corría de aquella forma tan airosa y ligera, agachándose aquí y allá, mientras el pequeño gorrión aleteaba ante ella, hasta que de repente, bajó las manos de golpe y después se volvió hacia él, con el rostro radiante, y le dijo:

—¿Ve? ¡Lo tengo! ¡Y quiere defenderse! ¡Oh, precioso pequeñín!

«Lo» sostenía en el cuenco de la mano —a él, porque ella había decidido que era macho—, con la cabecita entre el pulgar y el dedo índice, mientras lo acariciaba con el índice de la mano que tenía libre, riéndose y besándolo. Lo que la impulsaba no era tanto su amor por los pájaros, sino la propia cualidad artística de la vida y de ella misma. Al oír a la madre piar angustiosamente desde una rama cercana, se giró y le dijo:

—¡No armes tanto alboroto! No lo voy a entretener mucho rato.

Cowperwood se rio —elegante bajo el sol de la mañana.

—No puedes culparla —le dijo.

—Ella sabe muy bien que no voy a hacerle daño —le contestó Berenice convencida, como si lo que acababa de decir fuese literalmente cierto.

—¿Ah, sí? ¿Lo sabe? —le preguntó Cowperwood—. ¿Por qué dices eso?

—Porque es verdad. ¿No cree que saben cuando sus crías están verdaderamente en peligro?

—¿Y cómo iban a saberlo? —insistió Cowperwood, encandilado y muy interesado en la compleja lógica de su explicación. Para él era un misterio. Nunca podía estar seguro de lo que pensaba.

Ella se limitó a mirarlo fijamente con sus serenos ojos de color azul pizarra.

—¿Cree que en el mundo sólo existen cinco sentidos? —le preguntó de la manera más encantadora y sin el menor rastro de reproche—. Por supuesto que lo saben. —Se giró e hizo un grácil gesto con la mano en dirección hacia el árbol, donde ahora reinaba la paz. El pájaro había dejado de piar—. Ella sabe que no soy un gato.

Y de nuevo apareció aquella sonrisa encantadora y burlona que le arrugaba la nariz, las comisuras de los labios y los ojos. La palabra «gato» tenía un sonido dulce y a la vez ácido en su boca. El sonido parecía salir con fuerza de entre sus dientes, al tiempo que sonaba alegre. Cowperwood la observó como habría observado a la persona más capaz que conociera. Esta mujer que tenía ante él podría llegar a dominar hasta la última de las facetas de su alma en todos los sentidos, y lo haría. Si conseguía despertar aunque sólo fuera mínimamente su interés, sin duda iba a necesitarlas todas. Los ojos de Berenice eran a la vez esquivos, directos, cordiales, serenos y perceptivos, y parecían decirle «No hay duda de que tendrás que ser un hombre interesante si quieres conseguir mi atención»; pero no se mostraban en absoluto reacios, al parecer, a esta relación de cordial camaradería. Y aquella sonrisa suya que le arrugaba la nariz parecía decir también lo mismo. No se parecía en modo alguno a Stephanie Platow, ni siquiera a Rita Sohlberg. No podría tomarla sin más, como había hecho con Ella Hubby, con Florence Cochrane o con Cecily Haguenin. Estaba ante una personalidad férrea y su alma estaba hecha para el romance, el arte, la filosofía y la vida. No podría tratarla como había tratado a las otras. Pero Berenice había empezado a pensar en Cowperwood más que de una manera casual. Debía de ser un hombre extraordinario; eso era lo que le decía su madre, y los periódicos lo mencionaban constantemente y prestaban atención a todos sus movimientos.

Un poco más adelante, en Southampton, adonde se habían ido ella y su madre, volvieron a encontrarse. Acompañados por un joven llamado Greanelle, Cowperwood y Berenice se habían ido hasta la playa a bañarse. Fue una tarde maravillosa.

El mar, con su azul superficie rizada, se extendía hacia el este, el sur y el oeste, y a la izquierda, desde donde ellos se encontraban, se abría una preciosa playa de arena tostada de suaves contornos. Al observar a Berenice con su traje y sus zapatos de baño de seda azul, Cowperwood sintió el pinchazo del asombroso devenir de la vida —cómo llega la juventud, siempre lozana, y cómo se marchan los años—. Aquí estaba él, con muchos años de experiencias y conflictos a sus espaldas, y sin embargo, esta muchacha de veinte años, de mente incisiva y agudo sentido del gusto, parecía saber tanto del significado general de las cosas como él. No hallaba falta alguna en sus recursos mentales y emocionales cuando hablaban de cualquier tema de

los que ellos podían tratar. Su conocimiento y los comentarios que hacía eran maduros y sensatos, a pesar de su tendencia a la afectación, a lo que sin duda tenía derecho. Como Greanelle la había aburrido un poco, lo había apartado sin miramientos y se divertía hablando con Cowperwood, que la tenía fascinada con su impenetrable personalidad.

—¿Sabe una cosa? —le confesó en esta ocasión—. A veces los jóvenes me cansan mucho. Pueden llegar a ser muy fatuos. De verdad le digo que no son más que zapatos, corbatas, calcetines y bastones ensartados de alguna manera inimaginable. Vaughn Greanelle parece un maniquí ambulante hoy. No es más que un traje inglés que anda por ahí con un bastón.

—Bueno, bueno, ¡válgame Dios! —dijo Cowperwood—. ¡Menuda acusación!

—Es cierto —le contestó ella—. No sabe nada más que de polo, del último estilo de natación, de dónde está todo el mundo y de quién se va a casar con quién. ¿No le parece aburrido?

Echó la cabeza hacia atrás y dejó escapar el aire, como si pretendiera deshacerse de todo rastro del aburrimiento y la necedad que hubiera en lo más profundo de su ser.

—¿Se lo has dicho? —le preguntó Cowperwood con curiosidad.

—Por supuesto que sí.

—No me extraña que esté tan serio —dijo volviéndose para mirar a Greanelle y a la señora Carter, que estaban sentados uno junto a la otra en sillas de playa, mientras él jugueteaba con la arena con los dedos de los pies—. Eres una muchacha muy peculiar, Berenice —continuó él hablándole con familiaridad—. Eres muy directa y enérgica a veces.

—No más que usted, por lo que he oído decir —le contestó ella, mirándolo fijamente y sin pestañear—. Y además, ¿por qué tengo que aburrirme? Es muy soso. Me sigue a todas partes continuamente, y no quiero estar con él.

Irguió la cabeza y comenzó a correr hacia la playa, donde cada vez quedaban menos bañistas, al tiempo que se iba girando como si quisiera decirle a Cowperwood: «¿Por qué no me sigues?». Él experimentó una explosión de entusiasmo y corrió con paso enérgico hasta alcanzarla cerca de unos bajíos donde, debido a la presencia de un banco de arena cercano a la costa, el agua era brillante y poco profunda.

—¡Mire! —exclamó Berenice cuando él llegó a su altura—. ¿Ve los peces? ¡Ohhh!

Se metió velozmente en el agua, adentrándose un par de metros hasta donde un banco de pececillos del tamaño de sardinas jugueteaban, plateados, al sol. Corrió igual que lo había hecho para coger el pájaro, y los asustó obligándolos a refugiarse en otra charca cercana algo más adelante. Cowperwood, alegre como un niño de diez años, la acompañó en la persecución. Corrió tras ellos con energía y perdió el primer banco, pero consiguió atrapar a otro un poco más allá y la llamó para que se acercara.

—¡Oh! —exclamó Berenice—. ¡Están aquí ahora! ¡Venga rápido! ¡Intente traerlos hasta aquí!

Tenía el pelo alborotado y el rostro de un rosa encendido, y el contraste de colores hacía que sus ojos parecieran aún más azules. Estaba muy inclinada sobre el agua — al igual que Cowperwood—, tenían las manos extendidas y los peces, cinco en total, nadaban nerviosos ante ellos intentando escapar. Todos a la vez, cuando se vieron acorralados en un extremo, se sumergieron a mayor profundidad, aunque Berenice llegó a atrapar uno. Cowperwood no lo logró por poco, pero sí condujo hasta ella el pececillo que finalmente logró agarrar.

—¡Oh! —exclamó ella dando un salto— ¡Qué maravilla! Está vivo. Y lo he cogido yo.

No paraba de dar saltitos y Cowperwood, delante de ella, la observó con seriedad, admirando su encanto. Sintió el impulso de hablarle de su amor, de decirle lo deliciosa que le resultaba.

—Tú —dijo, parándose para conferir a la palabra un énfasis especial—, tú eres lo único que a mí me parece maravilloso.

Ella lo miró un instante con el pez sobre sus manos extendidas, y la expresión de sus ojos cambió para adaptarse a la situación. Se mostró dudosa durante una milésima de segundo sobre cómo debía interpretar esto último, y él se dio cuenta. Antes ya se le habían acercado muchos hombres y era algo normal que le hicieran cumplidos. Pero esto era diferente. No dijo nada, sino que se limitó a mirarlo fijamente, con una expresión que decía con total claridad: «Será mejor que no digas nada más en este momento». Después, al ver que él la había comprendido, que su actitud se suavizaba pero que se mostraba intranquilo, arrugó la nariz con un gesto alegre y añadió:

—Es como estar en un país de ensueño. Es como si lo hubiera sacado de otro mundo.

Cowperwood lo entendió. Con ella no valía el acercamiento directo; pero, había algo, una especie de camaradería y una simpatía que él sentía, y ella también. Había muchas cosas que jugaban su papel en esto: el colegio femenino, las convenciones, la necesidad de hacerse un sitio en la sociedad, sus amigos conservadores y sus puntos de vista; todo eso tenía su peso. Si él estuviera soltero, se decía ella, estaría dispuesta a escucharlo con una actitud muy diferente, porque era encantador. Pero de esta manera... Y él, por su parte, llegó a la conclusión de que estaría encantado de casarse con esta mujer si ella lo aceptaba.

CAPÍTULO XLVII

American Match

Tras el éxito alcanzado por Cowperwood al conseguir el dinero gracias a la aparente donación de trescientos mil dólares para el telescopio, sus enemigos lo dejaron en paz durante un tiempo, aunque sólo porque se habían quedado sin ideas para persistir en su intento de destruirlo. A sus licencias aún les quedaban entre ocho y diez años de vigencia, y en ese tiempo, quizá aún lograra convertirse en un personaje inexpugnablemente poderoso. De momento, se encontraba muy ocupado, rodeado de ingenieros, directores y asesores legales, mientras construía sus diversas líneas elevadas a una velocidad de vértigo. Al mismo tiempo, y por mediación de Videra, Kaffrath y Addison, estaba poniendo en práctica una jugada gracias a la que prestaba dinero a la vista a los bancos de Chicago —a los mismos bancos que más se oponían a él—, de modo que en el caso de que se produjera una crisis, él estaría en posición de tomar represalias. Estaba ganando dinero a espuertas con la manipulación de la enorme cantidad de acciones y bonos de las que era amo y señor, y a las que aplicaba una única regla: que el seis por ciento era suficiente para pagar a cualquier tenedor que se hubiera limitado a comprar sus acciones sin tener nada que ver con el asunto, lo cual le resultaba de lo más rentable. Cuando sus acciones ganaban más de eso, emitía más y las vendía en bolsa, quedándose con la diferencia. Sacaba inmensas sumas de las cajas registradoras de sus diferentes compañías como si se tratara de créditos temporales, que más adelante, sus humildes empleados, siguiendo sus instrucciones, imputaban a «construcción», «equipamiento» o «funcionamiento». Era como un lobo astuto que merodeaba entre los árboles del bosque que él mismo había creado.

El punto débil del proyecto de las líneas elevadas era que estaba destinado a no ser rentable durante algún tiempo, y la competencia que representaban tendía a reducir el valor de sus compañías de superficie, de las que tenía una inmensa cantidad de valores en cartera, igual que le ocurría con las líneas elevadas. Si ocurría cualquier cosa que provocara una acusada bajada de su valor, una inmensa cantidad de estas mismas acciones que estaban en manos de terceras personas iría a parar al mercado, lo que a su vez provocaría una nueva depreciación de su valor, obligándolo entonces a acudir a ese mismo mercado para comprarlas. Con esmero y meticulosidad, comenzó a acumular reservas en forma de bonos del gobierno con los que contar en caso de emergencia, habiendo decidido que ese fondo no debía ser inferior a ocho o nueve millones de dólares, ya que temía tanto a posibles tormentas financieras como a represalias de ese mismo tipo, y no tenía intención de que lo pillaran desprevenido

cuando había tanto en juego.

En el momento en el que inició la construcción de sus vías elevadas, no había nada que sugiriera que se pudiera producir de manera inminente una acusada depresión en el mercado del dinero en los Estados Unidos. Pero no pasó mucho tiempo antes de que apareciera una nueva dificultad. Había llegado el momento de los trust^[1], en toda la magnificencia de sus acciones diluidas. El carbón, el hierro, el acero, el petróleo, la maquinaria y toda una serie de materias primas imprescindibles para el comercio ya habían sido convertidos en trust, y no pasaba ni una hora sin que otros como el cuero, el calzado o la leña cayeran bajo el control de hombres sagaces y despiadados. En Chicago, hombres como Schryhart, Hand, Arneel, Merrill y al menos una veintena más se las estaban arreglando para conseguir unos beneficios impresionantes mediante la financiación de estas aventuras, que requerían de dinero en efectivo, y que otros magnates de menor importancia, que se conformaban con una parte de las migajas de la mesa de los ricos, les planteaban gustosamente. Por otro lado, en el país entero cada vez más gente tenía la idea de que en la cúspide se hallaba un grupo de gigantes —los titanes^[2]— que, carentes de alma y corazón, y sin mostrar la más mínima comprensión ni conmiseración por las condiciones de vida de los más humildes, se habían propuesto encadenarlos y esclavizarlos. Aquella enorme masa de gente, que se retorció en la ignorancia y la pobreza, finalmente se volvió con patética furia hacia aquel líder político del Oeste que representaba para ellos la panacea. Este último profeta, viendo que el oro era cada vez más escaso, y que el dinero y los créditos sobre la tierra caían en manos de unos pocos que se dedicaban a manipularlos en su propio beneficio, había decidido que lo que realmente hacía falta era un aumento del dinero en circulación, de modo que resultara más fácil obtener un crédito y que resultara más barato adquirir dinero, puesto que los intereses serían más bajos. Se iban a acuñar monedas de plata, de la que tenían superabundancia en las minas, basándose en una ratio de dieciséis dólares de plata por cada uno de oro que estuviera en circulación, y el gobierno, por decreto, sería el encargado de mantener la paridad de ambos metales. Nunca más podrían unos pocos convertir el medio de intercambio de todos en un arma con el objetivo de provocar su ruina. Habría dinero de sobra, mucho más del que fueran capaces de controlar los bancos centrales y los hombres que tenían poder sobre ellos. Era un sueño espléndido digno de un corazón caritativo, pero lo que provocó fue que surgiera inmediatamente la amenaza de una inquietante guerra por el control político del gobierno, que se desató muy pronto. Los sectores que controlaban el dinero, presintiendo el peligro que supondría el cambio de teorías del nuevo líder político, comenzaron a combatirlo a él y al sector del Partido Demócrata que representaba^[3]. Las bases de ambos partidos —los más o menos muertos de hambre que se encuentran siempre en las bases de ambos lados— lo aclamaban como a un salvador caído del cielo, como a un nuevo Moisés que había venido para guiarlos hasta la salida de aquel desierto de pobreza y miseria. ¡Pobre del líder político que predique una nueva doctrina de salvación, y que, por su buen

corazón, ofrezca la panacea para todos los males de los hombres, porque la suya en verdad será una corona de espinas!

Cowperwood se oponía, no en menor medida que otros hombres prósperos, a lo que él consideraba la ocurrencia de un loco —la de mantener por ley la paridad entre el oro y la plata—. Él lo denominaba confiscación —la confiscación de la riqueza de unos pocos para beneficio de muchos—. Se oponía sobre todo porque temía que la inquietud, que evidentemente iba en aumento, presagiara una guerra de clases en la que los inversores corrieran a cobijarse y pusieran a buen recaudo el dinero metiéndolo en sus cajas fuertes. Al instante comenzó a recoger trapo, a invertir solamente en los valores más seguros y a convertir en dinero contante y sonante aquellos menos sólidos.

Para hacer frente a las emergencias del momento, se vio obligado a pedir mucho dinero prestado aquí y allí, y al hacerlo, se dio cuenta rápidamente de que los bancos que representaban a sus enemigos en Chicago y en todas las demás ciudades, estaban dispuestos a aceptar sus diversas acciones como garantía, siempre y cuando él aceptara que los créditos que le concedían fuesen a la vista. Aceptó gustoso, no sin sospechar que Hand, Schryhart, Arneel y Merrill andaban tramando alguna intriga para intentar hundirlo, aunque eso sólo ocurriría si lograban ponerlo en una posición en la que, al requerirle todos ellos al mismo tiempo que cancelara los préstamos, él se encontrara en una situación económica difícil.

—Creo que sé lo que están tramando —le comentó una vez a Addison por esta época—. Mucho van a tener que esforzarse para pillarme desprevenido.

Lo que sospechaba era cierto. Schryhart, Hand y Arneel, que lo vigilaban por mediación de sus agentes y corredores de bolsa, habían descubierto muy pronto —en las primeras fases de la agitación de la plata y antes de que estallara la auténtica tormenta— que estaba pidiendo créditos en Nueva York, Londres, en determinadas esferas de Chicago y en otros lugares.

—Me parece a mí —le dijo Schryhart un día a su amigo Arneel— que nuestro amigo ha querido abarcar demasiado, que ha ido más allá de sus posibilidades. El proyecto de las vías elevadas le ha consumido demasiado capital. Habrá nuevas elecciones el próximo otoño y sabe que vamos a luchar contra él con uñas y dientes. Necesita dinero para electrificar sus líneas de superficie. Si supiéramos con exactitud en qué posición se encuentra y dónde ha ido a pedir dinero, quizá sabríamos qué hacer.

—A menos que esté muy equivocado —le contestó Arneel—, está en un atolladero o a punto de estarlo. Toda esta agitación provocada por el asunto de la plata está comenzando a debilitar las acciones y a hacer que escasee el dinero. Sugiero que nuestros bancos de aquí le presten todo el dinero que quiera a la vista. Cuando llegue el momento, si no está preparado, podremos ponerlo en un buen aprieto. Si podemos hacernos con los créditos que haya pedido en otros sitios, mucho mejor.

El señor Arneel dijo todo esto sin la más mínima sombra de encono o de humor.

Cuando se viera en una posición difícil, algo que probablemente iba a ocurrir muy pronto, podrían prometerle al señor Cowperwood la salvación —podría «salvarse» con la condición de que abandonara Chicago para siempre—. También estaban los que se harían cargo de sus propiedades en interés de la ciudad y los que enderezarían el gobierno y lo gestionarían en consecuencia.

Desgraciadamente, en esta misma época, los señores Hand, Schryhart y Arneel se encontraban inmersos en una pequeña aventura para la que la amenaza de la agitación de la plata no podía presagiar nada bueno. Tenía que ver con algo tan simple como las cerillas, un producto que en estos tiempos ya había sido objeto de un trust y estaba produciendo unos magníficos beneficios. Las acciones de «American Match»^[4] aparecían ya en todas las bolsas y se estaban vendiendo sin parar a un precio que rondaba los ciento veinte dólares.

Los genios que tuvieron la idea de asociar a todas las fábricas de cerillas para crear el monopolio de su comercialización en Estados Unidos fueron dos hombres, los señores Hull y Stackpole —que se dedicaban primordialmente a la banca y al corretaje de acciones—. El señor Phineas Hull era un hombre pequeño y calculador que se parecía a un hurón, de pelo ralo castaño claro, y cuyo párpado derecho, que estaba parcialmente paralizado y le caía sobre el ojo, parecía indicar un carácter fuerte, mientras que otras veces, sin embargo, le confería a su expresión un aire siniestro.

Su socio, el señor Benoni Stackpole, había sido conductor de diligencias en Arkansas, y después se había dedicado a la compraventa de caballos. Era un hombre fuerte y calculador —grande, afectado, dado a la política y valeroso—. A pesar de no contar con la capacidad intelectual de hombres como Arneel, Hand y Merrill, era, sin duda, un tipo capaz y con recursos. Había empezado algo tarde su carrera hacia la riqueza, pero ahora, se empeñaba con todas sus fuerzas en llevar a cabo el plan que había diseñado con la ayuda de Hull. Inspirados por la posibilidad de amasar una fortuna, primero se habían asegurado el control de las acciones de una empresa de cerillas, y después se habían visto en posición de negociar con los propietarios de otras. Habían unido las patentes y los procesos que controlaban unas fábricas y otras, y habían ampliado su campo de acción tanto como les fue posible.

Pero habían necesitado mucho dinero para hacer todo esto, mucho más del que tenían Hull o Stackpole. Como ambos eran del Oeste, primero recurrieron al capital de allí. Acudieron a Hand, Schryhart, Arneel y Merrill por separado, y les vendieron grandes paquetes de las nuevas acciones a precios de accionistas con participación en la dirección de la empresa. Con los medios obtenidos de este modo, la fusión continuó a buen ritmo. Adquirieron patentes para los procesos exclusivos por todas partes, y surgió la idea de invadir Europa y de terminar controlando el mercado mundial. Al mismo tiempo, a todos y cada uno de sus señoriales patrocinadores se les ocurrió que sería algo espléndido que las acciones que habían comprado a cuarenta y cinco dólares, y que ahora se estaban vendiendo en el mercado abierto a ciento

veinte, subieran hasta los trescientos dólares, que era donde realmente debían estar, si es que aquellos sueños monopolistas eran ciertos. Tampoco estaría mal que tuvieran algunas acciones más —cuyo destino en estos momentos se prometía espléndido—. Y así es como cada uno de los capitalistas comenzó su propia silenciosa campaña para hacerse con las suficientes acciones como para que representaran una auténtica fortuna cuando el precio subiera.

Nunca se puede jugar a un juego de este tipo sin que el resto de la comunidad financiera se dé cuenta de lo que se está tramando. En los círculos más allegados a la bolsa pronto se extendieron los rumores de que American Match iba a experimentar un tremendo *boom*. Cowperwood se enteró a través de Addison, que estaba siempre en el centro de todos los rumores relacionados con las finanzas, y ambos compraron en cantidad, aunque no tanto como para que no pudieran deshacerse de todas sus acciones en cualquier momento y que aun así les quedara al menos un pequeño margen a su favor. Por espacio de ocho meses, las acciones fueron subiendo lentamente hasta superar la barrera de los doscientos dólares y situarse en los doscientos veinte, momento en el que tanto Addison como Cowperwood las vendieron, y entre los dos, consiguieron unos beneficios de cerca de un millón de dólares sobre su inversión.

Mientras tanto, la anunciada tormenta política comenzó a gestarse. Al principio sólo fue una nube, de poco más que del tamaño de una mano, pero que se desarrolló con rapidez en los meses finales de 1895, y en la primavera de 1896 ya se había vuelto amenazadora y parecía a punto de estallar. Con la crucial nominación del «Apóstol de la plata gratis» a presidente de los Estados Unidos, que tuvo lugar en julio^[5], un escalofrío recorrió los círculos conservadores y financieros del país. Otros, menos precavidos que Cowperwood, desde Maine hasta California, y desde el Golfo hasta Canadá, comenzaron a hacer ahora lo que él prudentemente había comenzado meses atrás. Los depósitos de los bancos fueron parcialmente retirados y los valores más débiles e inestables inundaron el mercado. Schryhart, Arneel, Hand y Merrill se dieron cuenta al mismo tiempo de que se encontraban más o menos atrapados a cuenta de las grandes cantidades de acciones de American Match que poseían. Como habían reunido muchas acciones que habían sido emitidas en paquetes por valor de millones de dólares, ahora se veían obligados a sostener el mercado o a vender sufriendo pérdidas. Como muchos de los accionistas necesitaban el dinero, y estas acciones se estaban vendiendo a doscientos veinte dólares, la bolsa de Chicago comenzó a inundarse de órdenes de venta llegadas por telégrafo de todos los rincones del país, puesto que era allí donde se estaba llevando a cabo el negocio y donde existía mercado para ellas. Todos los promotores de este acuerdo se reunieron y decidieron sostener el mercado. Los señores Hull y Stackpole, que eran los directores nominales del trust, recibieron el encargo de comprar y de acudir a su vez a los principales inversores para que se hicieran con la porción que les correspondiera, prorrateada. Hand, Schryhart, Arneel y Merrill, que se veían obligados a cargar con aquel

enorme flujo de acciones entrantes y que tenían que aceptar a doscientos veinte dólares, tuvieron que acudir presurosos a sus bancos preferidos para hipotecar grandes cantidades a ciento cincuenta dólares y más, y utilizar el dinero conseguido por este medio para ocuparse de las nuevas acciones que se veían obligados a adquirir.

Al final, sus bancos terminaron desbordados de acciones, hasta el extremo de verse en un punto crítico. Ya no podían aceptar más.

—¡No, no, no! —le dijo Hand a Phineas Hull por teléfono—. ¡No puedo arriesgar ni un dólar más en esta aventura, y no pienso hacerlo! Es una propuesta magnífica, y soy tan consciente como usted de las posibilidades que tiene, pero ya basta. Le aseguro que nos acercamos a una pronunciada caída financiera. Ese es el motivo por el que están saliendo todas estas acciones en este momento y yo estoy dispuesto a proteger mis intereses en este asunto, pero todo tiene un límite. Como ya le dije, me comprometo a no lanzar al mercado ni una sola acción de todas las que tengo ahora mismo. Pero es todo lo que puedo hacer. Los otros caballeros incluidos en el acuerdo tendrán que protegerse lo mejor que puedan; yo tengo otras cosas de las que preocuparme y que son para mí tan importantes, o más, que American Match.

Y lo mismo ocurrió con el señor Schryhart, quien, acariciándose el cuidado bigote negro, se preguntaba si no sería mejor que se deshiciera de las acciones que tenía para salir pitando del asunto; sin embargo, temía provocar la furia de Hand y Arneel por romper el mercado y desatar el pánico en la ciudad. Era un asunto arriesgado. Arneel y Merrill finalmente accedieron a mantener lo que tenían, pero tal como le habían dicho al señor Hull, nada podría convencerlos de que «protegieran» otro tanto, pasara lo que pasara.

Naturalmente, durante esta crisis, los señores Hull y Stackpole —estimables caballeros ambos— se sintieron tremendamente deprimidos. Al no ser en modo alguno tan ricos como sus nobles patrocinadores, sus fortunas privadas corrían un peligro mucho mayor. Estaban ansiosos por agarrarse a cualquier clavo por mucho que ardiera. Seamos testigos pues de la llegada de Benoni Stackpole a la oficina de Frank Algernon Cowperwood. Ya no podía más, y Cowperwood era el único hombre verdaderamente rico de la ciudad que aún no tenía nada que ver con aquel negocio. En un primer momento, había oído decir tanto a Hand como a Schryhart que no querían tener nada que ver si Cowperwood formaba parte del negocio de cualquier forma o manera, pero eso había sido hacía más de un año, y ahora, podría decirse que Schryhart y Hand estaban dejándolos a él y a su socio a su suerte. No podrían poner ninguna objeción a que él negociara con Cowperwood en aquel momento de crisis si se aseguraba de que el magnate no lo traicionaría. El señor Stackpole medía casi un metro noventa sin calzar y pesaba más de cien kilos. Llevaba un traje de lino marrón y un sombrero de paja (estaban a finales de julio), y también llevaba un abanico de hoja de palma en una pequeña bolsa de cuero amarillo, junto con sus problemáticas acciones. Estaba empapado de sudor y tenía el ánimo por los suelos. Pensaba que

estaba a punto de fracasar; de sufrir unas pérdidas enormes. Si American Match bajaba de los doscientos dólares, tendría que cerrar sus puertas, al igual que los banqueros y los corredores de bolsa, y en vista de lo que llevaba, él y Hull quebrarían por aproximadamente veinte millones de dólares. Los señores Hand, Schryhart, Arneel y Merrill perderían una cantidad próxima a los seis u ocho millones entre los cuatro. Los bancos locales sufrirían también su parte, aunque no tanto, porque al haberles prestado a ciento cincuenta, sólo perderían la diferencia entre aquella cifra y el punto más bajo hasta el que pudieran llegar a caer las acciones.

Cuando entró, Cowperwood observó al recién llegado con expresión ambigua porque sabía lo que vendría después. Hacía pocos días que él mismo había predicho hablando con Addison que era probable que se produjera alguna quiebra.

—Señor Cowperwood —comenzó Stackpole—, en esta bolsa tengo quince mil acciones de American Match, por un valor a la par de un millón quinientos mil dólares y con un valor de mercado de tres millones trescientos mil dólares en estos momentos, por las que merece la pena pagar hasta el último centavo de los trescientos dólares que vale cada acción y más. No sé si habrá seguido usted con atención las evoluciones de American Match. Somos los dueños de todas las patentes de fabricación de las máquinas que ahorran mano de obra, y lo que es más, estamos a punto de cerrar contratos con Italia y Francia para arrendarles nuestras máquinas y procesos por casi un millón de dólares anuales cada uno. Estamos negociando con Austria e Inglaterra, y por supuesto, nos ocuparemos de otros países más adelante. La American Match Company terminará fabricando cerillas para el mundo entero, y eso será así tanto si yo sigo teniendo algo que ver con el negocio como si no. La agitación que ha provocado el asunto de la plata nos ha pillado por sorpresa y estamos teniendo algunos problemillas para capear el temporal. Soy un hombre directo y franco cuando se trata de relaciones de negocios de este tipo, y voy a decirle exactamente en qué situación están las cosas. Si conseguimos aguantar durante este momento crítico que ha traído el nerviosismo por la plata, nuestras acciones subirán hasta los trescientos dólares antes de primeros de año. Si las quiere, puede quedárselas ahora mismo a ciento cincuenta dólares —siempre y cuando se comprometa a no deshacerse de ellas en el mercado antes del próximo diciembre—; si no está dispuesto a mantener esa promesa (hizo una breve pausa para ver si por casualidad el rostro inescrutable de Cowperwood le daba alguna idea), quiero que me haga un préstamo de ciento cincuenta dólares por acción, tomándolas como garantía, a treinta días, y al diez o quince por ciento, o al interés que quiera usted fijar.

Cowperwood entrelazó los dedos e hizo girar sus pulgares uno sobre el otro mientras contemplaba esta última prueba de las dificultades y de la incertidumbre de la vida. No había duda de que tiempo y ocasión acontecen a todos^[6], y se le acababa de presentar la oportunidad de devolvérsela a aquellos que lo habían estado fastidiando. Podría quedarse con estas acciones a ciento cincuenta a cambio de un préstamo e ir vendiéndolas rápidamente a doscientos treinta o menos hasta

liquidarlas, lo que provocaría que American Match se derrumbara por completo y sin remedio. Y cuando se estuvieran vendiendo a ciento cincuenta o menos, podría volver a comprarlas, embolsarse los beneficios, dar por finalizado el trato con el señor Stackpole, embolsarse los intereses y sonreír como el gato bien alimentado de la fábula. Era tan simple como jugar con los pulgares, que era exactamente lo que estaba haciendo en aquel momento.

—¿Quién ha estado respaldando estas acciones aquí en Chicago aparte de usted y del señor Hull? —le preguntó cortésmente—. Creo que ya lo sé, pero me gustaría estar seguro, si no tiene usted ninguna objeción.

—Ninguna en absoluto, ninguna en absoluto —le contestó el señor Stackpole, complaciente—. El señor Hand, el señor Schryhart, el señor Arneel y el señor Merrill.

—Sí, es lo que pensaba —comentó con naturalidad el señor Cowperwood—. ¿Y ellos no pueden hacerse cargo de estas acciones? ¿Es eso lo que ocurre? ¿Están saturados?

—Saturados, sí —afirmó el señor Stackpole con desgana—. Pero hay algo que habría que estipular si acepto un crédito a cuenta de estas acciones. Ni una sola acción puede llegar al mercado, o al menos no hasta que, llegado el caso, yo fuera incapaz de cancelar el crédito a su petición. Tengo entendido que hay cierta hostilidad entre usted y el señor Hand y los demás caballeros que le he mencionado. Pero, como ya le he dicho —y estoy siendo completamente franco con usted—, estoy en un aprieto y la necesidad carece de ley. Si me ayuda, lo compensaré con las mejores condiciones posibles y no olvidaré este favor.

Abrió la bolsa y comenzó a sacar los títulos —legajos alargados de un color verde amarillento, firmemente sujetos en el centro por gruesas bandas elásticas—. Cada paquete era de mil acciones. Como Stackpole prácticamente se los estaba ofreciendo, Cowperwood los cogió en una mano, que subió y bajó como para calcular su peso.

—Lo siento, señor Stackpole —le dijo mostrándose compasivo, aparentemente tras haber reflexionado durante un momento—, pero me es imposible ayudarle con este asunto. Estoy metido en demasiadas cosas y no suelo involucrarme en especulaciones de bolsa de ningún tipo. No siento ningún rencor especial hacia ninguno de los caballeros que usted me ha mencionado, y no me molesto en sentir antipatía hacia todos los que la sienten por mí. Si quisiera, desde luego, podría quedarme con estas acciones, pagárselas y lanzarlas al mercado mañana mismo, pero no tengo ningún deseo especial de hacer nada parecido. Me gustaría poder ayudarle, y si creyera que podría mantenerlas durante tres o cuatro meses, lo haría. Pero tal como están las cosas... —Arqueó las cejas para mostrar solidaridad—. ¿Ha probado ya con todos los banqueros de la ciudad?

—Prácticamente con todos.

—¿Y no pueden ayudarle?

—Ya han asumido todo lo que pueden sostener en estos momentos.

—Qué lástima. Lo siento mucho. Por cierto, ¿por casualidad conoce usted al

señor Millard Bailey o al señor Edwin Kaffrath?

—No —le respondió el señor Stackpole con un hilo de esperanza.

—Pues, verás, hay dos hombres que son mucho más ricos de lo que la gente supone. A menudo cuentan con grandes sumas de dinero a su disposición; quizá podría usted probar suerte con ellos. Y también está mi amigo Videra, aunque no sé en qué situación se encontrará ahora. Puede encontrarlo en cualquier momento en el Twelfth Ward Bank. Quizá esté dispuesto a quedarse con buena parte de sus acciones; no lo sé. Es bastante más rico de lo que la mayoría de la gente parece pensar. Me llama la atención que nadie le haya dicho antes que acuda a alguno de estos hombres. (De hecho, ni uno solo de los individuos en cuestión habría tenido el más mínimo interés en aceptar ni un dólar de aquel crédito, a menos que Cowperwood diera la orden, pero no había ninguna razón por la que Stackpole pudiera saberlo. Su relación con el magnate no era algo público y notorio.)

—Muchas gracias. Iré a verlos —le dijo Stackpole, volviendo a meter en la bolsa las acciones que Cowperwood no había querido.

Cowperwood, haciendo un admirable alarde de pretendida cortesía, llamó a una taquígrafa e hizo creer a su visitante que estaba intentando conseguir la dirección particular de aquellos caballeros. Y después despidió al señor Stackpole con palabras de ánimo. El empresario, embargado por la preocupación, decidió probar suerte no sólo con Bailey y Kaffrath, sino también con Videra; y mientras él se dirigía hacia la oficina del primero que Cowperwood le había mencionado, ya estaba este último intentando localizarlo por teléfono personalmente.

—Bailey —le dijo, cuando consiguió que el rico maderero se pusiera al aparato—, Benoni Stackpole, de Hull & Stackpole, acaba de irse de mi oficina ahora mismo.

—Sí.

—Lleva encima quince mil acciones de American Match —con un valor a la par de cien dólares, y con un valor de mercado hoy por hoy de doscientos veinte dólares.

—Sí.

—Está intentando hipotecar el lote completo, o al menos una parte, a ciento cincuenta dólares.

—Sí.

—Estás al tanto de cuál es el problema de American Match, ¿verdad?

—No. Lo único que sé es que han subido las acciones hasta su valor actual con una campaña de los toros^[7].

—Bien, escúchame. Se va a venir abajo. American Match va a quebrar.

—Sí.

—Pero quiero que le prestes a este hombre quinientos mil dólares a ciento veinte o menos, y que después le recomiendes que vaya a ver a Edwin Kaffrath o a Anton Videra para que ellos le presten el resto.

—Pero, Frank, no puedo desprenderme de quinientos mil dólares. Y me dices que American Match va a quebrar.

—Ya sé que no los tienes, pero hazle un cheque con cargo a la Chicago Trust y Addison lo cubrirá. Mándame las acciones y te olvidas del resto. Ya me encargo yo. Pero no menciones mi nombre bajo ninguna circunstancia, y procura no mostrarte demasiado dispuesto. Y no más de ciento veinte como máximo, ¿me oyes?; si puedes, que sea menos. Entiendes lo que te estoy diciendo, ¿verdad?

—Perfectamente.

—Ven a verme después si tienes tiempo y me pones al corriente de lo que ocurra.

—Muy bien —le dijo el señor Bailey con tono profesional.

Cowperwood llamó al señor Kaffrath a continuación. Tuvo con él y con Videra una conversación muy parecida a la que había tenido con Bailey, y antes de que hubieran transcurrido tres cuartos de hora, Cowperwood ya había organizado completamente el recorrido del señor Stackpole. Le iban a conceder el total del crédito a ciento veinte o menos. Le entregarían los cheques al instante y el dinero se retiraría de distintos bancos —pero no de la Chicago Trust Company—. Cowperwood se encargaría de manera indirecta de que aquellos cheques se pagaran puntualmente, tanto si el dinero en efectivo estaba allí como si no. En todos los casos, las acciones hipotecadas debían llegar hasta él. Y después, una vez que se hubo encargado de todos los detalles de este pequeño ardid y de que los bancos de los que habría que retirar dinero en esta operación hubieran entendido a la perfección que los cheques en cuestión estaban garantizados por él o por otros, se sentó a esperar la llegada de sus secuaces con las acciones que terminarían en su caja fuerte particular.

CAPÍTULO XLVIII

El pánico

El 4 de agosto de 1896, la ciudad de Chicago, y, de hecho, el mundo financiero al completo, se vieron sobresaltados y asombrados ante la caída de American Match, uno de los valores más fuertes del mercado, y de la consiguiente quiebra de los señores Hull y Stackpole, los promotores, por una cantidad de veinte millones de dólares. Ya a las once de la mañana del día anterior, el mundo de la banca y de la bolsa de Chicago se dio perfecta cuenta al comerciar con sus acciones de que algo nefasto se estaba cocinando. Debido a los altos precios gracias a los que las acciones estaban «protegidas», y a la necesidad de dinero en efectivo, llegaban en tropel a la bolsa paquetes de acciones de todo el país con la esperanza de sacar beneficios antes de que se produjera la quiebra. En los alrededores de la bolsa, cuyo edificio parecía un gran fuerte gris con el ceño fruncido al pie de La Salle Street, había una gran excitación —como si alguien hubiera molestado sin contemplaciones a los habitantes de un enorme hormiguero—. Había un continuo y confuso ir y venir de empleados y mensajeros, que parecían moverse sin sentido de un lado para otro. Los agentes que parecían haber agotado todas las acciones de American Match de las que disponían el día anterior aparecieron de nuevo en la bolsa bien tempranito, y al toque del gong comenzaron a ofrecer nuevas acciones en paquetes de considerables proporciones, de entre doscientas y quinientas acciones cada uno. Los agentes de Hull & Stackpole estaban en la bolsa, por supuesto, en la primera fila de aquel gentío vociferante y convulso, procurando hacerse con todas las acciones que aparecieran al precio que estaban intentando mantener. Los dos empresarios estaban en contacto a través del teléfono y del telégrafo, no sólo con los personajes importantes a los que habían convencido para que formaran parte de esta campaña alcista, sino también con sus diversos empleados y agentes de bolsa. Naturalmente, en estas circunstancias, ambos se sentían de lo más pesimistas. Este negocio ya no avanzaba a pasos agigantados y gráciles, como es característico de los momentos más favorables de las altas finanzas. Por muy triste que resulte decirlo, como en todos los turbulentos cañones de la vida, estrechos y tortuosos, por los que se ven obligadas a pasar, comprimidas, enormes corrientes, la principal preocupación de estos dos hombres en aquel momento eran las nimiedades, que no por pequeñas resultaban menos descorazonadoras. ¿Dónde encontrar cincuenta mil dólares para hacerse cargo de este o aquel paquete de acciones que se les acababa de sobrevenir? Aquellos dos hombres, sólo con sus manos y sus limitadas fuerzas, parecían querer tapar las grietas cada vez más grandes de un dique tras el que rugía un mar embravecido y destructivo.

A las once de la mañana, el señor Phineas Hull se levantó de la silla en la que había estado sentado tras su mesa de caoba maciza y le expuso a su socio la situación.

—Voy a decirte algo, Ben —dijo—. Me temo que no vamos a poder lograrlo. Hemos hipotecado tantas acciones por toda la ciudad que es imposible que sepamos qué está haciendo cada uno. Tengo tan claro como que estoy aquí de pie que alguno, aunque no sepa cuál de ellos, está vendiendo. ¿Por casualidad crees que podría ser Cowperwood, o alguno de los que él nos recomendó?

Stackpole, agotado por lo que llevaba vivido en las últimas semanas, tenía tendencia a mostrarse irritable.

—¿Y cómo iba yo a saberlo, Phineas? —le preguntó a su vez, mirándolo con el ceño fruncido y dándole vueltas a sus preocupaciones—. No lo creo. No me pareció que tuvieran interés en especular en bolsa. Y, en cualquier caso, teníamos que conseguir el dinero fuera como fuera. De entre todos ellos, cualquiera podría asustarse en cualquier momento y lanzar todas las acciones al mercado. Estamos en un buen aprieto, eso está más que claro.

Por enésima vez se tironeó del cuello que le apretaba y se arremangó las mangas de la camisa porque hacía un calor sofocante, y eso que ya se había quitado el chaleco y la chaqueta. Justo en aquel momento sonó el teléfono del señor Hull —el que lo comunicaba con la oficina privada de la empresa en la bolsa—, y este último se lanzó a coger el auricular.

—¿Sí? —contestó en tono irritado.

—¡Dos mil acciones de American Match a doscientos veinte! ¿Las cojo?

El hombre que lo llamaba estaba a la vista de otro hombre que se mantenía en la barandilla del pasillo de los corredores, desde donde vigilaba el «parqué», la sala central de la bolsa, y que transmitía de inmediato cualquier señal que pudiera recibir del hombre que estaba en el centro. De ese modo, el «sí» o el «no» del señor Hull se convertía casi al instante en una transacción en efectivo en la bolsa.

—¿Qué te parece? —le preguntó Hull a Stackpole, tras haber tapado el receptor con la mano y con el párpado derecho aún más colgante que nunca—. ¡Dos mil más que recoger! ¿De dónde crees que han salido? —y chasqueó la lengua disgustado.

—Esto se ha venido abajo, eso es todo —le contestó Stackpole en tono apesadumbrado y gutural—. Cuando no se puede, no se puede. Aunque, veamos: aguantémoslas a doscientos veinte hasta las tres, y entonces haremos cálculos para ver en qué situación nos encontramos y cuánto debemos. Mientras tanto, veré lo que puedo hacer. Si los bancos no quieren ayudarnos y Arneel y los demás quieren librarse de esto, quebraremos, simplemente; pero no ocurrirá sin que yo vuelva a intentarlo una vez más. ¡Por Jericó! Es probable que no nos ayuden, pero...

En realidad el señor Stackpole tampoco veía ninguna solución a menos que los señores Hand, Schryhart, Merrill y Arneel estuvieran dispuestos a arriesgar mucho más dinero, pero le dolía y le enfurecía pensar que tanto Hull como él fuesen abandonados a su suerte y que los dejaran hundirse sin mover un dedo. Ya había

probado con Kaffrath, Videra y Bailey, pero se habían mostrado inflexibles. Y con estos pensamientos, Stackpole se puso el sombrero de paja de ala ancha y salió. Hacía más de treinta y cinco grados a la sombra. La calzada y las aceras del distrito del centro, de granito y asfalto, despedían el mismo calor seco de un baño turco, y era como si faltara el aire. El cielo era de un ardiente color azul y el sol se derramaba febrilmente sobre los muros superiores de los edificios.

El señor Hand, recluido en sus oficinas de la séptima planta del Rookery Building, sufría a causa del calor, aunque le provocaba mucho más sufrimiento su enorme preocupación. Sin ser un hombre tacaño ni miserable, es cierto que de todas las cosas mundanas, las pérdidas económicas eran las que más sufrimiento le provocaban. ¡Había visto muchas veces cómo un error de cálculo o un golpe de mala suerte condenaba a hombres fuertes y valientes al limbo de los inútiles y los olvidados! Desde que Cowperwood lo privara del afecto de su esposa, prácticamente no había mostrado interés alguno en el mundo aparte de sus empresas y sus finanzas, entre las que se incluían ventajosas inversiones en medio centenar de compañías. Pero todas debían pagar, pagar, pagar enormes intereses —todas ellas—, y la sola idea de que alguna de ellas quebrara o supusiera una merma de sus recursos era suficiente para que él tuviera una sensación casi física de malestar e inquietud, una especie de náusea mental y espiritual, que podía durarle días o hasta que al fin superara la dificultad. En el corazón del señor Hand no había ni un resquicio para el fracaso.

De hecho, las sensaciones derivadas de la situación de American Match habían alcanzado tales proporciones que lo habían llevado casi al entumecimiento. Aparte de las quince mil acciones que los señores Hull y Stackpole se habían reservado para sí mismos en un principio, Hand, Arneel, Schryhart y Merrill habían comprado cinco mil acciones cada uno a cuarenta dólares, pero desde entonces se habían visto obligados a sostener el mercado, lo que había supuesto que cada uno tuviera más de cinco mil acciones más, cuyos precios oscilaban entre ciento veinte y doscientos veinte dólares, precio este último al que habían comprado los mayores paquetes de acciones. En definitiva, Hand tenía comprometido casi un millón quinientos mil dólares y el alma completamente hundida en el pesimismo. A los cincuenta y siete años, los hombres que sólo están acostumbrados a realizar cálculos financieros exitosos y a la fama que acompaña a los de juicio infalible, temen convertirse en notorios por culpa del destino o de la suerte. Abre el camino a comentarios sobre la posible merma de su vitalidad o de sus capacidades. Y en esas estaba el señor Hand esta calurosa tarde de agosto, cómodamente instalado en una gran silla de caoba tallada en la parte más oculta de sus oficinas privadas, dándole vueltas a sus pensamientos. Esta mañana sin ir más lejos, en vista de que el mercado se venía abajo, habría vendido sin tapujos si no lo hubieran detenido los mensajes telefónicos de Arneel y Schryhart, que le habían sugerido que quizá fuera aconsejable que se reuniera el consorcio antes de tomar medida alguna. Pasara lo que pasara a la mañana siguiente, estaba decidido a dejarlo, a menos que viera alguna salida mejor; excluirse

de todo aquello, a menos que Stackpole y Hull con su ingenio descubrieran alguna manera de sostener el mercado sin contar con su ayuda. Mientras seguía cavilando sobre cómo se podría lograr algo así, apareció el señor Stackpole, pálido, lúgubre y empapado de sudor.

—Bueno, señor Hand —exclamó con tono cansado—. He hecho todo lo que he podido. Hull y yo hemos mantenido la estabilidad del mercado bastante bien hasta ahora. Ya ha visto lo que pasó entre las diez y las once de la mañana. Se acabó el juego. Hemos pedido prestado todo lo que hemos podido y hemos hipotecado hasta la última acción. Mi fortuna personal también está metida aquí, al igual que la de Hull. Alguno de los accionistas externos, o todos ellos, lo están echando todo por tierra. ¡Catorce mil acciones desde las diez de la mañana! Eso habla por sí solo. Ahora mismo no se puede hacer nada; a menos que ustedes, caballeros, estén dispuestos a ir mucho más lejos de lo que han ido hasta ahora. Si lográramos crear un fondo común para hacernos cargo de quince mil acciones más...

El señor Stackpole se interrumpió porque el señor Hand levantó un dedo grueso y sonrosado.

—No siga por ahí —le dijo con tono solemne—. No se puede. Yo, por mi parte, no pienso meter ni un solo dólar más en este asunto en estos momentos. Preferiría lanzar al mercado lo que tengo para recuperar lo que pudiera, y estoy seguro de que los demás piensan igual que yo.

El señor Hand, para ir a lo seguro, había hipotecado prácticamente todas sus acciones en distintos bancos para liberar ese dinero y poder emplearlo en otros asuntos, y sabía que no se atrevería a abandonar todos sus valores, igual que sabía que necesitaba llegar a la cifra por la que los había depositado. Pero como amenaza estaba bien.

El señor Stackpole se quedó mirando fijamente al señor Hand con expresión bovina.

—Muy bien —dijo—; en ese caso, quizá sea mejor que vuelva y cuelgue el cartel en nuestra puerta principal. Compramos catorce mil acciones y hemos sostenido el mercado donde se encuentra ahora, pero no tenemos ni un dólar para pagarlas. A menos que podamos vendérselas a los bancos o a algún particular, estamos acabados; habremos quebrado.

El señor Hand, que sabía que si el señor Stackpole tomaba aquella decisión habría perdido un millón quinientos mil dólares, vaciló.

—¿Ha visitado todos los bancos? —preguntó—. ¿Qué le ha dicho Lawrence, del Prairie National?

—En todas partes es lo mismo que con usted —le contestó Stackpole, mostrándose ahora desesperado—. Ya tienen todo lo que han podido comprar; todos y cada uno de ellos. Es esta maldita agitación provocada por el asunto de la plata; eso es todo, y nada más. El problema no tiene nada que ver con estas acciones, y no hay duda de que todo se solventará dentro de unos meses.

—¿Seguro? —comentó el señor Hand agriamente—. Eso dependerá de lo que ocurra en noviembre. (Se refería a las elecciones nacionales que estaban próximas a celebrarse.)

—Sí, ya lo sé —dijo suspirando el señor Stackpole, en vista de que se enfrentaba a una condición y no a una teoría. Y después, de repente, cerrando el puño derecho, exclamó—: ¡Maldito advenedizo! (refiriéndose al «Apóstol de la plata gratis»^[1]). Él es el que ha provocado todo esto. Bueno, si no se puede hacer nada, será mejor que me marche. Tengo allí todas las acciones que hemos comprado hoy y que deberíamos hipotecar con alguien. Ya sería algo si fuéramos capaces de conseguir ciento veinte dólares por ellas.

—Muy cierto —le contestó Hand—. Ojalá lo consiga. Yo, personalmente, no puedo arriesgar más dinero. Pero ¿por qué no va usted a ver a los señores Schryhart y Arneel? He estado hablando con ellos y parece que se encuentran en una situación muy similar a la mía; pero, si ellos están dispuestos a ceder, yo también lo estaré. Ahora mismo no sé lo que se puede hacer, pero quizá entre todos podamos organizar alguna fórmula para atajar la carnicería de nuestras acciones mañana. No lo sé. Ojalá no suframos demasiadas pérdidas.

El señor Hand estaba pensando que quizá los señores Hull y Stackpole se vieran obligados a deshacerse del resto de sus acciones a cincuenta centavos por dólar, o incluso menos. En ese caso, si los bancos pudieran hacerse cargo de ellas por encargo suyo (de Schryhart, Arneel y él mismo) y venderlas más adelante con cierto margen de beneficios, él y sus socios podrían recuperar parte de las pérdidas. Quizá podrían obligar a los bancos de la ciudad a forzar sus recursos aún más si se lo pedía el gran cuadrunvirato. Pero, ¿cómo iban a hacerlo? ¿Cómo, cómo?

Fue Schryhart, quien a fuerza de sonsacar a Stackpole cuando por fin llegó allí, consiguió sacarle la verdad con relación a la visita que le había hecho a Cowperwood. De hecho, el propio Schryhart había lanzado al mercado aquel mismo día dos mil acciones de American Match sin que sus socios lo supieran. Naturalmente, estaba ansioso por enterarse de si Stackpole o algún otro tenía la más leve sospecha de él. En consecuencia, interrogó a Stackpole a fondo, y este último, nervioso por lo que pudiera ocurrirles a sus intereses, no se mostró reacio a ser completamente honesto. Se sentía justificado porque había pensado que el cuadrunvirato tenía intención de desentenderse de él.

—¿Por qué acudió a Cowperwood? —exclamó Schryhart pretendiendo estar atónito y molesto, como sin duda, al menos en cierto sentido, estaba—. Pensaba que había quedado muy claro desde el principio que él no podía formar parte de esto bajo ninguna circunstancia. En caso de necesitar ayuda, lo mismo le valdría haber acudido al mismísimo diablo. —Pero, al mismo tiempo, pensaba «¡Qué suerte!»—. No sólo había dado con una escapatoria para sus propias fullerías, sino que ahora, si así lo deseaba el cuadrunvirato, tendría una excusa para abandonar a Hull & Stackpole a su penosa suerte.

—Bueno, la verdad es —contestó Stackpole, con actitud avergonzada aunque desafiante— que el jueves pasado tenía quince mil acciones que necesitaba liquidar. Ni usted ni ninguno de los otros quería más acciones, y los bancos se negaban a aceptarlas. Por casualidad llamé a Rambaud, y él me sugirió que acudiera a Cowperwood.

Como ya se ha relatado, Stackpole en realidad había acudido directamente a Cowperwood, pero en semejantes circunstancias le pareció fundamental utilizar aquella mentira.

—¡Rambaud! —dijo Schryhart con todo desdeñoso—. Es un hombre de Cowperwood; él y todos los demás. No podría haber acudido a gente de peor calaña ni aunque lo hubiera hecho a propósito. Pues de ahí es de donde vienen estas acciones, sin duda alguna. Ese tipo o sus amigos las están vendiendo. Tendría que haberse dado cuenta de que lo haría. Nos odia. ¿Eso es todo? ¿No le queda ninguna mentira ni ninguna jugarreta más?

—No —le contestó Stackpole con solemnidad.

—Pues es una lástima. Ha actuado con muy poco sentido común al acudir a Cowperwood, pero habrá que ver qué se puede hacer.

La idea de Schryhart, al igual que la de Hand, era la de provocar que Hull & Stackpole cediera todas sus acciones por poco más que nada a los bancos, de modo que, bajo presión, aquellos mantuvieran las acciones que él y los demás habían hipotecado con ellos hasta que llegara el momento de reorganizar la compañía y obtener beneficios. Al mismo tiempo, sentía un intenso resentimiento hacia Cowperwood por haber conseguido los enormes beneficios que con seguridad habría obtenido gracias a las circunstancias. Estaba claro que aquella crisis tenía que ver con él. Schryhart se apresuró a llamar a Hand y a Arneel una vez que Stackpole se hubo marchado, proponiéndoles una reunión, y juntos, una hora después en la oficina de Arneel, se reunieron también con Merrill para debatir los últimos acontecimientos. De hecho, durante el transcurso de la tarde, todos estos caballeros se habían ido poniendo cada vez más nerviosos. No se trataba de que entre todos no pudieran hacerse cargo de sus propias pérdidas, sino del efecto que un fracaso como este (unas pérdidas de veinte millones de dólares) tenía sobre ellos, por no hablar del impacto sobre su honor y del que provocaría en la ciudad como centro financiero, y que con sólo pensarlo les provocaba un enorme desagrado, por no tildarlo de auténtico desastre, y ahora, enterarse de que Cowperwood había conseguido unas ganancias magníficas no hacía más que acrecentar su enorme malestar. Tanto Hand como Arneel refunfuñaron mostrando su oposición al enterarse, mientras que Merrill se quedó pensativo, como era su costumbre, asombrado por la perspicacia de Cowperwood. No podía evitar que aquel hombre le cayera bien.

Existe una especie de orgullo que se oculta en el seno de la mayoría de los miembros de una comunidad realmente próspera y que a menudo se hace evidente en las circunstancias más adversas. Estos cuatro hombres no eran en modo alguno la

excepción a esta regla. A los señores Schryhart, Hand, Arneel y Merrill les preocupaba el buen nombre de Chicago y su propia posición a ojos de los financieros del Este. Para ellos suponía un golpe tremendo pensar que la única gran empresa que habían organizado en los últimos tiempos —siguiendo la estela de algunos de los inmensos negocios que habían surgido últimamente en Nueva York y en otros lugares— pudiera tener un final tan prematuro. El mundo financiero de Chicago no podía quedar en evidencia de esta manera si aún había algo que se pudiera hacer. Así estaban cuando el señor Schryhart llegó, encendido y molesto, y les relató detalladamente lo que acababa de saber, lo que sus amigos escucharon con gran interés y cautela.

Ahora eran entre las cinco y las seis de la tarde y fuera aún hacía un calor sofocante, aunque los muros de los edificios del otro lado de la calle se veían de un fresco color gris, moteado de oscuras manchas de sombra. Aquí y allí se oían los gritos estridentes de algún niño vendiendo periódicos, mezclados con el sonido de los pasos de los transeúntes que regresaban a sus casas y el de los tranvías —de los tranvías de Cowperwood.

—Les diré lo que pienso —dijo finalmente Schryhart—. Me parece a mí que ya hemos soportado más que suficiente las miserables intromisiones de este hombre. Admito que ni Hull ni Stackpole tenían ningún derecho a acudir a él. Simple y llanamente se han expuesto a sí mismos y a todos nosotros a la jugada que nos han hecho. —El señor Schryhart se mostraba incisivo, frío, immaculado y mordaz en su tono de superioridad moral—. Y al mismo tiempo —continuó—, cualquier otro hombre adinerado de una posición similar a la nuestra habría tenido la cortesía de reunirse con nosotros para darnos, o al menos a nuestros bancos, la oportunidad de adquirir estos valores. Habría acudido en nuestra ayuda por el bien de Chicago. No había necesidad de lanzar estas acciones al mercado, teniendo en cuenta cómo están las cosas. Sabe muy bien el efecto que tendrá esta quiebra. Toda la ciudad está involucrada, pero ya se ve lo poco que le importa. El señor Stackpole me ha dicho que tenía un acuerdo expreso con él, o mejor dicho, con los hombres con los que está claro que le representan a él, por el que ni una sola de estas acciones debía llegar al mercado. Visto lo visto, me aventuraría a decir que no encontraríamos ni una sola de estas acciones en sus cajas fuertes. Hasta cierto punto puedo llegar a entender al señor Stackpole. Su situación era, por supuesto, tremendamente difícil. Pero no hay excusa posible —ni una sola— para esta artimaña de Cowperwood. No es más que la confirmación de lo que hace ya tiempo que sabemos: ese hombre es un saboteador. Deberíamos encontrar la fórmula para acabar con su carrera en esta ciudad, si es posible.

El señor Schryhart dio varias patadas con sus bien formadas piernas, se ajustó el cuello de la camisa y se alisó el bigotito corto y áspero ligeramente ondulado que ahora ya se le había vuelto gris. En su mirada se reflejaba un odio eterno.

Llegado este punto, el señor Arneel, con una convicción que de momento no

resultaba evidente, preguntó:

—¿Por casualidad alguno de ustedes tiene noticia de en qué situación se encuentran las finanzas de Cowperwood en estos momentos? Todos estamos al tanto de la «L» de Lake Street y de la Northwestern. Tengo entendido que se está construyendo una casa en Nueva York, e imagino que eso le estará suponiendo un gasto importante. Sé que tiene cuatrocientos mil dólares en préstamo del Chicago Central; pero, ¿qué más tiene?

—Bueno, están los doscientos mil que le debe al Prairie National —saltó inmediatamente Schryhart—. Y de cuando en cuando he oído hablar sobre otras sumas que ahora mismo se me escapan.

El señor Merrill, un hombre tímido y diplomático —grave, parisino, acicalado— se retorció en su sillón mientras observaba a los demás con expresión sagaz, aunque conciliadora. A pesar de su antiguo rencor hacia Cowperwood propiciado por la negativa de este último a concederle el favor de que las líneas de tranvía pasaran por delante de su establecimiento, siempre había sentido interés por seguir a este hombre, como si se tratara de un espectáculo. Le desagradaba la idea de fraguar un plan para hacerle daño, pero a pesar de ello, sintió que debía jugar el papel que le correspondía en una reunión como aquella.

—Mi agente financiero, el señor Hill, le prestó varios cientos de miles de dólares no hace mucho —agregó, mostrándose algo dudoso—. Imagino que debe de tener otras muchas obligaciones pendientes.

El señor Hand se mostró inquieto e irritado.

—Al Third National y al Lake City les debe otro tanto, si no más —comentó—. Y sé de dónde han salido otros quinientos mil dólares en préstamos que aún no se han mencionado aquí. El coronel Ballinger tiene doscientos mil. Probablemente le deba a Anthony Ewer una cantidad igual. Y les debe a los arrieros y a los oficiales ciento cincuenta mil más.

En base a estas aportaciones, Arneel calculó mentalmente que Cowperwood parecía tener unas deudas aproximadas de tres millones de dólares a la vista, si no más.

—No dispongo de todos los datos —dijo finalmente, hablando con lentitud y marcando bien las sílabas—. Si pudiéramos hablar con algunos de los presidentes de nuestros bancos esta tarde, probablemente lograríamos averiguar si hay más cosas de las que no tenemos conocimiento. A menos que hagamos algo esta misma tarde, Hull & Stackpole quebrará por la mañana. Nosotros, por supuesto, tenemos compromisos con distintos bancos por nuestros propios préstamos, y por nuestro honor, tenemos la obligación de hacer todo lo que podamos por ellos. El buen nombre de Chicago y su posición como centro bancario está hasta cierto punto en juego. Como ya les he dicho al señor Stackpole y al señor Hull, yo personalmente he hecho ya todo lo que podía hacer con relación a este asunto. E imagino que lo mismo sucederá con cada uno de ustedes. En estas circunstancias, el único recurso que nos queda son los bancos y

estos, según tengo entendido, ya tienen muchas acciones hipotecadas. Sé que es así al menos en el caso del Lake City y del Douglas Trust.

—Es así en la mayoría de los casos —dijo Hand. Tanto Schryhart como Merrill asintieron en señal de aprobación.

—Que yo sepa no tenemos ninguna obligación hacia el señor Cowperwood —continuó el señor Arneel, tras una breve aunque significativa pausa—. Como ha sugerido el señor Schryhart aquí hoy, parece tener por costumbre no perder la ocasión de intervenir y molestar. Aparentemente, tiene obligaciones con bancos diversos por las sumas que hemos mencionado. ¿Por qué no pedirle que liquide esos préstamos? Eso ayudaría a reforzar los bancos de la ciudad, y posiblemente les permitiría ayudarnos a salir de esta situación. Y dudo que se encuentre en una posición que le permita tomar represalias.

El señor Arneel no mantenía ningún enfrentamiento personal con Cowperwood —al menos ninguno de calado—. Al mismo tiempo, Hand, Merrill y Schryhart eran amigos suyos, y creían que el liderazgo financiero de la ciudad se centraba en él. El ascenso de Cowperwood, con sus aires napoleónicos, suponía una amenaza. El señor Arneel no levantó los ojos de la mesa a la que estaba sentado en ningún momento mientras hablaba. Se limitó a tamborilear con los dedos sobre la tapa con aire solemne. Los otros lo contemplaron con cierta tensión, entendiendo con total claridad por dónde iba la propuesta que les planteaba.

—Una idea excelente, ¡excelente! —exclamó Schryhart—. Me sumaré a cualquier propuesta dirigida a la eliminación de este hombre. Y puede que la actual situación sea justamente la que necesitamos para lograrlo. Y, en cualquier caso, puede ayudarnos a resolver el problema. Si así fuera, podría decirse que no hay mal que por bien no venga.

—No veo ninguna razón por la que no se le pueda exigir que liquide sus préstamos —comentó Hand—. Estoy dispuesto a hacerme cargo de la situación si se cumple esa premisa.

—Y yo no tengo ninguna objeción particular que hacer —dijo Merrill—. Sin embargo, creo que lo justo sería que se diera aviso con la suficiente antelación de cualquier decisión a la que podamos llegar —añadió.

—¿Por qué no mandamos llamar ahora a los diversos banqueros —sugirió Schryhart— para averiguar en qué situación se encuentra exactamente, y cuánto hará falta para sostener a Hull & Stackpole? Después podremos informar al señor Cowperwood de lo que nos proponemos hacer.

Ante esta propuesta, el señor Hand asintió al tiempo que consultaba su pesado reloj de oro, grande y profusamente grabado, pero sin la más mínima calidad artística.

—Creo —dijo— que al fin hemos dado con la solución. Sugiero que llamemos a Candish y a Kramer, de la bolsa (se refería al presidente y al secretario, respectivamente, de aquella organización), y a Simmons, del Douglas Trust. Y pronto podremos saber lo que vamos a hacer.

Fijaron la biblioteca de la casa del señor Arneel como el lugar más apropiado para llevar a cabo aquella reunión. Al instante comenzaron a sonar los teléfonos, y se despacharon mensajeros y telegramas con el objeto de que acudieran las luminarias financieras secundarias y los perros guardianes de las diversas tesorerías de la ciudad para, por así decirlo, sellar esta decisión secreta, que todos obviamente asumían que ningún funcionario de poco rango ni ninguna de las otras luminarias tendría la temeridad de contradecir.

CAPÍTULO XLIX

El monte Olimpo

A las ocho de la tarde, hora a la que se había fijado la reunión, los principales personajes del mundo financiero de Chicago estaban completamente alborotados. ¡Los señores Hand, Schryhart, Merrill y Arneel habían expresado su interés personal! ¿De qué podría tratarse? Ya a las siete y media resonaban los cascos de los caballos y se oía el tintineo de los jaeces^[1] a medida que los espléndidos carruajes abiertos se detenían ante las diversas y exclusivas mansiones, y el presidente de un banco, o al menos el director, salía por la puerta atendiendo a la llamada de uno de los miembros del gran cuadrunvirato para que se dirigiera a la casa del señor Arneel. Figuras tan interesantes como Samuel Blackman, antiguo presidente de la Chicago Gas Company, y ahora director del Prairie National; Hudson Baker, antiguo presidente de la West Chicago Gas Company, y ahora director del Chicago Central National; Ormonde Ricketts, editor del *Chronicle* y director del Third National; Norrie Simms, presidente de la Douglas Trust Company; Walter Rysam Cotton, antiguo agente mayorista de café, y ahora director de diversas instituciones, venían de camino. Se trataba de una procesión de importantes caballeros, solemnes y pensativos, todos deseosos de ofrecer la imagen adecuada y de dar la impresión correcta. Porque, se hace saber que, de todos los hombres, no hay ninguno que se enorgullezca ni se vanaglorie más de los pequeños adornos que proporciona el dinero que aquel que acaba de lograrlos. Es fundamental cumplir al menos en apariencia y manera, si no de hecho, con los principios de la «buena presencia» que corresponde al papel de tutor de la sociedad y líder económico. Cada uno de los que han sido nombrados anteriormente y muchos más —hasta un total de treinta— montaron con actitud altiva en sus carruajes, envueltos en el aire caliente y seco de aquella tarde, y se dirigieron hacia la cómoda casa del señor Timothy Arneel, a cuyas puertas se encontraron al poco tiempo.

Este importante personaje aún no estaba presente para recibir a sus invitados, como tampoco estaban allí los señores Schryhart, Hand o Merrill. No habría sido digno de tan eminentes potentados recibir a sus subalternos personalmente en semejante ocasión. A la hora fijada, estos cuatro se encontraban aún en sus respectivas oficinas, ultimando cada uno por su lado los detalles del plan que habían acordado y que presentarían más adelante aquella tarde sin ceremonia y con la pretensión de que era algo fruto de la inspiración del momento. Mientras tanto, sus invitados tendrían que sacar el mayor partido posible a su ausencia. Se sirvieron licores y bebidas, pero estas de poco alivio les sirvieron. Por alguna razón, nadie

utilizó el perchero que se puso a su disposición para los sombreros de paja, porque todos prefirieron mantener la cabeza cubierta. Sobre el fondo de los paneles de madera y de las sillas cubiertas con tejidos veraniegos, el grupo ofrecía una interesante variedad propia de una galería. Los señores Hull y Stackpole, los cadáveres o las víctimas por los que este grupo tan serio estaba a punto de sentarse con toda la pompa, no se encontraban presentes en aquella sala, aunque sí se hallaban en otra parte de la casa desde la que podrían acudir si se les convocaba para recabar su consejo o explicaciones. Supuestamente, en este magnífico grupo se reunían los grandes pesos financieros y las mentes más brillantes de la ciudad, que se mostraban solemnes como búhos bajo la presión de los rumores de una inminente crisis financiera. Antes de que Arneel apareciera, corrieron chismorreos de asuntos financieros, del tipo:

—¡No me diga!

—¿Tan grave es la cosa?

—Sabía que la situación era bastante precaria, pero no tenía certeza alguna sobre hasta qué punto.

—Afortunadamente, no tenemos demasiadas acciones. (Esto lo dijo uno de los pocos banqueros que se mostraban animados.)

—Se trata de una reunión bastante seria, ¿no?

—¡No me diga!

—¡Vaya por Dios!

No se oyó ni una palabra de crítica dirigida a Hand, Schryhart, Arneel o Merrill proveniente de ninguno de los reunidos, aunque era de sobra conocido que ellos se encontraban tras el consorcio. Se les consideraba unos benefactores que habían convocado esta reunión con vistas a salvar a otros del desastre, más que con el propósito de ayudarse a sí mismos. Frases como «¡Ah, el señor Hand! ¡Un hombre maravilloso! ¡Maravilloso!», o «¡El señor Schryhart, un hombre muy capaz, sin duda!», o «Puede estar seguro de que estos hombres no van a permitir que nada grave pille desprevenida a la ciudad en estos momentos» se oían por todas partes. Un banquero admitió ante otro en secreto que uno u otro de aquellos cuatro señores tenía una inmensa cantidad de dinero o de efectos comprometidos en aquel asunto. El rumor de que Cowperwood o sus amigos se hubieran estado beneficiando o tuvieran algo que ver con todo aquello no había llegado a ninguno de los presentes —al menos, todavía no.

Exactamente a las ocho y media, el señor Arneel hizo su entrada de manera informal y con andar pausado, y los señores Hand, Schryhart y Merrill aparecieron poco después y por separado. Frotándose las manos y enjugándose el sudor con los pañuelos, miraron a su alrededor haciendo un esfuerzo por parecer lo más alegres y despreocupados que les fue posible, encontrándose como estaban en unas circunstancias tan difíciles. Había muchos viejos conocidos y amigos a los que saludar, y muchos a los que preguntar por la salud de sus esposas e hijos. El señor

Arneel tenía un aspecto fresco vestido de lino de color amarillento, con una camisa de seda blanca con rayas de color lavanda, y con un abanico de hojas de palma en la mano; la envergadura del cuello y el pecho le conferían un aspecto paternal, casi propio del patriarca Abraham. La calva, redonda y brillante, estaba cubierta de gotitas de sudor. El señor Schryhart, por el contrario y a pesar del calor, daba una imagen dura y sólida, como si lo hubieran tallado en madera oscura. El señor Hand, muy del estilo del señor Arneel, aunque de apariencia más sólida y aparentemente más vigoroso, se había ataviado para la ocasión con una chaqueta de sarga azul y con unos pantalones que lucían una raya brillante de aspecto llamativo. Su rostro rubicundo y ajado tenía una expresión seria y al mismo tiempo alentadora, como si pretendiera decir: «Mis niños queridos, es un momento muy difícil, pero haremos todo lo que podamos». El señor Merrill aparecía lo más fresco, recargado e indolente que podía permitirse un gran comerciante. Ofrecía a unos y otros una mano fresca y blanda, asintiendo y sonriendo, la mitad de las veces en silencio. Sobre el señor Arneel, que era el ciudadano más destacado y uno de los de mayor fortuna, recayó la obligación de asumir la presidencia (algo sobre lo que todos coincidieron en considerar muy apropiado) —ocupando, en este caso, una silla especialmente grande a la cabecera de la mesa.

Se produjo un ligero revuelo cuando, a instancias de Schryhart, se dirigió hacia ella y se sentó, mientras los otros grandes buscaban también donde acomodarse.

—Bien, caballeros —comenzó el señor Arneel con sequedad (tenía la voz grave y ronca)—. Seré lo más breve posible. En esta ocasión, el motivo que nos ha reunido aquí es excepcional. Imagino que todos ustedes están al tanto de lo que ocurre con los señores Hull y Stackpole. Es más que probable que mañana por la mañana se produzca la quiebra de American Match si esta misma tarde no tomamos alguna medida radical. Esta reunión se ha convocado a petición de una serie de caballeros y de otros tantos bancos.

El señor Arneel tenía una manera de hablar que resultaba distendida, como si estuviera sentado con una sola persona en una *chaise longue*.

—La quiebra —continuó con firmeza—, si es que llega a producirse, cosa que espero que no suceda, le traerá muchos problemas tanto a los bancos como a ciertas personas, y eso es lo que a todos nos gustaría evitar, estoy seguro. Los principales acreedores de American Match son los bancos de la ciudad y algunos particulares que han concedido préstamos utilizando las acciones como garantía. Aquí tengo la lista, junto con las cantidades que se les adeudan, y en total es una cifra próxima a los diez millones de dólares.

El señor Arneel, con la arrogancia propia del dinero y el poder, no se molestó en explicar cómo había conseguido la lista, ni mostró tampoco la más mínima inquietud. Se limitó a meterse la mano en el bolsillo pesadamente y a sacar un papel que extendió sobre la mesa ante él. Todos los allí reunidos se preguntaban qué nombres aparecerían allí anotados y de qué cantidades se trataría, y si él tendría intención de

leerlos.

—Y ahora —continuó con seriedad el señor Arneel— quiero decir aquí que el señor Stackpole, el señor Merrill, el señor Hand y yo mismo hemos invertido también en cierta medida en estas acciones, y que hasta esta tarde considerábamos que era nuestro deber, no tanto por nosotros mismos sino por los diversos bancos que han aceptado estas acciones como garantía y por la ciudad en general, mantenerlas tanto como nos fuera posible. Creímos en los señores Hull y Stackpole. Y habríamos continuado haciéndolo si hubiera existido la esperanza de que otros se hicieran cargo de las acciones sin que eso les supusiera un grave perjuicio; pero en vista de los últimos acontecimientos, sabemos que eso ya no es posible. Desde hace algún tiempo, el señor Hull y el señor Stackpole, así como diversos funcionarios bancarios, han tenido razones para pensar que alguien estaba intentando echarlo todo por tierra, y ahora ya lo saben. Por este motivo, y porque sólo una acción coordinada por parte de los bancos y de los particulares puede salvar la reputación financiera de la ciudad en estos momentos, es por lo que se ha convocado esta reunión. Las acciones van a seguir llegando en masa al mercado, y es posible que Hull & Stackpole tengan que liquidar deudas de alguna manera. Una cosa es segura: a menos que se pueda reunir una importante cantidad de dinero para hacer frente a los pagos por la mañana, irán a la quiebra. El problema ha sido provocado, de manera indirecta, por supuesto, por la agitación de la plata; pero, en mucha mayor medida, ha sido provocado, según creemos, por unas hábiles transacciones bursátiles que acaban de salir a la luz, y que han sido las auténticas responsables de que la comunidad financiera se encuentre en el aprieto en el que se encuentra esta tarde. Quizá lo mejor sea que les hable con total claridad. Se trata de los manejos de un hombre: del señor Cowperwood. American Match podría haber salido adelante y la ciudad se habría librado del peligro al que ahora se enfrenta si el señor Hull y el señor Stackpole no hubieran cometido el error de acudir a este hombre.

El señor Arneel hizo una pausa, y el señor Norrie Simms, de temperamento más excitable que la mayoría, exclamó con rencor: «¡Es un saboteador!». Entre los otros se produjo una conmoción acompañada de murmullos de desaprobación.

—En el momento en el que tuvo en sus manos las acciones que servían de garantía —continuó con solemnidad el señor Arneel—, y a pesar del acuerdo de no poner ni una sola acción en el mercado, se ha estado deshaciendo de ellas de manera continuada. Y eso es lo que estuvo ocurriendo ayer, y también hoy. Han llegado al mercado más de quince mil de estas acciones, lo que no puede achacarse a fuentes externas, y tenemos motivos para creer que todas proceden del mismo sitio. El resultado es que American Match, el señor Hull y el señor Stackpole se encuentran al borde de la quiebra.

—¡Menudo sinvergüenza! —repitió el señor Norrie Simms, que a punto estuvo de ponerse en pie. La Douglas Trust Company tenía muchos intereses puestos en American Match.

—¡Esto es un atropello! —comentó el señor Lawrence, del Prairie National, que corría el riesgo de perder al menos trescientos mil dólares sólo por la devaluación de las acciones que tenía hipotecadas. A este banco Cowperwood le debía al menos trescientos mil dólares a la vista.

—Pueden estar seguros de que encontraremos huellas de la pezuña de este diablo por alguna parte —observó Jordan Jules, que nunca había conseguido ningún avance significativo en su lucha contra Cowperwood en lo referente al concejo de la ciudad y a la explotación de la Chicago General Company. El Chicago Central, del que ahora era director, era uno de los bancos a los que Cowperwood, con buen criterio, había acudido en busca de préstamos.

—Es una lástima que se le permita seguir asolando la ciudad de esta manera —le comentó el señor Sunderland Sledd a su vecino, el señor Duane Kingsland, que era el director de un banco controlado por el señor Hand.

Este último, al igual que Schryhart, observó con satisfacción el efecto que las palabras del señor Arneel había tenido sobre los allí reunidos.

El señor Arneel volvió entonces a meterse la mano en el bolsillo con gran esfuerzo, y sacó una segunda hoja de papel que extendió ante él.

—En estos momentos, debe prevalecer la franqueza —continuó solemnemente—, si queremos hacer algo, y tengo la esperanza de que así sea. Tengo aquí un memorándum de los créditos que los bancos de la ciudad le han concedido al señor Cowperwood y que aún están pendientes de liquidación. Quiero saber si hay algún otro crédito del que ustedes tengan conocimiento y que deseen mencionar en este momento.

Miró a su alrededor con expresión solemne.

Inmediatamente, el señor Cotton y el señor Osgood mencionaron varios créditos de los que no habían tenido noticia con anterioridad. Los allí reunidos, a estas alturas, eran plenamente conscientes de lo que vendría a continuación.

—Bien, caballeros —continuó el señor Arneel—, con anterioridad a esta reunión, he consultado con algunos de nuestros hombres más destacados, y están de acuerdo conmigo en que, puesto que tantos bancos están necesitados de fondos para sobrellevar esta situación, y puesto que no existe ninguna obligación especial por parte de nadie de cuidar los intereses del señor Cowperwood, quizá lo más apropiado fuera que se le solicitara la liquidación de estos créditos que él tiene pendientes, de modo que ese dinero se pueda usar para ayudar a los bancos y a los hombres que han estado sosteniendo al señor Hull y al señor Stackpole. Personalmente, no tengo nada en contra del señor Cowperwood —es decir, nunca me ha causado ningún perjuicio de manera directa—, pero, naturalmente, no puedo aprobar los procedimientos que ha elegido utilizar en esta ocasión. Y, caballeros, si no hay dinero para darle la vuelta a esta situación, habrá más quiebras. Puede que haya gran demanda de fondos en al menos media docena de bancos. El tiempo es esencial en una situación como esta, y tiempo es lo que no tenemos.

El señor Arneel volvió a hacer una pausa y miró a su alrededor. De repente se oyó el murmullo de las conversaciones, cuyo tema principal era la crítica feroz y encarnizada de Cowperwood.

—Lo justo sería que se le hiciera pagar por esto —le comentó el señor Blackman al señor Sledd—. Se le ha permitido campar a sus anchas durante demasiado tiempo. Ya va siendo hora de que alguien le pare los pies.

—Pues, por lo que parece, eso va a ocurrir esta misma tarde —le contestó a su vez el señor Sledd.

Mientras tanto, el señor Schryhart se ponía en pie.

—Creo —dijo— que si nadie tiene ninguna objeción, el señor Arneel, como presidente, debería solicitar una declaración formal de los pareceres de los distintos caballeros presentes, los cuales se harán constar con la finalidad de llegar a un consenso en esta reunión.

En este punto, el señor Kingsland, un caballero alto y con bigote, se puso de pie para preguntar cómo se había hecho el señor Cowperwood con aquellas acciones, y si los presentes estaban absolutamente seguros de que las acciones provenían de él o de sus amigos.

—No me gustaría pensar que estuviéramos cometiendo una injusticia contra ningún hombre —dijo para concluir.

En respuesta a esta pregunta, el señor Schryhart llamó al señor Stackpole para que corroborara lo que él había dicho. Habían identificado parte de las acciones sin lugar a dudas. Stackpole contó toda la historia, lo que pareció electrizar a la audiencia con la intensidad de los sentimientos en contra de Cowperwood.

—No deja de sorprenderme que alguien pueda actuar de este modo y mantener la cabeza alta en el mundo de los negocios —le dijo el señor Vasto, presidente del Third National, a su vecino.

—No creo que tengamos ninguna dificultad en ponernos de acuerdo sobre qué acciones tomar en un caso como este —dijo el señor Lawrence, presidente del Prairie National, que tenía importantes obligaciones hacia el señor Hand por favores presentes y pasados.

—Este es un caso en el que —añadió Schryhart, que estaba simplemente esperando una oportunidad para explicarse con más detalle— una inesperada situación política da lugar a una crisis inesperada, y este hombre la está utilizando para su propio engrandecimiento en detrimento de todos los demás. Para él, el bienestar de la ciudad no significa nada. La estabilidad de los mismos bancos que le prestan dinero no significa nada para él. Es un paria, y si no aprovechamos esta oportunidad para demostrarle lo que pensamos de él y de sus métodos, no estaremos cumpliendo con la obligación que tenemos para con la ciudad y con nosotros mismos.

—Caballeros —dijo finalmente el señor Arneel, tras haber anotado en una tabla los distintos préstamos de Cowperwood—, ¿no les parece que sería lo más acertado que mandáramos llamar al señor Cowperwood para poder comunicarle directamente

la decisión que hemos tomado y las razones que nos han llevado hasta ella? Creo que todos estaremos de acuerdo en que deberíamos notificárselo.

—Creo que se le debería notificar —dijo el señor Merrill, que había visto tras aquellas palabras de seda la espada de hierro que blandía el señor Arneel.

Hand y Schryhart intercambiaron miradas y después miraron a Arneel, mientras esperaban educadamente a que alguien más hiciera alguna sugerencia. Cuando vio que nadie se aventuraba a hacerlo, Hand, que esperaba que aquello resultara en un golpe mortal para Cowperwood, comentó con saña:

—Creo que se le podría comunicar ya, si es que damos con él. A mi juicio, creo que le estamos avisando con suficiente margen, y que más le valdrá entender que esto es fruto de la acción conjunta de las principales fuerzas financieras de la ciudad.

—Cierto —añadió el señor Schryhart—. Ya va siendo hora, me parece a mí, de que sepa lo que piensan de él y de sus métodos fraudulentos los hombres adinerados de esta ciudad.

Un murmullo de aprobación recorrió la sala.

—Muy bien —dijo el señor Arneel. Anson, usted lo conoce mejor que el resto de nosotros. Quizá sería mejor que intentara usted localizarlo por teléfono para pedirle que viniera. Dígale que estamos aquí reunidos en sesión ejecutiva.

—Creo que se lo tomaría más en serio si fuera usted quien lo llamara, Timothy —le contestó Merrill.

Arneel, que solía ser siempre un hombre de acción, se levantó y salió de la habitación en busca de un teléfono que se encontraba en un pequeño cuarto de trabajo u oficina que había en la misma planta, y desde donde podría hablar sin miedo a ser escuchado.

Esta misma tarde, sentado en su biblioteca, estudiando detenidamente la media docena de catálogos de obras de arte que se habían acumulado durante la semana, Cowperwood era sin duda consciente de que American Match podría quebrar a la mañana siguiente. Por medio de sus agentes y corredores estaba al tanto de que en aquel preciso momento se estaba celebrando una reunión en casa de Arneel. En más de una ocasión en el transcurso del día, había visto a banqueros y corredores angustiados por las posibles pérdidas relacionadas con los diversos valores hipotecados, y aquella tarde, su ayuda de cámara lo había avisado varias veces para que acudiera al teléfono a hablar con Addison, con Kaffrath, con un corredor llamado Prosser que había sucedido a Laughlin al mando de sus especulaciones particulares, y también, todo hay que decirlo, con varios de los bancos cuyos presidentes se encontraban en esta misma reunión. Si los jefes supremos de estas instituciones odiaban, desconfiaban o temían a Cowperwood, en modo alguno podía decirse lo mismo de los subordinados, algunos de los cuales esperaban poder asegurarse beneficios materiales en un futuro por el simple hecho de ser amables con él. Pensaba divertido y con satisfacción en la manera tan ingeniosa con la que había conseguido enfrentarse a sus enemigos. Mientras que ellos trataban de averiguar cómo

contrarrestar las fuertes pérdidas que sufrirían a la mañana siguiente, él se congratulaba por las ganancias correspondientes. Cuando cerrara todas aquellas transacciones, habría sacado en limpio cerca de un millón de dólares. Tampoco pensaba que hubiera cometido ninguna gran injusticia con los señores Hull y Stackpole; estaban al borde de la desesperación. Si él no hubiera aprovechado la oportunidad de vender las acciones a menor precio, lo habrían hecho Schryhart o Arneel en su lugar.

En mitad de aquellos pensamientos de su futuro triunfo financiero, pensaba también en Berenice Fleming. Hasta en la mente de los colosos aparecen ideas imaginarias. Pensaba en Berenice por la mañana y por la tarde, e incluso soñaba con ella. A veces hasta se reía de sí mismo, de cómo se había dejado atrapar por una simple niña —por los mechones de su pelo rojizo—, pero estos días, mientras trabajaba en Chicago, siempre la tenía en la mente, se preguntaba qué estaría haciendo, dónde iría allá en el Este, o pensaba en lo feliz que sería si estuvieran juntos, si formaran una pareja dichosa.

Aunque, desgraciadamente, lo que había ocurrido durante su estancia veraniega en Narragansett^[2], había sido que Berenice, entre otras diversiones, había desarrollado cierto interés por un tal teniente Lawrence Braxmar de la Armada norteamericana, al que había conocido mientras holgazaneaba por allí y que estaba entonces destinado en la base naval de Portsmouth, New Hampshire. Cowperwood, que había viajado al Este para una estancia de varios días con el objeto de ver de nuevo a su ideal, se había sentido muy molesto al ver a Braxmar y por lo que su presencia podría significar. Hasta este momento, no se había parado a pensar en que podrían aparecer hombres más jóvenes. Atrapado por la personalidad de ella, no se le ocurría que nada pudiera interponerse durante mucho tiempo entre él y la realización de sus sueños. Berenice debía ser suya. Aquel espíritu luminoso, envuelto en una apariencia exterior tan bella, llegaría a darse cuenta y se regocijaría en él. Pero era tan joven y tan despreocupada, que a veces le surgía la duda. ¿Cómo podría acercarse a ella? ¿Qué debía decirle exactamente? ¿Qué podía hacer? Berenice no se sentía en modo alguno hipnotizada ni por su riqueza ni por su fama. Estaba acostumbrada (aunque poco podía sospechar que en gran medida se debía a la cortesía de él) a un mundo mucho más resplandeciente que el de él y a la seguridad que aquella sociedad le ofrecía. Observó detenidamente a Braxmar la primera vez que se encontró con él, y le pareció un hombre inteligente de aspecto agradable, llegando a la conclusión de que era un tipo capaz, y al instante se preguntó cómo podría librarse de él. Cuando vio a Berenice y al teniente pasear por una veranda junto al mar, por una vez se sintió solo y soltó un suspiro. A veces, estas fases de incertidumbre en el amor podían llegar a ser muy dolorosas. Le habría gustado volver a ser joven, y soltero.

Y así, esta noche, aquel pensamiento le obsesionaba como un lúgubre trasfondo cuando, a las once y media el teléfono volvió a sonar y oyó que alguien le decía en voz baja y serena:

—¿Señor Cowperwood? Soy el señor Arneel.

—Sí.

—Unos cuantos de los principales financieros de la ciudad están reunidos esta noche aquí en mi casa. Se están discutiendo los medios y arbitrios mediante los que se podría evitar el pánico mañana. Como probablemente sabrá, Hull & Stackpole tiene problemas. A menos que esta misma noche se haga algo por ellos, mañana quebrarán por unos veinte millones de dólares. Y no es tanto su quiebra lo que estamos valorando sino el efecto que eso tendrá sobre las acciones en general, y sobre los bancos. Según tengo entendido, usted tiene una serie de créditos. Los caballeros aquí reunidos han sugerido que sea yo quien le llame para pedirle que venga, si así lo considera, para ayudarnos a decidir lo que deberíamos hacer. Habrá que tomar alguna decisión drástica antes de mañana.

Durante el discurso de Arneel, el cerebro de Cowperwood había estado funcionando como una máquina bien engrasada.

—¿Mis créditos? —preguntó con suavidad—. ¿Qué tienen que ver mis créditos con esta situación? Yo no le debo nada a Hull & Stackpole.

—Cierto. Pero hay una serie de bancos que tienen valores suyos. La idea es que tendrán que reclamarle el pago de algunos de ellos —de la mayoría—, a menos que encontremos otra fórmula esta misma noche. Pensamos que quizá querría venir para hablar del asunto, y que quizá tuviera usted alguna otra propuesta para salir del atolladero.

—Entiendo —contestó Cowperwood en tono sarcástico—. Su idea es sacrificarme a mí con el fin de salvar a Hull & Stackpole. ¿No es cierto?

Los ojos le echaban chispas, casi como si tuviera a Arneel allí delante.

—Bueno, no es así exactamente —le contestó Arneel con cautela—, pero algo habrá que hacer. ¿No cree que sería mejor que viniera?

—Muy bien. Iré —fue la animada respuesta—. En cualquier caso, esto no es algo que se pueda hablar por teléfono.

Colgó el auricular y pidió el cupé. De camino hacia allí iba dando gracias a su previsión, por la que, anticipándose a un ataque como este, había guardado en las cámaras de seguridad de la Chicago Trust Company varios millones en bonos del gobierno con un interés reducido. Ahora, en el peor de los casos, podría retirarlos e hipotecarlos. Estos hombres deberían darse cuenta, al fin, de lo poderoso y lo sólido que era.

Al entrar en casa de Arneel, su imagen era la de una figura representativa de su época. Con un ligero traje veraniego de sarga crema y gris, un sombrero de paja adornado con una cinta azul y blanca, y zapatos *derby*^[3] amarillos de piel muy suave, era la viva imagen de un hombre seguro de sí mismo en toda su elegancia y acicalamiento. Cuando lo condujeron hasta la sala, echó un vistazo a su alrededor con una mirada leonina y valiente.

—Hace una noche estupenda para mantener una reunión —dijo mientras se

dirigía hacia la silla que el señor Arneel le había indicado—. Debo decir que nunca antes había visto tantos sombreros de paja en un funeral. Entiendo que están valorando la posibilidad de que se celebren mis exequias. ¿Qué puedo hacer?

Sonrió con aire cordial y de suficiencia lo que, viniendo de cualquier otra persona, habría iluminado las caras de los presentes con una sonrisa. En su caso, implicaba una clase de poder que enfurecía y envenenaba prácticamente a todos los que se encontraban allí, que se limitaron a rebullirse de manera nerviosa en muestra de su más total antagonismo. Unos cuantos, que lo conocían personalmente —Merrill, Lawrence, Simms—, asintieron, pero sus ojos no delataron el más leve destello de simpatía.

—¿Y bien, caballeros? —preguntó, tras unos momentos de inquietante silencio, mientras observaba que Hand tenía la cara vuelta hacia otro lado y que Schryhart dirigía los ojos hacia el techo.

—Señor Cowperwood —comenzó el señor Arneel, a quien el aire desenvuelto de Cowperwood no le había afectado en lo más mínimo—, como le dije por teléfono, esta reunión tiene como finalidad evitar, si es posible, lo que puede llegar a ser una grave situación de pánico por la mañana. Hull & Stackpole está al borde de la quiebra. Los créditos pendientes suman una cantidad considerable —se aproxima a los siete u ocho millones de dólares aquí en Chicago—. Por otro lado, hay activos suficientes en forma de acciones de American Match y de otras propiedades como para sostenerlos durante algún tiempo más, siempre y cuando los bancos puedan mantener también esos créditos. Como usted sabe, todos nos enfrentamos a un mercado bajista, y los bancos andan escasos de dinero en efectivo. Hay que hacer algo. Hemos discutido la situación aquí esta noche de la manera más exhaustiva posible, y en general, hemos llegado a la conclusión de que los créditos que tiene usted están entre los activos más disponibles y que con más facilidad podemos obtener. El señor Schryhart, el señor Merrill, el señor Hand y yo mismo hemos hecho todo lo que hemos podido hasta ahora para evitar que ocurra un desastre, pero nos hemos encontrado con que alguien con quien Hull & Stackpole ha hipotecado acciones las ha estado poniendo en el mercado con la intención de romperlo. En el futuro, sabremos cómo lidiar con esa situación (y miró con dureza a Cowperwood), pero lo que hace falta en este momento es dinero en efectivo, y sus créditos son los más grandes y los más accesibles. ¿Cree que podrá encontrar el medio de pagarlos por la mañana?

Arneel cerró sus agudos ojos azules con aire solemne, mientras que el resto, como una manada de lobos hambrientos, se quedó mirando a la víctima y chivo expiatorio, que a pesar de mantenerse entero, ya estaba condenado. Cowperwood, que era plenamente consciente de lo que los presentes sentían, paseó una mirada cargada de indiferencia y carente de temor a su alrededor. Sostenía sobre una rodilla el sombrero de paja con la cinta azul, levemente inclinado hacia un lado, y tenía el poblado bigote rizado hacia arriba confiriéndole un aire arrogante y desenvuelto.

—Puedo hacer frente a mis créditos —contestó con naturalidad—, pero no les

recomendaría a ustedes ni a ninguno de los otros caballeros aquí presentes que reclamaran el pago. —A pesar del tono de voz suave, aquello sonó amenazador.

—¿Por qué no? —le preguntó Hand con determinación y con voz firme, volviéndose para mirarlo de frente—. No parece que usted se haya mostrado especialmente cortés con Hull ni con Stackpole. —Tenía la cara colorada y se mostraba ceñudo.

—Porque —contestó Cowperwood sonriente, ignorando por completo la alusión a sus manejos— sé por qué se convocó esta reunión. Sé que estos caballeros aquí presentes, y que no dicen ni una palabra, no son más que instrumentos y monigotes para usted, para el señor Schryhart, para el señor Arneel y para el señor Merrill. Sé que ustedes cuatro han estado especulando con estas acciones y también sé a cuánto pueden ascender sus pérdidas, y que para intentar evitarse aún más pérdidas es por lo que han decidido convertirme a mí en el chivo expiatorio. Quiero decirles aquí —y se puso de pie, dominando así la sala completa con su estatura— que no pueden hacerlo. No pueden convertirme en el instrumento con el que sacarse las castañas del fuego, y ninguna reunión de monigotes hará que eso sea posible. Si quieren saber lo que deben hacer, yo se lo diré: cierren la bolsa de Chicago mañana por la mañana y manténganla cerrada. Después, dejen que Hull & Stackpole quiebre, o bien, entre los cuatro, pongan el dinero para sostenerlo. Si no pueden ustedes hacerlo, que lo hagan sus bancos. Si comienzan el día reclamando el pago de uno solo de mis créditos antes de que yo esté en disposición de liquidarlo, echaré abajo todos los bancos que hay desde aquí hasta el río. Y habrá pánico; pánico para hartarse. Buenas noches, caballeros.

Sacó el reloj, lo miró y caminó rápido hacia la salida, poniéndose el sombrero mientras andaba. Mientras bajaba airosamente las amplias escaleras interiores, precedido por un lacayo que iba a abrirle la puerta, se produjo un murmullo de desagrado en la sala de la que acababa de salir.

—¡Menudo saboteador! —volvió a decir Norrie Simms, enfadado y atónito ante esta muestra de desafío.

—¡Menudo canalla! —dijo el señor Blackman— ¿De dónde saca el dinero para permitirse hablar así?

—Caballeros —dijo el señor Arneel, herido en lo más vivo ante tamaño descaro, pero aun así cauteloso en vista de la violenta cólera mostrada por Cowperwood—, es inútil que debatamos esta cuestión indignados como estamos. Es evidente que el señor Cowperwood se refiere a los créditos que pueden ser verificados a su favor, y que yo personalmente desconozco. No veo qué podemos hacer hasta que lo sepamos. Quizá alguno de ustedes nos pueda informar de cuáles son.

Pero nadie podía, y tras las pertinentes deliberaciones, se optó por la cautela como lo más aconsejable. Nadie reclamó el pago de los créditos de Frank Algernon Cowperwood.

CAPÍTULO L

Una mansión en Nueva York

La quiebra de American Match a la mañana siguiente fue un acontecimiento que conmocionó a la ciudad y a la nación entera, y que persistió en la memoria de la gente durante años. En el último momento se decidió que en lugar de exigir el pago de los créditos de Cowperwood, sería mejor sacrificar a Hull & Stackpole, cerrar la bolsa y hacer que cesara toda actividad comercial. Esto protegió las acciones de un descenso en su cotización y les proporcionó a los bancos unos días (diez en total) durante los que arreglar sus desbaratadas finanzas y reforzarse ante posibles eventualidades. Como es natural, los especuladores de menor importancia —aquellos que esperaban hacer una fortuna con esta quiebra— protestaron furiosos, pero, ante la adamantina dirección de la bolsa, una prensa servil y la alianza entre los grandes banqueros y el fuerte cuadrunvirato, no podían hacer nada. Los respectivos directores de los bancos hablaban con solemnidad de «un simple chaparrón pasajero»; Hand, Schryhart, Merrill y Arneel tuvieron que rascarse aún más el bolsillo para proteger sus intereses, y Cowperwood, victorioso, era acusado por gente de poca monta de ser un «bucanero», un «pirata» y un «lobo» —la verdad es que lo acusaban con todo término oprobioso que se les pasaba por la cabeza—. Otros hombres más importantes tuvieron que enfrentarse al hecho de que tenían un enemigo digno de su acero. ¿Llegaría a dominarlos? ¿Era él ya el poder económico dominante de Chicago? ¿Podría entonces alardear de la impotencia de todos y de su superioridad en sus narices y ante sus subordinados y quedar impune?

—¡Tengo que rendirme! —le había dicho Hosmer Hand a Arneel y a Schryhart al término de la reunión en la casa de Arneel, mientras ellos tres aún continuaban con sus negociaciones después de que los otros se hubieran marchado—. Quizá esta noche parezca que nos ha derrotado, pero, por mi parte, yo no he terminado aún. Esta noche ha ganado él, pero no va a ganar siempre. Esta es una pelea a muerte entre él y yo, y los demás pueden seguir adelante o dejarlo, como deseen.

—¡Sí, señor! —exclamó Schryhart poniéndole una mano en el hombro como muestra de su más ferviente solidaridad—. Hasta mi último dólar está a su servicio, Hosmer. Este tipo no puede ganar al final. Le apoyaré hasta que esto acabe.

Arneel, que caminaba con Merrill y con los demás hacia la puerta, se mantenía silencioso y adusto. Había recibido una desdeñosa afrenta de parte de un hombre al que sólo unos años antes él habría considerado un simple subordinado. Cowperwood había entrado en el cubil de la fiera para imponer sus términos a las principales figuras financieras de la ciudad, allí de pie elegante y decidido, sonriendo ante sus

narices y diciéndoles poco más o menos que se fueran al diablo. El señor Arneel miraba con el ceño fruncido, pero ¿qué podía hacer?

—Ya veremos —les dijo a los otros— lo que pasa con el tiempo. Ahora mismo no hay mucho que podamos hacer. Esta crisis ha sido demasiado repentina. Usted dice que aún no ha acabado con él, Hosmer, y yo tampoco. Pero debemos esperar. Tendremos que derrotarlo en el terreno político en la ciudad, y estoy seguro de que al final lograremos hacerlo. —Los otros le agradecieron su valor aunque a la mañana siguiente él y los demás tendrían que desembolsar millones para protegerse a sí mismos y a los bancos. Por primera vez, Merrill llegó a la conclusión de que tendría que enfrentarse a Cowperwood abiertamente de entonces en adelante, a pesar de que seguía admirando su coraje—. «¡Pero es demasiado desafiante, demasiado arrogante! ¡Ese hombre es un león!», se dijo para sí. «Este hombre tiene el corazón de un león númera^[1]».

Y era cierto.

A partir de aquel día reinó una paz relativa en Chicago que duró algún tiempo, sobre todo porque no había ninguna contienda política a la vista, aunque la ciudad parecía más un campamento armado regulado por los términos de un acuerdo de neutralidad que ninguna otra cosa. Schryhart, Hand, Arneel y Merrill se mantenían vigilantes. La principal preocupación de Cowperwood era que sus enemigos logran su propósito de derrotarlo políticamente en alguna de las tres elecciones sucesivas que debían celebrarse cada dos años entre aquel momento y 1903, cuando sus licencias habrían de ser renovadas. Como en ocasiones anteriores, se había visto obligado a oponerse a ellos mediante el soborno y el perjurio, en lo sucesivo quizá les resultara más difícil a él o a sus agentes sobornar a los hombres elegidos para los distintos cargos. Los sumisos y corruptos concejales mediante los que ahora ejercía el control podrían ser sustituidos por hombres que, sin ser más honestos, sí fuesen más leales al enemigo, lo que le impediría conseguir la extensión de sus licencias. La culminación de todas las obras colosales que había emprendido, dependía de si lograba un periodo de renovación de al menos veinte años, o preferiblemente cincuenta —su colección de arte, su nueva mansión, su creciente prestigio como financiero, su rehabilitación social y la celebración de su triunfo con la unión, morganática o no, con alguien que fuese merecedora de compartir su trono.

Es curioso cómo esa primera y más poderosa tendencia de la mente humana, la ambición, finalmente se convierte en dominante. Si no, aquí tenemos el caso de Cowperwood, que a sus cincuenta y siete años era mucho más rico de lo que cualquier hombre normal pudiera llegar ni siquiera a soñar, famoso a nivel local, y en algunos aspectos a nivel nacional, y quien seguía pensando que en modo alguno había logrado alcanzar sus verdaderos objetivos. Aún no era todopoderoso, como era el caso de algunos magnates del Este, ni siquiera era como aquellos cuatro o cinco hombres magníficamente ricos de Chicago, quienes trabajando y dedicándose a muchos negocios grises que Cowperwood con frecuencia despreciaba habían

obtenido unos tremendos e incontestables beneficios. ¿Por qué, entonces, su camino se había visto entorpecido de manera prácticamente constante por una violenta oposición y amenazado con el fracaso? ¿Era a causa de la inmoralidad de su vida privada? Otros hombres también eran inmorales; de hecho, la mayoría lo era, a pesar del dogma religioso y de las estúpidas teorías impuestas desde arriba. ¿No se debería quizá a su incapacidad para ejercer el control sin establecer un dominio personal; sin hacerlo a las claras, a la vista de todos los hombres? A veces creía que era por eso. El mundo convencional y rutinario era incapaz de tolerar su atrevimiento, su insolencia y su constante deseo de llamar a las cosas por su nombre. Su suficiencia propia de un genio era para muchos un insulto y una burla. Los más débiles temían a la dura determinación que veían en sus ojos, como gato escaldado al agua caliente. A pesar del disimulo que empleaba, no llegaba a ser zalamero ni falso.

Bueno, pasara lo que pasara, no necesitaba serlo ni tampoco era esa su intención, y esas eran sus reglas del juego; pero en modo alguno había alcanzado la cumbre de su ambición. Aún no se le consideraba el príncipe del dinero. Aún no se encontraba entre los magnates del Este —en las apretadas filas de secuoyas de Wall Street—. Hasta que no lograra igualarse a estos hombres, hasta que no tuviera una mansión que todos reconocieran como magnífica, hasta que no tuviera una galería mundialmente famosa, ¿de qué le servirían Berenice y sus millones?

El tipo de casa que Cowperwood construyó en Nueva York, y que resultó ser uno de los principales logros de sus últimos años, constituyó un auténtico florecimiento —como los que a veces, por su temperamento, se dan en el caso de los hombres, como si de plantas se tratara—. Con el paso de los años, no le parecían apropiados ni el gótico modificado (como el de su casa de Filadelfia), ni el francés normando clásico al estilo de su casa de Michigan Avenue. Sólo los palacios italianos de origen medieval o renacentista que había visto en el extranjero le parecían ahora ejemplos de lo que debiera ser una residencia majestuosa. Lo que en realidad buscaba era algo que no sólo reflejara su visión de lo que debiera ser una residencia privada, sino que además debía tener las perdurables características de un palacio o incluso de un museo, y que pudiera permanecer como un monumento a su memoria. Tras una larga búsqueda, Cowperwood había encontrado un arquitecto en Nueva York que encajaba a la perfección con sus pretensiones —Raymond Pyne, un calavera, un cuentista y un hombre de mundo—, que seguía siendo, ante todo, un artista que tenía buen ojo para lo excepcional y la perfección^[2]. Los dos pasaron juntos días enteros pensando sobre los detalles de esta casa museo. Una galería inmensa ocuparía el ala oeste de la casa y estaría dedicada a las pinturas; una segunda galería debería ocupar el ala sur y se destinaría a la escultura y a los grandes ornamentos arquitectónicos de piedra compuestos de hojas y zarcillos; y estas dos alas debían estar conectadas para formar una «L» que rodearía la casa en sí, que ocuparía el ángulo que quedaba entre ellas. Toda la estructura sería de piedra caliza de color rojizo profusamente tallada. Para la decoración del interior pensaba adquirir las mejores maderas, tapices, cristales y

mármoles. Las salas principales rodearían un gran patio central con una columnata de alabastro de vetas rosadas, en cuyo centro habría una fuente de alabastro y plata iluminada con luces eléctricas. De la pared este colgarían cestos de orquídeas o de otras flores naturales, que proporcionarían una espléndida y colorida calidez y que conferirían un efecto de sol matutino a este suntuoso reino artificial. Una estancia — uno de los salones de la segunda planta— estaría completamente forrada de finas losas de mármol transparente con un leve matiz degradado que iba del rosa al púrpura, y cuya iluminación procedería exclusivamente del exterior, llegando a la estancia a través de las paredes. Aquí, sumidos en un amanecer perpetuo, habría soportes para aves exóticas, pérgolas con enredaderas, bancos de piedra, un estanque central de agua cristalina, y sonaría leve la música. Pyne le aseguró que tras su muerte esta sala podría convertirse en un lugar excelente para exponer porcelanas, jades, marfiles y otros pequeños objetos de valor.

Cowperwood estaba ya trasladando sus pertenencias a Nueva York y había convencido a Aileen de que lo acompañara. Como era la combinación perfecta del tacto y la mentira, tuvo el descaro de asegurarle que allí podrían disfrutar de una vida social mucho más feliz. El plan que ahora se traía entre manos era el de fingir una felicidad conyugal que no tenía fundamento alguno, con la exclusiva finalidad de pasar este periodo de transición con las menores molestias posibles. Posteriormente, podría obtener el divorcio, o quizá establecer una relación que le proporcionara una vida feliz fuera de los límites establecidos por la sociedad.

Berenice Fleming no sabía nada de todo esto, pero al mismo tiempo que él construía su espléndida mansión, ella finalmente abrió los ojos y tomó conciencia del espíritu artístico que ocupaba el centro de la personalidad férrea de Cowperwood, lo que hizo que se despertara su interés por él. Hasta entonces, ella lo había considerado como una especie de intruso procedente del Oeste que venía al Este y que se aprovechaba del buen corazón de su madre para conseguir un poco de cortesía social. Sin embargo, ahora, todo lo que la señora Carter le había ido contando sobre él, su personalidad y sus logros estaba cristalizando y convirtiéndose en una brillante cadena de hechos tangibles. Esta casa, según les gustaba repetir a los periódicos, sería una joya de factura fuera de lo común. Era obvio que los Cowperwood intentarían entrar en la sociedad de Nueva York.

—Qué lástima —le dijo una vez la señora Carter a Berenice— que no obtuviera el divorcio de su mujer antes de empezar con todo esto. Mucho me temo que nunca los aceptarán. A él sí lo acogerían, con tal de que tuviera a la mujer adecuada; pero ella... —La señora Carter, que había visto a Aileen una vez en Chicago, negó con la cabeza en señal de duda—. No es del tipo adecuado —fue el comentario que hizo—. Le falta estilo e inteligencia.

—Si es tan infeliz con ella —comentó Berenice con aire pensativo—, ¿por qué no la deja? Ella puede ser feliz sin él. Es una tontería vivir como el perro y el gato. Aunque supongo que ella valora la posición que él le proporciona —añadió—, puesto

que es una mujer de tan poco interés.

—Supongo —dijo la señora Carter— que se casó con ella hace veinte años, cuando él era un hombre muy distinto al que es hoy en día. No es que ella sea una mujer poco refinada, sino que no es lo suficientemente inteligente. Es incapaz de hacer cosas de las que a él le gustaría que se encargara. No me gusta cuando veo que las parejas no se avienen, y, sin embargo, es algo muy frecuente. Espero que cuando tú te cases, Bevy, lo hagas con alguien con quien puedas entenderte, aunque lo cierto es que creo que prefería que fueras infeliz a que fueras pobre.

Este discurso tuvo lugar durante el desayuno en Central Park South, con el sol de la mañana reflejándose en uno de los lagos de un parque cercano. Bevy, vestida de verde primavera y oro viejo, estaba leyendo las noticias de sociedad en uno de los periódicos de la mañana.

—Creo que preferiría ser infeliz siendo rica, que serlo sin dinero —dijo distraídamente y sin levantar la vista.

Su madre la observó con admiración, consciente de su actitud regia. ¿Qué sería de ella? ¿Se casaría bien? ¿Se casaría a tiempo? Hasta ahora Berenice no se había visto afectada en lo más mínimo por aquellos desafortunados tiempos en Louisville. La mayoría de las personas con las que la señora Carter se había visto obligada a tratar tendrían la amabilidad de guardarle el secreto. Pero había otros. ¡Qué cerca había estado de estrellarse contra las rocas cuando Cowperwood apareció!

—Después de todo —dijo Berenice pensativa—, el señor Cowperwood no es un simple avaro, ¿verdad? Muchos de los hombres que proceden del Oeste son muy aburridos.

—Querida —exclamó la señora Carter, que a estas alturas se había convertido en una servil subordinada de su secreto protector—, tú no lo comprendes en absoluto. Es un hombre asombroso, de verdad. Estoy segura de que el mundo va a oír hablar mucho más de Frank Cowperwood antes de que muera. Puedes decir lo que quieras, pero para empezar, alguien tiene que ganar dinero. De poco sirve tener una buena educación si se es pobre. Y lo sé porque he visto cómo muchos de nuestros amigos venían a menos.

En la nueva casa, subido un día a un andamio, un famoso escultor y sus ayudantes estaban trabajando en un friso griego que representaba unas ninfas bailando enlazadas mediante guirnaldas. Berenice y su madre, que casualmente pasaban por allí, se detuvieron a observar y Cowperwood las acompañó. Con un gesto de la mano, señaló a las figuras del friso y le dijo a Berenice con su habitual actitud alegre:

—Si las hubieran hecho copiándote a ti, les habría ido mejor.

—¡Qué encantador es usted! —le contestó ella, con sus extraños ojos azules fijos en él—. Son preciosas. —A pesar de sus prejuicios iniciales, ahora sabía que ambos tenían un dios en común: el arte, y que su mente estaba obsesionada por las cosas bellas, como si se tratara de un relicario.

Él simplemente la miró.

—Esta casa puede ser poco más que un museo para mí —le dijo sin más, cuando su madre no podía oírlos—, pero la construiré con la mayor perfección que me sea posible. Quizá otros puedan disfrutarla, si yo no lo hago.

Ella lo miró con aire distraído, pero lo comprendió y le sonrió. Se había dado cuenta, por supuesto, de que lo que intentaba decirle era que se sentía solo.

CAPÍTULO LI

El resurgir de Hattie Starr

Entregada a los placeres y a las diversiones que el dinero de Cowperwood le proporcionaba, hasta hacía poco Berenice no se había parado a pensar mucho en su futuro. Cowperwood había sido de lo más generoso.

—Es joven —le había dicho una vez a la señora Carter con aire de desinteresada liberalidad, cuando se encontraban hablando sobre Berenice y su futuro—. Es una sibarita. Déjela que disfrute. Si se casa bien, podrá devolvérselo más tarde, o a mí, pero ahora dele todo lo que necesite. —Y él firmaba cheques con el primor del jardinero que cultiva una orquídea maravillosa.

La verdad era que la señora Carter había llegado a sentir tanto afecto por Berenice en su calidad de objeto bello y de futura gran dama que habría vendido su alma por ver que conseguía una buena posición; y como el dinero para proporcionarle los vestidos, el entorno y los avíos tenía que salir de alguna parte, había supeditado su lealtad a Cowperwood y fingía no darse cuenta de la posición tan comprometida en la que estaba poniendo todo lo que le era cercano y querido.

—Oh, es usted tan bueno —le dijo más de una vez, mirándolo con los ojos empañados por una mezcla de gratitud y alegría—. Yo nunca lo habría creído posible de nadie. Pero Bevy...

—Una esteta es una esteta —le contestó Cowperwood—. Es difícil encontrarlas. Me gusta ver que un espíritu tan refinado como el suyo puede moverse sin preocupaciones. Progresará en la vida.

Al ver al teniente Braxmar ocupar un lugar prioritario entre los asuntos de Berenice, la señora Carter fue lo suficientemente insensata como para insistir en el tema con aire amistoso y zalamero. A su manera, Braxmar era muy interesante. Era joven, alto, musculoso y atractivo, y además bailaba con gracia; pero, lo que era aún mejor, sus modales daban cuenta de su linaje y de su posición social, algo que atraía a Berenice sobremanera. Era inteligente y serio, y poseía esa gracia social que resulta alegre, cortés y nostálgica. Berenice coincidió con él por primera vez en un baile donde estaban ensayando un nuevo paso —«baile campesino»^[1] se le llamaba—, y lo ejecutó con tanta ligereza vestido con aquel atractivo uniforme, que ella quedó medio enamorada de él en aquel momento.

—Es una delicia bailar con usted —le dijo—. ¿Es algo propio de usted o se lo debe al vaivén de las olas?

—Es el baile de los que se dirigen a alta mar —le contestó él con una sonrisa celestial—. Todas las batallas se acompañan de bailes, ¿no lo sabía?

—¡Oh, qué broma tan nefasta! —le contestó—. Es increíblemente mala.

—No para mí. Puedo hacer otras mucho peores.

—No para mí —dijo ella a su vez—. No puedo soportarlas. —Y continuaron brincando. Después, él vino y se sentó junto a ella; pasearon a la luz de la luna, le habló de su vida en la Marina, de su hogar en el Sur y de sus conocidos.

La señora Carter, al ver a Berenice con el teniente, al que ya le habían presentado, le comentó a la mañana siguiente:

—Me gusta tu teniente, Bevy. Conozco bien a algunos de sus parientes. Proceden de las Carolinas, y seguro que heredará un capital. Toda la familia es rica. ¿Crees que podría estar interesado en ti?

—Oh, posiblemente... sí, supongo que sí —le contestó Berenice con poco énfasis porque no se tomaba bien esta prueba de interés materno. Prefería dejar de momento que la vida pasara sin fijarle un curso definido, y esta conversación la acercaba demasiado a la realidad—. Además, tiene tantas máquinas en la cabeza que dudo de que pudiera interesarse de verdad en ninguna mujer. Se acerca más a un buque de guerra que a un hombre.

Hizo una mueca con la boca y la señora Carter le dijo en tono alegre:

—¡Qué pilla eres! Todos los hombres sienten interés por ti. Entonces, ¿no crees que podrías llegar a sentir afecto por él? ¿Ni un poco?

—Pero, mamá, ¡qué pregunta! ¿Por qué me lo preguntas? ¿Es fundamental que lo haga?

—No, no es eso exactamente —le contestó la señora Carter con dulzura, preparándose para decirle ciertas cosas que ella sentía que era su obligación hacerle saber—; pero piensa en su posición. Proviene de muy buena familia, y heredará una fortuna considerable. Oh, Bevy, no quiero apresurarte ni estropearle la vida en modo alguno, pero tienes que pensar en el futuro. Con tu gusto y tu instinto, el dinero es esencial, y a menos que te cases con alguien de fortuna, no sé de dónde lo vas a sacar. Tu padre era un inconsciente, y Rolfe era todavía peor.

Suspiró.

Berenice, casi por primera vez en su vida, prestó atención a aquello. Se preguntó si podría soportar a Braxmar como compañero durante toda su vida y seguirlo por el mundo, y quizá trasladar su residencia al Sur, pero no logró llegar a ninguna conclusión. La sugerencia de su madre en cierto modo se lo había estropeado todo. A decir verdad, en este momento de indecisión, pensó de manera vaga en Cowperwood como en alguien que con su fervor representaba mejor las cosas que ella realmente deseaba. Recordó que era rico, la franqueza con la que le había dicho que su nueva casa podría no ser más que un museo, y la forma en la que se le acercaba con sus mudas e insinuantes miradas. Pero era viejo y estaba casado —y por lo tanto, completamente imposible—, mientras que Braxmar era joven y encantador. ¡Y que su madre hubiera tenido tan poco tacto como para sugerirle que era preciso que lo tuviera en cuenta! Casi se lo había estropeado. ¿Y el estado de sus finanzas, era,

entonces, tan incierto como su madre le había dado a entender?

En esta crisis, algunas de sus vivencias sociales previas comenzaron a cobrar importancia. Por ejemplo, sólo unas semanas antes de que conociera a Braxmar, estuvo de visita en la casa de campo de los Corscaden Batjer en Redding Hills, Long Island, sentada con su anfitriona en la salita de día de Hillcrest, desde donde se dominaba una vista preciosa del lejano estrecho de Long Island.

La señora Fredericka Batjer tenía el pelo castaño claro, la piel blanca, y era una mujer reposada y serena —era una imagen propia del arte holandés—. Con un vestido de día en gris y plata y el pelo recogido en un nudo «psique»^[2], en esta ocasión tenía en el regazo una cesta de mimbre que contenía sus intentos de hacer bordado noruego^[3].

—Bevy —le dijo—, tú recuerdas a Kilmer Duelma, ¿verdad? ¿No estuvo en casa de los Haggerty el verano pasado mientras tú estabas allí?

Berenice, que estaba sentada a un pequeño escritorio de estilo Chippendale^[4] escribiendo cartas, levantó la vista y evocó por un instante al joven en cuestión. Kilmer Duelma —alto, fornido, jactancioso, vestido a la perfección para el verano con su ropa holgada y desenfadada, con el andar lento, estudiado, perezoso y sin rumbo, con las mejillas encendidas y carnosas, los ojos algo vacuos, y una mente que asentía de manera intrascendente y agradable ante cualquier cuestión o idea que se le presentaba—. Era el menor de los dos varones hijos de Auguste Duelma, banquero, promotor y multimillonario, y heredaría una fortuna que se calculaba por encima en torno a los seis u ocho millones de dólares. El año anterior, en casa de los Haggerty, había estado revoloteando a su alrededor sin ningún propósito concreto.

La señora Batjer estudió a Berenice con curiosidad durante un momento, y después regresó a su bordado.

—Lo he invitado a venir este fin de semana —le dijo.

—¿Sí? —preguntó Berenice con dulzura—. ¿Y vendrán también otros invitados?

—Por supuesto —asintió la señora Batjer con aire distante—. Supongo que eso significa que no te interesa Kilmer.

Berenice sonrió enigmáticamente.

—Te acuerdas de Clarissa Faulkner, ¿verdad, Bevy? —continuó la señora Batjer—. Se casó con Romulus Garrison.

—Perfectamente. ¿Dónde está ahora?

—Han alquilado el castillo de Brioul en Ars^[5] para pasar el invierno. Romulus es un idiota, pero Clarissa es muy inteligente. Me ha escrito diciendo que tiene una auténtica corte allí esta temporada. La mitad de la buena sociedad de París y Londres la va a visitar. Es maravilloso que pueda hacer todas esas cosas ahora. ¡Pobrecita! Durante un tiempo estuve muy preocupada por ella.

Sin dar muestra alguna de ello, Berenice sin duda comprendió el alcance de aquella analogía. Todo era cierto. Hay que empezar pronto a pensar en la vida. Y comenzó a sufrir un molesto sentido del deber. Kilmer Duelma llegó el viernes a

mediodía con seis tipos diferentes de equipaje, un ayuda de cámara especial y un absurdo entusiasmo por el polo y la caza (enfermedades que había contraído hacía poco en Berkshire^[6], contagiadas por un grupo de aficionados a la caza). Un supuesto cumplido de parte de la señorita Fleming que la señora Batjer le hizo llegar con el máximo tacto, lo hizo acercarse con su andar perezoso ante la presencia de Berenice para proponerle que dieran un paseo el domingo en el carruaje hasta Saddle Rock^[7].

—¡Hum! ¡Hum! Sabe, estoy encantado de volver a verla. ¡Hum! ¡Hum! Hace un siglo que no veo a los Haggerty. La echamos de menos cuando se marchó. ¡Hum! ¡Hum! Al menos yo sí, ¿sabe? Desde la última vez que nos vimos he empezado a jugar al polo —ahora llevo tres ponis conmigo continuamente—. ¡Hum! ¡Hum!, lo que es casi como tener el establo preparado.

Berenice hizo un valeroso esfuerzo por mantener una actitud serena e interesada. Tenía en mente cuál era su deber, el castillo Brieuil, la corte de invierno de Clarissa Garrison, y sentía las primeras premoniciones de lo rápido que pasa el tiempo. Pero, a pesar de todo ello, el paseo fue un aburrimiento, la conversación una losa, y el esfuerzo por responder, titánico e imposible. Llegado el lunes, huyó de allí, dejando pasar tres días entre aquello y el fin de semana en Morristown. La señora Batjer —que era capaz de interpretar los más leves indicios con la mayor exactitud— suspiró. Su propio Corscaden no tenía mucho que ofrecer aparte del dinero, pero había que vivir y los ambiciosos debían heredar o bien reunir el dinero con prudencia. Alguna tontita artera pronto engancharía a Duelsma, y luego... —Le pareció que Berenice era un poquito difícil.

Berenice no pudo evitar atar cabos entre este incidente y los recientes consejos de su madre referentes al teniente Braxmar. El primer atisbo que le permitió descubrir que ella y su madre no disponían de mucho dinero introdujo en la vida de Berenice un factor que para ella resultaba excesivamente preocupante y que supuso un desmoronamiento de lo que había vivido hasta entonces, porque comprendió que, aparte de su linaje, era en cierto sentido una intrusa en la sociedad. Nunca fue objeto de rumores relativos a una gran riqueza —no se produjeron halagadores murmullos ni hubo anuncios públicos sobre su condición de heredera—. Todos los engreídos maniquíes de poca importancia que habitaban la esfera social estaban alerta, pendientes de encontrar a alguna muñequita con la cabeza hueca que tuviera una cuenta bancaria infinita. Sibarita por naturaleza, amante de los tejidos más bellos, de las ceremonias más regias, del poder y del éxito en toda forma y manera, había soñado durante todo este tiempo con la mayor libertad para su alma y su arte en unas circunstancias que sólo la mayor fortuna del momento, y sólo esa, podría proporcionarles. De forma simultánea, había acariciado la idea de que si alguna vez encontraba a alguien que realmente la amara, y a quien ella pudiese amar o al menos admirar intensamente —alguien que la necesitara de una manera profunda y sincera—, de buena gana se entregaría por completo. Pero, ¿quién podría ser? Braxmar le había parecido encantador, pero su inteligencia aguda y analítica necesitaba a alguien más

duro, más intenso, más despiadado; a alguien que la atrajera como una fuerza inmensa. Pero debía ser cautelosa y jugar bien las cartas que tenía para ganar.

En el transcurso de su visita estival a Narragansett, Cowperwood no tuvo que soportar la molesta presencia de Braxmar durante mucho tiempo, puesto que, este último, que había recibido órdenes especiales, se vio obligado a marcharse apresuradamente a Hampton Roads^[8]. Pero el noviembre siguiente, abandonando temporalmente sus complicados asuntos en Chicago para dirigirse a Nueva York y al apartamento de la familia Carter en Central Park South, Cowperwood volvió a encontrarse con el teniente, que apareció una tarde luciendo todas sus brillantes insignias oficiales para escoltar a Berenice hasta un baile. Con una alta gorra militar coronando su atractivo rostro, con sus relucientes charreteras doradas, las solapas de la capa vueltas hacia atrás para revelar el bello forro rojo de seda y el sonido metálico de la espada que llevaba a un lado, parecía la imagen misma de una oda a la llama de la juventud. Cowperwood, atrapado en la deriva de las circunstancias —su edad, su condición de hombre que no convenía y el atractivo del romance y el vigor que representaba su oponente— prácticamente se retorció de dolor.

Berenice estaba bellísima envuelta en una tormenta de prendas diáfanas y ceñidas. Los observó desde una habitación contigua, donde simuló estar leyendo, y suspiró. ¿Cómo lograr con astucia y previsión —ni siquiera con las suyas— vencer al curso normal de la vida? ¿Cómo podría conseguir resultar atractivo a ojos de la juventud? Braxmar tenía la edad adecuada, el color, el porte. Y esta noche, Berenice parecía rebosante de juventud, esperanza y alegría cuando se preparaba para marcharse. Al cabo de unos momentos, se levantó, y pretextando algún quehacer de sus negocios, salió apresuradamente. Pero en realidad fue solo para sentarse a meditar en las habitaciones que había alquilado en un hotel cercano. Lo más lógico en cualquier hombre normal en aquellas circunstancias, en las que se mezclaban las antiguas nociones de la caballería, el sacrificio, el deber ante impulsos más elevados y otros por el estilo, habría sido hacerse a un lado y dejar paso a la juventud, atenerse a las convenciones y retirarse a favor de la moralidad y la virtud. Pero Cowperwood no interpretaba las cosas en función de la moralidad ni el altruismo. «Yo me satisfago a mí mismo» había sido su lema, según el cual, y a pesar de que quizá pudiera entender que Berenice se enamorara o el amor en sí, no se iba a conformar con retirarse hasta estar seguro de que toda esperanza había tocado a su fin. Había habido algunos momentos entre Berenice y él —pequeñas aproximaciones hacia la intimidad— que le habían llevado a creer que en modo alguno ella lo rechazaba por completo. Aunque, al mismo tiempo, el asunto del teniente, como la señora Carter le diría en confianza poco más adelante, no era algo que pudiera tomarse a la ligera. Aunque Berenice no se mostrara entusiasta, era obvio que Braxmar sí lo estaba.

—Desde que se marchó, le ha estado escribiendo multitud de cartas —le comentó a Cowperwood una tarde—. Me parece que no es del tipo de los que aceptan un no por

respuesta.

—Esos son los que más éxito tienen —le contestó Cowperwood con sequedad. La señora Carter se mostraba ansiosa porque la aconsejara en aquel asunto. Braxmar era un hombre de talento. Ella conocía a sus parientes. A la muerte de su padre, heredaría al menos seiscientos mil dólares, si no más. ¿Y qué pasaba con la vida anterior de la señora Carter en Louisville? ¿Y si aquello salía a relucir más adelante? ¿No sería aconsejable que Berenice se casara para acabar con ese riesgo?

—Eso supone un problema, ¿verdad? —dijo Cowperwood con tranquilidad—. ¿Está segura de que ella está enamorada?

—Bueno, yo no diría eso, pero estas cosas se convierten en amor con mucha facilidad. Nunca he creído que nadie pudiera hacer a Berenice perder la cabeza por amor —es una muchacha muy sensata—, pero ella sabe que tiene que abrirse camino en la vida, y el señor Braxmar es sin duda un candidato adecuado. Conozco muy bien a sus primos, los Clifford Porter.

Cowperwood frunció el ceño. Tenía el alma enferma de preocupación por Berenice. Sentía que debía ser suya, incluso a costa de infligirle una grave herida a su buen nombre en la sociedad, y era mejor que la superara con él a que ella escapara con otro. Sin embargo, según ocurrieron las cosas, finalmente no hubo necesidad de que pusiera en práctica aquella idea tan espantosa.

Imaginemos el comedor de uno de los principales hoteles de Nueva York a medianoche y a la vuelta de la ópera, a la que Cowperwood había invitado a Berenice, al teniente Braxmar y a la señora Carter. Ahora estaba representando el papel de desinteresado anfitrión y mentor.

Su actitud hacia Berenice era amable, cortés y atenta, regida por la serenidad, al tiempo que no dejaba de pensar qué línea seguir que pudiera resultar destructiva para Braxmar. Como un auténtico Mefistófeles^[9], esperaba, observando a la señora Carter y a Berenice, que estaban sentadas en sendos sillones de brazos vestidas con los exóticos tejidos que las damas que asisten a la ópera suelen lucir —la señora Carter de seda de un suave amarillo limón y luciendo diamantes; y Berenice de morado y rosa viejo, con una peineta enjorada en el pelo—. El teniente, vestido con su deslumbrante uniforme, sonreía y charlaba con moderación, alababa a los cantantes, le susurraba ternuras a Berenice, y de cuando en cuando, se dirigía a Cowperwood para hablarle de algún personaje importante de la Marina que por casualidad se encontrara también allí. Después de salir de la ópera, atravesaron en carruaje las calles azotadas por el viento hasta el Waldorf^[10], ocuparon la mesa que tenían reservada y Cowperwood, tras dejarse aconsejar sobre los platos y pedir el vino, volvió a evocar la música, que en aquella ocasión había sido *La bohème*^[11]. La muerte de Mimí y el dolor de Rodolfo expresados en las espléndidas melodías de Puccini le interesaban mucho.

—Ese mundo recreado en un estudio quizá no tenga relación alguna con el artista profesional real, pero representa muy bien la vida —comentó.

—La verdad es que no estoy seguro —respondió con toda seriedad Braxmar.

—Lo único que sé de la vida bohemia es lo que he leído en los libros; *Trilby*^[12], por ejemplo, y... —Como no se le ocurría ninguno más, lo dejó ahí—. Supongo que en París será así.

Miró a Berenice esperando que ella se lo confirmara y para obtener una sonrisa. Debido a su carácter dado a la emoción y la compasión, se había visto arrebatada durante la ópera por oleadas de belleza, demasiado alegres o conmovedoras como para poder expresarlas con palabras, pero que su espíritu claramente percibía. Una vez, perdida en una ensoñadora contemplación con las manos cruzadas sobre la falda y los ojos fijos en la escena, tanto Braxmar como Cowperwood habían observado sus labios abiertos y aquel magnífico perfil con el mismo impulso de emoción y entusiasmo. Pasado aquel momento y al darse cuenta de que ambos la habían estado observando, Berenice mantuvo la pose durante un momento, y después, como si despertara de un sueño, soltó un suspiro. Ahora, este incidente había regresado a su memoria junto con el sentimiento que la ópera le inspiraba.

—Es preciosa —dijo ella—. No sé qué decir. Hay gente así, claro. Es mucho mejor que cuando no hay más que comodidades. En cualquier caso, la vida es mucho más interesante cuando es trágica.

Miró a Cowperwood, que a su vez la estudiaba; y después a Braxmar, que en aquel momento se veía en el puente de mando de un buque de guerra impartiendo órdenes en algún momento de acción. Cowperwood recordó entonces muchos de sus momentos más difíciles. No había duda de que su vida había sido lo suficientemente dramática como para satisfacerla a ella.

—A mí no me gusta tanto —apuntó la señora Carter—. Una se cansa de tantos acontecimientos tristes. Ya tenemos suficiente drama en la vida real.

Cowperwood y Braxmar dejaron escapar una leve sonrisa, y Berenice desvió la mirada con actitud soñadora. La multitud de comensales, el entrecostar de la porcelana y el cristal, el ajeteo de los camareros en sus idas y venidas, y el rasgueo de la orquesta la distraían, al igual que las sonrisas y las inclinaciones de cabeza de algunos de los huéspedes que entraban y que la reconocían a ella y a Braxmar, pero no a Cowperwood. De repente, de una puerta cercana, procedente del salón y restaurante de caballeros, emergió la figura de un hombre que parecía ligeramente ebrio y con el andar arrogante de la alta sociedad; llevaba la ropa algo torcida, el abrigo le colgaba flácido de un hombro, el clac^[13] pendía de una mano, tenía los ojos un poco enrojecidos, el labio inferior le sobresalía ligeramente con aire desafiante, y en general, su semblante delataba el aspecto despreocupado, altanero y malicioso que el calavera borracho no adopta, sino que logra. Miró a su alrededor con expresión huraña y desconcertado, y después, al ver a Cowperwood y al grupo que lo acompañaba, se dirigió hacia allí a la manera medio decidida y medio descuidada propia del que no anda muy seguro tras unas copas. Cuando se encontraba justo enfrente de la mesa de Cowperwood —convertido en blanco de muchas miradas— se

detuvo de repente como dándose cuenta de algo, y acercándose, le puso a la señora Carter una mano amistosa y al mismo tiempo condescendiente sobre el hombro desnudo.

—¡Vaya, hola, Hattie! —le dijo en tono burlón lanzándole una mirada lasciva—. ¿Qué estás haciendo aquí en Nueva York? ¿No habrás dejado tu antiguo negocio de Louisville, verdad, vieja amiga? Deja que te diga algo. Desde que te fuiste, no he vuelto a tener ni una muchacha que mereciera la pena; ni una. Si abres una casa por aquí, házmelo saber, ¿de acuerdo?

Se inclinó sobre ella con una sonrisa de satisfacción y con aire condescendiente, mientras hurgaba en el bolsillo del chaleco blanco como si buscara una tarjeta. En aquel mismo instante, Cowperwood y Braxmar, conscientes de la importancia de aquellas palabras, se pusieron en pie. Mientras la señora Carter empujaba a aquel extraño intentando apartarlo y se esforzaba por retirarse de él echándose hacia atrás, la mano de Braxman (que era el que más cerca se encontraba) cayó sobre él, y aparecieron el *maître* y dos ayudantes.

—¿Qué ocurre aquí? ¿Qué ha hecho? —preguntaron.

Mientras tanto, el intruso, dirigiéndoles a todos ellos una mirada maliciosa, decía en tono perfectamente audible:

—Quítenme las manos de encima. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué demonios tienen que ver con esto? ¿Se creen que no sé lo que me hago? Ella me conoce, ¿a que sí, Hattie? Ella es Hattie Starr, de Louisville, ¡pregúntenle! Regentaba una de las mejores casas que ha habido nunca en Louisville. ¿Por qué se ofuscan tanto? Sé lo que me hago. Ella me conoce.

Él no sólo protestaba, sino que además se resistía con vehemencia. Cowperwood, Braxmar y los camareros formaron un cordón y así lograron sacarlo a empujones hasta el vestíbulo y el zaguán, desde donde avisaron a un policía.

—Debería arrestar a este hombre —afirmó enérgicamente Cowperwood, cuando apareció este último—. Ha insultado de manera sumamente grosera a unas damas que son mis invitadas. Está borracho y ha alterado el orden público, y me gustaría que formulara usted esa acusación. Aquí tiene mi tarjeta. ¿Me notificará adónde debo dirigirme? —Se la entregó, mientras Braxmar, que inspeccionaba al desconocido con celo militar, añadió:

—Le daría una paliza de muerte. Si no estuviera borracho, eso es lo que haría. Si es usted un caballero y tiene una tarjeta, quiero que me la dé. Me gustaría hablar con usted más tarde. —Se inclinó sobre él y encaró con expresión fría y dura al señor Beales Chadsey, de Louisville, Kentucky.

—De acuerdo, capitán —dijo Chadsey con sorna, mirándolo con sonrisa burlona—. Claro que tengo tarjeta. No pasa nada; la tengo aquí. Puede venir a verme cuando quiera: hotel Buckingham, Fifth Avenue esquina Fiftieth Street^[14]. Tengo derecho a hablar con quien me plazca, donde me plazca y cuando me plazca. ¿Se da cuenta?

Hurgaba con torpeza en el bolsillo y protestaba mientras el agente esperaba

dispuesto para hacerse cargo de él. Al no encontrar la tarjeta, añadió:

—No importa. Anótelo. Beales Chadsey, hotel Buckingham, o Louisville, Kentucky. Venga a verme cuando quiera. Esa es Hattie Starr y ella me conoce. Jamás la confundiría; la reconocería entre un millón. He pasado muchas noches en su casa.

Braxmar estuvo a punto de abalanzarse sobre él, y lo habría hecho si el agente no hubiera intervenido.

Mientras, en el comedor, Berenice y su madre continuaban sentadas. La madre, aturdida, pálida, distraída y terriblemente desconcertada —demasiado angustiada como para atinar con alguna medida convincente que contradijera lo que acababa de afirmar aquel hombre.

—¡Pero, qué ocurrencias! —decía—. ¡Qué hombre tan espantoso! ¡Es terrible! No lo había visto jamás en mi vida.

Berenice, molesta y totalmente perpleja, pensaba en la sonrisa lasciva y en la familiaridad con la que aquel extraño se había dirigido a su madre. ¡Qué horror y qué vergüenza! ¿Por muy borracho que estuviera ningún hombre, podría mostrarse tan desafiante y tan insistente, tan dispuesto a dar explicaciones, aunque estuviera completamente confundido? ¿Qué cosas tan sumamente vergonzosas había tenido que oír?

—Vamos, mamá —le dijo con dulzura y con aire digno—; no te preocupes, no pasa nada. Podemos irnos ya a casa. Te sentirás mejor en cuanto salgamos de aquí.

Llamó a un camarero al que pidió que dijera a los caballeros que ellas habían ido al tocador. Empujó una silla que le cortaba el paso y le ofreció el brazo a su madre.

—¡Y que me hayan insultado así —iba murmurando la señora Carter—, aquí, en un gran hotel, y en presencia del teniente Braxmar y del señor Cowperwood! Esto es terrible. ¡Vaya!

Iba medio lloriqueando mientras andaba, y Berenice, que pasó revista a la sala con gran dignidad, y con una expresión altanera y de superioridad en el rostro, la guiaba con aire solemne, sintiendo un dolor extraño y lacerante en el corazón. ¿Qué había detrás de estas vergonzosas afirmaciones? ¿Por qué este juerguista borracho había elegido a su madre, de entre todas las mujeres del comedor, para hacer aquellos comentarios tan escandalosos? ¿Y por qué iba a mostrarse su madre tan apesadumbrada, tan completamente destrozada, si no hubiera algo de verdad en lo que le habían dicho? Era muy extraño, muy triste, muy penoso y terrible. ¿Qué iban a decir ahora en ese mundillo chismoso al que tanto le gustaban los escándalos y que ella conocía tan bien tras una escena como esta? Por primera vez en su vida, se dio cuenta de lo que significaría el horror de ser objeto del ostracismo social.

A la mañana siguiente, debido a la visita que el teniente Braxmar hizo al tribunal de policía de Jefferson Market, donde se proponía, si no se le garantizaba una inmediata reparación, emprenderla a puñetazos con el estómago del señor Beales Chadsey, se escribió una carta en papel de escritorio del hotel Buckingham que fue enviada a la señora Ira George Carter al número 36 de Central Park South, y que

decía lo siguiente:

Estimada señora:

Debido al desenfreno provocado por el alcohol y a mi estado de embriaguez, para el que no puedo ofrecer ninguna explicación apropiada ni satisfactoria, fui el desafortunado causante de un ultraje cometido contra sus sentimientos, así como contra los de su hija y amigos, y por el que deseo pedirle perdón con la mayor humildad. No puedo expresar con palabras cuánto siento lo que pudiera haber llegado a decir o hacer, algo que ahora mismo no me es posible recordar con claridad. Mi actitud mental cuando me entrego a la bebida es maliciosa y con frecuencia me lleva a fomentar discusiones, y fue estando en ese estado y circunstancias, cuando hice aquellas afirmaciones que yo sé que son totalmente infundadas. En mi estado de embriaguez, la confundí con cierta mujer de mala reputación de Louisville, aunque no tengo ni idea de por qué. Y es por esta conducta absolutamente vergonzosa y escandalosa por lo que deseo pedirle disculpas y rogarle que me perdone. No sé cómo puedo compensarla por ello, pero con mucho gusto haré cualquier cosa que usted pudiera sugerirme. Mientras tanto, espero que acepte esta carta y la intención con la que ha sido escrita, como un pequeño intento de compensarla, aunque sé que nunca podré compensarla del todo.

Atentamente,

BEALES CHADSEY.

Al mismo tiempo, antes de que esta carta se escribiera y fuese enviada, el teniente Braxmar fue plenamente consciente de que las acusaciones vertidas contra la señora Carter eran del todo fundadas. Beales Chadsey había dicho estando borracho lo que veinte hombres completamente sobrios y hasta la policía de Louisville podrían corroborar. Chadsey había insistido en dejarle eso claro a Braxmar antes de escribir la carta.

CAPÍTULO LII

Tras el tapiz

Berenice, examinando con detenimiento la carta de disculpa de Beales Chadsey, que su madre —cansada y rendida— le entregó a la mañana siguiente, pensó que más bien parecía la repentina cortesía de alguien que pretendía hacer las paces sin cambiar ni un ápice su punto de vista. Era obvio que la señora Carter se sentía demasiado cohibida. Protestaba demasiado. Berenice sabía que podría averiguarlo todo por sus propios medios si de verdad decidía hacerlo, pero ¿quería hacerlo? Sólo con pensarlo se ponía enferma, y además, ¿quién era ella para juzgar a nadie con severidad?

Cowperwood apareció bien temprano dispuesto a poner al mal tiempo buena cara con respecto a este asunto. Explicó que Braxmar y él habían ido a la comisaría para presentar una denuncia; que Chadsey, al que se le había pasado la borrachera tras su detención, se había dejado de bravatas y se había disculpado humildemente. Cuando vio la carta que la señora Carter le entregó, dijo:

—Ah, sí. Se mostró dispuesto a prometer que la escribiría con tal de que lo soltáramos. Daba la impresión de que Braxmar pensaba que eso era lo mejor. Yo, por mi parte, quería que el juez le impusiera una multa y dejarlo pasar por esta vez. Estaba borracho, eso era todo.

Cuando estaba en presencia de Berenice y de su madre, Cowperwood adoptaba la actitud del que es totalmente ajeno al asunto, pero cuando se encontraba solo con esta última, su actitud cambiaba por completo.

—Échele valor —le ordenaba—. Esto no tiene ninguna importancia. Braxmar no cree que este hombre sepa nada y con esta carta es suficiente para convencer a Berenice. Ponga buena cara; ahora mismo todo depende más de su actitud que de ninguna otra cosa. Está usted demasiado afectada, y eso no le conviene en absoluto; de esa manera, sólo conseguirá que todos crean la historia.

Al mismo tiempo, para sus adentros veía este incidente como una inesperada oportunidad para él —con total probabilidad, sólo con esto bastaría para ahuyentar al teniente—. Sin embargo, de cara a los demás, le parecía que lo más apropiado era adoptar una actitud petulante y arrogante; y la señora Carter se animaba un poco, pero lloraba cuando estaba a solas. Berenice, que accidentalmente la sorprendió y vio que tenía los ojos rojos, le dijo:

—Oh, mamá, por favor, no seas tan tonta. ¿Cómo puedes comportarte así? Sería mejor que nos fuéramos al campo a descansar un poco si te encuentras tan trastornada.

La señora Carter le contestó que no era más que una reacción fruto de los nervios,

pero a Berenice le pareció que demasiado sonaba el río para no llevar agua.

Con posterioridad al incidente, su actitud hacia Braxmar siguió siendo gentil, aunque distante. Él la visitó al día siguiente para decirle cuánto lo sentía y para invitarla a distraerse. Ella se mostró encantadora, aunque lejana. En lo que a ella se refería, estaba claro que el incidente con Beales Chadsey estaba cerrado, pero no aceptó su invitación.

—Mi madre y yo estamos pensando en irnos al campo unos días —le dijo amablemente—. No sé cuándo volveremos, pero si sigue usted aquí, podremos vernos, sin duda. Debe hacer lo posible por venir a vernos. —Ella se volvió hacia una de las ventanas que daban al patio y que miraba al este, donde el sol de la mañana iluminaba las flores que había en una jardinera, y comenzó a arrancar hojas muertas aquí y allí.

Braxmar, imbuido de la tradición romántica norteamericana, cautivado por su vibrante encanto, por su porte y por su aplomo en aquellas circunstancias, y porque resultaba evidente que lo estaba despidiendo, se rindió, como suele hacer con frecuencia la mente humana, ante ese enigma del espíritu, esa reacción química tan misteriosa para su víctima como para el que es testigo de ella. Adelantándose con un movimiento que era a la vez galante, reverente, ansioso e inconsciente, exclamó:

—¡Berenice! ¡Señorita Fleming! Por favor, no me despache de este modo. No me deje. ¿Se trata de algo que yo haya hecho? Estoy loco por usted. No puedo soportar la idea de que haya pasado nada que pueda cambiar las cosas entre nosotros. No he tenido valor para decírselo antes, pero quiero decírselo ahora. Estoy enamorado de usted desde la noche en la que la vi por primera vez. ¡Es usted una muchacha maravillosa! Creo que no la merezco, pero la amo. La amo con todo mi honor y toda la fuerza que poseo. La admiro y la respeto. Me da igual lo que pueda haber de cierto o no. Sea mi esposa, ¿quiere? Cásese conmigo, por favor. No soy digno ni de atarle los zapatos, pero tengo una buena posición y además espero lograr hacerme un nombre por mí mismo. ¡Oh, Berenice! —Extendió los brazos en un gesto dramático, sin separarlos mucho del cuerpo, sino más bien inclinándolos hacia abajo, rígidos y rectos, y continuó—: No sé qué voy a hacer sin usted. ¿No tengo esperanza alguna?

Una artista en todos los aspectos relativos a su sexo —histriónica, plástica y polifacética—, Berenice se debatió durante una fracción de minuto, pensando qué debería hacer y decir. En modo alguno amaba al teniente tanto como se amaba a sí misma, y en cierto modo, este descubrimiento relativo a su madre había hecho que su orgullo se resintiera, y le había dado a entender que debía salvarse de un modo u otro, lo que le molestaba sobremanera. Lamentó que hubiera tenido tan poco tacto como para pedirle matrimonio en aquel momento, aunque bien sabía que aquella petición había sido fruto de la inocencia y la virtud del sentimiento que la alimentaba.

—Señor Braxmar —le contestó dándose la vuelta y mirándolo con seriedad—, no puede pedirme que tome una decisión así ahora. Conozco sus sentimientos. Aunque, me temo que quizá yo le haya inducido a error con mi comportamiento. No era mi intención. Estoy segura de que sería mejor que olvidara su interés por mí, al menos

por el momento. Sólo podría tomar una decisión si usted decidiera insistir. En ese caso, tendría que pedirle que se olvidara de mí por completo. No sé si se da cuenta de cómo me siento, de cuánto me duele decirle esto.

Se calló, completamente serena, pero profundamente emocionada, y con la imagen más encantadora imaginable —en parte griega y en parte oriental—, pensativa y perspicaz.

En aquel momento y por primera vez, Braxmar se dio cuenta de que estaba hablando con alguien a quien no podía comprender. Ella era extrañamente independiente, enigmática, y quizá aún más bella porque se mostraba más distante de lo que él nunca la había visto. En un extraño fogonazo, este joven norteamericano vio las islas de Grecia, Citera, la perdida Atlántida, Chipre y el santuario de Pafos^[1]. Los ojos le ardían con un brillo extraño, que demostraba que lo había comprendido; las mejillas, que al principio había tenido encendidas, se le quedaron pálidas.

—No puedo creer que no sienta por mí nada en absoluto, señorita Berenice —continuó con cierta crispación—. Pensé que me amaba, pero —añadió, revistiéndose de valor para hablar con vehemencia militar— no la molestaré más. Usted me ha comprendido. Ya sabe lo que siento, y eso no va a cambiar. ¿No podemos ser amigos al menos?

Le ofreció la mano y ella la aceptó, sintiendo ahora que estaba poniendo fin a lo que podría haber sido un romance idílico.

—Por supuesto que sí —dijo ella—. Espero poder volver a verlo pronto.

Cuando se hubo marchado, ella entró en la habitación contigua y se sentó en un sillón de mimbre con los codos sobre las rodillas y la barbilla descansando entre las manos. ¡Qué desenlace para algo tan inocente y tan encantador! Y ahora él se había marchado. Ya no volvería a verlo, no querría volver a verlo —al menos, no mucho. En la vida ocurrían hechos tristes, e incluso desagradables. Sí, sí; empezaba a darse perfecta cuenta de ello.

Unos dos días después, cuando Berenice ya no soportaba seguir dándole vueltas al asunto, se acercó por fin a la señora Carter y le dijo:

—Mamá, ¿por qué no me lo cuentas todo sobre el asunto de Louisville, para que pueda saberlo de verdad? Sé que hay algo que te preocupa. ¿Es que no confías en mí? Ya no soy ninguna niña, y soy tu hija. Quizá me ayude a aclarar las cosas, a saber lo que tengo que hacer.

La señora Carter, que siempre había actuado en su faceta de madre con cariño, pero con cierto aire altanero, se sintió profundamente sorprendida por esta actitud tan valiente. Se sonrojó y le dio un pequeño escalofrío; pero después, decidió mentir.

—De verdad que no hubo nada —le dijo, nerviosa e irritada—. Todo esto no es más que una terrible equivocación. Ojalá castiguen a ese hombre horrible con severidad por lo que me dijo. ¡Que me ultrajen y me insulten de este modo delante de mi propia hija!

—Mamá —le preguntó Berenice, mirándola fijamente con sus fríos ojos azules—,

¿por qué no me lo cuentas todo sobre Louisville? No debería haber secretos entre nosotras. Quizá pueda ayudarte.

Al instante, la señora Carter, dándose cuenta de que su hija ya no era una niña ni una simple amante de la vida social, sino una mujer extraordinaria, serena, comprensiva y mucho más intuitiva que ella, se dejó caer en un sillón orejero tapizado de flores que tenía detrás, y buscando un pequeño pañuelo con una mano, se tapó los ojos con la otra y empezó a llorar.

—Me vi obligada, Bevy, no sabía qué hacer. Me lo sugirió el coronel Gillis. Quería que Rolfe y tú siguierais en el colegio para que tuvierais una oportunidad. No es cierto; nada de lo que dijo ese hombre horrible lo es. No era nada parecido a lo que él dio a entender. El coronel Gillis y algunos más querían que yo les alquilara habitaciones de soltero, y así es como sucedió todo. No fue culpa mía; no pude evitarlo, Bevy.

—¿Y qué me dices del señor Cowperwood? —le preguntó Berenice con curiosidad. Últimamente había empezado a pensar mucho en él. Era un hombre sereno, profundo, dinámico, y en cierto modo, ingenioso, igual que ella.

—No hay nada que decir sobre él —le contestó la señora Carter, levantando la vista en un ademán defensivo. De todos sus amigos varones, el que mejor le caía era Cowperwood. Nunca le había dado ningún consejo que la llevara por mal camino, ni tampoco había utilizado nunca su casa exclusivamente en su propio provecho—. Él fue quien me aconsejó que dejara la casa de Louisville para venirme al Este a dedicarme exclusivamente a cuidar de ti y de Rolfe. Se ofreció a ayudarme hasta que vosotros dos pudierais valeros por vosotros mismos, así que me vine. ¡Oh, si no hubiera sido tan insensata, si no me hubiera dado tanto miedo la vida! Pero tu padre y el señor Carter se lo gastaron todo.

Dio un profundo y sentido suspiro.

—Entonces, no tenemos nada en absoluto, ¿verdad, mamá? ¿No tenemos propiedades ni ninguna otra cosa?

La señora Carter negó con la cabeza, dando a entender que así era.

—¿Y el dinero que hemos estado gastando es del señor Cowperwood?

—Sí.

Berenice se quedó en silencio y miró la amplia franja del parque que se dominaba desde la ventana. Como enmarcados en un cuadro, desde allí se veían un pequeño lago y una colina arbolada, lo que creaba una imagen parecida a la de una pagoda japonesa. Más allá de la colina, se veían los altos muros amarillos de un gran hotel de Central Park West. De la calle subía el tintineo de los tranvías. En uno de los caminos del parque, se veía una hilera de vehículos de paseo en movimiento —la alta sociedad tomando el aire en la fresca tarde de noviembre.

«Pobreza, ostracismo», pensó. ¿Debería casarse con alguien rico? Por supuesto que debía, si podía. ¿Y con quién debería casarse? ¿Con el teniente? Nunca. Su mente no era lo suficientemente capaz, y además había sido testigo de su turbación. ¿Pues,

quién entonces? La sociedad estaba compuesta por una larga fila de tontos, de gente sin importancia, de calaveras y de inútiles, que se mezclaban con estúpidos con dinero, sobrios, prósperos y convencionales. De vez en cuando, muy de tarde en tarde, aparecía un hombre de verdad, pero ¿iba a mostrar algún interés en ella sabiendo toda la verdad?

—¿Has roto con el señor Braxmar? —le preguntó su madre con curiosidad, nerviosa, esperanzada y al mismo tiempo sin esperanza.

—No lo he vuelto a ver —le contestó Berenice, mintiéndole por prudencia—. No sé si lo haré o no. Quiero pensar. —Se puso de pie—. Pero no te preocupes, mamá. Lo único que me gustaría es que tuviéramos algún otro modo de vida aparte de depender del señor Cowperwood.

Fue hasta su tocador y, delante del espejo, comenzó a vestirse para una cena a la que la habían invitado. De modo que era el dinero de Cowperwood el que las había estado manteniendo durante los últimos años; y ella había gastado su dinero con liberalidad —tan orgullosa, tan vanidosa, presumida y altiva—. Y él, lo único que había hecho había sido mirarla fijamente con aquellos ojos inquisitivos y observadores. ¿Por qué? Pero no necesitaba hacerse aquella pregunta. Ahora lo sabía. Él había hecho su juego y ella había sido una estúpida al no darse cuenta. ¿Lo sospecharía siquiera su madre? Lo dudaba. ¡Qué mundo tan extraño, tan paradójico e imposible! En ese momento, mientras lo pensaba, sintió sobre sí la mirada intensa de Cowperwood.

CAPÍTULO LIII

Una declaración de amor

Por primera vez en su vida, Berenice reflexionaba ahora seriamente sobre lo que debería hacer. Pensó en el matrimonio, pero decidió que en lugar de mandar llamar a Braxmar o de emprender la odiosa persecución de algún individuo aún menos satisfactorio, quizá fuese aconsejable simplemente anunciar ante sus amigos de la alta sociedad que su madre había perdido su dinero, y que ella ahora se veía obligada a aceptar algún tipo de empleo —clases de baile, quizá, o dedicarse profesionalmente a bailar—. Un día se lo propuso a su madre tranquilamente. La señora Carter, que hacía mucho tiempo que no era más que un parásito, sin nociones constructivas de mayor importancia sobre el dinero, se sintió horrorizada. ¡Que ella y su «Bevy», su maravillosa hija, y por extensión su hijo, tuvieran que llegar a algo tan aburrido y prosaico como una vida ordinaria y de privaciones, después de tanto soñar! Suspiró y lloró en secreto, y le escribió a Cowperwood una carta prudente para darle algunas explicaciones y para pedirle que la viera a solas en Nueva York cuando regresara.

—¿No te parece que lo mejor sería que continuáramos así algún tiempo más? —le sugirió a Berenice—. Se me rompe el corazón sólo de pensar que tú, con todo tu talento, te tengas que rebajar a dar clases de baile. Sería mejor que por el momento no hiciéramos nada. Puedes casarte bien, y entonces todo se habrá solucionado en tu caso. No te preocupes por mí. Puedo vivir. Pero tú... —El cansancio de los ojos de la señora Carter delataba lo mal que se sentía. Berenice se emocionó ante esta muestra de afecto de su madre, que ella sabía que era sincero; pero ¡qué estúpida había sido su madre, qué débil! ¿Cómo iba a apoyarse en ella? Cuando Cowperwood se reunió con la señora Carter, insistió en que Berenice era quijotesca, y que su nerviosismo le hacía estar equivocada al desear cambiar su condición, renunciar a la sociedad y desdorar su maravilloso encanto al dedicarse a una actividad profesional. Habiéndolo acordado previamente con la señora Carter, se apresuró a dirigirse a Pocono en un momento en el que sabía que Berenice estaba allí sola. Desde el incidente con Beales Chadsey, lo había estado evitando.

Cuando llegó, sobre la una de la tarde de un claro día de enero, había nieve en el suelo y el paisaje circundante estaba bañado de una luz cristalina que daba lugar a infinitas facetas brillantes —rayos luminosos como los destellos de una joya que cortaban el aire—. El automóvil ya había aparecido, y él llegó en un coche de turismo de ochenta caballos de fuerza cuya brillante superficie marrón oscuro despedía reflejos lacados. Llegó a la puerta cubierto con un gran abrigo de pieles y un sombrero negro de lana de oveja.

—Hola, Bevy —exclamó fingiendo desconocer que la señora Carter estaba ausente—, ¿cómo estás? ¿Cómo está tu madre? ¿Está en casa?

Berenice lo miró fijamente con aquellos ojos serenos, tan francos e incisivos como atrevidos, y le dedicó una ambigua sonrisa de bienvenida. Llevaba un delantal de pintora confeccionado en mezclilla, y una paleta de muchos colores brillaba bajo su pulgar. Estaba pintando y reflexionando —reflexionar era su ocupación principal estos días, y había dedicado sus pensamientos a Braxmar, a Cowperwood, a Kilmer Duerna y a media docena de hombres más, así como al teatro, el baile y la pintura. Podía decirse que había metido su vida en un crisol, y que se había convertido en un rompecabezas desordenado, cuyas piezas podía encajar para dar forma a imágenes que habrían podido llegar a resultar interesantes, si hubiera logrado soportarlas.

—Pase, por favor —le dijo—. Hace frío, ¿verdad? Dentro hay un fuego muy agradable. No, mamá no está aquí. Fue a Nueva York. Creo que podría haberla encontrado en el apartamento. ¿Va a quedarse mucho tiempo en Nueva York?

Se mostraba alegre, animada y cortés, pero distante. Cowperwood sintió que ella había marcado esa distancia entre ambos —que siempre había existido— para protegerse. También percibió que, aunque quizá lo comprendiera y le cayera bien, seguía habiendo algo —las convenciones, la ambición o alguna deficiencia de él— que la mantenía alejada, que la hacía eternamente distante.

Echó un vistazo a la habitación, al cuadro que ella intentaba pintar (un paisaje nevado, la imagen de una ladera), al paisaje que se veía a través de la ventana, a algunos bocetos de baile que ella había realizado hacía poco y que por el momento colgaban de la pared —bellos motivos de túnicas cortas—. La miró a ella, tan interesante y favorecida con el delantal de pintora.

—Bueno, Berenice —dijo—, siempre la artista por delante. Es tu mundo. Nunca podrás dejarlo. Son preciosos —dijo, indicando con un gesto de la mano ya sin guantes una hilera de bailarinas—. En cualquier caso, no es a tu madre a quien he venido a ver. He venido a verte a ti. Recibí una carta muy curiosa de ella. Me dice que quieres dejar la alta sociedad y dedicarte a la enseñanza o a algo por el estilo. He venido porque quería hablar de eso contigo. ¿No crees que te estás precipitando?

Hablaba como si existiera alguna razón que no tuviera absolutamente nada que ver con él mismo y que le impulsara a mostrar semejante interés en ella.

Berenice, con el pincel en la mano, de pie junto a su cuadro, le dedicó una mirada serena, curiosa, desafiante y ambigua.

—No, no lo creo —le contestó con total tranquilidad—. Usted sabe cómo han sido las cosas, así que puedo hablarle con total franqueza. Sé que mi madre ha actuado siempre con la mejor intención. —Su boca delataba un mínimo toque de tristeza al hablar—. Me temo que tiene mejor corazón que cabeza. En cuanto a sus motivos, señor Cowperwood, estoy segura de que también han sido los mejores. De hecho, sé que lo han sido; habría sido muy poco generoso de mi parte sugerir que fuese de otro modo. (Le pareció que la emoción había aparecido en el fondo de los ojos de

Cowperwood, que la miraban fijamente.) Pero, creo que no podemos continuar como hasta ahora. No tenemos dinero propio. ¿Por qué motivo no debería yo hacer algo? ¿Qué otra cosa podría hacer?

Se quedó en silencio y Cowperwood continuó mirándola, inmóvil. Vestida con aquel informal delantal, con las mangas remangadas, y con sus ojos azules mirándolo desde debajo de su pelo suelto y rojizo, le pareció que era la cosa más perfecta que él hubiera visto nunca. Con una mente aguda, firme y con autoridad. Era capaz, espléndida, y al igual que en los suyos, en sus ojos tampoco había miedo. Y su equilibrio espiritual era inalterable.

—Berenice —le dijo suavemente—, deja que te diga algo. Me acabas de hacer el honor de hablar de los motivos que me impulsaron a darle a tu madre dinero y de decir que fueron los mejores. Y lo fueron —desde mi propio punto de vista—; los mejores que he conocido nunca. No voy a decir lo que pensé en un primer momento. Sé los que son ahora. Voy a hablarte con toda franqueza, si me lo permites, ahora que estamos juntos aquí. No sé si lo sabes o no, pero cuando conocí a tu madre, sólo por casualidad me enteré de que tenía una hija y eso para mí no representaba ningún interés en especial. Acudí a su casa invitado por un amigo financiero que la admiraba muchísimo. Desde el primer momento, yo también la admiré, porque descubrí por sus modales que era una dama; me resultaba interesante. Un día, vi por casualidad una foto tuya en su casa, y antes de que pudiera hacer mención alguna, ella la guardó. Quizá la recuerdes. Es una foto de perfil, tomada cuando tenías unos dieciséis años.

—Sí, la recuerdo —dijo simplemente Berenice, en voz baja, como si estuviera escuchando una confesión.

—Bien, esa foto atrajo intensamente mi interés. Hice preguntas sobre ti y averigüé todo lo que pude. Después, vi otra foto tuya, ampliada, en el escaparate de un fotógrafo de Louisville. La compré. Ahora está en mi oficina, en mi oficina privada de Chicago. Estás junto a la repisa de la chimenea.

—La recuerdo —contestó Berenice, emocionada pero vacilante.

—Deja que te cuente algunas cosas sobre mi vida. No tardaré mucho. Nací en Filadelfia. Mi familia procedía de allí. Llevo en el negocio de la banca y de los tranvías toda mi vida. Mi primera esposa era una muchacha presbiteriana, religiosa y convencional. Después conocí a mi actual esposa. Era más joven que yo; al menos diez años, y muy atractiva. En algunos aspectos era más inteligente que mi primera esposa; al menos era menos convencional y más generosa, o eso pensé. Me enamoré de ella, y cuando al fin me marché de Filadelfia, me divorcié y me casé con ella. En aquel entonces estaba muy enamorado de ella. Creía que era la pareja ideal para mí, y aún pienso que tiene muchas cualidades que la hacen atractiva. Pero mis propios ideales con respecto a las mujeres han ido cambiando lenta y constantemente. He llegado a darme cuenta, gracias a la experiencia, de que ella no es en absoluto la mujer ideal para mí. No me comprende. Yo tampoco pretendo comprenderla, pero he llegado a pensar que quizá en alguna parte exista una mujer que pudiera llegar a

comprenderme mejor de lo que yo me entiendo a mí mismo, que llegara a ver las cosas que yo mismo no veo, y a quien yo le gustara. Quizá deba decirte que siempre he sido un enamorado de las mujeres. En este mundo sólo hay una cosa ideal para mí, y esa es la mujer que me gustaría tener.

—Creo que a cualquier mujer le resultaría difícil descubrir qué mujer le gustaría tener —dijo Berenice con una sonrisa enigmática. Cowperwood se mantuvo impertérrito.

—Supongo que sí, a menos que ella fuese precisamente esa mujer de la que estoy hablando —le contestó admirablemente.

—Creo que ella lo tendría muy difícil en cualquier circunstancia —añadió Berenice suavemente, pero con un toque de compasión en la voz.

—Estoy haciendo una confesión —le contestó Cowperwood, serio y con cierto pesar—. No me estoy disculpando. Las mujeres que he conocido podrían ser las esposas ideales para otros hombres, pero no para mí. La vida se ha encargado de enseñármelo. Me ha cambiado.

—¿Y cree que ese proceso ha terminado? —le contestó ella astutamente y con un tono de broma teñido de superioridad que lo desconcertó, lo retó y lo fascinó.

—No, yo no diría eso. Mi ideal ha cobrado forma definida, aparentemente. Hace años que es el mismo, y me estropea otros asuntos. El ideal existe. Todos tenemos un principio director que define nuestros gustos.

Al decir esto, Cowperwood se dio cuenta de que, para él, esta era toda una confesión. Había venido en un principio con la idea de influir sobre ella y de ejercer control sobre sus decisiones. De hecho, casi había ocurrido lo contrario. Era ella la que casi lo estaba dominando a él. Ágil, delgada, con iniciativa, histriónica, estaba ante él obligándolo a explicarse, aunque él no la veía exactamente bajo esa luz, sino más bien como una inteligencia grande, amable y maternal que tenía la capacidad de ver, sentir y comprender. Ella sabría entenderlo, estaba seguro. Él lograría que lo entendiera, si se lo proponía. La de ella no sería una opinión trivial sobre lo que él era y lo que había sido. No sería propio de ella. Las respuestas que le había dado hasta ahora le hacían estar seguro de que no sería así.

—Sí —contestó ella—, tenemos un principio director, pero usted no parece ser capaz de lograr encontrarlo. ¿Cree que encontrará ese ideal en alguna mujer de carne y hueso?

—Lo he encontrado —le contestó, maravillado por el ingenio y la complejidad de la mente de ella, y de la suya propia, comparadas con todas las demás. Yacía en las profundidades, dejándolo a veces anonadado con su insondable alcance—. Espero que te tomes en serio lo que voy a decirte, porque te explicará muchas cosas. Cuando empecé a sentir interés por tu foto, lo sentí precisamente porque coincidía con el ideal que tenía en mente; eso que tú crees que cambia con tanta facilidad. Eso fue hace casi siete años. Desde entonces jamás ha vuelto a cambiar. Cuando te vi en el colegio de Riverside Drive, terminé de convencerme por completo. Aunque no he dicho nada,

eso ha seguido siendo así. Quizá pienses que no tengo derecho a alimentar estos sentimientos, y la mayoría de la gente estaría de acuerdo contigo. Los tuve y los sigo teniendo, exactamente los mismos, y eso explica mi relación con tu madre. Cuando acudió a mí una vez en Louisville y me habló de sus dificultades, estuve encantado de poder ayudarla, pero era por ti. Y esa ha sido la razón que me ha movido desde entonces, aunque ella no lo sabe. En algunos aspectos, Berenice, tu madre es un poco torpe. Durante todo este tiempo he estado enamorado de ti; profundamente enamorado. Ahora mismo, cuando te veo ahí de pie, me pareces increíblemente bella, el ideal del que te he estado hablando. No te preocupes; no te agobiaré con atenciones. (Berenice se había movido un poco. Estaba preocupada por él, y también por ella. Él tenía mucho poder, y ella no podía evitar tomarlo en serio cuando le hablaba con tanta formalidad.) Todo lo que he hecho que haya tenido que ver con tu madre o contigo ha sido porque siempre he estado enamorado de ti, y porque quería que te convirtieras en la muchacha espléndida que yo pensaba que deberías llegar a ser. No lo sabes, pero tú eres la razón por la que estoy construyendo la casa de Fifth Avenue; la razón fundamental. Quería construir algo digno de ti. ¿Un sueño? Sin duda. Todo lo que hacemos parece tener algo que ver con los sueños. Su belleza, si alguna tiene, se debe a ti. La hice preciosa pensando en ti.

Se quedó en silencio y Berenice no dijo nada. Su primer impulso había sido el de protestar, pero todos, su vanidad, su amor por el arte y su amor por el poder se habían sentido conmovidos. Y al mismo tiempo sentía curiosidad por saber si él simplemente esperaba que ella se convirtiera en su amante, o si pretendía esperar hasta que pudiera honrarla convirtiéndola en su esposa.

—Imagino que te estarás preguntando si en algún momento esperé poder casarme contigo —continuó él, como si hubiera adivinado lo que ella estaba pensando—. En ese aspecto, no soy muy distinto a la mayoría de los hombres, Berenice. Seré franco. Quería tenerte como fuera. He vivido con la esperanza de que llegaras a enamorarte de mí, como a mí me había pasado contigo. Odié a Braxmar, cuando apareció en escena no hace mucho, pero nunca se me pasó por la cabeza interferir. Estaba dispuesto a renunciar a ti. He envidiado a todos los hombres a los que alguna vez he visto contigo; jóvenes y viejos. He envidiado a tu madre por estar tan cerca de ti cuando yo no podía estarlo. Y al mismo tiempo he querido darte todo lo que quisieras y que tuvieras todo aquello que pudiera serte de ayuda en cualquier sentido. No quería interferir contigo por si encontrabas a alguien a quien de verdad llegaras a amar, y si supiera que no podrías amarme a mí. Y esta es toda la historia, aparte de lo que ya pudieras saber. Pero no he venido por eso hoy. No a decirte esto.

Volvió a quedarse en silencio, como si esperara que ella dijera algo, aunque no hizo ningún comentario, aparte de preguntarle:

—¿Sí?

—Lo que he venido a decirte es que quiero que sigas como hasta ahora. Pienses lo que pienses de mí y de lo que acabo de decirte, quiero que sepas que soy sincero y

desinteresado en lo que te estoy diciendo ahora. No he renunciado a mi sueño de tenerte. Quizá, con suerte, podrías llegar a considerarme una opción adecuada si llegara a importarte. Pero quiero que continúes como hasta ahora y que seas feliz, sin reparar en mí. He soñado, pero me atrevería a decir que ha sido un error. Ve con la cabeza alta; tienes derecho a hacerlo. Sé una dama. Cásate con alguien a quien ames de verdad. Me encargaré de que tengas una dote apropiada. Te amo, Berenice, pero a partir de este momento, convertiré mi amor en afecto paternal. Cuando muera, te incluiré en mi testamento. Pero sigue adelante con el mismo espíritu que antes. No podré ser feliz si no creyera que tú también vas a serlo.

Se calló, aunque seguía mirándola, y en aquel momento de verdad creía lo que decía. Si moría, ella estaría en su testamento. Si ella continuara relacionándose en el mundo social y buscando, quizá llegara a encontrar a alguien a quien amar, pero también quizá pensaría en él con más cariño antes de hacerlo. ¿Cómo comparar el coste de seguir teniéndola como pupila con la satisfacción y el deleite de mantener su amistad y su comprensión, y de disfrutar de su favor y su confianza?

Berenice, que siempre había estado más o menos interesada en él, atraída por su temperamento gracias a su eficiencia, simplicidad, franqueza y fuerza, se sintió especialmente conmovida en esta ocasión por su absoluta franqueza y su generosidad. Quizá llegara a cuestionar el control que su temperamento ejercía sobre su propia sinceridad en el futuro, pero no podía cuestionar que en aquellos momentos era sincero. Es más, aquel largo periodo de amor secreto y admiración, la idea de que un hombre tan poderoso soñara con ella de esta manera, le resultaba tan halagadora que calmaba su maltrecha vanidad y la vergüenza que había tenido que sufrir. Aquella confesión tan directa poseía tal nobleza que era para ella electrizante, conmovedora. Lo observó mientras estaba allí de pie, con las sienes ligeramente teñidas de gris —lo que para algunas mujeres era el adorno más atractivo de cualquier hombre—, y aunque hubiera querido, no habría podido evitar sentirse invadida por la ternura, la simpatía y un afecto maternal. Era evidente que sí necesitaba a aquella mujer que con su actitud demostraba necesitar; una mujer apasionada, con cultura, carácter y gusto; o al menos, tenía derecho a soñar con ella. Allí de pie ante ella, le pareció una especie de superhombre, pero al mismo tiempo, también un niño travieso —atractivo, poderoso, lleno de esperanzas, y no mucho mayor que ella misma en aquel momento, impulsado por una abrasadora fuerza interior que lo llevaba a hostigarla sin descanso—. Pero, ¿cuánto la quería? ¿Cuánto podría llegar a quererla? ¿Hasta qué punto podría llegar a querer a nadie? Y sin embargo, no había más que ver cuánto había hecho por conseguir despertar el interés de ella. ¿Qué significaba eso? ¿Y decir todo esto? ¿Y hacer todo esto? Fuera estaba aparcado su radiante coche marrón. Él era el gran Frank Algernon Cowperwood, de Chicago, y él le estaba rogando a ella, a una simple muchachita, que fuera amable con él, que no lo apartara por completo de su vida. Todo eso conmovía su inteligencia, su orgullo y su fantasía.

Y dijo ella en voz alta:

—Ahora me gusta más. Le creo, de verdad. Antes no llegué a hacerlo por completo. No es que crea que debo permitirle que gaste su dinero en mí o en mi madre; no es eso. Pero le admiro. Usted ha hecho que le admire. Creo que entiendo lo que ocurre, me parece. Sé qué ambiciosa. En parte, siempre he creído saberlo. Pero ahora, no debe seguir hablando de esto. Quiero pensar. Quiero meditar sobre lo que me ha dicho. No sé si lograré ofrecerle lo que quiere. (Se dio cuenta de que la emoción pareció asomar de nuevo a las profundidades de los ojos de él.) Pero, por el momento, no volveremos a hablar del asunto.

—Pero, Berenice —añadió, con la voz embargada por la súplica—, no sé si de verdad lo entiendes. Me he sentido tan solo... estoy...

—Sí, lo entiendo —le contestó ella, tendiéndole la mano—. Vamos a ser amigos, pase lo que pase de ahora en adelante, porque de verdad me gusta usted. Pero no debe pedirme que tome una decisión sobre el otro asunto; hoy no. No puedo. No quiero. No tengo intención de hacerlo.

—¿Ni siquiera cuando con gusto te lo daría todo? ¿Cuando necesito tan poco?

—No hasta que yo lo medite bien. Aunque no lo creo. No —contestó con cierta afectación—. ¡Vamos, padre protector! —le dijo riendo y retirándole la mano.

A Cowperwood el corazón le dio un vuelco. Habría dado millones por cogerla entre sus brazos. Pero, aun así, sonrió de modo suplicante.

—¿No quieres subirte al coche y venirte a Nueva York conmigo? Si tu madre no está en el apartamento, podrías quedarte en el Netherland.

—No, hoy no. Creo que volveré pronto. Se lo haré saber, o mi madre lo hará.

Salió apresuradamente y se montó en el vehículo tras charlar un momento más y le fue diciendo adiós con la mano por encima de la nieve que se iba tiñendo de púrpura con el ocaso mientras la máquina avanzaba veloz hacia el este, con la intención de llegar a Nueva York a la hora de la cena. ¡Ojalá consiguiera que ella mantuviera esta actitud amistosa y comprensiva! ¡Ojalá pudiera!

CAPÍTULO LIV

En busca de licencias para cincuenta años

Tras la momentánea satisfacción que le proporcionó la amistosa aceptación de su confesión por parte de Berenice, la incierta actitud de ella dejó a Cowperwood más o menos donde se encontraba antes de hacerla. Gracias a un extraño golpe del destino, Braxmar, su joven rival, había sido eliminado, y Berenice se había visto obligada a verlo a él, a Cowperwood, tal como era en realidad, con el amor que sentía por ella y su deseo de servirla. Pero, era evidente que, al aceptarlos, no les daba el mismo valor que tenían para él. Más que nunca era consciente de que había caído bajo la influencia de una persona sorprendente, de alguien que veía la vida desde un punto de vista definido y peculiar, y que no se iba a doblegar a su capricho, y eso, más que ninguna otra cosa —puesto que su gracia y su belleza simplemente lo adornaban aún más—, lo hizo ser presa de un desesperado encaprichamiento.

No cesaba de repetirse a sí mismo: «Bueno, puedo vivir sin ella si no me queda más remedio», pero llegado este punto, sólo con pensarlo sentía una puñalada en el corazón. Después de todo, ¿qué eran la vida, el dinero y la fama si no podía tener a la mujer que quería; el amor, ese algo indefinible e inefable que mimaba el espíritu y que buscan casi más los fuertes que los débiles? Al final había visto con claridad, como enmarcado por un halo en forma de cáliz, que el final último de la fama, el poder y el vigor era la belleza, y que la belleza era la combinación del buen gusto, la emoción, la cultura, la pasión y los sueños de una mujer como Berenice Fleming. Eso era; eso era. Y más allá sólo quedaban el deterioro de la vejez, la oscuridad y el silencio.

Mientras tanto, debido al tacto y a la actividad previa realizada por sus agentes y consejeros, los periódicos dominicales competían entre sí en la descripción de las maravillas de su nueva casa de Nueva York —el coste, el valor del terreno y los adinerados ciudadanos de los que los Cowperwood serían ahora vecinos—. Había fotografías a doble columna de Aileen y Cowperwood, con artículos en los que se les veía como futuros anfitriones de acontecimientos de fabulosa importancia que sin duda serían recibidos en la sociedad a causa de su enorme riqueza. De hecho, esto no era más que especulación y cotilleo periodístico. Mientras que las columnas generales abundaban en su riqueza, las columnas de sociedad, que se ocupaban de los más elegantes, lo ignoraban por completo. Las maquinaciones de ciertas figuras de la sociedad de Chicago, que habían distribuido información referente a su pasado, empezaban ya a ser evidentes en la actitud de aquellos clubes, organizaciones e incluso iglesias, en las que la membresía constituye una especie de pasaporte social a

mejores y más elevados reinos terrenales, si no espirituales. Sus emisarios mantenían una actividad incansable, pero pronto se dieron cuenta de que no iban a conseguir su objetivo en un día. Había muchos en la ciudad que se mantenían a la espera, ansiosos por entrar, y eso que disponían de recursos sociales de los que los Cowperwood no podían hacer gala. Tras recibir votos en contra en uno o dos clubes exclusivos, y en vista de que habían dado carpetazo a su solicitud de un banco en St. Thomas, y de que varios multimillonarios a los que había conocido en el transcurso de sus actividades comerciales habían declinado sus invitaciones, comenzó a sentir que su espléndida casa, aparte de convertirse en un museo, que era su finalidad última, le iba a ser de poca utilidad.

Al mismo tiempo, el genio financiero de Cowperwood se veía recompensado continuamente gracias a las distintas fases de la aplicación de la alianza ofensiva y defensiva que había logrado organizar entre él mismo y la casa de Haeckelheimer, Gotloeb & Co. Tras ver cómo conseguía, con su férreo modo de actuar, obtener una victoria, cuando la derrota se daba por segura tras las primeras elecciones en las que hubo una oposición importante, estos caballeros habían experimentado un cambio de opinión y anunciaron que con mucho gusto ayudarían a financiar cualquier empresa nueva que Cowperwood decidiera emprender. Entre otros muchos financieros, habían oído hablar de su triunfo en relación con la quiebra de American Match.

—Debe de ser un hombre inteligente, ese Cowperwood —le dijo el señor Gotloeb con su fuerte acento extranjero a varios de sus socios, mientras se frotaba las manos sonriente—. Me gustaría conocerlo.

Y así es como Cowperwood se vio guiado hasta aquella gigantesca oficina bancaria, donde el señor Gotloeb le extendió la mano con gesto cordial.

—Me llegan muchas noticias de Chicago —le explicó con su acento entre alemán y hebreo—, pero sobre todo me llegan noticias de usted. ¿Piensa quedarse con todas las líneas de tranvía y todas las vías elevadas de allí?

Cowperwood le dedicó la más franca de sus sonrisas.

—¿Por qué? ¿Le gustaría que le dejara a usted unas cuantas?

—No exactamente, pero no me importaría asociarme con usted en algunas de ellas.

—Como ya debe saber, puede asociarse conmigo en cualquier momento, señor Gotloeb. Las puertas están siempre abiertas de par en par para usted.

—Tengo que estudiarlo algo más a fondo, pero me parece algo muy prometedor. Me alegro de conocerle.

El gran elemento externo del éxito de Cowperwood, que él había previsto desde el primer momento, era el hecho de que Chicago se desarrollaba constantemente. Lo que había sido una planicie empapada y sucia por la que se esparcían chabolas, aceras descuidadas y un centro financiero sin orden ni concierto, era ahora una asombrosa metrópolis que había superado el millón de habitantes y que se extendía orgullosa y fuerte por la mayor parte del condado de Cook. Donde una vez sólo había un sector

financiero escaso y provisional, con algún que otro espléndido edificio financiero, hotel y oficina pública de un tipo u otro, había ahora calles bien delimitadas a cuyos lados se levantaban edificios de oficinas de quince e incluso dieciocho plantas, desde cuyas plantas superiores, como si de torres vigía se tratara, se podía ver la enorme área en expansión en la que habitaba la gente común. Más allá se encontraban los distritos de mansiones, parques, zonas de ocio, el gran mundo de los apeaderos del tren y las zonas de las fábricas. En el corazón comercial de este mundo, Frank Algernon Cowperwood se había convertido en una figura de enorme peso. Qué maravilloso es que los hombres crezcan como colosos hasta dominar el mundo, o que como higueras de Bengala, dejen caer raíces de cada una de sus ramas hasta convertirse ellos mismos en un bosque —un bosque de compleja vida comercial, de la que mil aspectos materiales dan fe—. Sus distintas propiedades en los tranvías formaban una especie de red —como los tallos subterráneos del hilo de oro de tres hojas—, puesto que estaban unidas, y daban servicio a dos de las tres secciones o «Sides» importantes de la ciudad.

En 1886, cuando logró establecerse, habían contado con un capital de entre seis y siete millones (tras agotar todos los mecanismos para obtener hasta el último dólar utilizando la propiedad como garantía). En la actualidad, bajo su dirección, contaban con un capital de entre sesenta y setenta millones. La mayor parte de las acciones emitidas y vendidas estaba sujeta a un mecanismo financiero mediante el que el veinte por ciento controlaba el ochenta por ciento, de modo que Cowperwood era el propietario de ese veinte por ciento y utilizaba el ochenta por ciento restante como garantía hipotecaria para obtener préstamos. En el caso de la sociedad del West Side, se había llevado a cabo una emisión de acciones de más de treinta millones, y esas acciones, debido a la tremenda capacidad de las líneas para transportar pasajeros y al aumento del tráfico día y noche de pobres borregos que pagaban el transporte con los centavos que tanto trabajo les costaba ganar, tenían un valor de mercado que daba a cada línea un valor tangible asegurado que triplicaba la suma equivalente al coste de su construcción. La North Chicago Company, que en 1886 tenía un valor tangible de poco más de un millón, ahora no se podría construir por menos de siete millones, y se le calculaba un valor de casi quince millones. Ahora mismo, el valor de la vía superaba en cien mil dólares por cada kilómetro y medio el coste que habría supuesto reemplazarla. Hay que compadecerse de los más bajos entre los pobres y rastrosos jamelgos que carecen de la capacidad intelectual tanto para comprender como para controlar aquello que su propia presencia y necesidades crea.

Aquella tremenda cantidad de valores en cartera, que rendía entre un diez y un doce por ciento por cada acción de cien dólares, estaba bajo el control, si no eran directamente de su propiedad, de Cowperwood. Había convertido en dinero en efectivo millones de dólares en créditos que no aparecían en los libros de contabilidad de las compañías, con el que había comprado casas, terrenos, carruajes, cuadros, bonos del gobierno que valían su peso en oro, asegurándose así una fortuna que

atesoraba en sus cajas fuertes, completamente a salvo. Tras muchos esfuerzos y trabajos realizados por su sobrecargado departamento legal, se había asegurado la fusión de todas las líneas periféricas bajo el nombre de Consolidated Traction Company of Illinois, y cada una de ellas contaba con una licencia independiente y se capitalizaba por separado, aunque era dirigida como por arte de magia mediante un batiburrillo de contratos y acuerdos que se unían en una armoniosa fusión con todas sus demás propiedades. Ahora tenía intención de unir la North y la West Chicago Company para dar lugar a una tercera compañía denominada la Union Traction Company. Al retener el diez y el doce por ciento de las emisiones de las antiguas North y West, y ofrecer en su lugar dos por cada una de las acciones de cien dólares de la Union Traction que suponían un seis por ciento, él podía satisfacer a los actuales accionistas, que aparentemente salían ganando con el cambio, y seguir arreglándoselas para mantener un margen de beneficios de casi ochenta millones de dólares. Con la renovación de sus licencias por veinte, cincuenta o cien años, le habría impuesto a la ciudad de Chicago la carga de pagarle intereses por este valor en parte ficticio, lo que le supondría a él personalmente una fortuna aproximada de cien millones de dólares.

Sin embargo, la prórroga de sus licencias era un asunto sumamente difícil y complicado. Para lograrlo, iba a necesitar sobreponerse al reciente y peligroso afianzamiento del sentimiento local en su contra o burlarlo de algún modo. Había venido provocado por varios detalles relacionados con sus vías elevadas. A las dos líneas que ya había construido, añadió ahora una tercera propiedad, la Union Loop^[1], que pretendía unir no sólo con las suyas, sino también con otras propiedades elevadas ajenas, entre las que se encontraba la «L» del South Side, propiedad del señor Schryhart. Y después delegaría en sus enemigos el privilegio de operar trenes en esta nueva línea. Aunque a regañadientes, se verían obligados a valerse de aquella supuesta oportunidad porque en la zona cubierta por este nuevo circuito era donde se encontraba la mayor concentración de público —todo el mundo deseaba llegar hasta allí una o dos veces al día, bien de día o de noche—. De este modo, Cowperwood se aseguraba de que su propiedad recibía pagos en calidad de intereses desde el principio.

Este proyecto despertó un antagonismo sin precedentes en el corazón de los enemigos de Cowperwood. El contingente Arneel-Hand-Schryhart lo consideraba poco menos que diabólico. Los periódicos, dirigidos por hombres como Haguénin, Hyssop, Ormond Ricketts y Truman Leslie MacDonald (su padre ya había muerto para entonces, y sus únicos pensamientos como editor del *Inquirer* estaban dirigidos exclusivamente a echar a Cowperwood de Chicago) comenzaron a vociferar, como último recurso, en pro del pueblo. Asientos para todos (en las líneas de Cowperwood), nada de viajar de pie en las horas punta; tarifas a tres centavos para los trabajadores, tanto por la mañana como por la tarde; transbordos gratuitos tanto del norte al oeste como del oeste al norte cuando vinieran en las líneas de

Cowperwood; y que la ciudad recibiera un pago equivalente al veinte por ciento de los ingresos brutos de sus líneas. Había que hacer conscientes a las masas de sus derechos y privilegios individuales. Semejante curso de acción, aunque era decididamente adverso para los intereses de Cowperwood en aquel momento, y contaba con el apoyo decidido de la mayoría de sus oponentes, tenía, sin embargo, algunos elementos preocupantes para un ultraconservador como Hosmer Hand.

—No tengo esto claro, Norman —le comentó a Schryhart en una ocasión—. No lo tengo claro. Una cosa es soliviantar al público y otra muy distinta, conseguir que olvide. Este es un país inquieto y socialista, y Chicago es un hervidero y además se encuentra justo en el medio. Aun así, si esto sirve para ponerle una zancadilla, supongo que por el momento nos sirve. Probablemente los periódicos puedan ayudar a suavizar las cosas más adelante. Pero no lo sé.

Según la manera de pensar del señor Hand, el socialismo era algo terrible importado de una Europa agobiada por las monarquías. ¿Por qué no podía el pueblo contentarse con permitir que los hombres fuertes, inteligentes y temerosos de Dios de su comunidad dispusieran por ellos? ¿Acaso no era eso lo que significaba la democracia? Por supuesto que sí —él mismo era uno de los fuertes—. No podía evitar recelar de toda esta palabrería, pero aun así, cualquier cosa valía si con eso lograba hacer daño a Cowperwood; cualquier cosa.

Cowperwood no tardó en darse cuenta de que se corría el riesgo de que el sentimiento público cristalizara en su contra debido a la agitación provocada por los periódicos. Aunque sus licencias no expirarían —al menos la gran mayoría— antes del 1 de enero de 1903, si las cosas continuaban de ese modo, pronto sería dudoso que alguna vez lograra volver a ganar unas elecciones utilizando métodos legítimos o ilegítimos. Los hambrientos regidores y concejales podrían ser lo suficientemente codiciosos como para estar dispuestos a dejarse sobornar y a hacer cualquier cosa que él les pidiera, siempre y cuando él estuviera dispuesto a pagarles lo suficiente, pero ni siquiera los políticos más duros, voraces y corruptos podían resistir la mirada feroz e inquisitiva del público, ni la cólera de una opinión pública enfurecida. Esta última, gracias a los incansables esfuerzos de los periódicos, comenzaba a echar espuma por la boca. Presentarse en estos momentos en el concejo para pedir una prórroga de veinte años para sus licencias, que aún contaban con siete años más de vigencia, era demasiado. No se podía hacer. Ni siquiera los concejales a los que él había sobornado estarían dispuestos a asumirlo en aquel momento. Hay cosas que son imposibles, incluso en política.

Para empeorar las cosas aún más, el límite de veinte años sobre la licencia no era ni remotamente suficiente para sus necesidades actuales. Para lograr la consolidación de sus líneas de superficie en North y West, que era lo que pretendía ahora y en cuya solidez pretendía ampararse para emitir acciones de cien dólares al seis por ciento por valor de al menos doscientos millones de dólares, en lugar de las actuales por valor de setenta millones de dólares, al diez y doce por ciento, le era imprescindible

asegurarse un plazo de años bastante más respetable que el breve término que permitía ahora la legislatura del estado, y eso contando con que pudiera obtener este último.

—La gente no tiene demasiado interés en estas licencias de plazo reducido —le comentó un día el señor Gotloeb cuando Cowperwood hablaba del asunto con él. Quería que Hackelheimer & Co. suscribiera la totalidad de la emisión—. Son muy inseguros. Pero si usted consiguiera, digamos, una licencia por cincuenta o cien años, o algo por el estilo, se venderían como rosquillas. Sé dónde podría colocar hasta cincuenta millones de dólares de esas acciones en Alemania nada más.

Se mostraba de lo más untuoso y suplicante.

Cowperwood lo sabía tan bien como Gotloeb, si no mejor. No estaba en absoluto satisfecho con la idea de conseguir una mísera prórroga de veinte años para sus ambiciosos proyectos, cuando ciudades como Filadelfia, Boston, Nueva York y Pittsburg se alegraban de conceder a sus compañías licencias que no expirarían antes de noventa y nueve años como poco, y en la mayoría de los casos, eran concedidas a perpetuidad. Este era el tipo de licencia que gustaba a las empresas con dinero de Nueva York y Europa, y que Gotloeb, e incluso Addison, reclamaban.

—Es importantísimo que consigamos renovar estas licencias por un periodo de cincuenta años —solía decirle Addison, lo que no era más que la desagradable y pura verdad.

Los diversos cerebros del departamento legal de Cowperwood, en continua búsqueda de nuevos mecanismos legales, no tardaron en comprender la importancia de la situación, y el ingenioso señor Joel Avery no tardó mucho en aparecer con una propuesta.

—¿Se ha dado cuenta de lo que la legislatura de Nueva York está haciendo en lo relacionado con los diversos problemas de tránsito de la ciudad? —le preguntó este honorable caballero a Cowperwood una mañana, al entrar con paso tranquilo cuando lo anunciaron y tomar asiento ante la gran presencia. Llevaba un puro a medio consumir entre los dedos, y un pequeño sombrero de fieltro que confería un aspecto peculiarmente libertino a su rostro y sus ojos, siniestros, intelectuales y prácticos.

—No —le contestó Cowperwood, que en realidad sí se había fijado y había reflexionado sobre el tema, aunque no quería reconocerlo—. He visto algo, pero no le presté demasiada atención. ¿Qué pasa con eso?

—Tiene intención de autorizar a un grupo de cuatro o cinco hombres —una sección en Nueva York y otra en Búfalo, supongo— para que concedan todas las licencias nuevas y prorroguen las existentes con el consentimiento de las comunidades implicadas. Fijarán la tasa de compensación que habrá de pagarse al estado o a la ciudad, y el impuesto correspondiente a los precios de los billetes. Pueden regular la transferencia y la emisión de acciones, y todo ese tipo de cosas. He estado pensando que si en algún momento la renovación de las licencias se convierte en algo demasiado incierto aquí, quizá podríamos investigar la legislatura del estado

para ver qué se puede hacer para introducir una comisión de administración pública de ese tipo en este estado. No somos la única sociedad que lo agradecería. Aunque, sería mejor que hubiera una demanda general o especial que no tuviera nada que ver con nosotros, por supuesto. No debería partir de nosotros.

Se quedó observando a Cowperwood fijamente, y este último le devolvió una mirada pensativa.

—Lo pensaré —le dijo—. Quizá esa sea una solución.

A partir de aquel momento, la idea de constituir una comisión jamás se le iba de la cabeza. En ella se hallaba el germen de la solución —la posibilidad de prorrogar sus licencias por cincuenta o incluso cien años.

Este plan, como Cowperwood sabría más adelante, era algo que estaba más o menos prohibido de manera expresa en la constitución del estado de Illinois. Esta última estipulaba que no se concedería ningún privilegio especial ni exclusivo, inmunidad o licencia a ninguna sociedad, asociación o individuo. Pero «¿Qué importancia puede tener algo tan irrelevante como la constitución cuando se está entre amigos?», era una pregunta que alguien ya había formulado. La legislación tiene modas, así como polvorientas casillas en las que ocultar diversos aspectos de viejas leyes hasta que terminan por ser olvidados. Hacía mucho tiempo que muchos de los ideales iniciales de los padres de la constitución habían sido ocultados o anulados mediante decisiones, apelaciones al gobierno federal, apelaciones al gobierno del estado, contratos comunitarios y otros por el estilo —todos ellos invenciones tejidas como si se tratara de una telaraña, pero igualmente suficientes, para dejar inoperante la intención original—. Además, Cowperwood sentía más bien poco respeto por la inteligencia y la capacidad de autoprotección de los hombres que constituían el electorado rural del estado. Por boca de sus abogados y otras personas había oído contar innumerables historias graciosas sobre la vida en la legislatura, y en los condados y ciudades del estado —en la magistratura, en las ferias rurales en las que se ganaban las elecciones estatales, en los hoteles y en los caminos rurales y en las granjas—. «Un día, cuando me estaba subiendo al tren en Petunkey», comenzaba el viejo general, el juez Dickensheets o el exjuez Avery, a lo que seguía una narración sorprendente sobre la inmoralidad o la estupidez del campo, o sobre algún concepto erróneo relacionado con la política o la sociedad. Del total de los habitantes del estado por aquella época, más de la mitad se encontraban en la ciudad, y a esos había logrado mantenerlos controlados. Por el millón restante, dividido entre doce pequeñas ciudades y la población rural, sentía escaso respeto. ¿Qué importancia podía tener este puñado de pueblerinos? —torpes, palurdos de conducta frívola que se dedicaban a bailar en los graneros.

El gran estado de Illinois —un territorio tan extenso como Inglaterra y tan fértil como Egipto, bordeado por un gran lago y un río enorme, y con una población de más de dos millones de americanos nacidos libres— no parecía el sujeto más apropiado para ser objeto de la manipulación y el control de ninguna sociedad. Y sin

embargo, no se habría podido encontrar en aquel momento una comunidad más obsesionada con el comercio a todo lo largo y ancho del universo. Cowperwood mismo, que aunque se mostraba desdeñoso con aquel bucólico colectivo cuando los valoraba individualmente, siempre se había sentido impresionado por esta gran comunidad que él mismo había elegido. Hasta aquí habían venido Marquette y Joliet, La Salle y Hennepin^[2], soñando con encontrar una ruta hasta el Pacífico. Aquí habían debatido Lincoln y Douglas^[3], antagonista y protagonista de la polémica de la esclavitud; aquí había surgido «Joe» Smith, propagador de aquel extraño dogma norteamericano de los Santos de los Últimos Días^[4]. «¡Menudo estado, menuda invención, pero qué maravilla!», pensaba a veces Cowperwood. Lo había cruzado muchas veces de camino de St. Louis a Memphis o a Denver, y se había emocionado con su sencillez —los pequeños pueblos de casas de madera, impregnados de tradición norteamericana, con sus prejuicios, su fuerza y su ilusión—. La iglesia blanca con sus chapiteles, las calles del pueblo con su césped delantero y sus hileras de árboles, las grandes extensiones de terreno llano y abierto donde crecía el maíz en hileras apretadas o donde en invierno se acumulaba la nieve —todo le recordaba un poco a su padre y a su madre, que en muchos aspectos habrían encajado en un mundo como aquel—. Y sin embargo, no dudó a la hora de seguir adelante con aquella medida que modificaría su propio futuro, haciendo que la emisión de doscientos millones de dólares en acciones de Union Traction fuese rentable, asegurándole un lugar propio entre la oligarquía financiera de los Estados Unidos y del mundo.

La legislatura del estado estaba gobernada en aquel momento por un pequeño grupo de individuos insignificantes colocados por enchufismo y controlados por las compañías, que procedían de los diferentes pueblos, condados y ciudades del estado, pero que guardaban la misma relación con las comunidades a las que representaban y con sus superiores e iguales tanto dentro como fuera de los salones de la legislatura en Springfield que la que tienen los hombres con sus aliados en cualquier parte y en cualquier campo. ¿Por qué los llamamos insignificantes y los rechazamos? Quizá fueran unos individuos insignificantes, pero desde luego no lo eran más que cualquier rata o alimaña astuta que avanza abriéndose camino perforando un túnel —¿o quizá deberíamos decir que asciende?—. El principio determinante que animaba a estos individuos era el más antiguo y primitivo, el de la propia conservación. Imaginemos, por ejemplo, un hecho bastante común —al senador John H. Southack, conversando quizá con el senador George Mason Wade, del condado de Gallatin, tras las puertas de uno de los salones de reunión del senado hacia el final de una sesión—; el senador Southack, parpadeando, engancha a su bien vestido colega y se acerca mucho a él; el senador Wade, curioso, dispuesto a la confianza, expectante (el senador Wade, un hombre cordial, fiable, experimentado, ligeramente barrigudo y de constitución fuerte, aunque también atractivo).

—George, ya sabes que te dije que podría caer algo de la mejora del muelle de Quincy si la cosa salía bien. Pues aquí lo tienes. Ed Truesdale vino ayer a mi pueblo.

(Con una mirada de complicidad, que venía a decir: «¡Punto en boca!».) Aquí tienes quinientos. Cuéntalos.

Con un gesto rápido salen del bolsillo del chaleco unos billetes verdes y amarillos, y el senador Wade los pasa con el pulgar para contarlos. Y entre ellos, una mirada de entendimiento, aprobación, gratitud y admiración, como queriendo decir: «Esto ya es otra cosa».

—Gracias, John. Ya casi se me había olvidado por completo. Una gente muy agradable, ¿no? Si vuelves a ver a Ed, dale recuerdos míos. Y cuando salga lo de la candidatura de Bellville, házmelo saber.

Como el señor Wade era un buen orador, con frecuencia era requerido para enardecer al populacho a favor o en contra de alguna inminente crisis legislativa, y precisamente se estaba refiriendo amablemente a alguna ocasión futura. ¡Oh, vida, oh, política, oh, necesidad, oh, hambre, oh, ardiente apetito y deseo humanos por todas partes!

El señor Southack era un hombre discreto, agradable y tranquilo, del tipo de los que los hombres importantes en asuntos comerciales suelen tratar con condescendencia por considerarlos rústicos e insignificantes. Sin embargo, era muy adecuado para su papel de beneficiario y agente capaz y diligente. Vestía bien, era de mediana edad —sólo tenía cuarenta y cinco años—, y era un hombre sereno, valiente y agradable; tenía una mirada racional, pero que no resultaba fría ni dura, y andaba y se movía con paso elástico y enérgico. Poseía algunas acciones de CW & IRR^[5], era director de uno de los bancos del condado, socio comanditario del *Effingham Herald*, y un personaje importante de su distrito, venerado por los zagales de su pueblo. Y sin embargo, nadie habría encontrado un granuja más resuelto entre todos los representantes de la zona rural.

Fue el viejo general Van Sickle quien se encargó de buscar a Southack, ya que se acordó de haberlo conocido durante su etapa como político, y Avery fue quien llevó a cabo las negociaciones. En un principio, en todas las planificaciones estatales llevadas a cabo en Springfield, el senador Southack supuestamente representaba a la CWI, una de las grandes líneas troncales que atravesaban el estado, y que casualmente conectaba Chicago con el Sur, el Oeste y el Este. Esta línea, que tenía muchos kilómetros en el estado y que se mostraba deseosa de extender sus licencias en Chicago y otros lugares, estaba muy metida en la política del estado. Por una curiosa coincidencia, la financiaba principalmente Haeckelheimer, Gotloeb & Co., de Nueva York, aunque la relación de Cowperwood con aquella empresa aún no era de conocimiento público. Al dirigirse a Southack, que era el azote republicano en el senado, Avery pretendía que él, en conjunción con el juez Dickensheets y Gilson Bickel, asesor de la CWI, se encargara de asegurarse apoyos suficientes en el senado del estado y en la sede del gobierno con la intención de introducir la idea neoyorquina de la comisión de administración pública en la maquinaria del gobierno del estado de Illinois. Esta medida, conviene recordar, había de complementarse con una

interesante e importante disposición que estipulaba que las sociedades que tuvieran licencias, por la presente y por un periodo de cincuenta años desde la fecha de la promulgación del proyecto de ley, tendrían asegurados todos sus derechos, privilegios e inmunidades —entre las que se incluían las franquicias, por supuesto—. Esto se justificaba sobre la base de que un cambio tan radical como el que conllevaba la introducción de una comisión de administración pública podría alterar la paz y el bienestar de las sociedades con franquicias a las que aún les quedaban años de vigencia.

El senador Southack no veía que hubiese nada malo en esta idea, aunque naturalmente se dio cuenta de qué era lo que pretendía y a quién estaba verdaderamente destinada a proteger.

—Sí —dijo de manera sucinta—, ya veo en qué situación nos encontramos, pero, ¿yo qué saco con esto?

—Cincuenta mil dólares para usted si todo sale bien, y diez mil si no es así —siempre y cuando de verdad se esfuerce por conseguirlo; dos mil dólares por cabeza para cualquiera de los muchachos que estimen conveniente ayudarle si ganamos. ¿Le parece un acuerdo satisfactorio?

—Completamente —le contestó el senador Southack.

CAPÍTULO LV

Cowperwood y el gobernador

La ley para la comisión de administración pública se podría haber aprobado, ipso facto, en esta misma sesión si no se hubiera introducido aquella arbitrariedad sobre la prórroga de las franquicias, cosa que se había hecho además utilizando como excusa poco creíble que un cambio tan novedoso en el esquema de funcionamiento del gobierno del estado podría acarrear problemas para algunos. Esto redundaba de una manera muy obvia en beneficio de una sociedad muy concreta. Los periodistas —que se contaban a cientos en los salones del capitolio de Springfield, vigilantes y fundamentalmente fieles a sus periódicos— se dieron cuenta rápidamente de cuál era la verdadera situación. Nunca ha habido gente más rapaz que los periodistas. Estos granujas (empleados por periódicos de la oposición que se dedicaban a lloriquear y a revolver el fango con el hocico) no sólo entraban en consejo con los políticos, sino que estaban a sueldo de sociedades rivales, gozaban de la confianza del gobernador, estaban al tanto de los secretos de los senadores y de los representantes locales, sino que además, entre ellos, confiaban unos en otros. Una noticia —un rumor, un sueño, una imaginación— susurrada por el senador Smith al senador Jones, o por el diputado Smith al diputado Jones, que a su vez se la cuenta en confianza a Charlie White, del *Globe*, o a Eddie Burns, del *Democrat*, a su vez era comunicada a Robert Hazlitt, del *Press*, o a Harry Edmonds, del *Transcript*.

Y de repente se produce un anuncio en uno u otro periódico sin que nadie sepa de dónde procede. Ni el senador Smith ni el senador Jones se lo habían contado a nadie. Nadie había mencionado jamás una palabra de la confidencia hecha a Charlie White o a Eddie Burns. Pero ahí estaba —aquello estaba en los periódicos y la tormenta de interrogantes, opinión y oposición se había desatado—. Nadie sabía, la culpa no era de nadie, pero allí estaba, y ahora habría que librar la batalla en campo abierto.

Hay que considerar también al gobernador que presidía en estos momentos la cámara ejecutiva en Springfield. Era un hombre extraño, alto, moreno y huesudo, que debido a su carácter melancólico y pensativo, tenía tras él una carrera triste y con altibajos. Nacido en Suecia, lo habían traído de niño a Estados Unidos, y le habían permitido, o se había visto obligado, a pelear por sí solo para llegar a la cima, luchando a su vez contra todo lo que conlleva la pobreza más absoluta. Debido a un temperamento enérgico e indómito, se había hecho, a lo largo de sus años como abogado y en los que ocupó cargos públicos de diversa índole, con muchos partidarios entre la comunidad sueca de Chicago, que podría decirse que lo adoraba. Había sido recaudador de impuestos de la ciudad, inspector de urbanismo, fiscal del

distrito, y durante seis u ocho años, juez de circuito estatal. En todos estos cargos había manifestado su tendencia a hacer el bien, según su entender, y a comportarse de manera honesta y honorable —cualidades que le habían hecho ganarse la simpatía del público, que lo consideraba casi un ideal—. Su honestidad y la melancólica compasión que mostraba por las miserias de los pobres, y que no podía evitar, le habían hecho tomar ciertas decisiones como juez de circuito y también como fiscal del distrito, que le habían granjeado la antipatía de los ricos y poderosos —decisiones en casos de daños, de fraude, de reclamaciones ferroviarias, en los que la ciudad o el estado pretendían desahuciar a diversas y poderosas sociedades ferroviarias de determinados terrenos, como almacenes, muelles y lugares por el estilo, que no podían reclamar legítimamente—. Al mismo tiempo, el populacho, que leía las noticias de sus hazañas y que lo oía hablar en múltiples ocasiones, desarrolló por él una enorme simpatía. Era un hombre fundamentalmente bondadoso y sentimental, aunque como orador era fogoso y brillante, y tenía además una presencia dinámica. Además, sentía un apetito voraz por las mujeres —aspecto que los intelectuales poco atractivos y hambrientos de sexo de todo el mundo entenderán, para vergüenza de una época acostumbrada a mentir, ya que debido al dogma quijotesco desmienten su mayor deseo, su mayor dolor y su mayor gozo—. Todos estos factores volvieron al elemento más conservador de la comunidad en su contra, por considerarlo peligroso. Al mismo tiempo, observando cuidadosamente su economía e invirtiendo, consiguió fraguarse una fortuna bastante grande. Sin embargo, recientemente, debido a la locura desatada por los rascacielos, había colocado gran parte de su patrimonio en un edificio de oficinas mal construido, y por lo tanto, nada rentable. Debido a este error, se veía amenazado por la ruina financiera, y todavía seguía llamando a las puertas de grandes compañías de fianzas en busca de ayuda.

Este hombre, junto con el elemento financiero hostile y los periódicos, constituían un triunvirato de dificultades nada fáciles de superar para los planes de Cowperwood de crear la comisión de administración pública. Los periódicos se enteraron en su momento de cuál era la verdadera intención de aquel plan y se apresuraron a vocear ante sus lectores aquella terrible información. En las oficinas de Schryhart, Arneel, Hand y Merrill, así como en otros centros financieros, esta situación produjo una confusión considerable, a la que siguió una astuta e inteligente deducción.

—¿Ha visto lo que se propone, Hosmer? —le preguntó Schryhart a Hand—. Ha visto que en Chicago hemos acabado con él. En la presente situación, no puede plantarse en el concejo municipal a pedir una licencia de más de veinte años, según la legislación estatal, y además, no podrá hacerlo hasta dentro de tres o cuatro años. Sus licencias no expiran antes de esa fecha. Sabe que para cuando expiren, habremos enardecido al público contra él hasta tal punto que ningún concejo, por muy corrupto que sea, se atreverá a darle lo que pide a menos que esté dispuesto a pagar una buena cantidad a la ciudad. Y si lo hace, eso terminará con sus planes de vender doscientos millones de dólares en acciones de Union Traction al seis por ciento. El mercado no

lo respaldará. No puede pagarle un veinte por ciento a la ciudad, conceder transbordos universales y pagar el seis por ciento de doscientos millones de dólares, y eso lo sabe todo el mundo. Tiene un plan estupendo para sacar cien millones de este negocio, pero, no puede. Tenemos que hacer que los periódicos machaquen a muerte su plan legislativo. Cuando llegue al concejo, deberá pagarle a la ciudad un veinte o un treinta por ciento de los ingresos brutos de sus líneas, deberá proporcionar transbordos gratuitos entre todas sus líneas, y entonces lo tendremos. Detesto contribuir a fomentar las ideas socialistas, pero no podemos evitarlo. Tenemos que hacerlo. Si alguna vez conseguimos echarlo de aquí, siempre podremos hacer callar a los periódicos, y la opinión pública terminará olvidándose de todo; o al menos, esperemos que sea así.

Entretanto, había llegado a oídos del gobernador el rumor del «botín» —una palabra utilizada en aquella época que se refería a los fondos corruptos de la legislatura—. No era un hombre de miras estrechas, ni estaba involucrado en la campaña financiera que se estaba llevando a cabo contra Cowperwood, y además no era dado a dejarse influir ni mental ni emocionalmente por las acaloradas acusaciones que se hacían contra este último, por lo que hizo una profunda reflexión. De manera vaga, intuía cuáles eran los sueños de Cowperwood. La acusación de que se dedicaba a seducir mujeres, que con tanta frecuencia se hacía en contra del magnate de los tranvías, y que tan escandalosa resultaba para los que se encontraban bajo el yugo de los convencionalismos, no le preocupaba en absoluto. Tras el progresivo correr de las generaciones, él mismo percibía la presencia de la mística Afrodita y su magia. Se daba cuenta de que Cowperwood había avanzado muy deprisa —que intentaba sacar el máximo provecho a una gran ventaja a pesar de enfrentarse a grandes obstáculos—. Al mismo tiempo sabía que el servicio que prestaban los tranvías de Chicago en aquel momento no era malo en modo alguno. ¿Estaría faltando a la fidelidad que debía a la confianza que el gran electorado de Illinois había depositado en él si favoreciera la causa de Cowperwood? ¿No sería mejor que expusiera a la vista de todos los hombres las verdaderas causas —la avaricia, la ambición desmedida y un descomunal interés personal en lugar del altruismo propio del ideal cristiano y de la teoría de un gobierno democrático?

La vida alcanza un elevado plano dramático, y por tanto, también artístico, siempre que se introduce el concepto del ideal en los conflictos relativos a las posesiones materiales. Ese ideal fue el que encendió para siempre las almenaras de Troya, el que resonó eternamente en los cascos de los caballos de Arbelá y en las armas de Waterloo^[1]. Aquí estaban en juego los ideales —quizá fueran los sueños de un hombre frente a los sueños de una ciudad, un estado o una nación—, una democracia arrastrándose y revolcándose, intentando a ciegas ponerse en pie lenta y afanosamente. En este conflicto —que tenía lugar en un estado interior salpicado de casas esparcidas por el campo, en el que los hombres eran payasos y patanes, y violinistas que bailaban en las ferias rurales— se enfrentaban, según la opinión del

gobernador, los ideales de un solo hombre con los ideales de los hombres.

Tras madurar la idea cuidadosamente, el gobernador Swanson^[2] decidió vetar el proyecto de ley. Cowperwood, tan despreocupado como siempre, y fiel a su lógica y a su concepto de la individualidad, como era habitual en él, estaba decidido a no dejar piedra por remover con tal de conseguir el triunfo que lo conduciría al fin al magnífico trono que él mismo se habría construido. Habiendo hecho pasar el asunto primero a través de la legislatura gracias a sus maquinaciones y a un tortuoso proceso, contra el que la prensa había abierto fuego a cada paso que daba, ahora envió a varios individuos —legisladores del estado, representantes de CW & I y a miembros de otras corporaciones— a ver al gobernador, pero Swanson se mostró inflexible. En conciencia, no veía cómo podría autorizar aquel proyecto de ley. Y finalmente un día, cuando estaba sentado en su oficina de Chicago —una aciaga sala ubicada en el fastidioso edificio que posteriormente hundiría su fortuna y que era la razón de ser del actual periodo de preocupación y depresión— apareció por allí la engréida y petulante figura del juez Nahum Dickensheets, que en aquel momento era el principal asesor legal de la North Chicago Street Railway. Físicamente, aquel hombre era una montaña —tenía la cara tersa, vestía de manera agradable, tenía la mirada dura aunque atrayente, y era un pensador y un hombre razonador—. Swanson lo conocía por su reputación y porque había oído hablar de él, aunque en el terreno personal, nunca habían sido más que simples conocidos.

—¿Cómo está usted, gobernador? Me alegro de volver a verle. Me enteré de que había vuelto a Chicago, y he leído en los periódicos de la mañana que tiene usted por delante el proyecto de ley de administración pública de Southack. Por eso he pensado en venir a verle para tener una breve conversación con usted al respecto, si no tiene ninguna objeción. Llevo tres semanas intentando ir a Springfield para poder tener una pequeña charla con usted antes de que tome ninguna decisión en un sentido o en otro. ¿Le molesta que le pregunte si ya ha decidido vetarlo?

El exjuez, levemente perfumado, pulcro y agradable, llevaba en la mano una cartera negra de grandes dimensiones que dejó en el suelo junto a él.

—Sí, juez —le contestó Swanson—. Estoy prácticamente decidido a vetarlo. No encuentro ninguna razón de tipo práctico para apoyarlo. En mi opinión, es engañoso y especial, y no veo que haya ninguna necesidad concreta que lo haga necesario en estos momentos.

El gobernador hablaba con un ligero acento sueco, y su manera de hablar denotaba que era un intelectual y un hombre individualista.

A continuación se produjo una larga y plácida conversación filosófica en la que debatieron sobre todos los pros y los contras de la situación. El gobernador estaba cansado y algo preocupado, a pesar de lo cual se mostró dispuesto a escuchar con actitud tolerante más argumentos en la misma línea de los que ya le eran de sobra conocidos. Por supuesto que estaba al tanto de que Dickensheets era uno de los asesores legales de la North Chicago Street Railway Company.

—Me alegra mucho haber escuchado lo que tenía usted que decirme, juez —dijo finalmente el gobernador—. No quiero que piense que no he reflexionado seriamente sobre este asunto, porque sí que lo he hecho. Sé prácticamente todo lo que se ha hecho en Springfield. El señor Cowperwood es un hombre capaz; no me opongo a él más de lo que me opongo a las otras veinte agencias que están operando allí en este mismo momento. Conozco sus dificultades y no creo que se me pueda acusar de simpatizar con sus enemigos, porque ellos desde luego no simpatizan conmigo. Ni siquiera escucho a los periódicos. Esta es una cuestión de fe en la democracia; la diferencia entre mis ideales y los de otros muchos hombres. Aún no he vetado el proyecto de ley, y tampoco puedo decir que no vaya a surgir nada que me impulse a firmarlo. En este momento tengo la intención de vetarlo, a menos que tenga noticia de algo que hable mucho más en su favor de lo que ya conozco.

—Gobernador —dijo Dickensheets poniéndose en pie—, permítame que le dé las gracias por su cortesía. Sería la última persona del mundo en desear influir sobre usted para apartarle de sus convicciones personales y de su sentido de lo que es actuar con justicia. Pero, al mismo tiempo, he intentado dejarle claro que es absolutamente esencial, así como justo y correcto, que este asunto de las licencias para los tranvías locales sea algo completamente ajeno al sentimiento, a la emoción, a las pasiones públicas, a la envidia, a los disparates y al resto de los factores que pretenden ejercer su influencia para frustrar y dificultar el trabajo del señor Cowperwood. Todo es fruto de la envidia, se lo aseguro. Sus enemigos están dispuestos a sacrificar todos los principios de la justicia y la imparcialidad con tal de verlo eliminado. En eso se resume todo.

—Puede que todo eso sea cierto —contestó Swanson—. Pero, en cualquier caso, aquí hay otro principio que usted no parece ver o que quizá no quiere tener en cuenta, y es el derecho del pueblo al que ampara la constitución del estado, a la consideración y la revaluación de sus contratos en el momento y forma acordados en la licencia original. Lo que usted propone es una legislación suntuaria, que declarararía nulo y sin efecto cualquier acuerdo entre el pueblo y las compañías de tranvía en un momento en el que el pueblo tiene derecho a esperar una valoración total y libre de este asunto con independencia de cualquier influencia o control legislativos. Sería injusto convencer a la legislatura estatal, mediante el uso de la influencia o por cualquier otro medio, de que interviniera en este momento. Las propuestas que aparecen en esos proyectos de ley deberían remitirse al pueblo en las siguientes elecciones para decidir sobre su aprobación o no, según ellos crean más conveniente. Esta es la forma en la que debería decidirse este asunto. Introducirse en la legislatura para ejercer influencia o comprar votos, esperando que yo ponga mi firma al pie de ese documento sancionándolo como satisfactorio, no va a servir esta vez.

Swanson no se acaloró ni se mostró hostil. Se mantuvo sereno, firme y bienintencionado.

Dickensheets se pasó la mano sobre una sien ancha y despejada. Parecía estar

dándole vueltas a algo —a alguna afirmación o línea de acción que hasta entonces no había utilizado.

—Bueno, gobernador —repitió—. De cualquier manera, quiero darle las gracias. Ha sido usted muy amable. Por cierto, veo que tiene una caja fuerte espaciosa. —Tenía en la mano la cartera que había traído—. Me preguntaba si podría dejar esto aquí un día o dos a su cuidado. Contiene algunos papeles que no me gustaría ir paseando por ahí. ¿Le importaría guardarlos en su caja fuerte y devolvérmelos cuando mande a buscarlos?

—Será un placer —le contestó el gobernador, que cogió la cartera, la colocó en la parte inferior y cerró la puerta con llave. Ambos hombres se despidieron con un cordial apretón de manos. El gobernador volvió a sus meditaciones y el juez se apresuró a coger el tranvía.

Sobre las once de la mañana del día siguiente, Swanson seguía aún trabajando en su oficina y muy preocupado, intentando dar con alguna fórmula mediante la que obtener cien mil dólares con los que sufragar los cargos derivados de los intereses, reparaciones y otros pagos correspondientes a aquel edificio que en modo alguno producía lo suficiente como para cubrir los gastos, y que por lo tanto, le suponía unas pérdidas constantes. En ese momento se abrió la puerta de su oficina y su jovencísimo recadero le presentó la tarjeta de F. A. Cowperwood, a quien el gobernador nunca había visto con anterioridad. Cowperwood entró con paso enérgico, fresco y fuerte. Tan almidonado como un billete nuevo —limpio, elegante y de imagen impecable.

—El gobernador Swanson, supongo.

—Sí, señor.

Ambos hombres se escrutaron, adoptando una actitud defensiva.

—Yo soy el señor Cowperwood. He venido a intercambiar unas palabras con usted. Le robaré muy poco tiempo. No es mi intención volver a repasar ninguno de los argumentos que usted ya ha revisado previamente. Me conformo con saber que usted los conoce a la perfección.

—Sí, tuve una conversación ayer mismo con el juez Dickensheets.

—Precisamente, gobernador. Sabiendo todo lo que sabe, permítame que le plantee otra cuestión. Sé que es usted un hombre relativamente pobre; y que prácticamente hasta el último dólar que posee está metido en este edificio. Sé de dos lugares a los que ha acudido en busca de un préstamo de cien mil dólares que le han denegado porque no cuenta usted con suficientes garantías que ofrecer aparte de este edificio, que además, ya está hipotecado hasta su límite. Como usted ya sabrá, los mismos hombres que se oponen a usted son los que se oponen a mí también. Yo soy un canalla porque soy egoísta y ambicioso; un materialista. Y usted no es un canalla, pero es un hombre peligroso porque es un idealista. Tanto si veta este proyecto de ley como si no lo hace, jamás volverá a ser elegido gobernador de Illinois si la gente que lucha contra mí se sale con la suya, al igual que se saldrán con la suya en su lucha

contra usted.

Los ojos oscuros de Swanson se iluminaron al escuchar aquellas palabras y asintió con la cabeza.

—Gobernador, he venido aquí esta mañana para sobornarlo si puedo. No comparto sus ideales, y además, según mi análisis, no creo que puedan funcionar. Estoy seguro de que no creo en la mayoría de las cosas que cree usted. En el fondo, quizá la vida sea diferente a lo que usted o yo podamos pensar. Pero, en cualquier caso, y a diferencia de otros hombres, yo sí le comprendo. Le prestaré esos cien mil dólares, y doscientos, trescientos o cuatrocientos mil más si lo desea. No hace falta que me devuelva ni un solo dólar, o sí, como prefiera. Lo dejo a su elección. En la cartera negra que el juez Dickensheets trajo aquí ayer, y que se encuentra en su caja fuerte, hay trescientos mil dólares en efectivo. A él le faltó valor para mencionárselo. Firme el proyecto de ley y permítame vencer a los hombres que están intentando acabar conmigo, y yo le apoyaré en el futuro económicamente o con las influencias que pueda aportar en cualquier carrera política que usted decida emprender, ya sea a nivel estatal o nacional.

Los ojos de Cowperwood brillaron como los de un collie grande y cariñoso. Se leía en ellos una súplica complaciente, profunda y generosa, pero incluso más que eso, la percepción filosófica de cosas inefables. Swanson se puso en pie y dijo:

—¿No me estará diciendo de verdad y abiertamente que está intentando sobornarme, no es cierto? —le preguntó. A pesar del primer impulso fruto de las convenciones, de estallar en reproches morales expresados con palabras solemnes, se sintió obligado en aquel momento a escuchar el punto de vista del otro hombre. Trabajaban en distintas direcciones, iban en sentidos diferentes, pero, ¿con qué propósito final?

—Señor Cowperwood —continuó el gobernador, con una expresión en la cara que parecía sacada de un cuadro de Goya, y con los ojos iluminados por la comprensión y la solidaridad—. Supongo que debería sentirme ofendido, pero no puedo. Entiendo su postura. Lo siento, pero no puedo serle de ayuda a usted, ni tampoco a mí mismo. Mis creencias políticas y mis ideales me obligan a vetar este proyecto de ley; si los abandono, habré acabado con mi vida en la política. Quizá no vuelva a ser elegido gobernador, pero eso tampoco importa. Me vendría bien su dinero, pero no lo aceptaré. Y ahora, le deseo que tenga un buen día.

Se dirigió hacia la caja fuerte y la abrió lentamente, sacó la cartera y se la alargó a Cowperwood.

—Tiene que llevarse esto —añadió.

Los dos hombres se miraron con curiosidad y con tristeza durante un momento —uno, con el ánimo apesadumbrado por las cargas financieras, políticas y morales, y el otro, con la invencible determinación de que nadie le sacara ventaja ni siquiera en la derrota.

—Gobernador —dijo Cowperwood para terminar, con su voz más tranquila,

satisfecha y afable—, vivirá usted para ver pasar otra legislatura y para ver cómo otro gobernador firma ese proyecto. Parece que eso no ocurrirá durante este mandato, pero ocurrirá. Aún no he terminado, porque lo que me propongo es correcto y es justo. Aun así, venga a verme cuando haya vetado el proyecto de ley y le prestaré esos cien mil dólares si aún le hacen falta.

Cowperwood salió. Swanson vetó el proyecto de ley. Y hay constancia de que Cowperwood le prestó después esos cien mil dólares para salvarlo de la ruina.

CAPÍTULO LVI

Los apuros de Berenice

Ante la noticia de que Swanson se había negado a firmar el proyecto de ley y de que la legislatura carecía del valor suficiente para aprobarlo por encima de su veto, tanto Schryhart como Hand literalmente se frotaron las manos, contentos y satisfechos.

—Bueno, Hosmer —dijo Schryhart al día siguiente cuando se encontraron en su club favorito, el Union League—, parece que después de todo vamos haciendo algunos progresos, ¿no? Nuestro amigo no consiguió salirse con la suya —le dijo sonriendo satisfecho y exultante a su respetable compañero.

—Esta vez no. Me pregunto cuál será su siguiente movimiento.

—No se me ocurre cuál podrá ser. Ya sabe que no podrá obtener las licencias sin un compromiso que reducirá considerablemente sus beneficios, y si eso ocurre, no podrá vender las acciones de Union Traction. Este proyecto legislativo le debe de haber costado por lo menos trescientos mil dólares, y ¿qué es lo que ha sacado en limpio? La siguiente legislatura, a menos que yo ande muy equivocado, no se atreverá a tocar nada que tenga relación con él. Es poco probable que ninguno de los políticos de Springfield quiera provocar de nuevo las críticas de los periódicos.

Schryhart se sentía muy poderoso, imponente —elegante, sin duda—, ahora que su teoría de la publicidad en los periódicos como remedio parecía estar empezando a funcionar. Hand, más saturnino, más sensible a la incertidumbre de las cosas mundanas —a las poco fiables corrientes que discurren permanentemente bajo la superficie, minando y debilitando—, se mostró conforme, aunque no del todo seguro. Quizá fuese así.

En cuanto a su vida en el Este durante este intervalo, Cowperwood poco a poco había ido despertando a la futilidad de intentar rescatar a Aileen socialmente, algo que cada vez veía con mayor claridad. «¿Qué sentido tenía?», se preguntaba a menudo cuando contemplaba sus movimientos, sus pensamientos, sus planes, y los comparaba con la eficiencia natural, el gusto, la gracia y la sutileza de una mujer como Berenice. Pensaba que esta última podría, si así lo decidiera, suavizar con habilidad la hostilidad social que ahora lo aquejaba. Era algo que sólo las mujeres podrían arreglar, se decía con frecuencia, y que nunca estaría en su sitio hasta que contara con la mujer adecuada.

Al mismo tiempo, Aileen, que veía la situación desde su propio punto de vista y a la que sorprendía la ineficacia de la riqueza por sí sola cuando no iba acompañada de una cierta cualidad social de la que al parecer ella carecía, estaba, sin embargo,

dispuesta a renunciar a su sueño. Qué era eso, no cesaba de preguntarse una y otra vez, que marcaba aquella gran diferencia entre unas mujeres y otras. La pregunta en sí ya contenía la respuesta, aunque ella lo desconocía. Aún era atractiva —mucho—, y era una experta a la hora de utilizar los adornos, a su manera y estilo. Tal había sido el jaleo que habían montado los periódicos sobre la llegada de aquel nuevo multimillonario del Oeste y sobre el palacio que estaba construyendo, que hasta los comerciantes, los empleados y los porteros la conocían. De manera casi invariable, cuando le pedían que diera su nombre en alguno de aquellos lugares, era recibida con un leve sobresalto que indicaba que la habían reconocido, con una mirada rápida y escrutadora, con murmullos, e incluso con algún comentario expresado abiertamente. Eso era algo. Pero, sin embargo, aquellos altos y selectos escalafones de la supremacía social suponían mucho más y eran algo totalmente diferente, del todo ajeno a la popularidad entre las clases bajas. ¿En qué se diferenciaban? Por lo que Cowperwood le había dicho en Chicago, ella se había imaginado que cuando se instalara formalmente en Nueva York, él intentaría poner algo de orden en su vida, reduciría el número de fútiles aventuras amorosas y procurarían dar la imagen de un matrimonio unido y sólido. Sin embargo, ahora que ya había llegado, se daba cuenta de que a él le preocupaban mucho más las crecientes complicaciones políticas y financieras que tenía en Illinois y su colección de arte que lo que pudiera estar ocurriendo en su nueva casa o lo que se pudiera organizar allí. Como en otros tiempos, le sorprendía constantemente que siguiera pasando las noches fuera, y que apareciera y desapareciera de repente. Pero, a pesar de su determinación y de su furia, que unas veces mantenía en secreto y otras mostraba abiertamente, no lograba curarse de la infección de Cowperwood, del atractivo que sostenía y daba cuerpo a una mente y un espíritu mucho más grandes que ningún otro que ella hubiera conocido, y en los que no había honor, virtud, amor al prójimo ni compasión, sino sólo una alegre y espumosa suficiencia intrépida, y un creativo y constructivo sentido de la belleza, que, como las gotas de rocío iluminadas por el sol de la mañana y que irradian el brillo de los dondiegos^[1], danzaban y desaparecían, girando a la deriva sobre el picado mar de las circunstancias. La vida, por muy oscura y sombría que pudiera ser, jamás lograba ensombrecer su ánimo. Aileen, melancólica y ociosa en aquel palacio que él había construido, veía perfectamente cómo era él. La fuente de plata del patio de las orquídeas, el brillo de color melocotón de la sala de mármol rosado, con sus pájaros y flores, el resplandor de sus impresionantes y apretadas colecciones de arte eran como él, eran en verdad del color de su alma. ¡Después de todo, no iba a ser ella quien lograra sujetarlo, quien lograra atarlo con los hilos dorados del capricho, que sin embargo tienen la consistencia del acero, a los pliegues de su falda! Él, esclavo de su deseo, no volvería a caminar tras el carro de la superioridad espiritual y física de ella. Y a pesar de todo, ella no podía rendirse.

Para entonces, Cowperwood, gracias a un tacto infinito y desatendiendo estoicamente su propio dolor y su pena, había logrado establecer un nuevo y temporal

orden de funcionamiento con la casa de los Carter. Para la señora Carter, él seguía siendo un hijo de la luz caído del cielo. De hecho, ella abogaba por Cowperwood en tono afligido, respondiendo de la desinteresada generosidad que tanto tiempo llevaba mostrando. Berenice, sin embargo, se debatía entre el anhelo de procurarse una gran posición —de lujo y poder— y su deseo de conformarse a la ética y la moral que regían la vida de la época. Cowperwood estaba casado, y su dinero ahora estaba mancillado por su actitud afectuosa. Había especulado mucho sobre la relación que él mantenía con Aileen, sobre dónde radicaban las diferencias entre ambos, y con frecuencia se había preguntado por qué nunca se la había presentado a ella ni a su madre. ¿Qué tipo de mujer era la segunda señora Cowperwood? Cowperwood jamás la había mencionado, más allá de algunas generalidades. En realidad, Berenice había pensado en buscarla de forma discreta, pero resultó que una noche su curiosidad se vio recompensada sin que ella tuviera que hacer ningún esfuerzo. Estaba en la ópera con unos amigos cuando su acompañante le dio un codazo en el brazo.

—¿Se ha fijado en el palco número 9, en la dama del vestido de raso blanco y el chal de encaje verde?

—Sí —dijo Berenice alzando sus anteojos.

—Es la señora de Frank Algernon Cowperwood, la esposa del millonario de Chicago. Acaban de construirse una casa en 68th Street. Creo que tiene alquilada una parte del palco número 9.

Berenice casi dio un respingo, pero mantuvo la compostura y se limitó a dedicarle una mirada indiferente. Sin embargo, al poco rato, se ajustó los anteojos cuidadosamente para estudiar a la señora Cowperwood. Vio con curiosidad que el pelo de Aileen era de un color muy parecido al suyo —quizá más anaranjado—. Estudió sus ojos, que tenían leves marcas de cansancio a su alrededor, las mejillas tersas y la boca llena, quizá algo hinchada a causa de la bebida y la disipación. Aileen era atractiva, pensó —bien parecida, a pesar de ser mucho mayor que ella—. ¿Era sólo la edad lo que había apartado a Cowperwood de ella, o se trataba quizá de alguna diferencia intelectual profundamente arraigada? Era obvio que la señora Cowperwood había sobrepasado ya los cuarenta —algo que no le produjo a Berenice ninguna satisfacción ni le hizo pensar que ella gozara de ventaja alguna sobre la señora Cowperwood—. La verdad era que no le importaba lo suficiente. Sin embargo, sí se le ocurrió pensar que esta mujer a la que estaba observando, probablemente le había entregado a Cowperwood los mejores años de su vida —los brillantes años de su juventud—. ¡Y ahora él se había cansado de ella! Aileen tenía pequeñas patas de gallo y leves arrugas en la comisura de los labios que había empolvado cuidadosamente. Y al tiempo parecía extraordinariamente alegre, coqueta y consentida. Se encontraban con ella dos hombres —uno, un conocido actor, siniestramente atractivo y hombre de mala reputación; y el otro, un joven arribista social—, ambos desconocidos para Berenice. La información le vendría gracias a su acompañante, un joven locuaz, más o menos versado, como resultó ser, en los

aspectos más alegres de la vida de la ciudad.

—He oído decir que ha creado todo un revuelo entre los bohemios —le comentó—. Si espera formar parte de la sociedad, ese no es muy buen comienzo, ¿no le parece?

—¿Sabe que eso es lo que ella espera?

—Hay señales evidentes y muy claras: un palco aquí, una casa en Fifth Avenue.

Berenice terminó sintiéndose incómoda y sorprendida tras observar a Aileen y hablar de ella. Pero, no obstante, se sentía inmensamente superior a ella. Era como si su alma se elevara vertiginosamente por encima del plano que Aileen habitaba. El tipo de acompañantes que esta última había elegido denotaban un error: la falta de discriminación social. Debido a la elevada posición que Cowperwood había logrado obtener, sin duda, tenía derecho a sentirse descontento. Su esposa no había avanzado al mismo ritmo que él, o más bien, no lo había rebasado mientras él alzaba el vuelo —no había corrido veloz por delante, como una victoria alada—. Berenice pensó que si ella estuviera con un hombre así, él nunca llegaría de verdad a conocerla —lo obligaría a vivir en la duda y en el asombro—. Y nunca permitiría que la preocupación ni la desilusión dejaran huella en su rostro. Tramaría y soñaría, ocultaría y eludiría. Y él, fuera quien fuera, se desviviría por ella.

Y a pesar de todo, aquí estaba ella, soltera a los veintidós años, con unos antecedentes que le brindaban poca seguridad, y pisando un terreno peligroso. Braxmar lo sabía, y Beales Chadsey, y Cowperwood. Y al menos tres o cuatro de sus conocidos debían de haber estado en el Waldorf aquella noche fatal. ¿Cuánto iban a tardar los demás en estar al tanto también? Procuraba evitar a su madre, a Cowperwood y aquella situación en general, aceptando más invitaciones e intentando ver si aparecía alguna oportunidad en algo relacionado con el arte. Pensó en dedicarse a la pintura, por lo que preparó varios lienzos que llevó a los marchantes. Su obra era sutil, distante e imaginativa —una escena de nieve con los bordes morados; un sátiro pensante, cuya pesadez lo hacía parecer de hierro, cerniéndose sobre un valle cubierto de nubes; un diablo que acecha a Margarita mientras reza^[2]; un interior holandés que le inspiró la señora Batjer, y varias figuras danzantes—. Los marchantes, flemáticos y de semblante pesimista, admitieron que su obra prometía, pero hicieron hincapié en la dificultad para vender los cuadros. Había muchos principiantes, y el arte requería de mucho tiempo. Si continuaba, por supuesto... Quizá tendrían que ver otras cosas. Y entonces, ella se planteó la danza como alternativa.

Esta disciplina, en su sentido interpretativo, acababa de ser introducida en los Estados Unidos, después de que Althea Baker^[3] hubiera creado un gran revuelo entre la alta sociedad. Con la idea de igualar o sobrepasar el éxito de esta mujer, Berenice ideó su propia serie. Una parte iba a ser «El terror» —con una ninfa que danzaba en un bosque primaveral, a la que finalmente persigue y aterroriza un fauno; otra, «El pavo real», una fantasía que ilustraba el orgullo y el narcisismo; otra, «La vestal», que era un estudio del culto de un coro romano—. Tras pasar un periodo de tiempo

considerable en Pocono, diseñando los trajes, las poses y demás, Berenice por fin hizo una leve alusión a sus planes ante la señora Batjer, dando a entender que ella disfrutaría de la ocasión para desarrollar su espíritu artístico, y haciéndole saber al mismo tiempo que quizá eso le proporcionara la solución que tanto necesitaba al problema de los medios.

—Pero, Bevy, ¡qué cosas dices! —comentó la señora Batjer—. ¡Con tus posibilidades! ¿Por qué no te casas primero y te dedicas a la danza después? De esa manera, podrías garantizarte cierta atención.

—¿Gracias a mi maridito? ¡Qué gracioso! ¿Y con quién sugeriría que me casara enseguida?

—Bueno, tratándose de eso... —contestó la señora Batjer, con un leve tono de reproche en la voz, y pensando en Kilmer Duelma—. Pero seguro que tu necesidad no es tan acuciante. Si tuvieras que dedicarte profesionalmente a la danza, quizá yo me viera obligada a darte la espalda, especialmente si lo hiciera alguien más.

Le dedicó la más dulce y sensata de sus sonrisas. La señora Batjer casi siempre acompañaba sus consejos sorbiendo por la nariz con un leve gesto de desprecio y una tosecita. Berenice se dio cuenta de que el simple hecho de haber mantenido aquella conversación ya había marcado una diferencia; en el mundo de la señora Batjer, la pobreza era un tema peligroso. La mera insinuación de su existencia provocaba una sensación de horror —quizá equivalente al error o al pecado—. Y otros, tal como Berenice ahora sospechaba, se espantarían con mucha más rapidez.

A pesar de todo, después de esta conversación, hizo una pequeña investigación sobre las esferas que gobiernan los contratos del teatro profesional, y fue una experiencia de lo más molesta. ¡El color y el olor de aquellas oficinas mal ventiladas, aquellos empleados torpes y mundanos, los aspirantes imposibles y los participantes de este mundo de fantasía! ¡Cuánta ordinariez! ¡Qué descaro! ¡Cuánta mundanidad! ¡Cuánta sensualidad! Todo aquello fue para ella como un aliento nauseabundo que la asustó por el momento. ¿Qué ocurriría allí con el refinamiento? ¿Y con la delicadeza? ¿Cómo podía nadie elevar su dignidad individual ni mantenerla o controlarla en un mundo como aquel?

Cowperwood les estaba sugiriendo ahora que quizá debiera comprarles una casa en Park Avenue, lo que serviría para reforzar los lazos entre ellos, y donde además, podrían celebrar encuentros sociales que pudieran ser ventajosos para Berenice, y en los que en cierta medida y como huésped ocasional, él también podría participar. La señora Carter, la tonta de la comodidad, se mostró encantada de aceptar la idea. Contenía la promesa de ofrecerle una total seguridad financiera para el futuro.

—Yo sé lo que le pasa, Frank —dijo ella—. Sé que necesita tener un lugar al que pueda considerar su casa. El único problema va a ser Bevy. Desde que ese perro miserable hizo esas acusaciones contra mí, no he podido hablar con ella. Da la impresión de no querer hacer nada que yo pueda sugerir. Usted tiene mucha más influencia sobre ella que yo. Si se lo explica, quizá todo vaya bien.

Cowperwood vio su oportunidad al instante, y tremendamente satisfecho con esta confesión de debilidad por parte de la madre, fue a buscar a Berenice, pero con su método habitual de aproximación indirecta.

—Bevy —le dijo una tarde cuando la encontró sola—, no sé si sabes que me he estado planteando que quizá sería mejor que comprara una casa grande aquí en Nueva York para ti y para tu madre, en la que pudierais recibir visitas a gran escala. Ya que no puedo gastarme el dinero en mí, bien podría gastármelo en alguien que fuese a darle un uso interesante. A mí podríais incluirme en calidad de tío o de primo de tu padre, o algo por el estilo —añadió procurando darle un tono despreocupado.

Berenice, plenamente consciente de la trampa que él intentaba tenderle, se mostró desconcertada. Pero tampoco podía evitar darse cuenta de que una casa, si se decoraba con gusto, sería un activo interesante. A los que pertenecen a la alta sociedad les encantan las residencias permanentes y notables; ya se había dado cuenta. ¡Y qué recepciones no podrían celebrar si el pasado de su madre no constituyera una acusación contra ella! Esa era la gran dificultad. La situación parecía sacada de un cuento árabe, realzada por el brillo del oro. Y Cowperwood era siempre tan diplomático, y se acercaba con aquella sonrisa tan afable y tan atractiva. Y tenía las manos tan bonitas y mostraban tanto empeño.

—Una casa como la que me está describiendo aumentaría la deuda hasta tal punto que sería imposible devolverla, me parece —dijo ella con tono burlón, acompañado de un gesto despectivo que denotaba cierta tristeza. Cowperwood se dio cuenta de que ella, con su afilada inteligencia, había descubierto sus furtivas intenciones, y se estremeció. Debía darse cuenta de que su destino estaba en manos de Cowperwood, pero, ¡ay!, sólo con rendirse, qué rápido tendría a sus pies humildemente amontonados hasta el último dólar de su inmensa fortuna. Podría tener todo lo que su corazón deseara, si se podía comprar con dinero. Adonde le mandara que fuera, iría, y volvería cuando ella se lo pidiera.

—Berenice —dijo él poniéndose en pie—, ya sé lo que piensas. Crees que con esto no busco más que favorecer mis propios intereses, pero no es así. No te pondría en una situación comprometida ni por todas las riquezas de la India. Ya te he dicho cuál es mi posición. Hasta el último dólar que tengo es tuyo; puedes disponer de mi dinero a tu antojo y con las condiciones que tú decidas fijar. Mi futuro está ligado a ti, y si tú no estás, no tengo nada aparte del arte. No espero que te cases conmigo. Coge todo lo que tengo. Triunfa en la alta sociedad, somételos a todos y jamás pienses que lo consideraré una deuda, porque no lo haré. Quiero que puedas valerte por ti misma. Sólo respóndeme a una pregunta; no haré ni una más.

—¿Sí?

—Si yo estuviera soltero en este momento, y tú no estuvieras enamorada o casada, ¿me tendrías en cuenta?

Sus ojos estaban llenos de súplica, como ella no los había visto nunca antes.

Se sobresaltó, y lo miró preocupada, severa, y después se relajó de manera casi

repentina.

—Veamos —dijo con un leve brillo en los ojos y sacudiendo la cabeza—. Esa pregunta y una propuesta de matrimonio vienen a ser primas hermanas, ¿no? No tiene derecho a hacerla. No está soltero, y no hay muchas posibilidades de que lo esté. ¿Por qué iba yo a intentar leer el futuro?

Salió de la habitación con paso despreocupado, y Cowperwood se quedó un momento más pensando. Era obvio que en cierto sentido había triunfado. Ella no se había ofendido. Debía de gustarle, y se casaría con él si...

No fuera por Aileen.

En aquel momento deseó con más fuerza que nunca ser verdaderamente libre. Sabía que si quería conseguir a Berenice alguna vez, debía convencer a Aileen para que se divorciara de él.

CAPÍTULO LVII

La última carta de Aileen

Aileen no se topó con ninguna prueba de la existencia de Berenice Fleming hasta algún tiempo después de que se hubieran instalado en la casa nueva. En términos generales, ella asumía que habría otras mujeres —posiblemente incluso alguna a la que ella conociera—, como Stephanie, la señora Hand, Florence Cochrane o algunas que vinieron después, pero siempre que no se entrometieran en su vida, ella se permitía pensar, lo que le servía relativamente de consuelo, que las cosas no iban tan mal. Siempre que, aunque sabía que Cowperwood era sin duda un hombre completamente promiscuo, anduviera de acá para allá y no se dejara atrapar por ninguna sirena en particular, no desesperaría, porque después de todo, ella lo había atrapado y había logrado retenerlo deliciosamente —y por completo, según creía, durante diez años enteros—, una hazaña que ninguna otra mujer había podido igualar ni antes ni después de ella. ¡Quizá Rita Sohlberg, aquella alimaña, lo hubiera logrado! ¡Odiaba el simple hecho de pensar en ella! Pero, ahora ya, Cowperwood empezaba a ser un hombre entrado en años, y llegaría el día en el que la variedad ya no le resultaría tan atractiva, o al menos, en el que pensaría que ya no merecía la pena cambiar. Con tal de que no encontrara a ninguna mujer, a ninguna Circe, que lograra cegar y someterlo en estos últimos años, como ella había logrado hacer en sus primeros, quizá todo podría terminar saliendo bien. Y al mismo tiempo, vivía aterrorizada ante la posibilidad de hacer algún descubrimiento como el que poco tardaría en ocurrir.

Un día salió a hacer una visita a alguien a quien conocía Rhee Grier, el escultor de Chicago, y para quien le había dado una carta de presentación. Al cruzar Central Park en una de aquellas máquinas francesas que Cowperwood había comprado para su disfrute, recorrió con la vista uno de los ramales y allí se topó con un automóvil parecido al suyo que se encontraba parado^[1]. A aquella hora, al comienzo de la tarde, Cowperwood supuestamente estaba ocupado en Wall Street. Y sin embargo, allí estaba acompañado de dos mujeres, a ninguna de las cuales fue capaz Aileen de reconocer al pasar velozmente por su lado. Hizo que detuvieran su vehículo y que lo ocultaran detrás de unos arbustos desde donde ella podría observarlos. Un chófer al que no conocía se afanaba en una máquina preciosa, mientras allí cerca, en la hierba, estaba Cowperwood de pie con una muchacha alta y esbelta que tenía el pelo muy parecido al de Aileen, y una expresión distante, poética y extática, que Aileen no logró analizar, a pesar de lo cual atrapó por completo su atención. En el asiento de atrás se encontraba una señora mayor, quien, supuso Aileen al instante, sería la madre

de la muchacha. ¿Quiénes eran? ¿Y qué estaba haciendo Cowperwood en el parque a esta hora? ¿Adónde iban? Con una tremenda arcada de envidia, descubrió en la cara de Cowperwood una sonrisa cuyo significado ella conocía muy bien. ¡Cuántas veces la había visto hacía años y años! Como había conseguido no ser descubierta, le ordenó a su chófer que siguiera al coche, que pronto se puso en marcha, a una distancia prudencial. Vio que Cowperwood y las dos damas se bajaban en uno de los grandes hoteles, y los siguió hasta el interior de uno de los salones restaurante donde, desde detrás de una mampara y tras tomar todas las precauciones, tuvo la ocasión de observarlos a placer. Se empapó al detalle de las facciones de Berenice —la barbilla delicadamente puntiaguda, los ojos azules, claros y de mirada fija, la nariz recta y delicada, y el pelo del color del ámbar—. Llamó al *maître* para preguntarle el nombre de las dos mujeres, de lo que la informó al instante tras recibir una generosa propina.

—La señora Ira Carter, creo, y su hija, la señorita Fleming, Berenice Fleming.

Aileen volvió a seguirlos a la salida, y después, en el coche, fue tras ellos hasta la puerta misma de su casa, tras la que Cowperwood volvió a desaparecer. Al día siguiente, tras una llamada al edificio para hacer averiguaciones, se enteró de que era allí donde vivían. Tras varios días rumiándolo, empleó a un detective y así se enteró de que Cowperwood era un visitante asiduo en casa de las Carter, de que la máquina en la que se desplazaban era de él y de que la guardaba en otro garaje independiente, y que era gente perteneciente a la alta sociedad. Aileen no se habría esforzado tanto por seguir aquella pista de no haber sido por la expresión que vio en los ojos de Cowperwood al mirar a la muchacha en el parque y en el restaurante —la mirada propia de un espíritu hambriento, algo que para ella era innegable.

Que nadie ridiculice los horrores de un amor no correspondido. Sus tentáculos son cancerosos y agarra con el frío de la muerte. Sentada en su tocador justo después de estos acontecimientos, cuando conducía, caminaba, salía de compras o cuando iba a visitar a los pocos con los que había conseguido establecer una mínima relación, Aileen no dejaba de pensar en esta nueva mujer mañana, tarde y noche. Aquel rostro pálido y delicado la perseguía. ¿Qué contemplaban aquellos ojos, cuya mirada parecía tan distante? ¿El amor? ¿A Cowperwood? ¡Sí! ¡Sí! De golpe y para siempre, según creía Aileen, aquella casa había perdido todo su valor y su sueño de volver a formar parte de la alta sociedad se había desvanecido. Con lo mucho que ya había sufrido, y con todo lo que había soportado. Como Cowperwood llevaba ausente dos semanas, primero se quedó en su habitación, abatida, suspirando, furiosa, y después, comenzó a beber. Finalmente mandó llamar a un actor que en alguna ocasión le había prestado atención en Chicago, y al que se había encontrado más adelante aquí en el círculo de los aficionados al teatro. No era tanto la lujuria lo que ardía en ella, cuya melancolía se había visto incrementada con el alcohol, como la determinación de obtener la revancha. Vivió sumida en una orgía durante días, en la que se mezclaban el vino, la depravación, las recriminaciones mutuas, el odio y la desesperación. Cuando al fin recuperó la sobriedad, se preguntó qué pensaría Cowperwood de ella si

se enterara de aquello. ¿Podría volver a amarla? ¿Podría siquiera soportar su presencia? Pero, ¿qué más le daba a él? ¡Le estaba bien empleado, por canalla! ¡Ya iba a ver, ya; se encargaría de echarle a perder aquel sueño, convertiría su vida en un escándalo, y con la suya arrastraría la de él! Lo avergonzaría ante el mundo entero. ¡Jamás le daría el divorcio! Nunca iba a poder casarse con una muchacha como aquella y dejarla a ella sola. ¡Nunca, nunca, nunca! Cuando Cowperwood regresó, ella le gruñó sin dignarse siquiera a darle una explicación.

Él sospechó al instante que ella había estado espionando todas sus maniobras. Además, no se le escapó que tenía los ojos cansados, las mejillas encendidas y el aliento nauseabundo. Era obvio que había abandonado el sueño de lograr algún tipo de victoria en aquella sociedad y estaba comenzando una carrera en... ¿qué? ¿En depravación? Desde que llegara a Nueva York, había fracasado completamente, en opinión de él, a la hora de hacer ni un solo movimiento inteligente encaminado a su rehabilitación social. Las triviales esferas del arte y el espectáculo teatral con las que, en ausencia de él o debidas a su falta de atención, ella había jugueteado aquí, igual que hiciera ya en Chicago, eran peor que nada; eran destructivas. Tendría que tener una buena charla con ella uno de aquellos días; tendría que confesarle abiertamente la pasión que sentía por Berenice, y apelar a su buen juicio y a su comprensión. ¡Con qué escenas se iba a encontrar! Pero, quizá sucumbiera. Quizá la conmovieran la desesperación, el orgullo o la repugnancia. Además, ahora podría concederle una enorme fortuna. Podría marcharse a Europa o quedarse aquí y llevar una vida de lujo. Él siempre mantendría su amistad con ella —para ayudarla y aconsejarla—, si ella se lo permitía.

La conversación que sobre este asunto terminó teniendo lugar fue de la misma sustancia de la que están hechos los sueños. Sonó hueca y antinatural entre aquellas paredes. Imaginemos aquella gran casa en la zona alta de Fifth Avenue, con sus magníficas habitaciones iluminadas durante una tormentosa noche de domingo. Cowperwood se estaba quedando en la ciudad por esta época, ocupado como estaba con un grupo de financieros del Este que estaban intentando ejercer su influencia en la contienda que él mantenía con la legislatura estatal de Illinois. Aileen se consoló temporalmente pensando que quizá para él el amor fuese, después de todo, algo ajeno —algo que ya no le resultaba vital ni controlaba su alma—. Esta noche estaba sentado en el patio de las orquídeas leyendo un libro —el diario de Cellini^[2], que alguien le había recomendado—; se detenía de vez en cuando para pensar en cosas de Chicago o de Springfield, o para tomar nota de algo. En el exterior se oía el chapoteo de la lluvia al caer en torrentes sobre el asfalto de Fifth Avenue iluminado por farolas eléctricas —el parque que se encontraba justo enfrente estaba sumido en una sombra propia de un paisaje de Corot^[3]—. Aileen estaba en la sala de música rasgueando distraídamente. Pensaba en el pasado —en Lynde, de quien no había sabido ni una palabra desde hacía medio año; en Watson Skeet, el escultor, al que también había perdido de vista—. Cuando Cowperwood estaba en la ciudad y se quedaba en la casa,

a fuerza del hábito tenía por costumbre quedarse en casa o muy cerca. Es tan grande la influencia de las costumbres que guardamos de antiguos amores que permanecen con nosotros mucho después de que ese acto haya dejado de tener sentido.

—¡Qué noche tan horrible! —dijo ella una vez, acercándose a una ventana para mirar hacia la calle desde detrás de una cenefa de brocado.

—Sí que es mala, sí —le contestó Cowperwood cuando ella regresó—. ¿No habías pensado salir a ningún sitio esta noche?

—No, oh, no —le contestó Aileen con indiferencia. Se levantó del piano, inquieta, y entró caminando con paso lento en la galería de pintura. Se detuvo ante una *Sagrada Familia* de Raphael Sanzio^[4], que se había colgado hacía poco, para contemplar aquel rostro tan sereno —medieval, italiano, tan habitual en las madonas.

La señora tenía un aspecto frágil, pálido y lánguido; sin vida. ¿Había mujeres así? ¿Por qué las pintaban los artistas? Sin embargo, el pequeño Jesús era lindo. El arte aburría a Aileen, a menos que otros se mostraran entusiastas. A ella sólo le llamaba la atención la fanfarria de los vivos; no la de aquellos rostros pintados. Regresó a la sala de música, al patio de las orquídeas, y estaba a punto de subir a prepararse una copa y leer una novela, cuando Cowperwood le comentó:

—Estás aburrida, ¿no?

—Oh, no; estoy acostumbrada a pasar las tardes sola —le contestó con tranquilidad y sin el menor sarcasmo.

A pesar de ser implacable a la hora de tallar la vida a la medida de su teoría —martilleándola como si fuese una sustancia a la que dar la forma que tenía en su pensamiento—, también era tierno, a la manera de un arcoíris que danza sobre el abismo. En aquel momento, le habría gustado decir: «Pobre chiquilla, lo estás pasando mal conmigo, ¿verdad?», pero al instante lo pensó mejor y se dio cuenta de cómo habría recibido ella semejante comentario. Meditó, sosteniendo el libro en la mano que reposaba en la rodilla, al tiempo que arrullado por el murmullo del agua, miraba cómo esta fluía sin cesar creando pequeñas cascadas que caían sobre las figuras de sirenas, de un tritón y de las ninfas subidas a horcajadas sobre los peces.

—La verdad es que estar en esta situación ya no te hace feliz, ¿verdad? —le preguntó—. ¿Te sentirías más cómoda si no viniera nunca por aquí?

Su mente se había centrado de repente en el único problema que le preocupaba en ese momento y en la oportunidad que le brindaba aquella ocasión.

—Tú sí —le contestó ella, cuyo aburrimiento simplemente ocultaba la infelicidad que le producía no ser capaz de despertar el interés ni los sentimientos de él en lo más mínimo.

—¿Por qué dices eso de esa manera? —preguntó él.

—Porque sé que sería así. Y sé por qué lo preguntas. Sabes muy bien que no se trata de nada de lo que yo quiera. Se trata de lo que tú quieres. Te gustaría poder despacharme como si fuese un caballo viejo ahora que ya te has cansado de mí, y entonces me preguntas si me sentiría más cómoda. ¡Eres un embustero, Frank! ¡Qué

taimado! No me sorprende que seas multimillonario. Si lograras vivir lo suficiente, te harías con el mundo entero. No pienses ni por un instante que no estoy al tanto de Berenice Fleming aquí en Nueva York, y de cómo te desvives por ella; porque lo sé. Sé que llevas meses y meses revoloteando a su alrededor; desde que vinimos aquí, y desde mucho antes también. Ahora piensas que es maravillosa porque es joven y es miembro de la alta sociedad. Te he visto en el Waldorf y en el parque, pendiente de cada una de sus palabras y mirándola con adoración. ¡Cómo puedes ser tan tonto, siendo un hombre hecho y derecho! Cualquiera muchachita con carita de muñeca y mejillas sonrosadas hace de ti lo que quiere. Como pasó con Rita Sohlberg, y con Stephanie Platow, y con Florence Cochrane, y con Cecily Hagenin; y sólo Dios sabe cuántas más de las que nunca he oído hablar. Supongo que la señora Hand sigue viviendo contigo en Chicago; ¡menuda ramera barata! Y ahora es Berenice Fleming y el vejistorio de su madre. Por lo que he podido saber, aún no has conseguido tenerla —porque su madre es demasiado astuta, quizá—, pero probablemente lo conseguirás al final. Después de todo, lo que buscan es tu dinero. ¡Bah! Bien, sí es cierto que no soy feliz, pero eso ya no es algo que tú puedas remediar. Ya has hecho todo lo posible por hacerme infeliz, y ahora dices que si sería más feliz estando lejos de ti. ¡Qué listo! Te conozco muy bien. Ya no puedes engañarme; es imposible. Y tampoco puedo hacer nada para remediarlo. No puedo evitar que te pongas en ridículo cada vez que conoces a una mujer, ni que la gente hable de ti desde un extremo del país hasta el otro. Para una mujer dejarse ver contigo es suficiente para arruinar su reputación para siempre. Ahora mismo todo Broadway sabe que vas correteando detrás de Berenice Fleming, y su nombre pronto sonará igual que el de todas las demás que has tenido. Lo mismo le valdría ya entregarse a ti. Si alguna vez tuvo una buena reputación, ahora eso ya ha pasado a la historia, puedes estar seguro.

Estos comentarios irritaron a Cowperwood sobremanera —lo enfurecieron—, especialmente los relativos a Berenice. Qué se podía hacer con una mujer así, pensaba. Su lengua se estaba volviendo insoportable, y su discurso, tan insistente y enfático, era propio de una arpía. No había ninguna duda de que había cometido un grave error al casarse con ella. Pero, aún, el control sobre ella seguía estando fundamentalmente en sus manos.

—Aileen —le dijo con frialdad cuando ella terminó su discurso—, hablas demasiado. Desvarías. Te estás volviendo vulgar, me parece. Y ahora deja que te diga una cosa —y se quedó mirándola fijamente con una expresión dura con la que pretendía que se mantuviera en silencio—. No tengo por qué disculparme por nada. Puedes pensar lo que te plazca. Sé por qué dices las cosas que dices. Pero iré al grano, y quiero que lo entiendas bien y que te quede claro. A la larga, podría ayudar en algo si sigues siendo una mujer. Ya no te amo. Dicho de otro modo si lo prefieres: me he cansado de ti. Y eso ya ocurrió hace mucho tiempo. Por eso es por lo que he andado por ahí con otras mujeres. Si no me hubiera cansado de ti, no lo habría hecho. Es más, estoy enamorado de otra persona; de Berenice Fleming, y voy a seguir

estándolo. Me gustaría ser libre para poder rehacer mi vida de otro modo y encontrar algo de consuelo antes de morir. Tú tampoco me amas ya en realidad. No puedes. Admito que te he tratado mal; pero si de verdad te hubiese amado, no lo habría hecho, ¿verdad? No es culpa mía que el amor se muriera en mí, ¿no? Tampoco es culpa tuya. No te estoy culpando. El amor no es como un puñado de carbón que se puede insuflar con un fuelle artificial para hacer que las llamas broten de nuevo en cualquier momento. Se ha acabado; no hay más. Puesto que no te amo y que además no puedo hacerlo, ¿por qué ibas a querer que me quedase cerca de ti? ¿Por qué no dejarme libre y concederme el divorcio? Serás igual de feliz o de infeliz lejos de mí que conmigo. ¿Por qué no? Quiero volver a ser libre. Soy desgraciado aquí, y hace mucho tiempo que me siento así. Estoy dispuesto a llegar a cualquier acuerdo que te parezca justo y adecuado. Te daré esta casa; los cuadros, aunque la verdad es que no sé para qué los querías. (Cowperwood no tenía ninguna intención de desprenderse de la galería si podía de algún modo evitarlo.) Designaré la asignación que desees de manera vitalicia, o te entregaré ahora mismo la suma que determines. Quiero ser libre y quiero que tú me lo permitas. ¿Por qué no te comportas con sensatez y me permites hacerlo?

Durante esta arenga, Cowperwood había estado primero sentado y después se había puesto de pie. Cuando afirmó que su amor había muerto —era la primera vez que lo anunciaba abiertamente y sin rodeos—, Aileen había palidecido un poco y se había llevado una mano a la frente para después taparse los ojos. Fue entonces cuando él se puso de pie. Se mostraba frío, decidido y algo vengativo en aquel momento. Ella se dio cuenta de que lo decía en serio —de que en su corazón no quedaba sentimiento alguno por todo lo que habían compartido—, que no quedaban recuerdos dulces ni nada que los uniera como consecuencia de aquellas horas felices, días, semanas, meses y años, que para ella, al volver la vista atrás, resultaban tan brillantes y tan maravillosos. ¡Cielo santo, era verdad! Su amor había muerto, y ¡él se lo había dicho! Pero aún se resistía a creerlo; no iba a creerlo. No podía ser cierto.

—Frank —comenzó a decirle ella dirigiéndose hacia él, mientras él se alejaba para evitarla. Había abierto mucho los ojos y le temblaban las manos; los labios, que mantenía fruncidos a causa de la emoción, se le movían rítmicamente—. No lo dices en serio, ¿verdad? El amor no ha muerto del todo, ¿a que no? ¿Todo ese amor que sentías por mí? ¡Oh, Frank, he montado en cólera, he odiado, he dicho unas cosas terribles, pero todo ha sido porque siempre he estado enamorada de ti! Todo este tiempo. Y tú lo sabes. Me he sentido tan mal... ¡Ay, Dios mío, qué mal me he sentido! Frank, tú no lo sabes, pero he mojado mi almohada muchas, muchas noches. He llorado sin cesar; me he levantado y he andado de un lado para otro. He bebido whisky —whisky solo—, porque algo me estaba haciendo daño y quería matar ese dolor. He ido con otros hombres, con uno detrás de otro —ya lo sabes—, pero, ¡Frank, Frank, oh, tú sabes que yo no quería hacerlo, que no era eso lo que yo quería! Siempre he detestado el simple hecho de recordarlos. Eso sólo ocurrió porque me

sentía sola y porque tú no me prestabas atención ni te portabas bien conmigo. ¡Si supieras cuánto he deseado poder pasar sólo una hora de cariño contigo, una noche, un día! Hay mujeres que pueden sufrir en silencio, pero yo no puedo. La cabeza no me deja en paz, Frank; mis pensamientos no me dejan. No puedo evitar pensar en cómo acudía corriendo a ti en Filadelfia, cuando tú te encontrabas conmigo cuando ibas de camino a tu casa, o cuando iba a tu encuentro en Ninth Street o en Eleventh. Ay, Frank, probablemente le hice daño a tu primera esposa. ¡Ahora me doy cuenta de cómo debe de haber sufrido ella! Pero entonces yo no era más que una niña tonta y no lo sabía. ¿Ya no te acuerdas de cómo iba a tu encuentro en Ninth Street y de cómo iba a verte a la penitenciaría de Filadelfia un día tras otro? Entonces me dijiste que siempre me amarías y que nunca lo olvidarías. ¿No puedes seguir amándome, aunque sea sólo un poco? ¿De verdad es cierto que tu amor ha muerto? ¿Tan vieja soy, tanto he cambiado? ¡Oh, Frank, por favor, no digas eso, por favor no lo digas, por favor, por favor, por favor! ¡Te lo ruego!

Intentó alcanzarlo y ponerle una mano en el brazo, pero él la esquivó moviéndose hacia un lado. Para él, al mirarla en aquel momento, ella representaba la antítesis de cualquier cosa que pudiera tolerar, mucho menos desear artística o físicamente. El encanto había desaparecido, se había roto el hechizo. Era otro tipo, otro punto de vista el que necesitaba, pero sobre todo y fundamentalmente, juventud, juventud —el espíritu, por ejemplo, que habitaba en Berenice Fleming—. Y a su manera, lo lamentaba. Sentía compasión, pero era como el tintineo del cascabel de una oveja lejana —como el gemido de una boya que nos llega por encima del golpear de las olas negras como la noche en un mar de tormenta.

—No lo entiendes, Aileen —le dijo—. No puedo evitarlo. Mi amor ha muerto. Ha desaparecido. No puedo hacer que regrese. Ya no lo siento. Ojalá pudiera, pero no puedo; tienes que entenderlo. Algunas cosas son posibles y otras no lo son.

La miró, pero no cedió. Aileen, por su parte, vio que en los ojos de él no había nada, según creía, aparte de una lógica fría y filosófica —la del hombre de negocios, el pensador, el negociador, el conspirador—. Al pensar en el carácter adamantino de su alma, que podría cerrarle las puertas para siempre, se volvió loca, se enfadó, enfebrecida —perdió hasta cierto punto la cordura.

—¡Oh, no digas eso! —le rogó de manera insensata—. ¡No, por favor! No digas eso. Quizá podría volver un poco si... si... sólo con que tú quisieras. ¿Es que no ves cómo me siento? ¿Es que no ves lo que pasa?

Se dejó caer de rodillas y lo cogió por la cintura.

—¡Oh, Frank! ¡Oh, Frank! ¡Oh, Frank! —empezó a llamarlo, llorando—. ¡No puedo soportarlo! ¡No puedo! ¡No puedo! ¡No puedo! ¡Me moriré!

—No te dejes llevar de ese modo, Aileen —le rogó—. No sirve para nada. No puedo mentirme a mí mismo y tampoco quiero mentirte a ti. La vida es demasiado corta. Las cosas son como son. Si pudiera decirte que te quiero y si pudiera creerlo, te lo diría ahora, pero no puedo. No te amo. ¿Por qué iba a decirte que sí?

Una parte del carácter de Aileen era puramente histriónico, otra parte era infantil —la de la niña mimada y malcriada—, había otra parte que era totalmente irracional y otra que era la de la emoción más intensa —profunda, oscura, ardiente—. Ante esta afirmación de Cowperwood, que parecía condenarla a la soledad por siempre jamás, primero alegó estar dispuesta a llegar a un entendimiento; a compartir. Ella no había luchado contra Stephanie Platow ni contra Florence Cochrane ni contra Cecily Haguenin ni contra la señora Hand; en definitiva, contra nadie después de Rita, y ya no lucharía más. No lo había espiado para saber que estaba con Berenice —se los había encontrado por casualidad—. Cierto que ella había ido con otros hombres, ¿pero? Berenice era muy bella, lo admitía, pero también ella a su manera lo seguía siendo —un poco, aún—. ¿No podía encontrar un huequecito para ella en su vida? ¿No había sitio para las dos?

Ante esta expresión de la derrota y la humillación de Aileen, Cowperwood se sintió triste, enfermo, asqueado. ¿Qué se podía argumentar? ¿Cómo podría hacer que lo comprendiera?

—Ojalá fuera posible, Aileen —dijo para concluir, entristecido—, pero no lo es.

Y entonces ella se puso de pie al instante con los ojos enrojecidos, pero secos.

—No me amas entonces, ni siquiera un poco, ¿no es así? ¿Ni un poco siquiera?

—No, Aileen, no te amo. Con eso no quiero decir que te deteste. Eso no significa que no sigas siendo una mujer interesante ni que no te comprenda, porque no es así. Pero no te amo. No puedo amarte. Ya no puedo sentir lo que sentía por ti.

Aileen se quedó quieta un momento, porque no sabía muy bien cómo interpretar aquello, y al rato, palideció, se puso aún más tensa, más espiritual de lo que había estado hacía mucho tiempo. Ahora se sentía desesperada, enfadada, enferma, pero igual que el escorpión, que rodeado por el fuego, sólo puede volverse contra sí mismo. La vida era un auténtico infierno, se repetía a sí misma. ¡Se iba sin que una se diera cuenta, y la dejaba vieja y terriblemente sola! El amor no era nada, ni tampoco la fe —¡nada de nada!

Los ojos se le iluminaron a la luz de una nueva convicción, con la intensidad de su intención.

—Muy bien —dijo serena, tensa—. Ya sé lo que voy a hacer. No pienso vivir de este modo. No pienso vivir hasta mañana. Quiero morirme, y eso es lo que voy a hacer.

Esto último no lo dijo embargada por el llanto, sino que lo afirmó con serenidad. Eso demostraría su amor. A Cowperwood aquello le pareció algo irreal, una bravata, algo fruto de la rabia del momento dicho con la intención de asustarlo. Ella se volvió y subió las espléndidas escaleras, que se encontraban allí cerca —una obra magnífica de mármol y bronce, de más de cuatro metros y medio de ancho, con nereidas de mármol a modo de postes y figuras danzantes talladas en la piedra—. Entró en su habitación con una actitud bastante tranquila y cogió un cortapapeles de acero que tenía forma de daga —en realidad era como un cuchillo con el mango de bronce y

una punta muy afilada—. Volvió a salir y avanzó por la galería que daba al patio de las orquídeas, donde Cowperwood continuaba sentado, entró en la habitación del amanecer con su estanque, sus pájaros, sus bancos y sus enredaderas. Cerró la puerta con llave, se sentó y entonces, descubriéndose un brazo repentinamente, se pinchó una vena —se hizo un desgarró de varios centímetros— y se quedó allí sentada dispuesta a desangrarse. Y ahora se vería si ella podía morir, si él lo permitiría.

Indeciso, atónito, incapaz de creer que pudiera ser tan temeraria y dudando de que los sentimientos de ella pudieran ser tan fuertes, Cowperwood siguió donde estaba, donde lo había dejado sumido en sus pensamientos. No había conseguido conmoverlo demasiado —era habitual que las mujeres tuvieran rabieta—, pero aun así... ¿Estaría considerando seriamente la idea de morir? ¿Cómo podía? ¡Eso era ridículo! La vida era muy extraña, una locura. Pero era Aileen la que acababa de proferir aquella amenaza, y había subido las escaleras, quizá para llevarla a cabo. ¡Imposible! ¿Cómo podía ser? Pero, tras todas sus dudas, había una especie de sensación nauseabunda, un temor. Y recordó cómo había atacado a Rita Sohlberg.

Subió las escaleras corriendo y entró en su habitación. No estaba allí. Recorrió rápidamente la galería mirando aquí y allí, hasta llegar a la habitación del amanecer. Debía de estar allí dentro porque la puerta estaba cerrada. Intentó abrirla —estaba cerrada con llave.

—Aileen —llamó—. ¡Aileen! ¿Estás ahí dentro? —No hubo respuesta. Él se mantuvo atento, pero siguió sin haber respuesta—. ¡Aileen! —repitió—. ¿Estás ahí dentro? ¿Pero qué tontería del demonio es esta?

«¡Cielos!» —pensó, dando un paso atrás— «quizá sea capaz de hacerlo, o quizá incluso lo haya hecho ya». No oía nada salvo el parloteo insustancial de un tucán que se había despertado al encender ella la luz. Se le cubrió la frente de sudor. Volvió a intentar hacer girar el pomo, tocó el timbre para llamar a un criado, pidió las llaves que se habían hecho para cada una de las puertas, y también un cincel y un martillo.

—Aileen —dijo—, si no abres la puerta ahora mismo, me encargaré de que la abran. Y se puede abrir muy rápido.

Seguía sin oírse nada.

—¡Maldita sea! —exclamó con una sensación espantosa, horrorizado. Un criado trajo las llaves, y la llave correcta se negaba a entrar. Había una segunda llave al lado—. Hay un martillo más grande en alguna parte —dijo Cowperwood—. ¡Tráigalo! ¡Tráigame una silla! —Y entonces, haciendo gala de una fuerza tremenda, y utilizando un cincel grande, forzó la puerta.

Allí, sobre uno de los bancos de piedra de la bella habitación, estaba sentada Aileen con el estanque ante ella, el brillo del amanecer iluminándolo todo, los pájaros tropicales en sus ramas, y ella, con el pelo desordenado, el rostro pálido, y un brazo —el izquierdo— colgando, desgarrado y sangrando, del que escapaba un reguero de sangre roja y espesa. En el suelo había un charco de sangre, violenta, escarlata, como un paño lujoso que ya empezaba a oscurecerse por algunas partes.

Cowperwood se quedó inmóvil, pasmado. Después, avanzó rápidamente y le cogió el brazo, lo vendó haciéndole un torniquete por encima de la herida con un pañuelo que hizo jirones y mandó llamar al médico, y todo ello mientras iba diciendo:

—¿Cómo has podido, Aileen? ¡Me parece imposible! ¡Intentar quitarte la vida! Esto no es amor. Esto no es ni locura siquiera; no es más que una absurda representación.

—¿De verdad no te importo? —preguntó ella.

—¿Cómo puedes hacerme esa pregunta? ¿Y cómo has podido llegar a hacer esto?

Él estaba enfadado, dolido, se alegraba de que estuviera viva, y se sentía avergonzado —muchas cosas sentía.

—¿De verdad no te importo? —repitió ella con tono cansado.

—Aileen, esto es un disparate, y no pienso hablar de eso ahora. ¿Te has hecho algún otro corte más? —le preguntó, palpándole el pecho y los costados.

—¿Y entonces por qué no me dejas morir? —contestó ella del mismo modo—. Algún día ocurrirá. Quiero morirme.

—Sí, algún día ocurrirá, claro —replicó él—, pero no esta noche. Ni siquiera creo que de verdad quieras morirme. Esto es demasiado, Aileen —parece imposible.

Se irguió y la miró —frío, incrédulo, con el brillo del control, e incluso de la victoria, en la mirada—. Como había sospechado, no era algo real. Ella en realidad no habría llegado a quitarse la vida. Simplemente esperaba que él acudiera —que hiciera ese esfuerzo, como antes—. Muy bien. Se encargaría de que llegara a la cama sana y salva, y la confiaría a manos de una enfermera, y a partir de aquel momento, procuraría evitarla lo más posible en el futuro. Si de verdad aquella había sido su intención, ya se encargaría de llevarla a cabo en su ausencia, pero no creía que eso llegara a ocurrir.

CAPÍTULO LVIII

El merodeador del bien público

Los meses de primavera y verano de 1897 y el final del otoño de 1898 fueron testigos de la batalla final y decisiva entre Frank Algernon Cowperwood y las fuerzas hostiles a él presentes en la ciudad de Chicago, en el estado de Illinois y sin duda también en los Estados Unidos de América. Cuando en 1896 tomaron posesión un nuevo gobernador y un nuevo grupo de representantes estatales, Cowperwood decidió que lo más aconsejable sería que continuara de inmediato con sus empeños. Para cuando los nuevos representantes se reunieran para trabajar, ya habría pasado un año desde que el gobernador Swanson vetase el primer proyecto de ley de la comisión de administración pública. Para entonces, la oposición que los periódicos habían despertado caldeando al público habría tenido tiempo para enfriarse. Ya había hecho intentos de influir sobre el nuevo gobernador a través de varios financieros que también protegían sus intereses —particularmente a través de Haeckelheimer, Gotlob & Co. y de todas las fuerzas ocultas a las que representaban—, y en parte, lo había logrado.

En este caso, el nuevo gobernador —el cabo A. E. Archer o el excongresista Archer, como a veces se referían a él— no se parecía en nada a Swanson, y era una curiosa mezcla de lugares comunes e ideales; era uno de esos tipos sospechosamente leales y lealmente sospechosos que se las arreglan para ir ascendiendo gracias a métodos dudosos, aunque no puedan ser calificados de censurables. Era un hombre pequeño, robusto, con el pelo y los ojos castaños, enérgico, ocurrente, y que daba a la moralidad pública el valor que suelen darle los políticos —es decir, ninguno, porque no existe tal cosa—. Con catorce años, había sido tamborilero en la guerra civil, soldado raso entre los dieciséis y los dieciocho, y después lo habían ascendido por sus destacados servicios como militar. Durante esta última época había dirigido el Grand Army of the Republic^[1] y había demostrado su valía durante diversos y conmovedores esfuerzos para recaudar fondos destinados a los antiguos soldados, sus viudas y huérfanos. Era un hombrecillo que representaba muy bien a los norteamericanos —era un patriotero que mascaba tabaco, y que soltaba tacos y juramentos— y que, además, tenía unas ambiciones políticas dignas de mención. Otros hombres pertenecientes al Grand Army habían destacado en las listas de las nominaciones a presidente. ¿Por qué no él? Era un orador excelente con aquella voz de falsete agudo y gozaba de gran popularidad por su camaradería, su presencia y su energía; por naturaleza, su mente tendía a lo comercial y material —y por lo tanto, básicamente no atraía a los de inteligencia superior—. Al tratar de conseguir la

nominación para gobernador, había hecho las propuestas habituales y a su vez, Haeckelheimer, Gotloeb y algunos otros con intereses comerciales y que estaban aliados con Cowperwood habían sondeado su posición en lo referente a la propuesta de la comisión de administración pública. En un primer momento, se negó a comprometerse. Más adelante, cuando se dio cuenta de que tanto la CW & I como la Chicago & Pacific^[2] (ambas poderosísimas compañías ferroviarias) estaban interesadas, y que había otros candidatos que le seguían muy de cerca en su carrera hacia el puesto de gobernador, declaró en privado que, en el caso de que los miembros de la legislatura demostraran estar a favor de aquella idea y de que los periódicos no mantuvieran una oposición aplastante, estaría dispuesto a erigirse en su defensor. Otros candidatos expresaron puntos de vista parecidos, pero el cabo Archer demostró ser el que más partidarios tenía, de modo que fue finalmente nominado y elegido con holgura para el cargo.

Poco después de que se reuniera la nueva asamblea legislativa, sucedió que un tal A. S. Rotherhite, editor del *South Chicago Journal*, se sentó un día por casualidad y en calidad de visitante en el asiento de un representante del estado llamado Clarence Mulligan. Mientras Rotherhite se encontraba en dicho lugar, un tal senador Ladrigo, de Menard, le dio una palmadita en la espalda con gran confianza y lo invitó a salir a la rotonda, donde, haciéndose pasar por el representante Mulligan, el senador Ladrigo lo presentó a su vez a un desconocido llamado Gerard. Este último, tras unos breves preliminares, comenzó a decir lo siguiente:

—Señor Mulligan, quiero llegar a un acuerdo con usted referente a este proyecto de ley de Southack que pronto se presentará en la cámara. Tenemos setenta votos, pero queremos noventa. El hecho de que el proyecto de ley haya pasado a una segunda lectura en el senado demuestra la fuerza que tenemos. Tengo autorización para llegar a un entendimiento con usted esta misma mañana si a usted le parece bien. Su voto le valdrá dos mil dólares en el momento en el que se firme el proyecto de ley.

El señor Rotherhite, que casualmente pertenecía al grupo de los periodistas recién reclutados por la prensa de la oposición, demostró ser muy astuto en esta ocasión.

—Disculpe —dijo tartamudeando—, pero no he entendido bien su nombre.

—Gerard. G-e-r-a-r-d. Henry A. Gerard —le contestó el otro.

—Gracias. Lo pensaré —fue la respuesta del supuesto representante Mulligan.

Por extraño que parezca, el auténtico Mulligan apareció en aquel preciso instante, anunciado en voz alta por varios de sus colegas, que casualmente se encontraban por allí cerca en el vestíbulo, a raíz de lo cual, el extraño señor Gerard y el astuto senador Ladrigo se retiraron discretamente. Ni qué decir tiene que el señor Rotherhite se dirigió presuroso a las fuerzas de la moralidad. La prensa debía dar difusión a esta noticia. Se trataba de un incidente de gran importancia que llevó de nuevo todo el asunto al terreno fatal y venenoso de los debates en la prensa.

Los periódicos de Chicago empuñaron las armas al instante y pusieron el grito en el cielo diciendo que las mismas viejas fuerzas siniestras de Cowperwood volvían a la

carga. Tanto los miembros del senado como los del parlamento fueron solemnemente advertidos, y al actual gobernador Archer se le puso como ejemplo la excelente actitud del exgobernador Swanson. «Todo esto», decía el editorial del *Inquirer* de Truman Leslie MacDonald, «apesta a engaños, tejemanejes y fraudes políticos. Bien saben los ciudadanos de Chicago y el pueblo de Illinois quién y qué organización en particular resultarían ser los auténticos beneficiarios. No queremos una comisión de administración pública a instancias de una sociedad particular dedicada a los tranvías. ¿Es que los tentáculos de Frank A. Cowperwood van a envolver esta legislatura como ya hicieran con la anterior?».

Esta andanada, actuando en conjunción con las quejas y la hostilidad de otros periódicos, provocó que Cowperwood se expresara de manera rotunda y categórica:

—Pueden irse todos al diablo —le dijo a Addison un día mientras almorzaban—. Tengo derecho a conseguir que se prorroguen mis licencias por un plazo de cincuenta años, y voy lograr que sea así. Mira Nueva York y Filadelfia. Las casas del Este se ríen; no entienden esta situación. Todo esto es obra de Hand, Schryhart y su gente. Sé lo que hacen y quién anda tirando de los hilos. A los periódicos les falta tiempo para ladrar y mover el rabo cada vez que ellos dan la orden. Hyssop baila al son que Arneel le toca. El pequeño MacDonald es el soplón de Hand. Han caído tan bajo todos ya que cualquier cosa vale para intentar vencer a Cowperwood. Bueno, pues no lo van a conseguir. Ya encontraré la solución. La legislatura aprobará un proyecto de ley que permita una licencia por cincuenta años, y el gobernador lo firmará. Me encargaré personalmente de que así sea. Tengo al menos dieciocho mil accionistas que quieren tener la seguridad de que su dinero les proporcionará beneficios durante un periodo de tiempo razonable, y yo tengo la intención de proporcionársela. ¿Es que no hay otros hombres que se están enriqueciendo? ¿No hay otras compañías que están ganando entre el diez y el doce por ciento? ¿Por qué no puedo hacerlo yo? ¿Es que Chicago es menos? ¿No empleo a veinte mil hombres a los que además les pago bien? ¿A qué viene toda esta palabrería sobre los derechos de las personas y los deberes para con el público? ¡Ratas! ¿Reconoce el señor Hand algún derecho para con el público en lo tocante a sus intereses particulares? ¿O el señor Schryhart? ¿O el señor Arneel? ¡Malditos sean los periódicos! Conozco mis derechos. Una legislatura honrada me proporcionará una licencia decente que me libre de los tiburones políticos de la ciudad.

Sin embargo, para entonces los periódicos se habían vuelto tan sutiles y poderosos como los propios políticos. Bajo la gran cúpula del capitolio de Springfield, en los salones y en las salas de reunión tanto del congreso como del senado, en los hoteles y en cualquier lugar de los distritos donde se pudiera obtener información, había representantes suyos —para ver, escuchar y fisgonear—. Con este enfrentamiento, estaban obteniendo prestigio y dinero. Ellos fueron quienes convencieron a los concejales reformistas para que convocaran concentraciones de masas en sus respectivos distritos. Se incitó a los propietarios a organizarse, y se

formó un comité dirigido por Hand y Schryhart que aglutinaba a cien ciudadanos distinguidos. No pasó mucho tiempo antes de que los pasillos, las cámaras y las salas de comisiones del capitolio de Springfield y los pasillos del único hotel importante fueran recorridos casi diariamente por incontables delegaciones de pastores, concejales reformistas y miembros de comités civiles, que llegaban soltando discursos, amenazando y arengando, para marcharse después dejando sitio a la siguiente tanda.

—Dígame, senador, ¿qué le parecen estas delegaciones? —le preguntó un tal representante Greenough al senador George Christian, de Grundy, una mañana cuando un grupo de clérigos de Chicago, acompañados por el alcalde y varios ciudadanos distinguidos, atravesaban la rotonda de camino hacia el comité de ferrocarriles, donde el proyecto de ley se estaba discutiendo en privado—. ¿No le parece que hablan a favor de nuestro orgullo cívico y de nuestra educación moral? —Alzó los ojos y entrecruzó los dedos por encima del chaleco, en una actitud de lo más reverencial y santurróna.

—Sí, estimado pastor —le contestó el irreverente cristiano, sin siquiera un asomo de sonrisa. Era un hombrecillo cetrino y enjuto, tenía ojos de hurón, y le adornaban la cara un bigotito y una perilla—, pero no olvide que el Señor también nos ha llamado a nosotros a hacer esta obra.

—Muy cierto —asintió Greenough—. No debemos flaquear en nuestro empeño de hacer el bien^[3]. La mies es mucha y los obreros pocos^[4].

—Bueno, bueno, pastor, tampoco exagere. Me va a hacer reír —le contestó el cristiano; y ambos se despidieron con sonrisas cómplices, aunque algo cansadas.

Pero para qué poco servía la actitud acomodaticia de estos caballeros a la hora de silenciar a los periódicos. ¡Los malditos periódicos! Estaban aquí, allí y en todas partes dando cuenta absolutamente de cualquier rumor, conversación o programa imaginario. Jamás recibieron los ciudadanos de Chicago tanta información sobre el arte de gobernar ni se la proporcionaron con mayor entusiasmo —sobre sus matices y sus ramificaciones—. Tanto el presidente del senado como el de la cámara fueron llamados por separado para ser advertidos sobre sus obligaciones. Aquel trimestre se había convertido prácticamente en costumbre encontrarse una página al día dedicada al procedimiento legislativo. Cowperwood en persona se hallaba allí mismo, desafiante, lógico, atrevido, con el valor que le infundían sus convicciones reflejado en los ojos, y prácticamente sometiendo a los hombres con el poder de su magnetismo. Se había quitado la máscara del altruismo —si es que se puede decir que alguna vez la hubo— y ahora se mostraba abiertamente y con total franqueza; había viajado hasta Springfield y se había alojado en el hotel más importante. Igual que un general en tiempo de guerra, obligaba a sus fuerzas a formar junto a él. Envuelto en la cálida atmósfera de las noches de junio iluminadas por la luna, cuando las calles de Springfield se quedaban en silencio, y un dulce resplandor bañaba la gran llanura de Illinois por espacio de cientos de kilómetros de norte a sur y los habitantes de las

zonas rurales dormían en sus sencillos hogares, él seguía reunido con sus abogados y sus agentes legislativos.

Hay que compadecerse del pobre rústico convertido en legislador cogido en una crisis como esta, dividido entre su deseo de obtener unas ganancias rápidas y justificables y el miedo a ser atacado por considerarlo un traidor a los intereses del pueblo. Para algunos de los legisladores provenientes de pequeños pueblos, que nunca habían visto dos mil dólares juntos en su vida, el problema suponía una tortura. Los hombres se reunían en salones privados o en los hoteles para tratar el asunto. O pasaban la noche de pie en sus habitaciones reflexionando en soledad. Tener un buen negocio a la vista porque alguien intentaba imponer sus deseos mientras la gente iba mendigando era algo destructivo. Muchos románticos y jóvenes ilusionados e idealistas editores, abogados o políticos de las zonas rurales terminaron aquí convertidos en cínicos de poca monta o en hombres corruptos que se dejaban sobornar. A los hombres se les arrebató hasta el último vestigio de fe o de caridad; a la fuerza llegaban a sentir que no había nada aparte de lo que aceptaban y guardaban. A simple vista, todo podía parecer común y corriente —hombres normales del estado de Illinois que iban de un lado para otro— simples granjeros, senadores y representantes provenientes de pequeñas ciudades reunidos pensando y preguntándose lo que podrían hacer. Y sin embargo, la complejidad presente era propia de una jungla —la de una vida oscura, maloliente, horrenda y ávida—, la vida en su máxima expresión, la vida empuñando un cuchillo, violenta, y cuyas fauces chorrean a causa del hambre.

Por otra parte, todo este tremendo alboroto estaba provocando que los legisladores más cautos se volvieran gradualmente más temerosos. Los amigos de sus pueblos habían empezado a escribirles cartas, instigados por los periódicos. Los enemigos políticos comenzaban a envalentonarse. Suponía un sacrificio demasiado grande para todo el mundo. A pesar del hecho de que el cebo parecía estar al alcance casi de cualquiera, muchos se volvieron evasivos y preocupados. Cuando el representante Sparks, dispuesto y preparado con el proyecto de ley en el bolsillo, se puso de pie en la cámara pidiendo permiso para exponerlo en unos minutos, inmediatamente se produjo una explosión. Cien pidieron el privilegio de la palabra. Otro representante, Disback, a cargo de la oposición a Cowperwood, había hecho recuento y se sentía satisfecho, porque a pesar de todas las artimañas del enemigo, tenía al menos ciento dos votos, lo que suponía los dos tercios necesarios para aplastar cualquier medida que pudiera originarse con las intervenciones. Sin embargo, sus seguidores, por prudencia, votaron para que pasara a una segunda y una tercera lecturas. Se hicieron todo tipo de enmiendas —una, abogando por un billete de tres centavos para las horas punta, otra, por un impuesto del veinte por ciento sobre los ingresos brutos—. Ya en su forma enmendada, la medida fue enviada al senado, donde los cambios fueron desestimados y el proyecto de ley volvió de nuevo a la cámara. Aquí, para disgusto de Cowperwood, todo parecía indicar que no sería

aprobado.

—No se puede hacer, Frank —le dijo el juez Dickensheets—. Los están achicharrando. Los periódicos de sus ciudades van tras ellos. No los dejan vivir.

Como consecuencia, se concibió una segunda medida —más tranquilizadora y relajante para los periódicos, pero mucho menos satisfactoria para Cowperwood—. Otorgaba al gobierno municipal de Chicago el derecho a conceder licencias durante un plazo de cincuenta años en lugar de veinte mediante una triquiñuela: la revisión de la antigua Horse and Dummy Act de 1865^[5], que delegaba en el ayuntamiento plenos poderes para conceder y denegar licencias. Esto significaba que Cowperwood tendría que regresar a Chicago para librar allí su batalla. Fue un duro golpe, pero aun así, era mejor que nada. Si lograba ganar una batalla más en la guerra de las licencias tras los muros del ayuntamiento de Chicago, conseguiría todo lo que deseaba. Pero, ¿lo lograría? ¿No se había desplazado hasta allí, hasta la asamblea legislativa, precisamente para evitar un riesgo semejante? Sus intenciones estaban quedando expuestas de una manera devastadora. Pero, después de todo, si el precio era lo suficientemente generoso, quizá los concejales de Chicago mostrarían más valor del que habían demostrado los legisladores del estado; serían más atrevidos. Tendrían que serlo.

Y así, tras Dios sabía cuánto susurrar, cuántas reuniones, discusiones y palabras de aliento destinadas a los integrantes, se originó una segunda medida que —tras la derrota del primer proyecto de ley por 104 a 49— fue presentada mediante un complicado proceso a través de la comisión judicial, donde fue aprobada; y el gobernador Archer, tras muchas horas de reflexión y examen de conciencia, la firmó. Siendo un hombre intelectualmente limitado, no fue capaz de valorar adecuadamente lo que iba a suponer para él personalmente haber provocado la furia del pueblo. Muy cerca de él y a plena luz del día, se encontraba Cowperwood burlándose de sus enemigos en su cara, y demostrando con el brillo duro y alegre de sus ojos que seguía dominando la situación, asegurándoles también a todos que aún viviría para subyugar a los periódicos de Chicago. Además, Cowperwood había prometido hacer de Archer un hombre rico si la ley se aprobaba —le había prometido una recompensa de quinientos mil dólares.

CAPÍTULO LIX

Los derechos del capital y los derechos públicos

Entre la aprobación del proyecto de ley Mears el 5 de junio de 1897^[1] — bautizado con ese nombre por el valiente diputado que había recibido una pequeña fortuna a cambio de presentarlo— y su remisión al concejo municipal de Chicago en diciembre de aquel mismo año, ¡cuánto no habrían rumiado, maquinado, politiqueado todos sin excepción, y cuántos editoriales no se habrían escrito! A pesar de la intensa oposición a Cowperwood, también había en la vida pública de la ciudad un estrato comercial de carácter flemático que no tenía de él una imagen del todo negativa. Ellos también se dedicaban a los negocios, y las líneas de Cowperwood pasaban por sus puertas y les prestaban un servicio. Tampoco veían en qué se diferenciaba tanto su servicio de tranvías del que pudieran proporcionar los otros. Estos eran del tipo de materialistas que hallaban en la terca resistencia de Cowperwood una justificación para su propio punto de vista y que no tenían miedo a expresarlo. Frente a ellos se encontraban los predicadores —pobres briznas de hierba de la insensatez medidas por el viento y que sólo veían lo que el jaleo del momento quería dar a entender—. Y también estaban los anarquistas, los socialistas, los defensores del impuesto único^[2] y los defensores de la propiedad pública. Esos eran los pobres entre los pobres, que veían en la riqueza de Cowperwood y en las fabulosas historias que se contaban sobre su casa de Nueva York y su colección de arte, una despiadada explotación de sus necesidades. Por esta época se extendía por los Estados Unidos el sentimiento de que se aproximaban grandes cambios en el ámbito político y en el económico —que la férrea tiranía de los señores que lo dirigían todo iba a dejar paso a una vida más rica, más libre y más feliz para los más humildes—. Se abogaba por una ley nacional que estableciera jornadas de ocho horas y por la propiedad pública de las franquicias públicas. Y lo que tenían era una gran compañía de tranvías que prestaba servicio a un millón y medio de habitantes, que ocupaba calles que era la propia gente quien creaba con su mera presencia, que cobraba a aquellos humildes ciudadanos entre dieciséis y dieciocho millones de dólares al año y que, a cambio, según decían los periódicos, les ofrecía un servicio de mala calidad, en coches desvencijados que no disponían de asientos en las horas de máxima afluencia, que no les proporcionaba transbordos universales (de hecho, funcionaban trescientos sesenta y dos puntos de transbordo independientes) ni pagaba unos impuestos proporcionales a las inmensas sumas que ganaba. El trabajador que leía esto a la luz de gas o a la de la lámpara de la cocina o del salón de su triste piso o cabaña, y que también leía en otras secciones del periódico noticias sobre la vida despreocupada y desenfrenada de los ricos, sentía que

le habían arrebatado una parte de su legítima herencia. Toda la cuestión residía en forzar a Frank A. Cowperwood a cumplir con su obligación para con Chicago. No se le debía permitir que volviera a sobornar a los concejales; no se le debía permitir que obtuviera una licencia por cincuenta años, privilegio de concesión que ya había comprado a los representantes del estado, corrompiendo a hombres honrados. Debía hacérsele sucumbir y plegarse ante las fuerzas de la ley y el orden. Se argüía que la ley Mears se había aprobado en el congreso y en el senado porque había habido dinero contante y sonante de por medio, que había llegado incluso al mismísimo gobernador, aunque ni siquiera aquellos que proferían semejante acusación eran conscientes de hasta qué punto lo que decían era cierto. No lograron obtener pruebas legales de esto, pero todo el mundo dio por sentado que Cowperwood era un sobornador a escala gigante. En las viñetas de los periódicos se le representaba como a un comandante pirata que ordenaba a sus hombres que barrenaran otro navío —el navío de los derechos públicos—. Se le representaba como a un ladrón con la cara cubierta por una máscara negra, como a un seductor que estrangulaba a Chicago, la hermosa doncella, mientras le robaba el bolso. La fama de esta batalla se extendía ya por todo el mundo. En Montreal, en Ciudad del Cabo, en Buenos Aires y en Melbourne, en Londres y París, todos los hombres leían los detalles de esta singular lucha. Al fin se había convertido en una auténtica figura a escala nacional e internacional. Su sueño, aunque algo modificado por las circunstancias, se había cumplido literalmente.

Mientras tanto, hay que reconocer que los financieros locales que habían provocado esta terrible arremetida contra Cowperwood se hallaban no poco preocupados por el carácter que podía llegar a tener esta criatura que ellos mismos habían creado. Al fin habían conseguido que la opinión pública se mostrara totalmente contraria a Cowperwood, pero también estaban ellos, propietarios de unas enormes ganancias, que deseaban para sí exactamente los mismos favores que Cowperwood había logrado, y que se habían propuesto matar a la gallina que podría poner los huevos de oro. Hombres como Haeckelheimer, Gotloeb, Fishel, importantes capitalistas del Este y hombres destacados en las juntas directivas de enormes líneas transcontinentales, entidades bancarias internacionales y otras empresas similares, no daban crédito a que los periódicos y el bando que se oponía a Cowperwood hubieran llegado tan lejos en Chicago. ¿Es que no sentían respeto por el capital? ¿Es que no sabían que las franquicias de largo plazo eran prácticamente la base de toda la moderna prosperidad capitalista? Las teorías que ahora se defendían allí terminarían por extenderse a otras ciudades, a menos que se les pusiera freno. Los Estados Unidos podrían muy bien convertirse en anticapitalistas; en socialistas. La propiedad pública podría llegar a parecer una teoría factible, y ¿qué vendría después?

—Esos hombres de ahí fuera son unos insensatos —le dijo una vez el señor Haeckelheimer al señor Fishel, de Fishel, Stone & Symons—. No veo dónde está la diferencia entre el señor Cowperwood y cualquier otro empresario de este tiempo. A

mí me parece un hombre perfectamente sólido y capaz. Todas sus compañías pagan. No hay mejor inversión que las de las ferroviarias North y West Chicago. Sería aconsejable, a mi juicio, que todas esas líneas se consolidaran y se le confiaran a él. Él ganaría dinero para repartir con sus accionistas y da la impresión de saber cómo gestionar los tranvías.

—Mire —le contestó el señor Fishel, tan pagado de sí y tan blanco como el señor Haeckelheimer, y totalmente de acuerdo con su punto de vista—, yo mismo he estado pensando algo parecido. Habría que silenciar toda esta disputa; es muy malo para los negocios; mucho. Una vez que empiecen con la tontería esa de la propiedad pública, será difícil pararlos. Ya hemos tenido suficiente.

El señor Fishel era robusto y redondo como el señor Haeckelheimer, pero mucho más pequeño. Era poco más que una fórmula matemática con patas. Tenía el cráneo repleto únicamente de teoremas financieros y de silogismos de la segunda, tercera y cuarta figuras.

Y ahora he aquí que este asunto adopta un nuevo rumbo. El señor Timothy Arneel, aquejado de una neumonía, muere y deja sus participaciones de Chicago City a su primogénito, Edward Arneel. El señor Fishel y el señor Haeckelheimer, primero por mediación de agentes y después de manera directa, tantean al señor Merrill de parte de Cowperwood. Se habla mucho de beneficios —de cuánto más rentable ha sido la gestión de Cowperwood de sus líneas de tranvía de lo que lo ha sido la del señor Schryhart—. El señor Fishel muestra interés en calmar la agitación socialista, y lo mismo ocurre a estas alturas con el señor Merrill. Y acto seguido, el señor Haeckelheimer se dirige al señor Edward Arneel, que no es ni remotamente tan enérgico como su padre, aunque le gustaría serlo. Por extraño que parezca, él ha llegado a sentir cierta admiración por Cowperwood y no ve ventaja alguna en continuar con una política que sólo puede llevar a la municipalización de las líneas de la ciudad. El señor Merrill, en nombre del señor Fishel, se dirige al señor Hand, que dice: «¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás!». El señor Haeckelheimer se dirige al señor Hand y este le dice: «¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Al diablo con el señor Cowperwood!». Pero ahora, en nombre del señor Haeckelheimer y del señor Fishel aparece como último emisario el señor Morgan Frankhauser, socio del señor Hand en un proyecto de tracción de siete millones de dólares en Minneapolis y St. Paul. ¿Por qué se muestra tan obstinado el señor Hand? ¿Por qué continuar con un plan de venganza que sólo sirve para soliviantar a las masas y para convertir la propiedad municipal en una idea política válida, lo que a su vez provoca molestias para el capital en todas partes? ¿Por qué no le cambia a él, Frankhauser, sus participaciones de Chicago por acciones de Pittsburgh —acción por acción, iguales— y se dedica entonces a combatir a Cowperwood desde fuera tanto como le plazca?

El señor Hand, perplejo, atónito, rascándose su redonda cabeza, da un fuerte manotazo en la mesa, y exclama:

—¡Jamás! ¡Jamás, vive Dios, mientras yo siga con vida y en Chicago! —Pero

después se rinde. La vida es a veces muy enrevesada, se ve obligado a reflexionar sumido en el desconcierto. ¡Jamás lo habría creído posible!-. Schryhart —le dijo a Frankhauser— nunca formará parte de esto. Antes muerto. Y el pobre Timothy, si estuviera vivo, tampoco lo haría.

—No meta al señor Schryhart en esto, ¡por Dios! —le rogó el señor Frankhauser, un agradable germano-estadounidense— ¡Ya tengo suficientes problemas!

El señor Schryhart está furioso. ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás! Preferiría venderlo todo antes, pero está en minoría, y el señor Frankhauser estará encantado de hacerse cargo de sus participaciones para el señor Fishel o para el señor Haeckelheimer.

Y he aquí que en otoño de 1897, el señor Cowperwood se encuentra con que le ponen en bandeja, por así decirlo, todas las líneas de tranvía rivales de Chicago —en bandeja de oro.

—Lo hemos arreglado —le dijo de manera confidencial el señor Gotlob al señor Cowperwood mientras disfrutaban de una excelente cena en el sagrado recinto del Metropolitan Club de Nueva York^[3]. Eran las ocho y media de la tarde. El vino, un espumoso de Borgoña—. Hoy ha llegado un telegrama de Frankhauser. Es un tipo agradable. Debería reunirse con él alguna vez. Hand le va a vender sus acciones a Frankhauser. Merrill y Edward Arneel trabajan con nosotros, que nos encargamos de sus asuntos. El señor Fishel se encargará de hacerse con todas las acciones locales que pueda, y con estos tres controlamos la junta. Schryhart está fuera, ya ve que tendrá que dimitir. Muy bien. Imagino que no le hará a usted llorar. Ahora todo depende de si usted logra que se apruebe la ordenanza que le permita tener una franquicia por cincuenta años en el concejo municipal o no. Haeckelheimer dice que le prefiere a usted sobre todos los demás para que se encargue de todo. Desde luego, está dispuesto a dejarlo todo en sus manos. Y lo mismo dice Frankhauser. Hace todo lo que Haeckelheimer le dice. Así que, ya ve. Depende de usted. Espero que le alegre. No es poco lo que le queda; todavía tendrá que encargarse de derrotar a los periódicos, y seguirá teniendo a Hand y a Schryhart en contra. El señor Haeckelheimer me ha pedido que le salude y que le diga que espera cenar con usted la semana que viene; bien se reúne usted con él o él con usted, lo que más cómodo le resulte.

El sillón de la alcaldía de Chicago lo ocupaba en esta época un hombre llamado Walden H. Lucas. Tenía treinta y ocho años y ambiciones políticas. Contaba con todos los elementos necesarios para ganar popularidad: tenía el don o la suerte de atraer la atención pública; era un galán joven y sano, y un pensador y orador sutil, vigoroso, sereno y directo; soñaba, profético y entusiasmado, con futuros y grandes honores políticos, ansioso por jugar bien sus cartas, hacer amigos y ser el orgullo de los justos, sin llegar a ser del todo el intransigente enemigo de los malvados. En resumen, era un joven y esperanzado Maquiavelo^[4] procedente del Oeste y alguien que podría servir a la causa de los enemigos de Cowperwood magníficamente bien.

Cowperwood, disgustado, visita al alcalde en su oficina.

—Señor Lucas, ¿qué es lo que desea usted a nivel personal? ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Qué es lo que busca, ascender en política?

—Señor Cowperwood, no hay nada que pueda usted hacer por mí. Usted no me entiende a mí y yo no lo entiendo a usted. Y usted no puede entenderme porque yo soy un hombre honrado.

—¡Por todos los diablos! —contestó Cowperwood—. Es usted un ejemplo magnífico de amor propio y profundo conocimiento. Buenas tardes.

Poco tiempo después, habló con el alcalde un tal señor Carker, el astuto, frío y carismático líder demócrata del estado de Nueva York, que le dijo:

—Verá, señor Lucas, los grandes establecimientos bancarios del Este han mostrado interés por el enfrentamiento que está teniendo lugar aquí en Chicago. Por ejemplo, a Haeckelheimer, Gotloeb & Co. les gustaría que se produjera una fusión de todas las líneas de modo que se conviertan en una inversión atractiva para los compradores en general, que sea al mismo tiempo justa y razonable para la ciudad. Los veinte años de duración que tiene un contrato en la actualidad es un plazo inaceptablemente corto. Cincuenta años es el mínimo que podrían valorar, aunque preferirían que fueran cien. Es poco pedir para un desembolso tan grande. La política que se está siguiendo ahora sólo puede llevar a la propiedad pública de los servicios públicos, y eso es algo que el Partido Demócrata nacional no se puede permitir defender en este momento. Nos enemistaría con el elemento financiero desde una costa a la otra. Cualquier hombre cuyo historial político se llegue a identificar con semejante movimiento no tendría la más mínima posibilidad de ser nominado ni siquiera a nivel estatal, mucho menos a nivel nacional. Jamás podría ser elegido. Me he expresado con claridad, ¿verdad?

—Desde luego.

—Y ese hombre lo mismo podría proceder de la oficina del alcalde de Chicago como de la oficina del gobernador en Springfield —continuó el señor Carker—. El señor Haeckelheimer y el señor Fishel me han pedido personalmente que venga a visitarlo. Si quiere volver a ser alcalde de Chicago durante dos años o gobernador el año que viene hasta que llegue el momento de elegir candidato para la presidencia, ya es cosa suya. Mientras tanto, sería poco aconsejable, a mi juicio, que cargara usted con la responsabilidad de esta idea de la propiedad pública. Los periódicos, en su afán por combatir a Cowperwood, han puesto sobre la mesa una cuestión que nunca se debería haber planteado.

Tras la partida del señor Carker, llegó Edward Arneel, que gozaba de renombre en la ciudad, y después, el señor Jacob Bethal, el líder demócrata de San Francisco, y ambos venían a plantear propuestas que podrían servir de ayuda mutua, en caso de ser adoptadas. También hubo delegaciones de poderosos republicanos de Minneapolis y de Filadelfia. Hasta el presidente del Lake City Bank y el presidente del Prairie National —que antes se oponía a Cowperwood— lo visitaron para decirle lo que ya le habían dicho otros con anterioridad. Y así siguieron las cosas. El señor Lucas estaba

tremendamente sorprendido; estaba claro que era difícil hacer carrera en política. ¿Le merecería la pena hostigar a Cowperwood como se había propuesto hacer? ¿Lo llevaría a alguna parte mantener una política que abogara por la causa del pueblo? ¿Alguien se lo iba a agradecer? ¿Lo iban a recordar? ¿Y si cambiara la actitud de los periódicos, tal como el señor Carker había dado a entender? ¡La política era en realidad una chapuza y un laberinto!

—Bien, Bessie —le preguntó a su bella, saludable y casi rubia esposa una tarde— ¿qué harías tú si estuvieras en mi lugar?

Tenía los ojos grises y era alegre, práctica, vanidosa. Estaba muy unida a su familia y se sentía muy orgullosa de la posición y del futuro de su esposo. Él, además, había adoptado como costumbre comentar los problemas con ella.

—Pues, Wally —le contestó—, tienes que ser coherente. A mí me parece que esta vez el lado ganador estaba de parte del pueblo. No veo cómo pueden cambiar ahora de rumbo los periódicos después de todo lo que ya han hecho. No tienes por qué defender la idea de la propiedad pública ni nada que sea injusto para el capital, pero, aun así, yo me reafirmaría en que una franquicia por cincuenta años es demasiado. Deberías obligarlos a pagar algo a la ciudad y a que obtengan esa franquicia sin recurrir a los sobornos. Es lo menos que pueden hacer. Yo mantendría la línea con la que comenzaste. No puedes arreglártelas sin la gente, Wally. Tienes que contar con ellos. Si pierdes su buena voluntad, los políticos poco podrán ayudarte, ni nadie.

Era evidente que había momentos en los que había que tener en cuenta al pueblo. ¡Era imprescindible!

CAPÍTULO LX

La red

La tormenta que estalló como consecuencia de las intrigas de Cowperwood en Springfield en 1897, y que continuó sin amainar hasta el otoño siguiente, atrajo la atención en tal medida que hasta los periódicos del Este se ocuparon extensamente de ella. F. A. Cowperwood contra el estado de Illinois; así fue como bautizó lo que estaba ocurriendo un periódico de Nueva York. El poder de la fama, tan cautivador, es inmenso. ¿Quién puede resistirse al lustre que rodea a determinados hombres, y que los hace emitir un brillo cuyo resplandor es único y especial? Hasta en el caso de Berenice, esto tenía su importancia. En un periódico de Chicago, que encontró un día sobre la mesa que Cowperwood había ocupado, se encontró con un extenso editorial que le interesó enormemente. Tras dar cuenta de sus diversas fechorías, en concreto las relacionadas con la actual legislatura estatal, continuaba diciendo: «Siente un desprecio innato crónico e insalvable por los más humildes. Para él, los hombres no son más que esclavos y siervos para tirar del carro de su grandeza. Jamás, en toda su historia, ha tenido a bien dirigirse directamente al pueblo a pedir nada. En Filadelfia, cuando quiso hacerse con el control de una franquicia pública, buscó en secreto arreglar el asunto mediante engaños con un tesorero de la ciudad corrupto. En Chicago, ha pretendido siempre comprar y apropiarse de los espléndidos privilegios de la ciudad, que en realidad deberían redundar en beneficio de todos. Frank Algernon Cowperwood no cree en el pueblo; no se fía de él. Para él los humildes no constituyen más que un campo de siembra del que recoger los frutos después. No representan más que una multitud de espaldas encorvadas, con las manos y las caras hundidas en el fango, que no tiene miramiento en pisotear para elevarse. Sólo tiene fe en sí mismo. A los demás, a la mayoría, les cierra las puertas de su gloria en las narices para que la visión de su miseria y de sus necesidades no alteren ni corrompan su perfecta y egoísta felicidad. Frank Algernon Cowperwood no cree en el pueblo».

Esta consigna editorial que fue lanzada al viento durante los últimos días de su contienda en Springfield y que los periódicos de Chicago en masa, así como todos los demás, hicieron suya, llamó mucho la atención de Berenice. A medida que fue pensando en él —mientras libraba aquellas tremendas batallas, y viajaba siempre apresurado entre Nueva York y Chicago; mientras construía aquella espléndida mansión, coleccionaba cuadros y discutía con Aileen—, Cowperwood fue adquiriendo gradualmente los tintes de un superhombre, de un semidios o de una semigorgona^[1]. ¿Quién podía esperar que lo controlaran las mismas reglas que regían la vida y la conducta de los hombres normales? Porque no podían, y de hecho, no lo hacían. Y,

sin embargo, aquí estaba él, persiguiéndola a ella, buscándola con la mirada, agradeciéndole cada sonrisa y dispuesto a complacerla en cada deseo y capricho.

Se diga lo que se diga, el deseo que yace en lo más profundo del corazón de una mujer es el de que su enamorado sea un héroe. Algunas modelan el ídolo ante el que se arrodillan con los mismos insultos y ofensas que profieren contra él; otras exigen que las muestras de grandeza sean tangibles; pero, en ambos casos, se mantiene la ilusión de que adoran a un dechado de virtudes.

A Berenice, que no estaba para nada dispuesta a aceptar el amor de Cowperwood ni a considerarlo un pretendiente, le alegraba sin embargo saber que su devoción pecaminosa era el tributo de un hombre capaz de concitar los pensamientos de todo el mundo. Además, como los periódicos de Nueva York se habían hecho eco de su litigio en el Medio Oeste y lo acusaban de cohecho, perjurio y de intentar frustrar la voluntad del pueblo, Cowperwood ahora se había propuesto intentar explicar a Berenice cuál era exactamente su posición y de ese modo justificarse ante ella. Durante sus diversas visitas al hogar de la familia Carter o durante los entreactos en la ópera o el teatro, le fue relatando poco a poco su historia completa. Le describió la personalidad de Hand, Schryhart y Arneel, así como los motivos basados en la envidia y en el deseo de venganza que habían dado lugar a los ataques contra él en Chicago. «No hay ser humano capaz de conseguir nada del ayuntamiento de Chicago sin pagar por ello», le contó. «La cuestión consiste simplemente en quién pone el dinero.» Le contó también cómo Truman Leslie MacDonald lo había intentado «estafar» una vez pidiéndole cincuenta mil dólares y cómo los periódicos habían descubierto entonces que les era posible ganar dinero y aumentar su circulación atacándolo a él. Admitió ante ella con franqueza su ostracismo social, atribuyéndolo parcialmente a la inadecuación de Aileen, pero también en parte a su propia actitud desafiante, propia de un Prometeo^[2], que aún no había tenido que admitir nunca una derrota.

—Y ahora los voy a derrotar —le dijo con solemnidad a Berenice un día sentados a la mesa mientras comían en el Plaza^[3] cuando el salón estaba casi vacío. Sus ojos grises eran el vivo reflejo de un espíritu tremendamente enigmático—. El gobernador aún no ha firmado la ley que me permitirá tener una franquicia de cincuenta años (esto tuvo lugar antes de los últimos acontecimientos que sucedieron en Springfield), pero la firmará. Y después de eso, me seguirá quedando por delante una nueva batalla. Voy a unificar todas las líneas de Chicago para crear un sistema general. Soy la persona más adecuada para proporcionarlo. Y más adelante, si es que alguna vez llega la propiedad pública, la ciudad me lo podrá comprar a mí.

—Y luego... —le preguntó Berenice con dulzura, halagada por sus confidencias.

—Ah, no lo sé. Supongo que me iré a vivir al extranjero. Tú no parece mostrar mucho interés por mí. Terminaré mi colección de cuadros...

—Pero, supongamos que perdiera.

—No contemplo la posibilidad de perder —le contestó con tranquilidad—. Pase lo

que pase, dispondré de lo suficiente para vivir. Estoy un tanto cansado de tanta contienda.

Sonrió, pero Berenice se dio cuenta de que la idea de la derrota le producía tristeza. Tenía el corazón puesto en la victoria, y era lo único que contemplaba. Debido a la difusión que se estaba dando a los asuntos de Cowperwood a nivel nacional, el efecto que estas conversaciones tenía sobre Berenice era considerable. Al mismo tiempo, había otro factor diferente y algo siniestro que estaba influyendo a favor de Cowperwood. De forma lenta y gradual, tanto ella como su madre empezaban a darse cuenta de que los miembros ultraconservadores de la sociedad ya no estaban dispuestos a aceptarlas. Berenice se había convertido en una figura demasiado señalada como para pasar inadvertida. Durante un almuerzo importante ofrecido por los Harris Haggerty unos cinco meses después del asunto de Beales Chadsey, una huésped procedente de Cincinnati le había hablado sobre ella a la señora Haggerty y le había dicho que corrían rumores sobre su persona. La señora Haggerty escribió a unos amigos de Louisville para pedirles información y la había recibido. Poco después, curiosamente Berenice no fue invitada a la fiesta de presentación en sociedad de una tal Geraldine Borga, de cuya hermana había sido compañera en el colegio, y Berenice tomó nota. Con posterioridad, los Haggerty dejaron de incluirla en sus generosas invitaciones estivales, algo que siempre habían hecho. Y lo mismo ocurrió con los Lanman Zeigler y los Lucas Demmig. No se produjo ninguna afrenta de manera directa, sino que simplemente dejaron de invitarla. También una mañana leyó en el *Tribune* que la señora de Corscaden Batjer había zarpado con rumbo a Italia, sin que nadie le hubiera dicho ni una palabra a Berenice, cuando la señora Batjer era supuestamente una de sus mejores amigas. Para algunos, una simple insinuación dice más que para otros una afirmación explícita. Berenice sabía muy bien el rumbo que estaban tomando las cosas.

Aunque también es cierto que hubo algunas —las más elegantes entre las elegantes— que protestaron. La señora de Patrick Gilbennin, por ejemplo, dijo: «¡No! ¡No me diga! ¡Qué pena! Pues a mí me gusta Bevy y siempre seguirá gustándome. Es lista y puede seguir viniendo aquí mientras ella quiera. No es culpa suya. Ella es una dama y siempre lo será. La vida es muy cruel». Y la señora de Augustus Tabreez dijo: «¿Es verdad eso? No puedo creerlo. Pero da igual, es demasiado encantadora como para prescindir de ella. Yo por mi parte propongo que ignoremos estos rumores, al menos mientras nos atrevamos a hacerlo. Puede venir aquí aunque no pueda ir a ninguna otra parte». Y la señora de Pennington Drury: «¡Eso de Bevy Fleming! ¿Quién lo dice? Yo no me lo creo. A mí me cae bien esa muchacha. ¡Y pensar que los sosos de los Haggerty la dejen fuera! Seguirá siendo mi huésped, la chiquilla, mientras ella quiera. ¡Aunque la carrera de la madre la ha afectado mucho!».

Sin embargo, en el mundo de los ricos y aburridos —esos que mantienen el control por la fuerza de sus posesiones, su conformidad con las normas, su solemne sobriedad y su ignorancia—, Bevy Fleming se había convertido en *persona non grata*.

¿Y cómo se tomó ella todo esto? Con ese aire de superioridad del que es consciente de que ningún vuelco negativo de la fortuna que afecte a las cosas materiales y externas puede mermar ni un ápice su superioridad intelectual. Aquellos que son verdaderamente individualistas se conocen a sí mismos muy bien desde el principio, y casi nunca dudan, si es que alguna vez lo hacen. Puede que la vida juguete con ellos y que actúe como una marea destructiva que sube y baja desenfrenadamente, pero ellos se mantienen como una roca, tranquilos, serenos, impasibles. Bevy Fleming sentía que era tan inmensamente superior a cualquier cosa de la que formara parte que podía permitirse seguir manteniendo la cabeza alta incluso ahora. Pero, a pesar de eso, con la idea de poner remedio a su situación, se mantenía vigilante, con la mirada puesta únicamente en un posible matrimonio que pudiera resultarle satisfactorio. Braxmar no iba a volver. Estaba en algún lugar de Oriente —en China, según había oído— y aparentemente el encaprichamiento que había tenido con ella había desaparecido. Kilmer Duelma tampoco estaba —lo habían atrapado—, porque se lo había quedado una de aquellas familias que ahora se negaban a recibirla. Sin embargo, en los salones en los que aún hacía su aparición —y que no eran otra cosa que mercados para encontrar marido o esposa— surgieron un par de romances: vacilantes acercamientos por parte de vástagos de los ricos. Pero estaban destinados al fracaso. Uno de aquellos jóvenes, Pedro Ricer Mercado, un brasileño educado en Oxford, prometía mucho por su sinceridad y sentimientos hasta que se enteró de que Berenice era pobre, ¿y de qué más se habría enterado? Alguien le había susurrado algo al oído. Y también hubo un tal William Drake Bowdoin, hijo de una famosa familia de abolengo, que vivía en la parte norte de Washington Square. Tras un baile, un concierto matutino y otro evento en el que se encontraron, Bowdoin llevó a Berenice a ver a su madre y a su hermana, que se mostraron encantadas.

—¡Serena divinidad! —le dijo extasiado un día—. ¿Quieres casarte conmigo? — Bevy lo miró y se quedó pensativa.

—Esperemos sólo un poco más, querido —le aconsejó—. Quiero que estés seguro de que me amas de verdad.

Poco después, al encontrarse con un antiguo compañero de clase en un club, este lo saludó de la siguiente manera:

—Mira, Bowdoin. Eres mi amigo y te he visto con esa tal señorita Fleming. Bueno, yo no sé hasta dónde habrán llegado las cosas y no quiero ser entrometido, pero, ¿estás seguro de que conoces todos los aspectos del caso?

—¿A qué te refieres? —le preguntó Bowdoin—. Quiero que hables sin rodeos.

—Disculpa, amigo. No es mi intención ofenderte, de verdad. Ya me conoces. No podría hacerlo, después de la universidad y todo eso. Pero, es que, antes de que sigas adelante... Pregunta por ahí. Puede que te enteres de cosas. Si son ciertas, deberías saberlas. Y si no, las habladurías deberían cesar. Si me equivoco, ven a verme y me disculparé. He oído a la gente hablar, de verdad. Te lo digo con la mejor intención del mundo, amigo. Te lo aseguro.

Más averiguaciones. Y hablaron las lenguas de los celosos y los envidiosos. El señor Bowdoin iba a heredar tres millones de dólares. Después, un viaje inaplazable a alguna parte, y Berenice se contempló en el espejo. ¿Qué era? ¿Qué era lo que andaba diciendo la gente, si es que decía algo? Todo aquello era muy extraño. Bueno, era joven y bella. Había otros. Pero, podría haber llegado a amar a Bowdoin. Era tan despreocupado y tan artístico sin ser siquiera consciente de ello. La verdad era que no se lo habría esperado de él.

El efecto que todo esto tuvo no fue del todo deprimente. Enigmática y desdeñosa, con un toque de melancolía y un buen acervo de alegría y valor, Berenice a veces percibía tras el júbilo el hueco retumbar de la irrealidad. Vivir era un asunto delicado. Hasta las flores más bellas podrían morir por falta de luz y aire. El error de su madre había dejado de parecerle tan inexplicable. Después de todo, ¿no había logrado mantener a la familia y a sí misma hasta cierto punto dentro de la sociedad gracias a eso? La belleza estaba hecha de la misma materia que los sueños, y era igual de efímera. Y no sólo era importante una misma —el valor intrínseco de cada una, el esplendor de sus sueños—, sino también otras cosas —el nombre, la riqueza, que corrieran o no rumores sobre una, y la casualidad—. Berenice frunció los labios. Pero se podía vivir la vida. Se podía mentir al mundo. La juventud es optimista, y Berenice, a pesar de su magnífica mente, era aún muy joven. Veía la vida como si se tratara de un juego, o como un sorteo, en el que se podía jugar de muchas maneras diferentes, y las teorías de Cowperwood empezaron a resultarle atractivas. Cada uno debía forjarse su propia carrera, tallarla, o de lo contrario, pasaría la vida como alguien terriblemente soso o aburrido, que se dejara arrastrar siguiendo la estela de otros. Si la sociedad era algo tan melindroso y si los hombres eran tan sosos, entonces sí que había algo que ella podía hacer. Ella ansiaba la vida, la vida —y el dinero le ayudaría a conseguirla.

Además, Cowperwood le iba resultando cada vez más atractivo; porque la verdad es que lo era. Era mucho mejor que la mayoría, y un hombre muy poderoso, y ella se sintió increíblemente alegre, como quien dice: «La victoria será mía».

CAPÍTULO LXI

El cataclismo

Y ahora, al fin, Chicago se enfrenta a aquello que más temor le ha provocado. Un monopolio gigante está extendiendo sus patas como si se tratara de un pulpo, preparándose para apresarlo entre ellas y Cowperwood representa sus ojos, sus tentáculos y su fuerza. Incrustado en la mayúscula potencia y en el renombre comercial de Haeckelheimer, Gotloeb & Co., es como un monumento cuya base es una roca de gran resistencia. Lo único que ahora se interpone entre él y la realización de sus sueños es esa franquicia por un plazo de cincuenta años que debe concederle una mayoría de cuarenta y ocho votos de entre los sesenta y ocho concejales (en el caso de que haya que aprobar esa ordenanza a pesar del veto del alcalde). ¡Qué gran triunfo para su férrea y valerosa postura frente a todos los obstáculos! ¡Qué tributo a su capacidad para no inmutarse ante la tempestad y la tensión! Otros hombres quizá habrían abandonado el juego mucho antes, pero no él. Qué inesperado y magnífico golpe de suerte que el dinero, por propia iniciativa, se asustara ante la propuesta de Chicago de municipalizar los derechos y permisos, y le entregase a él la enorme red del South Side como recompensa a su dura oposición a aquellas absurdas teorías.

Gracias a la influencia de estos poderosos defensores, fue invitado a hablar ante diversos organismos comerciales de la ciudad —ante el Consejo de Corredores de Bienes Raíces, la Asociación de Propietarios, la Liga de Comerciantes, el Sindicato de Banqueros y así sucesivamente—, en los que tuvo la ocasión de exponer sus argumentos y justificar su causa. Pero el efecto de los hábiles discursos que dio en esos lugares se vio en gran medida neutralizado por las denuncias que hacían los periódicos. «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?^[1]», era la pregunta que se hacía todo el mundo. El sector de la prensa que antes tenía obligaciones hacia Hand y Schryhart se opuso tan implacablemente como siempre; y el resto de los periódicos, la mayoría, al no tener obligación alguna con el capital procedente del Este, sintió que lo más sensato sería apoyar a los más humildes. Se llevaron a cabo los estudios matemáticos más exhaustivos y detallados con la finalidad de demostrar que el trust de los tranvías generaría unos beneficios fabulosos en el futuro, pero se detectó que la mano de las entidades bancarias del Este se hallaba tras ellos y se vocearon los siniestros motivos que se escondían detrás de todo aquello. «Millones para todos los involucrados en el trust, pero no hay ni un centavo para Chicago», fue como lo expresó el *Inquirer*. A estas alturas, determinados filántropos de Chicago estaban ya tan encendidos que consideraron que destruir a Cowperwood no era más que su obligación hacia Dios, hacia la humanidad y hacia la democracia. Los cielos se

habían vuelto a abrir y ellos veían una gran luz. Por otra parte, los políticos —los que contaban con algún cargo, excepto el alcalde— constituían una mezquina banda de guerrilleros o filibusteros que, igual que cerdos hambrientos encerrados en una pocilga, se mostraban más que dispuestos a lanzarse sobre cualquier propuesta que les presentaran con un único fin en mente: comer, poder comer hasta saciarse. En momentos en los que se presentan grandes oportunidades y en los que se compite por obtener determinados privilegios, la vida siempre se hunde hasta el fondo de los pozos más profundos del materialismo, pero también se eleva hasta alcanzar los ideales más elevados. Cuanto más imponentes son las olas del mar, más impresionantes son sus huecos.

Pasó el verano, el concejo se reunió, y con el primer soplo de frío que trajo el otoño, hasta el aire de la ciudad se impregnó de la premonición de que iba a producirse una batalla. Cowperwood, decepcionado por el resultado de los diversos esfuerzos que había realizado para congraciarse, decidió recurrir a sus antiguos métodos, que tan fiables le resultaban: a los sobornos. Para empezar, le puso precio a cada voto favorable: veinte mil dólares. Más adelante, si era necesario, lo subiría hasta los veinticinco mil dólares, o incluso hasta los treinta mil, lo que le supondría un coste total cercano al millón y medio de dólares. Aun así, era un precio ridículo si se tenía en cuenta cuáles serían los beneficios. Tenía pensado que un concejal llamado Ballenberg, un lugarteniente de confianza, fuera el que presentara la ordenanza, y que posteriormente, esta fuera entregada al funcionario, que la leería, y después de lo cual, otro de sus secuaces se levantaría para solicitar que fuera trasladada al comité conjunto de calles y callejones, que estaba constituido por treinta y cuatro miembros elegidos de entre todos los comités permanentes. Este comité la valoraría durante una semana en el salón general de comités donde se celebrarían audiencias públicas. Cowperwood pensó que, poniendo al mal tiempo buena cara, conseguiría insuflar en sus seguidores la fuerza suficiente como para permitirles aguantar la abrasadora ordalía que vendría después. Los concejales ya estaban siendo asediados en sus casas, en los clubes de sus distritos electorales y los lugares de reunión. Tenían los buzones llenos de innumerables cartas que buscaban importunarlos o amenazarlos. Hasta sus hijos estaban siendo objeto de mofas porque sus vecinos sentían el deseo de castigarlos. Los predicadores les escribían con afán de ruego o de denuncia. Los espiaban y los insultaban diariamente en los medios impresos. El alcalde, astuto y curtido en batallas, dándose cuenta de que tenía ventaja a la hora de infundir terror, excitado por la larga lucha y por el olor de la contienda, no se arredró a la hora de abogar por las soluciones más drásticas.

—Esperemos a que se presente —les dijo a sus amigos durante una concurrida reunión celebrada en el Central Music Hall^[2] en la que participaron miles de personas, cuando se discutía el asunto de los medios para derrotar a los concejales corruptos—. Creo que tenemos al señor Cowperwood en un aprieto. Una vez presentada su ordenanza no podrá hacer nada durante dos semanas, y para entonces

nosotros estaremos en condiciones de organizar un comité de vigilancia, reuniones en los distritos electorales, clubes de marcha y cosas por el estilo. Deberíamos organizar una gran concentración de masas para la tarde del domingo previo al lunes en el que se vaya a presentar el proyecto de ley para la última audiencia. Tendremos que organizar reuniones para el exceso de público en todos los distritos a la misma hora. Déjenme que les diga, caballeros, que aunque creo que hay suficientes votantes honrados en el concejo de la ciudad como para evitar que la gente de Cowperwood consiga aprobar este proyecto de ley por encima de mi veto, pienso que no debemos permitir que este asunto llegue tan lejos. Nunca se sabe lo que estos granujas pueden hacer cuando les pongan por delante una oferta de veinte o treinta mil dólares en efectivo. La mayoría ni con suerte conseguirían ganar la mitad de esa cantidad en toda una vida, y tampoco esperan volver al concejo municipal de Chicago. Con una vez es suficiente. Hay demasiados que vienen tras ellos esperando su turno para meter los hocicos en el pesebre. Vayan a sus distritos electorales y organicen reuniones. Convoquen a sus concejales y no permitan que les den esquinazo ni que presenten objeciones por nimiedades ni se escuden tras sus derechos como ciudadanos ni como funcionarios públicos. Amenácenlos, no pretendan engatusarlos. Con ese tipo de hombres las palabras amables no sirven de nada. Amenácenlos, y cuando logren arrancarles una promesa, tengan a mano cuerdas para asegurarse de que cumplen su palabra. No me gusta aconsejar que se utilicen medios arbitrarios, ¿qué otra cosa podemos hacer? El enemigo está armado y listo para la acción ahora mismo. Simplemente están esperando un momento de tranquilidad. No permitan que lo encuentren. Estén preparados. Luchen. Soy su alcalde y estoy dispuesto a hacer todo lo que pueda, pero estoy solo y dispongo únicamente de un irrisorio derecho de veto. Ayúdenme y yo les ayudaré. Luchen por mí y yo lucharé por ustedes.

Asistamos a continuación a la desconcertante situación del señor Simon Pinski a las 9 de la noche dos días después de que se presentara la ordenanza, en la sede del Club Demócrata del Distrito Catorce. El señor Pinski, rechoncho, flácido y rubicundo, ataviado con una larga levita negra y sombrero de seda, estaba siendo hostigado por sus vecinos y sus socios. Lo habían convocado mediante amenazas para que respondiera de sus presuntos gravísimos delitos y fechorías. Para entonces se daba por sentado que prácticamente todos los concejales eran unos delincuentes y unos corruptos, y por consiguiente, la enemistad entre los partidos casi había desaparecido. En aquel momento ya no había demócratas ni republicanos, sino únicamente defensores o detractores de Cowperwood —principalmente detractores—. El señor Pinski, desafortunadamente, había sido señalado por el *Transcript*, el *Inquirer* y el *Chronicle* como uno de los que estaba abierto a que progresaran las interpelaciones de los constituyentes. De extracción mixta judía y norteamericana, había nacido y se había criado en el Catorce y hablaba con un acento claramente norteamericano. No era ni pequeño ni grande —tenía el pelo claro, los ojos huidizos y era astuto, y además, en la mayoría de las ocasiones, era un tipo amistoso—. Ahora

mismo estaba sin duda nervioso, furioso y perplejo, porque lo habían traído en contra de su voluntad. Definitivamente había clavado sus ojos ligeramente serviles —que guardaban cierto parecido con los de los cerdos— en la magnífica suma de treinta mil dólares, nada menos, y toda esta agitación amenazaba con privarle de su casi inalienable derecho a ellos. Su ordalía tuvo lugar en una sala amplia y de techos bajos iluminada por cinco sencillas y endebles lámparas de gas de dos brazos que colgaban del techo, y cuyas largas paredes, sucias y sin blanquear, estaban adornadas con carteles que anunciaban combates de boxeo, sorteos, juegos y la «Asociación Recreativa Simon Pinski» pegados generosamente aquí y allí. Estaba sobre la tribuna elevada que había al fondo de la sala, rodeado por una veintena o más de sus seguidores, todos más o menos gente de confianza, todos ataviados con levitas, o luciendo al menos sus ropas de domingo; y todos ellos con el ceño fruncido, nerviosos, acalorados, a la defensiva y temiendo que se produjeran problemas. El señor Pinski ha venido armado. Las palabras del alcalde relativas a las armas, las cuerdas, los clubes de marcha y demás han sido ampliamente difundidas, y el público parece ansiar un día de fiesta en Chicago cuyo acontecimiento central y más generalmente aceptado bien podría ser el linchamiento de un concejal.

—¡Eh, Pinski! —grita una voz desde aquel mar de rostros nuevos y decididamente hostiles. (No se trata de una reunión de seguidores de Pinski, sino de un conglomerado de todos los elementos de un populacho inquieto y arrebatado decidido a que, por una vez, se respeten los principios que deben regir la moralidad de los concejales. Hay hasta mujeres allí presentes —miembros de la iglesia local, una o dos reformistas destacadas e incluso representantes de la Unión Cristiana de Mujeres por la Templanza^[3], uno de cuyos objetivos es acabar con las tabernas y el alcohol—. El señor Pinski ha sido convocado a su presencia mediante la amenaza de que si no comparecía, este honorable grupo iría a buscarlo a su propia casa.)

—¡Eh, Pinski! ¡Bribón! ¿Cuánto esperas sacar de los tranvías? (Este grito llegó desde el fondo de la sala.)

—¡El hombre que diga que soy un bribón es un mentiroso! —dijo Pinski girándose bruscamente hacia un lado como si le hubieran pinchado en el cuello—. Jamás en mi vida he aceptado ni un solo dólar que no fuese limpio, y eso lo sabe todo el mundo aquí en el Distrito Catorce.

A lo que las quinientas personas allí reunidas contestaron con una sonora carcajada y con comentarios como:

—¡Que Pinski no ha aceptado nunca ni un solo dólar! ¡Ja, ja, ja! ¡Hurra!

El señor Pinski (con la cara encendida se pone de pie).

—Así es. ¿Y por qué tengo yo que hablar con un montón de gandules que vienen aquí porque los periódicos les han dicho que me insulten? Hace seis años que soy concejal y todo el mundo me conoce.

—¿Y tú nos llamas gandules a nosotros? ¡Ladrón! —dijo una voz.

—¡Ya ves que te conocemos! —dijo otra voz, refiriéndose a su comentario.

—¡Tú, corrupto! —dijo ahora un fontanero pequeño y huesudo vestido todavía con sus ropas de trabajo—. ¿Y qué has pensado votar? ¿A favor o en contra de la franquicia? ¿Qué, qué vas a votar?

—Sí, ¿qué vas a votar? —dijo ahora un empleado de seguros.

El señor Pinski (poniéndose en pie de nuevo, porque está tan nervioso que se pone de pie o hace amago de ello continuamente, y después vuelve a sentarse):

—Tengo derecho a tomar mis propias decisiones, ¿no? Tengo derecho a pensar. Si no, ¿para qué soy concejal? La constitución...

—¡Al diablo con la constitución! —dice un republicano contrario a Pinski, un joven secretario judicial—. Déjate de bonitas palabras ahora, Pinski. ¿En qué sentido crees que vas a votar? ¿A favor o en contra? ¿Sí o no?

—No se atreve a decirlo. Me juego cualquier cosa a que ya tiene en el bolsillo dinero del malnacido ese —dice ahora otra voz (la de un albañil contrario a Pinski).

—No dejes que te intimiden, Sim —dice ahora una voz que llega del fondo de la sala; la de uno de los seguidores de Pinski, un irlandés fuerte con tipo de púgil—. Mantente firme. No pueden hacerte nada. Estamos aquí.

Pinski, que se pone de pie de nuevo, dice:

—Esto es un atropello. ¿Es que no se me va a permitir expresar mi opinión? Siempre hay dos versiones de la misma historia. Yo creo que digan lo que digan los periódicos, Cowperwood ha hecho...

—Te han sobornado, ¡ladrón! —dice un oficial de carpintero, lector del *Inquirer*—. Te estás yendo por las ramas. Estás dispuesto a venderte.

—¡Sí, tú, ladrón! —dijo el fontanero huesudo—. ¡Lo que quieres es llevarte los treinta mil dólares y quedar impune, eso es lo que quieres, corrupto!

El señor Pinski (en tono desafiante, incitado por las voces procedentes de la parte de atrás) dice:

—Quiero ser justo; eso es lo que quiero. Quiero seguir siendo capaz de pensar por mí mismo. La constitución nos concede a todos libertad de expresión: incluso a mí. Insisto en que las compañías de tranvías tienen derechos; al igual que la gente, que también los tiene.

—¿Y cuáles son esos derechos? —dijo otra voz.

—No lo sabe —dijo otra voz—. No sería capaz de distinguir los derechos del pueblo de los del aserradero, ni el grano de la paja.

—Ni de un carro de paja —dijo otra voz.

Pinski, que continúa desafiante porque todavía no lo han matado:

—Digo que la gente tiene derechos. Se debería obligar a las compañías a pagar unos impuestos justos. Pero me parece que veinte años para una franquicia es demasiado poco. El proyecto de ley Mears les concede ahora cincuenta años, y me parece, si se tiene todo en cuenta...

Y los quinientos a coro:

—¡Ladrón! ¡Bandido! ¡Corrupto! ¡Colgadlo! ¡Coged una cuerda!

Pinski retrocede para quedar dentro de su círculo defensivo cuando varios ciudadanos se le acercan con los ojos encendidos, enseñando los dientes y con los puños apretados:

—¡Esperad, amigos! ¿Es que ni siquiera me vais a dejar terminar?

—Nosotros sí que vamos a acabar contigo, ¡golfo!

—¿Qué vas a votar, eh? —le dice uno de los ciudadanos que se le acerca, un polaco con barba—. ¡Dínoslo! ¿Qué? ¿Eh?

—Eres un inútil y un ladrón —le dice un segundo ciudadano, un judío—. Ya hace diez años que te conozco. Me engañaste cuando tenías la tienda de comestibles.

—Contésteme a esto, señor Pinski —dice un tercer ciudadano, un sueco, en tono cantarín—. Si la mayoría de los ciudadanos del Distrito Catorce no quiere que vote a favor, ¿seguiría votando que sí?

Y Pinski vacila.

Y de nuevo los quinientos:

—¡Mirad a ese sinvergüenza! Tiene miedo de decirlo. No sabe si hará lo que la gente de este distrito quiere que haga. ¡Matadlo! ¡Rompedle la crisma!

Desde atrás surge una voz que dice:

—Ponte de pie, Pinski. No tengas miedo.

Y Pinski, aterrorizado al ver que los quinientos se precipitan hacia el estrado:

—Si la gente no quiere que lo haga, por supuesto que no lo haré. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Es que no soy yo quien los representa?

—Sí, ahora, cuando crees que te vamos a reventar a patadas —dice otra voz.

—Tú no serías honrado ni con tu madre, bastardo. ¡No podrías! —dijo otra voz.

Y Pinski:

—Con que la mitad de los votantes me pidiera que no lo hiciera, no lo haría.

—Vale, pues haremos que te lo pidan los votantes —dijo otra voz—. Haremos que nueve de cada diez hayan firmado para mañana por la noche.

Un irlandés-norteamericano (veintiséis años, cobrador de gas, acercándose mucho a Pinski), dice:

—Si no votas lo que debes, te colgaremos, y yo mismo estaré allí para tirar de la cuerda.

Uno de los lugartenientes de Pinski, dice:

—¿Quién es ese niño? Lo estaremos esperando y ese con una buena patada en el sitio adecuado está listo.

Y el cobrador del gas:

—Pero no serás tú quien me la de, terrier cara de zanahoria. Sal fuera y verás (intervienen los amigos).

La reunión se desmanda y Pinski es escoltado por sus amigos hasta sacarlo a la calle —completamente rodeado— entre gritos, silbidos y chillidos de «¡Corrupto! ¡Ladrón! ¡Mangante!».

Se produjeron muchos incidentes tan dramáticos como este una vez que se

presentó la ordenanza.

A partir de entonces se vieron en las calles, en los distritos y en las zonas de las afueras, e incluso, ocasionalmente, en el corazón comercial, los clubes de marcha —aquellas efímeras y siniestras organizaciones que habían surgido a demanda del alcalde—, grupos numerosos compuestos de gentes grises, estúpidas y nada distinguidas —empleados, obreros, pequeños comerciantes y los vástagos menos ilustres de la religión o la moral—; y todos ellos se pasaban la tarde entera deambulando de un lado para otro tras salir del trabajo, reuniéndose en salones baratos y en las sedes de los clubes de los partidos, y haciendo instrucción, pero, ¿con qué fin? Con el de que marcharan hasta el ayuntamiento aquel fatídico lunes por la tarde cuando las ordenanzas de los tranvías se someterían a votación para ser aprobadas y exigieran a los obstinados legisladores que cumplieran con su deber. Una mañana, cuando Cowperwood se dirigía a su oficina en una de sus propias líneas elevadas, observó que algunos de aquellos insignificantes ciudadanos lucían en la solapa botones o distintivos y leían el periódico sentados tranquilamente, ajenos a aquella presencia que personificaba el terror y el poder que todos ellos temían. Uno de los distintivos tenía como emblema una horca de la que colgaba una soga con un nudo corredizo; en otro se proclamaba la siguiente pregunta: «¿Nos vamos a dejar robar?». Y en las calles se veían enormes carteles de un metro por dos, pegados en las vallas o en los muros ciegos.

WALDEN H. LUCAS
contra los
CORRUPTOS
Todos los ciudadanos de Chicago deberían
venir al Ayuntamiento
ESTA TARDE
LUNES, 12 DE DICIEMBRE
Y todos los siguientes lunes por la tarde
mientras se estén valorando
las franquicias de los tranvías,
para encargarse de que los intereses de la ciudad
estén protegidos frente a la
CORRUPCIÓN
¡Ciudadanos, levantaos para derrotar a los corruptos!

En los periódicos aparecían encendidos titulares; en los clubes, los salones y las iglesias se podían oír acalorados discursos todas las tardes. Los hombres se habían emborrachado de una especie de furia que los incitaba a la lucha. No sucumbirían ante este titán que se había empeñado en arruinarlos. No se dejarían devorar por esta gorgona del Este. Se le debería obligar a pagar a la ciudad una suma razonable o a marcharse. No se le debería conceder ninguna franquicia por espacio de cincuenta años. Había que revocar la ley Mears, para que él se viera obligado a dirigirse humildemente al concejo de la ciudad y a hacerlo con las manos limpias. Y en este momento, ningún concejal que hubiera recibido un solo dólar por su voto debería

sentirse seguro y no temer por su vida.

Huelga decir que ante semejante campaña de intimidación, sólo se podría vencer a costa de un gran valor. Los concejales eran simples humanos. En la sala en la que se reunía el concejo, Cowperwood se movía libremente entre ellos, explicándoles lo mejor que podía que aquello era justo, y dejándoles claro que, aunque estaba dispuesto a pagarles, consideraba que aquello era conforme con sus derechos. Su desafío, inquebrantable e invencible, animaba enormemente a sus seguidores, y los treinta mil dólares actuaban como contrafuerte frente a muchos de sus temores. Al mismo tiempo, muchos de aquellos concejales se preguntaban también qué harían y dónde irían una vez que se hubieran dejado sobornar.

Al fin llegó aquel lunes por la tarde que supondría la prueba de fuerza definitiva. Imaginen aquel enorme y macizo edificio de granito negro —erigido a costa de millones y que recordaba en cierto sentido a la soporífera arquitectura del antiguo Egipto— que hacía las veces de ayuntamiento y de tribunal del condado^[4]. Aquella tarde miles de personas atestaban las cuatro calles que lo rodean, y para las que Cowperwood se había convertido en una figura apabullante: de inmensa riqueza, corazón de hierro y siniestras intenciones —en el máximo representante de las maquinaciones más crueles y perversas—. Este mismo día, el *Chronicle*, con calculada precisión, había dedicado una página completa a hacer una descripción detallada, aunque exagerada, de la casa que Cowperwood tenía en Nueva York: el patio de las orquídeas, la habitación del amanecer, los baños de alabastro rosa y azul, las terminaciones de mármol y los tallados. Representaron a Cowperwood sentado en un elegante diván rodeado de libros, obras de arte y comodidades. Se daba a entender vagamente que en los momentos en los que se entregaba al lujo y al placer bailaban ante él las odaliscas y se permitía todo tipo de excesos y vicios innombrables.

A esta misma hora se reunían en la sala del concejo la mayor manada de hambrientos e impúdicos lobos grises que jamás se hubieran dado cita bajo un mismo techo. Era una sala grande adornada con altos ventanales en la parte sur, y de cuyo techo colgaba una pesada y recargada araña. Las treinta y seis mesas que ocupaban los concejales estaban colocadas en forma de semicírculos concéntricos, y la madera que adornaba la sala era de roble negro tallado y muy pulido. Las paredes eran de un color gris azulado decoradas con arabescos dorados —lo que confería a los diversos procedimientos cierto aire de dignidad y majestuosidad—. Sobre el lugar que ocupaba el presidente había un inmenso retrato al óleo de un antiguo alcalde —de mala factura y polvoriento, a pesar de lo cual resultaba impresionante—. Las dimensiones y las características del lugar proporcionaban a las voces de los oradores una especie de resonancia durante las reuniones habituales. Esta tarde, a través de las ventanas cerradas, llegaba hasta allí el sonido de lejanos tambores y de los pies de la gente que marchaba. Tras las puertas de la sala del concejo, en el vestíbulo, se apelotonaban al menos mil hombres con cuerdas y palos, y una banda de pífanos y tambores que ocasionalmente entonaba himnos y canciones patrióticas como *Hail*,

Columbia, Happy Land; My Country, Tis of Thee y Dixie^[5]. Al concejal Schlumbohm, aplastado y machacado hasta dejarlo casi medio muerto, seguido hasta las mismas puertas del concejo por trescientos de sus conciudadanos, lo dejaron allí con la advertencia de que lo estarían esperando cuando saliera. Al fin habían logrado impresionarlo vivamente.

—¿Qué es esto? —preguntó a su vecino y colega más cercano el concejal Gavegan, cuando al fin logró llegar sano y salvo a su asiento—. ¿No es un país libre?

—¡Yo qué sé! —le contestó su colega con aire cansado—. En mi vida he visto una banda como esa con la que tengo que lidiar en el Distrito Veinte. ¡Dios mío! Aquí ya no se nos permite decidir nada. Hemos llegado a un extremo en el que son los periódicos los que le dicen a todo el mundo lo que tiene que hacer.

Los concejales Pinski y Hoherkorn, que hablaban en privado en una esquina, se mostraban adustos.

—Te voy a decir una cosa, Joe —le dijo Pinski a su colega—, es este Lucas el que tiene a la gente revuelta. Anoche no fui ni a mi casa porque no quería que esos tipos me siguieran hasta allí. Mi esposa y yo nos quedamos en el centro, pero uno de los muchachos vino hace un rato a casa de Jake y dice que debía de haber al menos quinientas personas rodeando mi casa ya a las seis. ¿Qué te parece a ti eso?

—Aquí ha pasado lo mismo. Yo no le echo mucha cuenta a eso de los linchamientos, pero, cualquiera sabe. Tampoco sé si la policía podría sernos de mucha ayuda. Esto es un maldito atropello. La propuesta que ha hecho Cowperwood es justa. ¿Qué es lo que les pasa?

De fuera llegaron de nuevo los acordes de *Marching Though Georgia*^[6].

En este momento hicieron su entrada los concejales Ziner, Knudson, Revere, Rogers, Tiernan y Kerrigan. De todos los concejales, quizá los señores Tiernan y Kerrigan fueran los que más serenos se mostraban, pero, en cualquier caso, el espectáculo de las calles atestadas de gente que portaba antorchas y lucía insignias que mostraban lazos corredizos enganchados a una horca era algo muy grave.

—Te digo una cosa, Pat —dijo Mike *el Sonrisas* cuando por fin lograron alcanzar la puerta tras atravesar aquella muchedumbre de ciudadanos que los insultaban y abucheaban—, esto pinta bastante mal. ¿A ti qué te parece?

—¡Que se vayan al diablo! —le contestó Kerrigan enfadado, iracundo y decidido—. No son ellos los que me van a dictar a mí lo que tengo que hacer ni los que dirigen mi distrito. Votaré lo que me dé la gana.

—Lo mismo digo —dijo Tiernan, haciendo gran alarde de valor—. Yo también estoy de acuerdo con eso. Pero, en cualquier caso, el ambiente está muy caldeado.

—Sí, desde luego que está caldeado —contestó Kerrigan, recelando de que su compañero de fatigas estuviera flaqueando—, pero no por eso me voy a convertir en un rajado.

—No, ni yo tampoco —le contestó *el Sonrisas*.

Entra ahora el alcalde, acompañado de una banda de pífanos y tambores que

ejecuta *Hail to the Chief*^[7], y asciende a la tribuna. Fuera en los pasillos se oyen los vítores del populacho y la galería superior la ocupa un público escogido. Cuando los distintos concejales levantan la vista, se encuentran con un mar de rostros hostiles.

—Ahí están los elegidos del alcalde —le comenta un concejal a otro en tono cínico.

Se producen algunas disputas para pasar el rato mientras se discuten asuntos de menor importancia, lo que proporciona a la galería la oportunidad de intercambiar comentarios e información, y de identificar a una celebridad local tras otra. «Ahí está Johnnie Dowling; es el tipo rubio grande de la cabeza redonda. Y allí está Pinski, la rata esa. Y Kerrigan. Ocúpate de la esmeralda. Eh, Pat, ¿cómo van las joyas? Esta tarde no vas a poder hacer ningún chanchullo, Pat. Esta tarde no vais a aprobar ninguna ordenanza.»

Interviene el concejal Winkler, partidario de Cowperwood:

—Señor presidente, creo que habría que hacer algo para restablecer el orden en la galería y evitar así que este procedimiento se vea interrumpido. Me parece un escándalo que, en una ocasión como esta, cuando los intereses del pueblo requieren de nuestra máxima atención...

—¡Los intereses del pueblo! —dice una voz.

—¡Siéntate! ¡Te has vendido! —dice otra voz.

—Señor presidente, por favor... —dice el concejal Winkler.

Interviene ahora el alcalde:

—Tendré que pedirle al público de la galería que se mantenga en silencio para que nos podamos ocupar del asunto que nos ha traído hasta aquí —a lo que la galería responde con aplausos antes de quedar en silencio.

—Los tiene bien entrenados, ¿eh? —le dice el concejal Guigler al concejal Sumulsky.

Se pone en pie ahora el concejal Ballenberg, favorable a Cowperwood; un hombre grande, moreno, de piel rubicunda y tersa:

—Antes de proceder a discutir una ordenanza que lleva mi nombre, me gustaría solicitar la autorización del concejo para exponer ciertos hechos. Cuando presenté esta ordenanza la semana pasada, dije...

—Ya sabemos lo que dijiste —dijo una voz.

—Dije que lo hacía porque así se me había solicitado —dijo el concejal Ballenberg—. Quiero explicar que fue a petición de una serie de caballeros que con posterioridad se han presentado ante el comité de este concejo que ahora tiene esta ordenanza...

—Vale, Ballenberg —dijo otra voz—. Ya sabemos a petición de quién la presentaste. Ya has dicho lo que tenías que decir.

—Señor presidente, por favor... —dice el concejal Ballenberg.

—Siéntate, Ballenberg —dice una voz—. Deja que pueda hablar algún otro corrupto.

Y ahora dice el alcalde:

—¿Podrían dejar de interrumpir desde la galería?

El concejal Honarek se pone en pie de un salto:

—Esto es un atropello. La galería está atestada de gente que ha venido hasta aquí para intimidarnos, cuando aquí tenemos a una gran empresa pública que ha servido a esta ciudad durante años, y la ha servido bien, y cuando alguien se dirige a este organismo con una propuesta sensata no se nos permite siquiera valorarla. El alcalde ha metido en la galería a sus amigos, y los periódicos agitan a la gente para que vengan hasta aquí a millares para intentar amedrentarnos. Yo por mi parte...

—¿Qué te pasa, Billy? ¿No te han dado el dinero todavía? —dice una voz.

El concejal Hvraneck, un polaco-americano inteligente y de aire artístico, agita el puño en dirección a la galería y dice:

—¡Tú, cobarde, no te atreves a bajar aquí a repetir eso!

A lo que un coro de cincuenta voces responde:

—¡Canallas! —y también—. Si tuvieras alas..., Billy.

El concejal Tiernan, poniéndose en pie:

—Señor alcalde, ¿no cree usted que ya hemos tenido suficiente?

—Anda, mira quien está aquí. Pero si es Mike *el Sonrisas* —dice una voz.

—¿Cuánto esperas trincar, Mike? —dice otra voz.

El concejal Tiernan, volviéndose hacia la galería, dice:

—Lo que yo quiero decir es que yo puedo darle una paliza a cualquiera que quiera bajar aquí a decirme las cosas a la cara. A mí no me dan miedo ni las cuerdas ni las pistolas. Estas compañías lo han hecho todo por la ciudad...

—¡Oh! —dice una voz.

El concejal Tiernan:

—Si no fuera por las compañías de tranvías ni siquiera tendríamos ciudad.

—¡Oh! —dice un coro de diez voces.

El concejal Tiernan, con valentía:

—No opino lo mismo que algunas personas.

—Yo diría que no —dice una voz.

—Me refiero a que estoy a favor de que haya una compensación por los privilegios que esperamos conceder —dice el concejal Tiernan.

—Tú de lo que estás hablando es de tu cartera —dice una voz.

El concejal Tiernan:

—Me importan un carajo los tipejos y los cobardes de la galería. Yo digo que debemos tratar bien a las compañías. Ellas han ayudado a levantar esta ciudad.

—Tú lo que quieres es tratarte bien a ti mismo, eso es lo que quieres —dicen a coro cincuenta voces—. Vota bien esta tarde o te arrepentirás.

Para entonces, casi todos los concejales, menos los que tenían un carácter más templado, estaban más o menos aterrorizados tras aquella contienda de duras e implacables preguntas y repreguntas. De nada serviría pelear con la galería ni con el

gentío que se agolpaba en la calle. Por encima de ellos se sentaba el alcalde, y ante ellos los periodistas, que tomaban nota en taquigrafía hasta de la última palabra que decían.

—No sé qué podemos hacer —le dijo el concejal Pinski al concejal Hvraneck, su vecino.

—Me parece que quizá sería mejor que no lo intentáramos siquiera.

Llegado este punto, se levantó el concejal Gilleran, un hombre pequeño, pálido e inteligente, que se oponía a Cowperwood. Según se había acordado previamente, él iba a ser el encargado de someter aquel asunto a la segunda y definitiva, según demostró ser, prueba de fuerza.

—Con el permiso de la presidencia —dijo—, propongo que se reconsidere el voto mediante el que la ordenanza Ballenberg que aboga por un plazo de cincuenta años se remitió al comité conjunto de calles y callejones, y que en su lugar, sea remitida al comité del ayuntamiento.

Se trataba de un comité que hasta aquel momento los miembros del concejo habían considerado de mínima importancia. Sus principales responsabilidades consistían en decidir nuevos nombres para las calles y regular el horario de los funcionarios del ayuntamiento, de modo que allí no había ni emolumentos adicionales ni sobornos. En un gesto de pícaro desafío a la hora de organizar aquella sesión, todos los amigos del alcalde, los reformistas, aquellos de los que no se podían fiar, habían sido relegados a este comité. Y ahora se proponía arrebatarla de las manos a los amigos para mandarla allí, de donde sin duda jamás volvería a salir. Había llegado la gran prueba.

El concejal Hoberkorn, nombrado portavoz de su cuadrilla porque era el más hábil en términos parlamentarios, dice:

—No se puede reconsiderar el voto —y comienza una larga explicación que se mezcla con los silbidos.

—¿Cuánto tienes? —dice una voz.

—Has sido corrupto toda tu vida —dice una segunda voz.

Y el concejal Hoberkorn, volviéndose hacia la galería con un brillo de desafío en los ojos, dice:

—Habéis venido aquí a intimidarnos, pero no podéis hacerlo. Sois tan despreciables que no merecéis que se os preste atención.

—Oyes los tambores, ¿no? —dice una voz.

—Vota lo que no debes, Hoberkorn, y te vas a enterar —dice una segunda voz—. Te conocemos.

Y el concejal Tiernan, para sí mismo:

—Vaya, eso es fuerte, ¿no?

Dice el alcalde:

—Moción denegada. El argumento no está bien planteado.

Se levanta el concejal Guigler algo confuso:

—¿Votamos ahora la proposición de Gilleran?

—Ya ves que sí, y votad bien —dice una voz.

—Sí. El funcionario llamará para la votación nominal —dice el alcalde.

El funcionario comienza a nombrar a los concejales empezando por la A:

—¿Altvast? —partidario de Cowperwood.

—Sí. —Se había dejado vencer por el miedo.

—Uno menos —le dice el concejal Tiernan al concejal Kerrigan.

—Sí —dice el concejal Kerrigan.

—¿Ballenberg? —partidario de Cowperwood, y el hombre que había presentado la ordenanza.

—Sí.

—¿Ha flaqueado Ballenberg? —pregunta el concejal Tiernan.

—Eso parece —le contesta el concejal Kerrigan.

—¿Canna?

—Sí.

—¿Fogarty?

—Sí.

—Adiós a Fogarty también —dice nervioso el concejal Tiernan.

—¿Hvranek?

—Sí.

—¡Y Hvranek! —dice el concejal Tiernan.

—Les sale por los poros —dijo el concejal Kerrigan, refiriéndose al valor de sus colegas.

Exactamente ochenta segundos fue lo que tardó el funcionario en nombrar a todos los concejales y Cowperwood en perder por cuarenta y uno a veinticinco votos. Estaba claro que nunca lograría recuperar la ordenanza.

CAPÍTULO LXII

La compensación

Quizá alguna vez hayan visto a un hombre con el corazón apesadumbrado a causa de una gran aflicción. Habrán visto cómo se ensombrece la mirada, el alma se afana y el espíritu se congela con el aliento de un desastre glacial. A las diez y media de aquella noche en concreto, Cowperwood, sentado en soledad en la biblioteca de su casa de Michigan Avenue, hubo de enfrentarse con el hecho de que había perdido. Se había jugado demasiado a una sola carta. De nada le servía repetirse a sí mismo que podría volver al concejo una semana más tarde con una ordenanza modificada o bien esperar a que amainara la tormenta. Se negaba ese consuelo. Ya había batallado mucho y había invertido mucho esfuerzo en ello, utilizando todos los recursos y las triquiñuelas que había sido capaz de concebir. Se había pasado la semana apareciendo en diversas ocasiones en la cámara del concejo donde el comité había estado llevando a cabo las audiencias. Poco le consolaba saber que podría paralizar esta situación de tránsito mediante pleitos, mandamientos judiciales, apelaciones y decretos judiciales de intervención, convirtiéndola en presa de los abogados, para desesperación de la ciudad, durante tantos años que no se resolvería hasta mucho después de que él y sus enemigos ya hubieran muerto. Este combate se había venido fraguando desde hacía mucho tiempo, y él lo había estado preparando meticulosamente desde años antes. Y ahora, el enemigo se había visto alentado por una gran victoria. Sus concejales — todos ellos hombres poderosos, hambrientos y luchadores—, como los soldados escogidos por los emperadores de la antigua Roma —hombres despiadados, sin conciencia y tan desesperados como él mismo— refugiados en el último reducto que suponían sus privilegios personales, habían terminado por caer, debilitados, derrotados. ¿Cómo podría él alentarlos para prepararlos para otra batalla; cómo iban a enfrentarse a la violenta furia de un enorme populacho que ya había aprendido lo que era ganar? Quizá otros pudieran intervenir —Haeckelheimer, Fishel o cualquier otro de la media docena de gigantes del Este— para calmar las aguas revueltas de aquel mar violento que él había contribuido a enfurecer. Pero él estaba ya cansado, harto de Chicago, y harto de esta lucha interminable. Hacía muy poco que se había prometido a sí mismo que si lograba lo que se había propuesto, jamás volvería a intentar nada en lo que se jugara tanto ni que requiriera tantísimo esfuerzo. Ya no tendría necesidad de hacerlo. El tamaño de su fortuna hacía que ya no valiera la pena. Además, a pesar de su tremenda energía, se hacía mayor.

Desde que se distanciara de Aileen, se encontraba bastante solo y desconectado de todos los que tenían relación con sus años de juventud. Su deseada Berenice

seguía evitándolo. Aunque bien era cierto que últimamente se había mostrado cariñosamente comprensiva; pero, ¿a qué se debía en realidad? ¿Podría ser que lo soportara con cortesía quizá, o que se sintiera obligada a ello? Poco más, desde luego, pensaba él. Miró hacia el futuro y decidió con pesadumbre que debía seguir luchando, pasara lo que pasara, y después...

Mientras estaba sentado allí sumido en aquellos tristes pensamientos y respondiendo a alguna que otra llamada telefónica, sonó el timbre de la puerta y el sirviente le trajo una tarjeta que, según dijo, le había entregado una joven que le había asegurado que él reconocería al instante. Le echó un breve vistazo y Cowperwood se puso en pie de un salto y bajó las escaleras apresuradamente para presentarse ante la persona cuya compañía más ansiaba.

Hay compromisos del espíritu que son tan esquivos y sutiles que es difícil seguirles la pista a todos sus tortuosos vericuetos. Desde aquel día lejano ya en el que Berenice pusiera los ojos en Cowperwood por primera vez, se había sentido atraída por la sensación de poder que desprendía, y por aquella personalidad sorprendente y fascinante. Desde entonces ella se había ido familiarizando con sus ideas sobre la libertad de acción de cada individuo y sobre la indiferencia hacia la visión convencional de las cosas. Al seguirlo a lo largo de su larga batalla en Chicago, se había sentido atrapada por los asombrosos sueños de él, que iba camino de convertirse en uno de los mayores gigantes financieros del mundo. Durante los recientes viajes de Cowperwood al Este, ella había llegado a sentir a veces que podía adivinar la intensidad de esta gran ambición por la expresión de su rostro, y cuyo objetivo último no era otro que ella misma. O eso le había asegurado él en una ocasión. Con ella había sido siempre espléndido, y paciente en sus súplicas.

Y esta noche estaba en Chicago, invitada en el Richelieu por unos amigos, y ahora de pie ante Cowperwood.

—¡Vaya, Berenice! —le dijo extendiéndole la mano con gesto cordial—. ¿Cuándo has llegado a la ciudad? ¿Qué te trae por aquí? —En una ocasión había intentado obligarla a que le prometiera que si alguna vez cambiaban sus sentimientos hacia él, se lo hiciera saber de alguna manera. Y ahora se presentaba aquí esta noche—, ¿con qué menester? Se fijó en su traje de seda marrón y terciopelo y ¡en lo bien que casaba con su gracia felina!

—Tú me has traído hasta aquí —le contestó ella con un tono indefinible en la voz que suponía a un tiempo un desafío y una confesión—. Por lo que he estado leyendo, pensé que probablemente me necesitaras en este momento.

—¿Te refieres a...? —le preguntó mirándola con intensidad, y ahí se interrumpió.

—A que he tomado una decisión. Además, debía pagarte en algún momento.

—¡Berenice! —exclamó él en tono de reproche.

—No, no me refiero a eso —le contestó—. Ahora me arrepiento. Creo que te comprendo mejor. Además —añadió, con una repentina alegría con la que parecía querer consolarse—, es porque quiero hacerlo.

—¡Berenice! ¿De verdad?

—¿No se nota? —le preguntó.

—Muy bien, entonces —dijo él sonriendo y tendiéndole la mano. Y para su sorpresa, ella se le acercó.

—Yo misma no puedo explicármelo —prosiguió atropelladamente y en voz queda con un tono levemente ansioso—, pero ya no podía seguir separada de ti. Tuve el presentimiento de que quizá esta vez perdieras aquí. Pero quiero que te marches a algún otro sitio si es necesario; a Londres o París. El mundo no llegará a comprendernos del todo, pero yo sí.

—¡Berenice! —dijo acariciándole la mejilla y el pelo.

—No te acerques tanto, por favor. Y no podrá haber otras mujeres, a menos que quieras que cambie de opinión.

—Ni una más, porque espero conservarte. Compartiré contigo todo lo que tengo...

Como respuesta...

¡Qué extraña es la realidad comparada con la ilusión!

UNA RETROSPECTIVA

El mundo está anesthesiado por un exceso de religión. La vida se aprende viviendo, y el moralista profesional, en el mejor de los casos, no es más que un fabricante de mercancías de pacotilla. En última instancia, Dios, o la fuerza vital, no es a lo sumo más que una ecuación, cuya máxima expresión en el hombre, el contrato social, es eso mismo también. Su forma de expresión parece ser la de dar vida al individuo en toda su espléndida diversidad y variedad, para, a través de él, llegar hasta las masas con sus problemas. Al final, invariablemente se establece un equilibrio por el que la masa subyuga al individuo o el individuo a la masa —al menos durante un tiempo, porque he aquí que el mar se riza y se encrespa continuamente.

Al mismo tiempo han ido surgiendo palabras y expresiones referidas a la sociedad que expresan una necesidad de equilibrio —de igualdad—. Palabras como derecho, justicia, verdad, moralidad, una mente sincera y un corazón puro, que vienen todas a decir que es necesario alcanzar un equilibrio. Los fuertes no deben ser demasiado fuertes ni los débiles demasiado débiles. Pero sin variación, ¿cómo se puede llegar a mantener ese equilibrio? ¡El nirvana! ¡El nirvana! La absoluta y mansa igualdad.

Precipitándose hacia el cénit como un gran cometa a cuyo paso deja una brillante estela, Cowperwood llegó a personificar en aquel momento los terrores y los prodigios de la individualidad. Pero también a él aplicaba la eterna ecuación —el *pathos* del descubrimiento de que incluso los gigantes no son más que pigmeos y de que se debía llegar a un equilibrio definitivo—. ¿Y qué podemos decir de las extrañas, torturadas y aterrorizadas reflexiones de aquellos que, atrapados en su estela, se vieron desplazados de lo que se consideraba normal y corriente? Representantes a cientos, que fueron sacados a la fuerza de la política y llevados hasta la tumba; una cincuentena de concejales pertenecientes a diversos ayuntamientos que fueron conducidos entre quejas y gimoteos hasta el limbo de los torpes, los inútiles y los hombres ordinarios. Un gobernador espléndido que por un lado soñaba con un ideal, pero que por otro, sucumbió a la necesidad material, calumniando al hombre que le ayudaba al tiempo que se dejaba torturar por sus propias dudas. Un segundo gobernador, más dispuesto a dejarse convencer, fue recibido por los silbidos del populacho y se retiró, pesaroso y amargado, para terminar finalmente quitándose la vida. Schryhart y Hand, ambos hombres malignos, incapaces de descubrir si de verdad habían triunfado, terminaron muriendo aún desconcertados. Un alcalde cuya hora más grandiosa tuvo lugar cuando frustró a

aquel que lo despreciaba, vivió para decir: «Es un gran misterio. Era un hombre extraño». Una gran ciudad luchó durante una veintena de años por desenmarañar aquello para lo que simplemente no había solución posible —un auténtico nudo gordiano^[1].

Y este gigante, que se apresuró a entregarse a nuevas luchas y nuevas dificultades en una tierra más antigua, sufriendo eternamente el aguijón de un corazón inquieto — para él no hubo paz ni llegó tampoco a comprender de verdad—; para él sólo hubo hambre, sed y sorpresa. ¡Dinero, dinero, dinero! Una interpretación nueva para un nuevo y grave problema, y su eventual solución. De nuevo la urgencia de su sed por la vida, que sólo podía saciar parcialmente. En Dresde, un palacio para una mujer, y un segundo palacio en Roma para otra. En Londres, el tercero, para su adorada Berenice porque jamás dejó de ser la belleza un señuelo para sus ojos. Arruinó la vida de dos mujeres y convirtió en sus víctimas a una veintena más; la propia Berenice, cansada, aunque inteligente, recurrió a otros para resarcirse de su juventud perdida. Y él se resignó —aunque no del todo—, amando, comprendiendo y dudando, atrapado al fin por la droga de una personalidad a la que no podía combatir.

¿Qué podemos decir de la vida en el análisis final —«Calma, enmudece»^[2]? ¿O debemos seguir batallando con todas nuestras fuerzas por esa ecuación que sabemos que se mantendrá tanto si batallamos como si no, para que los fuertes no se hagan demasiado fuertes ni los débiles demasiado débiles? O quizá deberíamos decir (hartos del aburrimiento): «Ya es suficiente. ¡Quiero algo que me provoque emociones fuertes o prefiero morir!»^[3]. ¿Y morir? ¿O vivir?

Cada uno según su temperamento —ese algo que él no ha creado y que no siempre consigue dominar, y que tampoco otros pueden siempre dominar por él—. ¿Quién planifica los pasos que conducen a unas vidas a la gloria más espléndida, o que las retuercen para someterlas a los sacrificios más espinosos, o que las convierten en oscuras y desdeñosas tragedias plagadas de conflictos? ¿El alma? ¿Y de dónde procede? ¿De Dios?

¿Qué pensamiento engendró el espíritu de Circe o proveyó a Helena con la lujuria que la condujo a la tragedia? ¿Qué iluminó las murallas de Troya o preparó las desgracias de Andrómaca^[4]? ¿En virtud de qué endemoniada recomendación se preparó el destino de Hamlet? ¿Y por qué las hermanas fatídicas^[5] planearon la ruina del asesino escocés?

«Redoblemos el trabajo y el afán y arderá el fuego y hervirá el caldero»^[6].

Bajo el manto de la oscuridad yacen las raíces de aflicciones sin fin —y de gozos sin fin—. ¿No puedes fijar la vista en la mañana? Regocíjate. Y si al final te ciega, ¡regocíjate también! Tú has vivido.

NOTAS

[1] F. E. Rusch y D. Pizer, *Theodore Dreiser: Interviews*, Urbana, University of Illinois Press, 2004. <<

[1] Ismael y su madre Agar fueron expulsadas por Abraham, padre del primero, a vagar por el desierto acusados de maltratar a Sara, su esposa (Génesis 16, 21). <<

[2] El Grand Pacific (1873-1895) fue uno de los dos primeros hoteles distinguidos de la ciudad de Chicago tras el gran incendio. Junto con los otros hoteles de lujo de la ciudad contemporáneos suyos, como la Palmer House, la Tremont House y la Sherman House, fue construido al estilo de un *palazzo*. <<

[1] El zahón es un mandil, generalmente de cuero, con perneras abiertas, que se pone para proteger la ropa. <<

[2] Conocido como el «bardo de Ayshire», Robert Burns (1759-1796) está considerado como el poeta nacional de Escocia. *[N. de la T.]* <<

[3] El Union League Club of Chicago hunde sus raíces en 1879. Desde entonces ha estado comprometido en dar apoyo a las instituciones culturales, promover el embellecimiento de la ciudad y apoyar a los militares en los momentos de conflicto. Sus recursos han sido destinados a numerosas acciones sociales, como la World's Columbian Exposition que tuvo lugar en 1893 en la ciudad de Chicago. <<

[4] En la época en la que se ambienta la novela, Chicago contaba con un gran empresario textil: Marshall Field (1834-1906), fundador de los grandes almacenes Marshall Field and Company, aparte de un filántropo que proporcionó fondos para el Museo de Historia Natural y donó tierras para el campus de la Universidad de Chicago. <<

[1] Fargo, ciudad donde finalmente Cowperwood hace inversiones, está situada en el estado de Dakota del Norte, en territorio sioux. Prosperó debido a que era fondeadero de los barcos de vapor que navegaban por el río Rojo. Su nombre proviene del director de la Northern Pacific Railway y fundador de la Wells Fargo Express Company, William Fargo (1818-1881). Durante la década de 1880, se convirtió en la «capital del divorcio» del Medio Oeste. Charles Yerkes, personaje real en el que está basado Frank Cowperwood, viajó a Fargo en 1881 para divorciarse de su esposa y casarse con Mary Adelaide Moore, con quien se trasladó a Chicago. <<

[2] Véase nota 2 del capítulo I. <<

[3] El charrete es un coche de caballos de dos ruedas y dos o cuatro asientos mientras que la victoria tiene cuatro ruedas y es de dos plazas. <<

[4] Versos del poema «Fancy», de John Keats (1775-1821), uno de los principales poetas románticos británicos. <<

[1] Andrew Jackson (1767-1845) fue el séptimo presidente de los EEUU (1829-1837). Henry Clay (1777-1852) fue miembro de la Cámara de Representantes estadounidense en 1810, presidente del Congreso y candidato a la presidencia en varias ocasiones. Fue el padre del Compromiso de Misuri (1820) que reguló la esclavitud en los territorios occidentales, por lo que recibió el apodo del «Gran Pacificador». Davy Crockett (en realidad David Stern Crockett, 1786-1836) fue un aventurero y héroe popular en los Estados Unidos del siglo XIX. Representó a Tennessee en el Congreso, luchó en la independencia de Texas y murió en la batalla de El Álamo. John Wentworth (1815-1888) era el redactor del *Chicago Democrat*, alcalde de Chicago y miembro de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos. <<

[2] El cristal cilindrado es un cristal decorativo impreso con una variedad de patrones.

<<

[1] Se refiere al pánico de 1873, escenario en el que se desarrolla parte de *El financiero*. <<

[1] Esta compañía de ferrocarriles de primera clase del medio Oeste, conocida simplemente también como North Western, inició su andadura en 1859. <<

[2] El arquitecto en Chicago de Charles Yerkes fue Francis Whitehouse (1848-1938), de la prestigiosa firma Burling and Whitehouse. <<

[3] Ralph Waldo Emerson (1803-1882) fue un escritor, filósofo y poeta estadounidense y primer representante del trascendentalismo a principios del siglo XIX. Henry David Thoreau (1817-1862) fue un escritor, poeta y filósofo estadounidense de la corriente trascendentalista, autor de *La desobediencia civil*. William Henry Channing (1810-1884) fue un clérigo, escritor y filósofo unitario estadounidense, capellán de la Cámara de los Representantes de EEUU en 1863 y 1864. Wendell Phillips (1811-1884) fue un abogado estadounidense defensor del abolicionismo. Fue presidente desde 1865 de la American Anti-Slavery Society. <<

[1] La Union Yard and Transit Co., o The Yards, fue el distrito que concentró el procesamiento de carne para el consumo humano en Chicago desde 1865. Estaba dirigido por un grupo de empresas ferroviarias, que convertirían a Chicago en un centro de procesamiento de carne de cerdo de proyección internacional. <<

[2] Amílcar Barca (ca. 275-228 a. C.) y Aníbal Barca (247-185 a. C.) fueron ambos generales cartagineses. <<

[3] Dreiser toma datos reales acerca de las compañías que durante esta época comenzaron a constituirse para el suministro de gas de la ciudad de Chicago. Para más información puede consultarse el artículo «Gas and Electricity», en *Encyclopedia of Chicago* [http://www.encyclopedia.chicagohistory.org/pages/504.html]. <<

[4] Lake View es un área comunitaria de Chicago ubicada en el North Side de la ciudad. No fue hasta 1889 que fue absorbida por la ciudad de Chicago. Hyde Park está situada, sin embargo, en el South Side y desde que en 1853, Paul Cornell, un especulador inmobiliario, comprase los terrenos, fue la zona de residencia de las clases acomodadas de Chicago que deseaban huir del centro de la ciudad. Fue anexionada por esta ciudad en 1893. <<

[5] La *sirsaca* es un tejido de fibras o hilos con una superficie ondulada. Por su ligereza, es muy apropiado para la ropa estival. <<

[1] Se refiere al general Ulysses S. Grant (1822-1885), decimoctavo presidente de los Estados Unidos entre 1869 y 1877. Lideró la Unión en la Guerra Civil estadounidense y aceptó la rendición del comandante confederado Robert E. Lee en el palacio de justicia de Appomattox. <<

[2] Hace referencia al escepticismo mostrado por el apóstol Tomás cuando le dieron la noticia de que Cristo había resucitado (Jn 20, 25). <<

[3] Se refiere a los sillones de estilo Chesterfield, de origen inglés, caracterizados por su tapizado acolchado, a los que se les atribuía un espíritu masculino. <<

[4] Artículos de mimbre. <<

[1] Henri Julien Félix Rousseau (1844-1910) fue un pintor francés, uno de los máximos representantes del arte naif. Jean-Baptiste Greuze (1725-1805) fue también un pintor francés entre cuyos grandes éxitos puede mencionarse *La boda pueblerina* o *Acordée de village* presentada en el salón de 1761. Philips Wouwerman (1619-1668) fue un pintor holandés especializado en cuadros de batallas, cacerías y paisajes. Thomas Lawrence (1769-1830) fue considerado como uno de los mejores retratistas ingleses de su generación y uno de los primeros en alcanzar un renombrado éxito en Europa. <<

[2] Las teorías evolucionistas comenzaron a tener difusión a mediados del siglo XVIII gracias a los postulados de científicos como Lamarck, Wallace y, sobre todo, de Darwin y su obra *El origen de las especies* (1859). <<

[3] La Goodwood House es una casa de campo en Westhampnett, West Sussex, Inglaterra, perteneciente al duque de Richmond. <<

[4] La berlina es un carruaje cerrado, de cuatro ruedas, tirado por dos caballos y de dos plazas. El cabriolé es un carruaje con capota, de dos ruedas, tirado por un caballo; también para dos ocupantes. <<

[5] En realidad el Café Anglais, un famoso restaurante ubicado en el boulevard des Italiens esquina con la rue de Marivaux en París. <<

[6] Se refiere a la actriz de teatro y cine Sarah Bernhardt (1844-1923) y su actuación en la Comédie Française. <<

[7] Frederic Leighton (1830-1896) fue un pintor y escultor inglés cuyos trabajos se centraban en temas históricos, bíblicos y clásicos. Dante Gabriel Rossetti (1828-1882) fue un poeta, ilustrador, pintor y traductor inglés; una de las figuras principales de la Hermandad Prerrafaelista. James Abbott McNeill Whistler (1834-1903) fue un pintor estadounidense ligado a los movimientos simbolista e impresionista, que desarrolló la mayor parte de su carrera en Francia e Inglaterra. <<

[8] Henry Raeburn (1756-1823), retratista escocés; Jean-François Millet (1814-1875) fue un pintor francés realista; Jan Havicksz Steen (1626-1679) un pintor barroco neerlandés y Jean-Louis-Ernest Meissonier (1815-1891) un pintor, escultor y academicista francés del siglo XIX. Con Isabey puede referirse al retratista francés Jean-Baptiste Isabey (1767-1855) o a su hijo, Eugène-Louis-Gabriel Isabey (1804-1886), también pintor. <<

[9] Restaurante fundado por Herbert Kinsley (1831-1894), un famoso restaurador chicagüense. <<

[10] Vassar College, situada en Poughkeepsie, Nueva York, fue fundada en 1861 como una universidad sólo para mujeres. <<

[1] El Club Calumet de Chicago fue fundado en 1878, en la residencia del general Anson Stager, en la esquina de Michigan Avenue con la calle 18, si bien luego se construyó un edificio más grande para albergarlo en la calle 20. <<

[2] Jean-Léon Gérôme (1824-1904) fue un pintor y escultor francés academicista, considerado uno de los pintores más importantes de este periodo. Por la descripción, podría ser el cuadro *La piscina del harén* (1875), actualmente en el Museo del Hermitage. <<

[3] Jan van Beers (1852-1927) fue un pintor belga que estudió en la Academia de Bellas Artes de Amberes, antes de instalarse en París en 1878. Fue líder de un grupo de jóvenes artistas conocido como la «camarilla Van Beers», muy conocidos por su conducta excéntrica. Fue el artista favorito de Charles Yerkes y autor de muchas pinturas que hizo por encargo, como un retrato de su esposa. <<

[4] Adolphe Monticelli (1824-1886) fue un pintor del siglo XIX, de la generación precedente al impresionismo. <<

[1] En inglés: «I am the man who has been cutting the pole to knock this persimmon». El refrán más extendido en Estados Unidos es «The longest pole knocks the persimmon», literalmente «El palo más largo golpea el caqui», es decir, quien goza de mejor posición o de mayores capacidades, gana. Está claro que Cowperwood toma este proverbio como referente. <<

[1] Springfield es la capital del estado de Illinois y, por lo tanto, centro administrativo, si bien la ciudad de Chicago es el centro industrial y financiero. <<

[1] Producida en la ciudad francesa del mismo nombre, la fábrica de Sèvres se convirtió desde los inicios de su producción a mediados del siglo XVIII en una de las principales manufacturas de exquisitos objetos de porcelana de Europa. <<

[1] Italia, dividida en varios estados, inició su proceso de unificación durante el siglo XIX. Dicho proceso fue encauzado por la casa de Saboya, que reinaba en el Piamonte y Cerdeña. <<

[2] El Grand Hotel [Plaza] de Roma se ubica en el Palazzo Lozzano, en la Via del Corso, que ha sufrido remodelaciones hasta 1837. Actualmente sigue siendo un hotel de lujo. <<

[3] Todos ellos pintores renacentistas: Pietro di Cristoforo Vanucci, conocido como *Il Perugino* (1448-1523), que fue maestro de Rafael; Bernardino Scapi, o de Scapis, conocido como Bernardino Luini (*ca.* 1480/82-1532), que perteneció al círculo de Leonardo da Vinci; Bernardino di Betto di Biagio (1454-1513), conocido como *Pinturicchio* (no Pinturichio), y Andrea Previtali (1470-1528), que trabajó en el taller de Giovanni Bellini. <<

[4] César Borgia (1475-1507) fue un noble italiano de origen aragonés que obtuvo el cargo de cardenal con apenas veinte años de edad y que hizo famosa su divisa: «O César o nada». Fue mecenas de pintores como Miguel Ángel, Tiziano, el Bosco o Pinturicchio, que pintó los apartamentos Borgia del Vaticano. <<

[5] Característico del periodo comprendido entre 1725 y 1760, este estilo, muy ornamentado, se conoce también como estilo pompadour (en honor a la amante de Luis XV), rocaille y rococó. <<

[6] Corintios 13, 1. *[N. de la T.]* <<

[7] Nombre ficticio que Dreiser da al Fine Arts Building o Studebaker Building (1884-1885), que de 1912 a 1917 alojó al Chicago Little Theatre (véase nota 7 del capítulo XXIV). <<

[8] El cuadro, de 1515/1520, se encuentra en el museo Poldi Pezzoli de Milán. <<

[9] Se refiere a las acusaciones de envenenamientos e intentos de asesinato que se atribuyen a los Borgia. <<

[10] A Alejandro VI (papa entre 1492 y 1503) se le atribuye una relación incestuosa con su hija Lucrezia. <<

[11] Josef Israëls (1824-1922) fue un pintor impresionista neerlandés. Su obra *Comida frugal*, conservada en el Museo de Glasgow, pertenece a su etapa de madurez. <<

[12] Jules Bastien-Lepage (1848-1884) fue un pintor naturalista francés. Precisamente *La fragua* fue su última obra. <<

[1] Las rosas jacqueminot reciben el nombre del general francés Jean-François Jacqueminot, quien participó en las guerras napoleónicas. Introducidas en 1853, el color de sus flores varía del rojo claro al rosa intenso y, dada su fragancia, han sido utilizadas para elaborar sofisticados perfumes. <<

[2] Pollo frito en manteca o mantequilla servida en una salsa de crema de leche o bechamel. <<

[1] Son tantos los artistas que han representado la escena de la adoración de los Reyes Magos a Jesús recién nacido que resulta difícil determinar a qué cuadro se refiere la señora Sohlberg. Además, la capa azul la viste en la mayoría de las obras la Virgen María, no el resto de los personajes. <<

[2] En el siglo XIX se empezó a conocer como porcelana de Dresde a las figuritas, especialmente las estatuillas femeninas que sugerían candor o timidez, de porcelana de Meissen, que fue la primera producida en Europa. Su estilo era rococó, rico en trenzados y flores. <<

[1] De *The Mourning Bride* (1697), obra del poeta y dramaturgo inglés William Congreve. <<

[1] Título de la obra teatral publicada en 1903 por el dramaturgo irlandés George Bernard Shaw (1856-1950). <<

[2] Las risas de los dioses en los poemas homéricos, incontrolables y ruidosas, a carcajadas. <<

[1] Precisamente el magnate real en el que se está inspirado el personaje de Coperwood, Charles Tyson Yerkes, fue quien promovió el desarrollo de los tranvías de la ciudad de Chicago. Para más información, puede consultarse el artículo «Charles Tyson Yerkes and Street Railways», en *Encyclopedia of Chicago* [<http://www.encyclopedia.chicagohistory.org/pages/2416.html>]. <<

[2] Honoré Daumier (1808-1879) fue un pintor, dibujante y escultor francés realista. William Turner (1775-1851) es quizás el artista romántico inglés más querido. Se le conoció como «el pintor de la luz», debido a su creciente interés por los colores brillantes como el principal componente en sus paisajes. James Abbott McNeill Whistler (1834-1903) fue un pintor estadounidense cuya obra desarrolló principalmente en Francia e Inglaterra, muy ligado a los movimientos simbolista e impresionista. <<

[3] El arco voltaico o eléctrico fue descubierto por el químico británico Humphry Davy en el año 1800. Consiste en una descarga eléctrica entre dos electrodos en una atmósfera gaseosa, y se utiliza como fuente de luz o, dado su poder calorífico, para fundir metales. El teléfono fue descubierto en 1871 por Antonio Meucci, pero el primero en patentarlo fue Alexander Graham Bell cinco años después. Hacia 1880 se habían hecho, perfeccionado o patentado descubrimientos como el fonógrafo (Edison, Johnson y Berliner, 1877), el motor de cuatro tiempos (Otto y Langen, 1867), la bombilla (Edison, 1879), o el tren eléctrico (Siemens, 1879). <<

[1] Los movimientos obreros nacieron en la primera mitad del siglo XIX a tenor de la industrialización, que tuvo su origen en Inglaterra. A finales de esta centuria, cuando surgieron los modernos Estados nacionales industrializados como Alemania, Francia y los mismos Estados Unidos, estos movimientos se fortalecieron y sus reivindicaciones comenzaron a resurgir con fuerza. <<

[2] Dreiser se está refiriendo a la revuelta acontecida en Haymarket Square el 4 de mayo de 1886, punto culminante de una protesta obrera iniciada el 1 de mayo y que reivindicaba la jornada laboral de 8 horas. El polémico juicio que siguió al incidente terminó con la condena a muerte de cinco obreros y la prisión de otros tres. Este suceso dio lugar a la celebración internacional el 1 de mayo del Día de los trabajadores, excepto en Estados Unidos y Canadá, que lo celebran el primer lunes de septiembre. <<

[3] Fue a finales del siglo XIX cuando se acuñó la expresión «prensa amarilla» para calificar a un tipo de periodismo que se valía de los escándalos y los titulares llamativos para aumentar sus ventas, aunque las noticias no estuvieran contrastadas... Había nacido la prensa sensacionalista. <<

[4] Algunos de los periódicos enumerados a lo largo de la obra toman su nombre de publicaciones del Chicago de la época, como el *Chicago Chronicle* (1895-1908), el *Chicago Evening Mail* (1870-1875), que luego tomaría el nombre de *Chicago Post & Mail* (1875-1878), el *Chicago Globe* (1887-1985) y el *Chicago Evening Press & Mail* (1884-1897). La mayoría son, pues, nombres adaptados o ficticios. <<

[5] Cowperwood está mostrando a Haguenin el proyecto de lo que constituiría el sistema de transporte ferroviario de Chicago, que conectaba la periferia con el centro financiero de la ciudad, al que ha dado el nombre de «Chicago Loop». <<

[1] El propio Dreiser mantuvo un romance con una actriz, Elaine Hyman (en realidad, Kyra Marham, 1891-1967). <<

[2] Referencia a la frase que en *El cuervo*, relato de Edgar Allan Poe, repite el ave protagonista. <<

[3] La paternidad de la frase se ha atribuido a otros tantos personajes, si bien parece que fue François de Charette (1763-1796), general francés del Ejército Católico y Real de Vendée, quien la pronunció cuando fue apresado por las tropas revolucionarias. <<

[4] Henry George (1839-1897) fue un economista estadounidense fundador del georgismo, que defendía que todo lo que se encontraba en la naturaleza, particularmente el suelo, pertenecía a la humanidad, pero era partidario de la propiedad privada y del pago de un único impuesto por ella. Robert Owen (1771-1858) fue un socialista utópico y líder del movimiento obrero británico, padre del cooperativismo. <<

[5] Un trastorno digestivo. <<

[6] John Milton (1608-1674) fue un poeta y ensayista inglés. La mascarada a la que se refiere la compuso en 1634 para John Egerton, primer conde de Bridgewater, cuando fue nombrado Lord President of Wales. La *Fábula de Píramo y Tisbe* es un romance de Luis de Góngora, compuesto en 1618, mientras que Arlequín y Colombina son los personajes más famosos de la Commedia dell'Arte, que representan a sirvientes. <<

[7] En 1912 se fundó en Chicago, siguiendo una nueva corriente popular teatral en América, una compañía que semeja mucho a los Garrick Players. Se trata del Chicago Little Theatre, cuyo director y cofundador fue Maurice Brown (1881-1955); que en la novela se correspondería con Lane Cross. Dreiser asistió a alguna de sus representaciones y Kyra Markham actuó en ese teatro. <<

[8] Obras clásicas pero de muy diversas épocas y procedencias: *Romeo y Julieta* (1597), del inglés William Shakespeare; *Las mujeres sabias* (1672), del francés Molière; *Los rivales* (1775), del irlandés Richard Sheridan, y la tragedia *Electra* (ca. 418/10 a. C.), del griego Sófocles. <<

[9] Uno de los críticos amigos de Dreiser que más colaboraron en la «promoción» de la nueva corriente teatral fue Floyd Dell (1887-1969), cuyo personaje ficticio paralelo sería Knowles. <<

[1] Hace referencia a las actrices Elisabeth Rachel Félix (1821-1858), Eleanor «Nell» Gwyn (1650-1687) y Sarah Bernhardt (1844-1923). <<

[1] Si Stephanie Platow se identifica con Kyra Markham, Forber Gurney debemos identificarlo con el joven que se enamoró de ella cuando la conoció a su llegada a Chicago: Theodore Dreiser. <<

[2] «Paolo y Francesca» es uno de los relatos incluidos en el *Infierno* de la *Divina Comedia*, de Dante Alighieri (1265-1321); *El anillo y el libro* es una obra del poeta victoriano Robert Browning (1812-1889); y, efectivamente, *La víspera de Santa Inés* es de John Keats (1795-1821) (véase nota 4 del capítulo III). <<

[1] Es el sombrero utilizado por los gondoleros venecianos, de paja, copa recta, parte superior plana y ala corta, que suele adornarse con una cinta. <<

[1] Mateo 7, 2: «Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán a medir». <<

[2] Christopher Marlowe (1564-1593) fue un dramaturgo y poeta inglés del periodo isabelino, que influyó considerablemente en William Shakespeare. Benjamin Jonson (1572-1637) fue también dramaturgo, poeta y actor inglés renacentista que influyó enormemente en los escritores ingleses posteriores. <<

[1] Personaje de la tragedia de Shakespeare del mismo nombre, inspirado en un Macbeth histórico, rey de Escocia. Su final, como puede deducirse, es trágico, pues muere a manos de Macduff. <<

[2] El trole es un conjunto de pértigas que sirven para transmitir a los vehículos de tracción eléctrica la corriente de los cables conductores aéreos (*DRAE*). <<

[1] El Rookery Building, situado en el distrito financiero de Chicago, está considerado como el rascacielos más antiguo de la ciudad. Se encuentra en el 209 South LaSalle Street. Fue diseñado y erigido en 1888 por Burnham & Root y alojó las oficinas de este estudio de arquitectura durante un tiempo. En 1905 su vestíbulo fue remodelado por Frank Lloyd Wright. <<

[1] En referencia a los rizos con que se representaba al dios Júpiter en la Antigüedad clásica. <<

[2] El teatro Hooley's, situado en la calle Randolph, fue erigido en 1872 tras el incendio de la Hooley's Opera House. Tenía una capacidad para 1500 espectadores y en él actuaron las mejores compañías del Oeste, así como venidas de Nueva York. <<

[3] El hotel Richelieu fue inaugurado en 1885 por el empresario H. V. Bemis. Era un hotel extremadamente suntuoso, situado en los números 187 y 188 de Michigan Boulevard. No obstante, cerró sus puertas en 1895, pasando a ocupar el edificio un floreciente negocio de muebles. <<

[4] Lynde sigue la conocida como falacia de Montecarlo o del jugador, en español, por lo cual se apuesta siguiendo la creencia errónea de que lo ya sucedido determina los sucesos futuros. <<

[5] El cardenal Mazarino (1602-1661) fomentó el juego de la hoca (precursora de la ruleta rusa), procedente de Italia, como medio para llenar las arcas públicas. La rueda tenía también un doble cero, y fue la adoptada por EEUU, de ahí que se conozca como ruleta americana. <<

[1] Se refiere al engatusador de mujeres del relato incluido en *El Quijote* «El curioso impertinente». <<

[2] Edward Gibbon (1737-1794) fue un historiador británico autor de *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*. Entre las razones que explicaban el declive de Roma alegó el impacto de la relajación de la moral y la vida sexual de las mujeres.

<<

[1] Una de las calles donde se concentró la población china que emigró a Chicago durante la segunda mitad del siglo XIX y que, por tanto, se ubica en el barrio chino chicagüense. Precisamente los trabajadores chinos se emplearon en la construcción del ferrocarril, si bien su llegada se frenó tras la aprobación de la Chinese Exclusion Act de 1882. <<

[1] A finales del siglo XIX y principios del XX, en Chicago floreció el crimen organizado y muchos de los políticos de la época obtuvieron grandes beneficios políticos y económicos apoyándolo. Tales fueron los casos de John *Bathhouse John* Coughlin (1860-1938) y Michael *Hinky-Dink* Kenna (1858-1946), ambos concejales de la Primera Sala de Chicago con cuyos votos acabaron con las aspiraciones de Charles Yerkes. Precisamente, Michael *Hinky-Dink* Kenna regentaba un salón que frecuentaban personajes de dudosa reputación, pero que le proporcionaron un sustancioso apoyo en su carrera política. Igualmente, el rico empresario John *Mushmouth* Johnson abrió un salón de juego llamado Emporium Saloon (como el que más adelante se atribuye a Kerrigan), que le permitió hacerse con el control del juego político de Chicago. Los paralelismos son, pues, muy claros. <<

[1] Ciudad del estado de Wisconsin, que da nombre al condado al que pertenece. Está al norte de Chicago junto al lago Míchigan. <<

[1] Representativa en este caso de las corrientes barroca (Rembrandt [1606-1669], de origen neerlandés, considerado como el artista más importante de los Países Bajos), impresionista (sobre Israëls, véase nota 11 del capítulo XIV); academicista (sobre Gérôme, véase nota 2 del capítulo X, y sobre Meissonier, véase nota 8 del capítulo IX) y el naturalismo (Gad Frederik Clemente [1867-1933], pintor danés también influido por el simbolismo y el impresionismo francés). <<

[2] También conocido como Paulus Potter (1625-1654) fue un pintor barroco neerlandés especializado en temas paisajísticos y en la representación de animales. El pintor español Francisco de Goya (1746-1828) está considerado como uno de los pintores más relevantes de la historia del arte, inaugurador del Romanticismo y precursor de las vanguardias del siglo xx. <<

[3] Carruaje descubierto, de cuatro ruedas, alto y ligero. (RAE) <<

[4] Bryn Mawr College es una universidad femenina privada cúaquera de Pensilvania, fundada en 1885. <<

[5] Esta rapsodia, la número 2 de un total de 19, es del compositor húngaro Franz Liszt (1811-1886). <<

[6] Verso de George Wither, poeta inglés (1588-1667). [*N. de la T.*] <<

[1] Esta compañía fue creada en 1892 por el magnate de los negocios J. P. Morgan (1837-1913) mediante la fusión de la Edison General Electric Company, fundada por el famoso inventor Thomas Alva Edison, en 1880, y la Thomson-Houston Electric Company, creada en 1887 por Elihu Thomson y Edwin J. Houston. <<

[2] Hace referencia a La Exposición Universal de Chicago (en inglés World's Columbian Exposition), que tuvo lugar del 1 de mayo al 3 de octubre de 1893 en el Parque Jackson (South Side), y que conmemoró el cuarto centenario del descubrimiento de América por Cristóbal Colón. <<

[3] Ambos son parques públicos; el Jardín de los Dioses está situado en Colorado Springs, estado de Colorado, y el Gran Cañón del Colorado, en el norte de Arizona.

<<

[4] La enfermedad de Addison, provocada por una deficiencia hormonal, provoca, entre otras cosas, languidez y debilidad general. <<

[5] Precisamente así es como abreviadamente se denomina en la actualidad al rápido sistema de transporte elevado (metro) de la ciudad de Chicago. <<

[1] Halsted Street es una importante calle que cruza de norte a sur Chicago. Su lado sur ha sido tradicionalmente un lugar de residencia de la clase obrera irlandesa, lituana e italiana. <<

[2] Lincoln Park es el parque público más grande de Chicago, situado a lo largo del lago Michigan. <<

[1] El estilo imperio se enmarca dentro del neoclasicismo y toma su nombre del periodo napoleónico, de ahí su aire francés. En lo relativo al peinado, predominaban los recogidos muy naturales inspirados en la Antigüedad. <<

[1] Dreiser sitúa la escuela en Manhattan, pues Riverside Drive es una calle que cruza ese distrito de norte a sur. <<

[2] Diosa de la mitología griega, hija de Helios y la oceánide Perséis. Era también una hechicera, que transformaba a sus enemigos en animales. <<

[3] El hotel [New] Netherland se encontraba en la confluencia de la Quinta Avenida con la calle 59 y fue construido en 1892-1893 para William Waldorf Astor. Desde su origen fue un hotel de lujo, que albergaba el conocido restaurante Louis Sherry. En la actualidad se conoce como hotel Sherry-Netherland. El hoy en día desaparecido hotel Grenoble se encontraba en la confluencia de la Séptima Avenida con la calle 56. <<

[4] Citera es una de las islas Jónicas, centro en la antigua Grecia del culto a Afrodita, diosa de la belleza y el amor. <<

[1] Charles Yerkes fue tutor o «protector» de varias jóvenes, como Berenice Fleming, cuya historia ofrece muchos paralelismos, de nuevo, con la realidad. <<

[2] Esta cadena montañosa está situada en el estado de Pensilvania. <<

[3] *Tetherball* en inglés. El juego consiste en que dos oponentes golpeen una pelota, la cual, atada a una cuerda, cuelga de un poste situado en el centro. Cada jugador debe golpearla en sentidos contrarios y gana aquel que logra enrollar la cuerda alrededor del poste y que la pelota se detenga. <<

[4] El chotis es una danza originaria de Bohemia, no de España como comúnmente se cree, si bien su nombre hace referencia a su relación con un baile escocés. Se puso de moda en la Europa del siglo XIX y fue importado a América. <<

[5] Si bien a fines del siglo XIX bailes como la polca, el vals y la mazurca se mantuvieron en el repertorio de los salones de la alta sociedad estadounidense, otras danzas y nuevos ritmos procedentes de las clases bajas comenzaron a ganar popularidad, como el *cakewalk* y, ya a principios del siglo XX, el *ragtime*. <<

[1] Un blocao es un fortín de madera que se desarma y puede transportarse fácilmente para armarlo en el lugar que más convenga (*DRAE*). <<

[2] Efectivamente, fue el magnate del petróleo John Rockefeller quien auspició la creación de la universidad en 1890 por la American Baptist Education Society gracias a una importante donación. <<

[3] William Rainey Harper (1856-1906), primer presidente de la Universidad de Chicago desde 1887, acudió a Charles Yerkes para pedirle financiación para un gran proyecto (véase nota siguiente). No obstante, Harper no procedía del Este, sino que era oriundo de Chicago. <<

[4] Charles Tyson Yerkes financió la construcción de un observatorio para la Universidad de Chicago: el Observatorio Yerkes, situado en el lago Geneva, Williams Bay, Wisconsin. El refractor fue entonces el más grande del mundo y la lente fue efectivamente objeto de un tratamiento especial, pues fue pulida personalmente por el dueño de la empresa encargada del trabajo: Alvan Clark, de Alvan Clark & Sons. <<

[1] Es un óleo de 1635 que actualmente pertenece a la Royal Collection, de la familia real británica. <<

[2] Frans Hals (1582/83-1666) fue un pintor barroco neerlandés, mientras que Dominique Ingres (1780-1867) fue un pintor neoclásico francés. <<

[1] Bebida que los dioses usaban para curarse las heridas o dolores, y que además producía olvido, como las aguas del Leteo (*DRAE*). <<

[1] Grupo de empresas unidas para monopolizar el mercado y controlar los precios en su propio beneficio (*DRAE*). <<

[2] Son conocidos como «The Tycoons» los hombres que en el siglo XIX dominaron el mundo de los negocios estadounidense: Cornelius Vanderbilt, John D. Rockefeller, Andrew Carnegie, J. Pierpont Morgan, Jay Gould, Andrew W. Mellon, Henry Ford... No obstante, también fueron conocidos como los «Captains of industry» («capitanes de la industria») y como los «Robber barons» («barones ladrones»), por sus escasos escrúpulos a la hora de hacer sus negocios y conseguir dinero. <<

[3] En 1890 el Congreso de Estados Unidos votó la Sherman Silver Purchase Act, que aumentó la cantidad de plata que el gobierno estaba obligado a comprar para, de este modo, generar inflación. Esta medida respondía al aumento de circulación de plata con motivo de su explotación en los nuevos territorios conquistados al Oeste. El presidente era entonces el republicano Benjamin Harrison, si bien fue un demócrata, William Jennings Bryan, el gran partidario del bimetalismo desde 1892. La circulación de la plata, según su opinión, favorecería a la clase media y obrera; mientras que el patrón oro sólo beneficiaba al capitalismo. Por ese motivo, Bryan era conocido como el «Apóstol de la plata gratis». No obstante, la gran crisis económica se produciría años después, con Grover Cleveland, también demócrata, que pese a anular la ley Sherman en 1893 no pudo evitar el pánico financiero en 1896. <<

[4] La Diamond American Match, fundada en 1881 por O. C. Barber, fue la compañía dedicada a la fabricación de cerillas más grande de finales del siglo XIX. <<

[5] William Bryan (véase nota 3) fue candidato a la presidencia en 1896, si bien fue derrotado en las elecciones presidenciales de 1897 por el republicano William McKinley. Este último incrementó los aranceles a las importaciones para proteger la producción nacional (*McKinley Tariff*). Sus dos mandatos (pues fue reelegido en 1900) se caracterizaron por la recuperación económica. <<

[6] Eclesiastés 9, 11. *[N. de la T.]* <<

[7] Se llama «toros» a los mercados alcistas; frente a los «osos» o mercados bajistas.

<<

[1] Se refiere a William Bryan, quien provenía de una familia modesta de orígenes escoceses e irlandeses (véase nota 3 del capítulo XLVII). <<

[1] Adorno de cintas con que se entrenzan las crines del caballo (*DRAE*). <<

[2] Bahía situada en el estado de Rhode Island. <<

[3] El zapato «tipo *derby*» tiene su origen en el calzado que el general prusiano Gebhard Leberecht von Blücher (1742-1819) encargó fabricar para sus soldados, de ahí que también se conozca como «tipo Blücher». Es un zapato con cordones informal, cuya característica principal es que su pala termina en la parte superior del empeine convertida en lengüeta. <<

[1] Los númeridas eran tribus norteafricanas famosas por su caballería, que fue utilizada por los cartagineses como mercenaria. El león númerida es símbolo del poder y arrojo.

<<

[2] El arquitecto encargado de la mansión de Charles Yerkes en Nueva York fue Robert H. Robertson (1849-1919). <<

[1] En el original, «dancing in the barn». La «barn dance», que procede de Irlanda, Escocia e Inglaterra, es un baile acompañado de música tracional o folclórica, donde los participantes danzan en filas o círculos y cambian con regularidad de pareja. En Estados Unidos se popularizó a principios del siglo xx. <<

[2] El nudo psique era el peinado femenino de moda durante la era Victoriana y Eduardiana. <<

[3] También conocido como bordado Hardanger, se realiza sacando hilos y cortándolos para configurar un patrón geométrico. Tradicionalmente se practica con hilo blanco sobre lino del mismo color. <<

[4] El estilo Chippendale, creado por Thomas Chippendale (1718-1779), fue muy popular desde finales del siglo XVIII. De estilo neoclásico, recibió igualmente influencia del rococó. <<

[5] Ars es una comuna en el departamento de Charente, en el sudoeste de Francia. En Charente está el castillo de Breuil, no Brioul, pero en la comuna de Bonneuil. <<

[6] Berkshire es un condado del sudeste de Inglaterra. <<

[7] Saddle Rock es una pequeña isla costera del condado de Nassau, estado de Nueva York, a unos 55 km de donde descansa Berenice con los Corscaden. <<

[8] Región del estado de Virginia donde se halla la base naval de Norfolk. <<

[9] Mefistófeles es un diablo, conocido literariamente por su pacto con Fausto: este le entregó su alma a cambio de dinero, sabiduría y placeres. <<

[10] El hotel Waldorf abrió sus puertas en 1893 en la Quinta Avenida, si bien fue demolido en 1929 para dejar espacio para la construcción del Empire State. <<

[11] *La bohème* es una ópera de Giacomo Puccini inspirada en *Scènes de la vie de bohème*, de Henri Murger. Se estrenó en Turín en 1896. <<

[12] Novela del caricaturista británico George du Maurier (1834-1896), publicada en 1895, que se ambienta en un bohemio París idílico. <<

[13] Sombrero de capa alta, que por medio de muelles puede plegarse con el fin de llevarlo sin molestia en la mano o debajo del brazo (*DRAE*). <<

[14] El hotel Buckingham, construido en 1877 por George Kemp, fue demolido a finales del siglo XIX para la construcción de los grandes almacenes de lujo Saks Fifth Avenue. <<

[1] La «belleza griega» de Berenice evoca a Braxmar islas y lugares de la antigua civilización griega, algunas vinculadas a la diosa de la belleza Afrodita, como Citera y el santuario de Pafos, otros míticos, como la Atlántida. <<

[1] Véase nota 5 del capítulo XXIII. <<

[2] Jacques Marquette (1637-1675), misionero jesuita, y Louis Joliet (1645-1700), comerciante de pieles, emprendieron una expedición en 1673 para explorar el territorio comprendido desde los Grandes Lagos hasta el Golfo de México. El misionero Louis Hennepin (1626-1705) y el explorador René Robert Cavelier de La Salle (1643-1687) recorrieron desde 1678 la región de los Grandes Lagos, Canadá y el río Mississippi. <<

[3] Se refiere a los siete debates que mantuvieron en 1858 el candidato republicano Abraham Lincoln y el candidato demócrata Stephen Douglas. <<

[4] Joseph Smith (1805-1844) fundó la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días o Iglesia mormona en 1830. <<

[5] Siglas de la Chicago and Western Indiana Railroad (también CWI), fundada en 1879. La primera línea empezó a operar en 1880 uniendo Dolton —donde la Chicago and Eastern Illinois Railroad conectaba con la Columbus, Chicago and Indiana Central Railway—, con la estación de Dearborn en el lado sur del Loop de Chicago.

<<

[1] La batalla de Arbela o Gaugamela enfrentó al ejército persa de Darío III con el macedonio de Alejandro Magno el año 331 a. C. Terminó con la victoria de este último. En la batalla de Waterloo se enfrentaron, en 1815, Napoleón Bonaparte, y las tropas británicas, holandesas y alemanas, dirigidas por el duque de Wellington, así como el ejército prusiano bajo las órdenes del mariscal de campo Gebhard von Blücher. Napoleón resultó derrotado. <<

[2] El gobernador de Illinois en los años en los que transcurre la novela era John Peter Altgeld (1847-1902), cuyo mandato transcurrió entre 1893 y 1897. Era un demócrata del ala progresista, que firmó leyes que amparaban la seguridad en el trabajo y regulaban el trabajo infantil y defendió la movilización de los trabajadores de la compañía Pullman durante la huelga que mantuvieron en 1894. Su derrota en 1896 para su candidatura presidencial fue fruto de una durísima campaña de desprestigio, como la que vive el gobernador de Dreiser. <<

[1] Los dondiegos de noche son plantas con flores que se abren por la tarde, emitiendo una fuerte y dulce fragancia, y se cierran a mediodía. <<

[2] Santa Margarita de Antioquía (?-304) fue tentada por el diablo mientras permanecía encarcelada por no renegar de su fe. <<

[3] A principios del siglo xx la bailarina chicagüense que revolucionó la danza fue Loie Fuller (1862-1928), que fue mentora de Isadora Duncan. <<

[1] Las primeras compañías que se crearon para fabricar coches fueron francesas: Panhard et Levassor (1889) y Peugeot (1891). <<

[2] Benvenuto Cellini (1500-1571) fue un escultor y orfebre italiano cuya autografía plasmó en su obra *Vita*. <<

[3] Jean-Baptiste-Camille Corot (1796-1875) fue un pintor de paisajes impresionista francés. <<

[4] Rafael Sanzio (1483-1520) fue un pintor y arquitecto italiano del Renacimiento. En el Museo del Prado se conservan varios cuadros de este pintor que representan esta escena: la *Sagrada Familia del cordero* (1507); la *Sagrada Familia del roble* (1518-1520); *La Virgen del pez* (1513-1514); *La Perla* (1518-1520) y *La Virgen de la rosa* (ca. 1520). <<

[1] Organización de veteranos de la guerra civil norteamericana. *[N. de la T.]* <<

[2] La Chicago & Pacific no existía con ese nombre sino la Chicago, Rock Island and Pacific Railroad Company, que se constituyó en 1866 al fusionarse la Mississippi and Missouri Railroad Company y la Chicago and Rock Island Railroad. Atravesaba los estados de Arkansas, Colorado, Illinois, Iowa, Kansas, Minnesota, Missouri, Nebraska, Nuevo México, Oklahoma, Dakota del Sur y Texas. <<

[3] Gálatas 6, 9 [*N. de la T.*] <<

[4] Mateo 9, 37 [*N. de la T.*] <<

[5] La Horse and Dummy Act fue realmente aprobada en Chicago en 1874, si bien se basó en disposiciones aprobadas en 1865. <<

[1] En 1897 Yerkes consiguió, con el apoyo del gobernador J. R. Tanner, la aprobación de la conocida como Ley Allen, que efectivamente favoreció al empresario pero marcó el inicio de la pérdida del control por parte de esta de la ciudad y sus dirigentes. <<

[2] Se refiere a los georgitas (véase nota 4 del capítulo XXIV). <<

[3] El Metropolitan es un club social privado que fue fundado en 1891 por el magnate J. P. Morgan, quien fue su primer presidente. <<

[4] El escritor renacentista Nicolás Maquiavelo (1469-1527), autor de varios tratados sobre filosofía política (el más famoso de ellos *El príncipe*, 1513), ha quedado en el imaginario popular como ejemplo de la sagacidad y maquinación políticas en pro del interés del gobernante. Derivado de esta idea nació el adjetivo «maquiavélico», que ya ha aparecido en la novela en varias ocasiones. <<

[1] La Gorgona era en la mitología griega una especie de deidad protectora con rostro de mujer que convertía en piedra a todo aquel que la contemplase. <<

[2] Prometeo es un titán en la mitología griega, quien robó el fuego a los dioses para dárselo a los hombres. <<

[3] El Plaza es un hotel de lujo situado enfrente de Central Park South, junto a la Grand Army Plaza, si bien el actual, que data de 1907 y semeja un castillo renacentista francés, vino a sustituir a otro del mismo nombre que sería al que la novela se refiere. <<

[1] Juan 1, 46 [*N. de la T.*] <<

[2] El Central Music Hall, situado en la confluencia de State Street y Randolph Street, abrió sus puertas en 1879 para uso comercial y como teatro. Fue demolido en 1900 para construir los grandes almacenes Marshall Field & Company. <<

[3] WCTU en sus siglas en inglés. *[N. de la T.]* Esta organización fue de las primeras asociaciones de mujeres en pro de una reforma social basada en los principios del cristianismo. Su fundación data de 1873 en Hillsboro, Ohio. <<

[4] El ayuntamiento (o City Hall) de Chicago se mudó a lo largo del siglo XIX a nueve edificios diferentes. En 1885 tanto el ayuntamiento como el tribunal del condado se ubicaban en un enorme edificio que había superado todas las expectativas en cuanto a costes, pero no en resultados prácticos. Su inadecuación para las funciones a las que estaba destinado llevó a que pronto se proyectara uno nuevo que sería inaugurado en 1910. <<

[5] *Hail, Columbia, Happy Land*, cuya traducción podría ser «Ave, América, tierra de la felicidad», es una canción patriótica considerada uno de los himnos no oficiales de los Estados Unidos hasta 1931. *My Country, 'Tis of Thee* es una canción patriótica que utiliza la melodía del himno nacional del Reino Unido y que sirvió como uno de los himnos nacionales antes de la adopción del himno oficial. Por último, *Dixie* es una canción popular norteamericana surgida en el siglo XIX en los «Blackface minstrels», género teatral musical interpretado por actores blancos que se pintaban la cara de negro para imitar a los negros y su música de forma cómica y exagerada. Fue adoptada como el himno de la Confederación durante la Guerra Civil norteamericana. [N. de la T.] <<

[6] Canción de marcha muy popular entre los veteranos del ejército de la Unión tras la Guerra Civil norteamericana. *[N. de la T.]* <<

[7] Himno presidencial de los Estados Unidos que acompaña al presidente en muchas de sus apariciones públicas. *[N. de la T.]* <<

[1] El nudo gordiano representa la dificultad o imposibilidad para salvar un obstáculo. Alude a la leyenda de Gordias, un labrador que fue elegido rey en cumplimiento de un oráculo y que ató sus bienes (un carro y unos bueyes) con un nudo imposible de deshacer. Fue Alejandro Magno quien logró resolver el problema cortando las cuerdas con su espada. <<

[2] En alusión al Evangelio de san Mateo 8, 23 y al pasaje en el que Jesús calmó la tempestad. *[N. de la T.] <<*

[3] En inglés «I will have strong meat or die!», en alusión a Hebreos 5, 14, donde se dice que la carne se reserva a los mayores, que saben discernir entre Dios y el diablo.

<<

[4] Andrómaca, hija del rey de Tebas Eetión, vio morir a su padre, a sus hermanos varones, a su madre, a su marido y su propio hijo cuando Troya fue finalmente conquistada. <<

[5] Las tres brujas que profetizan el asenso y la caída de Macbeth. <<

[6] *Macbeth*, acto IV, escena 1. <<